PHILIP KERR

EL FRANCOTIRADOR

SERIE NEGRA RBA

PHILIP KERR
EL FRANCOTIRADOR

Traducción de
Víctor Manuel García de Isusi

RBA

Título original inglés: *The Shot.*
© 1999, 2000 Thynker Ltd.

© del texto: Philip Kerr, 1999.
© de la traducción: Víctor Manuel García de Isusi, 2023.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2023.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: febrero de 2023.

REF.: OBDO154
ISBN: 978-84-113-2356-7

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL • EL TALLER DEL LLIBRE

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

PARA ROBERT BOOKMAN

PRIMERA PARTE

1

EN EL REINO DE LOS CÉSARES BLANCOS

Helmut Gregor temía el sonido de su verdadero nombre igual que otra persona podía temer el nombre de su peor enemigo. Sin embargo, gracias al generoso apoyo de su familia y al negocio agrícola que no dejaba de crecer en Gunzburgo, una ciudad de Baviera, podía vivir con muchas comodidades en Buenos Aires.

Buenos Aires, una capital antigua pero atractiva —de ahí su nombre— con preciosos bulevares y un excelente teatro de la ópera, hacía, en una fresca tarde de julio de 1960, que el doctor alemán de mediana edad llegara a considerar que se encontraba en su amada Viena... antes de la guerra, antes de que la derrota de Alemania lo obligara a tan largo exilio. Había pasado casi diez años residiendo en una tranquila casa de campo del barrio de Temperley, donde había mucho británico. Hasta ahora. Después de lo que le había sucedido a Adolf Eichmann, Helmut Gregor había considerado que era más seguro mudarse al centro de la ciudad. Y, hasta que diera con un apartamento adecuado en el Microcentro, estaba viviendo en el elegante y moderno City Hotel.

Otros viejos camaradas, alarmados por la audacia del secuestro —los agentes del servicio de inteligencia israelí se habían llevado a Eichmann de su propia casa, en San Fernando, directo a Jerusalén—, habían huido por el Río de la Plata a Uruguay, a Montevideo. Helmut Gregor, que era más frío, consciente de que el mundo condenaba la violación de las leyes internacionales por parte de Israel y de que esto podía llevar al cierre de la embajada israelí en Argentina —por no mencionar la satisfactoria oleada de violencia antisemita que había tenido lugar recientemente en Buenos Aires debido a la actuación ilícita de Israel—, había llegado a la conclusión de que era probable que, en aquellos momentos, Buenos Aires fuera la ciudad más segura de toda Sudamérica. Al menos, para él y para los que eran como él.

Parecía que hubiera pocas posibilidades de que a Helmut Gregor le

sucediera lo que le había pasado a Eichmann. En especial, ahora que sus amigos del gobierno argentino, un gobierno de derechas, le habían puesto protección policial las veinticuatro horas del día. Gregor consideraba que, al vivir en mitad de la nada y al haber carecido del dinero necesario para tener cierta protección, Adolf Eichmann les había facilitado la labor a los enemigos israelíes. Aun así, tenía que admitir que los judíos habían llevado a cabo la operación con bastante estilo. Ahora bien, dudaba mucho que fueran capaces de llevárselo a él del hotel más grande de Buenos Aires.

Tampoco es que él estuviera escondido dentro todo el día. ¡Ni mucho menos! Al igual que Viena, Buenos Aires es una ciudad pensada para caminar y, al igual que la antigua capital de Austria, tiene excelentes cafeterías. Así que, cada día, alrededor de las tres, acompañado por el melancólico policía de rasgos atezados —de no ser por aquellos penetrantes ojos azules, Gregor habría dicho que era más gitano que argentino— que hacía las veces de guardaespaldas por las tardes, el doctor alemán daba un brioso paseo hasta la confitería Ideal.

Con sus elaboradas decoraciones de latón, sus columnas de mármol y el organista que tocaba una mezcolanza de valses y tangos a última hora de la tarde, la Ideal, junto a la avenida Corrientes, resultaba la perfecta evocación de un *Gemütlichkeit* austriaco. Después de tomar su habitual cortado doble y una ración de delicioso pastel de chocolate, y tras haber cerrado esos ojos oscuros y fríos que habían visto cómo sus propias manos infligían todo un *Malabolgia* de horrores, era bastante posible que el doctor llegara a imaginarse en el Café Central de Viena, en Herrengasse, antes de una noche en la Staatsoper o en el Burgtheater. Al menos durante un rato, hasta que era la hora de irse.

Mientras su guardaespaldas y él cogían el abrigo y dejaban la Ideal a las cinco menos cuarto, como era habitual, a Helmut Gregor le habría resultado imposible imaginarse que estaba en una situación todavía peor que la de Adolf Eichmann. Y, no obstante, lo estaba. Aún tendrían que pasar veintitrés meses para que Eichmann se enfrentara a la horca en la prisión de Ramla. El juicio del doctor estaba mucho más próximo. Mientras dejaba la Ideal, uno de los camareros, que era judío —había gran cantidad de judíos en Buenos Aires—, ignoraba la generosa propina del doctor y llamaba al hotel Continental.

—¿Sylvia? Soy yo. Moloch va de camino.

Sylvia colgó el auricular del teléfono de la habitación del hotel y le

hizo un gesto de afirmación con la cabeza al alto estadounidense que estaba tumbado en la gran cama. Este tiró a un lado el nuevo Ian Fleming que estaba leyendo y apagó el cigarrillo antes de subirse al enorme armario de caoba de la habitación y tumbarse bocabajo en él. A Sylvia, aquel comportamiento no le pareció extraño. Todo lo contrario, lo admiraba por la manera tan profesional en que estaba desempeñando su tarea. Lo admiraba, sí, pero también lo temía.

El hotel Continental, que estaba en Roque Sáenz Peña, era un edificio de estilo italiano clásico, pero al estadounidense le recordaba al edificio Flatiron de Nueva York. La habitación estaba en la esquina del quinto piso y, a través de la ventana abierta, una ventana de doble altura, veía gran parte de la calle, hasta la esquina de Suipacha, algo más de ciento cincuenta metros. El armario crujió un poco cuando se inclinó hacia el rifle Winchester que tenía allí cuidadosamente colocado, entre un par de almohadas. Nunca le había gustado que el cañón del rifle asomara por la ventana y prefería el anonimato de un tirador que construía una plataforma dentro de la posición de tiro. Al apartar el armario de la pared un par de metros, el estadounidense había creado el escondite urbano perfecto y era prácticamente imposible que nadie lo viera desde la calle o desde el edificio de oficinas que había enfrente. Lo único por lo que tenía que preocuparse era por el ruido incontenible del rifle del calibre 30 cuando apretara el gatillo.

Aunque consideraba que era probable que de eso también se hubieran encargado. Sylvia le estaba señalando un vehículo aparcado al otro lado de la calle. Se trataba de un coche negro, viejo y abollado, un De Soto, un coche popular en Buenos Aires que tenía tendencia a petardear. Unos segundos después se oyó un estruendo tan fuerte como el disparo de un rifle que hizo que las gaviotas y las palomas que había en los alféizares echaran a volar desperdigadas, como si fueran un puñado de confeti gigante.

El estadounidense pensó que tampoco era un gran ardid, si bien, en cualquier caso, era mejor que nada. Además, Buenos Aires tampoco era como su Miami natal, donde la gente no estaba acostumbrada a petardos o a disparos. Aquí había muchos días de fiesta que, por lo general, se celebraban a todo volumen, con petardos y pistolas de fogueo, y eso, por no mencionar la curiosa revolución. Hacía solo cinco años que las fuerzas aéreas argentinas habían bombardeado la plaza principal de la ciudad durante el golpe militar que había derrocado a Perón. En Buenos Aires, las detonaciones, las explosiones,

eran una forma de vida. Y, en ocasiones... de muerte.

Sylvia sujetaba unos binoculares, de pie, con la espalda pegada al armario, justo por debajo del cañón del rifle. Los binoculares, que eran aún más potentes que la mira Unertl 8X montada en el rifle del estadounidense, iban a servirle para asegurarse de que su objetivo era uno de los muchos viandantes que pasaban por Roque Sáenz Peña.

La mujer miró su reloj mientras, en la calle, el De Soto petardeó una vez más. Aunque tuviera algodón en los oídos para evitar quedarse sorda cuando el estadounidense por fin apretara el gatillo, la caja de resonancia en la que se convertirían los altos edificios de Cangallo y Roque Sáenz Peña haría que el disparo sonara más como si hubiera caído una bomba.

Ya con una postura más que adecuada, el estadounidense sujetó la culata del rifle con la mano con la que no disparaba y se la colocó firmemente contra el hombro. A continuación, cogió el arma con fuerza, metió el índice en el guardamonte y apoyó la mejilla en la suave carrillera de madera. Hasta ese momento no se asomó a la mira para calcular la distancia desde la que mirar. La mira ya estaba calibrada, después del incómodo viaje de casi seiscientos kilómetros de la semana anterior hasta el valle del río Azul, donde el estadounidense había disparado a varias cabras montesas. Sin embargo, a pesar de que la mira estuviera perfectamente calibrada, el objetivo que le ocupaba ahora prometía ser mucho más complicado que acertarle a una cabra. En Roque Sáenz Peña había bastante tráfico, y también en Cangallo, por no hablar del efecto negativo que introducían las muchas brisas cruzadas del antiguo puerto de mar que tenían cerca.

Como si pretendiera confirmarle la dificultad de disparar en un entorno urbano, de repente, un colectivo —uno de los autobuses públicos Mercedes de color rojo que circulaban por la ciudad— le tapó la vista justo cuando ajustaba el punto de mira apuntando al sombrero de ala ancha de un anciano porteño.

—Moloch debería aparecer de un momento a otro —comentó Sylvia más alto de lo normal porque, al igual que ella, el estadounidense también llevaba protecciones para los oídos.

El estadounidense no dijo nada. Ya se estaba concentrando en su respiración. Le habían entrenado para que exhalara normalmente y después retuviera el aire durante una fracción de segundo antes de apretar el gatillo. Estaba seguro de que Sylvia identificaría al objetivo correctamente cuando apareciera en el campo de visión. Igual que el

resto del equipo local del Shin Bet en Buenos Aires, la mujer conocía la cara de Moloch casi tan bien como había conocido la de Eichmann. Y, si al estadounidense le preocupaba algo de ella, era que estaba confiando en que la confirmación de si había acertado o fallado se la diera alguien que no había visto nunca cómo disparaban a sangre fría a una persona.

El retroceso de cualquier rifle impedía que el tirador viera si había acertado a su objetivo; en especial, cuando el objetivo estaba a más de cien metros y entre una multitud. A esa distancia, un tirador necesita un observador tanto como un lanzador de béisbol necesita al árbitro detrás de la base para que determine si es bola o fallo para el bateador. Cuanto menos melindrosa se mostrase la mujer, más posibilidades tendría él de realizar un segundo disparo. Observar el impacto de la bala es sencillo; detectar un fallo —hasta el mejor francotirador falla— y describir adónde ha ido la bala es lo complicado.

El estadounidense nunca opinaba sobre lo bueno que era en lo suyo, excepto para dejar claro que era capaz de pedir una elevada suma a cambio de sus servicios. Ese no era el típico negocio en el que pudieras ir diciendo que eres el mejor o en el que los demás pudieran legitimar que lo eres. Además, a él no le gustaba tener ese tipo de reputación y evitaba los halagos excesivos a su excelencia. Para él, la discreción y la fiabilidad eran dos rasgos definitorios de su forma de vida y cuantas menos personas supieran a qué se dedicaba y lo bueno que era en lo suyo, mejor. Lo más importante de su trabajo era salir bien una vez lo había realizado, y para eso se necesitaba ese comportamiento calmado, modesto y anónimo característico únicamente de las personas más discretas. No obstante, no es que se considerase diferente de aquellos que se dedicaban a lo mismo que él. Era consciente de que había otros francotiradores —como Sarti, Nicoli, David o Nicoletti, por nombrar a algunos—, pero, aparte de sus apellidos, poco más sabía de ellos, lo que le indicaba que intentaban ser tan anónimos como él. Él se llamaba Tom Jefferson.

Sin embargo, era consciente de que había en él algo bastante inusual entre los suyos: estaba casado y su esposa sabía perfectamente cómo se ganaba la vida. Y no solo lo sabía, sino que lo aprobaba.

Mary había acompañado a Tom en el viaje al lago Tahoe para aceptar el encargo. Al menos, ese había sido el plan, si bien las cosas habían

salido un poco diferentes cuando por fin llegaron al lago.

Volaron con Bonanza Air de Miami a Reno, desde donde condujeron hasta Cal-Neva Lodge, en Crystal Bay, un pueblo de la orilla norte del lago, invitados por un tal Irving Davidson. Mary, china estadounidense de segunda generación, nunca había estado en el lago Tahoe, aunque había visto los anuncios del Cal-Neva en las revistas —«¡El paraíso en Sierra Nevada!»— y había leído que el complejo turístico pertenecía a Frank Sinatra y a Peter Lawford, y que Marilyn Monroe lo visitaba a menudo, igual que los miembros de la familia Kennedy. Para Mary, que estaba tan interesada en los Kennedy como en la carrera artística de Marilyn, era un sueño alojarse en un sitio tan glamuroso.

Y se enamoró de él en cuanto lo vio. O en cuanto vio a Joe DiMaggio y a Jimmy Durante tomando unas copas en el Salón Indio. En cambio, había algo del Cal-Neva que a Tom no le gustaba. La atmósfera. Una especie de corrupción que era imposible definir. Puede que fuera porque la filosofía de aquel lugar parecía indicar que el dinero podía comprarlo todo. O puede que se debiera a que el sitio lo había construido un rico hombre de negocios de San Francisco con el propósito expreso de eludir las leyes californianas. Situado en la frontera entre California y Nevada, el complejo turístico estaba compuesto de una cabaña rústica principal con una enorme chimenea y de un cúmulo de chalés de lujo y un casino que, dado que la ley prohibía apostar en California, estaba situado en la parte del complejo que quedaba en Nevada. La frontera estatal pasaba justo por en medio de la piscina, lo que permitía a los bañistas nadar de un estado al otro. Tom se alegraba de que, tal y como eran allí las cosas, solo tuviera que pasar una noche en aquel lugar.

Poco después de que llegaran, quedó claro que su anfitrión y posible cliente no iba a poder unirse a ellos. Irving Davidson telefoneó al discreto chalé en el que se relajaban Tom y Mary, y le explicó la situación.

—¿Tom? ¿Puedo llamarle Tom? Me temo que unos negocios me van a retener aquí, en Las Vegas, durante un tiempo. Lo siento muchísimo, pero no voy a poder reunirme allí con usted. Siendo así, Tom, y reitero mis disculpas, me preguntaba si podría aprovecharme de su tiempo y de su paciencia un poco más. Me preguntaba si no le importaría venir aquí, a Las Vegas, para reunirse conmigo y con mis socios. Estamos a unos setecientos veinticinco kilómetros por la autopista 95. Podría salir usted después de desayunar y estaría aquí

por la tarde. Es un viaje bonito, en especial, si lleva usted un buen coche. Viviendo en Miami, Tom, doy por hecho que conduce usted un descapotable. ¿Estoy en lo cierto?

—Un Chevy Bel Air, sí.

—Oh, es un coche bonito —respondió Davidson—. Tendrá un Dual Ghia a su disposición mientras esté usted en Nevada, Tom. ¡Es un coche espléndido! Y, por si fuera poco, es de Frank Sinatra. ¿Qué le parece? Además, mientras esté aquí podrá alojarse usted en la suite que tiene Frank en el Sands. Ya está todo arreglado. ¿Qué me dice, Tom?

Tom, a quien nunca le había gustado especialmente la música de Sinatra, se quedó en silencio un momento. Le daba la sensación de que la suite solamente era para él.

—¿Y mi esposa?

—Dejemos que disfrute del lugar en el que se encuentran ahora. No se preocupe, que allí tiene todo lo que necesita. ¿Un viaje por el desierto con la capota bajada? Eso no es para ella. Su pelo se lo agradecerá. Su rostro se lo agradecerá. Allí, en el Lodge, hay un muy buen salón de belleza. Le he reservado toda una mañana en él. Y tiene a su disposición quinientos dólares en fichas para que juegue en el casino. Que necesita algo más, pues que descuelgue el teléfono y se lo pida a Skinny. Skinny D'Amato, el director. Él está al tanto de que Mary y usted son mis invitados especiales. Tengo entendido que mañana llegan unas celebridades al complejo. Eddie Fisher y Dean Martin. Si quiere, puedo pedirle a Skinny que se los presente a su esposa. ¿Qué me dice, Tom?

—De acuerdo, señor Davidson. Es su fiesta.

A la mañana siguiente, temprano, Tom dejó a Mary emocionadísima ante la perspectiva de conocer a Dean Martin y condujo el carísimo descapotable de Sinatra hasta Las Vegas, tal y como le habían pedido. Durante el trayecto, fue escuchando una emisora de música country y, para cuando llegó, tenía la sensación de que había oído a Hank Locklin cantar «Please Help Me I'm Falling» como una decena de veces. Tom prefería a Jim Reeves. Y no solo por su último éxito, «He'll Have to Go», sino porque le gustaba pensar que se parecía a él, solo que Tom era más joven y más delgado.

Eran en torno a las cinco cuando dejó la 95 y entró en Las Vegas Boulevard y vio el Strip, que era un deleite para el corazón de cualquier editor de revista. Se registró en el Sands y subió a la suite, que era tan grande como la cúpula Fuller. En la mesita auxiliar de

formica, un mueble de estilo libre, había una enorme cesta de fruta, una botella de bourbon y una tarjeta con la que le invitaban a la suite de Davidson a las diez en punto para tomar algo. Así que Tom se tumbó en la cama y echó una cabezada, luego se dio una ducha, comió un plátano, se puso una camisa limpia y salió a dar un paseo por el Strip.

Tom no apostaba. Ni siquiera jugaba a las tragaperras. No tenía tiempo para eso que se decía en Las Vegas de que, cuanto más apuestas, menos pierdes cuando ganas. No obstante, le gustaba ver a las muchachas con los pechos al descubierto y, desde luego, el Strip estaba lleno. El espectáculo de Lido, en el elegante Stardust, situado en el café Continental, era bueno, igual que las Cubitos de Hielo que actuaban en el Éxtasis sobre Hielo del Thunderbird. Le gustaba ver pechos, muchos, si era posible, pero lo que más le gustaba era ver culos y, para eso, tenías que ir al harén de Harold Minsky, en The Dunes, donde había más carne desnuda en exposición que en ningún otro espectáculo de Las Vegas. Un montón de fichas de ganancias en una mesa de apuestas no eran nada en comparación con un buen culo con un tanga de lentejuelas. Cuando ya había visto los suficientes, volvió al hotel, se dio otra ducha, fue hasta la suite de Davidson y llamó a la puerta.

Le contestó el propio Davidson.

—¡Tom! ¡Adelante! —Irving Davidson era un George Raft en pequeño y muy bien vestido, poseído por la actitud calmada típica de los políticos—. Venga, que le voy a presentar a todos.

Tres hombres se levantaron de un sofá que se curvaba alrededor de las paredes de piedra irregular de la lujosísima suite y que estaba tapizado con una piel de leopardo de imitación. Las cortinas estaban corridas de manera que daba la sensación de que la privacidad era de suma importancia.

—Estos son Morris Dalitz, Lewis Rosenstiel y Efraim Ilani. Caballeros, les presento a Tom Jefferson.

Antes de haber saludado a todo el mundo, Tom ya se había dado cuenta de que era el único gentil de la habitación.

—Es un placer conocerle, Tom —dijo Morris Dalitz.

El suyo era el único nombre que Tom reconocía. Un hombre grande, con la nariz carnosa y una cara que parecía una mala versión de la de Adlai Stevenson, el tipo que cruzaba la gruesa alfombra para darle la mano a Tom, era Moe Dalitz, el padrino de Las Vegas. O, por lo menos, eso era lo que el Comité Kefauver había dicho unos años

antes. Lo único que Tom podía decir de Rosenstiel, después de advertir los maravillosos gemelos de diamantes que llevaba cuando le estrechó la mano, es que parecía que fuera rico. Que, por otro lado, era lo que había que parecer en Las Vegas. El tercer tipo, Ilani, que llevaba una sencilla camisa blanca de manga corta y unas sandalias que le dejaban los dedos a la vista, tenía tanta pinta de pobre como Rosenstiel la tenía de rico. El hombre acababa de encender un cigarrillo y se limitó a saludarle con la cabeza.

Durante los primeros minutos, Davidson fue prácticamente el único que habló. Daba la sensación de que solo sobresalía en eso.

—¿Le pongo algo de beber, Tom? Nosotros estamos con martinis.

Tom se fijó en que ese «nosotros» no incluía a Ilani, que bebía agua con hielo.

—Gracias. Tomaré una Coca-Cola.

—Prefiere tener la cabeza clara cuando hace negocios, ¿eh? Me gusta. Es la única manera de sobrevivir en esta ciudad. —Fue el propio Davidson el que le preparó la bebida en un carrito de bebidas que tenía la forma del ala de un avión y se la acercó de tal manera, como pavoneándose, que a Tom le hizo pensar que no estaba acostumbrado a ser quien se encargara de aquello—. ¿Le gusta la suite?

—Se lo diré cuando le haya sacado un poco más de jugo.

Davidson sonrió.

—¿Y el viaje desde el lago Tahoe?

—Tanto el aterrizaje como el despegue han ido bien.

—Es un gran coche el Dual Ghia.

—Sí, es un gran coche —convino Tom—. Muy suave. Como el dueño, supongo.

—¿Es un coche estadounidense? —preguntó Rosenstiel.

—¡Es un puto Chrysler! —le respondió Moe Dalitz.

—Ah, ¿sí? Pues con ese nombre parece italiano.

—Sinatra tiene uno —comentó Davidson—. Peter Lawford, otro. Tom nos ha traído el de Peter.

Tom sonrió discretamente, preguntándose a cuál de las dos estrellas pertenecería realmente el coche, si es que era de alguna de las dos. Aunque, a decir verdad, no le importaba lo más mínimo.

—Miren —empezó a decir después de sentarse en el sofá y darle un sorbo a la Coca-Cola—, por mí, como si lo ha conducido Elizabeth Taylor desnuda por todo Estados Unidos y no lo han limpiado después. Yo a lo que he venido es a hablar de negocios.

—Claro, claro —dijo Davidson suavemente—. Aquí todos somos hombres de negocios. De hecho, Tom, entre los cuatro representamos una gran variedad de mercados. Sin embargo, Morris, Lewis y yo nos reunimos con usted en calidad de miembros de la Liga Judía Estadounidense contra el Comunismo y por nuestro deseo de ayudar al señor Ilani. En este asunto en particular, no obstante, no hay implicado ningún comunista, sino un fascista.

—Es un buen cambio —comentó Dalitz en broma.

—El señor Ilani está interesado en la persecución y en el castigo de los criminales de guerra nazis. Doy por hecho que habrá oído usted hablar de Adolf Eichmann, Tom.

—Leo los periódicos.

—Desde que el primer ministro Ben-Gurión informó al Parlamento israelí de que Eichmann estaba bajo custodia de su país, Israel ha despedido bastante mal olor para la comunidad internacional. Por no hablar de las dificultades diplomáticas que hay ahora entre Israel y Argentina. Todo ese asunto ha hecho que el señor Ilani no haya podido terminar una serie de negocios que tenía en Buenos Aires. Me refiero a otra persona que le gustaría ver en Israel, sometida a juicio junto al cabrón de Eichmann. Por razones evidentes, no obstante, ni el señor Ilani ni los suyos pueden volver.

Tom miró de soslayo a Ilani. Con aquella piel tan pálida, el cuerpo peludo y las grandes gafas, Ilani parecía más el presidente de la cámara de comercio local que alguien que trabajara para el Shin Bet o para el Mossad.

—Al menos, no ahora mismo. Ni durante un tiempo, probablemente. Así que la siguiente mejor alternativa sería que esta segunda persona, un importante criminal de guerra, sufriera un castigo extremo inmediato, a pesar de que se pierdan los beneficios de realizar un proceso legal, que es lo que preferiría el pueblo de Israel.

—En otras palabras, queremos matar a ese nazi de mierda —añadió Moe Dalitz.

Tom asintió despacio y el siguiente comentario lo hizo al estilo de Ilani.

—Tuve un amigo inglés. Un oficial del ejército británico destacado en Jerusalén. Les estoy hablando de hace doce años. En 1948. Bueno, la cuestión es que a este amigo mío lo mataron. Le dispararon en la cabeza con un rifle Mannlicher Carcano de 6,9 mm a setecientos cincuenta metros. —Tom apretó los labios y enarcó las cejas—. En el centro de la frente a setecientos cincuenta metros —insistió—. ¡Un

disparo impresionante!

—¿Está diciendo usted que no acepta el trabajo, señor Jefferson? —Era Ilani el que había hablado. Para Tom, aquel acento sonaba más a hispano que a hebreo—. Tiene usted algo contra el Estado de Israel, ¿verdad?

—A mí el Estado de Israel me tiene sin cuidado. Lo que estoy diciendo, señor Ilani, es que tienen ustedes a unos tiradores magníficos allí, en Israel, y que no entiendo por qué requieren mis servicios.

—A la vista del delicado estado de las relaciones entre Israel y Argentina —empezó a decir Davidson—, sería mejor que de este trabajo se encargara un profesional. Alguien que no sea judío. Porque estamos bien informados, ¿verdad, Tom? No es usted judío.

—¿Yo? ¡No me joda! Yo soy católico apostólico y romano. O, por lo menos, es lo que pone en mi historial del ejército. Ahora bien, hace tiempo que no piso una iglesia. Hace tiempo que Dios y yo no hablamos. Ya saben, gajes del oficio.

—Lo he leído —comentó Ilani—. A su historial del ejército, me refiero. Cuerpo de Marines de Estados Unidos. Habla usted varios idiomas, incluido el español. Sirvió en Guadalcanal, en Okinawa. Cuando acabó la Segunda Guerra Mundial era usted sargento de artillería y tenía veintitrés bajas confirmadas. Adjunto a la ONU de 1947 a 1949 y miembro de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos en Corea cuando las tropas norcoreanas cruzaron el paralelo 38. Tomó parte en la captura de la colina Pork Chop en enero de 1953. Lo repatriaron en agosto. Licenciado con honores. Tiene varias condecoraciones, etcétera. Impresionante.

—Veo que ha hecho los deberes, señor Ilani —respondió Tom sonriendo—. Tanta información en una notita. Es usted todo un Charles Van Doren, señor. Seguro que podría responder usted las veintiuna putas preguntas que le hicieran acerca de cualquiera de los que estamos en esta habitación.

Moe Dalitz, que se había levantado para prepararse otra bebida, resopló en alto.

—Mientras el que haga las preguntas no sea Bobby Kennedy, lo cierto es que me importa una mierda cuántas preguntas me hagan.

Rosenstiel se rio a carcajadas y encendió un gran puro.

—Quizá debiéramos pedirle a Tom que arreglara también lo de Bobby —soltó—. ¡Dos ratas por el precio de una!

Tom encendió un Chesterfield y dejó que siguieran con sus

chascarrillos durante cosa de un minuto antes de llevarlos de vuelta al asunto que les ocupaba.

—Han dicho que este hombre que vive en Buenos Aires es un criminal de guerra. ¿Cómo se llama y qué es lo que hizo?

—Se trata del doctor Helmut Gregor —respondió Ilani, que descorrió la cremallera de un maletín de plástico barato y sacó un archivo que le tendió a Tom—. Ese es el nombre que utiliza ahora. En el dossier encontrará todo lo que necesita saber acerca de él. Me temo que no sé cuál es su verdadero nombre, aunque, en realidad, son pocos los que han oído hablar de él. Basta con decir que torturó y mató a miles de personas, pero sobre todo a niños.

—Ni siquiera nosotros sabemos su verdadero nombre, Tom —apuntó Davidson.

—¿No supondrá el gobierno argentino que es Israel el que está detrás de la operación?

Ilani se encogió de hombros.

—Dado que el gobierno argentino niega que ese hombre esté en el país —empezó a decir—, veo improbable que vayan a quejarse de su asesinato y llamar así la atención sobre el hecho de que sí estaba. Lo más probable es que barran el asunto debajo de la alfombra y eso juega a su favor, señor Jefferson. Debería poder abandonar usted el país sin complicaciones. Además, siempre y cuando acepte el trabajo, lo asistirían a usted allí un grupo de judíos argentinos. Ellos son quienes han tenido vigilado a Gregor desde el arresto de Eichmann. Y le suministrarían todo lo que necesitase para el trabajo: un rifle adecuado, el transporte, un hotel. Con la ayuda de la Liga Judía Estadounidense contra el Comunismo, yo le proporcionaría un pasaporte estadounidense y una coartada adecuada.

—¿Y el visado?

—A los visitantes de nacionalidad estadounidense los admiten con el pasaporte únicamente, sin necesidad de visado consular.

—Sería usted Bill Casper, director de ventas de Coca-Cola en Atlanta —le explicó Davidson—. Resulta que, entre otras empresas, soy miembro registrado de Coca-Cola. He acompañado a equipos de ejecutivos de la bebida, incluyendo al verdadero señor Casper, en misiones por todo el mundo. Resulta que, casualmente, el verdadero Bill Casper está ahora mismo de vacaciones en Brasil, disfrutando de los balnearios que hay en la zona sur de Minas Gerais. Llega usted a Buenos Aires, bebe unas Coca-Colas, efectúa el disparo y vuelve a casa en avión. —Se encogió de hombros como diciendo que aquello no

tenía más complicación.

Tom asintió, pero sin sonreír, mientras retenía en la cabeza dos de aquellas imágenes: beber Coca-Cola y realizar el disparo. Sencillo. Seguro que alguno de esos que trabajaba en Madison Avenue era capaz de hacer una campaña publicitaria con aquello: «El disparo que refresca». Solo Ilani era lo suficientemente astuto como para explicar la realidad de lo que se le estaba proponiendo.

—No hay duda de que fácil no va a ser —dijo—. De lo contrario...

Tom sonrió, aliviado al ver que había alguien que reconocía la posibilidad de que surgiera algún que otro problema.

—De lo contrario —empezó a decir Tom—, no estarían dispuestos a pagarme veinticinco mil dólares.

—¡Tiene usted toda la razón! —exclamó Rosenstiel.

Tom se preguntó si sería él quien estaba poniendo el dinero para contratarle. Ya no solo eran los gemelos de diamantes lo que le hacía pensar que el tipo estaba forrado. A eso se le había añadido la etiqueta Duoppioni del interior de su traje de seda, los mocasines con borla italianos, el Rolex y el encendedor Dunhill de oro.

—Desde el arresto de Eichmann, Gregor está protegido —le explicó Ilani—. Tiene amigos poderosos en el gobierno militar, oficiales a los que ha sobornado con grandes cantidades de dinero.

—Ya que hablamos del tema, entre mis condiciones incluyo el pago del cincuenta por ciento del trabajo por adelantado y en efectivo.

—No es problema —respondió Moe Dalitz.

—Pues trato hecho —dijo Tom, que se equivocaba con lo de Rosenstiel; era el casino el que iba a poner el dinero para contratarle. No tenía inconveniente. Era probable que fueran a dejar que ganara a la ruleta o algo así. No tenía inconveniente, siempre que no pretendieran que recogiera el dinero de una máquina tragaperras.

Le entregó una hoja de papel a Davidson.

—Mi banco es Maduro y Curiel, en Curazao —le explicó—. Esos son mi código telegráfico y mi número de cuenta. Cuando les haya proporcionado el servicio, les telefonearé para que sepan que pueden depositar el resto.

—Hay una cosa más —dijo Ilani—. Preferiríamos que volara a Argentina nada más regresar a Miami. —Le tendió un billete—. Hay un vuelo de Braniff de Miami a Buenos Aires este mismo viernes. Nos gustaría que lo tomara. Cabe la posibilidad de que Gregor acabe decidiendo desaparecer.

—Lo comprendo. Puedo coger ese vuelo, sí, pero ¿tendrán ustedes

el pasaporte para entonces?

—Lo tendrá usted mañana por la mañana —le confirmó Ilani.

—En ese caso, solo queda la cuestión del adelanto.

—¡Claro, claro! —comentó Dalitz—. ¿Alguna vez ha jugado a la loto, Tom?

—Me gusta más jugar al golf que apostar.

—En la antigua China a la lotería nacional la conocían como *keno*. Los fondos que obtenían con aquel juego los utilizaban para construir la Gran Muralla. Con eso debería quedarle claro que el porcentaje que se quedaba la casa era mayor que el que se queda cualquier casino. Puede que en Disneylandia se gane dinero jugando a la loto, pero, en el resto del mundo, se trata de una apuesta a la vieja usanza. No me pregunte por qué, porque no tengo la más mínima idea, pero es el juego más popular en los casinos. A Las Vegas le encantan los ganadores, Tom, y, esta noche, ¡el ganador es usted!

Moe Dalitz le tendió un cartoncito de la loto. Estaba dividido en dos rectángulos horizontales. La mitad superior tenía números del uno al cuarenta y la inferior, del cuarenta y uno al ochenta. Ya había quince números marcados con una cera gruesa de color negro y en la esquina derecha del cartón se indicaba cuánto costaba la apuesta: cien dólares.

—Entregue el cartón en la recepción de la loto —empezó a explicarle Dalitz—. Pague la apuesta. La encargada le entregará un comprobante de la apuesta que ha realizado. Luego, vaya a mirar el marcador de la loto. Cuando hayan aparecido veinte números, entregue su comprobante y recoja el dinero. Pero no se quede esperando hasta la siguiente partida o perderá las ganancias. Los trece mil dólares.

Sonriendo afablemente, Dalitz levantó la copa mirando a Tom y dijo:

—¡Felicidades, se va usted de Las Vegas con una pequeña fortuna! La mayoría de las personas que pueden decir lo mismo tienen que llegar aquí primero con una gran fortuna.

Era la primera vez que Tom jugaba a la loto y, a la vista de lo fácil que era amañar una partida, sería también la última. Aquello no sirvió sino para confirmar que solo los memos creían en la suerte. O en Dios. O en la justicia. Puede que hubiera quienes vieran una especie de Némesis en lo que estaba a punto de sucederle a Helmut Gregor. Tom,

sin embargo, no era uno de ellos. No se engañaba respecto a lo que iba a hacer. Por atroces que fueran los crímenes de aquel hombre, él, sencillamente, lo iba a asesinar. Y eso era lo que se le daba bien a Tom, asesinar; como a otras personas se les daba bien lanzar la bola jugando al béisbol o tocar el saxofón. Puede que no se tratara de un gran talento, pero era lo bastante especial para ganarse bien la vida. Tom le habría pegado un tiro entre ceja y ceja a Walt Disney si alguien le hubiera dado veinticinco mil dólares a cambio.

Por muchísimo más que eso —unos fantásticos doscientos cincuenta mil dólares, para ser exactos—, un consorcio de cubanos amargados, molestos por la falta de apoyo de Ike Eisenhower a su presidente, Fulgencio Batista, ahora exiliado, habían contratado a Tom para que asesinara a Ike durante su visita de Estado a Brasil en marzo. Y si a los cubanos no los hubieran metido en la cárcel —estaban todos ellos ahora en la Isla de los Pinos— y hubieran llegado con la mitad del dinero, aquel podría haber sido uno de los trabajos más sencillos que había hecho. Al fin y al cabo, en las noticias había visto a Ike por la avenida Rio Branco, de más de un kilómetro de largo, en una limusina descubierta para que la gente que se había acercado a darle la bienvenida pudiera verle mejor. Aquella había sido una oportunidad rara; el coche no iba a más de quince kilómetros por hora. Por lo general, matar a un presidente estadounidense no era fácil.

—Es Moloch. Ahí está —le informó Sylvia. La pulsera con colgantes que llevaba tintineó, ruidosa, debido a que la mujer subió y bajó el brazo emocionada.

Tom tenía su olor metido en la nariz. Era un buen olor. Mejor que la peste a pólvora que estaba por venir.

—Lo veo.

Tom habló con voz calmada, incluso agradecida, como si estuviera observando un pájaro extraño o a una mujer desnudándose junto a la ventana. El hombre que acababa de doblar la esquina parecía respetable y le recordaba a una persona que había conocido. Gregor, alto y de pelo oscuro, iba bien vestido y tenía buena percha. No parecía alemán en absoluto. De hecho, parecía un porteño típico: vestido como un francés, pero con la actitud de un inglés. Josef Goebbels con traje gris, pero con los dos pies buenos y veinte centímetros más de altura. Tom era capaz de apreciar cómo, durante

estos diez años, el alemán había conseguido encajar allí.

Apuntó, para lo que se requería otro tipo de concentración, y eligió el punto exacto en el que quería alcanzarle. Aquel era un viejo truco de francotirador, elegir un punto de impacto del mismo tamaño que la bala. A la hora de disparar a la sien de una persona, Tom prefería la punta de la oreja. Aunque, al disparar de frente, como era el caso esta vez, siempre apuntaba al surco subnasal. De una u otra forma, te asegurabas darle al bulbo raquídeo. A ciento cincuenta metros, además, de poca protección iban a servir los dientes y los huesos contra una bala del calibre 30. A cien metros, Tom era capaz de disparar a diferentes zonas de algo más de dos centímetros de diámetro. Para realizar un disparo preciso al sistema nervioso central, aquel era, a decir verdad, su radio de alcance máximo. Así que, manteniendo el punto de mira fijo en el hombre que caminaba hacia él y en el punto al que iba a disparar, esperó a que Sylvia le informara de que ni el tráfico ni otros viandantes iban a interponerse frente al objetivo. Era como ver una película muda, solo que la imagen era en color.

Durante casi treinta segundos, un coche de caballos le tapó el objetivo. Luego, el conductor, que llevaba un sombrero de tweed y un traje azul, arreó al caballo con el látigo y el animal se puso al trote y giró en la esquina de Cangallo, lo que dejó a Tom con lo que Sylvia le confirmó que era un buen disparo.

Poco a poco, empezó a apretar el gatillo con la punta del índice, pero solo de la parte floja, hasta que encontró la fuerte resistencia del mecanismo que retenía el martillo, momento en que contuvo la respiración y apretó un poco más el gatillo. Estaba a un segundo de disparar cuando Gregor volvió la cabeza y miró detrás de él como si pretendiera asegurarse de que el policía que hacía las veces de guardaespaldas seguía allí. Al comprobar que, en efecto, así era, Gregor volvió a mirar hacia delante, sonriendo ahora, y empezó a caminar más despacio a medida que se acercaba a la esquina de la calle, listo para cruzar Cangallo. Era como si el mundo le diera igual. Como si careciera de consciencia.

—Puedes disparar —insistió Sylvia—. No viene nada por ningún...

Un instante antes de oír el sonido del disparo por encima de su cabeza, la joven vio al alemán llevarse la mano a la boca como si acabara de sentir el dolor agudo de un repentino dolor de muelas, y, por un momento, su cabeza estuvo rodeada de lo que parecía un círculo de luz carmesí, mientras la parte trasera de su cráneo

explotaba. Tanto el guardaespaldas como un viandante que estaba detrás de Helmut Gregor quedaron salpicados de sangre y sesos. Hasta para Sylvia, por mucho que aquella fuera la primera vez que hacía algo así, estaba claro que Gregor había sufrido una herida mortal en la cabeza. La joven contuvo su horror, confirmó que el cuerpo sorprendido del alemán había caído en la acera y siguió observando la escena silenciosa a través de los binoculares. Lo primero que pensó fue que le parecía increíble que hubieran podido matar a Gregor a tanta distancia.

—Parece que le has volado la nariz.

Tom recolocó el rifle y volvió a buscar con la mira a su objetivo, que yacía en el suelo. En esta ocasión apuntó al cuello, justo por debajo de la mandíbula.

—Y parece que también la parte de atrás de la cabeza. Debe de estar muerto. ¡No, espera! ¡Me parece que ha movido un poco la pierna!

Tom supuso que no era más que un espasmo, pero disparó una segunda vez de todas formas, para asegurarse.

—¡Dios! —exclamó Sylvia, que no se esperaba que Tom disparase de nuevo.

La joven, que seguía mirando por los binoculares, vio cómo la mandíbula de Gregor salía volando como si fuera un pedazo de loza rota. Sacudiendo la cabeza, la joven tiró los binoculares sobre la cama y comentó que era evidente que el objetivo estaba muerto. Luego, respiró hondo y se sentó de golpe en el suelo y puso la cabeza entre las piernas, casi como si hubiera sido a ella a quien hubieran disparado.

La crueldad de la que acababa de ser testigo la consternaba. Junto con la sangre fría con la que se había hecho. Ella apenas tenía una vaga idea de los crímenes de guerra cometidos por el muerto; sabía, sencillamente, que había llevado a cabo actos de una crueldad indescriptible. Esperaba que así hubiera sido. No le producía ningún placer haber participado en la muerte de aquel hombre, por malvado que hubiera sido. Lo único que la consolaba era que, para Helmut Gregor, la mano invisible que lo había matado le había caído encima con tal precisión que parecía el puño de Dios; aunque no es que un hombre bajando de un armario se pareciera mucho a un ángel del Señor. Había algo en el rostro del estadounidense que hacía que se sintiera incómoda. No tenía las típicas arrugas de la risa en la comisura de los labios, ni tenía arrugas en la frente. En cuanto a los

ojos... No es que pareciera que estuvieran muertos ni que tuvieran ninguna característica grotesca..., era que siempre estaban igual, con el ojo derecho —el que utilizaba para mirar por la mira— permanentemente entornado, de forma que incluso cuando la miraba a ella parecía que la estuviera apuntando.

Tom deslizó el rifle en una bolsa de palos de golf de campeonato, que era más grande que las normales, y disfrazó la culata con un cobertor de cabeza con un número. Guardó el resto de los palos, se echó la bolsa al hombro y se miró en el espejo de cuerpo entero del armario. En las afueras de Buenos Aires había una serie de excelentes clubes de golf —como el Hurlingham, el Ranelagh, el Ituzaingó, el Lomas, el Jockey o el Hindu Country Club— y, vestido con unos pantalones de franela de color azul oscuro, un polo de color azul marino y una cazadora, a Tom le pareció que todo el mundo pensaría de él que lo más letal que tenía en mente era los martinis secos que se iba a tomar en el hoyo diecinueve.

En cuanto al hecho de que fuera por la tarde y de que el anochecer estuviera próximo, bien podría ser que volvía de jugar. Tom era un buen aficionado al golf y a menudo utilizaba una bolsa como aquella para esconder el rifle. Esa bolsa en particular y los Sam Sneads baratos que contenía —no tan baratos cuando recordó el *ad valorem* que le habían cobrado por ellos en el aeropuerto— los había traído consigo después de comprarlos en una tienda para profesionales que había en el Miami Shores Country Club, que era donde él jugaba habitualmente, y había pensado en regalárselos al padre de Sylvia una vez la joven se hubiera deshecho del rifle. El hombre era miembro del club que había en Olivos, cerca de donde había vivido Eichmann hasta que la cría de conejos lo había llevado a mudarse a San Fernando, a la casa de la calle Garibaldi en la que lo habían secuestrado.

—¿Vas a salir por la puerta principal con él, sin más? —le preguntó Sylvia mientras cerraba la ventana del dormitorio.

—Por supuesto. ¿Tienes alguna idea mejor?

A Tom le pareció que el rostro de la mujer estaba de un ligero color verde. Era evidente que nunca había visto cómo disparaban a alguien en vivo y en directo. Lo más probable era que no hubiera visto ninguno de los noticiarios cinematográficos en los que aparecían oficiales de las SS disparando a judíos en la nuca. Aunque tampoco es que aquello se pareciera en nada.

Ella negó con la cabeza.

—No, supongo que no.

—Tienes mala cara. Yo diría que te vendría bien un mate.

A Tom había empezado a gustarle la bebida nacional de Argentina. Era una alternativa herbácea al café, una bebida refrescante que, además, se consideraba un estupendo remedio para cuando tenías ligeros dolores estomacales.

—¿Cómo eres capaz de hacerlo? —susurró la joven—. ¿Cómo eres capaz de matar a alguien sin más, a sangre fría?

—¿Que por qué lo hago? ¿Que por qué acepto estos trabajos?

Tom pensó en la pregunta unos instantes. Era una pregunta que se había hecho en muchas ocasiones, en especial cuando estaba en el ejército, donde había tenido que disparar mucho más a menudo. Hasta cierto punto, a la gente nunca le había bastado con que les dijera que era cuestión de entrenamiento, aunque no es que sintiera que tenía que justificarse. Sin embargo, durante los tres o cuatro días que había pasado con Sylvia, la joven había llegado a caerle bien. Había algo en ella que le llevaba a querer contarle que ya no estaba lleno de odio y que tampoco era un psicópata. Que no era más que un hombre haciendo lo que mejor se les daba a los hombres, es decir: matar a otros hombres. Tom, que nunca había sido muy elocuente, buscó una cadena de palabras que la joven fuera capaz de entender y, mientras lo hacía, se encogió de hombros, apretó los labios, inclinó la cabeza a un lado primero y al otro después y respiró hondo antes de responder finalmente.

—Voy mucho al cine. Suelo tener que ir a ciudades muy raras y he de matar el tiempo, ya me entiendes. —Sonrió con cierta amargura mientras se daba cuenta de las palabras que había elegido—. Una de las películas que he visto es *Raíces profundas*, ya sabes, esa protagonizada por Alan Ladd. Una gran peli, la verdad. Trata de un desconocido que se llama Shane y que llega a un pueblecito de Wyoming, un tipo que intenta olvidar su vida anterior, una vida que ha pasado pegado a una pistola. La cuestión es que sabes que no va a ser capaz de hacerlo. Lo va a intentar y va a fracasar, y no hay nada que hacer. Eso significa que, desde que el malo de la peli, Jack Palance, aparece en pantalla, desde el primer momento, sabes que lo van a matar y que va a ser Shane quien lo haga. El tipo es un muerto que camina, pero él aún no lo sabe. Solo le queda desplomarse en su tumba.

»Pues con las personas a las que mato pasa lo mismo: mueren en cuanto acepto el trabajo. Y si no fuera yo quien las matase, las mataría otro. Tal y como yo lo veo, además, les conviene que acepte el trabajo,

porque soy bueno en lo mío. Es mejor para ellos. Va a ser un disparo limpio. ¿Lo mejor para mí? Que me pagan bien por ello. Si no fuera por el dinero, es muy probable que aún siguiera en el ejército. El dinero es el cómo y el por qué de prácticamente todo en este mundo; tanto si se trata del corte de pelo de una persona, de extraerle un diente... o de pegarle un tiro.

A Sylvia le temblaba la cabeza. Tenía lágrimas en los ojos.

—Eres joven —empezó a decirle Tom—. Aún crees en todas esas chorradas. La moral. Los ideales. El sionismo. El marxismo. El capitalismo. En lo que sea. ¿Acaso crees que todo eso es menos corrosivo para la sociedad que esto a lo que yo me dedico? Pues te voy a decir una cosa, no es de esa gente que no cree en nada de la que tienes que preocuparte, sino de la que cree en algo. Los religiosos. Los políticos. Los idealistas. Los conversos. Esos son los que van a destruir el mundo, no la gente como yo, la gente a la que no convencen ni los credos ni las causas. El dinero es la única causa que nunca te va a decepcionar y el egoísmo es la única filosofía que no intenta engañarte. Es una dialéctica que siempre va a tener sentido.

Sonrió y se pasó la bolsa de golf al otro hombro. Había veces en las que incluso se creía las tonterías que decía. Y si eso no era política, él era el hombre del anuncio de las camisas Hathaway.

—Venga, larguémonos echando hostias de aquí, antes de que alguien huela la pólvora.

2

UNA QUINIELA EXACTA

Era una cálida y húmeda tarde de un viernes de septiembre cuando Tom Jefferson dejó su casa de la bahía Vizcaína, en Miami Shores, y condujo veinte minutos en dirección suroeste al frontón Jai Alai, que estaba en la avenida Treinta y siete con la zona noroeste de la calle Treinta y cinco. El antiguo deporte vasco de la pelota, aunque era muy popular en el norte de España y en el sur de Francia, en Estados Unidos solo se jugaba en Florida, lo que reflejaba el carácter único y heterogéneo del soleado estado. Habían sido dos cubanos quienes habían construido el primer frontón de Estados Unidos, a la sombra de Hialeah, la gran dama de los hipódromos de Florida, allá por 1928. El edificio, no obstante, lo tiró abajo el gran huracán de 1935. Después levantaron otro frontón un poco más al sur del primero, cerca del aeropuerto internacional de Miami y, hasta 1953, cuando un aficionado entusiasta de Chicago erigió un segundo frontón en Dania, el de la calle Treinta y siete había tenido el monopolio de este deporte.

Tom seguía la pelota igual que seguía el béisbol o el fútbol americano, es decir, que tenía pocas oportunidades de ir, pero prestaba gran atención a los resultados que se publicaban en el *Miami Herald.* Además, era difícil conseguir entradas. El frontón en el que se jugaba este deporte de interior tenía una capacidad de tres mil quinientos espectadores. Muy popular entre la población latina de la ciudad, en especial los fines de semana, era fácil que los promotores hubieran vendido entre el doble y el triple de asientos. De no ser por la entrada que había recibido por correo, Tom, que era en parte cubano, nunca habría soñado siquiera con ir al partido del viernes. Y mucho menos con ir para hablar de un trabajo. En general, la gente que quería matar a otra gente prefería reunirse en sitios más tranquilos, donde había menos probabilidades de que alguien oyera la conversación. Eso significaba que el misterioso señor Ralston, que era quien le había enviado la entrada, o era un principiante en el negocio

de los asesinatos y, por lo tanto, alguien de quien había que alejarse, o alguien tan sofisticado en los purificadores eufemismos de aquel negocio que se sentía cómodo hablando de los encargos incluso entre una multitud.

Ese día iban a jugarse once partidos a dobles al mejor de siete puntos y los dieciséis pelotaris que habían llegado para jugarlos provenían de lugares tan lejanos como Cuba, México e incluso la región vasca de España. A Tom no le parecía mal apostar a la pelota. El gran número de jugadores implicados hacía que fuera complicado amañar un partido. Así que, nada más entrar en el frontón, echó una ojeada a los jugadores y compró una quiniela exacta de cinco dólares en una de las máquinas de apuestas mutuas instaladas por el estado. Para ganar no solo era necesario que hubieras elegido a la pareja ganadora, sino que debías acertar el tanteador.

Cuando faltaba un poco más de un cuarto de hora para las siete, Tom fue a su asiento. Era un buen asiento, el mejor que había tenido jamás, justo delante, cerca de la pared protectora de cristal. De su anfitrión aún no había ni rastro. Instantes después de que dieran las siete, con los cuatro primeros pelotaris calentando ya en el frontón, un hombre con un ejemplar del *New York Times* y una novela en edición de bolsillo se sentó a su lado.

—Soy John Ralston —le dijo a Tom mientras le estrechaba la mano —. Me alegro de conocerle, ¡y gracias por haber venido!

Fue un apretón de manos fuerte, más de lo que cabía esperar de un hombre de negocios con un aspecto tan elegante. Llevaba gafas de sol con una montura ancha, un traje de lino beis con un corte excelente, un pañuelo de seda doblado en el bolsillo del pecho, más de un toque de colonia y un anillo con un rubí enorme. El hombre tenía el pelo plateado por encima de su alta y morena frente, un poco más largo de lo que acostumbraba a llevarlo la gente como él, pero lo llevaba limpio y de vez en cuando se lo arreglaba como si acabara de cortárselo. Tom se dio cuenta de inmediato de que Ralston no era ningún principiante porque era evidente que no le tenía ningún miedo.

—Gracias por haberme invitado.

—¿Ha apostado usted?

Ralston era tan educado como elegante. Resultaba complicado determinar de dónde era su acento, que parecía una mezcla curiosa del de Boston y del de la Costa Oeste.

—Una quiniela exacta a que gana el equipo verde. Esos dos

cubanos están en forma. Los de camiseta morada, segundos.

Tom se quedó mirando cómo Ralston leía el programa del partido unos momentos y le pareció que tendría cincuenta y pocos años.

—Habla como si entendiera.

—Sigo la pelota en los periódicos.

—Yo hace poco que he empezado a venir —admitió Ralston—. Desde que estoy en Florida. Soy de Chicago, pero la mayoría de mis negocios están en Hollywood y en Las Vegas. Pedro Mir, ¿el promotor?, es amigo mío. Llevo un tiempo diciéndole que tiene que llevar esto de la pelota a Los Ángeles. O a Las Vegas. Con todos los mexicanos que viven allí, yo creo que le podría ir muy bien a este deporte. ¿Qué opina usted, señor Jefferson?

—No conozco apenas Los Ángeles.

—¿Y qué hay que conocer? —exclamó Ralston con una sonrisa—. Raymond Chandler dijo en una ocasión que Los Ángeles tiene la misma personalidad que un vaso de papel. Aunque, para ser sinceros, lo que él odiaba era Bay City. ¿Le gusta leer, señor Jefferson?

—Sí, leo de todo —respondió Tom mientras se fijaba en el título y el autor del libro de bolsillo que Ralston había dejado en el regazo. *Isla al sol*, de Alec Waugh. Le pareció un libro que él mismo nunca podría leer.

—Conocí a Chandler cuando trabajaba en Paramount Pictures. Yo diría que fue, más o menos, en el 43. A Chandler y a otros como él. Últimamente he estado metido en el negocio de la fruta, en Centroamérica, pero por aquel entonces me dedicaba a las películas. Produje algunas, pero como parte capitalista.

—Tengo entendido que es la mejor parte del cine en la que puede estar uno metido.

El partido empezaba. Los pelotaris, que jugaban en una cancha de unos cincuenta y cinco metros de largo, utilizaban una cesta de mimbre curvada a la que se llamaba, sencillamente, «cesta» y que llevaban atada a la mano. Con ella recogían y lanzaban la pelota, una bola de goma sólida el doble de grande que una pelota de golf y recubierta de piel de cabritillo. Estas pelotas, que alcanzaban una velocidad de hasta doscientos setenta y cinco kilómetros por hora, había que cogerlas en el aire, de un salto, o apoyándose en la pared, antes de devolverlas contra la pared frontal. Aquel era un deporte en el que se requería potencia, resistencia y una habilidad instintiva para situarse en la mejor posición del frontón, un terreno de juego más largo que anchos son los campos de fútbol americano.

Ralston bajó la voz:

—Aunque a lo que más me dedico es al juego. Pero no como estas apuestas mutuas, ya me entiende. Lo cierto es que no comprendo cómo es posible que apostar en algunos deportes esté bendecido con el sello de la pureza mientras que en otros no es así.

—Es más complicado comprar a un perro, a un caballo... o a un pelotari, que amañar una partida de la loto —observó Tom.

—Eso es lo que piensa la mayoría de la gente, pero no es la razón por la que asfixiaron a los casinos aquí, en Florida. La razón es que los casinos amenazaban con acabar con las ganancias que obtiene el estado de Florida con las máquinas de apuestas mutuas. No es que me importe una mierda. Por lo que tengo entendido, a estas alturas esto es historia antigua.

Le tendió su tarjeta de presentación. Tom la cogió y se fijó en el nombre y en la dirección de Los Ángeles, que estaba cerca de Sunset Strip. Sin embargo, fue la descripción del cargo lo que le intrigó. En la tarjeta decía que Ralston era estratega.

—En la actualidad trabajo para el Gobierno. Como consejero estratégico. Les ayudo a resolver problemas, a preparar el papeleo para los grupos de debate... ese tipo de cosas. Cuando entrego mi tarjeta, a diferencia de usted, la gente suele preguntarme: «¿Qué coño es un puto estratega?», a lo que les respondo que un estratega es una persona a la que se le da bien resolver problemas.

—Pues como a mí.

—¿Hum?

Ralston, que seguía la pelota con la mirada, no cayó en la cuenta de que era un chiste. Se estaba concentrando en el partido y en él mismo. Al darse cuenta de que aquellos eran temas de los que Ralston disfrutaba, Tom ofreció una descripción provocativa de los que supuso que, muy probablemente, eran los socios del hombre.

—Trabaja usted para la agencia de las ideas brillantes y las ondas cerebrales, también conocida como Calle E, ¿no es así? —Tom se refería al cuartel general que la Agencia Central de Inteligencia, es decir, la CIA, tenía en Washington.

—El problema de gran parte de eso a lo que llaman «ideas brillantes» es, simplemente, que no son muy prácticas... por no decir que son alocadas. ¡Oh, buen rebote! —Ralston empezó a aplaudir.

—Líbrenos Dios de aquellos con ideas brillantes. —Tom se quedó con que Ralston no le había contradicho con eso de que trabajaba para la CIA—. Yo siempre lo digo.

—¡Amén!

Ralston le entregó a Tom el ejemplar del *New York Times* del día anterior que tenía doblado de manera que se pudiera leer lo del viaje de Fidel Castro a Nueva York para dirigirse a la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Tom le echó una ojeada a la noticia, que ya le resultaba familiar porque la había leído en su propio periódico. Alegando que les estaban cobrando de más, la delegación cubana se había cambiado del hotel Shelburne a Theresa, una pensión de mala muerte de Harlem que ni el diplomático africano más pobre habría considerado adecuada, y todo «para estar con sus oprimidos hermanos negros». El *Times* informó de los destrozos de los que el Shelburne acusaba a los cubanos durante su breve estancia: quemaduras de puros en las alfombras, plumas de gallina en las habitaciones, carne cruda en la neverita. Daba la impresión de que el periódico estuviera sugiriendo que allí se había realizado alguna especie de rito vudú comunista, que se había dado forma a un zombi marxista para causar estragos en el mundo capitalista. Entretanto, en lo referente al Theresa, el periódico se centraba en la miseria del lugar y en el número de prostitutas que lo frecuentaban. Una fotografía de archivo de Castro fumando un gran puro aparecía junto a otra de la fachada en mal estado del hotel de Harlem.

Ralston suspiró.

—Aunque se lo contase, no se creería usted la de tonterías que se les han ocurrido a los de Quarters Eye para encargarse de nuestro amigo del periódico.

Tom sabía que Quarters Eye, que estaba en el Ohio Drive de Washington, era otra delegación de la CIA, más concretamente, la que se encargaba de Cuba.

—«A ciegas» sería un nombre mejor para ese sitio. De verdad, no se lo creería. Se les ha ocurrido de todo, desde un puro explosivo hasta envenenar la tapa intermedia de un inodoro.

—Ir a por alguien cuando tiene los pantalones por las rodillas, ¿eh? A mí también me ha tocado hacerlo alguna que otra vez. Los objetivos se están muy quietos cuando están cagando.

La multitud soltó un rugido de aprobación cuando uno de los jugadores cubanos, de los de la camiseta verde, cogió una pelota de forma espectacular.

—Disparar es una cosa y las ideas estúpidas son otra muy diferente. Hoy en día hay demasiadas complicaciones innecesarias —

observó Ralston—. Demasiada barra de seguridad en el frontal del Cadillac, por decirlo de algún modo. ¿Entiende a qué me refiero?

—Creo que sí.

—Esos abombamientos en el frontal del modelo del 53.

—Los parachoques Dagmar.

—Que carecen de toda utilidad y que son imposibles de reparar. Lo mejor es lo sencillo. A eso es a lo que me refiero. Fíjese en Volkswagen. Fíjese en Porsche. Fíjese en usted.

—¿En mí?

—Lo que hizo en Argentina. Nada de puros. Nada de chorradas. Un arma de calidad y unos proyectiles de expansión controlada también de gran calidad. A cien metros de distancia, ¿me equivoco?

No era momento de contradecir a Ralston.

—Sencillo —continuó—. Ahora bien, ¡ojo!, que no estoy sugiriendo que fuera fácil. Por lo que me han contado, fue un disparo que se habría llevado el oro en los Juegos Panamericanos. No, lo que quiero decir es que lo que usted hace, aquello que se le da bien, ha sido un método fiable de control de plagas toda la vida. Desde que Tim Murphy abatió al general Simon Fraser a trescientos metros durante la batalla de Saratoga.

Tom estaba impresionado. Las hazañas de los francotiradores famosos habían empezado a calarle ya hacía veinte años, durante su entrenamiento en el Campamento Pendleton, en los Exploradores del Cuerpo de Marines, y en la Escuela de Francotiradores, en Greens Farm, en San Diego. La cuestión es que jamás habría dicho que la persona que tenía sentada al lado fuera a saber nada de militares. De la mafia quizá, pero ¿del Ejército? No.

—Por eso quería hablar con usted. La gente que represento... la gente del Gobierno... quiere que prepare usted un estudio de viabilidad sobre el caballero que aparece en el *Times*.

Un poco molesto, Tom miró a su alrededor.

—Oh, no se preocupe por estas personas. Dudo mucho que haya aquí una sola que no quiera ver muerto al Líder Máximo. Además, ninguna de ellas habla nuestro idioma.

—Un estudio de viabilidad, ¿eh?

—¿Se puede hacer, señor Jefferson? Y, en caso afirmativo, ¿cómo? ¿Y cuánto costaría? Y, si se puede hacer con el Líder Máximo, ¿cuánto costaría hacérselo a su hermano, el de la barba, ya sabe, Raúl, al mismo tiempo? Se podría decir que esa es mi quiniela exacta. Al fin y al cabo, ¿de qué sirve cazar al campeón si no caza uno también al

subcampeón? Evidentemente, cubriríamos el coste de su apuesta.

Ralston le alcanzó la novela de tapa blanda. Al ver que Tom se limitaba a mirarla, le dijo:

—No hay que juzgar un libro por la portada.

Al darse cuenta de que el libro escondía algo de valor, Tom lo cogió y pasó las páginas en el regazo, subrepticiamente, y enseguida descubrió que contenía cinco billetes de cien dólares. Luego le dio la vuelta al libro y se fijó en que parecía que, cómo no, la historia transcurriese en una isla ficticia del Caribe.

—Estoy deseando leerlo —comentó.

—Excelente, pero no tarde mucho, que yo estoy deseando contarles a mis amigos lo que opina de él.

—Leo muy rápido, señor Ralston. Es probable que pueda darle un informe de lectura en los próximos días.

—¿En una semana?

—En una semana.

—¿Conoce University Inn, en Coral Gables?

—Lo conozco. La zona del campus. Junto al campo de golf Riviera.

—Puede usted dejar un mensaje para mí allí. ¿He de dar por hecho que, además de la caza, le gusta a usted jugar al golf?

—¿Qué otra cosa se puede hacer en Miami?

—No le quepa duda de que podría ofrecerle algunas sorpresas. En cualquier caso, yo también juego, en el Biltmore.

—Ese campo es mejor. Hay muchos arroyos que pueden estropearte el tiro. El Riviera está bien, me refiero a que tiene sus trampas, pero no hay peligros acuáticos, y, claro, eso en Florida es como un circo sin payasos.

—Debe de gustarle a usted perder pelotas. ¿Dónde acostumbra a jugar?

—En el Miami Shores. A mi entender, es uno de los campos más difíciles de Florida.

—¿Quién es el profesional allí?

—Jim McLaughlin.

—¿Y qué hándicap tiene usted?

—Ocho.

—¡Qué coincidencia, yo también! Tenemos que quedar para jugar alguna vez.

—Sí, pero ¿dónde?, porque tendría que ser en terreno neutral.

—¿Ha jugado alguna vez en Coral Ridge, en Fort Lauderdale?

—No.

—Yo tampoco, pero Lou Worsham, el profesional del campo, es amigo mío. Quedaré con él para preparar un partido.

Tom sonrió para sí. Era evidente que Ralston era de los que dan nombres como los malos jugadores de golf dan golpes. Se preguntaba cuál de los cuatro hombres que había conocido en Las Vegas sería el amigo que le había hablado a Ralston del trabajo de Buenos Aires. Ilani no, eso seguro; el israelí no parecía de esos. Ahora bien, de los otros tres podría haber sido cualquiera: Davidson, Dalitz o Rosenstiel. Supuso que habría sido Dalitz. Ese hombre tenía más contactos que una compañía eléctrica.

—Al parecer, tienen allí un impresionante hoyo en uno —comentó Ralston— con un *tee* enorme. Grande como un campo de béisbol. Lo puedes jugar como un drive de doscientos metros por encima del lago o como uno de ciento veinticinco con un *pitch*.

—Parece interesante.

—¡Pues queda dicho!

La afición aplaudió con fuerza cuando los cubanos se llevaron el primer partido. Sus oponentes se retiraron al banquillo por detrás de la octava pareja para esperar que volviera a ser su turno de jugar. El primer equipo que alcanzara los siete puntos sería el ganador.

Ralston, sin embargo, rompió su entrada y la tiró al suelo. Sacó una tabaquera de plata y se la ofreció a Tom, que negó con la cabeza. Prefería su propia marca. Ralston encendió el cigarrillo con un Dunhill, se puso de pie y alargó la mano.

—Ha sido un placer, señor Jefferson.

Se estrecharon la mano.

—¿Se va tan pronto? El partido acaba de empezar.

—Tengo una cena a las ocho y media —comentó mientras consultaba el voluminoso Girard-Perregaux de oro que lucía en la muñeca— y, si no me ando con cuidado, llegaré tarde.

—Estaremos en contacto.

—No olvide mi quiniela exacta. —Y se fue.

Tom esperó en su asiento uno o dos minutos y también se fue.

Al dejar el frontón, Ralston caminó un par de manzanas en dirección sur por el Canal de Miami y ni siquiera levantó la vista cuando un Transamerica Constellation dejó el Aeropuerto Internacional de Miami haciendo tantísimo ruido que Tom se alegró de no haber alquilado una casa en Miami Springs. Cuando volvió a mirar, Ralston se subía a

un Cadillac Eldorado Brougham de color azul celeste, un coche que parecía que contradijera todo lo que el hombre había dicho acerca de los cromados y de la simplicidad. Con unas aletas traseras que se elevaban casi un metro desde el suelo, el Eldorado era puro barroquismo sobre ruedas.

Tom volvió a toda prisa adonde había aparcado el coche, aunque no parecía necesario que se apresurase; al fin y al cabo, habría sido más difícil seguir a Elvis, cuyo Cadillac rosa atraía a la gente allí adonde iba. Dio con el Chevy Bel Air, entró, arrancó el V8, aceleró por la calle Treinta y uno haciendo chirriar las ruedas y alcanzó a Ralston justo a tiempo para ver que giraba en dirección sur por la avenida Veintisiete.

Con el Eldorado a la vista sin problemas, Tom se puso cómodo y bajó un poco la velocidad, por si acaso Ralston era de los recelosos. En un semáforo dejó que un autobús y una ranchera Dodge se pusieran por delante de él. Encendió un cigarrillo. Enseguida volvieron a estar en movimiento.

Miami era una ciudad de la Compañía, la base más grande que la CIA tenía en el mundo, y era un secreto a voces que la Universidad del Bronceado permitía que la agencia utilizara su campus como escuela de espionaje. En cualquier otra ciudad, esto habría resultado destacable, pero la CIA era una de las principales fuentes de ingresos de la ciudad y bombeaba más pasta en la economía local que todas las máquinas de apuestas mutuas juntas. Allí había tantas empresas e instituciones que ofrecían una fachada para la CIA como cocoteros o malinches, que era una de las razones por las que él vivía allí. Esa y el golf, claro está.

Durante un rato, Tom pensó que se dirigían al campus de la universidad. O puede que al club de golf de Ralston. No obstante, un poco más al norte de Biltmore, donde la avenida Treinta y siete se convierte en Douglas Road, Ralston giró en dirección este por la calle Veintidós y, pocos minutos después, ambos coches iban por el puente Rickenbacker, con las azules aguas de la Bahía Vizcaína iluminadas por el sol por debajo de ellos.

Ralston conducía rápido, pero a Tom no le costó ningún esfuerzo seguirle el ritmo al gran Cadillac. El Chevy estaba diseñado para correr, no para vivir la suave experiencia de conducir sin esfuerzo que caracterizaba a los Cadillac. El Bel Air era un coche atractivo para una cita, o eso era lo que Pat Boone dejaba implícito en su anuncio televisivo semanal para Chevrolet de hacía unos años, cuando Tom lo

había comprado. Pensar en eso siempre le sacaba una sonrisa. Intentó imaginar cómo tendría que ser la cita que hubiera estado interesada en los extras tan útiles que Tom llevaba en el coche: un Smith & Wesson Special calibre 44 sujeto con cinta aislante por debajo del asiento del conductor y, en el maletero, debajo de la rueda de recambio, un revólver Harrington & Richardson calibre 22 de nueve balas con un tambor de cinco centímetros. No le parecía que Elvis fuera de los que se quejan de extras así, pero era muy probable que a Pat no le hubiera parecido bien.

El reloj del salpicadero del Bel Air decía que eran las ocho en punto para cuando el Cadillac azul giró en la exclusiva Ocean Drive, donde hasta el amarre más sencillo alcanzaba los cuarenta mil dólares, y suspiró al ver la fachada del lujoso hotel Key Biscayne. Tom pasó por delante, dio un giro de ciento ochenta grados y tiró por el lado opuesto de Ocean Drive.

Allí había mucho sitio para aparcar —incluso un coche tan grande como el Cadillac—, pero Ralston le dio las llaves a un aparcacoches y respondió afablemente al elegante saludo del portero como si lo conociera. Luego, entró en el hotel. Tom esperó hasta que el aparcacoches desapareció de la vista con el Cadillac. Desde luego, parecía que Ralston estuviera alojado allí.

Cuando el aparcacoches volvió, Tom pisó el acelerador y entró por el acceso del hotel. Aparcó el Chevy delante de la puerta, se acercó al aparcacoches y señaló su vehículo con la cabeza.

—¿Molesto ahí? —le preguntó mientras le tendía un más que generoso billete de cinco dólares.

El aparcacoches, que tendría unos veinte años y que parecía irlandés, con una de esas caras de memo irlandés, que apestaba a tabaco, sonrió de inmediato a modo de respuesta.

—No se preocupe, señor, que yo se lo cuido. ¿Le lavo el parabrisas?

—Sí, gracias. Mira, se supone que tengo que reunirme aquí con el señor Ralston.

—¿Con el señor Ralston? —El joven irlandés frunció el ceño—. Ralston dice... ¿Sabe usted si se hospeda en el hotel?

—Tiene el pelo canoso, lleva gafas y conduce un Cadillac Eldorado del 57 de color azul celeste. Ya sabes, ese con la caja de pañuelos incorporada y los posavasos ribeteados con oro.

—Usted se refiere al señor Rosselli, señor.

Tom se golpeó la frente.

—¡Rosselli, claro! Eso es. ¿De dónde habré sacado lo de Ralston? —Sacudió la cabeza—. No sé, supongo que me dejó anonadado ese coche que conduce.

—Pues acaba de entrar hace apenas unos minutos, señor.

—Ah, ¿sí? Menos mal que me has ayudado, porque podría haber quedado muy mal. Muchas gracias.

—No hay por qué darlas, señor.

Tom empezó a caminar hacia la puerta, pero dio media vuelta sonriendo como avergonzado.

—Disculpa, pero el nombre de pila del señor Rosselli era John, ¿verdad?

—Sí, señor, eso tengo entendido.

—¡Bueno, por lo menos en eso no me equivocaba! Porque estás seguro, ¿verdad?

—Sí, señor, por supuesto. El señor Rosselli vive aquí la mayor parte del tiempo.

—Gracias, me has resultado de gran ayuda.

Dentro de la fresca recepción del hotel, los guacamayos y las cacatúas parlantes le daban una atmósfera tropical al sitio. Tom se acercó a la recepción y le preguntó al mariquita de turno dónde podía encontrar al señor Rosselli. Miami no solo estaba lleno de agentes secretos, también estaba lleno de maricas. Ahora bien, solo en Inglaterra podías encontrar un agente secreto marica.

—Pues me parece que acabo de verle entrar en el restaurante. ¿Quiere que le avise?

—No, no es necesario.

Tom fue al bar y pidió un daiquiri con lima.

Con Ralston —o Rosselli— acomodado en el restaurante, Tom sentía inclinación a registrar su habitación. Como era habitual, llevaba una ganzúa de diamante —una herramienta plana de acero trabajado en frío con un diamante apenas perceptible en la punta— en los bajos del pantalón, un instrumento más que suficiente para mover los pernos de las cerraduras de las puertas de un hotel. Sin embargo, abrir así una puerta llevaba tiempo y aún era por la tarde, con lo que cabía esperar que el piso de Rosselli —no le cabía duda de que, en un viaje al garaje encontraría las llaves del Eldorado vinculadas a su número de habitación— no estuviera desierto el tiempo que necesitaba para abrir la puerta. Porque le gustaba saber tanto como fuera posible de sus potenciales clientes, en especial, cuando le habían llamado tanto la atención. En el trabajo de Tom, uno nunca podía confiarse, porque la

policía o los federales podían estar intentando tenderte una trampa. Ahora bien, pocos agentes de la ley podrían permitirse alojarse en el Key Biscayne. Por no mencionar un Cadillac de trece mil dólares.

Tom decidió contentarse con haber descubierto el verdadero nombre de Ralston. Porque estaba claro que era ese. Puede que hubiera visto el nombre de John Rosselli en los títulos de crédito de alguna película, pero, desde luego, Tom estaba seguro de que ese nombre lo había oído antes. Puede que Mary supiera de quién se trataba. Se lo preguntaría durante el desayuno. Apuró el daiquiri y se fue a casa.

Mary se estaba pintando las uñas mientras veía la televisión, pero, en cuanto Tom entró en la sala de estar, dejó el frasquito de Revlon en la mesita auxiliar, que tenía forma de bumerán y, mientras sacudía las manos en el aire como si se hubiera quemado los dedos, fue a apagar la tele. La habitación se oscureció un poco cuando se apagó la luz que proporcionaba el marco blanco iluminado de la Sylvania Halovision, lo que llevó a Mary a encender la lámpara de pie.

—No hace falta que la apagues —le dijo Tom mientras se acercaba al bar de hierro forjado que había en una esquina de la estancia.

—No pasa nada. Si tampoco la estaba viendo. Me hacía compañía, nada más.

—Compañía no te suele faltar —le soltó con intención mientras se servía un ron—. ¿Te pongo uno?

—No, gracias, que acabo de tomarme una pastilla.

—Pensaba que no ibas a estar —le dijo mientras se dirigía a la cocina a por el zumo de lima que tenían en la nevera.

Mary trabajaba en la oficina del Partido Demócrata de Miami y, teniendo en cuenta que las elecciones presidenciales se celebraban en menos de dos meses, era habitual que se quedara a trabajar hasta tarde. Bueno, a decir verdad, siempre trabajaba hasta tarde. A Mary le gustaba salir. A Tom no. A Mary le gustaba la gente. A Tom no. Mary era chigra —medio china, medio negra— y natural de Kingston, Jamaica. En ella se daba una espectacular y exitosa combinación, porque era tan guapa y atlética como inteligente y trabajadora. Tom la había conocido en Japón, mientras estaba convaleciente en el hospital que la Marina de Estados Unidos tenía en Yokusaka, después de que lo hubieran liberado de un campo de prisioneros de guerra norcoreano. Por aquel entonces, Mary trabajaba de camarera en un caro club

nocturno de Tokio. A las pocas semanas se habían casado. Siete años después seguían llevándose bastante bien, unidos por una poderosísima atracción sexual y su amoralidad mutua, por no hablar de sus ideas políticas.

—Yo también, pero me dolía la cabeza. Me he pasado todo el día cotejando informes de sondeos.

Tom dio con el zumo de lima y cogió también algo de hielo antes de volver a la sala de estar, pero se quedó mirando el horno Hotpoint al sentir el calor que provenía de él. Un rápido vistazo le reveló que estaba vacío.

—Te has dejado el horno encendido.

—Para ti. Por si venías con hambre. En la encimera tienes una bandeja precocinada.

—Gracias.

Tom sacó la bandeja de aluminio dividida en tres —pavo, salsa, puré de boniato y guisantes— de la caja de cartón de Swanson y la olió por instinto. En Florida nadie había olvidado el gran susto de las comidas precocinadas de 1955, cuando una partida de cenas de pollo contaminada con disolvente había aparecido en los supermercados a un precio bajísimo. Esta, sin embargo, olía bien; además, Tom tenía hambre y le gustaban las comidas precocinadas. Le recordaban a cuando estaba en el ejército. Siempre le había gustado el rancho del ejército. Deslizó la bandeja en el horno y volvió a la sala de estar, donde se encontró a Mary leyendo la novela que le había dado Rosselli.

—«El último consejo que el ministro para el Estado de las Colonias le dio a lord Templeton —empezó a leer en alto Mary— fue: “Cuando tenga dudas, utilice un símil relacionado con el cricket”. Su excelencia recordó aquel consejo mientras preparaba el discurso con el que anunciaría la nueva constitución». —Mary sonrió—. Nunca habría dicho que te iban estas lecturas.

—Ah, ¿no? Mira en la primera página. —Tom se sirvió un chorrito de lima en el ron con hielo y brindó levantando el vaso en cuanto ella encontró los cinco billetes de cien dólares.

—¡Vaya, esto es incluso mejor que un clásico!

Tom se dejó caer en el sofá rosa de dos piezas que ocupaba el centro de la estancia. La sala tenía el suelo de madera de cerezo. Entre el mobiliario había un par de sillas de ratán, unas palmeras en maceta y una consola de madera clara con un sistema de alta fidelidad. A la vuelta de la sala, que tenía forma de ele, había una mesa de tipo

popsicle con sillas de concha de plástico en la que, a veces, comían juntos. El estilo, impecablemente moderno, era cosa de Mary. Tom prefería las antigüedades, pero ella las odiaba tanto como los filisteos odiaban a los extranjeros.

—Hay un tipo que quiere que le haga un estudio de viabilidad. Sobre Castro.

—¿Un estudio de viabilidad?

—Es lo que ha dicho.

—¿Y de quién se trata, de Vance Packard? —Mary negó con la cabeza y se sentó a su lado—. ¿Y qué pretende cuando Castro esté muerto? ¿Consultar las tablas de Nielsen?

Tom no había oído hablar de ninguno de aquellos dos tipos, pero le dejó hablar un rato antes de responder a la única pregunta cuya respuesta conocía.

—Dice que se llama Ralston, pero se llama Rosselli, John Rosselli. —Tom le dio un sorbo a su bebida y añadió—: Le he seguido hasta su hotel y se lo he sacado todo al aparcacoches.

—¿John Rosselli? —Mary arrugó la frente.

—¿Has oído hablar de él?

—Me suena mucho, la verdad, pero no me preguntes de qué.

—Qué pena, porque contaba con tu memoria. —Una de las cualidades que hacía de Mary una excelente compañera de trabajo era que tenía una tremenda capacidad para recordar nombres, caras, hechos y números. A Tom le asombraba aquella memoria. La mujer recordaba cosas sobre él mismo que hasta a él se le habían olvidado—. ¿Te duele mucho la cabeza?

—Lo suficiente. He tomado calmantes.

—Has estado trabajando muy duro.

Tom empezó a frotarle la nuca, pero ella estaba demasiado preocupada por lo que él acababa de decirle como para que le sirviera de alivio.

—No, no es eso.

—Pues ¿qué?

—Cada noche, cuando me acuesto, me pregunto si vamos a estar aquí por la mañana. Con todas esas bombas y misiles... como si el mundo no fuera ya bastante peligroso de por sí. Porque, ¿qué harían los rusos si alguien asesinara a Castro?

—Tenemos que aprender a vivir como si eso no importase.

—Supongo.

Tom abrazó a Mary y la apretó con fuerza, embriagándose con el

aroma de su pelo sedoso y de su cuerpo fresco.

—Te amo —le dijo—, pero te va a salir una úlcera como empieces a preocuparte de si vas a estar aquí por la mañana y cosas así. No te preocupes por eso. Bastante complicada es ya la vida. Tú da por hecho que yo voy a estar y punto.

—De acuerdo.

La mujer sonrió y le dio un beso en la mejilla. Percibió que él quería algo más, pero se mantuvo apartada. Se quedaron en silencio un rato.

Entonces, Tom dijo:

—Creo que será mejor que vaya a ver a Alex.

Mary esbozó una mueca. Alex no le gustaba mucho y tampoco le gustaba el interés que este mostraba en su vida. Siempre se pasaba por casa, sin avisar, sin que le invitaran, como si aquello fuera un puesto de control o algo. Mary suponía que tenía que ver con el territorio —con quien era Alex y con lo que hacía—, pero no es que eso sirviera para que la situación le gustara más. Lo único que le parecía bien era que nunca había intentado tirarle los tejos, a diferencia de la mayoría de los hombres que conocía —y con varios de los cuales había acabado acostándose.

—Espera, creo que me estoy acordando —soltó Mary—. Yo diría que hay un Rosselli en la mafia.

Tom pensó un momento en lo que Rosselli le había dicho, eso de que trabajaba para el Gobierno. Para la CIA. Como ausente, comentó:

—Me pregunto si se tratará de la misma persona.

—No sé, cariño, pero dudo mucho que en tu trabajo haya un Rosselli que vende aspiradoras.

Tom sonrió ante aquella ocurrencia, pero tenía que reconocer que había veces en que pensaba que esa boca que tenía Mary, por bonita que fuera, acabaría dándole problemas.

Alex Goldman era un viejo amigo de Tom —un muy viejo amigo, de hecho— que ahora trabajaba para el Departamento Federal de Investigaciones en la sede que el FBI tenía en Miami, en Biscayne Boulevard, al noroeste de Miami. Al igual que a la mayoría de los agentes que trabajaban allí, a Alex le preocupaba la lucha contra el comunismo, pero Tom y él a menudo compartían información acerca de un montón de temas que no tenían nada que ver con los rojos. Así que, después de comer el pavo, Tom volvió a salir. Por lo general, a

las once de la noche no era difícil dar con Alex. Casi cada noche que pasaba en la ciudad iba al Zissen's Bowery, en la zona norte de Miami Avenue y apenas a unas manzanas del edificio del FBI.

El Zissen's Bowery era el club más antiguo de Miami, pero tampoco es que fuera ni el Carioca ni el Boom Room. Los grandes hoteles como el Americana o el Fontainebleu habían conseguido quitarle mucho protagonismo a la adinerada vida nocturna de Miami, pero seguía habiendo unos cuantos garitos que resultaban atractivos para aquellos que tenían que salir adelante con el sueldo de un agente especial. Los sitios como el Zissen's tenían serrín en el suelo, pretzels en la barra y ese tipo de camareros con tan poca idea de cómo preparar un Manhattan como de cocinar un bizcocho de Betty Crocker. Las personas que iban al Zissen's bebían cerveza o licores fuertes y, si resultaba que eran como Alex Goldman, bebían a la vez lo uno y lo otro.

Goldman era más grande que Tom y sus puños parecían bolas de bolos. Llevaba un corte de pelo militar y ya tenía el pelo gris. Vestía un traje de algodón oscuro que le quedaba un poco justo y olía fuerte a sudor y a tabaco de pipa. El clip para billetes que había en la barra, justo delante de él, hecho a partir de una bala de plata, era lo más limpio que tenía Goldman y parecía que dijera que había decidido pegarse una noche de muerte. El agente, que era originario de Nueva Orleans, hablaba arrastrando las palabras, con el acento típico de un sureño bien educado y de trato fácil.

—¡Vaya, vaya, vaya —dijo en cuanto vio a Tom a través de una densa nube de tabaco de pipa—, pero si es el paladín!

Tom no veía mucho la televisión, pero sabía que Goldman se refería a una serie de la CBS que se llamaba *Revólver a la orden* y que protagonizaba Richard Boone, un actor con el que Alex tenía cierto parecido. A Tom no le importaba lo más mínimo que el agente federal supiera a qué se dedicaba. Los agentes federales hacían la vista gorda ante muchos de los asuntos que tenían lugar en Miami. En especial, los agentes como Alex Goldman, cuyas propias actividades y actuaciones como miembros de la División de Inteligencia Nacional del FBI eran, en general, ilegales.

—¿Qué tal está mi espía favorito? —le preguntó Tom mientras le daba una palmada en aquel hombro del tamaño de Dakota.

—Qué puta mierda de película —soltó con desdén—. ¡Odio a Bob Hope! *De camino a la cámara de gas*, ¡esa sí que es una película que me gustaría que protagonizase!

Pidieron cerveza y se la llevaron a una mesa tranquila que había en la parte de atrás.

—¿Qué sabes de John Rosselli? —le preguntó Tom.

—Johnny Rosselli. —Goldman volvió a mostrarse desdeñoso—. Es como Don Giovanni para los espaguetis. Es el marica número uno de la mafia.

—Ah, ¿sí?

Tom se mostró sorprendido y, al mismo tiempo, se sorprendió de sorprenderse. Ahora que pensaba un poco más en Rosselli —la colonia, esos labios, que llevase la manicura hecha, el Eldorado Brougham modelo Vanidad, que se alojase en el Key Biscayne—, lo cierto es que casi parecía obvio. No obstante, seguía sin estar convencido. A veces, Goldman decía cosas para provocar a la gente, al fin y al cabo, era su trabajo. Dentro de la División de Inteligencia, se encargaba del COINTELPRO, el Programa de Contrainteligencia, un programa diseñado por J. Edgar Hoover para dejar al descubierto a los comunistas y para joderles.

Goldman chupó de la pipa con fruición.

—Estuvo casado un tiempo. Con una actriz, una tal June Lang, si no recuerdo mal, pero no cuajó. Bueno, la cuestión es que por eso le gusta Miami. Me han dicho que en Las Vegas y en Los Ángeles puede llegar a hacer mucho calor, así que no son las ganas de disfrutar del sol lo que han traído aquí a ese espagueti, te lo aseguro. Desde luego, te aconsejo que no vayas al cuarto de baño con él. —Goldman se rio de tal manera que acabó tosiendo.

—Así que de la mafia, ¿eh? Me ha dicho que trabajaba para el Gobierno. Para la Compañía.

—De vez en cuando, los intereses de la mafia y de la Compañía coinciden y comparten recursos. Como en Guatemala. El Don lleva entrando y saliendo de Guatemala desde el 56, arreglando esto y aquello para Carlos Marcello. Se encarga de todo desde Guatemala capital. La cuestión es que arreglar algo para Marcello siempre le arregla algún otro asunto a la Compañía. No obstante, resulta interesante que te haya dicho eso. Repítemelo. Sus palabras exactas, paladín.

—Me ha dicho que trabajaba para el Gobierno. —Tom se encogió de hombros—. Entonces he dejado caer que, siendo así, tenía que trabajar para la Compañía y no lo ha negado.

Goldman asintió pensativo.

—Podría ser, la verdad. Rosselli es un marica con muy buenos

contactos, eso hay que reconocerlo. Siempre ha sido una especie de enlace en Hollywood y en Las Vegas. Ya sabes, entre los jefazos: Meyer Lansky, Sam Giancana, Santos Trafficante y Marcello. Allá por los años treinta y cuarenta fue uno de los secuaces de Al Capone. Luego pasó a ser el compinche de Ben Siegel.

—Según él, fue productor en Hollywood durante un tiempo.

—Sí, es una forma de llamarlo, pero, en realidad, lo que ha sido siempre es el portavoz de Chicago. Joe Kennedy y él. El Don y algo más de músculo se hicieron con los sindicatos laborales de Hollywood y empezaron a apretar a los grandes estudios: Columbia, Warner Brothers, MGM. O pagaban o iban a la puta huelga. Así de sencillo. Lo más fascinante es que la Agencia consiguió montar un caso contra él, contra Rosselli y algunos de los espaguetis implicados. No creas que pasa a menudo. A veces pienso que hasta Hoover está metido en el ajo. Eso o tienen algo contra él; como, por ejemplo, que sea de la misma acera que Rosselli. Tú piensa, solamente, en cómo está organizada la Agencia aquí, en Miami: tenemos doscientos agentes encargándose de investigar a los supuestos comunistas de la ciudad y solo tres para lidiar con el crimen organizado.

»Pero, volviendo al Don de hace quince, veinte años. Había un tipo que se llamaba Willie Bioff. —Goldman pronunció varias efes y sonrió —. El tipo era una rata *estafffadora* de las que se dedican a apretarte las tuercas. La mafia lo hizo presidente del mayor sindicato cinematográfico de Hollywood y fue a él a quien lograron echar el lazo los federales. Willie Bioff delató al Don y a otros de sus coloridos amigos y vivió el tiempo suficiente como para cambiarse el nombre y mudarse a Phoenix, donde fue víctima de un coche bomba. Don Giovanni y los aficionados a las películas acabaron en la cárcel. Ahora bien, el Don no pasó mucho tiempo dentro, ya te lo imaginas, ¿no? Un par de años como mucho. Alguien lo organizó todo para que lo soltaran antes de tiempo. El Departamento de Policía de Los Ángeles, seguramente. El asesinato de Siegel dejó un gran vacío en el corazón de todos los policías que aceptaban sobornos. Así que Rosselli dio un paso adelante e hizo un trato. Parker, el jefe de policía de Los Ángeles, acusó al único rival del Don, al único con el que competía por el territorio, un judío llamado Mickey Cohen. La cuestión es que a Parker los judíos le caían tan mal como los negros y se sentía más cómodo haciendo tratos con los espaguetis.

Goldman volvió a encender su pipa y soltó una gran nube de humo.

—El Don era un gran cazatalentos, las cosas como son. Bueno, y sigue siéndolo. Ha ayudado a que muchas carreras salieran adelante tanto en Hollywood como en Las Vegas. Un papelito en una película por aquí, una temporada en el Sands por allí. Son muchas las estrellas que le deben lo que son a ese espagueti de mierda.

—¿Y cuál es su conexión con Cuba?

—Cuba es para la mafia lo que Detroit para la General Motors. Y Rosselli es para la mafia lo que Christian Herter es para la Casa Blanca. Como si fuera el secretario de Estado de la mafia. El aceite de oliva de la maquinaria de la Cosa Nostra. ¡Ojalá el secretario de Estado fuera tan resolutivo! Christian Herter es un puto novato al lado del Don. ¿Que Lansky y Trafficante tienen un problema con Castro en Cuba? Pues hablamos con el ministro de Exteriores del crimen organizado. Puede que al Don se le ocurra una solución, una propuesta, que tenga algún contacto. O que pida que le devuelvan algún favor. Puede que se le ocurra un plan. —Goldman brindó con un botellín de cerveza—. Supongo que ahí es donde entras tú, paladín. ¿A quién quieren echar del equipo?

—A Castro.

—Pues mejor para ti.

—Y a su hermano.

—Eso le vendría bien a todo el mundo. A la mafia, a la CIA, a las grandes empresas, al Gobierno... A todo el mundo menos a los cubanos, vamos, digo yo. Así que la mafia y la Compañía han hecho un trato, ¿eh? Yo diría que tiene sentido. Si es que se puede lograr.

Goldman se quedó callado e inspeccionó el hornillo de madera de color cereza de la pipa antes de volver a encenderlo con el tabaco que quedaba allí.

—Rosselli me ha pagado quinientos dólares para que estudie justo eso.

—Pues yo en tu lugar estudiaría cuanto pudiera.

—Claro, en ello estoy. Por eso lo estoy hablando contigo.

—¿Crees que se puede hacer?

Tom encendió un cigarrillo y le dio una calada en silencio. Su gesto era un estudio de indecisión.

—Cualquier gilipollas puede meter la cabeza en la boca del león —dijo por fin—. La cuestión está en sacarla.

—Eso es cierto.

—Pero ¿por qué no? No se puede decir que Cuba esté cerrada a cal y canto, ni nada por el estilo. Puede que la embajada estadounidense

haya echado el cierre, pero el ferry sigue saliendo de Cayo Hueso y la Pan Am sigue volando a La Habana. —Se encogió de hombros—. Además, Castro es de esos a los que les gusta dar discursos públicos. Así que, sí, yo diría que se puede hacer.

—Si necesitas algo, cuenta conmigo.

—Pues muchas gracias.

—Por cierto, ¿cómo está Mary?

—Últimamente no duerme bien.

—Me cuesta creerlo, con la de pastillas que toma.

—No se quita de la cabeza eso de que la bomba atómica va a estallar mientras está durmiendo.

—¡Pues esa es la mejor manera de estar en caso de que estalle!

—Además, la veo a tope con las elecciones.

—Claro. ¿Quién va a ganar?

—Va a estar reñido.

—No me cabe duda, pero esperemos que gane Kennedy, ¿eh?

Tom se encogió de hombros, como si le diera lo mismo.

—Por lo menos, por el bien de Mary —insistió Goldman—. Ha puesto toda la carne en el asador y, después de noviembre, yo diría que estará bien posicionada para sacarle algún beneficio, ¿no?

—Kennedy no es diferente de Nixon —refunfuñó Tom—. Suda menos y tiene una mejor navaja de afeitar, eso es todo. En cuanto a Mary... —Tom movió la cabeza de lado a lado y apagó el cigarrillo airado—. A veces me da la sensación de que está enamorada de él. Tendrías que verla cuando el tipo aparece en televisión. Ni que fuera el puto Cary Grant o uno de esos. Y, el resto del tiempo, no para de darme por el saco con su estilo y con el buen aspecto que tiene. Que si Jack Kennedy esto, que si el puto Jack Kennedy lo otro. No sabes cuánto me voy a alegrar de que todo esto acabe, Alex.

—Si no fuera por lo bien que te conozco, diría que estás celoso.

—¿Celoso? ¿Yo? ¿De Jack Kennedy? ¡Ja!

—¿Y por qué no? No sería la primera colaboradora de campaña que se enamora del candidato. Seguro que, así, le resultaría más sencillo hacer su trabajo. —Sonrió—. No te cae nada bien, ¿eh?

Tom intentó no esbozar una sonrisa avergonzada, pero no pudo evitarlo. Luego, sacudió la cabeza y soltó por lo bajo:

—Me encantaría volarle la tapa de los sesos.

—¿Por qué? ¿Qué hace que te caiga tan mal?

Tom se quedó pensativo un momento y recordó aquella frase famosa de Brando en *Salvaje*. Sonrió y dijo:

—¿Por dónde empiezo?

3

EL GRAN BARBUDO

—Aunque nos han dado fama de que hablamos extensamente, la Asamblea no debe preocuparse. Vamos a hacer lo posible por ser breves.

Las viejas costumbres nunca mueren y, aquel día, el discurso de Castro a la Asamblea General fue, con más de tres horas, el más largo de la historia de las Naciones Unidas. El primer ministro de la India, Nehru, se quedó dormido y le despertó el presidente de la Asamblea al utilizar el mazo para reprender a aquel orador tan rollero por haber dicho que los dos candidatos a la presidencia de Estados Unidos, Nixon y Kennedy, carecían de sentido político.

Tom había leído la noticia en el periódico con interés. Esa utilización del plural mayestático por parte de Castro hacía que diera la sensación de que el hombre tenía un ego tan grande como el de Mussolini. No estaba en desacuerdo con lo que Castro había dicho de las relaciones históricas entre Estados Unidos y Cuba, pero se preguntaba si había sido inteligente que se refiriera a John Fitzgerald Kennedy como un millonario iletrado e ignorante. Lo que más interesaba a Tom era lo improvisada que había sido la charla de Castro. Para el Gran Barbudo no era raro estar hablando tres horas. En su país, en Cuba, no eran extraños los discursos que duraban entre cuatro y cinco horas. Estos discursos se los daba a todo tipo de audiencias: entrenadores deportivos, médicos, ingenieros agrónomos, dentistas, cineastas, profesores de colegio. Era evidente que al de la barba le gustaba oírse hablar tanto como un buen puro.

Tom se preguntó si eso de que a Castro le gustara tanto dar discursos se debía a su necesidad de movilizar a las masas o de someterlas mediante el aburrimiento. De una u otra manera, una persona que aprovechaba toda oportunidad que se le presentara para hablar a una audiencia, por grande o pequeña que esta fuera, y durante tantísimo rato, era el sueño de un asesino. Lo raro era que ningún francotirador —un descontento batistiano o el hijo de algún

terrateniente al que le hubieran robado las tierras— hubiera intentado matarlo ya. Estaba claro que Castro tenía su pandilla de guardaespaldas revolucionarios para protegerle, pero Tom, que era cubano por parte de padre, conocía a los cubanos lo bastante bien como para atreverse a suponer que muy protegido no estaba. Al fin y al cabo, el ejército rebelde no había derrotado al régimen de Fulgencio Batista en ninguna gran batalla, sencillamente, las tropas del viejo dictador se habían negado a combatir y habían preferido permanecer en los barracones.

Tom siempre había considerado que aquel era el verdadero carácter cubano: guerrillas más interesadas en los buenos puros que en los cartuchos de dinamita y soldados que desertaban de su puesto para ver las Series Mundiales por televisión. Además, lo único que unía a los hombres cubanos era su odio por los homosexuales. Tom se preguntó si aquella sería la verdadera razón por la que Johnny Rosselli no había ido en persona a hacer el estudio de viabilidad a La Habana. Porque, teniendo en cuenta todo lo que Alex Goldman le había explicado acerca del Don, estaba claro que a este se le daba incluso mejor eso de decidir cómo y dónde matar a una persona; no en vano había matado a una docena de ellas durante sus treinta años de carrera en la mafia.

No es que a Tom le preocupara lo más mínimo. De hecho, agradecía tener una excusa para volver a Cuba. Hacía mucho tiempo que no la pisaba.

Tom sintió ese ritmo a lo Cole Porter que tenía La Habana en cuanto bajó del avión, en el aeropuerto Rancho Boyeros. Le gustaba volver a estar en Cuba, volver a hablar español, escuchar el interminable clamor de los cláxones de los automóviles, regatear la tarifa del taxi en el centro de la ciudad y que el taxista con cara de mula que iba al volante le ofreciera jineteras a partir de una serie de fotografías que le presentó nada más sentarse en el asiento de atrás. Tom, que ya estaba disfrutando del viaje, decidió divertirse un rato pidiéndole al taxista que le describiera algunos de los detalles más obscenos de las chicas. Daba la sensación de que la revolución no había cambiado mucho la ciudad. Puede que el Gran Barbudo hubiera anunciado el fin de las apuestas y de la prostitución, pero aquel taxista hablaba de tal manera que La Habana parecía la Disneylandia del sexo. Ninguno de los gobiernos cubanos había conseguido, insistía el conductor, acabar con

la profesión más antigua del mundo.

—¿Ha venido por negocios?

—Sí, por negocios.

—¿Qué tipo de negocios?

—Si me queda tiempo, había pensado acercarme a escuchar uno de los discursos del Líder Máximo.

El taxista se volvió en el asiento con expresión de horror en el rostro, como si Tom acabara de admitir que era maricón.

—¿Es usted periodista?

—No, tan solo siento curiosidad.

El taxista volvió a mirar la carretera central mientras negaba con la cabeza.

—Tenemos las mujeres más bellas del mundo y el estadounidense quiere escuchar un discurso de Fidel.

—A ver, puede que no todo el discurso. Tengo entendido que es capaz de tirarse un buen rato hablando.

—¡Ya le digo! En cualquier caso, resulta que está usted de suerte, porque va a hablar el miércoles por la noche. Mañana, vamos. Quiere contarnos lo mal que lo pasó en Nueva York y hablarnos de todas las pellejudas estadounidenses que se folló.

—¿Y dónde va a ser eso?

—Pues donde siempre, en la balconada del palacio presidencial. ¿Dónde se aloja usted?

Con la intención de evitar que el taxista le diera un rodeo para cobrarle más, Tom le había pedido que le llevara al Parque Central, que estaba en la zona oeste de La Habana vieja. Si le hubiera dicho que se alojaba en uno de los mejores hoteles de la ciudad, el conductor habría intentado sacarle aún más dinero al yanqui rico.

—En el Inglaterra.

El taxista se carcajeó, como si se alegrase ante la perspectiva de lo a disgusto que iba a estar allí el gringo por tacaño.

—En ese caso, no le quepa duda de que va a poder oír usted todas y cada una de las palabras del discurso del primer ministro, quiera o no quiera. Ya tenga la ventana abierta o cerrada. —El taxista volvió a reír, como si estuviera pensando de nuevo en ello—. Por su bien, espero que empiece pronto.

El hombre todavía se reía cuando dejó a Tom en la Acera del Louvre, donde una multitud de chavales fumaban puros baratos y admiraban el Packard del 57 que había aparcado enfrente del hotel Inglaterra.

Tom se registró y pidió una habitación tranquila. El recepcionista, un hombre con perilla y tan bajito que casi parecía enano, respondió a la petición con educación, pero como si estuviera cansado de repetir lo que estaba a punto de decir.

—La habitación más tranquila que tenemos está en el centro del edificio.

Apenas había mirado a Tom para decirlo.

—Muy bien, pues esa.

—La cuestión es que no tiene ventana.

Tom sonrió con paciencia. Afuera, en la calle, hacía una conmovedora temperatura de treinta y cuatro grados y había un ochenta y dos por ciento de humedad.

—¿Y si me pone en una habitación que sea relativamente silenciosa pero que tenga ventana? —le preguntó al recepcionista mientras le deslizaba un par de pesos.

—Yo diría que podemos acomodarle muy confortablemente en la zona sur del hotel —le dijo el recepcionista con una sonrisa mientras le hacía un gesto al botones.

La habitación de Tom, desde la que se veía San Rafael, una abarrotada calle peatonal, estaba fría y a oscuras, al menos, hasta que el botones abrió las persianas venecianas. Tom salió al pequeño balcón, miró a la calle y sus muchas tiendas y suspiró en alto.

—¿Y esta es una calle tranquila?

—Lo es más que las que dan al parque, señor —respondió el botones, un chico trigueño que contaría unos dieciocho años.

Tom se quedó mirando el Gran Teatro, que estaba justo enfrente. La fachada era exageradamente barroca y Tom mostró su rechazo girando ligeramente la cabeza. En cada una de las cuatro esquinas del edificio había una torre coronada por un ángel de mármol oscuro que, de puntillas, se alzaba hacia el cielo. Por una de las ventanas abiertas del edificio vio a una bailarina, también de piel oscura, apoyada en una barra fija y con una posición muy similar a la de los ángeles.

El botones salió al balcón con Tom en busca de su propina y enseguida vio a la chica y percibió el interés de su cliente.

—La conozco. Es bailarina.

—Hasta ahí había llegado —le respondió Tom mientras le daba unos centavos.

—Pero bailarina de verdad —insistió el chico—, no como las coristas del Tropicana, que parecen caballos.

—Pues a mí me gustan las coristas esas —pero lo dijo sin dejar de

mirar a la bailarina.

—Se la podría presentar.

—¿Tú? ¿La conoces?

—¡Pues claro! —respondió alardeando.

—¿Cómo te llamas?

—Jorge Montero.

—¿Y ella?

—Celia.

—Celia, ¿eh? —Le gustaba el estilo del chico. Hasta el momento no le había prometido el polvo de su vida y Tom se preguntaba cuánto tiempo podría mantener en marcha aquello el chaval—. Y, bueno, dime, ¿cómo es Celia?

—Es de muy buena familia. Es una chica muy respetable. Una chica con estudios.

Ahora sí que estaba intrigado. Aquel chico era un verdadero vendedor. Tom sonrió y le dio unos billetes.

—Me gustaría conocerla, sí. Pídele que venga y trae también una botella de ron.

—¿Y para la dama? ¿Un poco de champán, quizá?

Tom se echó a reír.

—¡Lárgate de aquí! No, espera, una cosa más, Jorge. ¿Podrías traerme un petardo?

—¿Un petardo?

—Sí, ya sabes, fuegos de artificio. El más grande que encuentres.

Jorge se encogió de hombros.

—Yo se lo traigo.

—Pero no se lo cuentes a nadie.

Jorge frunció el ceño y Tom se dio cuenta de que el cubano ansiaba saber para qué lo quería, sin embargo, sacudió la cabeza como si quisiera hacer ver que nunca se atrevería a preguntárselo.

—Es una sorpresa —le dijo Tom antes de hacerle un gesto con la mano para que se fuera.

Tom no se quedó mirando lo que sucedía en el estudio de danza que tenía al otro lado de la calle, sino que cerró la persiana y se tumbó en la cama. Estaba convencido de que el botones no conocía de nada a la chica y que lo que pretendía era engañarla para convertirla en una jinetera. Si dábamos por hecho que la joven necesitaba el dinero —en Cuba casi todo el mundo necesitaba el dinero ahora que la inmensa

mayoría de las empresas estadounidenses habían abandonado la isla— era probable que Jorge se saliera con la suya. La necesidad era tanto la madre como el padre de todos los inventos de la nueva Cuba y, probablemente, también su tía y su tío. Ahora bien, a la hora de superar las carencias del país, nada era más necesario que los dólares estadounidenses. Ojalá pudiera oír el discurso de Jorge.

Tom abrió el cartón de Chesterfield que había comprado en el aeropuerto y fumó un cigarrillo. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que estaba pensando en su padre, preguntándose si habría vuelto a Cuba o si seguiría en algún rincón de Miami. Hacía años que no se veían.

Después de la Gran Guerra, que había dejado a la mayoría de los equipos de béisbol con una pronunciada carencia de jugadores, a Roberto Casas se lo habían llevado de Cuba a Filadelfia, a jugar en los Phillies. Casas había sido un pitcher zurdo prometedor hasta que perdió el pulgar en una pelea con cuchillos que acabó con su carrera, como quien dice, antes de que hubiera empezado; pero no antes de que el padre de Tom hubiera conocido y dejado embarazada a su madre, Mildred Jefferson, durante los entrenamientos de primavera de los Phillies en la San Petersburgo de Florida. No habían llegado a casarse —concretamente, porque Roberto ya estaba casado en Santiago de Cuba— y a Tom lo habían criado, como quien dice, su madre y su tía. Aun así, se podría decir que no había visto poco a su padre durante su niñez. Había sido este el que le había enseñado a disparar y a hablar español, por ese orden. Después, desde la guerra de Corea, no había vuelto a saber nada de él y, por lo que tenía entendido, el hombre entraba y salía de Cuba como el humo de un puro. Para Tom, su padre estaba muerto. Y puede que ni siquiera le importara. La verdad es que de poco le valía ya un padre. O una madre. Las pocas veces que la veía, en el hogar para la tercera edad de Intercession, le sorprendía que tuviera algún parentesco con ella.

Tom se despertó de golpe, con la sensación de que había alguien al otro lado de la puerta. Al oír que llamaban, se sacudió el sueño, se levantó de la ruidosa cama y fue a abrir la puerta. Era Jorge, con el ron y con una amplia sonrisa. El chico entró en la habitación y lo siguió, a una distancia prudencial, una negra preciosa.

—Le presento a Celia.

—Hola, Celia. Yo soy Tom.

—Encantada de conocerte, Tom.

Celia, que llevaba un vestido ceñido sin mangas de color azul y que olía muy fuerte a sudor y a perfume, sonrió abiertamente, se acercó a la ventana, abrió la persiana, salió al balcón y se apoyó en la barandilla de hierro forjado a medio oxidar. Tom sintió que su corazón latía con fuerza. Era una mujer sin par. Mientras observaba cómo esta miraba el estudio del que la habían traído, Tom se dio cuenta de que la manera en que se apoyaba en la barandilla le recordaba a algo. Intentó determinar a qué. ¡Sí!, a un cuadro de Salvador Dalí, una reproducción que había visto en la pared de un barrio de Atlantic City. Una imagen muy sugerente, tal y como la recordaba, cuyo tema, si no se equivocaba, era el de la mujer sodomizada por su propia castidad.

Tom llevó a Jorge al baño y le dio diez pesos, que era, más o menos, un cuarto de lo que costaba la habitación del Inglaterra. Jorge se guardó el billete en el bolsillo y le explicó que vendría más tarde con el petardo. Acto seguido, los dejó solos.

Tom se sentó en el sillón solitario que había en la habitación y se sirvió un vaso de ron. Celia se dio la vuelta, entró y cerró la persiana. El sol pintó una serie de franjas pálidas en su rostro de mulata de manera que parecía una santiaguera.

Celia se sentó en el borde de la cama y la presionó como si tuviera mucha experiencia.

—Así que te gusta el balé, ¿eh?

Tom asintió. Había visto uno en Nueva York en una ocasión en la que seguía a un tipo al que había aceptado asesinar, pero no había estado muy pendiente, que era, probablemente, por lo que ni siquiera recordaba su nombre.

—Un poco.

—¿Y cuál te gusta?

—Tosca —respondió al cabo de un rato.

—Tosca es una ópera de Puccini. —Celia cruzó los brazos y se encogió de hombros—. Aunque tampoco importa, porque, ahora mismo, en Cuba, no hay, como quien dice, ni de lo uno ni de lo otro. Aun así, intento mantenerme en forma.

—Lo sé. Te he visto. —De pronto a Tom se le ocurrió que quizá eso era lo que se esperaba, que la hubiera visto... y que todo esto pareciera idea suya cuando, en realidad, aquella era una labor de jinetera de lo más común entre Celia y Jorge. Aunque, a decir verdad, le daba igual—. Y estás en muy buena forma —le dijo brindando por

ella con el Havana Club que estaba bebiendo.

—Estoy engordando.

—A los hombres nos gusta que el hueso tenga un poco de carne.

—Así hay algo que morder, ¿no?

—Sí, la comida sabe más rica.

—Yo no me iba a enterar, porque me alimento de café y cigarrillos.

—¿Te apetece un poco de ron?

—No, gracias. Le meten bacterias, ¿sabes? Para darle sabor.

Tom escudriñó el vaso y, luego, lo apuró.

—Pues funciona. ¿Te apetecería cenar conmigo esta noche?

—Suena bien.

—A decir verdad, mañana también me gustaría contar con tu compañía.

—Para mí, los miércoles siempre suelen ser días tranquilos.

—Naturalmente, te pagaré por esa compañía. ¿Te parece bien cincuenta dólares? Veinticinco por anticipado.

Tom sacó su clip de billetes y le puso cinco en la mano. Sabía que estaba pagando muy por encima de la tarifa de la zona, pero quería asegurarse la lealtad de la chica y puede que incluso su silencio.

—Es generoso. —Celia sostuvo los billetes con cierto recelo antes de guardarlos en el bolso—. Muy generoso.

La joven dejó el bolso en la cama y, antes de que Tom pudiera decir esta boca es mía, se puso de pie y se quitó el vestido por la cabeza. Estaba completamente desnuda.

Tom sintió una presión en el pecho. Su cuerpo era aún más magnífico de lo que había imaginado. Sin embargo, no era aquello lo que él quería. Por lo menos, no en aquel momento. A Tom no le importaba pagar para mantener relaciones sexuales. De hecho, esa era la razón por la que le pagaba tanto, con la esperanza de que aquello le ayudase a ella a olvidarse del dinero. Si iba a acostarse con ella, le gustaba tener la sensación de que aquello no era tanto un negocio como una decisión propia de la chica. Aunque no era sino un engaño —¡y un engaño muy caro!— y era consciente de ello. No obstante, ¿de qué servía tener dinero si no para engañarse de vez en cuando, por caros que fueran esos engaños? Cogió el vestido y se lo dio.

—¿Tienes un vestido de noche?

—Siempre y cuando la noche lo merezca.

—Ven a buscarme a las siete.

—¿Hay algún problema? —Celia estaba confundida—. Pensaba que...

Tom sonrió y negó con la cabeza.

—No hay ningún problema y no pienses que soy maricón. Me la has puesto tan dura como la santa cruz, cariño, pero ahora mismo solo quiero el barco, no el viaje de pesca.

La última vez que había estado en Cuba, casi cuatro años antes, había asesinado a un hombre. Y habría asesinado a tres de haber tenido la oportunidad. Allá por octubre de 1956 lo habían contratado para que le quitara la vida al coronel Antonio Blanco Rico, el jefe de la inteligencia militar, mientras su esposa y él salían de un club nocturno de La Habana. Tom había estado esperando en el tejado de una casa de enfrente y le había pegado un tiro en el corazón. La cuestión es que, cuando fue a por la parte que aún tenían que pagarle, los dos oficiales de la policía militar cubana que le habían contratado intentaron matarle y Tom había salido con vida del lance por los pelos. Aquellos dos oficiales, el general Cañizares y el coronel Miguel Zayas, se habían valido del pretexto del asesinato de Rico para atacar la embajada haitiana, donde una serie de líderes opositores cubanos habían recibido asilo político. Durante el asalto hubo un tiroteo en el que el general Cañizares cayó herido de muerte, lo que dejó a Tom con una sola deuda pendiente.

Meses después de la revolución, se había enterado de que Zayas había tenido que escapar porque lo habían acusado de batistiano, cargo que no tenía sino un final: el pelotón de fusilamiento. La cuestión es que había conseguido trabajo como jefe de seguridad en el hotel Nacional de Vedado, un enorme suburbio de clase media de La Habana donde estaba situada la universidad y la mayoría de los hoteles dirigidos por la mafia. Así, cuando Celia apareció en el Inglaterra con un precioso vestido de cóctel negro de lentejuelas, Tom le pidió al taxista que los llevara al Nacional.

Él no llevaba esmoquin. En La Habana, esos días habían quedado atrás. La gente o vestía ropa informal o tenía problemas. Las mujeres podían seguir vistiendo, más o menos, lo que quisieran, pero solo un tonto se pondría esmoquin. Así que, al igual que los demás cubanos que habían salido a dar una vuelta, Tom llevaba una camisa blanca de manga corta y de estilo guayabera por fuera de los pantalones. Esto le ayudaba a camuflarse con el entorno y a esconder el revólver Smith & Wesson Centennial Airweight en la cinturilla de sus pantalones de lino de color beis. Tom tenía la impresión de que la noche iba a acabar de

manera dramática. Y puede que, si Celia y él llegaban a entenderse, también acabara con quejidos y lamentos.

En dirección oeste por el Malecón, con el mar a la derecha, no tardaron en llegar a las villas de colores crema y a los altísimos hoteles de Vedado. A Tom, este barrio siempre le había recordado a la South Beach de Miami, igual que el Nacional, con sus características torres gemelas y su fachada de estilo italiano, siempre le recordaba al hotel Breakers de Palm Beach. Hasta la llegada de Castro, Cuba siempre había parecido el patio de atrás de Florida.

Igual que el cercano hotel Riviera o el Hilton —renombrado ahora Habana Libre—, el Nacional lo había embargado el gobierno revolucionario hacía tres meses. En 1956, sin embargo, el casino del Nacional lo llevaba Meyer Lansky. Un poco más adelante, carretera arriba, el Capri lo llevaba Santos Trafficante y tenía al frente nada más y nada menos que a George Raft, villano habitual en el cine. Al año siguiente, Lansky había abierto el Riviera por catorce millones de dólares... y justo entonces había aparecido Castro. Algunos de los casinos que la mafia regentaba en hoteles como el Deauville, el Sevilla-Biltmore o el Commodoro, los habían destruido los amotinados celebrando el primer día de la revolución, al resto les habían permitido seguir abiertos, pero como se había prohibido apostar, habían ido cayendo en el olvido, en el desuso, y habían acabado cerrando.

Para Tom, lo raro era que la mafia hubiera tardado tanto en intentar matar a Castro. Mientras pensaba eso, el taxi enfiló la entrada del Nacional. Había veces que le daba la sensación de que el crimen organizado tenía bien poco de organizado.

Aparte de la ausencia de un casino, por dentro, el hotel estaba prácticamente como lo recordaba ¡y aún preparaban los mejores daiquiris de la isla! Celia y él bebieron varios, y eso los puso de humor para disfrutar de una excelente cena a base de cangrejo de Morro, cochinillo asado con arroz, alubias y plátano frito. En cuanto pidieron papaya confitada de postre, Tom se excusó y salió del comedor.

Solo le llevó un momento hacer la llamada telefónica desde la recepción con suelo de baldosa de estilo español para confirmar que Zayas estaba en el hotel. Tom reconoció el ceceo del policía junto con ese acento de la zona de Oriente en cuanto este se puso al teléfono. Era difícil olvidar la voz de una persona que había intentado matarte a toda costa. Imitando lo mejor que podía a un cubano, Tom le había dicho a Zayas que Luis Rodríguez, el ministro del Interior, que

telefoneaba desde el Habana Libre —que era desde donde los miembros del gobierno revolucionario dirigían los asuntos de estado —, quería hablar con él y le pidió que esperara un momento hasta que el ministro se pusiera al aparato. Desde la recepción, Tom tenía una buena vista de la centralita del Nacional y no le había costado nada ver cómo el operador telefónico conectaba su llamada con la suite 919, que estaba en el ático.

Tom recorrió el pasillo hasta el ascensor, que no tenía ascensorista, y subió hasta la séptima planta. Cuando comprobó que el ascensor había bajado, tomó las escaleras de servicio para subir los dos últimos pisos. En este tiempo aprovechó para sacar el calibre 38 de debajo de la camisa. Sin martillo, para que no se enganchase con la ropa, con un peso menor de trescientos cincuenta gramos y con un cañón de casi nueve centímetros, el Airweight era el revólver preferido de los asesinos. El tambor solo tenía cinco balas, pero el poder de detención del arma era suficiente para que no necesitaras la sexta. Tom quitó el seguro con el pulgar y miró la novena planta desde las escaleras. No se veía a nadie. La suite 919 estaba casi enfrente del ascensor de servicio que daba a la terraza. Tom se acercó, escuchó a través de la puerta y, como solo oyó una televisión, llamó con suavidad.

—Con permiso —dijo como si fuera del servicio de habitaciones.

Una voz respondió con vigor militar:

—¡Pase!

Con la pistola por delante, Tom se deslizó a la habitación.

Zayas estaba viendo el béisbol en la tele con el auricular del teléfono aún en la mano. Parecía un partido en el Estadio Cerro —los Sugar Kings contra un equipo que Tom no fue capaz de identificar—. Ahora le quedaba claro por qué el Gran Barbudo, un acérrimo aficionado al béisbol, había elegido la noche siguiente para hablar a los cubanos. La suite era del tamaño de un campo de polo y había en ella un sofá de cuero desgastado tan grande como un Pontiac además de una enorme lámpara de araña. Era el tipo de suite en la que en su día se habrían alojado Churchill, Brando o cualquiera de esas grandes personalidades que se hospedaban antes en el Nacional.

Zayas se sorprendió al ver a Tom y que llevaba un arma en la mano. Tom se sorprendió otro tanto al darse cuenta de que el hombre estaba en silla de ruedas.

—Cuelga el teléfono.

Zayas hizo lo que le ordenaban sin perder la calma y giró la silla para mirar de frente al asaltante.

—Has sido tú, claro. La llamada de teléfono de ahora mismo.

Parecía que había cogido más peso del que ya tenía cuando Tom lo conoció. Con aquel bigote finito que le enmarcaba la boca, los ojos pequeños como granos de café, la nariz aplastada y la tripa de Dunlopillo, Zayas le recordó a Joe Louis después de que se retirara de los cuadriláteros y perdiera todo su dinero. Tom había visto al boxeador trabajando de señuelo en las mesas de blackjack de Las Vegas, apenas un cascarón quemado de aquel Bombardero Marrón que había derrotado a Max Schmeling en el primer asalto.

—¿Cómo es que estás en silla de ruedas?

—Recibí un disparo en la columna en San Domingo. Con Cantillo. Antes de que él la diñara.

—Qué pena que no la diñara antes, ¿eh? —Tom apuntó a la puerta con la pistola—. Venga, rodando.

—¿Vamos a alguna parte? —le preguntó Zayas mientras avanzaba por el suelo ajedrezado. Tenía claro que era mejor no discutir con alguien como Tom. Suponía que lo mejor que podía hacer en esos momentos era no dejar de hablar. Una vez en el pasillo del hotel, se detuvo a la espera de instrucciones.

Tom llamó al ascensor de servicio y, cuando llegó, empujó la silla y a su ocupante al interior con el pie. Subieron a la terraza.

—He pensado que era mejor que nadie nos molestase —comentó Tom mientras sacaba a Zayas al cálido aire nocturno.

En la terraza hacía un poco de brisa y el aire olía fuerte a mar, pero había un parapeto ornamentado de dos metros de altura, así que, sin subirse a la caja de cerveza boca abajo que había allí olvidada, poco se podía ver.

—Bonita noche. ¿Tienes planeado dispararme aquí? ¿Ese es el plan?

—Podría ser —masculló Tom.

—Pues sería una tontería. Para empezar, porque puedo darte el dinero que te debo y con intereses. —Nervioso, se tocó la pajarita, pequeña y de colores brillantes—. Tengo una caja fuerte en mi casa de Varadero. Puedes ir ahora mismo. No te llevaría mucho tiempo.

Tom puso cara rara y negó con la cabeza.

—No —respondió al tiempo que giraba el calibre 38 en la mano con gran destreza.

—¡No irás a disparar a una persona en silla de ruedas! —Zayas no se lo podía creer.

Tom respiró hondo y miró la luna como si estuviera pensando en

lo que acababa de decir el hombre, pero, en realidad, en lo que estaba pensando era en que había cenado demasiado.

—Supongo que tienes razón.

Zayas sonrió como si se lo hubiera visto venir, pero la sonrisa no provocó sino que Tom deseara que aquella conversación terminara. No le cabía duda de que el cabrón había esbozado la misma sonrisa cuando ordenó que lo mataran, y solo pensar en ello fue suficiente para provocar en él una explosión de ira avivada por el ron. Al tiempo que soltaba un furibundo grito de rabia, Tom golpeó con la 38 en la cara al sudoroso y sonriente cubano con pinta de rana toro y este cayó al suelo.

—¡Ahora no estás en una puta silla de ruedas! ¿Qué te parece, eh, chupapollas? ¿Que qué te parece? —Tom le pisó la cabeza—. ¡Te estoy hablando, coño! —Volvió a pisarle la cabeza, como si estuviera intentando aplastar una cucaracha—. ¿Eh, cabrón?

Quejándose en alto, el expolicía militar intentó protegerse, pero no sirvió de nada.

—Traidor —le siseó Tom antes de darle una patada, aunque no pareció que le hiciera efecto alguno, dado que tenía tanta grasa en brazos y hombros que no alcanzó a pegarle en la cabeza.

Zayas se retorció para protegerse contra el parapeto, lo que llevó a Tom a guardar la pistola y tirar de una de sus inútiles piernas para alejarlo a rastras de la pared.

—Hijo de puta.

Entonces, Tom cogió la silla de ruedas, la levantó por encima de la cabeza como si de King Kong se tratase y la dejó caer sobre el cuello y los hombros de Zayas. Lo hizo dos veces más, hasta que el tipo paró de moverse. Respirar, eso sí, respiraba. Tom se quitó la camisa, la dejó bien tendida en el parapeto y puso a Zayas de espaldas. Le llevó poco más de un minuto mover al hombre inconsciente para que estuviera en posición de sentado y tardó otro minuto en levantarlo, como los bomberos, sobre su espalda desnuda.

—Mira que traicionarme... —murmuró Tom mientras se subía a la caja de Bucanero que había bocabajo y conseguía levantar a Zayas hasta lo alto del parapeto.

Después de hacer una pausa para recuperar el aliento, se quedó mirando el océano, preguntándose por qué no habrían hecho el parapeto algo más bajo. Frente a él, la línea de costa de La Habana se curvaba sobre sí misma como la pinza de un cangrejo.

Al otro lado de la bahía, el faro que había delante de la fortaleza

del Morro realizaba su solitaria vigilia, como si, por muy superiores que estas fueran, desafiara a las fuerzas del enemigo que tenía al otro lado del golfo de México. En su día habían sido los ingleses los que habían querido controlar la isla y ahora eran los yanquis. La cuestión era que la historia demostraba que no resultaba tan fácil dominar a los cubanos.

Tom esbozó una sonrisa tristona y tiró a Zayas parapeto abajo. El cuerpo cayó diez pisos a través de las copas de varias palmeras en la parte de atrás del hotel y, después, desapareció en la oscuridad. Tom escupió al vacío, se puso la camisa, escondió bien el revólver y cogió el ascensor hasta la planta baja.

De vuelta en la recepción, se detuvo delante de una de las vitrinas que contenían multitud de objetos de importación, supuestamente a la venta —camisas Radiac, finísima ropa de angora de Brunex, jabones Floris, whisky Queen Anne o cuberterías de plata de Mappin & Webb —, para comprobar su apariencia en los cristales polvorientos. Se arregló el pelo y volvió al restaurante.

—Sí que has tardado —le dijo Celia.

Tom consultó su reloj de pulsera. No había tardado ni un cuarto de hora en volver.

—He tenido que hacer una llamada telefónica rápida —comentó mientras encendía un Chesterfield.

—¿En Cuba? —se echó a reír—. Ahora entiendo por qué has tardado tanto. He llegado a pensar que me habías dejado tirada.

Tom sonrió y le besó la mano.

—No es tan fácil deshacerse de mí.

—No lo dudo —respondió ella antes de limpiarle la mejilla con la servilleta—. Sangre.

Tom miró la manchita de sangre que había quedado en la servilleta y se limpió aún más la cara con la suya.

—No tienes más. Ha debido de ser una llamada de teléfono muy acalorada. ¿Y si alguien pregunta... como la policía?

—No están interesados en esto.

—Pero ¿y si se interesasen?

Tom se encogió de hombros.

—He ido al servicio y no he tardado más de cinco minutos en volver.

—¿Y si le preguntan al camarero?

Tom miró a su alrededor. El restaurante estaba prácticamente vacío.

—¿Qué camarero?

—Tienes razón. No se ha pasado ni cerca de nuestra mesa desde que te has marchado a hacer lo que sea que hayas hecho. —Cogió uno de los Chesterfield—. Tú prométeme que no me vas a contar lo que has hecho. Bastante miedo me das ya.

—¿Miedo? ¿Por qué te iba a dar yo miedo?

—No sé... supongo que me lo dice el instinto.

—¿El instinto?

—Recuerda que soy descendiente de esclavos. Esta sirvienta sabe que tiene que hacer todo lo que su amo le ordene o se arriesga a llevarse una buena somanta de palos.

—¿Puede ser buena una somanta de palos?

—Eso depende de quién la dé, amo.

—Me gustan las chicas anticuadas. ¿Nos vamos? De repente tengo unas ganas locas de que seas desobediente.

Al día siguiente, Celia acompañó a Tom a dar un paseo al este del Prado, el paseo marítimo favorito en La Habana. Dos calles, Agramonte y Zulueta, avanzaban en paralelo al Prado e iban subiendo poco a poco por el litoral hasta la fortaleza de San Salvador de la Punta. Entre estas dos calles había un amplio parque con una plaza en la que se erigía una estatua ecuestre de Máximo Gómez, uno de los predecesores revolucionarios de Castro. En la zona sur de la plaza, más allá de una atalaya en ruinas que formaba parte de las antiguas murallas de la ciudad, estaba el palacio presidencial. El enorme edificio, que recordaba a una tarta de boda, con su cúpula, sus altas ventanas rematadas en arcos de medio punto, su columnata que parecía una boca a la que le faltaran dientes y aquel interior de Tiffany, había sido el hogar de todos los presidentes de Cuba desde 1917. Castro, sin embargo, prefería residir en otros lados: en la planta veintitrés del Habana Libre; en un apartamento de la calle Once, en Vedado; o en la calle Veintidós, en un apartamento que había sido propiedad de Santos Trafficante; a veces incluso se quedaba a dormir en una villa de Miramar o en una casita de pescadores que había en el puerto de Cojímar. Aun así, el primer ministro hablaba a los suyos desde el balcón de seis metros de largo que había en la ornamentada fachada del palacio presidencial, una fachada casi eclesiástica. Ya en aquel momento estaban preparando las cámaras de televisión y los micrófonos de radio para la emisión del discurso que el Gran Barbudo

iba a dar aquella noche.

El ojo de francotirador de Tom enseguida se hizo con la disposición de la plaza. Justo en el lado oeste del palacio estaba la antigua fábrica de puros Corona, un edificio de estilo italiano de cuatro pisos, de color verde pálido, que era como se había puesto Tom la última vez que había fumado un gran puro. El techo de la fábrica y las ventanas de las esquinas tenían una muy buena vista del larguísimo balcón, pero la contrapartida era que resultaban demasiado obvias. Aún en la zona oeste de la plaza, había, justo enfrente de la fábrica, un par de bloques de apartamentos de color terracota y ocho pisos de altura que parecían una opción mucho mejor, con su gran variedad de ventanas, balcones y diferentes tejados para elegir. Al norte, más lejos, había un par de edificios de oficinas de color blanco desde cuyos pisos superiores, a entender de Tom, se podía alcanzar con facilidad a un objetivo que estuviera en el balcón presidencial. No obstante, parecía probable que en los cuatro edificios hubiera gran cantidad de espectadores para cualquiera de los discursos que diera el primer ministro. Para utilizar alguno de esos apartamentos, Tom tendría que matar primero a sus ocupantes, con todos los riesgos que entrañaba hacer algo así.

La zona este de la plaza ofrecía aún menos posibilidades para un francotirador, algo que, a ojos de Tom, la hacía más interesante. Cuantos menos puntos ventajosos hubiera, menos probabilidades habría de que alguien decidiera que aquel era el primer sitio por el que había que empezar a buscar en caso de que asesinaran a Castro. Un bloque de apartamentos de ocho pisos de altura y lleno de ventanas se alzaba al norte de la iglesia que había inmediatamente al este del palacio. Era la iglesia, sin embargo, la parroquia del Santo Ángel Custodio, situada en un alto conocido como la Colina del Ángel, la que más interesaba a Tom. Aquella iglesia neogótica, con su bosque invernal de pináculos, parecía el mejor sitio desde el que disparar a escondidas a cualquiera que se asomase al balcón presidencial. Una persona se podía esconder con facilidad en aquel bosque petrificado.

Tom y Celia se cruzaron cuando pasaron por la puerta, en Cuarteles.

—Nunca habría pensado que fueras un turista —comentó ella mientras se fijaba en la atención que Tom ponía en las estatuas y en las vidrieras.

—Ah, ¿no? ¡Pero si mi segundo nombre es Baedeker!

—Entonces, ¿te interesa saber que a José Martí lo bautizaron aquí?

—Voy a apuntarlo. Otro revolucionario.

Celia se encogió de hombros.

—Es lo que pasa cuando necesitas una revolución. —Miró el interior de madera de caoba que los rodeaba y mostró su admiración con un suspiro—. Es bonita, ¿verdad?

Tom señaló el techo pintado.

—¿Cómo se sube a la torre?

—Por aquí —le respondió ella al tiempo que lo guiaba—. No es la original. La original se cayó el siglo pasado. La tiró un huracán.

La torre de dos pisos proporcionaba un acceso fácil al tejado de la iglesia. Tom consideró que se podía arrodillar en la parte trasera del mismo, detrás de uno de aquellos pináculos con forma de vela, para disparar. Tomó varias fotografías. La iglesia estaba a menos de cien metros del palacio. No sería un disparo complicado de día, pero de noche, con la brisa austral del golfo de México o, peor, con el viento occidental de la bahía de La Habana... sería un disparo que requeriría una bala pesada, una como la Sierra de ciento sesenta y ocho granos que hacía Match-King. Era probable que el balcón estuviera muy bien iluminado, por lo que no habría problemas con la mira. Durante la guerra de Corea, Tom había impactado a objetivos del tamaño de una cabeza a cien metros con un único segundo de iluminación. Estaba convencido de que podría hacer el disparo. Era el sitio lo que no le gustaba.

Escapar del tejado de la iglesia con la plaza llena de G2 —el servicio de inteligencia cubano— y soldados no sería fácil. Podría disfrazarse de cura... A diferencia de la mafia, la Iglesia Católica tenía permiso para seguir con sus chanchullos y, desde luego, por La Habana se veían muchos curas. Seguro que nadie sospecharía de un sacerdote. Tom tenía ciertas reservas sobre si era inteligente disparar desde la iglesia, pero parecía mejor que los edificios de apartamentos o la fábrica de puros.

Fuera, en la escalinata de la iglesia, Tom tomó más fotografías. A Celia no le parecía que le impresionaran lo más mínimo las referencias a personajes o momentos famosos que le hacía. Tom utilizaba el modelo Superwide de Hasselblad con una lente de treinta y ocho milímetros que le proporcionaba un ángulo de noventa grados de la plaza. Celia consideraba que, por mucho que fuera estadounidense, aquella no era una cámara habitual para un turista. Empezó a sugerirle otros lugares de interés de la vieja Habana.

—¿Te gustaría ver la Catedral de Colón? Ya no está allí enterrado,

pero sigue mereciendo la pena visitar el lugar. No está lejos de aquí.

Tom respondió algo entre dientes y tomó otra fotografía de la plaza y de sus edificios mientras pensaba en balas, rifles, vientos y luces.

Celia le cogió del brazo y le sugirió:

—O quizá quieras llevarme de nuevo al hotel. Anoche lo pasé de maravilla... aunque todavía me duele un poco el trasero.

Tom sonrió vagamente.

—Al Hilton —dijo de golpe—, o al Habana Libre o comoquiera que se llame ahora. Allí es adonde quiero ir.

—¿Quieres ir a ver un hotel?

—Venga, cojamos un taxi.

Celia se encogió de hombros y siguió a Tom escaleras abajo. Era cierto, hablaba un muy buen español e incluso parecía un poco hispano, pero seguía siendo —reflexionó la joven no sin cierta pena— un yanqui con las miras tan cortas como todos los yanquis. A pesar de toda la belleza y los edificios históricos que La Habana ofrecía a los turistas, seguía prefiriendo ir a ver otro de esos hoteles de lujo de los yanquis, sin duda, para maravillarse con tanta opulencia. Nunca entendería a los estadounidenses.

A Celia también le sorprendió que Tom quisiera escuchar el discurso del Líder Máximo. Al igual que les había sucedido a la mayoría de las cubanas de su edad, Celia había superado ese encaprichamiento temprano que había sentido por Fidel Castro. En enero de 1959 había ido a la plaza para oír el primer discurso que le daba al pueblo de La Habana después de que se hubiera reunido con el presidente Urrutia —la única vez que el primer ministro había dado un discurso corto—. ¡Ay, si hubiera seguido siendo breve! Unos pocos meses después, Castro había dado en televisión un discurso que había durado siete horas, sin descansos. La vida, le había dicho Celia a Tom, era demasiado breve como para pasársela escuchando a una persona que era capaz de conseguir que su audiencia sintiera la más absoluta indiferencia. Sin embargo, Tom no se bajaba del burro.

—Además —le dijo a la joven—, quiero hacer un experimento.

—¡Tú estás loco! —le había respondido ella después de que él le explicara qué era lo que tenía planeado—. ¡Te arrestarán! ¡Te pondrán delante de un pelotón de fusilamiento y te matarán! ¡Y, muy probablemente, a mí también si me ven contigo!

Tom se encogió de hombros.

—En ese caso, no vengas. Espérame en el hotel Plaza. En el bar de la terraza.

—Allí estaré —le respondió ella molesta—, pero dudo mucho que vaya a volver a verte.

—Claro que vas a volver a verme, pero, por si acaso pierdes la paciencia mientras me esperas, toma, el dinero que te debo.

Celia cogió los dólares y se los metió en el sostén. Acto seguido, se marchó.

—¡Estadounidense loco! —dijo mientras pensaba que, ahora que le había pagado, no tenía ninguna obligación de volver a reunirse con él.

Aun así, estaba en la azotea del Plaza, con sus espléndidas vistas del viejo edificio Bacardí —un lugar excelente desde el que oír cada una de las palabras que se pronunciasen desde el palacio presidencial — cuando, diez minutos después de que hubieran dado las diez, el Gran Barbudo empezó a hablar.

Mientras escuchaba el discurso desde la zona de la plaza que daba a la calle Agramonte, una plaza que estaba abarrotada, a Tom le sorprendió lo suave y aguda que era la voz del Líder Máximo. Había esperado alguien que sonara más rudo, como debería corresponderle a un líder de la guerrilla que, además, fumaba muchísimos puros. Aquel discurso, que hablaba de los diez días que Castro había pasado en Nueva York, estaba cargado de duras críticas a la forma de vida de los estadounidenses. Estados Unidos no era la tierra de las oportunidades que la gente pensaba. Los negros sufrían opresión. A los pobres les daban de lado. La prensa contaba mentiras. La verdad brillaba por su ausencia. La única motivación era el dinero.

Tom estaba de acuerdo con gran parte de lo que decía Castro. Cuando iba al cine, veía representaciones de la vida en los pueblos de Estados Unidos y a menudo se preguntaba si aquellos lugares utópicos, con sus vallas blancas de madera, los niños guapos, la policía amable y los padres sobrios, existirían excepto en el pensamiento de los inmigrantes que habían soñado con unos Estados Unidos así. El verdadero Estados Unidos, el Estados Unidos que él conocía y en el que le había criado, era un lugar mucho más duro y mucho menos sentimental de lo que todo el mundo esperaba, y estaba seguro de que la realidad decepcionaba a la mayoría de los refugiados cubanos. No es que fuera mejor, pero, por lo menos, Cuba era su país. Tom consideró que era probable que Castro estuviera en lo cierto al decirle a su pueblo que estaba mejor donde estaba. Casi le daba pena

interrumpirle.

Tom estudió con atención los balcones y las ventanas de los edificios de apartamentos que rodeaban la plaza y se dio cuenta de que estaban llenos de espectadores. Mientras que por la tarde había considerado que esta gente podría ser un inconveniente, ahora empezaba a pensar que, a la postre, quizá fuera una ventaja. Con tantas personas en esos edificios, podría mezclarse con ellas fácilmente y escapar. Eso, claro está, siempre que contara con unos buenos documentos de identidad.

En la fábrica de puros casi todas las luces estaban encendidas y se veía gente de un lado para el otro en el tejado. Tom consideró que era probable que se tratase de guardias de seguridad. Así, la fábrica quedaba completamente descartada.

Después de darle una calada al Upmann, miró a la gente que le rodeaba y se acuclilló para encender la mecha del petardo que había tenido entre los pies. Se trataba de una bomba de mortero pequeña, como las que les lanzaban durante los entrenamientos en el ejército. Para cuando la gente empezó a darse cuenta de lo que sucedía, Tom ya se estaba alejando por entre la multitud en dirección sur, por Agramonte. De pronto notó que la gente lo empujaba a medida que se apartaba del mortero, lo que añadió cierta prisa a su avance. Segundos después, el petardo explotó. No le cabía duda de que pocos daños habría causado, aunque fueron varias las mujeres que gritaron asustadas. Para Tom, sonó muy parecido al disparo de una ametralladora del calibre 50.

Se volvió hacia el gentío con la intención de calibrar la reacción. Aparte del momento de pánico, nadie hizo gran cosa. Un par de soldados empezaron a acercarse hacia la fuente de la explosión, pero, de pronto, fue como si hubieran cambiado de opinión. Incluso hubo quien se echó a reír cuando el susto se convirtió en alivio. Igual de interesante le resultó la reacción en el iluminadísimo balcón del palacio presidencial. El Gran Barbudo, que parecía una pequeña marioneta con barba, ni siquiera se inmutó, e incluso metió lo de la explosión en su discurso, diciendo a gritos que los imperialistas estadounidenses eran estúpidos e infantiles si pensaban que podían derrotar a la revolución con sus bombitas.

La gente lo vitoreó y empezó a entonar:

—¡A la muralla! ¡A la muralla!

Al oír aquello, Tom consideró que lo mejor era escapar de allí cuanto antes, aunque no tenía miedo de que la policía lo detuviera. La

gente era más impredecible que las fuerzas de seguridad. Lo que le sorprendió fue oír una segunda explosión, casi tan ruidosa como la primera. Tom se preguntó si en vez de un mortero habría habido dos. Eso, o alguno de los fidelistas más entusiastas había disparado al aire. Nada de aquello, en cualquier caso, detuvo al primer ministro.

Y seguía improvisando acerca de aquellas dos explosiones cuando, diez minutos después, Tom llegó al bar de la azotea del hotel Plaza. Supuso que el Gran Barbudo aún podía tirarse una hora sacándole partido a aquel incidente. ¡Puede que incluso dos!

4

LA SUITE ALOHA

Johnny Rosselli dio vueltas a los hielos de su Smirnoff alrededor del vaso y, después, se lo puso en la frente, como si fuera una compresa fría.

—Pruebe los entremeses, Tom. Son los mejores de la ciudad.

Tom Jefferson se había reunido con Rosselli en Leone's, un restaurante italiano que había enfrente del hipódromo de Gulfstream Park y que, como quien dice, estaba en la frontera del condado. Cuando no era temporada de carreras se trataba de un sitio tranquilo, tanto que, de hecho, a Tom le sorprendió que estuvieran abiertos.

—*Celestine, eh che se rigga? Come se va?* —le dijo Rosselli al propietario mientras le hacía un gesto con la mano para que se acercase y, después, abrazaba al hombre con cariño y se tiraba quince minutos hablando con él en italiano. Un par de veces durante su conversación, Celestine, que era más joven que Rosselli, juntó las manos y las movió hacia delante y hacia atrás como bendiciendo al tiempo que decía:

—*Sa benedica, Giovanni. Sa benedica.*

Tom estudió el menú y decidió pedir los entremeses y unos gnocchis. Luego encendió un cigarrillo y esperó pacientemente a que la *chiacchiera* terminase, bebiendo un chianti y preguntándose si la comida sería mejor que la del Gerardo's, en Biscayne Boulevard con la calle Ciento sesenta y tres, que era el mejor restaurante italiano que conocía y el favorito de Mary.

Celestine les tomó nota personalmente y, dado que Rosselli y él eran los únicos clientes, Tom se preguntó si habrían abierto especialmente para el Don. Cuando por fin se sentó Rosselli, se frotó las manos con emoción —se había hecho la manicura recientemente— y le preguntó a Tom si le gustaba comer.

—Me gusta.

—¿Y la comida italiana?

Parecía un poco tarde para hacer esa pregunta, pero Tom asintió

con educación y dijo que la comida italiana, en concreto, le gustaba mucho.

—¿Alguna vez ha estado en Italia, Tom?

—Pues no.

—Yo nací allí. En un pueblecito cerca de Cassino que se llama Esperia.

—Ah, ¿sí?

—Así que se podría decir que llevo lo de los casinos en la sangre.

No era un gran chiste, pero Tom sonrió igualmente, por educación. Lo cierto es que tampoco era de mucho reír.

—Fíjese en este lugar. Antes de que los malditos puritanos se apoderasen de esta ciudad, era un Colonial Inn, un garito para apostar. Yo llegué a conocerlo. —Se encogió de hombros—. Desde entonces, no he dejado de venir aquí. No sé... así soy yo. Me gusta estar al lado de las personas tanto en los buenos momentos como en los malos. Si trabaja usted conmigo, se dará cuenta de ello. Yo siempre ayudo a mis amigos.

—Es bueno saberlo —respondió Tom, al que, en realidad, aquello le daba completamente igual.

Rosselli se frotó las manos un poco más y encendió un Old Gold.

—¿Es ese mi estudio de viabilidad?

Tom le tendió el informe que había preparado.

—Si quiere llamarlo así.

Le irritaba la manía que tenía alguna gente de cambiarle de nombre a las cosas cuando el tema central era el asesinato. Solo en una ocasión le había gustado un cliente; el tipo se le había acercado y le había preguntado si podía «matar a un hijo de puta».

Rosselli se puso las gafas, apuró el vodka y abrió la carpeta mientras se servía un chianti.

—¿A qué viene esto del plástico, Tom? ¿Acaso quiere tomar mis huellas o algo así?

—Son hojas de celulosa, para que pueda usted quemar los papeles y demás con mayor facilidad si anda con prisa. Porque, claro, entiendo que no queremos que este informe caiga en las manos equivocadas, ¿verdad?

—No, lo cierto es que no. —Asintió, como si aprobase la actuación de Tom—. Buen truco. ¿Dónde lo aprendió?

Tom se encogió de hombros.

—Por ahí, como usted. Soy un tipo muy cuidadoso, Johnny. Si Ava Gardner se ofreciese a chuparme la polla, es muy probable que le

preguntara qué iba a sacar yo con ello.

Rosselli se rio. Parecía fácil agradarle.

—Conozco a Ava. A ella y a Sinatra. Es todo un carácter esa chica. Si le digo la verdad, nunca nos hemos llevado bien, pero unimos fuerzas en una ocasión para ayudar a que Frank consiguiera una cosa que quería.

Acto seguido, se centró en leer el informe y lo hizo con suma atención. Luego, después de que Celestine les sirviera los entremeses, lo leyó otra vez.

—¿Qué coño ha pasado con mi doble... con mi quiniela exacta?

—No se puede hacer. Con un rifle, al menos, no. Además, tampoco estamos hablando de un par. Los hijos de puta son tres: Fidel, Raúl y Ramón.

—Sí, pero Raúl es el único que tiene huevos.

—¿Usted cree?, porque yo diría que se está olvidando de las hermanas. En cualquier caso, tampoco es que Raúl sea tan popular. Durante su discurso del Día de los Trabajadores de este año, Fidel dijo que, si los yanquis imperialistas conseguían acabar con él, sería Raúl quien pasaría a ser primer ministro y, por lo que tengo entendido, a la gente esto no le hizo mucha gracia. Probablemente porque Raúl es el más sanguinario de todos. Incluso puso a algunos de sus soldados frente al pelotón de fusilamiento durante la revolución por ofensas disciplinarias. Como Gobernador de Oriente, «ajustició» a setenta batistianos en un día. Sin juicio previo. A los cubanos no les gustan ese tipo de actuaciones. Se lo aseguro, el objetivo es Fidel.

—Sabe usted mucho de Cuba —comentó Rosselli antes de tocar el informe con el dedo varias veces—. Y esto... esto está muy bien. Muy muy bien.

—Pues como los entremeses.

—¿Estaría usted dispuesto a venir a hablar del tema con mis socios?

—Usted decide dónde y cuándo.

—En el hotel Fontainebleu. —Rosselli pronunció el nombre a la francesa, lo que dejaba claro que no era de la ciudad. Allí todos lo llamaban «Fountain Blue», sin excepción—. ¿Esta tarde a las cinco? Pregunte por la suite Aloha.

—Allí estaré.

El Fontainebleu era el Cadillac de los hoteles de Miami, una brillante y

blanca fantasía del moderno estilo estadounidense, con todas las adiciones posibles y a un precio inconcebible. Situado justo frente a la playa dorada, entre avenidas de buganvillas y caminos de gravilla muy bien cuidados, se elevaba doce pisos por encima de una piscina de tamaño olímpico y aguas de color verde esmeralda y de una serie de monísimas cabañas en las que las viudas ricas de Nueva Jersey y las huesudas damas de Boston se esforzaban por alcanzar el color de los seminolas más viejos y arrugados.

El lugar parecía estar a años luz de los debates televisivos entre Nixon y Kennedy, de las distancias que alcanzaban los misiles y del encargo para matar a Castro. Los pensamientos que tenían en mente aquellos que ocupaban las tumbonas de listones de madera del Cabana Club bajo el sol anaranjado de última hora de la tarde eran tremendamente mundanos: ¿estarían cuidando bien a sus hijos en el Kittekat Club?, ¿había tiempo para un vaso de té helado antes de la ablución en el Bamboo Coffee Shoppe?, ¿cenaban en el Fleur de Lis o en La Tropicala?, y, después, y siempre en caso de que tuvieran cambio de cincuenta dólares, ¿acabarían la noche en el Rendezvous Bar o en la Boom Nighterie? Mientras entraba antes de tiempo en el hotel, Tom llegó a la conclusión de que esta era la filosofía moderna, estilo Miami.

Como tenía diez minutos hasta la hora de la reunión en la suite Aloha, Tom fue hasta el Pineapple Shopping Arcade y compró una revista *Playboy* y un ejemplar del *Herald* para esconder la primera. En la portada del *Playboy* aparecían los titulares *Las chicas de Hollywood* y *La caza del hombre urbano*. Tom pensó que él ya sabía todo lo necesario sobre la caza del hombre urbano, pero que con las chicas de Hollywood le vendría bien un breve tutorial. La primera plana incluía un artículo que hablaba de cómo Jrushchov había perdido los nervios en la Asamblea General de la ONU y había golpeado su mesa con un zapato durante el discurso del delegado filipino. Tom consideró que era muy probable que el ruso necesitase la compañía de las chicas de Hollywood o pasar unos días en el Fontainebleu para relajarse un poco. Allí, en la recepción, a Tom no se le ocurría otra cosa que golpear que el botón de los ascensores.

Subió hasta el doceavo piso y recorrió el pasillo con su moqueta azul hasta la suite Aloha. Fue fácil dar con ella; en la puerta había un hombre del tamaño de un estand de la Exposición Universal que llevaba un traje de dacrón de color azul celeste y guantes de conducir beis. Tom, que vestía una americana informal, camisa deportiva y

pantalones de pinzas, levantó los brazos y dejó que el guardaespaldas comprobase si llevaba armas. A continuación, el armario llamó a la puerta y la abrió.

—Gracias —masculló Tom y pasó a un vestíbulo pequeño en el que había otro guardia y otra puerta. Tom casi ni miró al segundo hombre, pero se fijó bien en el Colt calibre 45 automático que tenía en la mano. Una vez más, le abrieron la puerta. Al parecer, el músculo tenía mejores modales hoy en día. Tom entró.

Por doscientos dólares la noche tenías mil metros cuadrados en lo más alto, separados en diferentes alturas, con ventanas que parecían pantallas de CinemaScope con su correspondiente balcón y mobiliario tanto grande como pequeño para propiciar un estado de ánimo relajado. Tom, sin embargo, no se sintió nada relajado cuando vio a una de las personas que había en la habitación, junto a una de las ventanas. Tenía muy buena memoria para las caras y le pareció que lo reconocía de un noticiario cinematográfico. El Comité Seleccionado por el Senado para la vigilancia de Actividades Impropias entre Trabajadores y Gerencia, dirigido por el senador John McClellan, se había constituido para investigar los lazos entre los sindicatos y el crimen organizado. Ambos hermanos Kennedy estaban en el comité y Bobby era el asesor principal. El comité había citado a varias figuras del crimen organizado, incluido, según creía Tom, al hombre que se encontraba junto a la ventana. Del radiograma salía el «Mister Lucky» de Henry Mancini.

Sonó el teléfono y el hombre que se encontraba junto a la ventana hizo un gesto con la mano para que alguien lo cogiera.

—Fifi, cógelo, ¿quieres?

Tom sonrió. El hombre que se levantó del sofá y arrastró los nudillos por encima del Grundig no podría haber tenido menos pinta de «Fifi» aunque hubiera llevado puestos unos guantes de boxeo profesionales. Apagó el disco, cogió el teléfono y se quedó escuchando un momento. Luego, dijo:

—Jefe, es Frank.

—¿Otra vez ese mierda? Dile que llame otro día, que estoy ocupado.

Fifi se encogió de hombros y pasó el mensaje. Entretanto, Rosselli, que iba de traje, pero con una elegante corbata en esta ocasión, salió del cuarto de baño secándose las manos con una toalla. Le puso a Tom aquella sonrisa blanca y relajada suya que hacía que pareciera un gran zorro plateado y la mano en el hombro para darle la bienvenida.

—¡Tom! Llega justo a tiempo.

—El tiempo es dinero. O eso era lo que decía Karl Marx, ¿no?

—Por Dios bendito, ¿eso decía?

—No exactamente con esas palabras. Utilizaba muchas más, el cabrón. —Tom sonrió—. Yo diría que, si hubiera ido directo al grano, le leería mucha más gente.

—¿De verdad ha leído esa mierda? ¡Estoy impresionado!

—Algo he leído. Debido a mi trabajo, tengo que leer todo tipo de mierdas. Hasta me he leído el puto libro que me dio. Me gustó.

—Me alegro, porque es uno de mis libros favoritos.

—Oye, Johnny —el que hablaba era el tipo al que Fifi había llamado «jefe»—, ¿podemos dejar la sección de crítica literaria ya y empezar de una puta vez?

—Por supuesto, Sam, por supuesto. —El tono de Rosselli se había vuelto untuoso—. Bueno, Tom, le voy a presentar a todo el mundo. —Señalando al jefe de Fifi, dijo—: Este es el señor Gold.

Gold llevaba un traje de seda a cuadros de color verde oliva, una camisa de cuello redondo y una corbata estampada de seda. Parecía Frank Sinatra, pero en viejo y con cara de malo. Tom asintió y estrechó la mano de Gold, que se la tendía.

—Es un verdadero placer conocerle, señor Giancana —dijo con serenidad. Sam 'Momo' Giancana, el jefe del crimen organizado de Chicago y una de las personas más temidas de Estados Unidos, no dijo nada durante un momento y pareció que su cara de comadreja empezaba a adoptar un gesto de enfado antes de que aquella boca se fuera abriendo poco a poco hasta dar forma a una sonrisa irónica—. Muy bien —le comentó a Rosselli—, todo aquel que vaya a trabajar para mí ha de tener los huevos en los pantalones. Yo también me alegro de conocerte, Tom.

—Me gusta saber para quién trabajo —soltó Tom—. En este negocio mío es mejor evitar todo posible malentendido. En especial, cuando he de tratar con una organización como la suya, señor Giancana.

—Lo comprendo y aprecio tu franqueza, Tom. Si utilizo otro nombre no es porque quiera engañarte. En absoluto. Si utilizo el apellido Gold es porque Miami es una ciudad judía y un apellido judío es la mejor manera de que a uno lo respeten como se merece.

—¡Qué razón tienes, Momo! —soltó Rosselli mientras guiaba a Tom hacia el sofá en el que un trío de hombres aguardaba a que se los presentase.

El primero en extender la mano fue un hombre de baja estatura y piel oscura que se estaba quedando sin pelo por delante y que tenía pinta de abogado. A Tom le pareció una versión más sórdida de Bob Hope. La mayoría de los abogados parecían la versión más sórdida de alguien.

—Bob Maheu —le dijo—, y tranquilo, amigo, que es mi verdadero nombre.

El siguiente era un hombre grande y lúgubre con cara de perro de presa y olor a poli que no parecía especialmente relajado con aquella americana a lo don Relajado, aquellos zapatos tan limpios y aquellos pies tan grandes.

—Este es Jim O'Connell —apuntó Rosselli—. Le llamamos Jim el Grande por razones obvias.

Tom se fijó en que Maheu y O'Connell se miraban mientras le estrechaba la mano al gigante. Le dio la sensación de que aquella gente no estaba acostumbrada a verse.

El tercer hombre que había en el sofá tenía cara de boxeador retirado, como la de Jake La Motta después de haber ganado peso y haber entrado en el circuito de clubes: la nariz rota, una pequeña cicatriz en la mejilla derecha y una mandíbula tan cuadrada como una caja de cereales.

—Y este es Frank Fiorucci, también conocido como Frank Sorges, aunque me atrevería a decir que Castro tiene una variedad de nombres menos agradables para él ahora que trabaja para nosotros y no para los cubanos, ¿eh, Frank?

Sorges le estrechó la mano a Tom y masculló un saludo. Tom era incapaz de determinar si estaba sonriendo, como tampoco tenía claro si era cubano o estadounidense.

—Y el que está en la puerta es Fifi Buccieri —continuó Rosselli—. A Butch y a Chuck ya los ha conocido fuera, así que ahora ya sabe quiénes son todos, Tom.

—Excepto usted, señor Ralston. ¿O prefiere que le llame señor Rosselli?

La sonrisa desapareció abruptamente de la cara bronceada de Rosselli, como si Tom hubiera cogido una goma y se la hubiera borrado.

—Es mejor que no te acojas a la Quinta Enmienda, Johnny —le soltó Giancana entre risas—. Este tipo es capaz de considerarte un agente doble ¡y utilizarte para prácticas de tiro!

Tom sacó un cigarrillo y estudió las caras que le rodeaban. Buccieri

era de la mafia, como Rosselli y Giancana, y tenía cara de torturador. Decidió que Maheu y O'Connell tenían que ser de la CIA, pero no tenía ni idea de quién era Sorges. Tenía cara de mafioso y gusto de mafioso a la hora de vestir —la americana que llevaba era tan escandalosa como la risa de Rosselli, que volvía a sonar con fuerza ahora que por fin había pillado el chiste—, pero esa forma de comportarse serena y cautelosa, junto con la boca cerrada, era típica de la Compañía.

—Tal y como ya he dicho —Tom se encogió de hombros y soltó una nube de humo—, me gusta saber para quién trabajo.

Mientras Fifi Buccieri preparaba una ronda de bebidas, Tom y los demás se sentaron alrededor de una mesa de comedor. Durante unos minutos, Rosselli siguió hablando por hablar hasta que todo el mundo se sintió cómodo y parecía preparado para tratar de negocios. Sin embargo, fue O'Connell quien puso la pelota en juego.

—He leído su informe, señor Jefferson. Está muy bien. —Se encendió un Muriel Coronella de un paquete de cinco y continuó—: Esto del cabeza de turco que usted propone, me refiero a la idea de utilizar un cabeza de turco, ¿ya lo ha hecho anteriormente?

—No —admitió Tom—. Para ser franco con usted, en circunstancias normales ni siquiera me pararía a pensar en algo así. Me gusta trabajar desde una distancia y una posición en las que no sean necesarias las tretas. Esta, sin embargo, es una situación especial. En la plaza que hay delante del palacio presidencial hay muy pocas posiciones desde las que efectuar el disparo y, a mi entender, cualquiera que estuviera en la plaza sería consciente de ello y, por lo tanto, podría actuar en consecuencia. Porque, por mucho que ustedes desprecien a Castro, esta es una revolución del pueblo.

Sorges chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Esa es mi impresión como extranjero imparcial —comentó Tom.

—Pero es usted medio cubano, ¿no? —le preguntó Sorges con un tono que pretendía hacer ver que aquella era razón más que suficiente para estar mejor informado de la situación.

—La mitad que tengo de cubano no siente más que la mitad de interés y solo la mitad de las veces. A mi mitad estadounidense el tema le importa una puta mierda. Y esa es la mejor garantía para llevar a cabo un encargo. Yo soy un profesional, no un fanático, y, tal y como les estaba diciendo, la sensación que me ha quedado es que esta es una revolución popular y que la opinión pública cubana exigiría que se detuviera a alguien por el asesinato de Castro y que se hiciera cuanto antes. Considero que mi mejor opción para escapar es

que detengan a alguien.

Sam Giancana se inclinó hacia delante, lo que permitió que Tom alcanzara a ver perfectamente un par de magníficos gemelos de esmeraldas ovales. Puede que el jefe de Chicago fuera un asesino sin escrúpulos, pero era un asesino sin escrúpulos con muy buen gusto.

—Tom tiene razón —dijo con voz queda—, se necesita un chivo expiatorio. Allá por el 33 convencimos a un muchacho para que asesinara a Cermak, ya sabéis, el alcalde de Chicago. Se llamaba Joe Zangara. Había formado parte del ejército italiano. Le dimos una única alternativa: asesinaba a Cermak y se responsabilizaba de ello y sus deudas quedarían saldadas y, además, le daríamos un dinero a su familia; eso, o lo mataríamos poco a poco, provocándole gran sufrimiento, y su familia heredaría la deuda. Así que, ¿qué iba a hacer? Se cargó a Tony Cermak y fue a la silla por ello. Como confesó que a quien realmente quería acertar era a Roosevelt, nadie nos relacionó con el asesinato. Que, por cierto, tuvo lugar aquí, en Miami. Cermak y Franklin Delano Roosevelt en un coche abierto bajo el sol de Florida... ¡A quién se le ocurre! ¡Eran dianas móviles!

Tom soltó una risita nerviosa.

—Con todos mis respetos, señor Giancana, tenía en mente que se la cargara otra persona... no yo mismo.

—¡Claro, claro! A lo que me refería es a que, a veces, es el que aprieta el gatillo, y, a veces, es otro. Pero considero que tienes razón, Tom, que alguien debe responsabilizarse de la caída de Castro. Así lo exigirá la opinión pública.

—¿Y tiene a alguien en mente? —preguntó O'Connell.

—No. He dado por hecho que tienen ustedes aún muchos contactos en Cuba y que podrían ayudarme a dar con alguien adecuado. —Tom se encogió de hombros y empezó a describir al tipo de persona en la que estaba pensando—. Podría ser alguien que hubiera estado en el ejército cubano. Un seguidor acérrimo de Batista que tuviera algo contra Castro. Preferiblemente, algún inadaptado, algún extranjero. Alguien que no fuera muy espabilado. Si fuera inteligente quedaría claro que le han tendido una trampa. Y que la trama no resulte muy complicada, o los fidelistas no llegarán a comprender las cartas que les han tocado.

—Yo diría que podríamos encontrar a alguien así, sí —comentó O'Connell, que miró a Frank Sorges con una ceja enarcada—. ¿Tú qué dices, Frank?

—Todo es posible, sí.

—Huelga decir que me gustaría saber a quién eligen —comentó Tom—, ya saben, para asegurarme de que la cabeza de turco no soy yo.

—Por supuesto —dijo Maheu—. Para que lo sepa, señor Jefferson, represento a un grupo empresarial que pretende recuperar los negocios y propiedades que tenía en Cuba y que el régimen revolucionario ha nacionalizado ya o piensa nacionalizar en breve —Maheu no había mirado aún a Tom con aquellos ojos pequeños suyos; mientras hablaba, le daba unos golpecitos a una libreta en blanco con un lápiz Sheaffer— y creo que la pregunta que más interesa a mis clientes es cuánto les va a costar esto.

—A mí también —admitió Rosselli—. Es lo único que no aparece en su informe, Tom.

—Doy por supuesto que todo es poco por recuperar lo que se perdió en Cuba —comentó Tom—. Si tenemos en cuenta que Meyer Lansky gastó catorce millones de dólares en construir un hotel, dudo mucho que tengan que preocuparse ustedes por un anticipo de cien mil dólares y por otros ciento cincuenta mil cuando el trabajo esté hecho.

Rosselli silbó y se agarró el pecho.

—¿Un cuarto de millón? ¡Dios bendito, espero que mi seguro médico del Blue Cross me cubra este tipo de infartos!

Maheu escribió las dos cifras en el bloc y las subrayó enérgicamente.

—La mayoría de la gente considera que aspirar a ganar diez mil dólares al año antes de los treinta es tener las miras un poco altas —comentó O'Connell.

—La cuestión es esa, que ustedes me pagan para que sitúe la mira justo en el centro.

—Doscientos cincuenta mil dólares es muchísimo dinero, Tom —le dijo Maheu—. Sinatra no gana esa pasta.

—Al menos, no la semana pasada —ladró Giancana.

—Es mucho dinero —repitió Maheu.

—¡Y solo por un puto Castro! —añadió Rosselli—. ¡Por ese dinero debería cargarse a los tres, Tom!

—Eso díganselo a las empresas que representan —dijo Tom—. Sears Roebuck, Woolworth, Remington Rand, Coca-Cola, General Electric, Ascensores Otis. Y eso, sin mencionar a los bancos, las fábricas de cerveza, las azucareras, las empresas de chocolate y los grandes almacenes. Si no me equivoco, el *Wall Street Journal* ha

estimado que al menos hay doscientos millones de dólares en propiedades estadounidenses en la isla. Con esa circunstancia en mente, caballeros, unos honorarios de recuperación del cero coma ciento veinticinco por ciento me parecen de lo más razonables.

Maheu empezó a comprobar los números de los que hablaba Tom y dijo:

—Si es que lo recuperamos.

Tom se fijó en que llegaba al mismo decimal y soltó:

—Yo solo soy el botón. Las causas y efectos probables se las dejo a la gente como usted. ¿Quieren que se haga?, pues ese es el precio. Que lo consideran muy alto, búsquense a otro.

Giancana movió la mano imperioso hacia los demás.

—Tom tiene razón. La cantidad que pide es razonable. —Se tocó el pelo un momento y Tom, horrorizado, se dio cuenta, de pronto, de que el jefe de Chicago llevaba peluquín—. Es el cabrón de Castro el que no está siendo razonable. No obstante, solo es una persona, y a una persona solo hay que matarla una vez. Sus hermanos, Raúl y Ramón... tengo entendido que no son más que las pelotas y la cola del perro. Fidel es la cabeza y el corazón de la revolución, igual que Hitler en Alemania y Nasser en Egipto. Si cortamos la cabeza, morirá todo el perro. Adiós a la revolución. Si lo hacemos, tenemos que hacerlo bien. Nada de medias tintas. No la caguemos por tacaños, joder.

»Bob. Jim. Lo que vuestra gente tiene que entender es que asesinar a Castro es como preparar la boda de tu hija. Lo importante no es lo que te va a costar, lo importante es que todo salga a la perfección, tal y como se esperaba. Y sé muy bien de lo que hablo. En julio se casó mi hija Bonnie, aquí, en este mismo hotel. Se casó con un tipo que es ayudante congresual de Roland Libonati, así que, como imaginaréis, en la boda tenía que ser todo lo mejor de lo mejor y, por lo tanto, no reparé en gastos.

—Fue una boda preciosa —convino Rosselli—. Con mucha clase.

—¡Doscientos invitados a treinta dólares el cubierto! Y, hablando de señuelos, incluso organicé una boda en Chicago para quitarnos de encima a los putos federales y a los reporteros. A eso me refiero cuando digo que hay que hacer las cosas como es debido. Yo voto porque le paguemos a Tom lo que pide y acabemos con el mierda de Fidel Castro de una vez. Aprobemos el plan y deshagámonos de ese cabronazo.

—Estoy de acuerdo con Sam —dijo Rosselli.

«Como si fuera a haber dicho otra cosa», pensó Tom. Por cómo se

comportaban ambos mafiosos el uno con el otro, estaba claro quién llevaba las riendas.

Maheu asintió. Se había quitado el abrigo y estaba mirando a O'Connell. Tom supuso que Maheu era el enlace entre la mafia y la Compañía, y que era probable que O'Connell se encargara de cierto tipo de operaciones encubiertas para la CIA, igual que hacía Alex Goldman para el FBI. Sorges debía de ser el experto en Cuba y Tom supuso que, al igual que él, algo de cubano tendría.

—De acuerdo —soltó O'Connell.

Sorges no dijo nada, pero tampoco parecía que nadie esperara que hablase, lo que le dejó claro a Tom la importancia del hombre en aquel asunto. Aquel era un trato entre Giancana y O'Connell. Una vez más, fue Giancana quien habló.

—Una cosa más, Tom. No quiero que mates a Castro sin que haya sido yo el que te lo haya ordenado. Y, desde luego, no se hará antes de las elecciones. No quiero que en estas seis semanas suceda nada que le allane el camino al hijoputa ese de Nixon. ¿Está claro?

Tom asintió.

—Sí, señor Giancana. Yo también soy demócrata.

—Yo diría que esto no lo habíamos hablado, Sam —objetó Maheu —, pero, claro... cuanto antes se haga mejor.

—Para mí no. Mira, Trafficante no ha podido venir, pero me ha dicho qué es lo que quiere. Ahora mismo anda con unos negocios de narcóticos en Cuba a los que tiene que poner fin primero.

Aun así, seguía sin parecer que a Maheu le hiciera gracia aquella condición. Rosselli asintió y añadió:

—Bob, tienes que comprenderlo. Estamos hablando del territorio de Santos.

Maheu se encogió de hombros.

—Tom, Frank te proporcionará toda la ayuda que pueda con los bajos fondos —continuó Giancana—, tanto aquí como en Cuba. Antes era el ministro de Deportes de Castro, así que se las sabe todas, ¿verdad, Frank?

—Verdad.

—El año pasado —empezó a decir Rosselli—, Frank y el tipo que llevaba la fuerza aérea cubana cogieron prestado un B-25 y volaron a La Habana en una misión de bombardeo. Dejaron caer un buen montón de panfletos en una convención de agentes de viajes estadounidenses que había organizado Castro para ver si conseguía que los turistas volvieran a la isla.

—¿En serio? —exclamó Tom. Por fin podía hacerse una idea de quién era el tipo. Por lo visto, Sorges era el vaquero, el loco, alguien que era más probable que se convirtiera en una carga que en una baza. Alguien que habría sido un buen cabeza de turco—. ¿Y qué ponía en los panfletos?

—Nada más que la verdad —respondió Sorges a la defensiva—. Que Castro es una herramienta del comunismo y que los agentes de viajes se estaban engañando a sí mismos si pensaban que los turistas iban a entregarle su dinero a los putos rojos.

—Qué huevos tiene el tío, ¿eh? —masculló Giancana—. Pensar que podía hacer que el turismo volviera a Cuba... ¡sin los casinos! Sin los casinos, los hoteles grandes están muertos.

Giancana se inclinó hacia delante y encendió un gran puro. Fumando aquello, daba la impresión de que se tratase de una persona que, literalmente, echaba humo por la suerte que habían corrido sus casinos.

—Esa es la sensación que tengo, sí —dijo Tom.

—¿Cómo quiere el dinero, Tom? ¿Aquí, en Miami, o fuera del país? —le preguntó Rosselli.

Tom lanzó un sobre justo delante de Giancana. Contenía los detalles de una cuenta bancaria de Nicaragua que utilizaba en algunas ocasiones, una cuenta del J.R.E. Tefel de Managua. A Tom no le gustaba tener todos los huevos en la misma cesta.

—En el sobre encontrará todas las instrucciones. Cuando mi banco me avise de que han realizado ustedes la primera parte del pago, me pondré manos a la obra.

—Bien. En ese caso, ya hemos acabado. —Giancana consultó el Patek Philippe que llevaba en la muñeca.

Tom se puso de pie.

—Frank, acompáñale —ordenó Giancana— e invítale a tomar algo. Que te diga qué necesita. Ayúdale en todo lo posible. ¿Te parece bien, Tom?

—Me parece bien. —Luego, Tom se despidió de los demás con la cabeza—: Caballeros —y se encaminó a la puerta seguido por Sorges.

Giancana ya estaba hablando de otro tema, algo que tenía que ver con Phyllis, que, al parecer, era su novia, y con un cómico con el que esta quedaba todavía de vez en cuando en Las Vegas. Le preguntaba a Maheu si podía encargarse él de ello, por asegurarse. Al oír que Fifi abría la puerta, Giancana miró por encima del hombro y le gritó a Tom:

—¡Cuando Johnny te lo diga, Tom! ¡Pero, cuando te lo diga, asegúrate de matar a ese cabrón! ¡Pero de matarlo bien muerto! ¡Mata al puto Castro!

5

ARIA PARA CUERDA DE SOL

La muerte era tan familiar entre los pensamientos de Tom que no le producía ningún recelo. La conocía tan bien que no la temía. De hecho, casi había olvidado lo que era sentir miedo. Solo el sueño tenía el poder para secuestrar su pensamiento y someterlo a la más veraz de las imitaciones de la muerte. Si en algo temía a la muerte era en que se pareciera en lo más mínimo a dormir. Las noticias de muertes de la sección local del *Herald* hablaban de gente que se «quedaba dormida», como si esa fuera una elección de palabras más aceptable que la utilización del verbo «morir». Pero no era así para Tom. Él esperaba que la muerte fuera el más completo de los olvidos. Dudaba mucho que ninguna otra alternativa le fuera a gustar. Algunas noches eran peores que otras, pero no sabía por qué. El secobarbital o el pentobarbital impedían que soñase, pero el precio a pagar era que la mañana siguiente resultaba borrosa y, como necesitaba estar lúcido, soportó las pesadillas como una persona que le tuviera miedo al dentista soportaría un dolor de muelas.

Esa mañana en concreto se despertó gritando, con el pijama empapado en sudor, y buscó a Mary. Esa mañana en concreto la encontró a su lado.

—¿Ha sido de las malas? —le preguntó la mujer mientras abrazaba su torso mojado.

—Todas son malas —murmuró él.

—¿Quieres que hablemos de ella?

—Pues no, la verdad. ¿Qué quieres que te diga? Si Shakespeare estaba en lo cierto, no son sino gajes del oficio.

—¿Y si fueras al médico? —le sugirió ella mientras iba al cuarto de baño—. No sé, para que te cambiara la medicación. El secobarbital y el pentobarbital no son los únicos barbitúricos del mercado. Puede que algún otro te siente mejor.

—¿Y qué podría darme que no tengas tú ya en la mesilla? —Tom encendió un cigarrillo para calmarse y fue también al cuarto de baño

—. Fumar es lo único que me ayuda.

—Ya, el problema es que es complicado fumar mientras duermes.

—Además, necesito estar despierto. —Se quedó callado y pensó en la situación de Mary—. Los dos lo necesitamos.

Tom se quedó mirando cómo la mujer hacía pis y se daba una ducha. Le gustaba que se sintiera así de cómoda aunque él estuviera delante. Tarareando «High Hopes», la canción de Frank Sinatra que Kennedy utilizaba como himno de campaña, la mujer se limpió con vigorosa eficacia. Tom se sentó en el borde de la bañera y le iba acercando el gel o el champú a medida que ella estiraba la mano.

—Me gusta que me mires. Cuando un hombre deja de mirar a su esposa, malo. En algún lado lo he leído.

—No puedo imaginarme dejando de mirarte. Esa figura de reloj de arena que tienes hace que me den ganas de jugar en la playa.

—Pues, si quieres jugar, podemos. Esta mañana no tengo tanta prisa.

Tom se quitó el pijama y se metió en la bañera.

—¿Y eso? —le preguntó mientras la abrazaba.

—Porque hoy tengo que quedarme trabajando hasta tarde. —Mary se cogió a los agarraderos de la bañera, se inclinó y notó cómo él la penetraba por detrás—. Kennedy y Nixon salen otra vez en la televisión esta noche. Los de la oficina de campaña tenemos que quedarnos a verlo.

—A veces tengo la sensación de que el tipo te gusta —comentó Tom mientras inyectaba en el cuerpo de su esposa algo parecido al veneno.

—¿Y qué te lleva a pensarlo? —le preguntó ella entre jadeos.

—No lo sé —respondió él mientras los admiraba haciendo el amor. Le apretó las nalgas con las manos y las apartó para ver mejor cómo la penetraba. Luego, comentó jocosamente—: Aunque una cosa tengo clara.

—Ah, ¿sí?

—Que me gusta estar detrás para verlo todo.

El número 1410 de Brickell Avenue era un edificio de apartamentos caros que quedaba entre la autopista 95 y el puente Rickenbacker. El sitio donde Frank Sorges le había pedido que se encontraran era una casa de dos pisos que había detrás del edificio principal. Una desconfiada viuda neoyorquina llamada Genevieve y un cocker spaniel

negro llamado Cooper recibieron a Tom en la puerta, ella con el ceño fruncido y él gruñendo.

—¿Quién es usted?

—Tom Jefferson.

—Si es un nombre falso, señor, desde luego es tremendamente patriótico.

—A decir verdad, es como me llamo realmente. Supongo que para ustedes es toda una sorpresa. Nunca he conocido tanta variedad de nombres. Me envía Frank. Frank Sorges. Frank Fiorucci. O, por mí, como si es Frank Sinatra.

—Ya sé quién le envía. Adelante, señor Jefferson. Y discúlpeme, pero, como le pasa a la mayoría de los exiliados, me alimento de esperanza... aunque a veces me olvido de las normas de educación en la mesa. Cooper, calla, que este hombre es un amigo.

Tom rodeó al perro en el pasillo y Genevieve cerró la puerta y le dijo:

—¿Quiere un cafecito? Aquí todo tiene un toque cubano.

Tom enseguida se fijó en el montón de *Bohemias* que había en el pasillo, un periódico semanal que en su día se enfrentaba a Batista, pero que ahora se mostraba vehementemente anticastrista; en las muchas cajas de puros Montecristo; en el gran baúl negro con remaches de latón de la Marina en el que ponía «Servicios Tecnológicos Zenith», una empresa que, como bien sabía Tom, era una fachada de la CIA que tenía sede en el campus de la universidad y se dedicaba a enfrentarse a Castro; y una bandera cubana plegada.

—Ya veo.

—Estuve casada con un tabaquero —comentó ella pensando que Tom se refería únicamente a los puros—. Coja uno si le gusta fumar.

—No, gracias. Me dan tos.

—Yo los adoro. Fumo, por lo menos, uno al día, pero solo cuando estoy en casa. En general, Miami sigue sin mostrarse receptiva hacia las mujeres que fuman puros. —Genevieve señaló por detrás de Tom —. Siga hasta el final y vaya presentándose. Frank no ha llegado todavía. Le traeré un café.

Tom se quedó mirándola hasta que la mujer entró en la cocina. Llevaba un vestido negro formal sin magas y con sus iniciales —GS— bordadas justo por debajo de uno de sus sustanciales pechos. Genevieve bien podría ser estadounidense, pero a Tom le pareció que tenía ese toque habanero, ese estilo insinuante que hacía que el pecho y el culo destacasen. Aquello a Tom le encantaba, no en vano eran las

partes que más le gustaban de la mujer; sobre todo, cogerlas con las manos.

El salón se parecía más al de una mansión de Palm Beach que a uno de esos modernos de la Bahía Vizcaína: un par de sofás del tamaño de un Mack, caras alfombras persas, mesitas antiguas, biombos japoneses lacados y jarrones chinos llenos de flores. La única influencia cubana que había allí era el cuarteto de machos que estaban sentados en los sofás. Todos tenían o un bigote bien ancho o un puro bien largo.

Tom buscó una zona de la estancia donde no hubiera nube de humo y se sentó mientras les daba un seco «buenos días» debido a que había reconocido a uno de los cuatro, un tipo delgado con rasgos inescrutables que llevaba unos pantalones de vestir Lee, un polo Lacoste, un sombrero de fieltro con una ancha banda de batik y el pelo del mismo color que sus ojos inyectados en sangre. Tom nunca olvidaba una cara, ni el nombre que la acompañaba, ni la razón por la que era tan importante que la recordara. A este tipo lo conocía de un trabajo que había hecho en Guatemala. Sin embargo, el hombre, que se llamaba Húber Lanz, solo recordaba un tercio de lo que Tom había recordado ya.

—Le conozco, ¿verdad?

Tom esbozó una mueca y se encogió a modo de respuesta, pero le mantuvo la mirada como si le fuera la vida en ello. No era momento de mostrarse sospechoso o evasivo.

—Podría ser.

—Sí, pero ¿de qué le conozco?

—Ni puta idea, la verdad. —Tom le tendió la mano—. Me llamo Tom Jefferson.

—Húber Lanz. —El hombre se la estrechó y movió la cabeza de lado a lado—. Jefferson. Pues no, no caigo, pero ya caeré. Tengo memoria de... —Volvió a mover la cabeza de lado a lado mientras intentaba encontrar la palabra—, ¡de tamiz!

—De tamiz. Sí, está claro.

—Sí. Por cierto, este es Diaz Castillo, y los de allí son Orlando Bosch y Alonzo González.

Tom saludó a los tres con un asentimiento de cabeza.

—Es un placer, caballeros.

—Frank me ha pedido que me disculpe de su parte —comentó Bosch— y que te diga que vendrá en cuanto pueda.

—Son ustedes revolucionarios, ¿verdad?

—Del Movimiento Insurreccional de Recuperación Revolucionaria —respondió Bosch con orgullo—. No obstante, como parece que los angloamericanos de Miami tienen tantos problemas con los nombres cubanos, nos abreviamos MIRR. —Sonrió—. Aunque ya verás cómo también nos da problemas en cuanto lleguen las Navidades y los niños empiecen a hablar del oro, del incienso... y de la mirra. —Bosch hablaba muy bien, con ese aire profesional de los médicos o de los dentistas—. Aunque ningún regalo será tan maravilloso como el que va a hacerle usted a nuestra humilde causa, señor Jefferson.

Golpe. Rescisión. Encargo. Estudio de viabilidad. Y, ahora, «regalo». Tom se estremeció. Otra rata merodeando el queso.

—Yo no diría que la palabra «regalo» lo describa muy bien —objetó con sonrisa irónica—. Hay que tener en cuenta que primero he de recibir un pago que no es pequeño precisamente.

—Sí, pero como no somos nosotros los que lo hacemos —empezó a decir González entre risas—, para nosotros es un regalo. Un regalo de su vicepresidente.

—¿Quiere decir eso que van a votarle?

—¡Oh, no, aún no podemos votar! Por suerte para nosotros, poco importa quien alcance la presidencia. Kennedy también está de nuestra parte.

—Frank nos ha hablado de usted —dijo Bosch—. Nos ha dicho que es usted el mejor.

—Desde luego, por lo que cobra, tiene que serlo —observó Lanz.

Tom se encogió de hombros con desdén y dijo:

—Así es el capitalismo.

—Pero hasta el mejor necesita ayuda para matar a alguien como Fidel Castro, así que hemos estado ocupados trabajando para usted. ¿No es así, Genevieve?

Genevieve dejaba en ese momento una bandeja con cafés en una de las mesitas.

—Mucho.

—Genevieve es una estupenda anfitriona para nuestra causa —explicó Bosch—. Hay gente que nos ayuda, pero ella casi consigue que el exilio sea un placer. Y, como es estadounidense, puede ir y venir, salir y entrar de La Habana, a su antojo. De hecho, acaba de volver de una visita que ha realizado para usted, señor Jefferson. Aunque ya se lo contará ella misma dentro de un momento. No se puede tener mejores contactos que ella. ¡Pero si hasta recibe a miembros del gobierno cubano! Ninguno de esos estúpidos comunistas sospecha

siquiera de qué pie cojea. Aunque, claro, ¿por qué iban a hacerlo?, aún conserva su finca en Miramar y su precioso apartamento en Marianao.

Tom cogió la tacita que le ofrecían y bebió. Era un café denso, fuerte y dulce, que era como les gustaba a los cubanos, como le gustaba a él.

—Alonzo se dedica a lo mismo que usted, solo que carece de su experiencia. Nunca había disparado un arma antes de la revolución. Diaz es corredor de apuestas y Húber es piloto. Lleva un hidroavión para la Southern Air Transport.

—La empresa es propiedad de Actus Technology —le explicó Lanz —, pero, claro, esa empresa no es más que una tapadera de la CIA. ¿Lo ve? Otro regalo. Aquí, la gente es muy generosa.

—Supongo que podemos permitírnoslo. En especial, cuando somos Jack Kennedy. —Tom señaló a Lanz con la cabeza, que, con los ojos entornados, seguía mirándole como si intentara recordar de qué se conocían—. Y, usted, señor Bosch, ¿a qué se dedica?

—Doctor Bosch. Yo no soy más que un pobre pediatra, señor Jefferson. Todo esto es nuevo para mí. Yo lo único que quiero es que mi país vuelva a gozar de democracia antes de que sea demasiado tarde. Entenderá que no apruebo el asesinato. Nosotros no somos criminales, pero es que estas son circunstancias especiales. Castro es un dictador malvado. Es mucha la gente de mi país que ha muerto ya y es muy probable que mucha más muera antes de que esto haya terminado. Puede que hasta a mí me maten. Ahora bien, no tengo miedo.

Tom asintió y dijo:

—No temáis una muerte gloriosa —era parte de «La Bayamesa», el himno nacional cubano—. No, porque morir por tu país es vivir.

Bosch se mostró impresionado.

—¡Sí, eso es, señor Jefferson! ¡Gracias! Ahora me doy cuenta de que no es usted un mero asesino, como me habían hecho pensar. Será un honor ayudarle en todo lo que podamos. Así que, ¡al lío! Hemos pensado en un engaño, en un truco para acelerar que pueda usted realizar cuanto antes su labor y escapar con bien. Genevieve, cuéntale qué tenéis preparado Diaz y tú en tu galera.

Genevieve acabó de encender el puro. Lo sujetaba por abajo, como si estuviera cogiendo la empuñadura de un palo de golf. En ese momento entendió Tom lo seductora que era su voz grave:

—Sí. Este plan hay que enrollarlo con diferentes partes, como un

buen puro. La hoja más pequeña, la tripa, le da la forma al puro. Luego está la hoja de fortaleza, que es la que aporta sabor, y también está la hoja de combustión, que permite que el puro se queme con uniformidad. Para acabar, está la copa, que es la hoja con la que se envuelve el puro. No voy a aburrirle explicándole quién va a ser la copa aquí, que no quiero que esto parezca poco serio. Así que empecemos con la iglesia que hay en la plaza, la que fotografió usted tan bien.

»La Iglesia del Santo Ángel Custodio la lleva el padre Javier, un hombre bueno y sencillo al que lo único que le importa es su iglesia. La iglesia necesita muchas reparaciones, pero no hay mucho dinero para llevarlas a cabo. Le hablé del Instituto per le Opere di Religione, el IOR. Se trata del Banco Vaticano, que está en Roma, un banco por el que se pueden enviar fondos a la iglesia cubana en un momento de necesidad como este. El IOR lo dirige el cardenal Alberto di Jorio, que es muy mayor y que cabe la posibilidad de que ni siquiera haya oído hablar de Cuba. No obstante, yo le expliqué al padre Javier que conocía al cardenal Spellman, de Nueva York, que era un buen amigo del secretario de Di Jorio, un monseñor que resulta que es un ingeniero cualificado. El quehacer de este personaje ficticio consiste en ir de un país pobre a otro inspeccionando el estado de las iglesias para decidir si se les ha de donar dinero o no. Spellman es amigo mío, de Boston. Me debe mucho más que un favor y, además, como es natural, odia a los comunistas. Él nos proporcionará las credenciales necesarias para que se haga pasar usted por ese monseñor.

Genevieve le entregó a Tom una serie de folletos y libretos que tenían que ver con el catecismo y los sacramentos de la Iglesia Católica.

—Va a tener que leer usted todo esto —le dijo la mujer—, porque, si es usted católico dedicándose a lo que se dedica, doy por hecho que muy practicante no es.

—No lo soy, no.

—Además, tenemos a un cura de verdad para que le ayude a comportarse como los curas y todo eso, pero lo importante es que, como sacerdote que ha estudiado ingeniería, tiene usted la excusa perfecta para pasar mucho tiempo en el tejado de la iglesia.

—Suena bien.

—Y, como es natural, recibirá usted el apoyo del MIRR de La Habana —apuntó Bosch—, que le proporcionará cuanto necesite para realizar el trabajo.

—Seremos nosotros quienes lo metamos en el país y los que lo saquemos —dijo Lanz con una sonrisa lobuna.

Tom asintió, pero se preguntaba qué era lo que quería decir Lanz con aquello, si el cubano pelirrojo había sonado tan ambiguo a propósito.

—Lo que me lleva a la siguiente hoja de nuestro puro —continuó Genevieve—. La copa, la que envuelve. El chivo expiatorio. Creemos que hemos dado con la persona adecuada. Se llama Everton Echeverria y es jockey aquí, en Miami, en Hialeah.

—A ver, jockey... jockey... —la interrumpió Diaz Castillo—. Desde luego, hoy en día, al menos, ya no lo es. Es más bien un mozo de cuadra, un palafrenero. Después de las carreras pasea a los caballos para que se relajen. Si tuviera más agallas podría ser jockey, pero se cayó hace unos meses y, desde entonces, ha perdido los cojones que se necesitan para este trabajo. En cualquier caso, la cuestión es que es un solitario. Vive en un hotel de mala muerte que hay cerca de la pista y le gusta apostar, pero sabe menos de apostar a los caballos que de montarlos. Me debe unos mil dólares, pero, claro, estoy dispuesto a borrar la pizarra, e incluso a dejarle algo de pasta para después si regresa a Cuba a hacerme un favorcillo. Ahora mismo no es temporada de caballos, así que no tiene razón alguna para negarse.

—Pero ¿es cubano?

—¡Qué cabeza! ¿No lo he dicho? Sí, sí —continuó Castillo—, sus orígenes lo hacen ideal para nosotros. Fue soldado en el ejército de Batista. ¡Y no era un mal tirador! Su padre era crupier en el Capri... hasta que lo cerraron. Entonces intentó escapar, solo que, a diferencia de Everton, lo detuvieron y lo metieron en prisión. Su madre tiene una tiendecita en La Habana, donde vende esponjas, nácar, concha de tortuga... pero desde la revolución, el negocio no le va bien. Aún le tiene puesta una habitación a Everton. Un par de los nuestros entraron en su casa cuando ella no estaba e incluso encontraron el viejo rifle del ejército de su hijo debajo de la cama. Es un M1 Garand calibre 30 que, al parecer, sigue en buen estado.

Tom asintió, aunque tenía sus dudas acerca de la efectividad de un rifle de la Segunda Guerra Mundial que estuviera cogiendo polvo debajo de una cama en un puerto como La Habana. El salitre era malo para un rifle que no estuviera aceitado. Además, hasta los mejores M1 tenían un gatillo pobre y un mecanismo mal diseñado. No obstante, a caballo regalado... A decir verdad, haber dado con el rifle que «la copa» tenía en el ejército era todo un golpe de suerte para ellos. Todos

lo sabían y esperaban que Tom estuviera satisfecho.

—Con una montura Griffin & Howe y una mira telescópica de cuatro aumentos de Bear Cub, por no mencionar que esté bien aceitado, ese rifle podría valer —comentó Tom—. Y, aunque no valiera, será una buena prueba para las autoridades cubanas. Excelente trabajo.

Tom encendió un cigarrillo y le lanzó una sonrisa optimista a Húber Lanz, que sonrió también y señaló a Tom moviendo un dedo arriba y abajo como si le estuviera advirtiendo de que antes o después recordaría de qué se conocían. Entonces se dio cuenta de que Sorges había entrado en el salón mientras Castillo hablaba y que estaba sentado en una esquina. Llevaba una americana milrayas y camisa. Al verle, Tom lo saludó con la cabeza y dio la sensación de que eso motivaba a Sorges a acercarse a ellos con la silla.

—¿Qué tal va todo, Tom? ¿Tiene alguna pregunta?

Tom asintió, pero le hizo la pregunta a Castillo.

—¿Y qué le van a contar a nuestro amigo Everton?

—Que hay un pasaporte falso para él y para alguien más, para alguien que queremos sacar de Cuba. Un disidente político. Everton se reunirá con esa persona en la iglesia la noche en la que usted vaya a matar a Castro. Haremos que espere dentro, en un confesonario, solo que, en vez de que haya un disidente político al otro lado de la rejilla, estará el arma del crimen. Eso es lo que le propongo, Tom. Usted baja del tejado y deja allí el arma, mientras sale. Así de sencillo. Cuando arresten a Everton, encontrarán allí el rifle, los dos pasaportes falsos y, en casa de su madre darán con todo tipo de mierdas que lo incriminen. Ejemplares del *Bohemia*. Dinero. Puede que incluso alguna de las fotografías que tomó usted en la plaza, Tom, con el balcón del palacio marcado con una crucecita. Un diario en el que haya escrito cuantísimas ganas tiene de matar a Fidel. Tenemos a un experto en caligrafía para que nos ayude con eso.

A Tom le pareció que todo sonaba bien, excepto lo de dejar el rifle en el confesonario. Abandonarlo en el tejado sería mucho mejor; aunque no era un detalle lo suficientemente importante como para decir nada en aquel momento.

—El tal Everton... —dijo pensativo—, me gustaría ver de quién se trata.

—¡Claro, no hay problema! —aseguró Sorges—. Puede usted examinarlo cuanto quiera. Por cierto, el dinero debería estar en su cuenta de un momento a otro.

Tom miró los panfletos que le habían dado.

—Mi madre siempre quiso que fuera cura.

—Pues no va a ser solo cura, ¡sino que va a ser monseñor! —bromeó Genevieve.

—Recemos para que funcione —comentó Bosch—, porque la invasión podría comenzar en cuanto Castro estuviera muerto.

—¿De verdad piensan que aquel que gane las elecciones va a tomar una decisión así? —les preguntó Tom.

—Nixon... Kennedy... Gane quien gane, somos nosotros los que ganamos —le respondió Sorges—. La cuestión es que tenemos entendido que va a ser Kennedy. Al parecer, las elecciones están amañadas, Tom. Momo se ha encargado de ello.

—¿Está seguro?

—¡Segurísimo! Mire, no sería la primera vez que la mafia consigue votos para los demócratas. Coolidge... Roosevelt... y, ahora, Kennedy. ¿Es que no me cree?

Tom no parecía para nada convencido.

—Pues... no sé. En cierto modo, me cuesta creer que la mafia vaya a ayudar a alguien que está en el comité de McClellan.

—Eso es parte del trato —insistió Sorges—, a cambio de los votos, Kennedy contendrá a los perros. Dejará en paz a la mafia de nuevo. ¡Las cosas volverán a ser como antes! ¡Aquí y en Cuba! Ya lo verá. Después de las elecciones, Kennedy va a hacer lo que se le diga. Momo tiene una póliza de seguros que el guapito ese no sabe. Lo grabaron con una cinta en la cama con Marilyn Monroe.

—¡Me encantaría oír esa cinta! —comentó González entre risas.

—¡Y a mí! —admitió Lanz—. ¿Tú qué dices, eh, Jenny?

Genevieve negaba con la cabeza.

—Yo no quiero saber nada de eso —comentó—. Si quiero oír a unos amantes, me pongo a Frank Sinatra.

—¡Menudo chuloputas! —resopló Sorges—. ¡Fue él quien se la presentó!

Tom consultó su reloj.

—Bueno, yo tengo que marcharme —dijo—. Ahora mismo, todo suena bien. Estoy impresionado con el plan. —Se puso de pie y señaló a Lanz, porque, aunque quería alejarse de él cuanto antes, quería seguirle la corriente con eso de recordar dónde se habían conocido—. Lo recordaré. De qué nos conocemos—. Dijo como si fuera él quien más interés tuviera por recordar de qué lo conocía—. Me costará, pero lo recordaré.

—Me parece bien, amigo.

Tom les dio la mano a todos y, antes incluso de abandonar la habitación, decidió que iba a matar a Lanz. Lo antes posible.

Fuera, en Brickell Avenue, Tom esperó en su coche a que Húber Lanz saliera de casa de Genevieve. Daba la sensación de que la Compañía tuviera mil y un sitios en los que hacer negocios. Hasta el momento, con Sorges, había visto la suite del hotel Dupont, un apartamento en el Riviera Drive de Coral Gables y el cuartel general del Frente Revolucionario Democrático —que se parecía más a un centro de convenciones que a un cuartel de reclutamiento clandestino— en el campus de la Universidad de Miami. También estaban los antros de la CIA y de los exiliados cubanos, como el Waverly Inn, el Salón de los Tres Embajadores del ITT, el 27 Birds, el University Inn y el salón Stuft Shirt Lounge del Holiday Inn de Brickell Avenue. Tenía mucha información con la que poner cachondo a Alex Goldman cuando este volviera de su viaje a Ciudad de México.

Lanz, que tardó veinte minutos en salir, se subió a un De Soto de 1956. Tom le siguió. Al principio le pareció que Lanz iba camino del Holiday Inn, pero, cuando paró, después de un rato, estaban en el Ponce de León de Coral Gables. Lanz recogió una ropa de la tintorería, entró en una floristería llamada Boyd's y compró algo en la sastrería Engel's antes de volver al coche. Y ya estaban de nuevo en movimiento, solo que, en esta ocasión, en dirección este, de vuelta hacia el sitio del que venían. Cruzaron el puente MacArthur. Al sur de Collins Avenue, Lanz condujo hasta un Burger King, donde pidió una hamburguesa de treinta y nueve centavos y un batido de diecinueve para llevar y se dirigió en dirección norte hacia Lincoln Avenue, donde aparcó el coche, cogió la comida y entró en un cine.

Tom salió del coche y se puso a pasear arriba y abajo por delante del cine, pensando. Allí dentro, un arma de fuego, incluso el Harrington & Richardson del calibre 22 que llevaba en el maletero, sería demasiado ruidosa. Las navajas eran muy sucias. En un momento dado vio una tienda de música un par de manzanas más allá y se le ocurrió una idea. Entró y compró una cuerda de guitarra. Luego, cogió los guantes de conducir del coche y entró él también al cine.

Tom había visto la película la semana anterior, una de esas de sustos de Hitchcock titulada *Psicosis*, y le pareció que era una película apropiada para lo que tenía en mente, porque silenciaría los ruidos

que podría hacer Lanz al intentar zafarse. Cuando Tom la había visto, las mujeres habían estado a punto de tirar el cine abajo cuando Janet Leigh recibía su merecido en la ducha. Al fin y al cabo, era una ladrona. Le había gustado la película, en especial, ese poquito que se veía de Janet Leigh desnuda cuando Anthony Perkins la apuñalaba treinta veces. Aquella escena le resultaría útil. Lanz estaría concentrado en intentar verle las tetas y el culo a la actriz y no se daría cuenta de que Tom estaba detrás de él. Compró una entrada.

En el cine hacía frío. Hacía frío y estaba oscuro. Y también resultaba solitario, pero es que eso es normal en las matinales. ¿Cuántas mañanas y mediodías habría pasado él en sitios así con la película como única compañía? Tom se sentó en la butaca que más cerca estaba de la entrada y esperó a que sus ojos se ajustaran a las sombras blanquinegras del mundo gótico de Hitchcock. La película acababa de empezar y, al ver una vez más la escena inicial —la ventana medio abierta de una habitación de un hotel barato con la persiana bajada algo más de la mitad—, Tom recordó cómo, la semana anterior, había esperado ver allí un francotirador. Aquella era, de hecho, la manera en la que Tom prefería trabajar. Sin embargo, lo que se veía era a una pareja cometiendo un acto ilícito, aunque el por qué era ilícito se le escapaba, dado que ninguno de los dos estaba casado.

Ya había visto a Húber Lanz, aunque sería mejor decir que había olido su hamburguesa. Lanz estaba sentado como diez filas por delante de él, justo en el centro de una sala casi vacía. No había nadie sentado a su alrededor, que era una de las razones por las que Tom también prefería las matinales. No le gustaba la gente y, claro, eso era una ventaja para un asesino a sueldo.

Tom empezó a desenrollar la cuerda de guitarra. Cuando era niño, su padre le había enseñado los acordes básicos. Le pareció que aún sería capaz de tocar «El manisero» o «Guantanamera» si alguien le pusiera una guitarra en las manos. Aunque, en general, se compadecía de la gente que tocaba la guitarra; como si no hubiera suficientes cargas en la vida como para tener que llevar a cuestas también una guitarra. ¡Hasta llevar un rifle era más sencillo que llevar una puta guitarra!

Janet Leigh se subió al coche con los cuarenta mil dólares que había robado y dejó Phoenix, Arizona, en dirección a California, momento que Tom consideró adecuado para acercarse unas filas a Lanz. Luego, se puso los guantes y tiró de la cuerda, una cuerda de sol, con ambas manos para ver qué tal aguantaba. «Guantanamera» se

tocaba en sol, si no recordaba mal. Y algo tenía que ver la canción con José Martí, el cubano revolucionario fallecido. Era una canción bonita, pero muy tristona, como todo lo relacionado con los guajiros. Tom prefería la música de las películas. Como la que estaba sonando en ese momento. Aquella música sí que le decía algo. En especial, los violines que tocaban como cuchilladas cuando apuñalaban a Janet Leigh. ¡Eso sí que era música! No es que fuera música para matar a alguien con un garrote, pero ¿acaso habría alguna adecuada para algo así? Pensó en su colección de discos, todos ellos LP pedidos por correo al Club del Más Vendido de RCA Victor —cinco por 3,98 dólares—, y le vino a la cabeza Mario Lanza y la música de su última película, *Por primera vez*. Desde luego, era un gran tenor. Al fin y al cabo, necesitabas a alguien dándolo todo, desgañitándose, para yuxtaponer adecuadamente un estrangulamiento realmente cinematográfico.

Se acercó un poco más a Lanz cuando Janet Leigh llegó al motel Bates. Para cuando la mujer se había comido el sándwich y bebido la leche, Tom solo estaba a dos filas de Lanz, que, nervioso, fumaba su tercer cigarrillo y el que iba a ser el último.

Tom decidió moverse una vez más cuando Janet Leigh se quitó la blusa. Lanz tiró el cigarrillo, muy ocupado fijándose en cómo la mujer se desvestía como para seguir fumando o para prestar atención a lo que sucedía en la fila de atrás. «¿Cuánto más enseñaría?», Tom estaba seguro de que era justo aquello lo que estaba pensando Lanz. Era lo que él había pensado.

Janet, que entraba con recato en la bañera, corrió la cortina y empezó a ducharse. Tom pensó en lo mucho que se parecía a Mary dándose la ducha de esa mañana. El color de pelo era diferente, sí, y la piel de Mary era algo más oscura, pero, el cuerpo era idéntico.

Tom apretó la cuerda y esperó a que se abriera la puerta del cuarto de baño y apareciera el perfil impreciso de Norman Bates en la cortina de la bañera, como en un cristal oscuro —que era su texto preferido de la Biblia—. Igual que un director dirigiendo su orquesta, igual que Leonard Bernstein llevando la Filarmónica de Nueva York, Tom levantó ambas manos y, en el instante preciso en el que Bates abría la cortina, le puso a Lanz el collar de cuerda prácticamente invisible que las conectaba.

Apretando los dientes y con todas sus fuerzas, Tom tiró de la cuerda al mismo tiempo en una dirección y en la contraria. El grito de sorpresa de Lanz, convertido enseguida en grito de dolor, apenas fue audible debido a la dramática música y al penetrante y agudo alarido

de Janet Leigh. Lanz intentó darse la vuelta, pero Tom, que estaba concentrado en apretar los vasos sanguíneos que había en el lado derecho de su cuello en vez de en presionar el paso de aire, lo sujetó con firmeza con la ligadura improvisada. La muerte por anoxia cerebral siempre era mucho más rápida que la que tenía lugar por la inhibición del nervio vago. A la desesperada, Lanz pateó la butaca de delante e intentó agarrar el alambre que tenía alrededor del cuello, pero no sirvió de nada. Podría haber dado un salto mortal hacia atrás para caer encima de su atacante, pero se le había enganchado la pernera del pantalón en el cenicero que tenía delante.

Sin dejar de aplicar presión, Tom se inclinó hacia atrás en su asiento y puso todo su peso en la ligadura al tiempo que intentaba ver qué pasaba en la pantalla. Norman Bates desaparecía en la casa y Janet Leigh resbalaba por la pared del cuarto de baño exhalando su último aliento. La mujer echaba mano a la cortina de la ducha y, en ese momento, se le veían los pezones brevemente, justo antes de que la cortina cediera y la mujer cayera al suelo. Luego, la cámara se acercaba hasta tener un primer plano de ese ojo muerto... y del vacío que quedaba. Casi como si allí nunca hubiera pasado nada. Qué efímera era la vida.

Tom se quedó donde estaba hasta bien pasado el momento en que Norman Bates regresaba con un cubo y una fregona y empezaba a limpiarlo todo. Fue entonces cuando comenzó a relajar un poco la cuerda hasta que, finalmente, la soltó del todo, si bien esta había quedado incrustada en el cuello por la presión del estrangulamiento. A continuación, miró a su alrededor, se aseguró de que nadie le estaba prestando atención y comprobó si Lanz tenía pulso. Estaba muerto. Tanto como si lo hubieran apuñalado treinta veces en la ducha. Tom esperó unos minutos y se escabulló por la salida de emergencia. Después del frío que hacía en la sala debido al aire acondicionado, le gustó regresar a la calidez del sol de primera hora de la tarde. Le gustó sentirse vivo.

Una vez en casa, Tom se dio un baño y cenó mientras leía parte de los panfletos que Genevieve le había dado: *Los siete sacramentos especiales de la Iglesia, Lo que todo católico debería saber sobre el catecismo* y *Crecer en el catolicismo: El catecismo del Buscador*. Tom era un católico concienzudo cuando entró en el ejército, pero era mentira que su madre hubiera querido que fuera sacerdote; le había animado a que

fuera médico. En cualquier caso, después de estar destinado en Guadalcanal y en Okinawa, la religión no había vuelto a tener sentido para él. Además, salvar vidas le parecía un trabajo muchísimo más duro que quitarlas. Tom pensaba que, si de verdad existía Dios, no era uno de esos dioses amigo de sus amigos, y sabiendo eso no te hace falta saber nada más. Rezar a menudo, vivir en la fe, respetar los días de fiesta y confesar tus pecados... no servía para impedir que una bala japonesa del calibre 25 alcanzara tu cuello a cuatrocientos metros y que tardaras dos horas en morir ahogado con tu propia sangre.

Pero lo que de verdad molestaba a Tom era lo de la confesión. ¿En serio bastaba con arrepentirse de lo que habías hecho para que te absolvieran de tus pecados? Porque, en ese caso, que valiese con que alguien como él se disculpase, aunque fuera de corazón, era como burlarse de toda aquella gente que había pasado toda la vida siendo buena. No podía ser tan sencillo.

Tom, molesto, tiró el manual que tenía en las manos a un lado y encendió la televisión. Eran casi las ocho y media y quería ver el debate entre Nixon y Kennedy. Se preguntaba hasta qué punto creía Kennedy en el catecismo. Tom consideró que sí que había un manual que le habría gustado leer en caso de que alguien lo hubiera escrito: *Cómo ser presidente y seguir siendo un buen católico después de haber apretado el botón.*

Resultó que aquello no era un debate, sino dos candidatos respondiendo a preguntas de una serie de reporteros en un estudio de Washington y comentando las respuestas del otro con la educada indiferencia de dos abogados hablando de una ley. Nixon tenía un tono agresivo y seguía resultando menos atrayente que el sereno y apuesto Kennedy. Ambos parecían estar tremendamente preocupados por el prestigio estadounidense en el extranjero, pero ninguno de los dos resultaba evidentemente superior al otro. Dado que era el actual vicepresidente, parecía que Nixon tuviera más experiencia, pero Kennedy tenía personalidad y carisma, y eso contaba mucho en la era de la televisión, especialmente en blanco y negro. Eran como la Playmate del Mes y una chica Vargas: uno era demasiado real como para ser bueno, y el otro, demasiado bueno como para ser real.

Cuando sonó el timbre de la puerta, Kennedy respondía una pregunta acerca de unas remotas islas chinas nacionalistas de las que nadie había oído hablar. Se trataba de Frank Sorges y parecía que estuviera preocupado. Tom imaginaba por qué.

—Frank, ¿qué hace aquí?

—¿Puedo pasar? Preferiría no hablar fuera.

—Claro.

Fueron a la sala de estar. Tom se acercó al bar y le hizo un gesto a Frank para que se sentara en el sofá.

—¿Quiere algo de beber?

—Sí, gracias. Menudo bar tiene usted, Tom, ¡es impresionante! Por casualidad, ¿no tendrá Kahlúa?

—¡Marchando! —Tom abrió una botella—. La tengo desde las últimas Navidades. No sabía que hubiera alguien que bebiera esto. ¿Hielo?

—No, solo. —Sorges se encogió de hombros—. Supongo que me gusta el sabor del café. Empezó a gustarme el año pasado, en un viaje a México.

Tom, que se sirvió un bourbon y se sentó enfrente de Frank, dejó la televisión encendida.

—Bonita casa.

Esta vez fue Tom quien se encogió de hombros.

—Sí, supongo que está bien.

—¿Está usted solo?

Tom asintió.

—Estaba viendo el debate.

—Ya veo.

—¿Qué sucede, Frank?

—A decir verdad, me preguntaba si ha recordado ya de qué se podrían conocer Húber Lanz y usted.

—¿No confía en él?

—Yo no confío en nadie.

—¿Y por eso ha venido hasta aquí?

Sorges asintió, con expresión de que a él también le resultara curioso.

—Lo cierto es que no recuerdo de qué lo conozco, pero tampoco es que me haya esforzado mucho en recordar. No lo sé, la verdad. Pregúnteselo a él. La próxima vez ahórrese el viaje y hágame una llamada.

Sorges sorbió un poco del Kahlúa y se quedó mirando la televisión.

—¿Qué ha dicho él? —preguntó Tom.

—Poca cosa. Está muerto.

—Entiendo.

Tom encendió un Chesterfield y se echó a reír.

—¿He dicho algo gracioso?

—Todavía no, pero tengo la sensación de que, antes o después, va a hacerlo. ¿Qué coño ha pasado?

—Alguien lo ha estrangulado en un puto cine.

—¡Qué cosas! Y piensa usted que he sido yo, ¿verdad?

—Podría ser, ¿no? Es a lo que se dedica.

Tom soltó una carcajada.

—¿Ve? Sabía que iba a hacerme reír. Es usted el puto Irwin Corey, Frank, ¿lo sabía? Lo cierto es que me reiría con más ganas, pero no quiero que piense usted que no lamento la desafortunada muerte del pobre Húber y que sospeche aún más de mí.

—Y, dígame, ¿lo lamenta?

—A mí me da lo mismo que yazca junto a Gerardo Machado en el cementerio de Woodlawn Park o que esté echando una cana al aire con Anita Ekberg en Palm Beach. No es más que un tipo del que tengo un vago recuerdo.

—Por lo que yo sé, Tom, hay que tener mucha sangre fría para matar a una persona a plena luz del día y, claro, como ya he dicho, es justo a eso a lo que usted se dedica. Y, por lo que tengo entendido, se le da muy bien.

—Me ha parecido que decía que había sido en un cine.

—Bueno, pues en un sitio público. Sea como fuera, ha sido alguien que tenía muy claro lo que se hacía. Alguien que está acostumbrado a matar gente.

—Frank, no se meta usted a detective. Se supone que las pruebas tienen que ser un poco más consistentes.

—Puede ser, sí. Puede que quisiera mirarle a los ojos cuando le diera la mala noticia.

—En ese caso, acérquese un poco más para que pueda estar aún más seguro.

Sorges, en cambio, miró hacia otro lado, avergonzado.

—Frank, lo tiene usted menos claro que Buddy Holly. ¿O es que creía que iba a poder ver dentro de mí, que iba a poder verme el alma?

—Puede ser... —Sorges sonrió—. ¿Por qué no?

—Pues está usted perdiendo el tiempo, Frank, porque el alma no existe. La música de Ray Charles es lo más parecido que hay al alma. —Cogió uno de los panfletos sobre el catecismo católico y se lo lanzó al regazo a Sorges—. Yo diría que es usted el que debería leer esto para enterarse de cómo hacer de cura, no yo.

Sorges miró la portada y asintió.

—Por doscientos cincuenta mil dólares, leería lo que fuera.

—Si con eso bastase, supongo que ya sería usted del gremio.

—Puede, pero, si de mí dependiera, habríamos envenenado a ese cabrón. O'Connell me ha contado que ha oído que los químicos de la CIA han desarrollado todo tipo de mierdas nuevas. Drogas para controlar el cerebro. Venenos. Tienen una cosa que llaman Hojanegra 40. Se puede rociar en unas hojas de tabaco y enrollarlo como si fuera un Montecristo. Se lo das a Castro y lo mata en un minuto. Así de sencillo.

—Así que veneno, ¿eh? ¿Ve?, es a eso a lo que me refiero. Ha equivocado usted su vocación, Frank. A la Iglesia Católica siempre le ha gustado el veneno. —Tom encendió otro cigarrillo—. Por cierto, ¿de qué conoce a O'Connell?

—No, yo no lo conozco. Es un contacto de Rosselli. Rosselli está metido en todos los fregados. Maheu y él. Ahora bien, Johnny es un buen tipo, ¿sabe? Le encanta Estados Unidos casi tanto como odia a los putos comunistas. Momo siempre dice de él que, si le dieras una bandera, te seguiría allí adonde fueras.

Se quedaron callados un buen rato, viendo la televisión. Por fin, Sorges, después de oír una de las suaves respuestas de Kennedy, dijo con desprecio:

—Mire cómo habla. ¡Se cree el puto Don Limpio! Ay, si la gente oyera lo que yo he oído... de cuando se acostó con Marilyn. ¡Un par de putos conejos eran! Deberían emitir eso en antena y ver el resultado de los sondeos a la mañana siguiente. Se lo aseguro, estamos a punto de tener a un pervertido corriendo por los pasillos de la Casa Blanca.

—¿En serio? —Y luego—: ¿Quiere un poco más?

—Sí, claro.

Tom rellenó los vasos y volvió al sofá.

—En cualquier caso, hay que romper una lanza en favor de Kennedy —comentó—. Si vas a poner en peligro alcanzar la presidencia por follarte a una fulana, que sea, al menos, la mejor fulana del mundo.

—Pues a mí no me tira mucho. —Sorges puso cara rara—. Prefiero a Novak... a Russell. Eso sí que son mujeres.

—Marilyn tiene todo lo que yo quiero.

—Créame, si escuchase la cinta, esa mujer no le impresionaría. Ni siquiera se corre.

—Bueno, yo diría que eso no es culpa suya.

—Toma todo tipo de drogas. Estimulantes, inmunodepresoras,

todas. Esa mujer se está rompiendo en pedazos. Pregúntele a Momo.

—Pues a mí me encantaría recoger esos pedazos. Tiene algo, aunque no sé qué es. Calidad de estrella. Vulnerabilidad. Carisma.

—No me venga con esas. El carisma es como Papá Noel, son de mentira. No deje que le deslumbre la luz de las estrellas. —Sorges levantó el vaso de licor de café para brindar con Tom—. Carisma... ¡mis cojones! Kennedy se la folla como si fuera una pobre chica que atiende en Burdines. En mi opinión, esa es la única manera de follarse a una fulana así, como si fuera una donnadie. Como te pares a pensar en lo que ves en ella, estarás pegado a su coño el resto de tus días.

—No me lo puedo creer.

—Se lo aseguro. Para él, esa tipa no es más que otro pedazo de carne, créame, y, ¿sabe qué?, que además el cabrón ¡es dueño de toda una carnicería!

Tom no parecía convencido.

—No hace falta que me crea, ya le traeré la cinta. Puedo conseguirla. El de seguridad... Bernie, creo que se llama... trabaja para Hoffa y para Momo y es amigo de Johnny. Johnny antes era telefonista. Puede que se lo comente a él. Podríamos organizar una velada, ¿qué le parece?

—Pues... divertido. Sí, por qué no.

—¿Tiene reproductor?

Tom le enseñó el Phonotrix portátil que había comprado el verano pasado. Era casi tan ligero como una cámara, así que, a veces, lo utilizaba para el trabajo de reconocimiento.

—Este no vale —le dijo Sorges.

—¿Cómo que no vale? ¡Pero si me costó cien pavos!

—Una bobina de siete y medio es demasiado pequeña. Yo le estoy hablando de varias horas de grabación. Será mejor que venga a oírla al piso franco. Además, a Johnny no le gusta que saquemos las cintas. Es probable que se sienta más cómodo si no la muevo de allí.

—Supongo.

—Ya verá, le voy a sacar de dudas. A eso es a lo que me refiero. Una vez haya oído la cinta, nunca tendrá que volver a imaginar cómo es follar con ella. De hecho, se le pasarán las ganas de tirársela. Ya verá. Le va a quedar todo muy claro. Es una zorra. Suele llevar un tanga estrecho como un alambre o, a veces, incluso va sin bragas. Y no sabe la boca que tiene mientras él se la folla. Y lo que le gusta chuparle la polla. Hasta le deja que se la meta por el culo.

—Bueno —Tom se encogió de hombros—, nadie es perfecto.

6

LA AUTOPISTA DE LOS MUERTOS

Tom quería poner a prueba a Everton Echeverria fuera de Cuba. Como tenía que ir a Ciudad de México, Tom sugirió que el MIRR enviase a Echeverria allí para hacer un encargo y, de esa manera, comprobar si era de fiar. Así, el 13 de octubre, un jueves, el día en que se celebraba el tercer debate entre Nixon y Kennedy, Tom voló con Pan American a la ciudad más antigua de Norteamérica. Más o menos a la misma hora, Everton Echeverria se estaba subiendo a un autobús de la Continental Trailways en Laredo, en la última etapa de un largo y agotador viaje desde Miami. Aún le quedaban veinticuatro horas para llegar.

A Tom le gustaba mucho Ciudad de México, aunque estaba convirtiéndose a toda prisa en otra ciudad de rascacielos. El último edificio más alto del mundo, el Latino-Americano, tenía unos cuarenta y cinco pisos y estaba allí, en Ciudad de México, y fue en él, en el Bankers' Club, situado en el último piso, donde Tom se reunió con el director del Banco de Comercio para comer antes de visitar la sucursal de Venustiano Carranza para comprobar su cuenta y firmar unos documentos. El consorcio formado por la mafia y la CIA y representado por Rosselli le había depositado los cien mil dólares en la cuenta unos días antes y Tom quería sacar veinticinco mil en metálico para llevarlo a Miami y guardarlo en una caja de seguridad del banco Pan Americano.

Por la tarde, mediante su hotel, el Reforma, organizó la contratación de un coche con chofer y, tal y como tenía por costumbre —Tom solía visitar Ciudad de México dos veces al año— fue a ver las pirámides de Teotihuacán. Aquel era uno de sus lugares favoritos, con la Pirámide del Sol, y los sesenta y cinco metros de altura de esta, cercana a las dimensiones de las egipcias. Los lados eran escalonados y tenían unas escaleras anchas que llevaban hasta lo alto y que a Tom siempre le gustaba subir. Le atraían las alturas, aunque, sin un rifle, a veces se sentía desnudo en lo alto de la pirámide. Desde allí tenía unas vistas superiores de la Pirámide de la Luna, de los templos de Tlaloc,

de Quetzalcóatl y de la Autopista de los Muertos. Aquel era el único sitio del mundo que hacía que Tom sintiera que creía en algún dios.

De vuelta en Ciudad de México, se reunió con dos miembros de la comunidad anticastrista local, Leopoldo y Ángel, en la coctelería del hotel de Tom. Parte del Grupo Hotelero Intercontinental, el Reforma era el hotel más moderno de la ciudad y el bar, uno de los más elegantes. En cuanto vio a los dos cubanos, Tom se dio cuenta de que había sido un error citarse allí con ellos. Leopoldo era alto y andaría por los cuarenta años; Ángel era más bajito y llevaba gafas tintadas. Ninguno de los dos estaba ni instruido, ni limpio. Ambos llevaban trajes de poliéster con manchas y estridentes mocasines Nybuc de nailon; los de Leopoldo eran rojos y los de Ángel, de color azul celeste. Tom decidió que sería así como recordaría quién era quién. Un Ángel con zapatos azules. Ninguno de los dos hablaba inglés y ambos fumaban Old Gold y bebían margaritas.

—Nosotros recogeremos a su amigo del autobús —dijo Leopoldo—, no hay problema. Solemos ir a buscar a mucha gente a ese autobús. Le hemos reservado una habitación con baño en el Hotel del Comercio. —El hombre, que tenía un eczema en el lóbulo de la oreja, se rio y miró el suntuoso interior del Reforma—. A, ver, claro, no es como esto... ¡pero es que cuesta un dólar la noche! Orlando nos dijo que no importaba, que, cuanto más barato, mejor.

Tom asintió mientras hacía todo lo posible por ocultar el asco que le daban los dos cubanos.

—Así es. Han hecho bien. —Tom pidió otra ronda de copas para que a los cubanos se les soltara la lengua. Cuanto más sepas sobre la escoria con la que te toca trabajar, mejor; en especial, si lo primero en lo que piensas cuando la ves es que deberías echarla a los perros—. Ahora bien, no lo traigan aquí. Trabaja con caballos y no quiero que apeste este lugar. Que me espere en el Bottoms Up mañana a esta hora. No, un momento. Mejor en el bar del Florida. De esa manera no olvidará adónde tiene que ir. Además, como lo lleve al Bottoms Up, es capaz de pensar que le voy a invitar a cenar.

—¿Qué es, exactamente, lo que le va a dar? —le preguntó Ángel—. Porque Orlando no nos lo ha dicho.

—Le invitaré a tomar algo y le daré un paquete para que vuelva a casa con él. Esto no es más que un ensayo para ver si se puede confiar en que sea nuestro mensajero en Cuba. La cuestión es que sabré si ha abierto el paquete, porque el tipo se cabreará como una mona si descubre que no contiene sino un par de ejemplares del *Diccionario del*

Beatnik.

Leopoldo se echó a reír.

—Vamos, que es una mula —dijo—. Ya lo parece, ya. Orlando quería que hiciéramos unas fotografías. De Everton como si fuera directo al OK Corral. Con su rifle, con su pistola al cinto... ¡todo un Burt Lancaster!

—Y, eso, ¿dónde van a hacerlo?

—En mi casa —respondió Ángel—. Vivo en Los Remedios. Es un pueblecito que está a poco más de veinte kilómetros. Allí tengo muchas armas. ¡Suficientes para empezar otra revolución! —se rio.

—Si tenemos tiempo, puede que incluso podamos hacer que Everton reparta literatura anticastrista delante de la embajada cubana.

—¿Por qué ahí? —les preguntó Tom.

—Porque la CIA lleva a cabo una vigilancia fotográfica constante del lugar, amigo mío. Orlando considera que el mero hecho de entregar unos folletos podría ser suficiente para que a Everton le abrieran una causa. Pero a nosotros no nos pregunte, que no somos más que unos mandados.

—¿Son muchos ustedes aquí?

—Los suficientes. Entrar en Cuba desde aquí es más sencillo.

—Es más fácil meter y sacar de México lo que sea necesario —apuntó Ángel.

—Quizá quiera usted algo de droga mientras está aquí.

—No, gracias —respondió Tom—. Siempre me ha gustado más el alcohol. —Se encogió de hombros—. Aunque hay que ganarse la vida. ¿Quién dirige aquí el cotarro?

—Harold Meltzer.

—¿En serio? —Tom estaba impresionado.

—Y es un cotarro de narices.

Estuvieron hablando un rato más hasta que Tom consultó su reloj e informó a sus invitados de que había quedado para cenar.

—¿En algún sitio bonito?

Tom sonrió y se mostró animado.

—Un restaurante francés en López. El Normandía.

—¡Vaya! —soltó Ángel con una sonrisa.

Se fueron todos juntos y Tom se quedó observando cómo los cubanos se subían a una tartana. Luego, paró un taxi. Le pidió al taxista que le llevara al Parque de Chapultepec, al final del Paseo de la Reforma, para asegurarse de que no le seguían. Durante unos minutos caminó por debajo de los ahuehuetes y disfrutó de las fuentes y de la

brisa de la tarde. Luego cogió otro taxi y le dijo al conductor que lo llevara al Cadillac Grill, no al Normandía.

Alex Goldman acabó de comer y se echó hacia atrás para atarse en un agujero más el cinturón cosido a mano que llevaba.

—¡La mejor cena desde que estoy en Ciudad de México! —comentó.

Les sirvió más vino a ambos, estaban tomando tinto, y tapó un eructo con el envés de una de sus enormes manos.

—Bueno, ¿y qué se supone que haces aquí? —le preguntó Tom—. ¿No estás un poco lejos de tu jurisdicción?

—Sí y no —respondió Goldman al tiempo que encendía su pipa Kaywoodie—. Allá por los años cuarenta, el FBI construyó toda una red de espionaje en México. En toda Latinoamérica, a decir verdad. Bueno, la cuestión es que, en 1947, Truman le ordenó a Hoover que le pasara todas las bazas del Servicio Secreto a la CIA, y a Hoover, que todos sabemos cómo es, aquello no le hizo nada de gracia. Como tampoco se la hizo a la mayoría de los agentes que había aquí, que, de pronto, se encontraron trabajando para la CIA en vez de para el FBI. Y es comprensible, para muchos de ellos el FBI era toda su vida. Así que, a pesar de que Ciudad de México sea una base de la CIA en la actualidad... una de las más grandes, de hecho, como en el caso del KGB... su espíritu sigue siendo el del FBI. El jefazo, Winston McKinlay Scott, era del FBI, como la mayoría de los jefes de sección, lo que significa que esta base de México tiene una relación inusitadamente estrecha con el FBI.

»Puedes incluso considerarla una relación encubierta, porque Allen Dulles y el resto de los chicos de la Compañía de Washington no tienen ni idea de que existe. Oficialmente, estoy aquí por orden del Departamento de Narcóticos para cooperar con la Policía del Interior mexicana y el agregado de la embajada de Estados Unidos y demostrar la relación entre el DFS mexicano... el equivalente de aquí a la CIA... y las principales organizaciones de tráfico de drogas de Miami; ya sabes: Lansky, los Teamsters, Meltzer Sonrisas. Sin embargo, para lo que de verdad he venido es para lo típico del COINTELPRO —Goldman miró en el cuenco de su pipa con forma de pera y la dejó—, como parte de la interminable lucha del FBI contra las fuerzas del comunismo internacional. —Levantó el vaso y dijo entre risas—. ¡Brindemos! ¡Ay, pero ¿qué haríamos sin los rusos?!

Tom chocó el vaso de Goldman y miró por encima del hombro para asegurarse de que nadie le había seguido. Ya le había hablado a Goldman de los exiliados anticastristas que había conocido en Miami y, ahora, añadió la información que tenía de los dos personajes que acababa de conocer en Ciudad de México.

—Han dicho que trabajan para Meltzer —comentó como si lo hubiera recordado en ese mismo momento.

—Meltzer es el que le lleva los temas a Lansky. Es el que mete casi toda la heroína mexicana en Estados Unidos. Son como una puta fraternidad, ¡eso es lo que son!

—No sé... yo diría que se parece a lo vuestro —observó Tom.

—¡Ya me gustaría, joder! Ellos están mucho mejor organizados que nosotros... ¡y cooperan más! Por norma, en el caso de nuestras agencias de inteligencia y seguridad, la mano izquierda nunca tiene claro qué está haciendo la mano derecha. La CIA no habla con el FBI, que, a su vez, no habla con el Servicio Secreto, que no le cuenta nada de nada a la policía. No, amigo mío, no todo el mundo es tan gregario y amistoso como yo. Ser del COINTELPRO me sirve para que nadie me toque los cojones diciéndome con quién puedo hablar y con quién no. ¡Joder, pero si hasta hablo con el Servicio Secreto! Aunque no creas que conozco ningún gran secreto... excepto el que conoce todo el mundo... es decir, que son todo músculo y que carecen de cerebro. A ver, alguna razón habrá para que ellos se llamen Servicio Secreto mientras que los demás tenemos nombres relacionados con la inteligencia. El noviembre pasado tuve que ir a la Augusta de Georgia. Fue más o menos cuando Ike y Mamie estuvieron allí, cuando a Ike le enseñaron a jugar al golf paso a paso. Bueno, la cuestión es que me reuní con unos del Servicio Secreto y, amigo, ¡pero cómo les gusta la fiesta! Solo te diré que no sabes cuánto me alegro de que no me estén buscando. —Señaló a Tom con uno de sus grandes dedos—. Uno de estos días, paladín... uno de estos días se va a venir todo abajo estrepitosamente. Tan solo pido estar presente para ver la cara de bobos que se les queda cuando suceda. ¡Daría dinero por verla!

—¿Dónde está el puto camarero? Aquí necesitamos más vino.

Goldman miró en derredor y, como no vio ninguno, se agachó, se quitó el zapato y soltó un gruñido de dolor.

—¿Qué pretendes, llamar la atención de algún camarero con el zapato? ¿Quién eres ahora, Jrushchov?

Al ver que Goldman se quedaba confundido, Tom se dio cuenta de que era posible que su amigo no hubiera leído ningún periódico

estadounidense recientemente, así que le relató lo que contaban en el *New York Times* de aquella mañana acerca de cómo había perdido los papeles el primer ministro soviético y había golpeado la mesa con un zapato cuando el delegado filipino de las Naciones Unidas había acusado a Rusia de imperialismo en Europa Oriental.

—El comunismo hará lo imposible por acabar con el mundo, de una manera u otra —añadió Tom.

Goldman dio por fin con un camarero y le pidió otra botella de vino. Estuvieron hablando un rato más de otras noticias que habían aparecido en el periódico y, entonces, Tom se dio cuenta de que su amigo le iba a pedir que llevara a cabo un servicio. Sin embargo, no lo hizo hasta que Tom no sacó el tema del asesinato de Asanuma, el líder del partido socialista japonés.

—Eso he oído, sí. Los cables de la AP y de la UPI decían algo. Un puto estudiante de extrema derecha le atacó con una bayoneta, ¿no? Dios... Típico de japoneses, por otro lado.

—Sí.

—Oye, Tom, ¿qué te parecería ir a Acapulco? Esta noche. Hay un vuelo de Aeronaves que sale a la una de la madrugada.

—¿Para qué?

—Para hacer lo que mejor se te da.

Tom se frotó los ojos y volvió a mirar a Goldman. Consultó su reloj.

—¡Joder, Alex, son las diez de la noche! ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡No habría bebido tanto!

—No te preocupes. Es uno de esos trabajos que podrías hacer con los ojos cerrados.

Tom se estiró y bostezó.

—Eso espero. —Negó con la cabeza—. Pero no tengo arma, ¿eh?

—¿Acaso crees que pretendo que lo hagas con una puta bayoneta? ¡Vamos, Tom, que me conoces! Llevo un Winchester 70 desmontable con una mira Unertl y un silenciador en el maletero.

—¿Desmontable? —Tom puso mala cara—. ¿Quieres que dispare con un desmontable?

—Sí, sí... ya lo sé... no son tan precisos.

—Todas esas roscas y superficies... todas esas tensiones... —masculló Tom.

—Pero es un buen rifle.

—Las fuerzas no están bien calibradas.

—Escucha. Yo mismo he probado el arma. La desmonté, volví a

montarla, la disparé y no encontré cambios significativos. Te lo aseguro, es un rifle maravilloso. Y tiene un maravilloso estuche rígido con un protector de espuma dentro. Muy a lo James Bond, te lo aseguro.

—¿En qué libro?

Goldman pensó un momento.

—¿No usa un desmontable en *Desde Rusia con amor*?

—No, no es Bond quien lo usa, sino Darko Bey, el turco.

—Sí, vale, tienes razón. ¿De dónde coño sacará los nombres?

Tom siguió con las evasivas. Lo único que le apetecía era ir a la cama.

—¿Y por qué tiene que ser esta noche?

—Porque mañana es el último día de vacaciones del objetivo. Te lo aseguro, no podría ser más fácil. El tipo va a hacer esquí acuático a Acapulco todas las mañanas a las nueve. Te he reservado una cabaña con vistas al mar en El Mirador. Disparas y estás aquí para la hora de comer.

Tom se sirvió otra copa de vino, pero cuando iba a bebérsela, se lo pensó mejor. Si tenía que disparar a alguien a las nueve de la mañana, era indispensable que estuviera lúcido. Decidió que era mejor encender un Chesterfield. Casi no le quedaban objeciones que poner.

—O, si lo prefieres, puedes quedarte allí y pasar unos días relajándote con todos los gastos pagados por el FBI. Hay un burdel, Casa Raquel se llama, que te recomiendo personalmente. Un sitio con clase de verdad.

Tom negaba con la cabeza.

—¿De qué distancia estamos hablando?

—Cuatrocientos metros. Quinientos como mucho. La cabaña está justo en las rocas de La Quebrada. Desde allí podrías darle incluso a alguien que esté en Cuba.

Tom puso mala cara.

—No me gusta disparar con el mar de por medio.

—¡Venga ya! Todavía me acuerdo de lo de Saipán, sentado en la zódiac, cargándote japoneses por la noche. ¡Por la noche! Para ti, esto es como poner el piloto automático.

—¿Y quién es el muerto?

—Un ruso.

—¿Un ruso? Un ruso... Os estáis volviendo ambiciosos.

—No, ambiciosos no, precavidos. Se llama Pavel Zaitsev y trabaja aquí, en Ciudad de México, como agente consular. Es muy buen

jugador de voleibol, dicho sea de paso.

—¿Y por eso os lo queréis cargar?

—Es del GRU, del Directorio Principal. Ya sabes, de la inteligencia militar rusa. La cuestión es que ha estado haciendo cosas muy raras por aquí.

—Seguro que es su máximo anotador, ¿no? Venga, vale... cuenta conmigo.

—¡Así me gusta, paladín! Zaitsev se aloja en tu hotel, así que es imposible que lo pierdas. Hay un funicular que baja de la piscina del hotel hasta donde los de Aqua Mundo lo recogen con la lancha cada mañana, puntuales como un reloj. Una bimotora con el casco azul. Zaitsev es un tipo grande. Se parece a Harmon Killebrew; ya sabes, el bateador ese que no deja de hacer jonrones. Y se está quedando calvo. Hay una fotografía en la funda del desmontable, además del billete de avión y la reserva del hotel. Te va a encantar Acapulco, Tom. Cortés llamaba al sitio «tierra caliente», pero, en comparación con esta ciudad, el clima es incluso agradable. —Goldman le dio una palmada en la espalda a Tom—. Además, paladín, te vendrá bien practicar, que hace tiempo que no nos haces ningún trabajito.

Tom mató a Zaitsev con tanta facilidad como Alex Goldman había predicho. El ruso, un tipo ágil que practicaba el esquí acuático de forma excelente, era un blanco móvil sencillo. Con el asa sujeta con el codo, muy quedona la pose, estaba saludando confiadamente a la gente que iba en la lancha motora cuando Tom apretó el gatillo. A continuación, Tom se sentó y esperó a que la lancha volviera para empezar a buscarlo. Estaba disfrutando de sentir el sol en la cara, del olor de la brisa marina, de la pineda que lo rodeaba, del olor de las solandras y del sabor refrescante de la leche de coco fría que estaba bebiendo. Con el cielo azul y sin una sola nube, parecía imposible que una vida acabara de desaparecer entre las olas con la misma facilidad que una trampa para langostas.

Los de la lancha tardaron treinta minutos en dar con Zaitsev y en recuperar el cadáver. Con los binoculares, Tom vio cómo lo subían a bordo y se fijó en que su disparo le había volado al ruso la tapa de los sesos. Su cabeza le recordó a un huevo hervido. La lancha estaba demasiado lejos como para que oyera nada, así que no veía sino un cuerpo como gomoso y a las dos chicas que acompañaban a Zaitsev, que gritaban como en silencio.

Tom llegó a Ciudad de México después de la hora de la comida, pensando en que Acapulco tampoco le había parecido para tanto. El sitio no era más que otro complejo vacacional, como Miami Beach, pero con mejor paisaje. Él prefería Ciudad de México, llamada Tenochtitlán en su día, capital del imperio azteca, y centro del culto de Huitzilopochtli.

Los aztecas eran el pueblo del sol, elegidos por Huitzilopochtli para que lo alimentaran. El dios se nutría de sangre humana y no de poca, precisamente. A medida que crecía el poder de los aztecas, en Tenochtitlán sacrificaban a prisioneros de todo México para que el universo y el ser humano sobrevivieran. Un conquistador calculó que había en la pirámide ciento treinta y seis mil cráneos humanos. La sangre era como el agua bendita y la salpicaban en las puertas y en las columnas tanto de los templos como de las casas. La compasión era un concepto que les resultaba extraño tanto a los antiguos habitantes de México como al propio Tom. La palabra náhuatl para sacrificio, *nextlaoalitzli*, literalmente hacía referencia al acto de pagar. Aquel era también el idioma de Tom. No le extrañaba que, siendo así, se sintiera como en casa en aquel sitio.

7

CON ACENTO DE BOSTON

«El margen es estrecho, pero la responsabilidad está clara. Aun con la diferencia de un solo voto, habría mandato».

Así habló el trigésimo quinto presidente electo de Estados Unidos después de haber ganado con una diferencia de menos de ciento veinte mil votos.

«Ahora, mi esposa y yo nos preparamos para una nueva administración y para un nuevo bebé».

Pero no era lo que John Fitzgerald Kennedy había dicho en una conferencia de prensa en Hyannis Port, Massachusetts, o lo que les había dicho a los sesenta y nueve millones de estadounidenses que le habían votado lo que le interesaba a Tom Jefferson, sino lo que le había dicho a una sola persona, en especial, el noveno día del mes de noviembre de 1960, cuando dejó su casa de Miami Shores y condujo hasta el piso franco que estaba en el número 6312 de Riviera Drive, en Coral Gables, para reunirse con Frank Sorges y oír esa cinta de la que tanto le había hablado. Solo de pensar en ello se le ponía dura. Estaba a punto de oír a la diosa del amor, a la magnífica Marilyn, manteniendo relaciones sexuales, y nada más y nada menos que con el hombre del momento, el chico de oro número uno de Estados Unidos. Aquello era digno de la revista *Confidential* y le gustaría que Mary hubiera podido ir para chincharla.

Aquellos últimos días solo había hablado con ella por teléfono, porque, entre las elecciones, la ansiedad del recuento —la ventaja temprana de Kennedy se había ido haciendo más y más pequeña a medida que avanzaba el martes 8 de noviembre, hasta que, a eso de las cuatro de la mañana del día siguiente, la victoria había empezado a parecer más cercana— y las celebraciones, que era muy probable que duraran hasta el jueves... Tom no la había visto desde el sábado por la noche. Estaba acostumbrado a sus horarios irregulares; más o menos. A mediados de octubre, cuando Kennedy había ido a Tampa para dar un discurso de campaña acerca de Latinoamérica y de la

alianza para el progreso, Tom no vio a Mary ni habló con ella en cuarenta y ocho horas. Aquello tampoco le importaba. Estaba haciendo su trabajo. Seguían siendo un equipo con un interés común. Parafraseando a Kennedy, Tom y Mary eran «una alianza para el progreso». Al menos, lo que ellos consideraban progreso. Y su alianza también era inusual.

Kennedy había dicho aquello de la alianza en español y a Tom le había sonado raro. Raro y, después de la previsión de Orlando Bosch de una invasión de Cuba, un pelín inquietante. Aunque dudaba mucho que a Castro le preocupara lo más mínimo. El 25 de octubre, la semana después del discurso de Kennedy en Tampa, Castro había firmado un decreto para nacionalizar las pocas empresas estadounidenses que quedaban en el país. Luego, frente a un grupo de cadetes del ejército, apenas unos días después, había retado a Estados Unidos a invadir Cuba. Al mismo tiempo, el Ministerio de Sanidad había lanzado una campaña para convencer a los ciudadanos cubanos de que donaran sangre. Entretanto, a miles de kilómetros de allí, estaba teniendo lugar otro tipo de lanzamiento —o, por lo menos, la capacidad de llevarlo a cabo—: el día en que los estadounidenses acudían a las urnas, en el desfile anual que se celebraba en la Plaza Roja aparecieron misiles por primera vez. Un discurso de campaña y una alianza retórica eran una cosa, pero los misiles balísticos intercontinentales eran otra muy diferente, una alianza a la que Tom esperaba que el nuevo presidente prestara atención.

Tom llegaba un poco pronto para su reunión de las cinco con Sorges, así que se detuvo en la barbería Johnny, en la zona noroeste de la avenida Veintisiete, para cortarse el pelo. El sitio tenía aire acondicionado y Johnny, un hombre de tez oscura que se estaba quedando calvo a pesar de andar por los cuarenta y pocos, estaba leyendo el periódico. En la pared había un cartel en el que ponía: «Te tratamos como a un amigo», y aquello agradaba a Tom, porque había ido las veces suficientes como para que Johnny recordase que él era ese amigo al que no le gusta hablar. En los veinte minutos que le llevó cortarle el pelo, Johnny se las arregló para no hablar ni siquiera de las elecciones.

Cuando salía de la barbería, Tom se detuvo en el umbral. Una brisa del oeste les llevó la música de una banda de viento. Tom se volvió hacia Johnny y le preguntó:

—¿Oyes eso?

—Es probable que se trate del instituto de la zona. Tiene una

banda de marcha ¡muy buena!

Ambos se quedaron callados un rato, el suficiente como para que Johnny identificara el tema:

—«Saludo al jefe».

—El favorito de Kennedy —comentó Tom antes de encaminarse hacia el coche—. Puede que venga de camino.

—Sí. Puede que sepan algo que nosotros no sabemos.

—Por lo que tengo entendido, solo son las chicas las que conocen sus secretos. ¡Las chicas, Johnny!

Tom también se detuvo en una perfumería Almeria, en Coral Gables, para comprar un frasco del perfume favorito de Mary, el My Sin de Lanvin. Le pareció adecuado, después de lo duro que estaba trabajando. Luego fue a Riviera Drive.

Justo al sur del campo de golf del mismo nombre, con el canal de Coral Gables a la vista, en una carísima calle bordeada de palmeras, el piso franco era en realidad una casa de dos plantas con un alto muro de piedra, una enorme verja de hierro y un tejado con una pequeña cúpula. Tom llamó al timbre que había en el poste y unos minutos después Sorges, que fumaba un puro y llevaba un jersey de canalé con el cuello en pico y chinos, apareció por el jardín para abrirle la puerta.

—Llega temprano.

—Gajes del oficio. Igual que empiezo a buscar cobertura cada vez que me acerco a un edificio alto.

—¡Qué le dije! —Sorges le dio unas palmaditas en el hombro—. ¿Se ha fijado en los votos de Chicago? ¡Tal y como Momo prometió! Kennedy ha ganado por cuatrocientos cincuenta y seis mil votos. Sin lo de Illinois, Kennedy solo habría aventajado a Nixon en los votos de siete colegios electorales y, entonces, las elecciones habrían estado mucho más abiertas. ¡Puede que hasta hubieran tenido que ir a la Cámara de Representantes para que fueran ellos los que decidieran! ¡Imagíneselo! ¡Cuatrocientos cincuenta y seis mil votos! Es cuatro veces la diferencia del cómputo final en todo el puto país. Cuando Momo amaña algo, ¡lo amaña que da gusto!

Sorges hizo pasar a Tom por la gran puerta de madera. Dentro de la casa hacía fresquito, pero aquello quedaba en un segundo plano ante la música que salía de la fonola de roble encalado: un melancólico solo de trompeta que sonaba muy español acompañado de una banda de jazz. A Tom le gustó de inmediato y cogió la carátula del LP y descubrió que se trataba de Miles Davis tocando *Sketches of Spain*.

—Le gusta, ¿eh? —le dijo Sorges.

Tom se sentía como si aquella música le estuviera hablando. Además, la última línea de la carátula, del escritor español Ferrán, se las arreglaba para describir a la perfección tanto la música que sonaba como su propio carácter: «¡Ay, de mí! Cuanto más persigo la soledad, más se aleja esta, y, cada vez que la busco, mi sombra me ayuda a buscar». Tom asintió y respondió:

—Sí, suena bien. —Luego, miró a su alrededor y añadió—: Bonito sitio. ¿Es suyo?

—¡Joder, ya me gustaría! Es de la Compañía. O puede que sea de Howard Hughes. O de Meyer Lansky. No lo tengo claro. Digamos que hoy me ha tocado hacer de amo de llaves.

—¿De Howard Hughes? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Bob Maheu trabaja para Hughes. Antes estaba en el FBI y es probable que también en la CIA, pero no estoy seguro. Bob tiene más contactos que la Pan American. Si le soy sincero, no sé qué es lo que obtiene Hughes con esto. Aunque tengo entendido que anda detrás de sacar tajada en Las Vegas, así que puede que esté pensando en comprarle alguno de los casinos de La Habana a un nuevo gobierno cubano. ¿Quiere algo de beber?

—Un bourbon.

Sorges cogió dos vasos, un cubo de hielo y una botella de Ezra Brooks y guio a Tom hasta un gran sofá Chesterfield de cuero. Puso los vasos en una mesita de cristal, junto a la caja de una cinta Soundcraft.

—Siéntese —le dijo mientras se dejaba caer en el sofá—. No hace falta que sus Bob Smarts sigan cargando con el peso.

El hombre sirvió dos bourbons largos y cogió su vaso con una mano que parecía un tazón de desayuno.

En ese mismo instante, Tom se dio cuenta de a quién le recordaba aquel hombretón: a Jack London. Tom había visto una fotografía del autor en una librería cuando fue a comprar la autobiografía de Errol Flynn.

Tom se sentó despacio en el sofá y cogió su vaso. Como pensaba que Sorges estaba a punto de proponer un brindis y como no le gustaba beber más que por variar su estado de ánimo, se adelantó:

—Dadas las circunstancias, no parece apropiado que bebamos por nuestro nuevo presidente.

—No, supongo que no.

—¿Es esa la cinta?

Con la boca llena de bourbon, Sorges asintió.

—Eso sí, no se lo cuente a sus amigos.

—No tengo amigos—comentó Tom pero sin visos de que se estuviera lamentando.

Más o menos, era la verdad. Le gustaba estar solo. Era raro que fuera más allá de saludar con la cabeza a los vecinos. La mayoría de las personas con las que trataba le tenían miedo, lo sabía, pero no es que le molestara. Bastante duro era vivir una vida en secreto sin tener que explicar, además, esto y aquello a tus amigos.

—Pues a su esposa. Trabaja para los demócratas, ¿no es así?

—No se lo voy a contar a nadie. —Tom encendió un Chesterfield —. Por si no lo había notado, no soy parlanchín. En mi negocio, a los bocazas no les va bien.

—¿Eso es todo esto para usted, un negocio?

—¿Me está preguntando si disfruto con ello?

Sorges se encogió de hombros como para esconder su curiosidad.

—Eso lo ha dicho usted.

—Es a lo que me dedico, nada más. Es como preguntarle a Truman si le produjo algún placer ordenar el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki. Era un trabajo y alguien tenía que hacerlo. Y así es como enfoco yo mi quehacer. Ni siquiera me planteo si debería producirme placer o desagradarme.

—Pues yo creo que disfrutaría matando a Castro. Él y yo tenemos una cuenta pendiente. Se la tengo jurada.

—No puedo decir que haya disfrutado de matar a nadie. Ni siquiera en la guerra. Y, como suelo decir, algunos de ellos merecían morir.

—¡Castro también merece morir, no lo dude ni por un instante! Tiene las manos manchadas de sangre. ¡Manchadísimas! Todo el mundo está ansioso por hacerlo: Everton, Genevieve, Diaz Castillo, González... Ahora mismo están todos en Cuba. Los nuestros han ido a casa de Everton y han limpiado el rifle, le han añadido un cañón más pesado que encaja con el modelo y un supresor de destello, un protector de cuero para la culata y una mira telescópica. Con ropa antigua de Everton puesta, incluidos sus guantes, uno de los nuestros incluso ha disparado unas cuantas veces y se ha asegurado de que algunas fibras de la camisa se adherían a la culata. También han dejado algunas otras pruebas en su habitación: artículos sobre Castro, viejas revistas sobre armas, munición, tanto usada como sin usar, y unas cuantas fotografías de las que tomamos en Ciudad de México. Es un bonito marco colgando en una galería de arte. ¿Qué tal lo lleva

usted con la rutina sacerdotal?

—Bastante bien. Atento. —Se aclaró la voz y se compuso—: *Si capax, ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen*. —Luego, hizo la señal de la cruz con el pulgar como si lo llevara ungido en óleos sagrados.

—¿Qué es usted ahora, un actor del método?

Tom continuó con el cántico:

—*Per istam sanctam Unctionem, indulgeat tibi Dominus quidquid deliquisti. Amen*. —De nuevo se santiguó—. *Ego facultate mihi ab Apostolica Sede tributa, indulgentiam plenariam et remissionem omnium peccatorum tibi concedo, et benedico te. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen*.

—¡Oiga, eso está de la hostia! —Sorges asentía—. ¡Marlon Brando no lo habría hecho mejor! Ahora bien, ¿qué significa?

—Son los últimos ritos. La extremaunción.

—Está claro que esto sí que lo está disfrutando.

—Es que, pensando, supuse que cabía la posibilidad de que, después de disparar a Castro y salir de la iglesia, alguien quisiera que un sacerdote absolviera al Líder Máximo de sus pecados y, como parecería raro que no me supiera los últimos ritos, decidí que sería mejor que me los aprendiera. Por si acaso.

—¡Qué bien pensando! —comentó Sorges después de resoplar—. ¡Eso sería la leche! ¡El cabrón iría al infierno de cabeza!

—Ya sé que el tipo es comunista y todo eso, pero, por lo que he estado leyendo acerca de él, cuando era niño era un católico convencido y fue a un colegio jesuita. Y este año ha dado un discurso en el que ha dicho que traicionar a los pobres es como traicionar a Jesucristo. —Tom se encogió de hombros—. Sería buenísimo que se volviera católico en el último momento, ¿eh? ¿Sabe que hay mucha gente que lo hace?

—Estoy con usted, ¡hombre precavido vale por dos! Pues bueno, Marlon, dentro de poco le llevaremos a Cayo Hueso y lo subiremos en un barco rumbo a La Habana. Puede usted bendecir el barco si eso le sirve para meterse en el papel. Lo haremos en cuanto Momo dé la orden.

—Ahora que ha ganado Kennedy, ¿qué se lo impide?

—Nada. Nada en absoluto. De hecho, Rosselli iba a llamarme aquí esta misma tarde. Si todo sale como estaba previsto, tendrá usted su bendito culo en La Habana la próxima semana. Por lo visto, Castro va a dar muchos discursos en los próximos dos meses, así que tendremos

muchas oportunidades de matarlo. Tanto en diciembre como en enero hay muchas fechas destacadas de la historia de la revolución: el tres de diciembre es el aniversario de la arribada del *Granma*, el barco en el que llegaron Fidel y otros revolucionarios desde México en el 56; el 1 de enero es el aniversario de la dimisión de Batista; y el 8 de enero es el aniversario de la entrada triunfal de Castro en La Habana. Aunque consideramos que tendrá opción de dispararle antes incluso. Genevieve nos ha dicho que esos imbéciles de los cojones van a prohibir la Navidad y lo de Papá Noel.

—Será broma. —Tom se echó a reír.

—Son capaces. Puede que tenga usted razón y que se conviertan al catolicismo cuando mueran, pero vivir... quieren vivir como comunistas. Además, van escasos de comida. Y de dinero no van mucho mejor. No tienen como para gastárselo en unas Navidades. Eso significa que nada de Papá Noel. Aunque, bueno, por lo menos, Castro tiene barba. Nunca se sabe, puede que el Gran Barbudo acabe haciendo de san Nicolás. Los nuestros creen que dará algún discurso acerca de esa época de paz y felicidad a los comunistas, o alguna mierda por el estilo. Lo más probable es que lo haga la víspera de Navidad. Doy por hecho que no tendrá usted objeciones éticas al respecto.

—No tengo planes para Navidad.

—Si acierta usted, Tom, las Navidades del 60 serán las mejores Navidades de toda mi vida. Una bala entre ceja y ceja a Fidel Castro es mil veces mejor que un soporte para pipas y un trío de viaje de Max Factor.

—Así que a eso es a lo que huele.

—Si hace esto bien, Tom, estas Navidades encontrará usted en su calcetín todo tipo de magníficos regalos.

—Estaba pensando en la expendedora de bolas de golf eléctrica que tiene Swank. Por catorce noventa y cinco te devuelve la bola una vez la has metido.

—¡Yo le regalaré el puto palo de golf de plata de Tiffany si le vuela la cabeza! —Sorges se puso de pie—. Venga, tómese otro bourbon mientras oímos cómo se las gasta en la cama el actual jefe ejecutivo.

El hombre cogió la cinta, se acercó a la fonola y levantó la aguja del LP. Luego, se arrodilló y empezó a colocar la cinta en la cabeza del Stereocorder de Sony que había en el suelo, debajo de la fonola.

—Pensándolo mejor —empezó a decir Tom—, olvídese del Swank y del palo de plata. —Se sirvió otro bourbon—. Prefiero pasar una

noche con Marilyn.

Sorges miró a Tom por encima del hombro. Parecía que estuviera avergonzado. Entonces, se aclaró la garganta y dijo:

—Sí, bueno... lo siento... pero no es a Marilyn a quien va a oír.

Aquello molestó a Tom, que enarcó las cejas, sorprendido y esgrimió una cauta sonrisa.

—Ah, ¿no?

—No exactamente.

Tom asintió porque no le sorprendía el giro de los acontecimientos.

—¿No exactamente? ¿Se refiere a que lo que voy a oír es a una tonta de las narices haciendo una imitación grotesca de la auténtica? ¿U otra cosa? ¿Marilyn sin los suspiros, los contoneos y la sensualidad de su voz? ¿Marilyn constipada?

Irritado, Sorges miró a Tom con el ceño fruncido.

—No sé quién coño es, solo que es una fulana que Kennedy se zumbó durante sus viajes de campaña. Una actriz... una modelo... Mire, Johnny no sabe que le estoy permitiendo que escuche esto. La he cogido sin su permiso. Así que me temo que tengo lo que tengo, pero que ni siquiera sé qué he cogido. Era esto o nada. Al tipo que hacía estas grabaciones lo arrestaron en Las Vegas. Resulta que tenía pinchada la habitación de la novia de Sam para ver si la muchacha se estaba follando a algún otro. La cuestión es que Johnny está puteado con todo este asunto. Por alguna razón, le echa la culpa de todo a Maheu. Yo diría que la cinta de Marilyn la ha guardado en alguna caja fuerte... así que, insisto, esto es lo que hay.

Tom levantó la mirada al techo dejando claro que aquello le tocaba las narices y, después, miró impasible a Sorges como si no se tragara ni una sola palabra de lo que acababa de decirle.

—Bueno, ¿quiere oír esta puta cinta o no?

—Adelante —respondió Tom de mala gana—, soy todo oídos.

Sorges pulsó uno de los botones y los carretes empezaron a girar. Hubo un momento de silencio, se oyó una puerta que se cerraba, gente quitándose la ropa y una respiración entrecortada. Luego, la voz de un hombre:

«¿Te gusta este lugar?».

«¡Me encanta! Nunca había estado en el lago Tahoe».

«Mi cuñado Peter tiene inversiones aquí junto con Sinatra. Vengo mucho».

«Lo sé. He leído lo de Cal-Neva en una revista, pero jamás había soñado siquiera que fuera a estar aquí contigo, Jack».

«Bueno, y, ahora que estás aquí, ¿qué vas a hacer?».

El acento de patricio de Harvard de Kennedy se reconocía de inmediato, con esas vocales como desafinadas, casi europeas, y esas eses cursis, como si el presidente electo hubiera cultivado el ceceo con la intención de sonar aún más a Winston Churchill, de quien decía que era su orador modelo.

Tom, al igual que la mayoría de la población, consideraba que Kennedy era un orador excelente. Era evidente que creía en el poder de las palabras y se enorgullecía de gozar del don de la elocuencia. Incluso cuando, bajo la fría luz del día, algunos de los mensajes más idealistas de Kennedy parecían irreales, había algo en la forma en que los transmitía que hacía que la gente le escuchase. Por ello, para Tom fue una sorpresa oír a Kennedy hablando de la Guerra Fría, de Indochina o del Equilibrio de Poder no como figura pública, sino como personaje privado, con su conversación, ligeramente embriagada, tachonada de referencias al coño de su amante, a su culo y a lo que les iba a hacer tanto a su coño como al agujero de su culo en cuanto se quitase las bragas.

Ella, que era muy espontánea, lo estaba deseando, con la respiración entrecortada, poseída por el deseo, asegurándole que podía hacerle lo que quisiera, que se la chuparía y le dejaría que se corriese en su boca, que le dejaría que se la metiera por el culo si eso era lo que le ponía.

«¿Quieres que haga esto, Jack? ¿Es así como te gusta?».

«Me encanta. No pares. ¡Oooh... es maravilloso!».

El entusiasmo de oír al presidente electo manteniendo relaciones sexuales en una cabaña del Cal-Neva Lodge no fue nada en comparación con la conmoción que sintió Tom al reconocer aquel ligero deje caribeño de la mujer. Aquella era una voz que le resultaba tan familiar como la de Kennedy. Más aún. Tom tragó saliva e intentó contener el horror y el asco que sentía. La mujer de la cinta era Mary. Estaba escuchando cómo Jack Kennedy se follaba a su esposa.

«Qué boca tan bonita tienes, cariño. ¡Oh, eso es una maravilla! Sigue así».

—¿Qué le había dicho? —soltó Sorges entre risas—. ¡Joder, me encantaría conocer a esta señorita! ¡Escuche, escuche! ¡Es un puto animal!

El primer instinto de Tom fue arrancar aquella cinta obscena del reproductor y lanzársela a Sorges a la cara y, luego, estrangular a aquel cabrón con sus propias manos. Pero aquel pensamiento se

desvaneció a los pocos segundos. Mantenerse frío y jugar a dos bandas era prácticamente automático para Tom. Además, cuanto más pensaba en ello, más cuenta se daba de que de nada habría servido revelarle aquello a Sorges. Decidió que lo mejor era que permaneciera callado al respecto, así que sonrió, se armó de coraje y decidió escuchar la cinta hasta el final.

8

EL MONSEÑOR

La muerte nunca estaba muy lejos de los pensamientos de Tom, y menos todavía cuando descolgó el auricular del teléfono de su habitación del hotel de La Casa Marina, en Cayo Hueso. Tom supo de inmediato que estaba muerta. Antes incluso de que el policía del condado de Dade le contara lo que había sucedido. Con voz queda, Tom le dijo que iba a coger el coche de inmediato para volver a Miami y colgó.

Consultó su reloj de pulsera. Eran las nueve y media de la mañana y estaba reventado después de haber pasado toda la noche por la ciudad con Sorges y Bosch. Una hora antes, Juanita, la chica de la limpieza, había entrado en la casa de Miami Shores, había encontrado el cadáver de Mary y había llamado a la policía. Habrían dado con el número de su hotel justo al lado del teléfono. Encendió un cigarrillo y llamó a Sorges.

—Frank, soy Tom.

—¡Puf... pero ¿qué hora es?!

—Las nueve y treinta y cinco. Oye, Frank, tengo que volver a Miami de inmediato.

—¿A Miami? ¡No me jodas, ¿por qué?! ¡Pero si acabamos de llegar y está todo preparado! ¡El Tigre Volador nos va a recoger en el muelle a las ocho! —El Tigre Volador era el yate que un millonario había dejado a la CIA para que llevara a Tom hasta aguas cubanas, después de lo cual tendrían que ir en una barca hinchable hasta Oriente—. ¡Pero si hasta los de la Compañía lo han arreglado con los guardacostas!

—Sí, ya, pero esto va a tener que esperar. Acaba de llamarme la policía del condado de Dade.

—¿Y qué coño querían?

—Ha habido un accidente, no sé. Mary, mi esposa. Ha muerto.

—¡Dios mío, Tom! ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, yo me encargo de ello. Te llamaré en cuanto llegue allí.

Cuando haya descubierto lo que ha pasado.

—Sí, vale... arregla eso.

Tom preparó una bolsa de viaje y fue al coche.

En su día, Cayo Hueso había sido la ciudad más poblada de Florida y es muy probable que también la más rica. Ahora, que más de un cuarto de la población era cubana, el lugar estaba dejado y se parecía más al extranjero, como si fuera una La Habana de imitación. Por entre las baldosas de Roosevelt Boulevard crecía la hierba y las principales fuentes de ingresos eran las fábricas de puros, los barcos camaroneros y los prostíbulos. El tiempo de la isla avanzaba más despacio que en el continente, excepto por la noche, cuando los locales de alterne de Duval Street se iluminaban. Los conchas —que es como se conocía a los locales— nunca se mostraban con prisas. Hasta los que no eran latinos hablaban español, comían frijoles, jugaban al rummy y, a veces, traficaban con drogas. La vida carecía de complicación, dado que allí solo tenían que preocuparse de los huracanes. El último importante, que había tenido lugar en 1935, había matado a más de cuatrocientas personas. Sin embargo, para cualquiera que recorriera aquellas calles, llenas de flamboyanes, de allamandas, de plumerías y de cocoteros, o con una pintoresca zona costera, con sus tortugueras, sus pelícanos y cormoranes, sus yates de veinte mil dólares... la muerte era una idea muy lejana. Para cualquiera, excepto para Tom, claro.

Arrancó el Chevy, echó gasolina y se dirigió a la autopista.

La carretera que iba de Cayo Hueso al continente, la Autopista Overseas, era una de las carreteras más bonitas del mundo. Henry M. Flagler había construido una vía férrea por los Cayos de Florida, para lo que había ido uniéndolos uno a otro con puentes, como si se tratara de un collar gigante y extremadamente caro. Inaugurada en 1912, la había destruido el huracán de 1935 y la habían reconstruido como Autopista Overseas. Con el océano Atlántico a un lado y el golfo de México al otro, a veces daba la impresión de que la carretera fuera la única tierra que existía. Y, cruzando el Puente de los Diez Kilómetros, dispuesto sobre quinientos cuarenta y cuatro pilares hundidos por debajo del agua, un coche parecía un avión chiquitín. Había doscientos cincuenta kilómetros hasta Miami y, con todos los coches remolcando lanchas y caravanas, y con todos los curiosos turistas, el viaje no solía durar menos de cuatro horas y cuarto. Sin embargo, por alguna razón, aquel día la ruta no tenía tanto tráfico, al menos en dirección norte, y Tom hizo el viaje en menos de tres horas. Era el

viaje más solitario que había hecho en la vida.

Cuando llegó a su casa de Miami Shores había un par de coches de la policía aparcados fuera y un grupito de vecinos curiosos reunidos en una esquina de la calle. Una ranchera Country Squire se marchaba del escenario en ese momento y hasta un rato más tarde, cuando consiguió persuadir al policía uniformado que custodiaba la puerta de su casa de que le dejara pasar, Tom no se dio cuenta de que era en ella donde debían de haberse llevado a Mary. Lo recibió un detective de la policía del condado de Dade que le explicó que el cuerpo de Mary lo habían llevado al depósito de cadáveres del condado, que estaba en el Palacio de Justicia de Miami. Ahora, era responsabilidad del forense.

Tom apenas había dicho nada, pero cuando el detective, que se llamaba Joe Czernin, le ofreció sus condolencias, Tom se sirvió una bebida del bar y le preguntó cómo había muerto su esposa.

—Es un poco pronto para saberlo con claridad, pero parece que ha sido una sobredosis de pastillas y alcohol. Será el forense quien tendrá que establecer si fue accidental o si... —Czernin dudó un segundo, mientras sus ojos grises recorrían el gesto de Tom como si estuviera intentando determinar si el hombre sería capaz de encajar la verdad pura y dura— si se ha suicidado.

Tom negó vigorosamente con la cabeza.

—No era de esas.

Czernin asintió, deseando que le hubieran dado un dólar cada vez que un familiar afligido decía esas palabras en casos como este.

—Además, habría una nota. —Tom levantó una ceja y miró al detective—. ¿Ha dejado alguna nota?

—Nosotros no hemos encontrado ninguna.

—Pues ahí lo tiene.

—Sé que esto es difícil, que este es un momento terrible, pero la ley es la ley. Mire, si pudiera usted responder algunas preguntas ahora mismo, no tendría que volver a molestarle.

Tom apuró la bebida y encendió un cigarrillo con manos temblorosas.

—De acuerdo. Supongo que luego estaré peor.

—¿Cuándo vio a su esposa por última vez?

—El sábado. Trabajaba en el cuartel general del Partido Demócrata de Miami. Para George Smathers. Iba y venía sin horario fijo. En los últimos días de la campaña todo el equipo trabajaba a contrarreloj... y así fueron también luego las celebraciones cuando Kennedy ganó.

—Y, cuando la vio el sábado, ¿qué aspecto tenía?

—Tenía cara de cansada. Y puede que le asustara que la campaña no hubiera servido para nada. Son muchos los que han puesto a caldo a Kennedy. Además, las encuestas iban para un lado y para el otro. Mary me explicó que estaba muy reñido. Y, fíjese, en Florida no ha ganado por goleada, como en Illinois, aunque tampoco se puede decir que haya sido una victoria marginal, como en Nevada o en Nuevo México. Hubo un momento en que estuvieron preocupados. Verdaderamente preocupados. Me lo contaba por teléfono. Aunque no nos viéramos, nos gustaba oírnos.

—¿Se podría decir que tenía mucha presión?

—Mucha. Mary era una de esas personas en las que tiendes a confiar y que va responsabilizándose de más y más trabajo.

Czernin llevaba un traje oscuro con un chaleco gris perla. El sombrero al que había estado dándole vueltas en las manos era de felpa, bajo, con el ala estrecha y la banda negra. El hombre parecía aún más duro que su ropa. Tenía unas manos rudas, coriáceas, y estaba más tieso que un infante de marina, como si esperase una fuerte ráfaga de viento de un momento a otro. Tenía el pelo recorrido de canas que, en aquella cabeza con forma de cubo suya, parecían limaduras de hierro en un imán. De vez en cuando dejaba quieto el sombrero y se pasaba la mano por el pelo, corto como el terciopelo.

Estaban en el bar de la sala. Tom se puso otro Kentucky Gentleman y se fijó en que el policía miraba con atención todas las botellas que tenían.

—¿Bebía mucho?

—Cuando estaba con gente. No era de las que beben cuando están solas.

—¿Y qué le gustaba beber?

—Cócteles. Preparados con sombreritos. Por algún sitio guarda una colección de decoraciones. Y, si no, champán.

Czernin se dirigió al dormitorio y, al percibir que Tom se quedaba en el bar, se giró y le indicó que quería que le acompañara.

—¿Le importa?

—No, en absoluto.

Tom se apartó de la barra del bar y siguió al policía por el pasillo, con su silla de director, la mesita para el teléfono y el mapa del tesoro de una isla del Caribe enmarcado. Cruzaron la puerta del dormitorio y se pegaron a la pared para pasar por detrás del fotógrafo, que ya estaba guardando las lámparas y los paraguas difusores. Tom miró las sábanas arrugadas, la ropa que había en el suelo, su llavero Prince

Gardner, las zapatillas Llama, y, junto a ellas, los libros que había estado leyendo: la biografía de John Kennedy escrita por James MacGregor Burns, el libro de Joseph Dineen que hablaba de toda la familia Kennedy y *El estadounidense feo*, de William Lederer y Eugene Burdick, que era el libro que Mary había pedido al Club del Libro del Mes.

—Ha sido la chica de la limpieza la que la ha encontrado —le explicó Czernin.

—Lo suponía —dijo Tom entre suspiros.

El detective se acercó a la mesilla con patas Swag de Mary, donde había un jarrón con unas fresias casi mustias, y cogió uno de los muchos botes de pastillas que rodeaban la lámpara opalescente Bonvita.

—Aquí tiene toda una farmacia, ¿no le parece? Y está todo en su mesilla.

—Somos diferentes. Yo no suelo pasar de tomarme un par de aspirinas.

—A ver... aquí hay Valium, Tryptizol, pentobarbital, secobarbital, hidrato de cloral... un poco de todo. Y, si no lo tiene aquí, lo tiene en el armarito del baño.

—No crea que no lo hablé con ella, pero nunca me hizo mucho caso.

—Y de diferentes farmacias... Farmacia Breedings, yo también voy a esa. Farmacia Sheey, en Beacon Boulevard. Esa también la conozco. Farmacia Lile, en Coconut Grove... —Czernin iba indicando los botes que examinaba—. Si no le importa echar una ojeada, señor Jefferson. Para ver si hay algo que no le suene. Y, por supuesto, voy a necesitar que me diga quién era su médico y que me proporcione su número.

Tom vio el bolso de Mary colgando detrás de la puerta. Sacó la agenda y buscó el nombre del doctor y su número, que el policía anotó diligentemente. Luego miró en la mesilla.

—Todo me resulta familiar... No sé. —Entre los botes, sin embargo, había un vaso alto con lo que parecía whisky escocés. Se inclinó sobre él, con cuidado de no tocarlo, y lo olió.

—Es lo que parece —le dijo Czernin—. Escocés.

Tom se encogió de hombros con poca energía.

—¿Tenía su esposa costumbre de mezclar pastillas y alcohol, señor Jefferson?

—Costumbre... tampoco. A veces, cuando llegaba a casa, me daba cuenta de que algo había bebido y luego, tomaba pastillas. Lo que no

le vi hacer en la vida es tomárselas con alcohol. Delante de mí no lo hizo jamás.

—¿Y dónde de Cayo Hueso estuvo anoche exactamente?

—¿Exactamente?

—Un vecino nos ha contado que su esposa llegó a casa alrededor de las doce de la noche. Sería de gran ayuda poder eliminarle a usted de la ecuación, señor Jefferson.

—Pues... cené a eso de las nueve de la noche con un par de amigos, Frank Sorges y el doctor Bosch. Ambos se alojan en La Casa Marina de Reynolds Street, por si necesita hablar con ellos.

—¿Y qué cenó?

—Guiso de tortuga. Creo recordar que el señor Sorges cenó gambas a la Sebastián... y... No, no recuerdo lo que cenó el doctor. ¿Es eso relevante?

—Creo que sí. Por experiencia, cuando alguien no tiene claro lo que cenó suele querer decir que está mintiendo. La especificidad es el sello de las coartadas reales.

—¿Y necesito una coartada? Pensaba que había dicho usted que había sido una sobredosis.

—Esto es un homicidio, señor Jefferson —Czernin sacó un paquete de Salem y encendió un cigarrillo rápidamente—, y los homicidios hay que investigarlos. Y las investigaciones necesitan hechos. En asuntos como este nunca sobran los hechos. ¿A qué hora acabó de cenar?

—A las once. Puede que un poco más tarde. Pasamos por un par de bares, el Mom's Tea Room y el Sloppy Joe's. Sorges quería ver el taburete de Hemingway, pero resulta que alguien lo robó en su día. A eso de las doce y cuarto fuimos al Mardi Gras. No me refiero al carnaval, sino al club de alterne que hay en Duval Street. Después de eso... no me acuerdo tan bien, aunque estoy seguro de que estuvimos allí hasta eso de las dos de la mañana. Yo creo que debimos de llegar al hotel sobre las dos y cuarto. Lo siguiente que recuerdo es la llamada de la policía. —Tom soltó un suspiro profundo y se dejó caer en la cama—. Mierda.

—Parece que se lo pasó muy bien.

—Si lo hubiera sabido... —susurró Tom.

—Y, dígame, ¿se llevó alguna chica a la habitación?

—No. —Tom frunció el ceño.

—Solo lo pregunto porque el suicidio queda mejor cuando hay un motivo. Como que el marido esté tonteando con otra mujer. Ya sabe a lo que me refiero. ¿Qué me dice, señor Jefferson? ¿Se ve usted con

otras mujeres?

—No.

—¿Y ella?

—¿Qué quiere decir?

Czernin se había acercado a Tom y estaba ojeando lo que había sobre la mesilla de este tal y como haría un cliente en una tienda de regalos. El rifle y el traje de sacerdote estaban en Cayo Hueso y no había nada en la mesita que a Tom le hubiera costado justificar: una radio Toshiba, la que tenía el asa portátil; un reloj electrónico; el gel para después del afeitado English Leather, que a Mary le gustaba más que el propio Tom; la cajita de cigarrillos de cuero de Rubeck y un encendedor de mesa; y los panfletos católicos. A ojos de Tom, aquellos papeles eran la nota discordante. ¿Iban los católicos a clubes de alterne?

—Me refiero a si se veía ella con alguien. Con otro hombre.

—No que yo sepa.

—¿Lo ve posible?

—Todo es posible cuando la gente se queda a trabajar hasta tarde en la oficina.

—¿Eso lo dice porque lo cree o por experiencia propia?

Tom se puso de pie y fue al cuarto de baño. Tiró el cigarrillo al inodoro y se lavó la cara con agua fría; la sentía sucia después de las horas de coche. Cuando levantó la cabeza, se encontró al policía en el espejo, examinando el cinturón de masaje vibrador que había en una esquina.

—¿Qué es esto? —El policía se inclinó hacia la máquina y leyó el nombre en el lateral de la carcasa de metal blanco, lo que sirvió para responder a su propia pregunta—: Creador de Salud de Battle Creek. Su esposa era una mujer guapa, señor Jefferson, y cuidaba de su figura, ¿no es así?

—Siempre tenía el culo metido en esa cosa.

—¿Qué edad tenía?

—Veintinueve.

—¿Se le ocurre alguna razón por la que una mujer tan encantadora querría suicidarse?

—Yo diría que eso ya me lo ha preguntado.

—No. Ha sido usted quien, voluntariamente, me ha ofrecido su opinión y ha dicho que su esposa no era de las que se suicidan. —Czernin estaba delante del armarito—. Me parece usted una persona muy inteligente. Estoy seguro de que coincidirá conmigo en que la

gente se suicida a diario a pesar de que no sean de esos. —Cogió un frasquito de Dandricide—. Nada es lo que parece. Ni hace lo que se supone que hace. Fíjese en este producto, por ejemplo. Mi esposa me lo compra porque se supone que consigue que no tengas caspa. —Inspeccionó el hombro de su traje y se lo sacudió cuidadosamente con la punta de los dedos—. Sin embargo, no hace lo que pone en el frasquito. ¿Entiende por dónde voy?

Tom no pensó mucho en la analogía del policía, pero asintió de todos modos.

—No se me ocurre ninguna razón —dijo con firmeza—. Nunca discutíamos. O, al menos, no eran grandes peleas. No sé, como las de cualquier pareja, ¿no? No tenemos problemas de dinero. Como puede ver, tenemos una bonita casa y a ella le iba bien en el trabajo. —Se encogió de hombros—. Kennedy ha ganado, ¿no?

—Eso tengo entendido. Yo voté a Nixon.

—Vaya.

—¿Qué iba a hacer su esposa ahora que la campaña había terminado?

—Ni idea.

—¿Cabe la posibilidad de que eso la preocupara?

Tom tragó saliva.

—Cabe la posibilidad.

—¿No está de acuerdo con que, a veces, la sensación de decepción acompaña a aquello que tantísimo te has esforzado por conseguir?

—Sí. —A Tom le pareció que Czernin empezaba a hablar como Perry Mason.

—¿Cree que es posible que haya pasado en este caso? ¿Cree que su esposa podría estar deprimida?

—No sé... supongo que sí.

—Y que eso, combinado con alcohol y barbitúricos, ¿podría haberla llevado a hacer una tontería? —Czernin asintió al ver las pruebas farmacéuticas que había en el armarito—. Que, con toda una farmacia a su disposición, ¿podría haber querido olvidar lo que iba a ser de ella mañana... y la semana siguiente?

Tom se encogió de hombros y asintió vagamente, demasiado conmovido como para responder. Respiró hondo, una bocanada larga e irregular, y se sentó en la bañera.

—Quiero verla.

—Por supuesto. Va a tener que identificar usted el cadáver. Podemos ir al centro ahora mismo, si quiere. Yo le llevo. Puede que

sea una buena idea. Los forenses aún tardarán un par de horas en acabar en su casa. Además, puede que sea más seguro que le lleve yo, teniendo en cuenta lo que ha tomado desde que ha llegado ¡y que pasó la noche de fiesta por Cayo Hueso! Lo último que necesita es que le quiten el carné por ir bebido al volante.

—Me da lo mismo.

—Sí, puede que hoy le dé lo mismo, pero dejará de dárselo. Ya veríamos lo que decía la semana próxima, al intentar ir por esta ciudad sin un coche. Y sé de lo que hablo, que me ha tocado patear la calle.

—Vaya, un poli honesto.

En una sala de espera del Depósito de Cadáveres del Condado, Tom y el detective esperaron a que el ayudante del forense acabara de hablar por teléfono. Por algún lado se oían los inquietantes sonidos de lo que parecía un taladro de dentista y agua corriendo. No obstante, era la peste a productos químicos lo que más desagradaba a Tom, porque le traía a la memoria recuerdos deprimentes del laboratorio del instituto y de los hospitales militares. Otro ayudante pasó empujando una camilla con ruedas en la que iba lo que parecía el cadáver de un niño envuelto en sábanas.

Czernin hablaba con Tom casi sin darse cuenta de hasta qué punto pesaba aquel lugar en el espíritu de este.

—Por desgracia, el secobarbital es uno de los barbitúricos que más rápido actúa, lo que implica que para que la dosis sea mortal no es necesario que sea especialmente elevada. Vale con entre un gramo y gramo y medio. En los casos de envenenamiento por barbitúricos, suele haber algo más aparte del medicamento. Por ejemplo, un tranquilizante. He visto que su esposa tomaba Valium. Eso o una bebida alcohólica podrían aumentar el efecto hipnótico del barbitúrico, con lo que una dosis muchísimo más pequeña también podría resultar letal. Aun así, yo sigo apostando por el whisky. —El policía esbozó una sonrisa tristona y Tom asintió.

—Parece que sepa mucho del tema.

—Son los tiempos que nos ha tocado vivir, señor Jefferson. Ahora bien, quizá lo reconforte a usted saber que es muy probable que no haya sufrido lo más mínimo. Hay sobredosis mucho peores que la de la intoxicación por hipnóticos.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Cuando el ayudante colgó el teléfono, Czernin se acercó a él y hablaron unos instantes y, después, le hizo un gesto a Tom para que le siguiera. Fueron a una cripta inhóspita y el ayudante —corpulento y con las mejillas enrojecidas, en general, la viva imagen de lo que se consideraba estar más sano que un roble—, sin gracia, sin sensibilidad, como quien abre el horno para comprobar si el asado está hecho, abrió una puerta de acero inoxidable y tiró de la bandeja deslizante en la que estaba el cadáver de Mary.

A Tom le sorprendió que el cadáver desnudo no estuviera cubierto con una sábana. Pensó que, quizá, eso solo pasara en las películas. Aun así, deseó que la hubieran tapado, porque incluso muerta era preciosa y bien podría haber aparecido en las páginas de la revista *Playboy*. De hecho, era más guapa que las habituales Playmate. Para el gusto de Tom, algunas de esas mujeres estaban un pelín pasadas de peso. Recordó que Miss Octubre, una tal Kathy Douglas que tenía el pelo anaranjado y un supuesto contrato con un importante estudio de cine, era grandota y tenía un culo que parecían dos. No le extrañaba que Mary les hubiera gustado a tantos. Alex Goldman había llegado a decir de ella que era una trampa para moscas andante. Y era la verdad, Mary estaba hecha para el amor.

Avergonzado al ver tal belleza desnuda, Czernin empezó a apartarse.

—Le dejo solo —dijo en voz baja.

El ayudante ya se había ido y Tom oyó que se alejaba por el pasillo de baldosas blancas silbando una canción de *Li'l Abner*.

Tom esperó a que el detective se hubiera ido para cogerle la mano a Mary. Había llegado con la idea de besarla, pero, cuando intentó acercársela a los labios, la mano permaneció donde estaba y a Tom le horrorizó momentáneamente darse cuenta de que el rigor mortis ya se había apoderado de ella. Tom, que había esperado encontrarse con que su brazo estaba flojo, como si estuviera dormida simplemente, había confundido por un instante la rigidez con fuerza y la idea de que quizá Mary todavía estuviera viva había pasado por su crapuloso pensamiento como un fogonazo, lo que lo llevó a dar un paso atrás, como si acabara de recibir una descarga eléctrica. Tragó saliva y, de nuevo, se acercó a la bandeja fría en la que yacía su esposa.

Le parecía injusto que su vida hubiera acabado de aquella manera. Después de todo lo que había hecho. Tom movió la cabeza de lado a lado. Su vida juntos había terminado. Todo eso había terminado. Mary se merecía algo mejor. Qué pena. Haber trabajado tanto por algo en lo

que creía y morir justo cuando estaba a punto de conseguirlo. Tom se había quedado solo. Nunca se había sentido tan solo. Y era peor si cabe, porque aquella era su despedida. No iba a haber una emotiva escena en un cementerio. Ahora que Mary había muerto, todo había cambiado.

Tom le puso la mano en la fría frente e inclinó la cabeza arrepentido. Durante un momento no se le ocurrió qué decir. ¿Qué iba a decir? ¿Que aquello no debería haber acabado así? ¿Que se merecía algo mejor? Cuando estaba viva, muchas cosas se daban por sobreentendidas entre ambos; había sido parte del contrato que tenían. ¿Cómo si no habrían podido llevarse bien? Mientras estaba allí, sin embargo, Tom empezó a entender la aparente espiritualidad de aquel último momento que iban a pasar juntos y no pudo seguir resistiendo el impulso de decir las palabras que le rondaban por la cabeza. Si de verdad existía eso a lo que llamaban alma, no creía que esta hubiera abandonado aún un cuerpo que seguía siendo tan precioso. Aquello podría haber irritado a los teólogos, pero, a medida que la inspiración se apoderaba de él, Tom empezó a recitar:

—*Si capax, ego te absolvo a peccatis tuis*...

SEGUNDA PARTE

9

LA REUNIÓN

George White, director de la DEA en Chicago, se quedó mirando cómo su hombre salía del hotel Drake y cruzaba la calle. White dejó su coche y le siguió con la intención de alcanzarle y caminar con él un rato. Eran viejos amigos de la guerra, donde habían pertenecido a la Oficina de Servicios Estratégicos —la predecesora de la CIA—, y era habitual para personas como ellos, que hacía tiempo que no se veían, plantear un reencuentro de manera clandestina para entretenerse un rato.

Había el típico tráfico de última hora y White solo le quitó la vista de encima a su hombre durante unos segundos, mientras sorteaba un taxi de la empresa Checker. No obstante, para cuando llegó a la acera de enfrente, siguiendo la ruta de su objetivo por una zona peatonal que, para los educados ojos marrones de White, era una reminiscencia de los rectángulos rojos, verdes, blancos y amarillos que caracterizaban el arte moderno de Piet Mondrian, el hombre había desaparecido. Aquello sucedió uno o dos segundos antes de que White se diera cuenta de que el edificio de finales de los años veinte que había por detrás de aquella locura de paneles de plástico de colores brillantes era el Playboy Club y que el hombre al que había estado siguiendo tenía que haber entrado en él.

A White no le sorprendía que su viejo amigo, ayudante del superintendente del Departamento de Policía de la Ciudad de Miami, frecuentara un establecimiento así. Siempre le habían gustado mucho las mujeres. Se sorprendió, sin embargo, al descubrir que la puerta principal estaba cerrada y que no parecía que hubiera un timbre por ningún lado. Había leído acerca del Playboy Club cuando este había abierto sus puertas, allá por enero, pero aquella era la primera vez que caía en la cuenta de que se trataba de un club en el que, como no fueras miembro y no tuvieras llave, era imposible entrar. Aunque, si bien aquello era así para la inmensa mayoría de las personas, a George White no iba a suponerle mayor problema. En especial, teniendo en

cuenta que se trataba de una cerradura tan nueva y relativamente sencilla.

White sacó una pluma estilográfica, desenroscó la parte superior y dejó caer una ganzúa en la nudosa palma de su mano. Para alguien que llevaba veinticinco años abriendo puertas, la del número 163 de Walton Street no supuso ningún problema. En menos de treinta segundos, White cruzó la puerta y empezó a recorrer la alfombra negra con sus cabecitas de conejo doradas. Enseguida le recibió una rubia alta y pechugona que llevaba un traje de baño negro de satén, medias, zapatos de tacón alto negros, unas orejitas de conejo y, por encima de sus atractivas posaderas, una colita redonda de pelo. White pensó en acariciársela, pero decidió no sucumbir al impulso.

—Buenas noches, señor. ¿Le ayudo con su abrigo?

—Sí, sí, ayúdeme —respondió White que, acto seguido, dejó que la conejita le ayudase a quitarse el abrigo, un Barry Walt de cien dólares. Luego le dio el sombrero y se puso bien la chaqueta.

—¿Cuál es su número de llave?

—Soy un invitado del señor Nimmo. De Jimmy. Acaba de entrar hace un minuto. Yo estaba aparcando el coche.

La conejita consultó un tablón en el que estaban apuntados los nombres de los miembros. Cuando se inclinó hacia delante para coger la tarjeta de Nimmo, White tuvo una estupenda perspectiva de sus enormes pechos, que le parecieron más que suficientes para que cualquier hombre sediento se sintiera feliz.

—Ah, sí, el señor Nimmo. Aquí está. —White ya la había dejado atrás y había empezado a subir las escaleras, como si conociera el lugar—. Que disfrute de su estancia, señor.

—Gracias.

Subió a la primera planta y miró por el bar, que estaba alumbrado por reproducciones retroiluminadas de hojas desplegables de Playmates y atendido por más conejitas preciosas. Había muchos hombres solitarios, de esos que no están hechos para casarse pero que se casan igualmente, pero de Jimmy Nimmo no había ni rastro.

White se acercó a la barra y, debajo de las escaleras, vio un impresionante sistema de sonido de alta fidelidad situado en un mueble de madera. Junto a una grabadora cassette, un tocadiscos y una radio, y, atendido por una espectacular pelirroja vestida con un disfraz de conejita azul, había algo que parecía prometedor para darle una rápida solución al problema de que Nimmo hubiera desaparecido: un circuito cerrado de televisión con controles que permitían que el

espectador viera de cerca a las conejitas. La pelirroja le enseñó cómo funcionaban los controles y le explicó que aquella instalación le había costado a Hugh Hefner, dueño del club, veintisiete mil dólares, y que era el sistema de vigilancia a medida más elaborado que había aparte del de la Casa Blanca. White estuvo mirando varios escotes y a una conejita que había en la biblioteca de Playboy y que se inclinaba para servir unas bebidas antes de localizar a Nimmo en el segundo piso, en el Cartoon Corner del salón. Le dio las gracias a la gran pelirroja por su ayuda y añadió:

—Ojalá todas las operaciones de vigilancia fueran tan sencillas ¡y tan entretenidas!

A continuación, subió las escaleras.

Jimmy Nimmo estaba sentado en la esquina de un gran sofá de cuero, bajo una pared llena de dibujos enmarcados tanto de *Playboy* como de enormes chicas Vargas. En una mano tenía un gran vaso de bourbon y en la otra una pipa con filtro de la marca Medico de la que no parecía que estuviera disfrutando mucho. Nimmo, que llevaba una chaqueta de pana a cuadros y unos pantalones de franela de color marrón oscuro, era un hombre grande y grueso con pinta de fuerte. Al igual que White, tenía cincuenta y muchos.

—¿Qué tiene que hacer uno para que le sirvan una bebida en este sitio —le soltó White—, amenazar con la mixomatosis?

—Lo han intentado —respondió Nimmo con una sonrisa. No parecía que le sorprendiera mucho ver allí a White a pesar de que hiciera tanto tiempo que no se veían—. ¿Ves a las que tienen el pecho hinchado? Es un claro síntoma de que ya están infectadas. Por lo visto, sirve para controlar la población, pero en mí produce justo el efecto contrario. No me extraña que los conejos follen tanto.

—Todo el rato ahí, dale que te pego.

White se sentó junto a Nimmo. Se estrecharon la mano calurosamente y Nimmo le hizo una seña a una conejita para que se acercase y, una vez la tuvieron al lado, pidió dos bourbons dobles con hielo.

—El servicio es atractivo, pero lento —le explicó Nimmo mientras brindaba por la llegada de White con la bebida que ya tenía—. Para cuando esa señorita regrese rebotando... sí, sí, rebotando... habré terminado esta y estaré listo para tomar otra.

—Nunca imaginé que eras de los que le iba esto de Playboy.

—No me vengas con esas, viejo hipócrita. ¿Qué coño estás haciendo aquí? Tú no solo estás casado, sino que me apuesto lo que

quieras a que tu esposa no sabe que vienes.

—Yo tampoco imaginaba que iba a estar aquí sentado hasta que no me he dado cuenta de que era aquí donde habías entrado. Ahora que estoy dentro, sin embargo, alcanzo a entender casi todas las ventajas que tiene ser miembro de este sitio.

—Entonces, ¿por qué no te haces miembro? Podrías traer a Hoover la próxima vez que ese gordo cabrón venga a Chicago.

White se echó a reír nada más imaginarse al puritano director del FBI en el Playboy Club.

—Habría que hacer fotos de eso, ¿no te parece?

—Sería como un antídoto a las de Clyde y él. —Nimmo se refería al rumor que corría de que Meyer Lansky tenía en su poder fotografías comprometedoras de Hoover y Clyde Tolson, su ayudante.

—¿Te crees eso?

—Me encantaría.

La conejita llegó con las bebidas y las dejó con cuidado en la mesita de cristal.

—Gracias, cariño —le dijo Nimmo—. Por cierto, ¿quieres levantarte temprano mañana y que vayamos a comprar muebles? —le gruñó a la conejita mientras esta se retiraba para ponerse a salvo tras la barra.

—El mismo Jimmy de siempre, ¿eh? —comentó White—. Dime, ¿qué te trae a la ciudad ventosa?

—Hannah, mi hija, ha tenido un chaval con el Hiram Holliday ese que tiene por marido. Roger le han puesto.

—Pues por el abuelo. —White brindó con Nimmo.

—Baja la voz, que a alguna de estas ricuras no me las he tirado todavía.

—George se llamaba, ¿no? George Whayman. ¿Sigue en la Unidad de Inteligencia de la Policía de Chicago?

—Sí. Lo ascendieron a teniente en otoño. Tienen una casa bonita en Cicero. En Ogden Avenue.

—En Cicero, ¿eh? ¡Qué bien! Pero mucho es para un teniente, ¿no?

—Ya conoces la historia. ¡Dios, pero si, como quien dice, fuimos nosotros los que la escribimos! Todos en la policía de Chicago tienen... una de esas pensiones.

—Lo dices como si te preocupara. ¿Por eso te alojas en el Drake?

—¡No, no! La cuestión es que mi yerno y yo no nos llevamos bien por muchas razones, pero no tiene nada que ver con que acepte sobornos. Me alojo en el Drake porque sé qué es eso de los bebés. Se

supone que estoy de vacaciones y a mí me gusta dormir.

—No podrías haberte alojado en un hotel mejor que el Drake. Al menos, no en esta ciudad. Eso sí, es caro.

Nimmo se echó a reír.

—Yo también tengo una buena pensión. Vamos, George, ¿qué te pasa que andas contando dólares y centavos? Ya sabes cómo es esto, ser el ayudante del superintendente de Miami ¡es como recibir una beca para jugar al golf!

—Hace mucho tiempo que no juego al golf. Me da la sensación de que tienes una buena vida, Jimmy. Aquí estás, con estas buenorras... juegas al golf... te hospedas en el Drake... ¿Qué más quieres?

Nimmo puso cara de tener reparos a lo que acababa de decir su amigo.

—No es Nueva York —dijo entre suspiros.

—¿De verdad echas de menos Nueva York?

—¿Tú no?

—Sí, supongo que a veces... pero Chicago está bien.

—Te voy a decir una cosa, George. Nunca me ha gustado Chicago. Es una ciudad de mierda. Apesta. Me informé sobre lo que significa el nombre y, al parecer, es una palabra india que significa «gas de los pantanos». ¿Qué más te hace falta saber?

Nimmo se rio de su propio chiste, casi con la esperanza de que algún otro de los clientes del club le oyera y objetara y, así, pudiera enviarlo a tomar por el culo.

—Pues ya no huele mal —comentó White.

—¿Cómo te puede gustar una ciudad con un club de béisbol que no ha ganado las Series Mundiales desde 1908? ¿Otra cosa que odio? La manera en que estos habitantes de los pantanos han conseguido eludir la responsabilidad por haber fabricado la bomba atómica.

—Por amor de Dios, ¿cómo has llegado a esa conclusión?

—El primer reactor nuclear del mundo se construyó aquí, en Chicago, en el 42. Lo construyó Enrico Fermi. Sin embargo, cuando van a Los Álamos, a construir la maldita bomba, no lo llaman Proyecto Chicago, no, ni siquiera lo llaman Proyecto Los Álamos; lo llaman Proyecto Manhattan, como si fuera culpa de Nueva York que solo sea necesario un botón para hacer trizas el mundo. Los de Chicago son los mayores mentirosos que he visto en la vida, te lo aseguro. ¿No me crees? Pues te lo voy a demostrar. Vayas adonde vayas, por toda la ciudad ves esa cita de Rudyard Kipling: «He llegado a una ciudad, una ciudad de verdad... y se llama Chicago. Las demás

ya no valen nada». Lo ponen en las cajitas de cerillas, en los lápices, en los trapos de manos y, hasta en la cintura se lo puedes ver escrito a las mujeres, no me cabe duda, solo que en este viaje no he tenido aún la posibilidad de comprobarlo. Está por todos lados, te lo aseguro. Y como Kipling es un escritor que admiro muchísimo, *Gunga Din* es mi película favorita de todos los tiempos...

—En cierto modo, me recuerdas a Victor McLaglen.

—Muchas gracias, pero yo no me parezco en nada a ese gorila. La cuestión es que decidí buscar la cita.

—Siempre has sido concienzudo. El mejor agente especial que ha tenido el FBI en Nueva York.

—Y lo que realmente dijo Kipling fue: «Vista una vez, no me quedan ganas de volver a verla en la vida. Está habitada por salvajes». Pues bueno, George, han pasado setenta años y no ha cambiado nada. Este sitio sigue habitado por salvajes. Exceptuando la Compañía, claro está. Ahora bien, por mucho que lo odie, que lo odio mucho, sigue siendo mejor que Miami. Miami es como un herpes en el labio, George. Me voy a volver loco allí. —Levantó el vaso—. ¡Así que brindo por Nueva York!

White chocó el vaso con Nimmo y sorbió un poco de bourbon.

—Aunque nunca tengo claro si es Nueva York lo que echo de menos —admitió— o lo que hicimos allí durante la guerra. Todo era más emocionante por aquel entonces. Todo era más sencillo. Era como si lo único que importara fuera ganar la guerra y no tuviéramos que estar mirando por encima del hombro para ver si había alguien a quien no le gustaba cómo lo intentábamos.

—¿Acaso les estás restando importancia a los comunistas?

—¡En absoluto! Lo que digo es que ahora tenemos que responder ante un Comité de Investigación del Senado, que es el que determina quién es el adecuado para luchar esa guerra. Es como si los buenos resultados ya no importaran, como si lo que importara fuera cómo se obtienen esos resultados. Los políticos no entienden cómo funciona esto, cómo han sido las cosas hasta ahora. Supongo que eso es lo que más echo de menos, Jimmy.

Nimmo asintió y levantó el vaso para brindar por los viejos tiempos, cuando White y él ayudaron a dar forma a un trato entre la Inteligencia estadounidense y la mafia, representada por Meyer Lansky, trato por el que Lucky Luciano salió de la cárcel para pavimentar el camino de la invasión de Italia. La subsiguiente deportación de Luciano dejó al diminuto gánster judío como figura

más poderosa del crimen organizado estadounidense.

—¿Cómo está el pequeñajo? —preguntó Nimmo.

—¿Qué te hace pensar que tengo la más remota idea? Vive en Miami, como tú, y es a ti a quien le consiguió un trabajo.

—¿A eso le llamas tú trabajo? Como ya te he dicho, que te den el puesto de asistente en Miami es como que te den una beca para jugar al golf. Supongo que he de dar gracias porque me guste el golf. Es cierto que... que les hago un favorcillo a los camioneros de la zona... pero tampoco hay mucho más. Tú eres el que sigue luchando la guerra como es debido, George. Hace mucho tiempo que no hablo con Meyer. A menos que... —dejó a un lado la pipa, que había estado llenando con tabaco, y sacó un paquete de Lucky Strike—. No me acostumbro a la puta pipa —confesó mientras encendía un cigarrillo.

—A menos que qué.

Nimmo soltó el humo presa de una visible satisfacción.

—Pues... que se me acaba de pasar por la cabeza que igual estoy hablando con Meyer ahora mismo, solo que aún no me he enterado.

—¿Por eso crees que estoy aquí?

—No pretendo molestarte, George, pero me has seguido hasta aquí y estamos hablando de los viejos tiempos y de lo buen agente que fui en su día. No te pongas sentimental, amigo mío. No te pega.

White le dio unos golpecitos a un Newport y lo encendió de inmediato.

—Están desperdiciando tu talento teniéndote en un campo de golf, eso es evidente.

—¿Y qué otra cosa se puede hacer cuando tu esposa se va de casa con la puta televisión?

—Y la cuestión es que no solo lo pienso yo.

—Mal de muchos...

—Tienes razón con lo de Meyer —admitió White—. Se ha enterado de que estabas en Chicago y me ha pedido que hablara contigo.

—¿Teniendo en cuenta que él y yo somos, como quien dice, vecinos? Eso duele. Bueno, dime, ¿qué quiere?

—Que le hagas un favor a un viejo amigo.

—¿A quién quiere que mate?

—Quiere que te sientes con Sam Giancana. Te acuerdas de él, ¿verdad?

—¿De Mooney? ¡Cómo olvidarse de él! —Nimmo sonrió unos instantes.

—¿Por qué sonríes?

—No lo sé. Meyer te pide que vengas a verme... para preguntarme si no me importaría reunirme con Giancana. A mí me parece que lo único que tendría que hacer Mooney es levantar el teléfono y preguntarme si me apetece ir a tomar algo.

—Jimmy, sabes tan bien como yo que no es así como se hacen las cosas. Esta es la ciudad de Sam.

—Ah, ¿sí? Pensaba que el queso de la pizza de Chicago era Tony Accardo.

—Ya no y hace tiempo que no es así. Resulta que, mañana mismo, Tony Accardo va a entrar en un juzgado aquí, en Chicago, y lo van a condenar a prisión por evasión de impuestos.

—Lo mismo que a Capone, ¿eh? Ya no es de los federales de quienes se tiene que preocupar esa gente, sino de Hacienda.

—Bueno, sea como fuera, la cuestión es la siguiente: vives en Miami y eres amigo de Meyer.

—Me alegro de saberlo.

—Lo que significa que Sam tiene que seguir los cauces adecuados.

—Ya sabes que no tengo qué ponerme.

—Tienes que hacerlo por respeto a Meyer.

—Qué no haría yo por Mooney. —Nimmo le dio un buen trago al bourbon y puso mala cara.

—Yo, en tu lugar, no le llamaría así.

—Puede que tenga que ver con el Teamsters Local 320, el sindicato de camioneros. Barney Baker, Lennie Patrick y los hermanos Yaras. Todos tienen contactos en Chicago. Dave Yaras solía ser el botón de Giancana. Ahora es un extorsionador con un fondo de pensiones. Se metieron en una muy gorda, pero no sé de qué se trata. Tiene que ser eso.

—Puede que quieran que les ayudes a arreglarlo. O puede que Sam quiera algún consejo. Solo tienes que reunirte con él, nada más. No será como la reunión de la mafia en Apalachin. Como favor a un viejo amigo. Meyer te lo habría pedido en persona, pero es que, ahora mismo, está un poco ocupado. Estamos los dos con lo de las Bahamas.

—Conque Meyer sigue con esa idea de tener allí un puerto franco, ¿eh?

—Con algo tendrá que reemplazar La Habana, ¿no?

—¿La Habana? —Nimmo lo preguntó con incredulidad—. Jamás reemplazarán La Habana. —Negó con la cabeza—. Por lo menos, no con las Bahamas. La Habana era mucho más que unos pocos casinos de mala muerte. La Habana era una forma de pensar, de vivir.

—Eso no me lo digas a mí, díselo a Meyer. Díselo a los hermanos Cellini, a Max Courtney, a Gatillo Mike Coppola y a Frank Ritter. Díselo a Sam Giancana cuando lo veas.

—Puede que lo haga. —Nimmo se encogió de hombros, miró por el salón y sacudió la cabeza, como nostálgico—. Me gusta este sitio, ¿sabes? Aun así, jamás podrá compararse a aquellos clubes de La Habana. El Shanghai... el Wonder Bar... ¿Te acuerdas de aquellos sitios, George? ¿Te acuerdas de cómo eran?

—Me acuerdo de aquel negro del San Francisco. ¡Todo un Superman! Dudo mucho que nadie pueda olvidarlo en la vida. Desde luego, las damas a las que obligaba a hacer esto y aquello, no creo.

—O aquel bombón que hacía el truco con la vela encendida... ¿Cómo se llamaba?

—Aurora Boreal.

—Aurora Boreal —repitió Nimmo. Luego, apuró el segundo bourbon y suspiró en alto—. Hemos vivido la mejor época, George. Los buenos tiempos han pasado.

—Vamos, Jimmy, no solo te pareces a Victor McLaglen, sino que también hablas como él.

El frío despertó a Jimmy Nimmo, que se quitó de golpe la manta y se acercó a la ventana, desde la que se veía el lago Michigan. La cerró y se encaminó al cuarto de baño. Justo en ese momento sonó el teléfono. Era Sam Giancana.

—Espero no haberte despertado —le dijo educadamente.

—No, estaba dando vueltas —comentó Nimmo mientras bostezaba.

—¿Ha sido larga la noche?

—No tanto como me habría gustado.

—El Drake está bien, pero en la Milla Magnífica no hay mucho movimiento. A menos que te guste el jazz, claro. ¿Te gusta el jazz, Jimmy?

—Me encanta el jazz.

—En ese caso, tienes el Cloister en la zona norte de Rush Street, que te queda muy cerquita. Por no hablar del Club Alabam. Gene Harris, el dueño, es amigo mío. Antes era uno de los mejores clubes de Chicago ¡y sigue siendo donde mejor se come!

—Lo tendré en cuenta para cuando vuelva.

—¿Cuándo te vas a Miami?

—Mañana a primera hora.

—Entonces, ¿por qué no pasas tu última noche en la ciudad en mi motel? Está justo al lado del O'Hare. Tengo piscina y las Adorables de Chez Paree son una maravilla. ¡Las mejores coristas de Chicago! Si tienes tiempo, podría presentarte a alguna de ellas.

—Yo siempre tengo tiempo para una corista.

—A ver, no es el espectáculo de Minsky en el Dunes, pero cumple con su objetivo, ¿me entiendes? Dime, Jimmy, ¿qué te parece si te mando un coche que te recoja a las once delante del Drake? Que te lleve al motel Thunderbolt y, después, comes conmigo, ¿eh?

—¿Dónde?

—En el Armory Lounge, en el Forest Park. ¿Qué me dices, Jimmy?

Jimmy Nimmo sonrió en silencio. Sabía lo que tenía que decir. Puede que, antes de que George White hubiera aparecido con aquel encargo de Meyer Lansky, hubiera tenido ciertas dudas acerca de reunirse con Mooney Giancana. Se habían conocido cuando Giancana estaba en Miami y se habían llevado muy bien, pero Nimmo no consideraba que le debiera nada al jefe del crimen organizado de Chicago. Lo de Meyer Lansky, en cambio, era diferente. Decirle que no al polaco diminuto era como olvidarse de mandarle una postal de Navidad a tu tío de Holanda.

—Por supuesto, Sam, será un placer.

Nimmo estaba afeitado y duchado para las nueve y media. Mientras desayunaba, sin hacerle el más mínimo caso al *Chicago Daily News* con el que había bajado al restaurante, pensó en Sam Giancana y en qué favor le iba a pedir. No fue capaz de llegar a ninguna conclusión. Enfocase como enfocase el problema con los camioneros locales, aquello era algo que solo Santos Trafficante, que controlaba la mayor parte del crimen organizado de Miami, y Giancana podían arreglar. Iba a ser un día interesante.

Acabó de desayunar y fue a pagar la cuenta del hotel, momento en que descubrió que no debía nada.

—Disculpe, ¿y quién la ha pagado? —le preguntó al recepcionista.

—Tenemos un cheque certificado del Banco Nacional de Miami cuyo titular es... Manhattan Simplex Distributing.

—¿Y cuándo lo han recibido?

—Anoche. Me lo entregaron a mí.

—Un hombre que llevaba un abrigo cruzado de color claro con las mangas vueltas, un sombrero gris, gafas, que tendría cincuenta y

tantos y que rondaría los ochenta kilos, ¿verdad?

—Sí.

Había sido George White. Una pequeña cortesía de Lansky. Jimmy Nimmo no había oído hablar de Manhattan Simplex Distributing, pero los rumores decían que, valiéndose de Lou Poller como fachada, Lansky había ayudado a los camioneros a hacerse con el Banco Nacional de Miami hacía bien poco, en el 58.

—Es mi tío —le dijo Nimmo. Al ver que el recepcionista ponía cara rara, añadió—. Es mucho más mayor de lo que parece. Me juego lo que sea a que le resulta imposible de creer, pero tiene ochenta y cinco años. Toma glándulas de mono. Ya sabe, como Somerset Maugham, el escritor inglés.

A las once en punto, Nimmo bajó con su maleta y se encontró un Oldsmobile negro esperándole en la puerta del hotel. El conductor tendría treinta y pocos, era de altura media, tenía el pelo moreno y rizado, aunque se estaba quedando sin él, y llevaba gafas de sol. Nimmo había imaginado que le enviarían a un músculos de traje, pero aquel joven no parecía que hubiera sido capaz, siquiera, de hacer un agujero en una bolsa de papel mojada.

—Buenos días —le dijo el conductor con educación y, después, cogió la maleta de Nimmo y la metió con cuidado en el maletero del Oldsmobile, en el que lo más letal que había eran un gato y una caja de cerveza.

Nimmo se sentó detrás.

Fueron hacia el norte, por la orilla del lago, y cogieron North Avenue en dirección oeste, hacia el río Chicago.

—¿Quiere que ponga la radio?

—No, gracias.

Nimmo ya estaba siguiendo con el pie la canción que sonaba en su cabeza: el «Satin Doll» de Duke Ellington. Nimmo tenía muchísima memoria musical. Su cerebro era capaz de reproducir con suma facilidad cualquier melodía que hubiera oído. Era una habilidad que lo había mantenido entretenido en las vigilancias más largas. «Satin Doll» era una de sus canciones favoritas. Poco a poco, sin embargo, su curiosidad de policía, sus ganas de saber más acerca del conductor y, como corolario, de su anfitrión, fue relegando a la banda de Ellington a la parte de atrás de sus pensamientos.

—¿Cómo te llamas, amigo?

—Chuck.

—Y, dime, Chuck, ¿te tiras pedos cuando llevas a una pareja al

Niágara en su viaje de bodas?

—¿Cómo dice?

—Es una pregunta sencilla: ¿te tiras pedos cuando llevas a una pareja al Niágara en su viaje de bodas?

Chuck se encogió de hombros y permaneció callado mientras intentaba desentrañar cómo debía responder a aquello.

—Es una broma —le explicó Nimmo.

—Mi esposa y yo fuimos de luna de miel a Los Ángeles. Hace once años. En primavera.

—Pues felicidades. Mi esposa me abandonó hace tres. En otoño. Es de Yuba, California. Su padre tenía una granja de ciruelas allí. A ella le encantan las ciruelas. Nunca se cansa de ellas. Incluso llevó ciruelas a nuestra luna de miel en el Niágara. Ahora bien, ya sabes que, antes o después, las ciruelas hacen su efecto. Y a ella también se lo hicieron. Sus tripas hacían todos los ruidos del mundo justo en los momentos menos indicados. A ver, que cabe esperar que el coño de una mujer se tire un pedo después de que le hayas bombeado toda la carne y el aire... pero no el culo, ¿verdad? Y, desde luego, no cuando estás ahí, dale que te pego.

Chuck, el conductor, se echó a reír.

—¿Te parece gracioso? Pues te lo aseguro, amigo, ¡una tragedia es lo que es! ¿Llevas mucho tiempo conduciendo para Mooney? O Momo, vamos. ¿Cómo le llamas tú?

—Solo sus amigos más cercanos le llaman Mooney y la verdad es que yo casi nunca soy su chófer. Tiene a otros para eso. Yo me encargo del motel.

—¿Y qué hicieron, pusieron un anuncio en *Máscara Negra*?

Chuck sonrió de buena gana.

—Supongo que se podría decir que se trata de un negocio de familia. Mooney es mi hermano mayor.

—En ese caso, está claro que estás cualificado —respondió Nimmo.

—De hecho, el sitio es completamente legal. La fachada da a River Road y eso es lo único que tiene de fachada, aunque tengo que admitir que no siempre ha sido así. Cuando era el motel River Road, Willy Daddano lo utilizaba para llevar un chanchullo de drogas. Sin embargo, estoy seguro de que le parecerá un sitio muy agradable en el que quedarse, señor Nimmo. Qué duda cabe que suelen venir ciertos personajes de vez en cuando. Amigos de Mooney. ¡Incluso algún famoso! Pero es que tenemos todos los servicios y comodidades.

—¡No me cabe duda! Solo estaba de broma, ¿eh?

—No pasa nada. —Chuck se encogió de hombros—. Estoy acostumbrado. Se lo aseguro, nada de lo que diga me va a molestar. Soy como Harpo, ¿me comprende? Veo y oigo mucho, pero siempre tengo la boca cerrada.

—A mí el que me gusta es Chico.

—¿Se ha enterado? Se ha muerto Gable.

—¿Cuál de ellos era ese?

—No, Clark Gable. El galán.

—¡Dios mío...! Tampoco podía ser tan mayor, ¿no?

—Cincuenta y nueve. Le ha dado un infarto.

Nimmo, que tenía cincuenta y siete años, puso mala cara.

—Supongo que ya no le robará el corazón a ninguna otra dama —comentó un poco a lo tonto.

Siempre pensó que se parecía ligeramente a Clark Gable, ya que era alto y moreno. En una ocasión, antes de que empezara a coger peso, incluso se había dejado un bigotito como el del actor, pero la gente le había dicho que se parecía más a Brian Donlevy, así que se lo había afeitado. Y ahora le decían que se parecía a Victor McLaglen.

Estaban aparcando junto al Thunderbolt y, para Jimmy Nimmo, en ese preciso instante, el motel no podía tener un nombre más apropiado, porque la noticia de la muerte de Gable le había caído como una bomba y lo había dejado estupefacto e iba a atormentarlo el resto del día.

Cuando salieron del Oldsmobile, Chuck le señaló un Ford Galaxie de color azul oscuro que estaba en la otra punta del aparcamiento del motel. Un tipo muy grande que llevaba una chaqueta corta de ante y un sombrero de tweed limpiaba el capó del coche con un trapo.

—¿Ve a aquel tipo? Es Joe. Será él quien le lleve a ver a Mooney en cuanto yo le haya enseñado su habitación.

Nimmo siguió a Chuck hasta la entrada del motel primero y por un pasillo con suelo de terrazo ajedrezado después hasta los ascensores. Subieron al último piso y Chuck le llevó a una suite de la que, orgulloso, le explicó que era la mejor que tenían.

—Seguro que voy a estar aquí la mar de cómodo —comentó Nimmo, que, acto seguido, tiró la maleta sobre la cama.

—¿Quiere refrescarse?

—No, gracias. Yo creo que lo mejor es que vaya a ver a tu hermano cuanto antes.

Justo cuando salían de la habitación, una rubia alta y extremadamente voluptuosa con una falda de tablas acampanada y de

color rosa entraba en la habitación de enfrente.

—¡Ah, hola, Rhoda! —la saludó Chuck.

A Jimmy Nimmo estuvieron a punto de salírsele los ojos de las cuencas.

—Rhoda, quiero presentarte a una persona. Mira, este es Jimmy Nimmo. Jimmy, ella es una de las Adorables de Chez Paree.

—Hola, Jimmy.

Nimmo cogió la mano que la mujer le tendía y se la estrechó con suavidad.

—¿Vendrás a verme actuar esta noche?

—No me lo perdería por nada del mundo. Dime, ¿te gustaría madrugar mañana y vamos a comprar muebles?

—Si a ti te apetece. —La joven sonrió, entró en su habitación y cerró la puerta con suavidad.

Nimmo asintió como para demostrar que le había gustado mucho la mujer. Daba por hecho que aquel encuentro en el pasillo no había sido fortuito. Por algo había mencionado Giancana a sus coristas por teléfono. Nimmo supuso que le estaban ofreciendo a Rhoda y le pareció bien. Se le ocurrían mil y una maneras muchísimo peores de verse obligado a aceptar la hospitalidad de su anfitrión que follándose a una de sus zorritas amaestradas.

Joe no dijo nada en lo que duró el viaje del motel al Armory Lounge. A diferencia de Chuck, Joe parecía un asesino y, además, Nimmo estaba más interesado en imaginarse retozando con Rhoda. El Armory estaba en el Forest Park, un suburbio arbolado que estaba cerca de Oak Park y Cicero, que era donde Capone había tenido su cuartel general de Chicago. Lo mejor de todo era que el sitio estaba a unos cinco o seis kilómetros de la casa de la hija de Nimmo y, si todo salía bien con Momo, le preguntaría a Joe si le podía acercar a casa de Hannah, en Ogden Avenue. Ahora que Rhoda estaba incluida en los gastos, era probable que aquella fuera la última oportunidad que tenía de ver a su nieto antes de tener que volver a Miami.

—Ya hemos llegado —masculló Joe mientras sacaba el gran Ford de Roosevelt Road para aparcar.

Nimmo salió del coche y miró los demás vehículos que había allí sin asomar la cabeza por los cuellos de su chaqueta hasta que no entró en el edificio, no fuera a ser que la policía estuviera vigilando el lugar; aunque estaba casi seguro de que no era así, a pesar de que el FBI

tuviera, como en casi todas las demás ciudades estadounidenses del norte, un Programa de Principales Matones. Antes de recibir la llamada de Giancana, Nimmo había visitado la oficina que el FBI tenía en Chicago, que estaba en la zona oeste de Monroe, en el centro del barrio italiano, y había comprobado que en Chicago seguían las mismas prioridades establecidas por Hoover que en el resto de Estados Unidos. Puede que Chicago fuera el hogar espiritual del crimen organizado, pero el PPM apenas disponía de recursos, dado que la mayor parte del dinero y de los medios humanos del FBI se destinaban a la investigación de los comunistas y de otros subversivos. Nimmo consideraba que *Los Intocables* era una muy buena serie de televisión, pero que hablaba de un FBI que había dejado de existir después de la guerra. Nimmo tenía muchos amigos en la central de Chicago. Incluso había conseguido que le invitaran a comer en el Village, uno de los mejores restaurantes italianos de la ciudad. A la gente le gustaba hablar con Nimmo y a él le gustaba escuchar. Era sorprendente que aquello de lo que uno podía enterarse en Chicago pudiera resultarle útil en Miami.

El Armory Lounge había sido un bar clandestino durante la Prohibición. Por dentro era como un bar de Nueva Orleans, con ventiladores en el techo, murales, fotografías de barcos de vapor, luces bajas, papel de pared pintado con relieve, sillas de hierro colado pintadas de blanco y mesas de cristal. Al fondo había una enorme gramola Wurlitzer en la que sonaba un éxito actual —el «You Talk Too Much» de Joe Jones—. Nimmo no lo recomendaba. Siguió al conductor de la cara impasible hasta el fondo de un bar que apenas tenía parroquianos y pensó que pocos de aquellos listillos con sus trajes caros se atreverían a abrir la boca siquiera si el asunto tuviera que ver con Mooney Giancana; de lo contrario, acababas como Gus Greenbaum, Leon Marcus, Jim Ragen o cualquiera de la veintena de personas cuyo asesinato se decía que había ordenado Giancana. Y eso sin contar la decena o más que habría asesinado él mismo. No le llamaban «Mooney» —loco— porque sí. El hermano pequeño había sido muy inteligente; ser como Harpo era la mejor manera de seguir con vida cuando tenías que tratar con un matón como Sam Giancana.

Joe llamó a la gran puerta de madera y, después de uno o dos segundos, se abrió una mirilla —todo ello muy clandestino— y un ojo fue girando de sus caras a sus manos. Hasta entonces no abrieron la puerta, cosa que hizo otro grandullón que vestía un suéter con las mangas tejidas y el frontal de ante, y que llevaba una escopeta ligera

con autocargador.

Mientras se quitaba el abrigo, Nimmo se fijó rápidamente en todo lo que había en el santuario del gánster: la puerta de acero en la parte de atrás, la mesa de juego, la barra de bar de nogal con nevera integrada, la televisión Zenith con el volumen apagado, la pantalla lenticular de proyección enrollada, el proyector y grabador Elite, la anticuada caja fuerte, el gran sofá curvado de cuero y, sentado en él, con una americana azul de cachemir, el gran jefe.

—Jimmy, ven. Siéntate. Te agradezco que hayas venido hasta las afueras. Tenemos una oficina en la zona norte de Michigan, pero eso parecería muy formal. Prefiero este sitio. Es más privado.

—Y parece muy cómodo —comentó Nimmo mientras se sentaba al lado de Giancana y le estrechaba la mano, sorprendentemente suave.

—¿Quieres beber algo?

Nimmo miró la barra con la atención de un miope.

—Sí, gracias. Tomaré un agua Poland y un Ballantine's.

—Butch.

Giancana señaló el bar y, sin que hiciera falta que dijera nada más, el hombretón se bajó del taburete que había junto a la puerta, dejó la Brida y fue a preparar las bebidas.

Giancana sacó un paquete de Camel y le ofreció un cigarrillo a Nimmo.

—No, gracias —respondió este mientras sacaba una tabaquera—. Estoy intentando hacerme a la pipa.

—¿Qué tal la habitación del Thunderbolt? ¿Está a tu gusto?

—No me ha dado tiempo a ver mucho, porque he tirado la maleta en la cama y he venido directo, pero pinta bien. He conocido a Rhoda, una de las Adorables de Chez Paree.

—Menuda mujer, ¿eh?

—¡Ya te digo! Ese sostén tendrán que hacérselo a medida, ¿no?

Giancana esbozó una sonrisa de zorro astuto.

—Pues son todas así. Algunas de ellas trabajaban para mí en La Habana y otras son de Las Vegas. El espectáculo del Thunderbolt es magnífico. Es probable que sea el mejor de la ciudad. Ahora bien, no tendrá ni punto de comparación con el del sitio que voy a abrir en unos meses. Está fuera de la ciudad, pero va a tener muchísima clase. Villa Venice lo voy a llamar. La próxima vez que vengas a Chicago te hospedarás en él. Está en Wheeling, pero tampoco es tan lejos. ¡El sitio me está costando un dineral!

Butch les tendió a Nimmo y a Giancana las bebidas y volvió a su

sitio, junto a la puerta con la escopeta.

—Me han contado que juegas mucho al golf, Jimmy. En Miami acompaña el clima y todo lo demás. Tiene que ser agradable.

—No creas que mi habilidad va más allá de atizarle a la bola. ¡Aunque hay días en que incluso la meto en el puto agujero! ¿Tú juegas?

Giancana asintió.

—¿En el Columbus Park? —preguntó Nimmo—. Hemos pasado por delante cuando veníamos de camino. ¿Es tuyo?

—Nooo. Ese campo es muy fácil. Tiene calles muy anchas, *greens* enormes... Ray Charles podría hacer par en esa mierda de campo. Yo juego en Riverwoods, aunque no tanto como me gustaría. Aquí, en los Lagos, el clima no nos acompaña. Además, cada vez que estoy aquí, o tengo que entregarme a los negocios o tengo que ir a coleccionar porcelana. ¡Es mi pasión! Meissen y piezas por el estilo. Es una especie de antídoto para este negocio tan duro, ¿entiendes? —Nimmo asintió y le dio un sorbo a su escocés con agua—. Jimmy, voy a ir directo al grano... y no me malinterpretes. ¿Qué te parecería volver a hacer una verdadera labor policial?

—¿Una verdadera labor policial? —Nimmo sonrió—. Con todos mis respetos, Sam, si fuera eso lo que quisiera hacer, dudo mucho que fuera a estar aquí sentado, bebiendo tu whisky, ¿no te parece?

—Sí, en eso tienes razón. Pues, digámoslo de otra manera... ¿Te apetece llevar a cabo una labor de detective? Una investigación.

—¿Como un detective privado?

—Sí. Tengo entendido que en Nueva York eras el rey del disfraz.

—¿Eso es lo que te ha contado Meyer? —Nimmo arrugó las cejas e inspeccionó la pipa. Le estaba costando mantenerla encendida.

Giancana asentía.

—Dime, ¿cómo es que dejaste a los federales?

—El día en que los dejaba se me puso encima un nubarrón... que resulta que venía de la isla de Manhattan. —Nimmo sonrió tímidamente, dejó a un lado la pipa y le dio otro sorbo a su bebida—. Dimití porque no me quedaba otra. Pegué a una persona. A otro agente. Fuerte. Demasiado. El tipo se lo merecía y todo el mundo estaba de acuerdo con eso, pero yo estaba borracho y eso jugó en mi contra. Aunque el tipo se recuperó del todo, yo estaba acabado. A Hoover no le gustan nada esos comportamientos. De hecho, son pocos los comportamientos que le gustan. Bueno, la cuestión es que dimití y Meyer lo arregló con el alcalde de Miami para que me consiguiera el

trabajo que tengo ahora. Y no es un mal trabajo, aunque me limito a intentar mantenerme a flote. Estoy esperando a jubilarme. En Miami hay mucha gente así. Miami es una ciudad de pensionistas. Juego al golf y a la canasta con unos pocos amigos que tengo allí, muevo papeles de izquierda a derecha en mi escritorio, firmo hojas de gastos, me follo a una prostituta de Fort Lauderdale una vez al mes... pero, sobre todo, lo que hago es planear mi jubilación. Nadie le presta mucha atención a un tipo como yo. Formo parte del mobiliario. En los días más calurosos de verano, si no fuera a la oficina, yo diría que ni se darían cuenta de que no estoy. Vamos, que hay días que no voy. —Nimmo dejó el vaso en la mesa y puso las manos como si estuviera conduciendo en corto una pareja de caballos—. Aunque no he perdido mi toque, ¿eh? —Se dio unos golpecitos en la cabeza y una palmada en el estómago—. ¡Ni aquí, ni aquí! Sigo siendo un buen policía. No como algunos de los chavales estos que entran en el FBI hoy en día. Licenciados de Harvard, algunos. Tienen los pies blandos y las manos bonitas. Cerebro también tienen, qué duda cabe. Ahora bien, lo que no tienen es esto, no tienen tripas. A mi entender, es lo mismo que pasa con Jack Kennedy. Sí, es brillante, lee muy bien y es capaz de entender los informes, pero ¿va a tener huevos para pulsar el botón si los rusos entran en Berlín? Lo dudo. En cambio, con Ike... de las tripas de ese hombre nunca dudarías. Fue soldado. ¡Un puto general! Kennedy es un universitario. Un político. Un burócrata de mierda. Como los nuevos chavales estos del FBI.

»¿Me preguntas si me gustaría hacer una labor de investigación? ¡Daría el brazo derecho por trabajar en un caso de verdad! Esa es la pura verdad. Dudo mucho que haya otra manera de que mi vida vuelva a tener sentido. Una investigación más y, después, me dará igual lo que sea de mí, porque, por lo menos, me respetaré a mí mismo. Porque, cuando no hay dignidad, careces de fuerza. Así que, no sé qué tipo de investigación tendrás en mente, Sam, pero cuenta conmigo.

Giancana asintió.

—Vale, pues la cuestión es la siguiente. Hace un tiempo, Meyer Lansky nos recomendó a la CIA y a mí a un tipo para llevar a cabo un trabajo, un trabajo por el que acordamos pagarle doscientos cincuenta mil dólares. Y la cosa es que, antes de que llegáramos a darle el visto bueno para que lo llevara a cabo, él y cien mil de esos doscientos cincuenta mil dólares desaparecieron. Quiero que, con ayuda de mi organización, des con ese hombre. ¿Te parece? El dinero que se ha

llevado no es lo importante. Lo importante es que dé con él antes de que mis amigos del Gobierno descubran que ha desertado.

»Con ese discurso que me has soltado podría pedirte que trabajaras gratis, pero soy una persona justa y creo que he de pagarles a los míos aquello que su trabajo vale para mí. Lo único que pido a cambio es compromiso. Te voy a dar veinticinco mil dólares, Jimmy, lo que significa que no solo quiero que des con ese tipo, sino que quiero que des con él lo antes posible. Diez mil ahora y quince mil más cuando lo encuentres.

Nimmo silbó.

—Por ese dinero daría hasta con las tribus perdidas de Israel ¡y con Glenn Miller de propina! ¿Cómo se llama el tipo y cuándo desapareció?

—Se llama Tom Jefferson y nadie lo ha visto desde este viernes.

—¿Este viernes? —Nimmo puso cara de dolor durante unos instantes al ver que la perspectiva de enriquecimiento inmediato empezaba a desvanecerse. Pensó en todo lo que podría haber hecho con el dinero: comprarse una casa, un bonito coche... Se había acostumbrado de golpe a verse en un MGA. Y trajes a medida—. Mira, Sam, por ganas que tengo de coger ese dinero, solo han pasado cinco días. Ahora mismo, por toda esta gran tierra de las oportunidades que es Estados Unidos hay esposas con los ojos enrojecidos entrando en comisarías de policía para informar de que el inútil de su marido ha desaparecido. La cuestión es que los atontados irlandeses que se van a encontrar en la recepción les van a decir a todas lo mismo: que es probable que su marido esté viviendo unos *Días sin huella* como los de Ray Milland. Cabe la posibilidad de que el cabrón afortunado haya encontrado una nueva chica y que esa postal que empieza con «Querida Janet» y que ha enviado desde Las Vegas aún esté de camino. Sea cual sea la razón, una semana suele ser considerado el periodo mínimo en que el varón estadounidense puede andar perdido en este país antes de que la policía decida tomar cartas en el asunto. Con las esposas es diferente. Con las esposas son cuarenta y ocho horas. A las esposas las violan y las secuestran en menos tiempo del que tardas en hacer una tortilla.

—Ya he visto *La ciudad desnuda*, Jimmy, así que no necesito que me hagas un resumen. He hecho desaparecer a la gente suficiente como para ser capaz de ver la diferencia a las primeras de cambio. Incluso yo me he despertado rodeado de gatos en un par de ocasiones. Sé la diferencia entre un muerto, un puto borracho y alguien que ha

desaparecido.

—Bueno, pues cuéntamelo todo.

—Todo no te lo puedo contar, pero puedo contarte todo lo que yo sé. Luego, sales ahí y descubres tú todo el resto a cambio de esos veinticinco de los grandes. Y lo antes posible, que quiero que el Acción de Gracias de este año tenga un lazo rojo y la sonrisa de un negro.

10

YBOR CITY

Desde Miami, Tom condujo a Palm Beach, donde se quedó frente a la mansión familiar de los Kennedy y fumó un par de cigarrillos. En la calle había un par de policías, algunos admiradores y muchísimos periodistas. Por un rato, Tom se unió a ellos en la acera y se dio cuenta de que la mayoría de la gente no hablaba de Kennedy, sino de Clark Gable, que había muerto esa misma mañana. Luego condujo hasta el aeropuerto de la zona oeste de Palm Beach por la mera razón de que era desde allí desde donde salía el avión privado de Kennedy una o dos veces a la semana. En cuanto vio el sitio, Tom se dio cuenta de que estaba perdiendo el tiempo.

Había un vendedor de armas en la zona oeste de Palm Beach que era un viejo colega del ejército y al que Tom habría ido a ver de todas todas, en especial porque le suministraba rifles y munición. No obstante, como sabía que era muy probable que la gente de Giancana lo estuviera buscando, aunque solo fuera para que devolviera el dinero, Tom decidió que sería más prudente llamar por teléfono.

Desde Palm Beach, pasando por Fort Pierce y por el lago Wales, Tom condujo en dirección noroeste a lo largo de la autopista del Estado Soleado hasta Tampa que, dependiendo de qué números de población se dieran con respecto a Jacksonville, era la segunda o la tercera ciudad más grande de Florida. La autopista era nueva y ancha e iba por ella a cien kilómetros por hora con la capota bajada, sintiendo la brisa en el pelo, lo que le ayudaba a sacarse de la cabeza tanto a Mary como a Sam Giancana. Recorrió los cuatrocientos veinte kilómetros en poco más de cinco horas.

Ybor City era el barrio latino de Tampa, una versión española del Greenwich Village, con muchos restaurantes buenos y varias fábricas de puros. Era desde allí desde donde José Martí había conspirado para expulsar a los españoles de Cuba y donde había escrito su manifiesto revolucionario en 1895. Sesenta y cinco años después, aquel seguía siendo un centro de exiliados batistianos y, por lo tanto, una base del

G2, el Servicio de Inteligencia Cubano.

Tom se reunió con su propio director de operaciones, el coronel López Ameijeiras, en uno de los muchos restaurantes excelentes que había junto al muelle. Ameijeiras era un hombre de unos cincuenta años, al que su rostro cetrino, las cejas tan pobladas, aquella frente amplia y que tuviera los ojos ligeramente rasgados le daban un cierto aspecto de oriental. Si hubiera llevado un traje de estilo Mao, incluso podría haber pasado por Zhou Enlai, el primer ministro de China. En cualquier caso, llevase o no una chaqueta Mao, Tom consideró que era muy probable que Ameijeiras fuera tan inescrutable como un político oriental.

Tom pidió un daiquiri y le tendió a Ameijeiras un gran sobre marrón que contenía toda la información que había reunido sobre el MIRR y sus actividades anticastristas en Miami y en La Habana.

—Pero dudo mucho que vayan a dejar de intentar matar a Castro solo porque arresten a unos pocos de los suyos —añadió Tom—. Hay demasiada gente que quiere que muera y que está dispuesta a pagar por ello.

Ameijeiras deslizó el sobre sin abrir en su maletín y encendió un cigarrillo. Después de un silencio relativamente largo, se quitó el sombrero de paja y se abanicó con él.

—Lo que le ha pasado a Mary... no es lo que se suponía que le tenía que pasar —dijo en voz baja.

—Si tú lo dices.

—Y no es solo que lo diga, sino que lo enfatizo.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Ameijeiras se encogió de hombros.

—Nada. Lo hecho, hecho está.

—Qué curioso, imaginaba que eso sería justo lo que dirías.

—¿Qué alternativa tengo? Hay demasiado en juego como para dejar que esto interfiera con nuestros planes. Ahora mismo hay asuntos más importantes de los que preocuparse; como, por ejemplo, si los estadounidenses invadirán o no la isla. Ya están enviando barcos y aviones a Guatemala y a Nicaragua. Según ellos, para proteger esos países de la invasión comunista, pero, claro, la realidad es diferente. Puede que hayamos frustrado un intento de asesinar a Fidel, pero, tal y como tú has dicho, lo intentarán de nuevo. Y, aunque no lo hagan, intentarán invadir Cuba utilizando de tapadera lo mismo que en Centroamérica. Nuestras fuentes dicen que Kennedy está al día de este plan. Que incluso está de acuerdo, a pesar de lo que diga en público

de la política cubana de Eisenhower. Así que hay que detenerle. —Ameijeiras le dio una calada larga al cigarrillo y añadió—: Tienes que detenerle, Tom.

En ese momento llegó la bebida de Tom y este le dio un sorbo, pensativo, evitando los penetrantes ojos marrones del coronel.

—¿Y crees que esto que vamos a hacer es la mejor manera de conseguirlo?

Ameijeiras volvió a ponerse el sombrero.

—Sí, lo creo.

—Pues espero que estés en lo cierto.

—Esto no debería ser problema para ti.

—¿Tú crees?

—No debería serlo en absoluto.

Tom sonrió incómodo.

—No sé... Nunca he hecho nada así.

—Soy consciente de que hay ciertas características que lo convierten en un encargo inusual...

—¡Tenlo por seguro!

—Pero, fundamentalmente —insistió Ameijeiras—, es lo mismo que haces siempre; ¡y que haces muy bien, añadiría yo! Has llevado a cabo decenas de encargos de este estilo. —El coronel cubano le tendió un sobre a Tom—. Este es el programa de Kennedy para los dos meses próximos. Nos lo han facilitado nuestros amigos los rusos. De ti depende cómo y cuándo lo hagas, pero, por favor, recuerda que queremos entregar nuestro mensaje antes de la toma de posesión. Dudamos mucho que vaya a haber ninguna invasión antes de ese momento.

Tom guardó el sobre.

—Lo que tú digas. Esta es vuestra fiesta.

—Tom, hay que hacerlo así. Te das cuenta de ello, ¿verdad, amigo?

—¿Qué sucede, López? ¿Acaso no confías en mí?

—Esto va muchísimo más allá de la confianza. Este es un asunto de vida o muerte.

—Sí, de eso me he dado cuenta.

—Mira, Tom —la expresión del coronel era sombría—, con algo como esto no puede haber errores.

—Nunca los cometo. Por eso me pagáis tanto.

—En ese caso, nos comprendemos.

—A la perfección. ¿Dónde está el dinero?

—Hemos hecho los preparativos habituales con tu banco de Venezuela. —Ameijeiras acabó su cigarrillo y encendió otro—. ¿Qué vas a hacer ahora, ¿Tom?

—Voy a buscar el dónde y el cómo.

—¿Vas a reconocer la zona?

—Qué duda cabe. Aunque lo primero que voy a hacer es ir al piso franco y estudiar el programa. Haré los deberes. Compraré algunos libros sobre Kennedy. Tengo que conocerle. Si te soy sincero, esta es la parte que más me gusta: trazar el plan. Te llamaré pasado mañana con algunas ideas. Te adelanto que ya he leído algunos libros sobre él. Mary tenía una balda con varios. Es probable que cualquier otro que necesite lo encuentre en Nueva York. Esa ciudad tiene tantas librerías como bancos tienen las demás. Y siempre puedo ir a la biblioteca.

—¡Ah, sí, la Biblioteca Pública de Nueva York! ¡Menuda institución! A decir verdad, en muchos aspectos, este es un país maravilloso para vivir.

—Pues no se lo cuentes a nadie, ¿vale?, o todo el mundo acabará queriendo venir.

11

LA PALABRA PARA DECIR MUERTE

Jimmy Nimmo se sentía satisfecho de sí mismo. Gracias a Rhoda no había pegado ojo en toda la noche y, ahora, allí estaba, volando de vuelta a Miami en un Convair 880 con diez mil dólares en metálico en la maleta. Era probable que pospusiera la compra del MGA hasta que no hubiera acabado el encargo. Aunque no veía razón alguna para no comprar el televisor a color de inmediato. Incluso tenía claro el que quería: el nuevo Fontainebleu de Andrea, con un tubo de veintitrés pulgadas y un precioso mueble de caoba con puertas corredizas de tablas. Iba a ir a Burdines directo desde el aeropuerto y a pagar los 250 dólares que costaba el aparato. El resto de los diez mil lo guardaría en una de las cajas de seguridad que tenía alquiladas en el Banco Nacional de Miami. Había tiempo de sobra para hacer esas dos cositas y unas cuantas llamadas de teléfono antes de ir al Orange Bowl.

Después de los 10 grados de Chicago y teniendo en cuenta que Miami estaba sobre los 26, en cuanto dio con su coche en el aparcamiento del aeropuerto —un Chevrolet Impala de color azul claro—, bajó la capota. Poder conducir un descapotable era una de las pocas cosas buenas que tenía vivir en Miami. Pero no cualquier descapotable. Nimmo se veía conduciendo un coche más distinguido que el Impala. Aunque no es que el Impala tuviera nada de malo. Con un motor V8 y una transmisión automática de dos velocidades, poco se podía criticar de aquel coche prácticamente nuevo, a menos que lo estuvieras conduciendo a toda velocidad, porque, en ese caso, la parte de atrás tenía tendencia a levantarse y a flotar un poco; y, claro, Nimmo lo que quería era ir a toda velocidad. Eso y un poco de clase europea.

Del aeropuerto condujo en dirección este, hacia el océano, hasta la zona este de Flagler Street, hasta Burdines. Después de encargar su televisor y de depositar el dinero en el banco, Nimmo condujo unas manzanas hasta Tobacco Road, que estaba en la zona sur de Miami

Avenue, donde, mientras tomaba un par de cervezas, llamó a Johnny Rosselli y a la oficina del forense. Tobacco Road era un buen bar de jazz, aunque aún era demasiado temprano para que sonara algo que no fuera la gramola. Nimmo iba allí a menudo cuando no podía más en su despacho del Palacio de Justicia. O antes de un partido de fútbol americano. Y, a veces, también después del partido.

Ese día se había concentrado allí mucha gente que había ido a ver el partido de los Miami Hurricanes contra el Syracuse. Durante la mayor parte del tiempo se trató de un partido muy ajustado: 7-7 en el descanso y 14-14 al final del tercer cuarto. Pero, entonces, en el último periodo, Ernie Davis corrió el balón cincuenta y dos yardas en una jugada de ochenta y marcó el ensayo desde la línea de tres yardas. Fue un partido emocionante con una serie de jugadas de última hora por parte de los Hurricanes que hicieron que los seguidores de Miami se pusieran de pie hasta que sonó el pitido final. Nimmo no se perdía un partido así por nadie.

Pero, a la mañana siguiente, la del sábado, se levantó temprano y se puso con el caso, para lo que condujo los cinco kilómetros que separaban su casa, en las islas Keystone —«un hogar de Keystone para un policía de Keystone» había bromeado su esposa poco antes de que él le pegara la bofetada que le había llevado a hacer las maletas—, de la dirección que Tom Jefferson tenía en Miami Shores. Mientras esperaba en el semáforo de la intersección de las calles Ciento veintitrés y Biscayne Boulevard, le echó una ojeada a la primera plana del *New York Times* y vio que el presidente electo estaba planteándose en serio nombrar fiscal general a Bobby, su hermano pequeño. Nimmo encendió un cigarrillo y sonrió mientras intentaba imaginar la cara que pondrían algunos mafiosos cuando leyeran aquello. Gente como Jimmy Hoffa, Carlos Marcello, Dave Beck, y, cómo no, Sam Giancana, no iban a estar nada satisfechos con la idea de que su antiguo torturador del club McClellan fuera a estar a cargo del Departamento de Justicia. La mayoría de ellos habrían querido a alguien como Ribicoff o Byron White; a cualquiera, a decir verdad, menos a Bobby Kennedy.

Nimmo dio con la dirección de Miami Shores y aparcó en la calle. Luego, fue a la parte de atrás de la casa de Jefferson, se puso unos guantes y de la doblez del periódico sacó una pistola-ganzúa improvisada hecha con una percha de alambre. Insertó la punta afilada en la cerradura y apretó el gatillo casero, elevó los muelles superiores y soltó el gatillo de golpe, lo que hizo que golpearan el

tambor de la cerradura y esta se abriera.

Una vez dentro de la casa, bajó las persianas y encendió la televisión. Poco a poco el aparato se fue calentando, hasta que en la pantalla apareció una imagen silenciosa. Era el *Captain Kangaroo*. Nimmo subió el volumen por si acaso aquel tipo tenía algún vecino cotilla, aunque dudaba que los criminales se pusieran a ver programas infantiles por la mañana. Los allanamientos de morada ponían nervioso a Nimmo, así que lo siguiente que hizo fue ir al baño. Allí, sentado en el inodoro de Tom Jefferson, enseguida leyó por encima el resto del periódico y vio que a Tony Accardo lo habían sentenciado a seis años de prisión y le habían puesto una multa de quince mil dólares por evasión de impuestos. Aquello le hizo pensar, mientras se lavaba las manos, en lo que había dicho Benjamin Franklin de que en este mundo solo había dos cosas seguras: la muerte y los impuestos. Exceptuando cuando te pagaban en metálico, claro. Volvió a ponerse los guantes, tiró de la cadena y empezó a buscar por la casa concienzudamente.

Nimmo era una persona meticulosa, así que buscó tal y como un contable repasaría unas cuentas. Rebuscó en los cajones, miró en los armarios, levantó las alfombras, rajó los tapizados, levantó tablas del suelo y buscó en el vestidor. Y, cada vez que encontraba algo que le pareciera que podía tener importancia, por pequeña que fuera, lo metía en una caja de cartón: blocs de notas, trozos de papel, cajitas de cerillas, cintas, recibos, una bala, fotografías de la mujer muerta, mapas, llaves, tarjetas de la biblioteca, recortes de periódico y las tarjetas de visita de varios comerciantes de la zona.

Después de una hora y de que *Captain Kangaroo* hubiera dado paso a *Huckleberry Hound*, dos tercios de la caja de cartón seguían vacíos y Nimmo ya se había dado cuenta de que Sam Giancana no exageraba: Tom Jefferson había desaparecido. No había rastro ni de su ropa ni de nada de evidente importancia que pudiera haber tenido. No había documentación, no había pólizas de seguros, no había correspondencia, no había talones de cheques, no había agendas, no había diarios... no había nada que pudiera haberle dado a Nimmo una pista de adónde habría ido aquel hombre. A medida que pasaba el tiempo, cada vez le parecía más evidente que Jefferson no solo había desaparecido, sino que el tipo había cubierto su rastro con sumo cuidado. En el desván solo había polvo. En el escritorio no había más que unos pocos clips y unas monedas. Hasta las papeleras estaban vacías.

Nimmo fue a la cocina y se puso un vaso de agua. Fue entonces cuando se dio cuenta de la latita de queroseno que había detrás de la puerta trasera. Por instinto, fue al patio y lo recorrió de punta a punta, hasta que descubrió un brasero ennegrecido que contaba, con suficiente elocuencia, la historia de las últimas horas de Jefferson en aquella propiedad. Se acuclilló, se quitó un guante y removió las cenizas, casi como si esperase que apareciera un fénix... o, por lo menos, una o dos salamandras; pero las cenizas estaban bastante frías. Se puso de pie, colocó un pie en un lateral del brasero, le dio la vuelta y este cayó sobre la hierba seca acompañado de un sonido metálico y de una nube de polvo y cenizas que ascendió por el cálido aire matinal. Esperó cosa de un minuto, a que el aire se hubiera limpiado y, después, volvió a ponerse el guante y rebuscó en la parte de abajo del brasero en busca de algún fragmento legible o de algún tipo de información que pudiera haber escapado de las llamas consumidoras de pistas. Pero allí no había nada. Nada de nada.

Nimmo dejó el patio y se dirigió al garaje, donde había aparcado un Chrysler Windsor azul de 1950. Buscó en el coche y solo encontró una serie de cachivaches que, a falta de confirmación, parecía que hubieran sido de Mary Jefferson.

Volvió a la casa y prestó mucha atención a la caja de objetos que había reunido. Lo primero que hizo fue escuchar las cintas de una grabadorita Phonotrix. En su mayoría eran grabaciones de la televisión, de programas culturales como *Open End* y *Play of the Week*, pero había una cinta en la que se oía a una mujer leyendo los discursos de John Kennedy. Dado que Mary Jefferson había trabajado para los demócratas en Miami, Nimmo supuso que la voz de la cinta era de ella, aunque no alcanzaba a entender por qué iba a querer grabarse leyendo aquellos discursos de aquella manera. Más interesante le pareció un pedazo de papel doblado que había encontrado debajo de la cama. En él, Tom Jefferson había escrito diez grupos de iniciales: C.B. / P.B. / H.H. / B.M. / G.D. / S.M. / M.V. / H.P. / N.Y. / J.C. Nimmo sabía que aquella era la letra del desaparecido porque tenía otra muestra, en una nota que había dejado junto al teléfono con el número del hotel La Casa Marina, en Cayo Hueso.

Consultó su reloj. Casi era mediodía. El resto de lo que había en la caja podía esperar. Tampoco es que nada de lo que había allí pareciera gran cosa. Apagó la televisión, se puso la caja debajo del brazo y se preparó para ir a hablar con los vecinos. Lo último que hizo

antes de abandonar la casa fue llenar la caja con las medicinas que encontró en el suelo y en el armarito del baño en aras de la credibilidad: los vecinos esperarían que alguien estuviera investigando la muerte de Mary Jefferson y la medicación le serviría de ayuda para resultar creíble. Nimmo salió por la puerta delantera, se acomodó bien el pequeño Stetson en su sudorosa cabeza y sacó la cartera de cuero negro en la que llevaba la placa.

En la Biblia se dice que un abogado le preguntó a Jesús: «¿Quién es mi vecino?». Era una pregunta que Jimmy Nimmo no creía que hubiera sido capaz de responder. El apellido de cualquiera de sus vecinos de las islas Keystone le resultaba todo un misterio. Hasta para recordar sus nombres de pila tenía que hacer un gran esfuerzo. Esta aparente laguna en el don de gentes de Nimmo no le suponía ninguna vergüenza, como tampoco le preocupaba tener tan pocos amigos. Eran —o eso se decía él— gajes del oficio. No tenía nada en contra de Jesús o de los cristianos, ni de nadie que intentara llevar una vida decente, pero tenía bien claro lo que le habría contestado a aquel puto abogado judío que iba de listo: «¿Y a quién coño le importa?». Los vecinos eran para la gente normal aquellos con tres hijos, un perro y una ranchera, pero no para gente como él, con pistolas, úlceras y secretos de esos que hacen que te remuerda la conciencia.

Antes de morir, el padre de Nimmo, predicador baptista laico, había seguido su árbol genealógico hasta Escocia y había resultado que su familia descendía de hugonotes franceses que, huyendo de la persecución del rey Luis XIV, católico convencido, habían querido mantener su nombre en secreto. El apellido «Nimmo» era una corrupción del latín «*ne mot*», que significaba «nadie», «nada que decir», «no me llamo de ninguna manera», «que te jodan a ti y al caballo que montas». Desde luego, no se podía estar menos interesado en tus vecinos que eso. Nimmo era una de esas personas que adoraban su introversión igual que otros adoran sus palomas mensajeras. Era como si se hubiera entrenado para no detenerse ni intercambiar más de unas pocas palabras con sus vecinos hasta que no volvía a estar en su gallinero. Por eso no le sorprendió que los vecinos de los Jefferson supieran tan poco de la pareja, excepto que él a menudo tenía que viajar por negocios y que ella a menudo trabajaba hasta tarde, y que no era fácil llegar a conocerlos y que tampoco parecía que tuvieran amigos. Después de treinta minutos y cuatro grupos de vecinos, y de haber respondido una decena de veces a la pregunta de si se había suicidado ella, Nimmo se dio por vencido y volvió a su coche con lo

que consideraba una cantidad de información patética teniendo en cuenta que había invertido varias horas en reunirla. Ganarse los veinticinco mil dólares de Sam Giancana le parecía ahora aún más complicado de lo que se lo había parecido en Chicago.

Desde Miami Shores salió en dirección sur, hacia Brickell Avenue, y cruzó el puente Rickenbacker hasta el Key Biscayne, el carísimo hotel en que se alojaba Johnny Rosselli. El Key Biscayne era un mundo en el que nadie sufría preocupaciones de ningún tipo. Los altibajos de las vidas normales no se sentían allí. O, al menos, no se sentían los bajos; los bajos se quedaban frente a la cabina de quien cobraba el peaje, junto con el asfalto, las basuras y las alcantarillas. Después de Nueva York, a Jimmy Nimmo Miami le parecía bastante irreal y daba por hecho que los que se alojaban en el Key Biscayne consideraban que las vicisitudes eran una serie de islas con poco valor, unas millas al oeste de las adversidades.

La suite de Rosselli daba al océano y el gánster de pelo plateado estaba preparándose algo en la cocinita.

—¡Dios, pensaba que no llegabas! ¿Te apetece algo de comer? Estoy preparando lingüinis primavera.

Nimmo, que hacía mucho tiempo que conocía a Rosselli, le explicó que había estado en casa de Jefferson para echar una ojeada.

—¿Y has encontrado algo?

—Podría ser. —Nimmo se encogió de hombros—. No lo sé. Es muy probable que no gran cosa. Lo de los lingüinis me llama. ¡Ahora mismo me comería una vaca de madera!

Rosselli le sirvió un gran vaso de Frascati frío y le hizo un gesto con la mano a otro hombre que entraba en la suite desde el gran balcón.

—Jimmy, te presento a Frank Sorges.

Ambos hombres masculllaron un saludo. Rosselli empezó a servir los lingüinis.

—Frank estuvo con el hijoputa ese hasta que desapareció.

—¿Y dónde coño está? —le preguntó Nimmo con una sonrisa.

—¡A mí que me registren! Yo lo he buscado por todos lados. ¡Por todos los bares! Al principio pensaba que estaría emborrachándose por lo de su esposa, pero cuando vi que su ropa no estaba en el armario... me di cuenta de que se había dado el piro.

—Y está claro que es el que más corre —comentó Nimmo—. Igual que Huckleberry Finn, ¿eh?

—No lo he leído —dijo Rosselli—, ¡pero ojalá lo hubiera hecho! No

tenía mucho tiempo para leer cuando era niño. En casa siempre había mucha gente y siempre me estaba comportando como un salvaje. No como ahora. Hoy en día leo muchísimo.

Nimmo, paciente, esbozó una sonrisa.

—Ahora mismo nos saca ventaja, sí, pero daremos con él —aseguró confiado. Encendió una cerilla con la uña del pulgar y la mantuvo sobre la cazoleta de su pipa—. Ahora bien, Frank, vas a tener que contármelo todo. Todo lo que recuerdes de él en estos últimos días de felicidad que habéis tenido juntos. De lo que hablabais. Todo lo que creas que merece la pena. Aunque, ahora mismo, no obstante, me gustaría ver el informe del forense.

—¿Antes de comer? —exclamó Rosselli—. ¿Estás seguro, Jimmy? Es que hay fotos y todo.

Mientras cogía un plato de pasta, Nimmo respondió:

—No pasa nada, tengo un estómago que parece una escupidera.

Rosselli sonrió ligeramente.

—¡Qué reconfortante para el cocinero! —murmuró.

Nimmo se acercó el plato a la nariz e inspiró hondo.

—Huele muy bien —comentó—. Recuerdo una autopsia que vi en la que el forense le abría el pecho a un tipo como si se tratara de una trampa para osos. —Dejó su plato un instante e hizo un gesto con las manos para describir sus palabras—, ¡y cinco minutos después estaba comiendo costillas en Embers!

—¡Frank, acércale el informe antes de que se ponga a hablar de casquería con cebolla!

Nimmo se llevó el plato y el vaso al balcón y se sentó a la mesa de cristal.

—Ponte parmesano —le recomendó Rosselli.

—Sí, gracias.

Nimmo se sirvió una generosa cucharada de queso y, después, abrió el más grueso de los dos archivos que Sorges le había dejado delante. Rosselli llegó con su propio plato y se sentó enfrente de Nimmo. Se quedó mirando cómo leía y comía con un apetito capaz de herir sensibilidades. Y no se debía a que supiera lo que había en los lingüinis, sino a que sabía lo que había en el informe, por cuya copia habían pagado muy bien a un ayudante de la oficina del forense.

Nimmo iba irritándose a medida que leía, hasta el punto de que no se dio cuenta de que Sorges se sentaba con ellos y tiraba una copa de vino. Le molestaba la manera que tenían los forenses de escribir los informes, con ese aire de omnisciencia. Nimmo sabía que, en realidad,

las oficinas del forense solían carecer del personal y de los fondos necesarios y que la mayoría de los forenses tenían mucho más trabajo del que podían abarcar y que era habitual que se vieran afectados por depresiones. Ojalá le hubieran dado un dólar cada vez que había visto a alguno de ellos romperse en un juicio durante un interrogatorio prolongado. Ahora bien, que los forenses y sus descubrimientos le irritasen tanto escondía un odio por los científicos en general. ¿Quién si no había creado un mundo en el que la aniquilación total era posible con solo pulsar un botón? Así que, mientras leía, Nimmo masculló, gruñó, se carcajeó y negó con la cabeza.

—No, no, los lingüinis están muy ricos —le aclaró a Rosselli mientras pinchaba la pasta con el tenedor—. Es este puto informe lo que me pone de los nervios.

—Y, eso, ¿por qué?

—Porque da pie a tantas preguntas como las que pretende responder, por eso.

—¿Cómo cuál, por ejemplo?

—Mira: la causa de la muerte es un envenenamiento grave con barbitúricos debido a una sobredosis de estos. Modo de la muerte, probablemente suicidio. Entonces, resulta que el experto en toxicología dice que el hígado contenía... veamos... doce miligramos por ciento de pentobarbital. Ese es el nombre químico del Nembutal. Vale, doce miligramos es como entre nueve y diez veces la dosis terapéutica normal. Pero la mujer también tiene hidrato de cloral. Que vuelve a ser demasiado, más de cinco miligramos por ciento en sangre. El hidrato de cloral es otro tipo de pastilla para dormir, puede que algo menos peligrosa que el Nembutal si se toma en exceso. Aun así, sigue teniendo entre diez y quince veces la cantidad que doña Sensatez suele recomendar para que cierres los ojos.

»Gracias por vuestra paciencia y aquí llega mi primera pregunta: ¿cómo tomó las pastillas? Es muy probable que necesitara un gran vaso de agua para tragárselas todas. Sin embargo, el único vaso que encontraron junto a la cama contenía whisky. Todos sabemos que el whisky les pega a los barbitúricos menos que a un cura dos pistolas, pero tampoco es que importe, porque no le han encontrado alcohol en sangre. Concedámosle el beneficio de la duda a la difunta señora Jefferson y digamos que se tomó las pastillas con agua mientras estaba en el cuarto de baño y que, después, se fue a la cama.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó Sorges.

—Te estás suicidando, Sherlock, ¿de verdad vas a pararte a ponerle

los tapones a los botes de pastillas y vas a volver a guardar los botes en el armarito? Los únicos botecitos que había con los tapones quitados eran los que estaban en la mesita, junto al vaso de whisky.

Rosselli señaló a Nimmo con el tenedor y dijo:

—¿Y si llevó los botes desde el cuarto de baño con la intención de tomar más pastillas con el whisky pero se murió antes de poder hacerlo?

—No es una mala hipótesis —admitió Nimmo—. Supongamos que eso es, exactamente, lo que sucedió. Un montón de píldoras consumidas al mismo tiempo, como el que come muchos caramelos de golpe, en vez de poco a poco. En ese caso, ¿por qué no vomitó? —Se puso más parmesano en la pasta—. No había vómito en ningún lado de la casa y menos aún en la cama, que es donde la encontraron. Las víctimas de los barbitúricos no siempre vomitan, pero suelen hacerlo si se los toman muy deprisa. Es esa prisa, esa precipitación por abandonar este mundo cruel lo que les hace vomitar y, a veces, les salva esa triste vida que tienen. Siempre y cuando no se asfixien con su propio vómito.

»Es posible, sin embargo, que se las tomara con el estómago vacío. De esa manera, su cuerpo habría sido más propenso a la rápida absorción de los barbitúricos, que podría ser la razón por la que no le dio tiempo a vomitar antes de perder el conocimiento. Pero, claro, eso nos lleva a otra pregunta. En su estómago no han encontrado residuos de cápsulas y, siendo así, el forense debería haberse planteado examinarle el duodeno e incluso el intestino delgado. Joder, que yo no me dedico a esto, pero si el estómago está vacío, ahí es donde encontrarás los fragmentos de las cápsulas de gelatina. Ahí, con toda la mierda. Puede que incluso des con una o dos píldoras sin digerir.

Rosselli suspiró y apartó el plato. Con el olor del queso parmesano en la nariz le resultaba demasiado fácil pensar en vomitar.

—Da igual. He comido mucho.

Se levantó de la mesa, se apoyó en la baranda del balcón y respiró hondo el aire de la Bahía Vizcaína.

—Así que el forense se ha dejado algunos detalles —dijo Sorges, que no parecía que hubiera perdido el apetito—. Vale, pero no entiendo en qué va a ayudarnos eso a dar con Jefferson.

—No lo entiendes porque no eres detective. Los polis que estropean pruebas... los forenses a los que se les pasan causas probables... Esa mierda es común en el método forense. Mira, yo lo único que intento es que nos hagamos una idea. Una idea tan fiel

como sea posible de lo que le ha llevado a marcharse sin dejar rastro. —Nimmo señaló los lingüinis de Rosselli y le preguntó—: ¿Te los vas a comer?

—Entre la caca y el vómito he perdido el apetito.

—¿Me los puedo comer?

—Por supuesto. —Rosselli se quedó mirando cómo Nimmo atacaba la pasta con entusiasmo y masculló—: Sí, sí, tienes una escupidera por estómago.

—Mi estómago solo sirve para este tipo de cosas —confesó Nimmo —. ¡Y en tierra, porque no vale de nada en el mar! Soy el único vecino de las islas Keystone que no tiene barco. Me pongo malísimo con las olas. Por eso acabé en Inteligencia durante la guerra, porque era un mal marinero. Como Jack Kennedy, vamos.

—¿Jack Kennedy era un mal marinero? —Sorges arrugó el ceño.

—Tú piensa que aquella lancha torpedera se hundió; y, además, por lo que tengo entendido, ese optimista de los cojones ni siquiera tenía que estar allí.

—No me hables de los Kennedy —soltó Rosselli.

—Sí, ya. —Nimmo se rio—. Ya he visto los periódicos. ¿Frank?

Sorges levantó la vista del plato.

—Imaginemos que eres la persona más interesante del mundo. Que eres un invitado habitual en *Ed Sullivan*. Dinah Shore te quiere en su espectáculo cada semana para chuparte la minga mientras le cuentas esas estupendas historias tuyas. Tab Hunter no se cansa de oír lo que tienes que decir. Tú lo que eres es un cuentista, amigo mío. Has ido a la tele para hablar de esa persona que es, quizá, tan interesante como tú: de Tom Jefferson. Bueno, puede que algo más interesante que tú, dado que es, como quien dice, un recluso. Los espectadores lo quieren saber todo acerca de vosotros. Da igual lo pequeño o insignificante que le parezca un detalle a alguien de unas proporciones estelares como las tuyas, nosotros queremos saberlo todo.

—Vale, me hago a la idea —comentó Sorges como de mala gana.

Nimmo sacó un bloc de notas y un lápiz y se preparó para escribir.

—Venga, todo lo que recuerdes. Para la posteridad.

Sorges se encogió de hombros y, dubitativo, empezó a contarle a Nimmo todo aquello de lo que se acordaba. No era un gran conversador y se repetía mucho cuando había un silencio. En ocasiones miraba al mar como si necesitara inspirarse y otras veces miraba su copa, que Nimmo mantenía llena de vino con la esperanza de soltar la agarrotada lengua de aquel grandullón. Sin embargo, a los

quince o veinte minutos, Nimmo se descubrió escondiendo un bostezo y empezó a hacerle preguntas a Sorges acerca de cosas que había dicho.

—Has comentado que no te parece que hubiera nada raro en Jefferson en esa última noche en Cayo Hueso excepto, quizá, que estuvo muy callado.

—Eso es, pero tampoco es que el tipo hable mucho. Desde luego, sería un mal invitado en el programa de *Ed Sullivan*.

—Pero seguro que de algo hablaríais. A ver, fuisteis a cenar. Tú y el otro, Bosch, el que dices que aún está en Cayo Hueso.

Sorges asintió.

—Bien, y ¿de qué hablasteis?

Sorges se encogió de hombros.

—De mujeres. De Cayo Hueso. De Hemingway. De las elecciones.

—Supongo que sería un gran admirador de Kennedy, teniendo en cuenta que su esposa trabajaba para los demócratas, ¿no?

—A decir verdad, me dio la impresión de que Kennedy se la traía al pairo.

—¿Dijo por qué?

—Por nada en concreto.

—¿Y no te sorprendió?

—En ese momento me dio bastante igual.

—Vale. Mujeres. Hablasteis de mujeres. ¿Hablaba de su esposa?

—Para nada. Estuvimos hablando de Marilyn Monroe. Le dije que yo prefería a Kim Novak o a Jayne Mansfield, pero él prefería a Marilyn. En un momento dado... —Sorges se quedó callado, como si estuviera pensando mejor lo que había estado a punto de decir.

—¿Qué?

—Nada.

—Seré yo quien juzgue si es nada —le soltó Nimmo de malos modos—. Sam Giancana me ha mostrado toda su confianza, Frank. No me gustaría tener que decirle que me dio la impresión de que ocultabas algo. —Nimmo se fijó en que Sorges y Rosselli se miraban y dio un aplauso fuerte—. ¡Venga, vamos, que es la hora del espectáculo en Grossinger! ¡Si de verdad sabéis patinar, poneos los putos patines y a ver qué sabéis hacer antes de que el hielo se derrita!

Rosselli asentía, como si estuviera permitiéndole a Sorges que lo contara todo.

Sorges le explicó a Nimmo lo de la cinta con Kennedy y Marilyn.

—El príncipe y la vedete, ¿eh? —comentó Nimmo—. Sí, tiene

sentido. Tiene que ser una cinta de la hostia, ¿eh, Johnny? Menudo jugo se le puede sacar a eso, ¿eh? Más del que le sacarías a un puto oso grizzly.

Rosselli sacudió la cabeza.

—De momento no hay jugo ninguno. No hay chantaje. Al menos, de momento. Kennedy ni siquiera sabe de la existencia de la cinta. Y ella tampoco. Digamos que es, más bien, una póliza de seguro. Por si acaso el presidente electo se echa atrás con el trato que tenemos. Mooney ayudó al viejo Joe Kennedy a escapar de una obligación que tenía con Frank Costello. Por no mencionar lo de las elecciones, que le entregó Illinois en bandeja de plata, tal y como le gustan las cosas al viejo Joe. A cambio, Jack y Joe prometieron poner fin a las investigaciones del Senado y a mierdas como esa.

Nimmo asintió con cara seria, bebió algo de vino y esbozó una mueca.

—De repente, este vino no sabe tan bien —comentó—. Empiezo a comprender por qué ha desaparecido el tal Tom Jefferson. Vosotros estáis jugando una partida de cartas muy seria. Aquí hay cosas muy gordas en juego. Creo que no voy a pedir cartas hasta que no oiga lo que sucede a continuación. ¿Puedo oírla? Me refiero a la cinta.

—Si crees que es necesario... Frank, ve a por ella.

—Pero está en casa —protestó Sorges—. En la caja fuerte, tal y como tú dijiste.

—Ve a por ella.

Mascullando en alto que aquello era como buscar una aguja en un pajar, Frank Sorges se puso de pie y entró en la suite arrastrando los pies.

Nimmo esperó a que se marchara y le preguntó a Rosselli:

—¿Dónde coño lo has encontrado?

—¿A Frank? Es un buen tipo.

—¿En serio?

—¿Te acuerdas de Norman Morgan?

—¿De Morgan el Pendencias? ¿El recadero aquel de La Habana?

Rosselli asintió.

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Fue él quien me lo presentó.

—¿Y confías en él?

—Compartimos el interés por liberar Cuba de los comunistas, ¿por qué no iba a hacerlo?

—No lo sé... pero es que Mooney me contó lo que le ibais a pagar a

Jefferson por cargarse a Castro. Puede que Frank haya pensado que también él puede encargarse de ello, teniendo en cuenta que es cubano y todo eso. Quizá se haya deshecho de Jefferson para quedarse con el dinero. O puede que lo vaya a repartir con el otro tipo, con el tal Orlando Bosch.

—Es una imagen surrealista, Jimmy.

—Es mi trabajo, enlazar fragmentos de vida que parece que no tengan nada que ver y dar forma a una nueva realidad. Todo me parece creíble excepto eso de que un reloj se funda.

Rosselli miró su reloj.

—¿Cómo nos entretenemos? ¿Echamos un gin rummy? Tardará cosa de una hora en volver

—No, gracias. —Nimmo cogió el segundo informe de la mesa y eructó—. Disculpa, pero es que no es habitual que tenga entre manos un tema tan interesante sobre el que reflexionar. —Abrió el informe y sacó la única hoja de papel que había, una hoja mecanografiada, y una fotografía—. ¿Es él?

—Sí. El resto de lo que hay ahí no vale de mucho. La información del coche del pistolero, números de cuenta de bancos extranjeros, su número de pasaporte... ese tipo de datos. Unos pocos cabos sueltos que he reunido para hacerte la vida un poco más fácil.

—Muchas gracias —le respondió Nimmo mientras volvía a meter el papel y la fotografía en el informe—. Dime, ¿se folló Kennedy a Marilyn aquí o en otro sitio?

—Te aseguro que en esta suite no hay ni mirillas, ni micrófonos, ni nada por el estilo. Yo diría que la grabación se hizo en una casa de Virginia, a las afueras de Washington. A ver, que ha habido muchas otras reuniones secretas, porque... si te digo la verdad... creo que esos dos se gustan de verdad.

Para cuando Sorges llegó con la cinta, algo menos de una hora después, Rosselli y Nimmo estaban viendo baloncesto en la televisión. Vieron el partido, en el que se enfrentaban Detroit y Los Ángeles, hasta el final y, luego, centraron su atención en la cinta que estaba a punto de sonar en el portátil Grundig de Rosselli.

—Se me ha olvidado comentarte —empezó a murmurar Sorges— que, en realidad, esta no es la cinta de Marilyn... pero es la que le puse a Jefferson. No pude conseguir la de Marilyn porque Johnny la tiene escondida en un lugar seguro.

—Un momento, ¿me estás diciendo que en esta cinta sale Kennedy follándose a otra? —preguntó Nimmo.

Sorges asintió.

—¿Cuántas putas cintas hay?

—Es que a nuestro presidente electo le gusta el folleteo tanto como a las gallinas poner huevos —comentó Rosselli—. Cuando estuve en Hollywood conocí a espadachines muy dotados, como Charlie Chaplin o Errol Flynn, pero nunca he conocido a alguien al que le vayan más los coños que a Jack Kennedy. Que no es que eso excuse lo que hizo Frank, que se tomó muchas libertades al dejar que Jefferson escuchara esta cinta.

—La verdad es que no se mostró nada interesado —apuntó Sorges mientras ponía en marcha la cinta—. Para él, o era Marilyn o no merecía la pena.

—Lo puedo entender —dijo Nimmo, que golpeó la pipa en un cenicero y empezó a rellenarla con tabaco.

No es que le resultara extraño el material que se obtenía grabando cintas que, por lo general, tendía a ser de índole sexual. Habiendo trabajado para la Oficina de Servicios Estratégicos y para el FBI, Nimmo a menudo había participado en casos que tenían que ver con el chantaje. En una ocasión había oído una cinta que demostraba que Eleanor Roosevelt y Lorena Hickock, una de sus mejores amigas, habían tenido una relación lésbica, pero, como no era una grabación de gran calidad, para Nimmo tampoco había quedado especialmente claro. En otra ocasión había oído una cinta del presidente Eisenhower en la que hablaba de su impotencia con Kay Summersby, su amante. A Nimmo le caía bien Ike, pero, por desgracia, aquella cinta sí que lo dejaba todo bien claro. Desde luego, era posible que Meyer Lansky estuviera chantajeando a J. Edgar Hoover, lo mismo que se sabía que él tenía fotos y grabaciones de todo el mundo, desde líderes de los derechos civiles al tío Louis, el preferido de la reina de Inglaterra. Por lo tanto, a Nimmo apenas le sorprendía que Jack Kennedy hubiera sido víctima de una operación de vigilancia secreta. Lo que sí le sorprendía era que la grabación fuera tan explícitamente sexual. Kennedy —su acento de Boston y su manera de hablar eran fácilmente reconocibles— era de esos a los que les gustaba que su pareja les dijera guarradas, por lo que animaba a aquella joven anónima de la cinta —«cariño», la llamaba él— a que se hiciera cosas con los dedos de él o a que le dijera qué hacer con la lengua o hasta dónde debía meterle la polla por la garganta.

Después de que concluyeran su encuentro sexual con gran escándalo —lo que, a entender de Nimmo, debía de ser una pesadilla

para los técnicos de sonido— y de que la conversación dejara atrás las prácticas sexuales y pasara a versar de política extranjera estadounidense, Rosselli le hizo un asentimiento a Sorges, que se puso de pie y apagó la máquina.

—Espero que haya satisfecho tu curiosidad —le dijo Rosselli a Jimmy—. Jack, desde luego, parece que se quedó muy satisfecho.

Nimmo no dijo nada, chupó su pipa, pensativo, y arrugó el ceño.

Después de dos minutos de silencio, Rosselli encendió un cigarrillo y dijo:

—¿Qué pasa, Jimmy? ¿Qué le pasa al gran detective? Aquí hay poco de eso de «elemental, querido Watson», ¿no? Aquí ha habido más «alimentación». De hecho, yo diría que la muchacha esa se ha bebido un litro de presidente electo.

Nimmo no le oía. Al cabo de un rato dio la sensación de que salía de su proceso de pensamiento, respiró hondo, dejó a un lado la pipa y se puso de pie.

—Disculpadme. Vuelvo en unos minutos.

Y, nada más decir aquello, salió de la suite.

Rosselli miró a Sorges y puso cara rara; no tenía claro si Nimmo se había marchado porque estaba molesto por lo que había oído.

Sorges se encogió de hombros y comentó:

—¡A mí que me registren!

Cuando Nimmo regresó, cosa de diez minutos después, volvía con la caja de cartón en la que había guardado todo aquello que había recolectado en casa de Jefferson y que había llevado en el maletero del coche.

Rosselli volvía a estar viendo la televisión.

—¿He dicho algo que te haya molestado? —Apagó la televisión—. No tenía claro que fueras a volver.

Nimmo le tiró a Sorges una de las cintas de la caja.

—Ponla. —Era una orden.

Sorges metió la casete en la máquina y pasó la cinta por la cabeza grabadora. Luego pulsó el «play» y volvió a su asiento.

«La campaña anterior a la convención ha terminado. Para los candidatos es el momento de la unidad. Hace tiempo que somos amigos y sé que nunca dejaremos de serlo. Siempre hemos apoyado al nominado por el partido y sé que lo haremos en 1960».

—¿Quién es, Jimmy? —preguntó Rosselli—. ¿Eleanor Roosevelt?

—Calla y escucha.

«Porque todos somos demócratas, no norteños o sureños.

Demócratas, no liberales o conservadores...».

Nimmo miraba a Rosselli y a Sorges en busca de algo que indicase que entendían lo que estaban oyendo.

—¿Es que no os dais cuenta? —les gritó—. ¿Es que no os suena?

—¿El qué, por amor de Dios?

—¡Es ella, joder! ¡Es la joven de la cinta! ¡La que se folla a Kennedy! «¡Puedes hacerme lo que quieras, Jack! ¡Puedes metérmela por el culo si quieres, Jack! ¡Soy tu esclava!». ¡Es ella! ¡Joder, subnormales, ¿es que no os habéis dado cuenta todavía?! ¡Es la misma chica que se está follando Kennedy en la cinta que me habéis puesto! ¡Es la esposa de Tom Jefferson!

Una hora después, Rosselli colgó el teléfono. Había estado explicando el asunto a los de Nevada.

—Hace unos meses, a finales de mayo, diría yo, puede que a principios de junio, Jefferson y su esposa visitaron el Cal-Neva Lodge en el lago Tahoe invitados por un tal Irving Davidson. Davidson es la cabeza visible de una organización judía de Meyer Lansky, Moe Dalitz y el Shin Bet, ya sabéis, la inteligencia israelí. Fue él quien llevó a Adolf Eichmann a Jerusalén para que pasara allí unas largas vacaciones. La cuestión es que querían que Jefferson se encargara de otro criminal de guerra nazi en Argentina. Pero Moe y Lansky no podían dejar otro negocio con el que estaban en las Vegas, así que le pidieron a Jefferson que se acercara allí para cerrar la contratación. Su esposa se quedaría en el Tahoe esa noche y se lo pasaría en grande, con todos los gastos pagados, cortesía de Moe y los demás. Y eso fue lo que vino a pasar. La cuestión es, ¿a que no sabéis quién apareció en el Cal-Neva Lodge inesperadamente y con ganas de rocanrol? Kennedy, Sinatra y el resto del *rat-pack*.

»A Skinny D'Amato, que es el director del Lodge, le piden que les lleve unas chicas para una fiesta en la cabaña de Kennedy y, claro, invita a Mary Jefferson. ¡A ver, ¿quién no lo haría?! ¡La muchacha estaba tremenda! A Kennedy también se lo parece. Los dos se lo pasan en grande el uno con el otro y, de pronto, están ambos a solas en el dormitorio de Kennedy... que tiene micros porque Kennedy se corre muchas juergas allí con todo tipo de jovencitas. Actrices, chicas de alterne, de todo. Lo único que tiene que hacer Skinny es lo de siempre, pulsar una serie de botones. Ni siquiera el de sonido, Bernie Spindel, tiene por qué estar presente. Lo demás ya lo habéis oído. *De aquí a la*

eternidad con de todo... menos con el océano y los trajes de baño.

Nimmo asintió serio y dijo:

—Así que Tom Jefferson llega con la intención de escuchar una cinta de lo más entretenida en la que sale nuestro futuro presidente follándose a Marilyn Monroe y, en cambio, lo que oye es la versión de la mafia del *Dick Clark's American Bandstand*.

—¡Cómo coño iba yo a saberlo! —protestó Sorges.

—¡Es una grabación en la que Kennedy se la mete por el culo a su propia esposa! Dios bendito, Frank, ¿es que no comentó nada?

—Ya os lo he dicho, se quedó callado y se comportó como si estuviera decepcionado porque no se tratara de Marilyn. O, claro, a mí me pareció que la cara de decepción se debía a eso.

—¿Hasta dónde escuchó la cinta?

—La escuchó toda. Se quedó sentado, bebiendo... que bebió bastante, ahora que lo pienso... fumando mucho y escuchando muy atentamente.

—¿Por qué sería? ¿Y tú? Tú, ¿qué hiciste?

Sorges tenía cara de avergonzado.

—Bebí... hice algunos chistes... No sé. Me reí mucho. Él, en cambio, no se rio nada, pero, claro, como es francotirador... supuse que era normal. Da la sensación de que los francotiradores no vayan a tener mucho sentido del humor, ¿no? Se quedó ahí sentado y, cuando la cinta acabó, se fue a casa.

—Eso fue el 9 de noviembre, ¿verdad? —preguntó Nimmo.

Sorges asintió.

—Y, entonces, dos días después estáis en Cayo Hueso, preparándoos para ir a Cuba, que es, más o menos, cuando le perdéis la pista.

Sorges volvió a asentir.

—Y entonces encuentran muerta a la esposa —comentó Nimmo con sorna—. Amigos, esa cadena de causalidad es más típica que decir que la caída de la manzana representa la existencia de la gravedad.

—¿Estás diciendo que Tom Jefferson mató a su propia esposa? —preguntó Rosselli.

—Ya has oído la cinta. Esas cosas pasan. Además, no es que el tipo sea Billy Graham. Este se dedica a matar gente.

—Sí, pero ¿cómo? —preguntó Rosselli—. En el informe del forense pone que no tiene morados en la cara... en la boca... así que, ¿cómo la obligó a tomar las pastillas?

—No lo sé. Con una aguja.

—Además —empezó a decir Sorges—, estuvo conmigo la noche en la que ella murió. Habría tenido que viajar a Miami, en mitad de la noche, matarla y volver a Cayo Hueso a tiempo para que la policía lo encontrase en la habitación de su hotel cuando le llamaron con las malas noticias.

—Tú lo has dicho —Nimmo, que estaba disfrutando de la consternación de los otros dos, se encogió de hombros—. Puede que eso sea, exactamente, lo que hizo. Mira, no conozco todas las respuestas; al menos, todavía. De hecho, ni siquiera tengo claro que a ella la asesinaran, que es algo que tampoco sabré hasta mañana. —Nimmo consultó su reloj—. Voy a ver si consigo que alguien me acompañe al depósito y le eche otra ojeada al cadáver. Alguien bueno de verdad y que sepa mantener la boca cerrada. Puede que, entonces, sea capaz de responder a algunas de estas increíbles dudas sin resolver.

—A ver, entiendo que la matara —musitó Rosselli—. ¿Por qué no? Muchos hombres asesinan a su esposa. ¡Joder, no se puede decir que sea inhabitual en Estados Unidos! No es que el tipo sea comunista o algo así, pero es que lo de Castro... eso era para el Gobierno. Era un asunto de seguridad nacional. Podría haberla matado y a nadie le habría importado una mierda. Es muy probable que incluso nosotros le hubiéramos ayudado a deshacerse del cadáver si nos lo hubiera pedido. Seguro que eso lo sabía. Ahora bien, eso de bajarse en marcha del encargo... eso es un abandono del deber.

—¡Es un mercenario, por amor de Dios, ¿qué coño le importará a él el deber?! —soltó Nimmo—. Mira, sabré algo más mañana por la mañana.

—Muchas gracias, Jimmy. Llámame, ¿eh?

—Por supuesto.

Nimmo bajó al coche, cruzó el puente Rickenbacker una vez más y se dirigió al norte por Biscayne Boulevard, de regreso a la casa de Jefferson, en Miami Shores. Ahora que tenía el posible motivo del asesinato, había una cosa en la casa a la que quería volver a echarle una ojeada. No era más que un garabato en una revista y ojalá hubiera hecho caso a su instinto, que le había dicho que guardara la revista en la caja junto con todo lo demás, pero aquella era una investigación de naturaleza criminal, lo que significaba que era cambiante, que evolucionaba de tal manera que, a veces, las pruebas no parecían muy consistentes.

No había cerrado la puerta de atrás, así que tan solo tardó un par

de minutos en coger la revista, que era un ejemplar de un *Time* de 1957. Luego, condujo en dirección sur hasta el Luau, que era un restaurante chino que había en el puente de la calle Setenta y nueve. El sitio, decorado como si se tratase del escenario de una película sobre Singapur, lo llevaban un par de judíos, Joey Cohen y Jerry Brooks. Nimmo era habitual de aquel sitio y, a pesar de que acababa de meterse dos platos de lingüinis entre pecho y espalda, aún le quedaba sitio para un poco de cerdo agridulce. No obstante, si había ido allí era para valerse de los conocimientos de Yat, el camarero chino, que era quien le iba a decir qué significaba aquel símbolo de la portada del *Time*.

Eran las nueve y cuarto cuando por fin llegó a casa, cansado y, a pesar de haberse hecho el chulo con eso de que tenía el estómago como una escupidera, con una ligera indigestión. Llamó a un amigo médico que tenía para que le encontrara a un patólogo que le hiciera una autopsia privada a Mary Jefferson y, después, cogió un botecito de antiácidos y se sentó frente a la televisión para ver *El show de Lawrence Welk*. Su amigo el médico no tardó en devolverle la llamada para decirle que todo estaba arreglado y, a continuación, Jimmy vio el boxeo, una pelea de los pesos medios entre Henry Hank y Gene Armstrong. Cinco minutos después de que hubiera terminado el combate era incapaz de recordar quién había ganado. Cinco minutos más y estaba en la cama, durmiendo.

A las seis en punto de un domingo por la mañana, Miami es tan luminoso y está tan vacío y sin vida como un cuadro de Giorgio de Chirico. Una luz dura llena las calles desiertas de sombras y hay en el ambiente una extraña sensación de partida, como si a los habitantes de la ciudad se los hubiera comido un organismo alienígena llegado de otro planeta.

Jimmy Nimmo, sentado en su Chevy Impala azul descapotable en la avenida Doce con la calle Dieciocho, estaba pensando en la carne y en su fragilidad, pero no por donde se encontraba —en los alrededores del hospital Jackson Memorial—, sino por la profesión de la persona a la que estaba esperando. Encendió un cigarrillo y, mientras miraba por el retrovisor, vio que un hombre se le aproximaba caminando a paso rápido desde el hospital de veteranos. Se quedó observándolo y, en un momento dado, encendió el ocho cilindros en uve del Impala, metió marcha atrás y, haciendo chirriar aquellas ruedas de banda blanca que

llevaba su coche, se aproximó a la figura que se le acercaba a él a su vez.

—¿Es usted Dan Hill? —le preguntó, porque, a su entender, una persona que parecía mucho más joven que él no podía ser un médico cualificado.

El joven, que llevaba un traje barato, barba y el pelo tirando a largo, y que resultó que era estudiante de medicina forense en la Escuela de Medicina de Miami —la mayoría de sus estudiantes hacían las prácticas en el Jackson Memorial—, parecía indígena del Greenwich Village de Nueva York; es decir, una especie de beatnik. Aquella fue la primera impresión del policía, pero resultó que había dado en el clavo.

—Sí, y ¿es usted Nimmo?

—En efecto. Suba.

Hill tiró una bolsa de vuelo de Bonanza Air al asiento de atrás del Impala y subió al coche.

—Bonitas ruedas —comentó con voz aguda—. ¡Es todo un cochazo! ¿Cuánto coge cuando le pisa a fondo?

—Un poco más de los ciento treinta.

Nimmo pisó el pedal y salieron hacia delante con una sacudida.

Hill se inclinó hacia el volante para echarle una ojeada al velocímetro.

—El velocímetro marca 190, así que es probable que los 160 los coja fácil —comentó.

—¿Le gustan los coches?

—Sí. Estoy intentando reunir la pasta para comprar un Corvette Coupé del 56 que he visto. Dos litros con seis, doscientos veinticinco caballos. ¡Es un coche chulísimo! —Encendió un Marlboro y tiró la cerilla—. Dígame una cosa, ¿alguna vez ha visto una autopsia?

—Alguna. Ahora, dígame usted otra, solo para cerciorarme de que realmente es forense y no un guardia nocturno que está intentando ganar un dinero fácil.

—Dispare, pero puedo enseñarle mi carné de conducir si quiere. En él pone que soy médico. Igual que Ben Casey. En cuanto a si soy forense, va a tener que aceptar usted mi palabra hasta que lleguemos al depósito de cadáveres. Allí me verá en acción. Además, resulta que el forense jefe del condado de Dade también es el jefe de mi departamento. Mi profesor, si lo prefiere. Pero usted pregunte, pregunte.

—Había un detalle en el informe que hizo el forense. Un tipo

llamado Hunt. ¿Lo conoce?

—¿Bill Hunt? Sí, es un buen tipo.

—Decía que la fallecida había padecido una cosa que se llama ETS. ¿Qué es exactamente?

—Una ETS es una enfermedad de transmisión sexual.

—¿Una enfermedad venérea?

—Eso es. Hay muchas ETS. Es una manera genérica de llamar a la hueste de desórdenes bacterianos del Señor. La mayoría de las mujeres son asintomáticas, lo que significa que normalmente no saben cuándo están infectadas... porque todo está sucediendo dentro de su chocho. Los hombres sí que nos damos cuenta, porque a nosotros nos pasa por fuera. Las mujeres tienen que confiar en que su pareja sea honesta y se lo diga. Y por eso se desmorona el sistema. En cualquier caso, curar una ETS es bastante sencillo. Suele bastar con administrar penicilina. Ahora bien, si no se trata puede provocar esterilidad. Hay muchas y, con cuantos más hombres te acuestes, más probabilidades tienes de pillar una infección. Si se va de fiesta, amigo, le recomiendo que se ponga una gomita, de lo contrario, podría pasarle algo chungo a la señora Nimmo —se rio de manera desagradable.

—No hay ninguna señora Nimmo —apuntó Nimmo tras vencer la necesidad que sintió de pegarle un puñetazo en la boca al joven. Se preguntó si Mary Jefferson habría cogido una ETS durante su escarceo amoroso con Kennedy. Por lo que le había contado Rosselli, a Jack Kennedy le gustaba una fiesta más que a un tonto una boina y, si podía ser con diferentes mujeres, mejor. Y, desde luego, no recordaba que en la cinta hubiera oído nada de preservativos. Y claro, parecía más probable que fuera él quien se la había pegado a ella que al revés.

—Ira le ha dicho que por esto cobro doscientos cincuenta, ¿verdad?

—El dinero está en la guantera —comentó Nimmo—. Cójalo cuando quiera.

Hill pulsó el botón con el índice, dejó que el compartimento cayera y cogió el sobre que había dentro. Contó el dinero y asintió.

—Muy bien, amigo. Muy bien. Por cierto, ¿cómo es que Ira Fellner conoce a alguien como usted?

—Le hice un favor en una ocasión. Lo saqué de un problema en el que estaba metido.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tipo de problema?

—Del tipo en que uno se da cuenta de que es mejor no preguntar lo que no debe.

—Eeeh... tranquilo, amigo.

Minutos después llegaron al Palacio de Justicia y bajaron al sótano, donde los recibió el mismo ayudante al que había untado Rosselli para que les consiguiera el informe de la autopsia. Con Dan Hill bien atento a la jugada, Nimmo le dio otro sobre al ayudante, un sobre que contenía cien dólares.

—Vaya con John D. Rockefeller, ¿eh? —bromeó Hill.

—Les está esperando en la mesa uno —respondió a aquello el ayudante.

—Como Tony Sweet —dijo Nimmo—. Muchas gracias.

—Un forense entrará a las nueve para hacerse cargo del turno del domingo, pero tienen que haberse ido ustedes para las ocho, ¿de acuerdo?

—Por mí vale —comentó Hill, que dejó en el suelo la bolsa que había traído y sacó dos batas, dos mascarillas y dos pares de guantes —. Póngase esto —le dijo a Nimmo—. Además de que protegerá su ropa, les resultará más difícil darse cuenta de que no somos de aquí si nos pillan *in fraganti*.

En una estancia sin ventanas y cubierta con un plástico, Mary Jefferson yacía en una mesa alta de acero inoxidable equipada con un grifo y un sistema de drenaje. Hill retiró el plástico y dejó a la vista el cuerpo desnudo, con el pecho y la tripa cosidos a toda prisa en la autopsia anterior. Parecía la novia de Frankenstein. Para sorpresa de Nimmo, aquella cara, tan bonita en su día, estaba muy amoratada, como si hubiera tenido que enfrentarse en varios asaltos a Floyd Patterson.

—¡Por Dios! —comentó entre dientes—. Su cara...

—No se desmaye, ¿eh?

—Estoy bien —soltó Nimmo molesto—. Es solo que en el informe de la autopsia decía que no había pruebas de que nadie la hubiera obligado a tragar nada... pero parece Ingemar Johansson.

—¡Ah, eso! Es probable que fuera el anterior forense. Seccionaría los músculos faciales durante la extracción del cerebro. La cara se queda como la piel de un aguacate. Es bastante común que a raíz de ello se produzca una decoloración así. Bueno, a ver, dígame, ¿qué es lo que tengo que buscar?

—Marcas de agujas. Busque marcas de agujas.

Hill buscó en los antebrazos durante varios minutos antes de empezar a prestar especial atención a una de las muñecas.

—¿Ha dado con algo?

—No es una marca de aguja... es más bien una quemadura por fricción.

—¿Cabe la posibilidad de que la ataran?

—Cabe.

—Siga buscando.

Hill sacó una lupa de la bolsa y empezó a buscar marcas de agujas por el resto del cuerpo de Mary Jefferson. Mientras estudiaba las axilas, entre los dedos de los pies, el nacimiento del pelo, la vagina e incluso debajo de la lengua, Nimmo le habló de alguno de los detalles que no le cuadraban del informe original.

Hill escuchaba mientras trabajaba y, en un momento dado, dijo:

—Sí, es posible que le administraran una dosis letal de barbitúricos inyectándosela, pero lo que ha dicho del hígado... eso no lo veo probable. Los barbitúricos tendrían que haber pasado un tiempo en su cuerpo para que el hígado los absorbiera, pero es que una sobredosis, con el tipo de cantidades que usted me está indicando... le habría causado una muerte demasiado rápida como para que llegaran al hígado. —Dejó la lupa y negó con la cabeza—. Además, soy incapaz de dar con ningún pinchazo de aguja hipodérmica y, como usted mismo ha visto, he mirado por todos lados. —Suspiró, se bajó la máscara y encendió dos cigarrillos al estilo de *La extraña pasajera*; uno para él y otro para Nimmo—. Qué chavala tan potente, ¿eh? Y eso que está claro que tiene algo de chinita y algo de negrita. ¡Ahora bien, está muy buena, ¿no se lo parece?!

Nimmo cogió el cigarrillo y le dio una calada para que cobrara vida, agradecido por el refugio que encontró en el humo frente al olor a formaldehído.

—Con ella le daría otra oportunidad al matrimonio. Aunque sea por el perro.

—Fóllesela si quiere, abuelo. Hay quien lo considera una de las ventajas de este trabajo.

—No, gracias. Me gusta que las mujeres tengan algo más de vida, incluso a mi edad.

Hill soltó el humo entre risitas.

—¿Qué es usted, mariquita o algo así? Mírela... ¡está tremenda! Si es usted de los tímidos, pues les dejo a solas.

—Es usted un verdadero gilipollas, Dan.

—¡Eso me recuerda una cosa! Hay otra manera en la que se podría haber administrado una dosis fatal. Se la podrían haber introducido por el colon.

—¿Se refiere a metérsela por el culo? ¿Cómo... con un supositorio?

—Eso es. Que se trate de una salida no quiere decir que se pueda excluir la entrada, amigo mío. ¿Qué dice Sherlock Holmes en *El signo de los cuatro*? «Cuando has eliminado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, tiene que ser la verdad». Eso es un axioma para los forenses. Como quien dice, te lo tatúan en la polla cuando estás estudiando medicina forense. —Hill le dio una última calada al cigarrillo y lo tiró por el sumidero—. Venga —empezó a decir mientras la cogía por la pelvis—, ayúdeme a darle la vuelta.

Nimmo puso las manos debajo de los hombros del cadáver y, juntos, los dos hombres le dieron la vuelta. A continuación, Hill buscó algo en su bolsa Bonanza mientras comentaba:

—La membrana anal absorbería rápidamente la medicación y esta pasaría al torrente sanguíneo. Eso explicaría por qué el estómago estaba vacío. —Sacó un par de fórceps pequeños de la bolsa—. Bueno, abuelo, va a tener que abrirle usted los cachetes del culo para que yo le meta los Emmett y eche una ojeada dentro del ano. ¿Se ve capaz?

—Claro —respondió Nimmo, que también tiró su cigarrillo en el sumidero—. Estoy acostumbrado a sujetar a mujeres para otros hombres.

Pero, en cuanto Hill empezó a investigar el ano y el colon de Mary Jefferson, Nimmo apartó la mirada.

—Vamos a tomar una muestra antes de nada —comentó Hill—, por si acaso dañamos la zona. Si utilizaron un supositorio, es probable que aún queden restos.

Sin dejar de mirar por encima del hombro, Nimmo gruñó.

—En lo que al colon se refiere, lo cierto es que parece que esté bastante descolorido —informó Hill como pensativo—. El daño está bastante cerca del recto. Parece magullado y púrpura, lo que encajaría con que le hubieran metido algo por el culo. Y también hay bastante congestión.

—¿De mierda?

—No, de tráfico.

Nimmo esbozó una mueca por debajo de la máscara.

El asunto empezaba a oler mal una vez más. Muy mal.

—A ver si puedo conseguir una muestra con un Lockhart. Ahora bien, no podré estar seguro hasta que no le haya hecho unas pruebas en el laboratorio, aunque yo diría que hemos dado con la clave, por así decirlo. *El enema en casa*. —Hill tosió un poco y se rio de su propio chiste—. ¿Ha leído el libro?

—¿Qué libro? —preguntó Nimmo mientras sentía arcadas.

—*El enemigo en casa*, de Robert Kennedy. Habla de Hoffa, de sus camioneros y de toda esa mierda. Está bastante bien. —Hizo una pausa mientras forcejeaba con las Emmett—. ¡Lo tengo! Bueno, vaquero, ya puede soltarle el culo. —Con cuidado, Hill puso la muestra en un botecito y, después, consultó su reloj—. Hay que darse el piro. —Al ver que Nimmo lo miraba como si no le comprendiese, aclaró—: Que tenemos que irnos antes de que los tres osos lleguen preguntando por su sopa. Podríamos ir al laboratorio a hacer unas pruebas del zurullo y de la muestra que he tomado.

—¿Cuánto tiempo le llevará?

—No mucho. —Hill se bajó la máscara y sonrió—. Puede que incluso lo tenga para el servicio matutino.

Cogieron el coche y volvieron al Jackson Memorial. Fueron a un laboratorio del Departamento Forense, donde Dan Hill se puso manos a la obra de inmediato. Nimmo se quedó sentado, leyendo el periódico. Jack Kennedy volvía a salir en la página frontal del *Times*, como el día anterior. En esta ocasión, al presidente electo lo retrataban en el hogar que los Kennedy tenían en Palm Beach con Stuart Symington, senador de Missouri, y con George Smathers, senador de Florida. Nimmo se preguntó si Kennedy o Smathers sabrían que Mary Jefferson había muerto. Desde luego, seguro que alguien se lo había comunicado a Smathers; al fin y al cabo, la mujer trabajaba para él. Era probable que alguien se lo hubiera dicho también a Kennedy; al fin y al cabo, se la había follado. Se preguntó si Kennedy se habría mostrado tan optimista en caso de haber sabido lo de la cinta y a lo que le estaba dando vueltas Nimmo en la cabeza.

—A su amiga la asesinaron, no hay duda —aseguró Hill mientras salía del laboratorio vacío—. He encontrado niveles anormales de Nembutal puro e hidrato de cloral tanto en el frotis como en la muestra. Con esas cantidades *ad anam*, estaba claro que moriría y, probablemente, muy rápido. No me extrañaría que hubiera fallecido en un par de horas.

Nimmo asintió. «Bien», pensó, porque eso le dejaba a Tom Jefferson mucho tiempo para conducir desde Cayo Hueso, introducirle el supositorio a su esposa y volver a coger el coche. Intentó imaginar la escena en la que Jefferson había llegado a casa en mitad de la noche. Era probable que ella hubiera estado dormida. Antes de que la mujer se diera cuenta de lo que pasaba, él la habría atado y la habría amordazado, le habría metido el supositorio por el ano y,

sencillamente, habría esperado a que las drogas hicieran efecto, la habría desatado y de vuelta a la carretera. Era, sencillamente, brillante. Tal y como lo habría hecho alguien capaz de matar a sangre fría.

Nimmo sacó la cartera y le dio más dinero.

—¿Y esto?

—Para que esté callado.

—Amigo, eso se daba por sentado en cuanto acepté el trabajo —respondió Hill mientras guardaba el dinero en el bolsillo—. Realizar una autopsia no autorizada no es, precisamente, una de esas cosas que vayas contando por ahí, pero gracias de todos modos. Gracias —comentó Hill con una sonrisa.

—Queda un detallito.

—¿El qué, abuelo?

Nimmo le pegó un puñetazo en el estómago a Hill como solo lo pega esa gente para la que la violencia es un trabajo a jornada completa. El puñetazo dejó a Hill sin aire e hizo que se cayera de culo, resollando como si le hubieran disparado en las tripas.

—No me gusta que me llamen «mariquita». Como no me gusta lo más mínimo que alguien considere que podría ser un puto necrófilo. No me gusta que me mencionen a mi ex y no me gusta que me llamen «abuelo». No me gustan los hombres con el pelito largo. Aun así, me gustaría darle un consejo médico. No, mejor dicho, un consejo forense. —Nimmo cogió a Hill por la mejilla como si estuviera jugando con él —. Tiene usted una boca muy grande, hijo. Manténgala bien cerrada o podría acabar sufriendo una muerte prematura. ¿Lo comprende?

—Y así es como asesinaron a Mary Jefferson.

Nimmo y Rosselli estaban en el Gallagher's, un restaurante dirigido por un afable exfiladelfio llamado Joe Lipsky. Situado unas pocas manzanas al norte de la casa de Nimmo, en las islas Keystone, en la calle Ciento veintisiete, el policía lo consideraba una segunda casa y llegaba a comer allí entre cuatro y cinco veces a la semana. Las colas de langosta danesa eran las mejores de la ciudad, pero, a menudo, Nimmo prefería algo más cotidiano. En especial le gustaba un plato que tenías que prepararte tú mismo y en el que te servían una patata asada con una bandeja de crema agria, cebollino, cebolla en tiras y beicon, de manera que podías hacerte un Idaho a tu gusto.

—Es una historia fascinante —comentó Rosselli cuando Nimmo

acabó de hablar— ¡e ingeniosa!

—Sí. Estaría bien tenerla en cuenta cuando quisieras acabar con una fulana. Un arma del crimen que se disuelve. He estudiado todos los botes de medicinas que cogí en su casa. Todos tenían la etiqueta de alguna farmacia excepto uno.

—Eres muy concienzudo. Estoy impresionado. Desde luego, Meyer estaba en lo cierto contigo.

Con la boca llena de patata y sin dejar de mirar en la pantalla del televisor el partido de fútbol americano entre los Houston Oilers y los Denver Broncos, Nimmo se encogió de hombros como con modestia y tragó.

—¿Y dónde está el amigo de Morgan el Pendencias?

—¿Quién, Frank? Está en Cayo Hueso. Hay problemas en La Habana.

—Pues como siempre, ¿no? He leído en el periódico que alguien ha puesto una bomba en Los Precios Fijos. Hasta yo he comprado en esos grandes almacenes. Como sigan pasando cosas como esa, no va a quedar nada para cuando volváis.

Rosselli asintió.

—Suelo estar de acuerdo contigo. Si por mí fuera, limitaría nuestras actividades allí, incluso lo de deshacernos de Castro. Las bombas les tocan los huevos a todos; incluso a los que odian a los comunistas. —Rosselli encendió un cigarrillo, ignorando su propia patata. Sus gustos no tenían nada de sencillo—. Bueno, y ahora ¿qué?

—No te va a gustar.

—Soy antichoque. Me llaman Rolex.

—Si te dijera que el Congreso va a prohibir el acto sexual no te gustaría menos.

—Teniendo en cuenta mi vida sexual, sigo sin estar preocupado.

Nimmo apartó su plato, se recostó en la silla y encendió un Lucky Strike. Con el cigarrillo como si de un colmillo se tratase, extendió una hoja de papel arrugado en la mesa—. Prueba uno, el pueblo contra Tom Jefferson.

Rosselli cogió el papel y lo leyó a toda prisa:

—C.B. / P.B. / H.H. / B.M. / G.D. / S.M. / M.V. / H.P. / N.Y. / J.C. Iniciales. No sé, ¿amigos de Jefferson quizá? —Se encogió de hombros —. No, puede que no. Es improbable que un lobo solitario tenga tantos amigos. Aunque sigue sin quitarme el sueño.

—Eso es lo que yo había pensado, que eran las iniciales de gente que conocía Jefferson. Ya ves que algunas de ellas están subrayadas y

que al lado de otras hay un símbolo de interrogación. La cuestión es que ya sé qué significan. La respuesta me miraba a los ojos cada vez que leía el periódico.

—Bueno, y, ¿quiénes son?

—Quiénes no, qué. Por orden: la Casa Blanca, Palm Beach, Hickory Hill, Boston Massachusetts, Georgetown Delaware, Santa Monica, McLean Virginia, Hyannis Port, Nueva York y Johnson City.

—Vale, te lo compro. ¿Y qué?

—Jack Kennedy. Él es el factor común.

—¿Santa Monica?

—La casa de Peter Lawford, su cuñado.

—¿Y McLean Virginia?

—Bobby.

—¿Johnson City?

—Lyndon Johnson.

—A ver si lo entiendo, ¿me estás diciendo que encontraremos a Tom Jefferson en uno de estos sitios?

—Yo diría que solo en los que tiene subrayados, es decir: Palm Beach, Boston, Georgetown, Hyannis Port y Nueva York.

—Sí, bueno, eso reduce mucho la búsqueda... —Rosselli esbozó una mueca.

—Prueba dos, el pueblo contra Tom Jefferson. —Nimmo desdobló su periódico y dejó a la vista el ejemplar de la revista *Time* que había cogido de casa de Jefferson. Jack Kennedy los observaba desde la cubierta, atractivo y bronceado. Ya en 1957, el senador de Massachusetts había tenido un aspecto eminentemente presidencial.

—Kennedy siempre ha sido un guaperas, vale —Rosselli se encogió de hombros—. Lo pillo, pero ¿qué tendría que estar viendo?

—El simbolito que hay en el centro de la frente de Kennedy es un ideograma chino. Se lee «*sei*», que significa «cuatro», y es un número muy desafortunado porque también significa otra cosa. En chino, «*sei*» también significa «muerte». Mary Jefferson era medio china, pero yo diría que fue Tom Jefferson quien lo escribió, porque encontré la revista entre sus cosas, no entre las de ella.

—Un minuto... —empezó a objetar Rosselli incrédulo—, ¿qué es lo que estás queriendo decir, Jimmy?

—Mira, Johnny, préstame atención, porque yo no soy un paleto de Oklahoma de esos a los que les gusta ir a *Play Your Hunch*... el concurso ese de pistas. Soy yo, Jimmy Nimmo, lo más parecido que hay a Daniel Boone. No te confundas, estas son unas pistas de la

hostia. No necesito leer los diarios personales de ese tipo para saber lo que está planeando. Es un asesino a sueldo, uno muy bueno. Uno contratado para matar a Castro por la mafia y el Gobierno en comandita. Entonces descubre que el presidente electo de ese Gobierno se ha tirado a su esposa y, lo que es peor, que está grabado en una cinta para que todos puedan disfrutar la experiencia. A su esposa la asesinan y él desaparece y deja en el aire el encargo de lo de Castro. Ahora añades las pruebas uno y dos y tienes a John Wilkes Booth en el puto Ford's Theater.

—Eso fue hace mucho tiempo. Hoy en día los presidentes están mucho mejor protegidos.

—Te estás olvidando de McKinley, al que el anarquista Leon Czolgosz disparó en Buffalo el 6 de septiembre de 1901. ¿Y cuándo le dispararon a Tony Cermak aquí, en Miami? ¿En el 33? Y el que lo hizo, un tal Zangara, que con facilidad podría haber matado a Roosevelt, que estaba sentado al lado de Cermak. Además, Kennedy no es presidente todavía. Mientras no esté viviendo en la Casa Blanca es un objetivo fácil para cualquier zumbado con un arma. Además, ahora mismo es la pesadilla para el Servicio Secreto, porque tiene que viajar de aquí para allí para reunir su gabinete al tiempo que disfruta del brillo de su mandato. Es su luna de miel con los estadounidenses. ¿Por qué iba a pensar que alguien lo odia tanto como para asesinarlo si aún no ha hecho nada? Nada malo, al menos. Excepto, claro está, follarse a la esposa de un asesino a sueldo de primer nivel.

—No disparas al presidente de Estados Unidos porque un día se folló a tu esposa.

—Mira, Johnny, te voy a decir una cosa, en lo que respecta a razones para que un tipo dispare a otro, no la hay mejor que esa. Que un hombre sea presidente no lo hace menos hombre. ¿Que eso de que se follara a su esposa es un motivo muy sencillo? Te lo aseguro, no necesitas nada más complicado. Al menos, no en este caso. Y me atrevería a decir que Jefferson podría armarse con un montón de razones adicionales. Kennedy es blando con el comunismo. Le gustan demasiado los negros. Nos va a vender a Asia Oriental. En cualquier caso, la conclusión es la misma. Estoy convencido.

Rosselli, preocupado, se pasó una mano por su pelo plateado.

—No sé, Jimmy... sigue sin convencerme. Estas pruebas tuyas... siguen pareciéndome circunstanciales.

Nimmo se encogió de hombros:

—Pequeños hechos o detalles, la situación de una persona,

conclusiones que se pueden extraer de su entorno lógico, de su carácter... eso es más que suficiente para llevar a alguien a la silla eléctrica. Habitualmente, el fiscal no tiene un testigo estrella o un arma del crimen. ¿Crees que la policía tendría que sacar las confesiones a golpes si no fuera tan complicado dar con las pruebas? Las pruebas circunstanciales son los fundamentos de nuestro sistema de justicia. Sin eso, aún estaríamos tirando a la gente al lago para ver si se hunde o pinchándola con agujas en busca de la marca del diablo.

Nimmo apagó un cigarrillo y encendió otro. Había decidido dejar la pipa. Mientras tuviera que encargarse de este caso, iba a necesitar gran cantidad de nicotina.

—No es necesario que estés convencido, Johnny. Basta con que estés preocupado. Muy preocupado. Es lo que me dijo Mooney, eso de que había que encontrar a Jefferson antes de que vuestros amigos de la CIA descubrieran que había desaparecido. Lo único que digo es que esto es como eso, solo que cien veces peor. Imagina que tengo razón. Imagina que Jefferson va a ir a por Kennedy. Imagina que se las ingenia para asesinarlo y que, después, le cogen. ¿Qué pasará a continuación como esa mierda empiece a salpicaros? Porque los periódicos querrán dar con las razones. Porque nadie mata a un presidente porque se haya follado a su esposa, ¿no es así? Tú mismo lo has dicho. Hablarán de conspiración, de John Birch, de los milicianos, de los comunistas y, cómo no, de la mafia. El FBI abrirá una investigación para esclarecer por qué Jefferson mató a Kennedy y, antes de lo que uno tarda en decir «McClellan», darán con el rastro que lleva a Sam Giancana, a Moe Dalitz, a Lansky, a Frank Costello, a Trafficante y a ti, amigo mío. Vuestros amigos de la CIA desaparecerán sin dejar rastro y seréis vosotros los que os la cargaréis. Los federales dirán que el complot para matar a Castro no era más que una cortina de humo, que, desde el primer momento, la intención era asesinar a Kennedy. Así será, Johnny, piénsalo. ¿Sigues sintiéndote antichoque?

—Ahora que lo pintas así de mal... —Sacudió la cabeza—. Sam se va a poner como un loco cuando se lo cuente. ¿Qué vamos a hacer?

—Yo diría que Jefferson lo intentará de aquí a que nombren presidente a Kennedy, el 20 de enero, muy probablemente en uno de esos lugares que ha subrayado. Después de eso, podríamos tranquilizarnos un poco si es que todavía no hemos dado con él. Hasta entonces, tenemos una cacería entre manos. Aun con todas las agencias de la ley trabajando juntas, nos va a resultar complicado dar

con ese tipo.

—No podemos implicar a las agencias de la ley, Jimmy.

—Lo sé, lo sé. Lo que digo es que voy a necesitar todos los recursos al alcance del crimen organizado para intentar obtener el mismo resultado. De todo el puto crimen organizado.

—¿La mafia cuidando del presidente? Suena raro.

—¿Tienes alguna idea mejor? Voy a necesitar una especie de oficina, con varias líneas telefónicas y la cooperación activa de todos los jefes de Estados Unidos: Nueva York, Boston, Florida, las Vegas, Los Ángeles, Nueva Orleans.

—Tenemos un piso franco en Coral Gables, en Riviera Drive. Es de Lansky. Podríamos utilizarlo.

—Voy a necesitar a un par de vuestros recaderos trabajando exclusivamente para mí. A Frank no; hay algo en él que me lleva a desconfiar. Uno que sea inteligente... y otro que sea duro.

—Trafficante tiene un primo, un abogado que se ha graduado recientemente en no sé dónde. Paul Ianucci. Se ha tomado un año sabático para jugar al tenis y follar antes de empezar a trabajar para su tío. Es un chico listo. —Rosselli chasqueó los dedos como si se le ocurriese alguien más—. En cuanto al músculo, podríamos dejarte a Licio el Elefante. No los hacen más duros. Además, tiene una habilidad especial que podría resultar útil. Es un tipo con mucha memoria que contaba cartas en Atlantic City hasta que los casinos se dieron cuenta de que era más barato darle un trabajo localizando estafadores. Era supervisor de mesa en el Capri de La Habana antes de la revolución. Desde entonces está mano sobre mano. —Rosselli encendió otro cigarrillo—. ¿Qué más?

—Dinero. En metálico. A la gente le cuesta menos hablar cuando ve lechugas. Y transporte. Un conductor. Y un cocinero. Y asegúrate de que no habla nuestro idioma. Una máquina de café. Provisiones. Artículos de baño. Acceso a la prensa. Material de papelería.

—No hay problema.

—Les contaré a los federales que Jefferson es comunista. No me pasaré para que no les den ganas de empezar a meter la nariz; lo suficiente para que se animen a buscar su coche. Si es que sigue conduciéndolo, claro.

Rosselli había cogido un bloc y estaba escribiendo.

—¿Algo más? —preguntó.

—Más dinero. Voy a tener que sobornar a gente. Policías, federales, agentes del Servicio Secreto. Billetes pequeños, de diez o de

veinte. Esa gente no confía en todo lo que sea de cincuenta o superior porque piensa que los de Asuntos Internos están detrás.

—Vale. ¿Qué más?

—Mañana llamaré al Departamento de Policía de Miami y pediré una excedencia o algo así, aunque no creo que le importe una mierda a nadie que desaparezca un tiempo. Esos cabrones piensan que solo aguanto por la pensión. —Nimmo sonrió como si estuviera disfrutando —. Ay, si ellos supieran, ¿eh?

En Miami, los domingos por la tarde eran muy tranquilos, casi tanto como los domingos por la mañana. Eso sí, en todos los sitios menos en la playa, claro, o en los hoteles con piscina. Las oficinas del Gobierno estaban cerradas, qué duda cabe, así que poco podía hacer Nimmo aparte de informar del robo del coche de Jefferson y, después, llevar una bolsa llena a la casa de Riviera Drive que era, ahora, el cuartel general de la búsqueda del posible asesino de Jack Kennedy. Con otro que no fuera Johnny Rosselli podría haber tardado unos cuantos días, y no una sola hora, en disponer de varias líneas telefónicas, un teletipo y un cocinero; pero, claro, esa era la ventaja de tener al Sindicato de Camioneros en el bolsillo, por no hablar del de Obreros o del de Empleados de Hoteles y Restaurantes, además del de Estibadores. Tener mano en los «Cuatro Malos», los sindicatos más grandes del país, implicaba que apenas había nada que no se pudiera arreglar aun cuando la mayoría de las familias estaban recogiendo a sus hijos de la escuela dominical.

Cuando Nimmo llegó a Coral Gables se encontró con un técnico telefónico trabajando. Veinte minutos después llegó una mujer en una furgoneta del hotel Fontainebleu con una cafetera y varias bolsas llenas de víveres. Nimmo hablaba un poco de español y fue capaz de entender que se llamaba Tintina y que el señor Rosselli le había pedido que viniera. Después de hacer un par de montañas de sándwiches, de llenar la nevera y de preparar la máquina de café, Tintina, que parecía que no hubiera comido en la vida, le dijo a Nimmo que volvería a las siete de la mañana para preparar el desayuno.

Eran las seis y media de la tarde cuando por fin se fue el técnico de teléfonos, momento para el que Nimmo había empezado a acostumbrarse a la enorme y espaciosa casa de Lansky. Era un poco moderna para su gusto, muy al estilo de Miami, y también debía de

serlo para Lansky, supuso, con todos aquellos techos altos con ventiladores, las persianas de láminas de madera, los suelos de madera, el mobiliario de ratán y todas aquellas enormes plantas tras las que podría haberse escondido un pequeño ejército de obstinados japoneses. Costaba creer que Meyer Lansky hubiera vivido allí. No obstante, en lo que a pisos francos se refiere, era un sitio agradable y Nimmo consideró que era muy probable que tanto él como los dos secuaces que le iba a enviar Rosselli con la leche fresca de la mañana estuvieran muy cómodos allí. Había varios dormitorios dobles, cada uno de ellos con su propio baño, y una gran sala de reuniones con una mesa larga, en la que ahora había varios teléfonos y un telégrafo, y desde donde Nimmo había decidido que llevaría a cabo sus actividades.

Después de darse un baño, cogió un plato de sándwiches y la fotografía de Jefferson que le había dado Johnny Rosselli y se sentó en uno de los grandes sofás a ver *Ed Sullivan* en la tele. Con Jerry Lewis, Sophie Tucker y Connie Francis de invitados en el programa, costaba creer que viviera en unos Estados Unidos donde un asesino profesional acechaba al presidente electo, un chaval de cuarenta y tres años cuya victoria electoral no tenía sino once días de antigüedad. Un joven senador con una esposa preciosa, una hija encantadora y un niño de camino. ¿En qué tipo de país vivía para que algo así fuera posible?

Nimmo quería conseguir su dinero, sí, pero ahora había asuntos más importantes en juego. Él mismo no había votado a Kennedy y, aunque no le gustara mucho, tampoco iba a permitir que lo asesinaran. Desde luego, Jack Kennedy no merecía morir por algo que hubiera hecho en la cama. La idea de prevenir un asesinato hacía que Nimmo volviera a considerar que tenía espíritu solidario y que era leal a su país y a sus instituciones, tal y como se suponía que debería sentirse un ciudadano decente. Desde la guerra, no obstante, no había vuelto a sentirse así.

De vez en cuando, Nimmo apartaba la vista de la televisión y analizaba la cara de la persona de la fotografía, como el general Montgomery estudiando la fotografía del mariscal de campo Rommel, como si en aquellos ojos oscuros y calmados fuera a encontrar la manera de entender la psicología de aquel hombre y cuál era el próximo paso que iba a dar. Jefferson no parecía un asesino, pero, claro, no todos los asesinos tenían un aspecto tan evidente como Jacob «Gurrah» Shapiro o Albert «Sombrerero Loco» Anastasia. Nimmo no tenía mucha fe en la fisonomía, pero, aun así, creía que era capaz de

leer en una cara igual que un buen jugador de póquer era capaz de ver si otro jugador de verdad tenía una buena mano o iba de farol. Tardaría un tiempo, pero descubriría todo lo que pudiera sobre Tom Jefferson —igual que Jefferson, muy probablemente, ya lo hubiera aprendido todo sobre Jack Kennedy—. La resolución de Nimmo era aún mayor porque sabía que, si fracasaba, la cara sin nada en particular que aparecía en la foto que tenía en el regazo se convertiría en una de las más infames de la historia.

12

LLEGA EL HOMBRE DEL HIELO

Tom no pasó mucho tiempo en Tampa. En otras circunstancias se habría puesto a prueba en el Club de Golf Palma Ceiba, pero la ciudad era el centro de todas las actividades de la mafia en Florida y estaba controlada por la familia de Trafficante, que era la que había puesto buena parte del dinero para el asesinato de Castro. Así que, al día siguiente de reunirse con López Ameijeiras, Tom vendió el Chevy Bel Air y se subió a un tren en dirección a Jacksonville, ignorando la tentación de ir a visitar a su madre, que vivía cerca de Orlando, en Intercession. Poco sentido tenía desviarse, dado que hacía tiempo que la mujer había perdido la cabeza y le habría resultado tan imposible reconocer a su hijo como recordar el apodo de Eisenhower.

Desde Jacksonville voló a Nueva York y estaba de vuelta en su apartamento de Riverside Drive a tiempo de ver las noticias de las seis en la NBC, donde informaron de que, esa misma mañana, Kennedy se había reunido con Allen Dulles y Richard Bissell, de la CIA, en la mansión que los Kennedy tenían en Palm Beach. El secretario de prensa de Kennedy, Don Wilson, comentó que Dulles y Bissell habían llegado con dos grandes carpetas llenas de mapas y tablas y que habían estado hablando de los levantamientos contra los gobiernos proestadounidenses de Guatemala, Nicaragua y Costa Rica. Y eso significaba que era muy probable que Ameijeiras estuviera en lo cierto: con o sin el asesinato de Castro, flotaba en el ambiente la invasión de Cuba.

Tom pasó el resto de la tarde noche estudiando el programa de Kennedy y viendo la televisión —desde *Jim Backus*, a las siete en punto, a *Mr. Adam and Eve*, a las once, que es cuando se fue a la cama.

A la mañana siguiente se levantó temprano. Desayunó en Rosenblum, una *delicatessen kosher* que había en Broadway, cerca de la calle Cien, y leyó el *Times*, que abría con la noticia de que Kennedy se estaba planteando nombrar fiscal general a su hermano Bobby. Empezaba a parecer que los Kennedy eran un clan, igual que los

Castro.

Después de desayunar, Tom dio un paseo por Central Park. En comparación con Miami, en aquella ciudad hacía fresquito, aunque la temperatura, que andaba por los 13 grados, era buena para los estándares de Nueva York en noviembre. El viento del oeste tiraba las hojas de los árboles, y ver caer las hojas siempre entristecía a Tom. Se llegó hasta el Upper East Side para sondear las direcciones de la familia Kennedy en Park Avenue. A la mansión familiar que tenían en Palm Beach ya le había echado una ojeada cuando venía de Miami y, para la hora de la comida, había descartado dos de las cuatro posibles localizaciones en las que consideraba que podría llevarse a cabo un asesinato.

Después de comer en el Liborio, un restaurante español que había en la calle Cincuenta y tres, compró unos libros en Rizzoli, su librería favorita de Nueva York, que estaba en la Quinta, y, a continuación, visitó el Salón de Periódicos De Witt Wallace, en el primer piso de la Biblioteca Pública de Nueva York, donde consultó algunos números atrasados del *Congressional Record*, del *New York Post*, del *Saturday Evening Post,* del *McCalls*, del *Boston Globe* y del *Boston Herald*. Luego fue a jugar a bolos al City Hall Bowling Center, que estaba en Park Row, enfrente del edificio Woolworth. Si no podía jugar al golf cuando tenía que pensar, Tom a menudo lo cambiaba por los bolos. Aparte del clima, aquella era la mayor desventaja de Manhattan: las limitadas oportunidades de jugar al golf.

Un día más pasó la tarde noche solo, estudiando los libros que había comprado y viendo la televisión. *La ley del revólver* era una serie bastante buena, como siempre, pero *The Iceman Cometh*, con Jason Robards, no era, tal y como decían en el *Times*, «la mejor obra de teatro jamás vista en televisión», sino una obra deprimente llena de alcohólicos que a Tom le recordaban a su propio padre, así que no tardó en irse a la cama a escuchar un concierto de piano de Schumann en la radio. Aquel era el tipo de música que más le gustaba a Mary.

A la mañana siguiente dejó el apartamento a primera hora y cogió un tren expreso a Boston. Un par de días después, tras haber estado en Cambridge, en Irving Street —hogar del profesor Arthur Schlesinger —, en el MIT, en la Biblioteca Pública de Boston, en el hogar que los Kennedy tenían en Bowdoin Street y en la mansión de Beacon Hill, Tom telefoneó a López Ameijeiras desde el hotel Copley Plaza, que era donde se alojaba. La voz de Tom rozaba la emoción, dado que su extensa investigación le había llevado a tener ya esbozado un plan.

13

LA REUNIÓN

—Vais a tener que dejar lo que sea que estuvierais haciendo. Lo que sea. Y olvidaos de Acción de Gracias. Ninguno de nosotros va a tener vacaciones hasta que no demos con Tom Jefferson.

Durante casi treinta minutos, Nimmo había estado informando a los dos secuaces que Rosselli le había enviado al piso franco de Lansky en Riviera Drive y, hasta ahora, habían escuchado en silencio.

—A mi esposa no le va a hacer ninguna gracia —objetó Licio Montini—. Ya ha comprado el pavo, la guarnición y todo. Como le diga que no voy a ir a cenar, es capaz de rellenarme a mí y no al puto pájaro. —Licio el Elefante era una especie de Jackie Gleason, grande, pero ligero, con un gran pañuelo entre sus dedos regordetes y cargados de anillos de oro para secar el sudor de su ansioso rostro. El hombre miró a Rosselli para ver si decía algo sobre la cena de Acción de Gracias, pero fue Nimmo el que respondió.

—Mira, yo no voy a interponerme entre ninguna persona y su cena, y menos en el caso de alguien como tú. A lo que me refiero es a que, en cuanto hayas cenado, vuelves aquí en vez de quedarte viendo el partido de fútbol americano, ¿entendido?

Dentro de su traje de raya diplomática, Montini asintió con seriedad, como si quisiera que todos vieran que consideraba que aquello era justo y añadió:

—De acuerdo.

—¿Paul?

Paul Ianucci, primo segundo, o incluso tercero, de Santos Trafficante —Nimmo no lo tenía claro—, y con la mitad de tamaño que Licio Montini, llevaba el doble de cera en el pelo. Con aquel pelo oscuro y rizado y aquellos ojos marrones titilantes, emanando virilidad, era como un Dean Martin joven, una imitación de la estrella, solo que mejorada por el Ford Thunderbird de color lila que había aparcado fuera.

—Yo no tengo inconveniente, señor —dijo con tal educación que

no hubiera pensado uno que tenía familia en los bajos fondos italianos —. Como católico que soy, nunca le he visto sentido a observar una tradición protestante del favor divino. —Sacó una preciosa cigarrera de oro de Tiffany del bolsillo de su chaqueta de Indian Madras, sacó un cigarrillo de ella y se lo puso en su perfecta sonrisa—. Estoy tan interesado como el que más en que no le suceda nada a Jack Kennedy, pero ¿por dónde coño empezamos?

—Paul, quiero que le consigas cierta documentación a este hombre. Tenemos un número de pasaporte. Es probable que sea falso, pero confírmalo con la Agencia de Pasaportes de Miami. Prueba también en la Oficina de Estadísticas Vitales, que está en Jacksonville; en la División de Carnés de Conducir, que está en Tallahassee; y en el Departamento de Defensa de Washington. Creemos que Jefferson podría haber estado en los marines. Quiero al familiar más cercano; la madre. Hasta el hijo de Dios tenía madre. Quiero saber dónde está esa mujer y de quién se trata.

—¡Me pongo de inmediato! —comentó Paul Ianucci, que se sentó a la mesa de la sala de reuniones, cogió un teléfono y llamó a la operadora.

—Licio, quiero una lista de matones, secuaces, asesinos... lo que sea. Puede que alguien haya trabajado con Jefferson. Creo que los llaman contratos de fuego cruzado. Si alguien ha trabajado con él, es posible que conozca su *modus operandi*, a quién le compra las armas, cómo le gusta trabajar, ese tipo de detalles.

—De acuerdo —dijo Montini, que se sentó enfrente de Ianucci.

—Y yo, ¿qué? ¿Qué quieres que haga yo?

El hecho de que Sam Giancana hubiera volado desde Chicago la noche anterior dejaba claro lo en serio que se tomaba aquel asunto. Sin embargo, su opinión sobre el libro de las revelaciones de Nimmo era mucho más pragmática. Nada más llegar con Rosselli y con los otros dos, Giancana había llevado a Nimmo a un rincón para dejarle claro el papel que tenía en aquel cuadro, «con una cruz y un puto halo alrededor de la cabeza», palabras textuales.

«Mira, Jimmy —había empezado a decirle Giancana—, las elecciones me han costado una millonada. En los distritos electorales de Chicago que controlo, Kennedy obtuvo el ochenta por cien de los votos. Y sigue costándome una pasta, que es la razón por la que Nixon no va a pedir un recuento. Vamos a pagar los treinta y cinco mil que esa sombra que camina aún debe de su hipoteca de Wesley Heights. Entre una cosa y otra, es una inversión sustanciosa en un mierda de

irlandés... y no quiero que me lo joda todo un cabrón resentido con un rifle. En Chicago te dije que te pagaría veinticinco de los grandes si dabas con ese cabrón. Bueno, pues voy a doblar la cantidad. Cincuenta mil, Jimmy. ¡Eso es como convertir el agua en vino y conseguir que los tullidos echen a correr como si fuera la mañana de Navidad! Tú dedícate a este trabajo como si se tratara de Duco, ¿entendido? Da con ese puto *cetriolo*».

«Cuenta con ello, Sam. La semana que viene ese tipo va a estar más seco que los Manuscritos del Mar Muerto».

Ahora, mientras pensaba en el ofrecimiento de Giancana, Nimmo se sintió incapaz de darle una orden al jefe de la mafia de Chicago, tal y como había hecho con Montini o con Ianucci. Giancana se dio cuenta de que la cuestión preocupaba a Nimmo y salió en su ayuda.

—Tú, como si fuera otro de tus soldados, ¿vale, Jimmy?

—Vale. —Nimmo se encogió de hombros—. Es lo que le he dicho a Johnny. Podrías llamar a los jefes de las diferentes familias criminales. Déjales claro todo lo que se juegan si no damos con Tom Jefferson. Si la organización criminal más poderosa del mundo es incapaz de dar con una sola pista acerca de ese tipo, yo no me llamo James Bywater Nimmo.

»Entretanto, yo voy a ir a Washington DC para ver si logro persuadir a alguien para que me facilite la agenda de Kennedy. Si sabemos adónde va a ir y cuándo hasta el día de la investidura, es posible que seamos capaces de anticiparnos al tirador.

—¿Así, sin más? —se mofó Giancana—. ¿Quién coño te va a dar la agenda de Kennedy?

—El Servicio Secreto.

—Y eso, ¿cómo vas a conseguirlo?

—Si tú conseguiste amañar las elecciones estadounidenses, Sam, creo que yo seré capaz de hacerme con el programa del presidente.

En cuanto estuvo en su habitación del Georgetown Marbury, en Washington, Nimmo cogió el teléfono y marcó el NA 8-1414. Tal y como había solicitado, la centralita de la Casa Blanca transmitió la llamada a Murray Weintraub, en el Ala Este de la Mansión Ejecutiva. Mientras esperaba la conexión, Nimmo miraba por la ventana de su habitación, confortable pero un tanto melancólica, el patio del hotel y el Canal Chesapeake-Ohio, que estaba justo al lado. Georgetown le parecía un peso muerto sobre el alma. ¿Cómo podía alguien vivir en

un sitio así?

Pasaron otros dos minutos. Giró el tapón de la botellita de whisky que tenía en las manos, se llevó la boca de cristal a los labios y apuró el contenido como si no fuera sino antiséptico bucal. Había algo tan de imitación, tan de baratija, en las botellas de alcohol en miniatura, como si fueran algo que bien podrías encontrar en una casa de muñecas gigante, que le costaba tomarlas en serio como verdaderos recipientes de alcohol, casi como si el efecto de aquellos espirituosos fuera en proporción al tamaño de la botella.

Cuando por fin Murray Weintraub se puso al teléfono, su conversación fue corta y directa.

—Estoy aquí —dijo Nimmo.

—Estupendo. Mi turno acaba a las diez. Nos vemos frente al Marbury a las diez y veinte.

El Georgetown Marbury era un hotel pequeño y de estilo colonial, es decir, de ladrillo rojo, como la mayor parte de Georgetown, y Weintraub estaba en la puerta de la calle M exactamente a la hora a la que habían quedado. Eran viejos amigos. El Servicio Secreto era parte del Departamento del Tesoro y antes de unirse al servicio presidencial, en 1952, Weintraub había trabajado en la oficina que el Servicio Secreto tenía en Nueva York, que era donde había conocido a Jimmy Nimmo. Juntos, Weintraub y el antiguo agente del FBI de la División de Actividades Especiales habían ayudado a resolver un importante caso de falsificaciones en el que estaban involucrados una serie de bancarios y, presuntamente, Albert Einstein. Hoover sospechaba que el físico había inventado una máquina capaz de producir copias perfectas de los billetes de dólar con el objetivo de tirar abajo el edificio del capitalismo estadounidense. Aquel no era sino otro de los muchos cargos absurdos que había en secreto contra Einstein y que Hoover había querido creer, pero que nadie había sido capaz de demostrar.

Era una noche húmeda y fría. Las calles de Georgetown, empedradas y bordeadas de árboles, cubiertas con las hojas de noviembre, resultaban resbaladizas. Ambos hombres llevaban calzado adecuado, una gabardina cálida y sombrero de fieltro.

A menudo se dice que los perros y sus dueños —o cualesquiera dos criaturas que vivan en simbiosis— se parecen el uno al otro. Aquello se cumplía con Murray Weintraub, que se parecía mucho al presidente Eisenhower —o, por lo menos, a ese Eisenhower más joven al que habían nombrado comandante supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada en 1943—. Weintraub tenía más pelo, un pelo rubio, la misma

nariz ancha, orejas prominentes, la cara enrojecida y una boca larga. Muy en forma para los cuarenta y ocho años que tenía, también gozaba del erecto porte militar del anciano. Se dirigieron al oeste, caminando en dirección a la universidad.

—Y, bien, ¿qué tal la vida en el Servicio Secreto?

—Horrible. Puede que sea consecuencia de la estructura de mando del servicio. Al fin y al cabo, ¿cuántos países tienen un Servicio Secreto dirigido por un hombre de negocios en vez de por un policía o un soldado, o por alguien que tenga experiencia en inteligencia? Nosotros tenemos al secretario del Tesoro, a George M. Humphrey, antiguo presidente de Mark A. Hanna, la empresa de Cleveland. Por lo menos, es un buen tipo. Ike y él se llevan bastante bien, pero no tiene ni idea de inteligencia, y, a decir verdad, nosotros tampoco. Ahora mismo, vivimos de las rentas de nuestra reputación... e incluso eso corre el peligro de irse a pique. Los procedimientos son vagos y están pasados de moda. Más a menudo de lo que nos gustaría tenemos que confiar en los agentes de la ley locales, lo que significa que, por lo general, no somos mejores que ellos... y que, a veces... somos igual de malos. ¿Sabías que el Departamento de Policía de Nueva York es la única fuerza municipal con la que tenemos trato?

—¿Tan mal están las cosas?

—Peor. Te lo aseguro, si los estadounidenses supieran lo mal que están, habría una puta revuelta. Cuando Ike hizo aquel viaje por Sudamérica, en febrero, algunos de los miembros del servicio estaban tan cansados de asistir a fiestas que eran incapaces de seguir el ritmo de la limusina presidencial. Hubo uno que arrastraba tal borrachera que llegó a vomitar durante el desfile de Rio. Y lo que es peor, dejamos que Ike fuera en la parte de atrás de aquel puto coche, como un blanco de feria. ¿Eso de formar un escudo humano para proteger al presidente? ¡Olvídalo!

»Fíjate en los coches, por ejemplo. En la época de Franklin Delano Roosevelt, la mayoría de los coches tenían estribos. Los coches modernos no cuentan con ellos. Parecerían estúpidos. Y resultarían peligrosos. El último coche presidencial con estribos lo retiraron hace siete años. En cuanto a los conductores, no saben una mierda. No tienen habilidades de conducción destacables. No conocen técnicas de huida. James Dean era mejor conductor que el tipo que va al volante del puto coche de Ike.

Pasaron por delante del parque Memorial Francis Scott, donde una bandera colgaba sin fuerzas en honor al abogado de Washington que

había escrito el himno nacional. Parecía un sitio demasiado ruidoso para ser un parque, tan cerca del puente Key, a la izquierda, que llevaba riadas de tráfico a lo largo de la zona sur del río Potomac. Tiraron en dirección norte, hacia las alturas más tranquilas de Georgetown, y llegaron a los pies de lo que parecía una interminable escalera de Jacob con peldaños de piedra que ascendían hacia la oscuridad de la noche de noviembre. Empezaron a subirla.

—Joder, pero si los agentes ya ni siquiera tienen que pasar un chequeo médico anual —se quejó Weintraub—. Si lo hicieran, te aseguro que me jubilarían. La verdad es que ya no puedo correr. Me he vuelto lento. A decir verdad, si pudiera permitírmelo, pediría la jubilación anticipada.

—Pues a mí me parece que estás en forma —resolló Nimmo—. ¡Ni John Buchan puede con esto! ¿Cuántas putas escaleras hay aquí?

—Casi el doble. Setenta y cinco, para ser exactos.

—¡Puf! ¡Así de viejo me siento ahora mismo!

—¿Sabes cuántas horas extra hago? Setenta mensuales. ¡Ochenta a veces! Hay una ley pública que dice que no se consideran horas extra a menos que superes tu turno por veintiséis horas al mes. No recuerdo cuándo fue la última vez que hice tan pocas. Nadie lo recuerda. ¡Y todos tenemos familia! Acabo de comprar un apartamento en Silver Spring y necesito cada dólar. Con las horas extra gano unos mil más al año. Aunque, claro, cuantas más horas extra haces, más cansado estás y menos resolutivo te vuelves. Si nos pagaran bien, no sé... puede que todo fuera diferente. Porque, si este sistema no existiese, nadie sería lo bastante idiota como para inventarlo. Menos mal que Ike no es más activo. Desde el infarto ha sido mucho más sencillo cuidar de él.

Llegaron a lo alto de las escaleras, donde Nimmo se vio obligado a apoyarse en la pared de un edificio federal para tomar aire. Dentro de su ancho pecho, notaba los pulmones como dos arenques calientes.

—¡No hables de infartos! —resopló mientras encendía un cigarrillo y se concentraba en recuperar el aliento—. ¡Y estás mucho más en forma de lo que crees!

—Muchas gracias, señor.

Giraron a la derecha y empezaron a caminar en dirección este por la calle N.

—Podría ser peor —continuó Weintraub—. Podríamos tener que cuidar del presidente De Gaulle. En mayo estuvimos en París con Ike y te aseguro que a los franceses sí que les han quitado de todo. De Gaulle es un Gerónimo. Da la sensación de que todos quieran pegarle

un tiro. —Citando el eslogan de la campaña de 1952 de Eisenhower, añadió—: Me gusta Ike. Y, por suerte, a todo el mundo... pero, al niñito tristón ese... Así es como Ike llama a Kennedy. Aunque no entiendo por qué. Algunos de los agentes que tiene asignados Kennedy me han contado que al tipo le encanta ir de fiesta. Que le encanta conocer gente y que eso va a ser un problema. Un gran problema. Los guardaespaldas no nos llevamos bien con el cuerpo político.

—De hecho, de eso era de lo que quería hablarte —le confesó Nimmo—, de la seguridad de Kennedy.

Weintraub señaló la calle.

—Mira, estás a punto de ver más de cerca su seguridad. ¿Ves esas luces? Son luces de televisión. Y están en la parte de fuera de la casa de Kennedy. Eso significa que debe de estar en casa.

—Sabía que estaba por aquí. —Nimmo se detuvo para encender otro cigarrillo con la colilla del anterior y, a continuación, miró a su alrededor; no se veía a nadie por esa zona de la calle N—. Así que es ahí donde vive.

—Hasta el 20 de enero. Después irá a la Casa Blanca. Bueno, dime, ¿qué quieres saber de la seguridad de Kennedy?

—A diferencia de ti, Murray, yo no tengo prisa por jubilarme, a pesar de lo que puedan pensar mis compañeros de Miami. La cuestión es que echo de menos el FBI. Hace un tiempo pensé un plan para ver si recuperaba el buen rollo con Hoover. Hay un tipo en Miami que es parte del sindicato de camioneros local. El tipo se llama Dave Yaras. Es un matón, Murray, un cabrón de los buenos que tiene muchos contactos en la mafia. Jake Guzik, por ejemplo. O Santos Trafficante. Bueno, la cuestión es que llevo un tiempo ingeniándomelas para que Yaras se convierta en un informante de George White para la Agencia Federal de Narcóticos. ¿Te acuerdas de George? —Weintraub asintió —. No es oficial, ya me entiendes. Registrar a Yaras como informante sería como cortarle el cuello. Chicago está llena de corrupción. Incluso en Narcóticos. No es que no confíe en George, pero es que tiene gente a su alrededor que huele realmente mal. Bueno, la cuestión es que llevo un tiempo esperando que haya una gran redada de narcóticos y que George me recomiende.

»Entonces, hace un par de días —mintió Nimmo ladinamente—, fui a tomar algo con Yaras y resulta que se le soltó la lengua. Me contó que un tipo, un amigo de Jimmy Hoffa, iba a intentar cargarse a Kennedy y que lo haría antes del día de la toma de posesión. No es ningún secreto que Hoffa odia a los Kennedy, después de cómo fueron

a por él. Puede que se librara de las acusaciones, pero es lo bastante listo como para saber que llegarán otras; en especial, como nombren a Bobby fiscal general. Yaras comentó que Hoffa estaba convencido de que la mejor manera de evitarlo era matar a Jack, no a Bobby. Que Bobby no es nada sin Jack. De ahí el encargo.

»Lo primero que pensé es que aquello no era sino una sarta de chorradas. Yaras y el amigo de Hoffa haciéndose los chulos. Pero cuando llamé a Yaras para hablar un poco más del tema, al día siguiente, me pareció que estaba realmente asustado y se cerró como una ostra. No quería volver a hablar de aquello. Podría ir a ver a Hoover ahora mismo, solo que estoy seguro de que él y el resto de los de la quinta planta de Justicia se reirían de mí hasta llegar a Constitution Avenue. Me dirían que está claro que alguien quiere matar al presidente. Igual que quieren matar al vicepresidente. ¡Pero si durante la campaña, una mafia de amas de casa de Dallas escupió a Lyndon Baines Johnson, por amor de Dios! ¡Les habría costado lo mismo rociarle con ácido! ¡Y eso que estaba en su puta casa! Lo de las amenazas va con el cargo, me dirían, como lo de utilizar el Air Force One y el lavabo ejecutivo del Despacho Oval.

»Lo único que les interesaría es saber qué hago yo bebiendo con alguien como Dave Yaras; y, la verdad, no creo que George White sea el tipo de amigo que te apoya en situaciones como esta. Y puede que todo sea una chorrada; que es lo que espero, claro, pero es que he votado a Kennedy y no me gustaría que le pasara nada, ¿me entiendes?

—¿Y qué es lo que quieres de mí?

—He estado pensando. Si supiera dónde va a estar Kennedy las próximas semanas, podría convencer a Yaras de que el asesino de Hoffa no tiene la más mínima posibilidad. Que hay agentes del Servicio Secreto esperándole en Palm Beach el 1 de diciembre y en Hyannis Port el día 4. Puede que, así, además, me contara todo lo que sabe. He pensado que, de esa forma, podría averiguar algo más del tipo ese y poner sobre aviso a la oficina local del FBI con información de primera calidad en vez de con lo que me haya dicho un gánster mientras tomábamos un vodka con Martini.

—Mucho me estás pidiendo, ¿eh?

—Te juro que no lo haría si no pensara que esto tiene algo de cierto.

—Sabes que debería negarme, ¿verdad? Y que, aunque accediera y llamara a la oficina del presidente, en el Edificio de Oficinas del

Senado, y hablase con la secretaria personal de Kennedy, la señora Lincoln, y te aseguro que no hay en el mundo nadie más respetable que ella, la mujer estaría en su derecho de mandarme a la mierda, ¿verdad? La agenda del presidente es confidencial. Aunque... claro... podría decirle que la Sección de Investigación Defensiva del Servicio Secreto me ha pedido que sea su contacto para que no se dupliquen las comprobaciones a realizar de antemano en aquellos lugares a los que van a asistir tanto Ike como Jack. Eso podría decirle. Pero, como ya te he dicho, debería negarme. Podría meterme en problemas. La cuestión, Jimmy, es que yo también necesito un favor.

—Lo que sea, Murray. Tú pide.

—Ya te he contado que me estoy haciendo viejo para este trabajo. Cuarenta y ocho años es una buena edad, pero ya soy viejo para esto. El problema es que no puedo permitirme jubilarme todavía. Y no es solo que no pueda permitírmelo, sino que no quiero estar sentado en una veranda, mirándome los pies y leyendo el periódico de cabo a rabo. Todavía soy joven. Todavía podría dedicarme a algo. A la mayoría de la gente le dan un trabajo en el Tesoro. A los afortunados los mandan al Western Union o a otro de esos sitios en los que pagan bien. Algunos incluso van a grandes hoteles. Jefe de seguridad, o algo así. Estaba pensando que, como vives en Miami, seguro que conoces a muchos dueños de hoteles.

Nimmo asintió.

—O un casino en Las Vegas.

—¡Las Vegas! Sí, no se me había ocurrido, pero Las Vegas estaría bien.

—Sí, conozco a mucha gente a la que le vendría bien una persona con tu pasado y tu experiencia. Yo me encargo, Murray. Esta misma noche le hablo de ti a una persona.

—Muchísimas gracias, Jimmy. No sabes cuánto te lo agradezco. —Empezaron a caminar de nuevo—. ¿Sabías que asesinar al presidente de Estados Unidos no se considera sino un asesinato más? En el Reino Unido, matar a un jefe de Estado, como la reina Isabel, se considera alta traición. Aquí no. Imagina que al presidente se lo cargaran durante un viaje a Yukon. ¡Joder!, tendrían que juzgar al asesino de acuerdo con las leyes de Juneau, que, como seguro que sabes, es la capital de Alaska.

—¿Y qué tiene eso de malo? En algún sitio tendrían que juzgar al cabrón y Juneau me parece tan buen sitio como cualquier otro, con la de testigos que tendría que haber y todo eso.

—Sí, solo que en Alaska no hay pena de muerte. La abolieron en el 57. Un buscador de oro de Alaska, un chalado de esos, le pega un tiro al presidente de Estados Unidos y lo único que hacen es meterlo en la cárcel por lo que le resta de vida. A mí no me parece justo, ¿no?

Se detuvieron frente al número 3307 de la calle N, la casa del senador Kennedy en Georgetown. Se trataba de un edificio estrecho de ladrillo rojo y tres pisos de altura con un jardín vallado en la parte de atrás. A Jimmy Nimmo le pareció una casa pequeña para el presidente electo. Las luces estaban encendidas y, sin duda, Kennedy estaba dentro, eligiendo a alguno de los miembros de su gabinete. Desde luego, no parecía probable que estuviera follándose a una actriz pechugona habiendo tantos periodistas y cámaras de televisión a la puerta de su casa. Aunque, claro, era muy probable que hubiera una puerta trasera. Y era posible que Kennedy fuera de los que disfrutaban de ese tipo de riesgos.

Allí, de pie, observando la casa, buscando en las ventanas la presencia del presidente electo, Nimmo empezó a comprender lo fácil que sería matar a aquel hombre. Él mismo llevaba un calibre 38 con seis balas en una pistolera en la axila. Había sido suficiente con el disparo de una Derringer calibre 44 para matar a Abraham Lincoln. El Teatro Ford's —escenario del asesinato— no estaba a más de cinco kilómetros de allí. Probablemente, matar al presidente fuera bastante sencillo, siempre y cuando te diera igual que te fueran a ejecutar por ello, o que fueran a dispararte cuando intentaras escapar, como había pasado con John Wilkes Booth. Ahora bien, que te matara un puto actor... eso resultaba embarazoso. No era de extrañar que hubieran intentado demostrar que Booth era parte de una gran conspiración confederada. Se suponía que la gente importante —los dioses— no moría de esa manera.

Y, claro, la autopsia no había ayudado en nada. Putos forenses. La confusión se debía al hecho de que Booth se había acercado al presidente Lincoln por la derecha, pero la bala le había entrado a este en la cabeza por la izquierda. Esta ofuscación persistió hasta el juicio de los conspiradores —porque, a pesar de que Booth hubiera actuado en solitario, el Gobierno de Estados Unidos se las ingenió para ahorcar a varias personas más por aquel crimen—, cuando uno de los testigos aseguró que, justo antes del disparo, Lincoln, que había oído un ruido en el auditorio, había girado la cabeza de forma precipitada hacia la izquierda.

Nimmo volvió la cabeza en una dirección y, después, en la otra.

Los edificios que daban a la casa de Kennedy eran de otros senadores o eran propiedad del gobierno federal. Aquel no era un buen lugar para un francotirador. No era allí donde Jefferson intentaría matar al presidente electo, eso estaba claro. Disparar a una persona con una pistola y que, a continuación, te detuvieran, no era el estilo de un asesino profesional.

Weintraub cogió a Nimmo por el brazo y se lo llevó de allí.

—A ver cómo puedo ayudarte, Jimmy. Te llamo a la habitación del hotel mañana por la mañana.

Nimmo desayunó solo en su habitación y se quedó esperando a que sonara el teléfono. Puso la tele y vio el *The Today Show*, presentado por Dave Garroway. Luego vio una película antigua por el mero hecho de que salía Peter Lawford, el cuñado de Kennedy. Nimmo había oído las historias acerca de Lawford. Los rumores decían que Lawford, un borracho y un mujeriego, era un mal bicho. La película era *El retrato de Dorian Gray* y, por un momento, a Nimmo le pareció que Lawford habría hecho de un Dorian más convincente que el actor que lo interpretaba. No obstante, para cuando la película acabó, Nimmo había llegado a la conclusión de que Jack Kennedy habría sido aún más indicado para el papel. ¿Quién mejor que Kennedy, con su atractivo y su carisma, para interpretar a un hedonista destructivo cuya belleza escondía una sorprendente historia de degeneración moral y depravación sexual?

Estaba viendo *Morning Court* cuando por fin sonó el teléfono. Era Murray Weintraub.

—Vale, tú primero —le dijo este.

—He hablado con mi amigo. Al parecer, les vendría bien alguien con tus habilidades en el Hotel y Casino Riviera, en Las Vegas.

—Siempre he querido ir a Las Vegas.

—Desde luego, Murray, tal y como juegas tus cartas, pareces un habitual.

—Pues creo que te va a alegrar lo que tengo para ti, Jimmy. Te espero para comer en el Duke Zeibert's, que está en el 1730 de la calle L. Queda a dos portales de Connecticut Avenue. A las doce en punto.

—Allí estaré.

Después de haber pasado la mayor parte de la mañana metido en la habitación del hotel, Nimmo decidió recorrer andando los dos kilómetros escasos que había hasta el restaurante. Había llovido un

poco, pero ahora brillaba el sol. Hacía el típico día de finales de noviembre. La gente estaba planeando las vacaciones de Acción de Gracias y frente a las tiendas de comestibles empezaban a apilarse las calabazas. En el escaparate de las tiendas había carteles avisando del horario de apertura del jueves. Estados Unidos parecía un lugar pacífico en el que vivir, próspero y gobernado con responsabilidad. Para todos excepto para uno de los ciudadanos que recorrían las calles de Washington aquella mañana del 22 de noviembre, el asesinato de un presidente, en especial el de uno que ni siquiera había jurado aún el cargo, no parecía nada probable.

14

EDITH QUADROS

Desde que era niño, a Tom Jefferson le habían fascinado los presidentes estadounidenses. Cuando estaba en Nueva York se hacía llamar Frank Pierce, por Franklin Pierce, el decimocuarto presidente de Estados Unidos de América. Si se estaba moviendo entre camareras de cóctel rollizas, joviales y poco engalanadas —en sitios como el Chez Joie de Broadway—, se hacía llamar Marty Van Buren, como el octavo presidente. Aunque la mayor parte del tiempo lo pasaba en casa, en su apartamento, en especial cuando Edith aparecía fingiendo que era su hermanastra para engañar al portero del edificio y acallar las habladurías de sus curiosos vecinos.

Edith Quadros era nicaragüense, pero vivía lejos de su país porque también era comunista —y eso que provenía de una familia muy rica y muy amiga de Luis Somoza Debayle, el presidente de Nicaragua—. Trabajar con Tom iba a ser la última asignación que le hiciera el Servicio de Inteligencia Cubano antes de que volviera a Managua para ayudar a Carlos Fonseca a dar forma a un movimiento revolucionario nicaragüense. Ella creía en la Unión Soviética —que había visitado durante la revolución cubana en la que había tomado parte— y en Fidel Castro —con quien se había acostado— tanto como creía que Standard Fruit, la CIA y el régimen de Somoza eran malignos. Y también creía en la conveniencia de lo que Tom y Ameijeiras estaban planeando.

A Tom, Edith le había caído bien de inmediato, en especial porque era tan inteligente como guapa, y enseguida se habían encamado, dado que el suyo era un trabajo secreto que propiciaba intimar. Aunque el coronel Ameijeiras ya le había contado parte del plan, Tom se dio cuenta de que la mujer se ponía nerviosa mientras él se lo describía en detalle. Le habría sorprendido que no fuera así. Por esta razón, intentó no hablar mucho con ella al respecto, lo que no le resultó complicado dado que poco había que hacer hasta la semana antes de Navidad, excepto alquilar un apartamento y comprar un

coche en Boston.

Durante la semana que quedaba hasta Acción de Gracias, Tom se concentró en que la mujer se lo pasara bien en Nueva York. La llevó a jugar a los bolos a Pinewood Lanes, en la calle Ciento veinticinco Oeste, y a Le Vouvray, en la calle Cincuenta y cinco Este. Incluso la llevó a comprar ropa a Korvette's y a Ohrbach's. Poco a poco, a medida que iba conociéndola mejor, Tom se dio cuenta de que había confundido nervios con impaciencia por ponerse con el trabajo, dado que Edith estaba convencida de su parte del plan que, en cierto modo, era casi tan complicada como la de Tom; además, le quedó claro que Kennedy le gustaba tan poco como a él.

«Es un mujeriego —comentó ella desdeñosa—. No soporto a los mujeriegos. ¡De nunca! Para él, ser presidente es como otro de los caros juguetes que le ha comprado su papá, la oportunidad de acostarse con más mujeres. No entiendo cómo Estados Unidos ha podido votar a una persona así».

«La razón es simple: Richard Nixon —contestó él—. Nadie quería a un mierda como él por presidente. Era un candidato aún peor que Jack Kennedy».

«¡Claro, tienes razón! —Y se rio—. No había pensado en eso».

Un día, después de que hubieran vuelto de compras de Stern's, en la calle Cuarenta y dos Oeste, Edith encendió un cigarrillo y, como si en realidad le diera lo mismo, le preguntó qué les pasaría si los pillaban.

—No nos van a pillar.

—Por favor, Tom, quiero saberlo. ¿Qué tipo de pena capital aplican en el estado de Massachusetts?

—No nos van a pillar —insistió él—. Te lo aseguro.

—Aun así —la mujer sonrió—, quiero saberlo.

—De acuerdo. Aunque no creas que importa mucho, porque no va a suceder. —Tom se encogió de hombros—. En Massachusetts utilizan la silla eléctrica.

Edith asintió. Era lo que ella pensaba, solo que sabía que en ciertos estados seguían utilizando la horca y que en unos pocos habían empezado a utilizar el gas. Puso mala cara y sacudió la cabeza. La silla eléctrica resultaba algo muy estadounidense.

—Es verdad —musitó—, me estaba olvidando de Sacco y de Vanzetti. Los electrocutaron en Boston, ¿no? Yo creo que preferiría un pelotón de fusilamiento.

—Ni lo pienses, porque no va a suceder. Además, aunque te

cogieran, cosa que no van a hacer, como mucho irías a la cárcel.

—¿Por qué dices eso?

—Porque eres mujer.

Edith se rio con amargura.

—Eso cuéntaselo a Ethel Rosenberg.

—Edith, eso fue durante la guerra de Corea. Por aquel entonces, las cosas eran muy diferentes.

—¡Fue hace siete años!

—Mira, este plan está tan bien pensando que es imposible que nos pillen. —Mientras decía aquello, Tom era consciente de que estaba mintiendo. Aún faltaba mucho por hacer y había riesgos considerables; no obstante, los que correría Edith seguían pareciéndole menores que los suyos—. No te preocupes, lo tengo todo pensado.

—Siempre hay algo que sale mal. Es lo que cabe esperar.

—En este caso no, así que cambiemos de tema, ¿vale?

—Vale. Háblame de tu esposa.

—¿López te ha hablado de ella?

—Y de lo que le sucedió. —Apagó su cigarrillo y sonrió—. Háblame de ella. De cómo os conocisteis.

—Nos conocimos en Tokio, cuando me soltaron del campo de prisioneros de Corea. Fue ella quien me enseñó que el capitalismo necesitaba vivir de acuerdo con sus principios de libertad e igualdad y que el socialismo era la mejor manera de lograrlo. Ninguno de los dos éramos comunistas. Tenía la teoría de que era un accidente de la historia que ser socialista en Estados Unidos fuera tan malo como ser comunista. Que era por lo que había estado ayudando a los rusos, aunque no de manera significativa; ya sabes, pasándoles la poca información que caía en sus manos. Cuando me la traje a Estados Unidos, casados ya, llegamos a la conclusión de que nos colgarían o nos electrocutarían igual por algo poco importante que por algo muy importante, así que empecé a trabajar para la KGB. No fue complicado. Nunca me ha supuesto un problema matar fascistas. Y sigue sin suponérmelo, claro. La situación, sin embargo, se complicó cuando Mary se involucró de manera más activa. Era difícil soportar que se acostara con otros hombres... políticos importantes, oficiales del gobierno...

—Lo comprendo.

—Pero, claro, cuando la KGB te tiene, te tiene para siempre. No había marcha atrás. Lo mejor que podíamos hacer era ayudar a

derrotar a los contrarrevolucionarios fascistas de Cuba y, al parecer, para eso se requería algo singular.

Tom le cogió la mano a Edith y añadió:

—Eso es lo que te da miedo realmente, ¿verdad? No la silla eléctrica, sino acabar como Mary.

—Porque... ¿acabaré como ella?

—Edith, te aseguro que no pienso permitir que eso suceda.

15

EL 0,1

—Estamos en el sitio equivocado, joder —masculló Sam Giancana con la boca torcida para mostrar su desagrado.

Corría la mañana del miércoles 23 de noviembre y Nimmo estaba de vuelta en Miami, en el piso franco de Riviera Drive. Sentados alrededor de la mesa de reuniones, examinando los detalles del programa de Jack Kennedy anteriores a la jura del cargo, estaban Nimmo, Giancana, Rosselli y Paul Ianucci. Licio Montini le estaba siguiendo el rastro a otro asesino a sueldo que cabía la posibilidad de que hubiera trabajado con Tom Jefferson y, por lo tanto, no se encontraba allí.

—Fijaos en esto —prosiguió Sam Giancana con cierto tono de queja—, Kennedy vuela a Palm Beach mañana. Para pasar el fin de semana, dice. Luego, vuela a Washington el martes para una reunión en casa de Dean Acheson. Luego, ¡qué os parece!, vuelve a Palm Beach el jueves, el 1 de diciembre. ¿No se supone que este tipo debería estar preparándose para dirigir el puto país? En cambio, se tira el día entero tomando el sol en la piscina de la hacienda de su viejo. Por lo que yo veo, solo pasa en Washington... dos noches a la semana.

—Puede que pase parte del tiempo tomando el sol, sí, pero no todo —objetó Nimmo.

—Es verdad, los sábados día 3, 10 y 17 va a jugar al golf en el Country Club de Palm Beach.

—El Club Everglades tiene un campo mucho mejor —comentó Rosselli—. Teniendo eso en cuenta, es un club de mayor categoría. Me pregunto por qué los Kennedy no serán socios.

—A Joe no lo quisieron porque era un criminal —explicó Giancana — y, entonces, va él y salta con que se hace socio del Country Club porque no le gustaba el antisemitismo del Everglades. Aunque todos saben que es Joe quien más odia a los judíos.

—Mirad —empezó a decir Nimmo—, no tiene por qué estar en Washington para llevar a cabo las labores del presidente electo. Puede

elegir su gabinete en cualquier lado. Por ejemplo, se va a reunir con Dean Rusk en Palm Beach el lunes 12.

—¿Por qué toda esta gente de Washington se llamará «Dean»? —masculló Rosselli.

—Porque sus papaítos de Harvard querían que, cuando fueran mayores, fueran los deanes, los decanos de algo —comentó Giancana —. Solo a los maleantes les ponen «Johnny».

—Sí, puede ser, pero fíjate que he oído hablar de un presidente que se llamó Tom Jefferson.

—Llamarse «Dean» es como llamarse «Dulles» —soltó Ianucci—. Es lo normal si quieres ser un político pasado de moda, porque todo el mundo sabe que está el gandul y que, luego, están los gan-*dulles*.

—Para eso sirve ir a la universidad —dijo Rosselli—, para aprender a hacer juegos de palabras. Vas a ser un gran abogado, chaval.

—Por lo que veo —empezó a decir Giancana—, después de la reunión con el embajador británico en Washington, la del 16 con el tal sir Harold como-quiera-Dios-que-se-apellide, Kennedy va a ir a Palm Beach para pasar el Año Nuevo. Al parecer, he gastado una descomunal suma de dinero para llevar a un puto vividor a la Casa Blanca. —Giancana fue contando cuántas reuniones había en la lista de la agenda del presidente electo que les había proporcionado Murray Weintraub—. Y, como va a pasar allí treinta días de los próximos cuarenta, supongo que Palm Beach es el mejor sitio para dar el golpe, teniendo en cuenta eso que has dicho, Jimmy, de que, para un francotirador, sería complicado dar caza a Kennedy en su casa de Georgetown. En cuyo caso, quizá también debiéramos ir allí.

—Vuela a Nueva York el 2 de enero —apuntó Rosselli— y está allí hasta la noche del miércoles 4, momento en que vuela a Washington. El jueves día 5 está de vuelta en Nueva York. Luego, el domingo por la tarde va a Boston para dar un discurso el lunes en la Junta de Supervisores, y, justo después, de vuelta a la Gran Manzana.

—¿Y no sería Boston un buen sitio en el que intentar asesinarlo? —preguntó Ianucci.

—Escuchadle —se burló Rosselli—. Cualquiera diría que es todo un pistolero respetable en vez de un abogado con una carrera prometedora. No dejes que tu tío Santos te oiga hablar así, muchacho.

—¿Supervisores? En *Los diez mandamientos*, los supervisores eran tipos con un látigo y una muchacha desnuda a sus pies —se mofó Giancana—. Desde luego, parece el tipo de fiesta que le va a Jack.

—Creo que hace referencia a una especie de superintendente —

comentó Ianucci.

—Ya sé a qué hace referencia, chico. —Giancana sonrió pacientemente—. Yo habría dicho que es una mejor oportunidad para un pistolero que para un francotirador, pero tienes razón, Pauli, un discurso público hace de Kennedy un blanco inmóvil. Puede que tuviéramos que mirar también ahí, a ver qué oportunidades presenta.

—Pero, aparte de eso, señora Kennedy —soltó Rosselli—, ¿ha disfrutado del discurso de su marido?

—Esperemos que al cabrón ese de Jefferson no le muevan los paralelismos históricos —comentó Giancana—, porque, ¿en qué mes dispararon a Lincoln?

—Le dispararon el 14 de abril de 1865 —respondió Ianucci.

—La Casa del Estado. Se trata de ese edificio con la gran cúpula dorada que hay en el Boston Common, ¿verdad? —preguntó Nimmo.

Rosselli, que conocía bien Boston, asintió.

—Pauli tiene razón —dijo a continuación—. Es un buen sitio para dispararle. Y, es más, como senador estatal de Massachusetts, Kennedy tiene que mantener intención de voto en Boston. Según este programa, su apartamento es el 36 del número 122 de Bowdoin Street, que está a la vuelta de la Casa del Estado, e irá allí para hacer una última visita a su antiguo apartamento antes de mudarse a la Casa Blanca. Hay posibilidades de que vaya andando, ya sea del apartamento a la Casa del Estado o al revés.

—Hasta Jack Kennedy puede hacer eso solo —comentó Giancana —. Será mejor que lo compruebe. De eso me encargo yo, Jimmy. Llamaré a una gente de Boston. Puede que a Howard Winter.

—¿A ese irlandés de mierda? —objetó Rosselli—. No confiaría en ese chupapollas ni para que le enviara flores a su propia madre.

—Ten en cuenta que es una ciudad de irlandeses. Le pediré que envíe a alguien a echar una ojeada y que nos hable de la... de la palabra esa que empieza con uve que siempre usas para la CIA, Johnny.

—Viabilidad.

—Si me lo preguntas a mí, es un error de cojones que el presidente vaya andando a ningún lado —comentó Ianucci—. Es que resulta infantil, no me digáis. Fijaos en lo que le sucedió a Andy Jackson en 1835. El pobre tipo sale del Capitolio para encender su puto puro y un inglés de mierda le descerraja un par de tiros. ¡Menos mal que falló! —Al ver cómo le miraba todo el mundo, Paul Ianucci se encogió de hombros, como a la defensiva—. ¿Qué pasa?

—¿Dónde le habrán enseñado a hablar así? —dijo Giancana entre suspiros.

—He estado leyendo al respecto —prosiguió Ianucci—. A la mayoría de los presidentes estadounidenses les disparan a una distancia menor de dos metros, por lo que queda claro que ni todos los agentes del Servicio Secreto serían capaces de impedir un atentado por parte de alguien que esté realmente decidido a hacerlo. A Teddy Roosevelt le dispararon en Milwaukee, de pie mientras recibía los aplausos del público. Le alcanzaron en el pulmón, pero, por suerte para él, la bala ya había perdido cierta velocidad al pasar por su chaqueta, la funda de sus gafas y por lo que, probablemente, era lo más grueso de todo, el manuscrito doblado de su discurso. Garfield no tuvo tanta suerte. A él le dispararon en la estación de tren de Washington, y no un criminal, sino un abogado, Charles Guiteau.

—¿Los abogados? —empezó a decir Giancana—, los abogados son los peores asesinos de todos. Acaban contigo y ni siquiera te das cuenta.

—De hecho, Garfield volvía a Massachusetts cuando lo asesinaron y tenía mucha protección. Como McKinley. Le disparó un hombre que llevaba un calibre 32 escondido en un pañuelo. A quemarropa. Es lo que digo, que el Servicio Secreto no va a evitar que te disparen.

—Por lo que yo recuerdo, fue el Servicio Secreto el que le salvó el culo a Harry Truman —comentó Rosselli—. ¿Os acordáis de aquellos portorriqueños que intentaron matarle en el 51? No quiero ni pensar en cuántas veces tendrían que lavarle los pantalones a aquel tonto de las narices para que volvieran a quedar blancos.

—Nos estamos desviando del tema —dijo Giancana—, que es que Kennedy va a pasar la hostia de tiempo en Palm Beach.

—Sam tiene razón —convino Nimmo—. Debería ir hasta allí para ver cómo es el sitio.

—Si lo hace...

Ianucci empezó a buscar entre una pila de papeles que tenía delante. Desde que había llegado al piso franco, aquel hombre, que parecía el hermano pequeño de Dean Martin, se había tirado horas al teléfono, tratando pacientemente con los más abrumadores nudos gordianos de cinta roja con los que la burocracia estadounidense estaba preparada para confundir al interlocutor ignorante. Estaba cansado, pero seguía imbuido de un celo investigador que Nimmo aplaudía.

—Si va usted, señor Nimmo —siguió diciendo nada más encontrar

el papel que había estado buscando—, es probable que haya otro sitio que debiera comprobar. Tengo un amigo, de cuando estuve en el ejército, que trabaja ahora en el Grupo de Inteligencia Militar 112 del Cuarto Ejército, en el fuerte Sam Houston, en Dallas. La cuestión es que ha hecho ciertas indagaciones en mi nombre acerca de Tom Jefferson en el Grupo de Inteligencia Militar 111, que está aquí, en Miami. —Se encogió de hombros, como disculpándose—. Me temo que no conozco a nadie de aquí, de ahí tanta vuelta.

—No, chico, si lo estás haciendo bien —le dijo Nimmo.

—Pues la cuestión, señor, es que el expediente del ejército de Jefferson está clasificado. Sin embargo, hemos conseguido entresacar la siguiente información. —Miró el papel que tenía en la mano y empezó a leer las notas que había tomado durante su conversación telefónica—. Tom Jefferson, nacido en San Petersburgo, Florida, en 1920. Padre: Roberto Casas, jugador de béisbol nacido en Cuba pero nacionalizado estadounidense. Madre: Mildred Jefferson. Estado: ilegítimo. Criado por su madre y su tía en Miami. Estudió en el Instituto de Miami y se graduó como segundo de su clase, fue presidente de la National Honor Society y blablablá. Subcampeón en el Campeonato Nacional de Tiro con Rifle cuando solo tenía diecinueve años. Se alistó en el Cuerpo de Marines de Estados Unidos en 1942. Entrenó en el Campamento Pendleton, en los Exploradores del Cuerpo de Marines y en el Colegio de Francotiradores de Greens Farm, en San Diego. Sirvió en Guadalcanal, Okinawa, condecorado y blablablá, acabó la guerra con rango de sargento de artillería.

»Es entonces cuando la cosa empieza a ponerse de lo más interesante. La historia oficial dice que lo asignaron a las Naciones Unidas entre el 47 y el 49, pero lo que hacía allí es información clasificada. ¿Cómo es posible? Sabemos que era miembro de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos en Corea en junio de 1950, cuando las tropas norcoreanas cruzaron el paralelo treinta y ocho. Y sabemos que lo capturaron en la colina de Pork Chop en enero de 1953. Lo repatriaron en agosto, cuando lo licenciaron del ejército, y, a partir de ahí, no se sabe nada oficial de él. Sigo intentando dar con sus padres. Ahora bien, he conseguido dar con uno de sus compañeros en Greens Farm y Corea, otro soldado al que entrenaron para francotirador, como a nuestro chico, un tal Colt Maurensig. ¿Y sabe qué?, que tiene una armería en la zona oeste de Palm Beach.

—Buen trabajo, Paul —le dijo Nimmo.

—¿A qué coño se le puede disparar en Palm Beach? —masculló

Rosselli.

—A los ladrones, a los intrusos —sonrió Nimmo—. A gente como tú y como yo. A todo el que valga menos de un millón de dólares.

—¡Habla por ti!

—En Palm Beach no solo Jack Kennedy necesita guardaespaldas.

—Jimmy tiene razón —convino Giancana—. Allí vive mucho dinero nervioso. Ya sabéis, de ese que necesita un portón y un Magnum calibre 44 de oro para poder dormir.

—Sam, ¿a quién puedes llamar en Palm Beach? —preguntó Nimmo.

—¿Te refieres a gente de la mía?

Nimmo asintió.

—A Nicky «Bolas de Alcanfor». A Bobby «Rayo de Sol». Son parte de la familia de Louis Trafficante. ¿Por qué lo preguntas?

—Vamos a necesitar a alguien en Palm Beach para que nos ayude a tener vigilada la casa de Kennedy. Por si aparece Jefferson. Y podría reunirme con ellos cuando me pase por allí.

—No hay inconveniente. ¿Cuándo?

—Esta tarde. Diles que se encuentren conmigo en el Breakers. Es el único sitio de Palm Beach que conozco.

—¡Menuda vida te estás pegando! —exclamó Rosselli—. Yo también voy a ir. Para hacer las presentaciones. Para pagar lo que vaya a costar su puñetera ayuda. Para comprarles lo que sea que van a vendernos. —Miró a Nimmo y se encogió de hombros. Acto seguido, añadió—: Conozco bien a esos dos tipos.

—Estupendo. Seguro que disfruto de la compañía.

Rosselli se echó a reír, como si quisiera hacer ver que no creía que fuera a ser así, y dijo:

—Bien, pero tú conduces.

—Perfecto.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Paul Ianucci.

—Tu tío me mataría si supiera que te estoy metiendo en esto —comentó Giancana—. Tú haz de abogado, hijo, que es la mejor manera de no involucrarse ni implicarse en nada.

Había algo más de cien kilómetros desde Miami a Palm Beach por la US1. A Jimmy Nimmo le gustaba conducir con la capota bajada. Estados Unidos no era realmente Estados Unidos si no los recorrías en un descapotable. Le gustaba conducir un coche que hacía que sintiera

que carecía de raíces, que flotaba, porque consideraba que, probablemente, estas eran las características que definían lo que era ser estadounidense. Como John Wayne conduciendo la diligencia. En esta época, tenías que ir en coche para recordar lo vastos y solitarios que eran realmente los Estados Unidos. El capó del Impala azul claro era corto para los estándares de un Cadillac, pero, para él, era un rasgo esencial para poder apreciar la geografía de su país. En cambio, daba la sensación de que Rosselli estuviera más interesado en el ejemplar de la revista *Life* con el que había llegado para el viaje que de las peatonas o de la ocasional cinta azul de océano.

—¿Qué lees? —le preguntó Nimmo.

—A Adolf Eichmann. Dice que le fascinaba su trabajo.

—Uno ha de ser feliz en su trabajo. Yo siempre lo digo.

—«Fui viajante de la Gestapo —leyó Rosselli—, igual que lo había sido en su día de una petrolera en Austria».

—Disculpe, señora —empezó a decir Nimmo—, me pregunto si está usted interesada en deshacerse de sus vecinos. Por solo cinco dólares al mes, los arrestaremos, los torturaremos y les pegaremos un tiro en la nuca. Incluso nos desharemos de los cadáveres sin recargo alguno.

Rosselli movía de lado a lado la cabeza.

—No me hables de arrestos —dijo con tono pesimista—, que el G2 ha detenido a algunos de nuestros agentes anticastristas en Cuba. A Alonzo González... A Genevieve Suarez... Uno de los nuestros, Luis Balbuena, escapó a Guantánamo por los pelos. En cualquier caso, el arresto de Genevieve resulta especialmente desafortunado. Cuando la detuvieron, encontraron los dos zulos que tenía debajo de la piscina. En uno de ellos había varios desertores del gobierno de Castro y, en el otro, un gran alijo de armas que llevábamos tiempo preparando.

—¡Qué putada! ¿La fusilarán?

—Es muy probable. Frank y Orlando están devastados. Genevieve era muy buena amiga de sus amigos y, a decir verdad, también era muy buena amiga mía.

—¿Y qué ha pasado?

Rosselli se encogió de hombros.

—¿Qué suele pasar siempre? Mala seguridad. Bocazas. Mira, allá por los años veinte, cuando tenía que encargarme de alguien, hacía un juramento de silencio. *Omertà* lo llamábamos. Es un juramento de sangre, y cuando los sicilianos hacen un juramento de sangre para mantener la boca cerrada lo dicen en serio. No tengo claro que estos

putos cubanos sepan lo que significa mantener la puta boca cerrada. Aunque a decir verdad, y ya que hablamos del tema, te diré que he conocido a gente de la CIA que tampoco sabe estar callada. Gracias a gilipollas como McCarthy, Kefauver y McClellan, la gente ya no respeta el silencio. Si te niegas a contestar, eres culpable. Ahora mismo, el silencio es una cualidad del ser humano caída en desgracia, Jimmy. Tú, en cambio, no debes olvidar nunca lo importante que es, *capisce?*

A Jimmy le molestó muchísimo que Rosselli dijera aquello. Se consideraba una persona tan consciente de su lengua como Prometeo lo había acabado siendo de su hígado.

—Si hay una cosa que siempre se me ha dado bien, Johnny, es mantener la puta boca cerrada. Ni siquiera voy al dentista. No sé cantar y ni siquiera he aprendido a silbar. Puede que incluso siguiera conservando a mi esposa si alguna vez le hubiera lamido el conejo. Pero eso tampoco lo puedes hacer cuando eres tan consciente de lo cerrada que has de tener la boca. Así que no me hables de lo que implica tener la boca cerrada. Pero si, por vosotros, ¡hasta respiro por la nariz! —Nimmo le dio un manotazo al volante con la palma de la mano—. A mí no me vuelvas a decir eso. Para vosotros, me llamo Helen Keller, joder. Dios bendito... ¡no voy a aguantar que me compares con unos bocazas como los cubanos! Yo soy Nick Cravat, el amigo mudo de Burt Lancaster. ¿Lo has entendido? Nunca en la puta vida me confundas con una puta rata, Johnny. Yo no soy ningún chivato.

El resto del viaje lo hicieron en silencio.

Palm Beach es un arenal de unos veinte kilómetros de largo y algo más de un kilómetro de ancho separado del continente por el lago Worth. El lago tiene un nombre muy adecuado, porque hay un golfo de diferencia financiera entre los habitantes de Palm Beach, con su riqueza acumulada y esos privilegios a los que están acostumbrados, y el vecindario más plebeyo que está al oeste. Palm Beach es silencioso y desdeñoso, con las típicas casas declarativas —en su mayoría mansiones de estilo francés, palacios florentinos de imitación y representaciones de haciendas españolas— que, en los años veinte y a principios de los años treinta, que es cuando se construyeron la mayoría de ellas, costaban varios rescates de Lindbergh —pequeñas fortunas incluso para los más prósperos de los años de Eisenhower, en los que los ricos nunca lo tuvieron tan bien—. Creada para servir a su preciosa pero altiva hermana millonaria del este, Palm Beach Oeste es

ruidosa y amistosa, con muchas tiendas y rascacielos de oficinas, pequeñas fábricas e incluso un canódromo; una Cenicienta que, a decir verdad, no se merece sino una bola de demolición. A cien metros la una de la otra, estas dos Palm Beach son dos mundos tan diferentes como Manchester y Mónaco.

El Breakers, que estaba en County Road, era el hotel más antiguo y lujoso de Palm Beach, una estructura palaciega de estilo renacentista italiano rodeada de campos tan perfectos que parecía que cortaran la hierba con tijeritas para las uñas. Nimmo aparcó frente a la entrada principal, donde una pandilla de desacertados cupidos que había en una fuente de mármol se enfrentaba a todo el suministro de caimanes de una fábrica de zapatos. Parecía una lucha desigual de la que solo podían disfrutar los antediluvianos reptiles que vivían en la isla, ya fuera detrás de altas e impolutas verjas de hierro o entre junglas tropicales muy bien cuidadas.

En la recepción, donde hacía fresquito, había más mármol que en el mausoleo de los Medici y también unos cuantos frescos para que los disfrutaran los pocos clientes que tuvieran tan buena vista como para alcanzar a apreciar con detalle aquellos techos abovedados tan altos. Nimmo y Rosselli, y Nicky «Bolas de Alcanfor» Mazarini y Bobby «Rayo de Sol» Solegiatto, que estaban sentados en un sofá con estampado floral que había al lado de una lamparita de porcelana china, resultaban un incongruente pero robusto cuarteto entre los decrépitos residentes del Breakers.

—¡Qué hay, Johnny! —rebuznó Bolas de Alcanfor—. ¿Qué tal lo llevas?

Los dos hombres de la zona oeste de Palm Beach llevaban un traje de Cricketeer Shirtweight de color gris paloma, camisa blanca y corbata negra. A pesar de ir muy bien planchados, los dos parecían tan reñidores como un par de guantes de boxeo muy usados. Ninguno de los dos era especialmente alto, pero lo que les faltaba en altura lo compensaban con anchura de hombros y de pecho, y con su actitud, más brava que la de un regimiento de oficiales de caballería.

Rosselli hizo las presentaciones y, después, fueron a sentarse en un rincón tranquilo y pidieron café. Rosselli les contó que a un socio renegado de Sam Giancana y Meyer Lansky se le había ido la pinza y amenazaba con asesinar al presidente electo, y que Sam consideraba que su deber patriótico era asegurarse de que no lo lograba. Para ello, quería obtener la ayuda de sus amigos de la zona oeste de Palm Beach, algo por lo que siempre les estaría en deuda.

—Lo que sea para ayudar a Sam y a Meyer —aseguró Bolas de Alcanfor después de una grosera e indirecta muestra de furia—. Nos alegramos de que hayáis pensado en nosotros.

—Muchas gracias, chicos. No sabéis cuánto os lo agradezco. Y, oye, ya puestos, ¿podemos hacer algo por vosotros?

Bolas de Alcanfor y Rayo de Sol intercambiaron una mirada vacilante, como si no tuvieran claro qué tipo de favor podían pedir. Entonces, Bolas de Alcanfor, que parecía el que hablaba, miró a Rosselli y dijo:

—Ya nos conoces, Johnny, por lo común nos ceñimos a lo que conocemos; ya sabes: chicas, apuestas, drogas... Qué otra cosa se puede hacer en Palm Beach, ¿eh? La cuestión es que hay una novedad... una estafa que creemos que va a dar mucha pasta... y nos vendría bien tu ayuda y la de Sam para arrancar. Deja que te lo cuente, Johnny, porque este va a ser el futuro de los timos. Se va a convertir en algo universal. ¡Se trata de un pedazo de cartón milagroso! Enséñaselo, Bobby.

Bobby «Rayo de Sol» sacó una cartera y dejó caer una escalera de tarjeteros de plástico, cada uno de ellos con una tarjeta de crédito del Diners Club.

—28 de febrero de 1950 —comentó Bolas de Alcanfor con orgullo —. Ese fue el día en que mataron el dinero en metálico. Tenemos a una persona metida en la oficina central del Diners Club, en Nueva York. Puede conseguirnos tantas de estas como queramos, ¡con el nombre que le pidamos!

Rosselli sacó uno de los cartones rectangulares de uno de los tarjeteros y lo examinó con atención.

—He estado pensando en hacerme con una de estas —comentó pensativo—. Me han dicho que puedes cargarlas hasta con mil dólares de productos. ¿Es así?

—Así es.

—Y el nombre y la dirección estos... ¿son falsos?

—Lo único que tienes que hacer es firmarla. ¡Es el futuro de las estafas, Johnny! Estamos seguros. El problema es que Louis no es capaz de verlo. Él de lo único de lo que entiende es de dinero contante y sonante. «Confiamos en Dios», nos dice cada vez, como si lo que le estuviéramos proponiendo fuera una puta blasfemia. Pero Sam y tú, y el pequeñín, siempre estáis pensando en el futuro del negocio.

—¡Esta es una idea de la hostia! —comentó Rosselli con una sonrisa—. ¿Puedo quedarme con esta?

—¡Puedes quedártelas todas! —respondió Bolas de Alcanfor—. Enséñaselas a Sam y a Meyer. ¡Tenemos una caja entera! ¡Son como postales de Navidad! Yo diría que se pueden vender por cien dólares cada una. Puede que por más.

—¿Qué parte nos quedamos nosotros?

—El cuarenta.

—Me parece justo. —Rosselli movió la cabeza adelante y atrás, satisfecho ante la simplicidad de aquel plan—. A Sam le va a encantar.

—Genial —dijo Bolas de Alcanfor al tiempo que se frotaba aquellas dos manos que parecían máquinas de matar—. Bueno, vamos a hacer la visita de rigor.

Pagaron la cuenta en metálico y fueron hasta el coche de Rayo de Sol, un Pontiac Bonneville Sports Coupé del 59 de color cobre. Al acercarse a Mazarini, Nimmo no tardó en comprender por qué a Bolas de Alcanfor habían acabado poniéndole aquel apodo; el tipo olía como un pedazo de naftaleno del tamaño de un globo aerostático. En cambio, el apodo de su socio, que era un tipo gris, le resultaba mucho más complicado de comprender, a menos que se tratase de un sarcasmo. Hasta el momento no había dicho una sola palabra.

—Bonito coche —le dijo Nimmo.

—Gracias —masculló Rayo de Sol.

—Oye, ¿por qué te llaman «Rayo de Sol»? Por tu actitud no será, ¿verdad?

—Solegiatto. Es mi apellido. Significa «rayo de sol» en italiano.

Condujeron en dirección norte, County Road arriba, con el océano a la derecha, o, al menos, lo que alcanzaban a ver de él entre aquellas casas del tamaño de buques.

—En ese caso, Rayo de Sol, yo diría que estás en el lugar adecuado —comentó Nimmo—. Mira estas putas casas. Es como si este lugar tuviera la patente del buen tiempo... ¡y de todo lo demás! ¿Cómo vive la otra mitad?

—¿La otra mitad? —Bolas de Alcanfor, que iba en el asiento del pasajero, se giró y soltó una risa áspera—. ¿Qué sucede, amigo?, no se te dan muy bien las matemáticas, ¿no? Dios, ¡pero si solo el cero coma uno por ciento del país vive como esta gente! Cuando mueran, el paraíso les va a resultar decepcionante.

—¿El paraíso? —se mofó Nimmo—. Ni mucho menos. La gente tan rica como esta solo va a un sitio cuando muere, a un sitio aún peor que el infierno. Esta gente va a Canadá.

—Cuando lleguemos a la casa de Kennedy os daréis cuenta de que

no hay mucho que ver —comentó Bolas de Alcanfor—. Al menos, no desde el coche. Hay mejor vista desde el océano, pero primero veremos la parte de tierra y luego cogeremos la lancha.

La casa de Kennedy, que estaba en el 1095 de la zona norte de Ocean Boulevard, era tan fácil de detectar como su casa de Georgetown. Un grupo de turistas con la cara rosa y un poli a medio cocer estaban apelotonados en la acera de enfrente de la casa a pesar de que, tal y como había dicho Bolas de Alcanfor, allí había poco que ver: apenas un arco en un alto muro blanco, con una robusta puerta de roble y, más allá, un jardín, un destello de estucado blanco y un tejado de tejas rojas en mitad de una plantación de cocoteros inclinados por el viento. La casa disfrutaba de tanta privacidad como una ostra a la que no le gustasen las cámaras.

Rayo de Sol aparcó cerca de la entrada y apagó el palpitante motor del Pontiac.

—¡Qué os he dicho! —insistió Bolas de Alcanfor—. La privacidad es elevada y, aun así, modesta en comparación con la de otras casas de la zona. Yo nunca he entrado, pero conozco a algunas personas que sí. Peter Lawford, por ejemplo. Siempre me pide algo de hierba cuando viene a la ciudad. Bueno, la cuestión es que me contó que el viejo Joe pagó cien de los grandes por este sitio a principios de los años treinta y otros veinte mil para que quedara así. Por aquel entonces se llamaba La Guerida, pero, ahora, no es más que «la casa de Kennedy». Algunas personas, no obstante, han empezado a llamarla «la Casa Blanca de invierno» por razones obvias. Ahora bien, el clima solo es una de las dos razones por las que Jack viene tan a menudo... sin Jackie. La otra es Florence Smith, la vecina de al lado. Su viejo, Earl, fue embajador en Cuba. Jack lleva follándose a Flo desde el 57. Que no os extrañe que Jack nombre a Earl embajador de un sitio aún más lejano que Cuba.

Nimmo sonrió. Escuchar a Bolas de Alcanfor era como escuchar a un periodista de la revista *Confidential*.

—Esta visita es mejor que ninguna de las que he hecho en la vida —comentó.

—¡La satisfacción del cliente por encima de todo! En cualquier caso, ya veis que este bulevar no es un buen sitio para un francotirador. Para dispararle un tiro desde un coche... quizá. Ya sabéis, como hacía Capone. Ahora bien, ¿para un francotirador? No. Sin embargo, nosotros echaremos un ojo. Un momento... ¿quién es ese?

Un Cadillac negro se acercó a la entrada de la casa. Un hombre alto salió del coche y se acercó a la puerta. En ese instante, uno de los turistas gritó:

—¿Dónde está Jackie?

El hombre alto sonrió, hizo un gesto como diciendo que no tenía ni idea y entró en la casa.

—¿Ese era Kennedy? —musitó Nimmo.

—¡Vete tú a saber! —respondió Bolas de Alcanfor—. Ahí viven un montón de irlandeses. En Palm Beach hay más Kennedys que pelícanos en Sanibel. Venga, vayamos a coger la lancha.

Condujeron en dirección sur para cruzar el puente Flagler y el lago Worth, momento en que Bolas de Alcanfor señaló una iglesia normal y corriente que había cerca del cruce con la vía Royal Poinciana.

—St. Edward —dijo—. Si quieres pegarle un tiro a Jack Kennedy un domingo por la mañana, antes de que se confiese de una noche de sábado llena de pecados, ¡este es el sitio! Va a misa de siete de la mañana cada vez que está en la ciudad. ¡Y, os lo aseguro, tiene muchas cosas que confesar! Las chicas de la zona lo conocen como Jack Colchones. El tipo se ha acostado con tantas que es imposible que lleve la cuenta. Corre un rumor que dice que incluso llegó a casarse con una de Palm Beach en la década de los cuarenta. Durie Malcolm se llamaba. El viejo Joe, sin embargo, consiguió que anularan el matrimonio. Sí, amigos, Jack es de confesión semanal. Y, por alguna razón, Dios siempre le perdona los pecados. Así que yo diría que este sitio también deberíamos tenerlo vigilado.

Al otro lado del puente, en la zona oeste de Palm Beach, giraron al norte por Broadway. Después de unos minutos por Riviera Beach llegaron a Blue Hero Boulevard, donde subieron a una lancha pesquera que parecía un táper y se hicieron a la mar, dejando atrás la isla Peanut y por la ensenada del lago Worth. Nada más entrar en el abierto mosaico azul del océano Atlántico, Rayo de Sol viró la lancha hacia el sur y siguió la hesperidina costa de Palm Beach, lo que permitió que su nefaria tripulación tuviera una vista clara e ininterrumpida de una pluralidad de hogares y jardines plutocráticos llenos de manzanas doradas, fuentes de las que brotaba la ambrosía y celosos cancerberos. Apenas unos minutos después, levantó el pie del acelerador y dejó que la lancha fuera a la deriva en los remolinos que ella misma había creado.

—Ahí está —anunció Bolas de Alcanfor antes de tenderle a Nimmo unos binoculares grandes como dos botellas de Coca-Cola—. Esa es la

casa de Kennedy. Si fuera yo quien tuviera que matarle, este sería el sitio desde el que elegiría hacerlo.

Nimmo se llevó los binoculares a los ojos y enseguida enfocó la casa. La parte principal de esta tenía dos pisos y unos treinta metros de largo, y también había un bungaló de invitados; una casa de la piscina que quedaba al sur. Rodeado por palmeras inclinadas como paréntesis debido a la constante brisa atlántica y por una vegetación tan exuberante que venía a decir lo poco que le importaba a Jack a cuánto ascendiera el gasto mensual en jardineros, el lugar se alzaba sobre un muelle de cemento el doble de largo que la casa y de unos cuatro metros y medio de altura. A Nimmo le pareció una casa imponente, aunque, teniendo en cuenta el estándar más opulento de la de Flagler, la de Post o la de Widener, el petulante diseño español de Addison Mizner era bastante sencillo, hasta para un conservador de Boston.

Nimmo estudió la Casa Blanca de invierno y fue quedándose con detalles como la veintena de ventanas, la cerca blanca de madera que casi mantenía oculta la piscina desde el océano y que, anclada en el muelle, había una lancha de guardacostas desde la que dos hombres con camisa azul y salvavidas lo miraban a él por unos prismáticos igual de potentes.

—Dicen que Jack tiene una entrada secreta. Ya sabéis, para que pueda salir a cazar conejos sin que nadie se entere. Ahora bien, no tengo ni idea de cuál de esas puertas es. Si Kennedy estuviera aquí, esos guardacostas andarían patrullando la zona y obligando a los curiosos como nosotros a seguir adelante. No es que a Jack le importe una mierda quien coño le ve en bañador, ¡ni mucho menos! A veces incluso nada por el océano. Por aquí hay tiburones, pero, al parecer, se la trae floja. Aunque, claro, es muy probable que Jack sea el tiburón más grande de todos.

—Añade esos guardacostas a lo que se mueve el barco —empezó a decir Nimmo— y la dificultad del disparo aumenta muchísimo. Alcanfor, ¿cuánto se alejan de la orilla?

—Entre cincuenta y sesenta metros, dependiendo del día que haga.

—Es probable que Jefferson debiera mantener otros cien metros con los guardacostas... y eso es un mínimo de ciento cincuenta metros hasta la orilla. Sí, ese es un disparo tremendo. Y el mar tendría que estar en calma. Por no hablar de lo más importante: llegar a ver a Jack. La zona de la piscina está muy bien resguardada. A mí este disparo me parece un tanto impredecible.

—Es un profesional —destacó Rosselli—. Eso es lo que pagas cuando lo contratas. Si cualquier idiota pudiera hacerlo, lo harías tú mismo. Así son las cosas. Puede que decida hacerlo de noche. Imagina el objetivo detrás de alguna de esas ventanas iluminadas.

—¿Quieres matar a Jack Kennedy? —masculló Rayo de Sol.

Nimmo sonrió.

—No, la verdad es que no. Creo que te has perdido. Lo que estamos intentando es impedir que lo asesinen.

—El mejor sitio sería el campo de golf.

—Sí, ya lo habíamos pensado —comentó Rosselli.

—El tipo juega a primera hora los sábados —continuó Rayo de Sol con ese tono grave y monocorde que hacía que pareciera budista—. En el Country Club. Está como a unos ochocientos metros de la casa. El asesino le espera en uno de los bancos de arena, o por ahí. Lleva el arma en una bolsa de palos. Finge que está intentando salir de la arena. Ahora bien, tendrá que hacerlo en alguno de los nueve primeros hoyos, porque Jack rara vez pasa del noveno.

—Rayo de Sol es un golfista consumado —confirmó Bolas de Alcanfor—. ¡Tienen un hándicap de seis!

—¿Y ya está? —preguntó Nimmo sonriendo.

—Le he visto jugar unas cuantas veces —continuó Rayo de Sol—. Tengo un amigo que es socio del Country Club. No me pareció bien que no dejara de decir que Ike se pasa el tiempo jugando al golf, en especial, teniendo en cuenta que a él también le gusta. Y, además, Ike es mejor. Puede que sea un anciano, pero es bueno. Lo suficiente, ¿me entendéis? Kennedy tiene alguna que otra bola buena, pero es rígido de cintura y, además, no tiene paciencia para mejorar su forma de jugar.

—Recordaré estos consejos si alguna vez juego con él —comentó Nimmo—. Venga, larguémonos de aquí antes de que los guardacostas nos pidan que abramos las bolsas.

—¿Adónde queréis ir ahora? —preguntó Bolas de Alcanfor.

—A la armería de Colt Maurensig, que está en Gun Club Road.

—Dónde iba a estar, ¿no? —soltó Rosselli.

La armería de Colt Maurensig, que estaba en la zona oeste de Palm Beach, era un edificio como de pueblo, de cemento rosa, que estaba entre una licorería y una tienda de manualidades. Maurensig había utilizado su nombre de pila y el prefijo y el sufijo de su apellido para

dar forma a una especie de acróstico que incluía el nombre de tres marcas populares de armas: Colt, Mauser y Sig. En el aparcamiento, que casi estaba vacío, justo delante de la tienda, había una camioneta Chevrolet Stepside del 57 con el mismo diseño en el lateral que había en el escaparate de la armería.

Los cuatro hombres que iban en el Pontiac Bonneville aparcaron y se quedaron a la sombra de la camioneta, mirando si alguien entraba o salía de la tienda de Maurensig. Por fin, cuando Nimmo decidió que no podía haber clientes dentro, dijo:

—Nadie va a decir una puta palabra excepto yo, ¿entendido? —Todos asintieron—. Alcanfor, tú y yo entraremos primero. Johnny, Rayo de Sol y tú nos dais diez minutos de reloj y entráis, y, cuando te mire y te asienta, cerráis la tienda, ¿entendido?

Cuando Nimmo y Bolas de Alcanfor entraron en la armería sonó una campana. Detrás de un amplio mostrador de cristal que albergaba una extensa familia de automáticas y revólveres había un hombre del tamaño de un armero, con el pelo y la barba pelirrojos y los antebrazos del color y la anchura de la culata de un rifle. El hombre, que se encontraba hablando por teléfono, estaba a caballo entre un paleto y un *berserker* vikingo. Bolas de Alcanfor se quedó cerca de la puerta, mirando unas cartucheras.

Nimmo se acercó al mostrador y, mientras el hombre colgaba, le enseñó su vieja placa del FBI, esa que había dicho que había perdido. En ocasiones le resultaba útil; ocasiones como esta. No quería trabarse con aquel tipo en una discusión sobre si aquella era o no su jurisdicción; hacía cincuenta años que Palm Beach era parte del condado de Dade.

—¿En qué puedo ayudar al FBI?

—¿Es usted Colt Maurensig?

—Sí, así es.

—Me gustaría que le echase un vistazo a esta foto, señor. —Nimmo le enseñó una fotografía de Tom Jefferson y añadió—: Estamos hablando con armeros de todo el estado para ver si alguno lo reconoce como cliente.

—Yo guardo unos buenos registros, así que, si además de la cara tiene usted también un nombre, puedo consultar si ha comprado algún arma de fuego.

—No, no tenemos ningún nombre. Todavía. Si no le importa mirar la fotografía, señor, para ver si lo reconoce.

Maurensig cogió la fotografía, la miró y negó con la cabeza poco a

poco.

—No, no lo reconozco. ¿Qué ha hecho?

—Es un asesino. Un francotirador. Utilizó un rifle con una mira para disparar a un hombre por la espalda, como un cobarde de mierda. —Nimmo señaló el estante de rifles que había detrás de la ancha espalda de Maurensig—. Es probable que con un rifle como esos. Un Winchester. Un Springfield. Le importa una mierda cómo tenga que matar.

—Yo solo vendo, señor, adónde apunte la gente es cosa suya.

—Mire la fotografía otra vez, señor. Se lo agradecería.

Insolente, Maurensig miró un lado de la foto y, después, el otro. Luego, se la devolvió a Nimmo y comentó:

—Por lo que a mí respecta, señor, podría ser Sliphorn, el rey de Polaroo. No he visto a este tipo en la vida.

Nimmo asintió como cansado y guardó la foto en el bolsillo.

—Pues muchas gracias por su tiempo, señor. Se lo agradezco. —Se frotó la nuca y suspiró—. No pretendía ser seco. Es solo que, hasta el momento, no estamos llegando muy lejos con esta investigación. Está siendo un día duro. ¡Gracias a Dios, mañana es fiesta!

—Yo trabajo. Acción de Gracias tiende a ser un día de mucho movimiento para nosotros. Hay gente a la que le gusta acercarse al Okeechobee a disparar a los patos, a los cerdos o a los pavos.

—¿En Acción de Gracias? Parece un poco tarde para estar cazando el pavo, ¿no?

Maurensig se encogió de hombros como si aquello le importase tanto como que le pegaran un tiro a la última paloma pasajera del mundo.

—Ya que estamos —empezó a decir Nimmo—, no sé si podría hacerme usted un favor, ¿eh? Le pagaría, claro está. La cuestión es que llevo un revólver Smith & Wesson Militar y Policía de 1905, un calibre 38. ¿Le importaría que se lo enseñara?

—En absoluto. Siempre es un placer ayudar a los agentes de la ley.

Nimmo sacó su arma y la dejó sobre el mostrador.

—Como verá, es un cañón de doce centímetros y medio. Mi compañero, el que está allí, lleva un 38 Special. Como el cañón es más corto, le resulta más fácil desenfundarlo. También es más ligero. Me pregunto si podría usted cortar el cañón de mi arma hasta dejarlo en unos seis centímetros de largo. Se lo agradecería en el alma.

—Como verá, no se puede decir que esté muy ocupado esta tarde, así que creo que podría hacerlo, sí. Solo cortar el cañón, ¿verdad?

Ahora bien, para convertir esta arma en un 38 Special, tendría que adaptar la cámara para que aceptara la munición de la 38 Special... y eso requiere mucho esfuerzo a cambio de poco resultado. Además, el diámetro del cilindro no lo puede cambiar.

—Con que lo sierre y lo lime me conformo.

—Muy bien —comentó Maurensig mientras volvía a encogerse de hombros e iba a la herrería que tenía en la trastienda.

—Se lo agradezco mucho —comentó Nimmo mientras le acompañaba—. A decir verdad, se supone que los agentes no podemos personalizar las armas, de lo contrario, se lo habría pedido a alguno de nuestros armeros. ¡La cuestión es que todo el mundo lo hace!

Maurensig se sentó a un banco de trabajo, descargó el revólver y lo sujetó con un tornillo de banco.

—Ojalá me hubieran dado un dólar cada vez que he visto uno de estos —comentó—. Es el revólver de calidad que más se ha vendido.

—Hasta la fecha, no me ha decepcionado.

Nimmo, que olía el disolvente de la marca Sweet's en la tienda, empezó a mirar a su alrededor. La herrería estaba llena de todo tipo de equipo de especialista: recargadores, limpiadores de estuches, separadores para estuches, básculas de precisión, soportes para rifles.

—La munición de un 38 Special tiene un diámetro menor. Puede que sea un poco más preciso a medida que la distancia aumenta, pero tiene menos poder de detención.

—¡Oh, pues yo te cambio poder de detención por precisión de todas!

La vista entrenada de Nimmo se fijó en una única bala que había en la parte de atrás de otro banco de trabajo. Con cuidado de que Maurensig no le viera, la cogió y examinó de cerca la finísima punta de lo que resultó ser una bala del calibre 30,06. Hasta 1954, la 30,06 había sido la bala oficial del Ejército de Estados Unidos, lo que hacía que estuviera en todos lados, como los Ford; solo que esa bala en particular estaba modificada, concretamente, por alguien que sabía muy bien lo que se hacía. Lo más probable era que el propio Maurensig hubiera retirado el cobertor original y le hubiera encajado aquel zapatito rojo de plástico, un casquillo, para acomodar una bala de menor calibre dentro de un cartucho más grande. Utilizar un acelerador era, Nimmo lo sabía muy bien, un viejo truco de francotirador para aumentar significativamente la velocidad y la potencia de la bala. Del bolsillo de su abrigo sacó la 30.06 que había encontrado en casa de Tom Jefferson. Tenía el mismo casquillo rojo

que la que había cogido de la mesa de trabajo de Maurensig.

Volvió a sonar la campana de la tienda. Nimmo sabía que eran Rosselli y Rayo de Sol, pero dejó que Maurensig se levantara del banco de trabajo y volviera al mostrador. Aquello le dio tiempo de recuperar y recargar su 38. Después, guardó el revólver y siguió a Maurensig a la tienda.

—¿En qué puedo ayudarles, caballeros?

Nimmo miró a Rosselli y asintió. Rosselli volvió el cartel de «abierto/cerrado» y comentó:

—Ya hago esto yo por usted, que me temo que va a cerrar esta tarde.

Al darse cuenta de que iba a haber problemas, Maurensig fue a echar mano del arma que guardaba debajo del mostrador. Nimmo lo vio y de inmediato lanzó el pequeño abofeteador que llevaba, una pequeña porra de cuero recubierta de cuero con un muelle en el asa. El abofeteador golpeó la primera vez a Maurensig en la muñeca, en el codo la segunda y la tercera, en su grueso cuello. El armero cayó al suelo como Terry Malloy tirándose a por el dinero y el billete de ida a Palookaville. Tenía las manos esposadas a la espalda antes incluso de que dejara de moverse. Rosselli, Bolas de Alcanfor y Rayo de Sol eran hombres comprobados, lo que quiere decir que ya habían matado a otros hombres, pero incluso a ellos les impresionó la velocidad y la destreza con la que Nimmo se había encargado del grandullón.

—Me alegro de que no sea de mí de quien tenga que encargarse —le comentó Bolas de Alcanfor a Johnny.

—Venga, llevémoslo a la trastienda —pidió Nimmo.

Allí, en la herrería, encontraron una serie de correas para rifles con las que ataron al tipo, aún inconsciente, a la silla y, luego, se quedaron esperando a que despertara.

—Bueno, y ahora ¿qué? —preguntó Rayo de Sol.

Nimmo no respondió, se limitó a encender un cigarrillo y a fumarlo tranquilamente mientras pensaba en cuánto odiaba aquello de tener que obligar a alguien a que dijera algo que no quería decir. No es que fuera una persona cruel; a su entender, sencillamente, sentía poca o ninguna empatía por los demás. Era como si le hubieran apagado algo por dentro, como si se lo hubieran deshabilitado, igual que hay daltónicos o gente que no tiene oído musical. No iba a ser la primera vez que interrogara a alguien. De hecho, se había visto en esta tesitura numerosas veces y a menudo había tenido una actitud brutal con los interrogados. Más a menudo de lo que le gustaría.

Normalmente, tener que provocar dolor iba asociado con la falta de tiempo. La mayoría de las veces tenía prisa por conseguir la información, lo que suponía que solo había una solución posible para el dilema: el dolor. Mucho dolor. Tal y como lo veía Nimmo, era mejor para ambas partes empezar cuanto antes y lo más fuerte posible. De esa manera, el otro enseguida se daba cuenta de que no estabas para hostias y de que la cosa no iba a mejorar a menos que te convenciera de que no se estaba guardando nada.

Maurensig gruñó y, nada más oírlo, Nimmo le tiró con fuerza de la barba un par de veces para ayudarle a volver cuanto antes. Cuando Maurensig abrió por fin aquellos ojos de color tabasco, Nimmo encendió otro cigarrillo y se lo puso entre los labios al armero.

—Bueno, barbas, presta atención —le dijo—. No quiero estar dando vueltas, así que te voy a decir lo que sé. Sé que conoces a Tom Jefferson. Sé que estuviste en el ejército con él. Durante un buen tiempo. Y sé que sois amigos, porque, de lo contrario, no me habrías dicho que no lo has visto en la vida, una vida en la que, hasta ahora, no has sufrido dolor. Sé que eres tú el que le ha hecho esta bala. Prueba número uno. —Le enseñó el casquillo que había encontrado en el banco de trabajo—. Que es la gemela Toni de esta que conseguí en casa de Tom Jefferson. Prueba número dos. —También le enseñó la otra—. Así que sabes que sé que eres tú quien se las ha proporcionado. Y, por lo tanto, sabes que soy consciente de que sabes cosas que yo no sé. La hostia de cosas, seguro. Y, tal y como yo lo veo, y dada la desventaja tan grande en la que te encuentras, creo que no deberías ni esperar a que te hiciera preguntas. Ni una. Porque te aseguro que el Señor no te va a echar un cabo en todo esto. Amén. Así que te voy a pedir por favor que me pongas al día lo antes posible de todo lo que sepas. Y ten en cuenta en esa cabeza pelirroja tuya que no te lo voy a pedir más veces. Si no hablas, te va a doler. Te va a doler donde más duele el dolor.

Maurensig cerró el ojo para evitar el humo que se arremolinaba a su alrededor y preguntó:

—Pero ¿qué coño de federal es usted, señor?

—Del peor tipo que hay. Del venal. Del violento. Del degradado. Del impaciente. Borracho, mentiroso y adúltero por obediencia a la influencia planetaria. Malvado por imposición divina. Malo. Cabrón. —Nimmo hizo una pausa y se inclinó hacia la cara de Maurensig—. Dime, cerdito atado, ¿dónde puedo encontrar a Tom Jefferson?

—No conozco a nadie que se llame así.

Nimmo se puso recto y suspiró.

—Se me olvidaba que fuiste soldado, ¿eh? Te va eso del heroísmo. Pero ¿sabes por qué?, porque aún no sientes pánico. O puede que seas de los que piensa que hay un Creador que va a salvar tu alma, aunque no haya sido capaz de salvar tu culo gordo.

—No sé de quién coño está usted hablando, señor.

Nimmo negó con la cabeza.

—Cuidado, Colt, porque ya lo has negado dos veces. Como lo niegues una tercera, tendremos que empezar a buscar un puto gallo... y mira lo que le pasó a Pedro. El canto del gallo nunca trae nada bueno. Al viejo Pedro lo crucificaron bocabajo. O, al menos, eso es lo que dice la Biblia, si eres de los que creen esas chorradas. Aquellos mártires cristianos podían soportar el inclemente dolor que, según el Nuevo Testamento, les hicieron padecer los romanos porque tenían fe en el alma inmortal. Pero tú y yo sabemos la verdad, Colt. Si algo nos ha enseñado el siglo XX es que esta frágil carne es todo lo que hay. Ya sabemos lo que pasó en la guerra; no existe eso de la paz del cielo. Así que te lo voy a preguntar una vez más. Con toda la amabilidad de la que soy capaz. Como si estuviéramos a las puertas de Jerusalén y fuera yo una de las porteras de Caifás. ¿Dónde cojones está?

—¿Cómo coño quieres que lo sepa? No lo veo hace muchí...

Antes de que Colt Maurensig llegara a completar su tercera negación, Nimmo apartó el cigarrillo y le metió los dedos en las fosas nasales y las retorció con mucha fuerza, como un ganadero que intenta controlar a un toro enfurecido. Maurensig abrió la boca y mugió de dolor. Nimmo, que sujetaba a Maurensig por la nariz como si nada, se llevó el cigarrillo a los labios, sopló para encender la brasa y, después, lo tiró al interior de la boca de Maurensig y se la cerró con fuerza y se la tapó con la mano. La cabeza de Maurensig se puso de color magenta, toda, y el hombre empezó a retorcer el cuerpo como si estuviera sentado en la silla de Sing y el verdugo del estado de Nueva York acabara de pulsar el interruptor para enviarle veinte amperios a 2.400 voltios. Por detrás de la mano de Nimmo, que apretaba con fuerza la boca de Maurensig, sonó un largo alarido apagado que parecía que proviniera de un pozo lleno de demonios.

—Joder... ¡Ven adonde está el sabor! —dijo por lo bajo Bolas de Alcanfor.

Rayo de Sol soltó una risita cruel y encendió un cigarrillo, como si acabaran de darle ganas de fumar. Para probar, toqueteó un callo que tenía en la mano con la parte encendida y, al descubrir que dolía más

de lo que había pensado, intentó imaginar qué sería que te metieran un cigarrillo encendido en la boca; como Maurensig seguía gritando como si se tratara de un hereje en la hoguera, incluso a un sonámbulo intelectual como Bobby Solegiatto le resultó sencillo.

Después de entre diez y quince segundos, Nimmo quitó la mano y dejó que Maurensig escupiera. El tipo se deshizo del cigarrillo entre numerosas arcadas.

—Colt. —Nimmo intentó captar la atención del hombre, que lloriqueaba—. ¿Colt? —Volvió a cogerle de la barba—. Escúchame bien, Colt. La próxima vez haré que te lo tragues. Como Porcia, la mujer de Brutus. Y, por cierto, no sobrevivió. Así que, ¿qué es lo que quieres Colt? ¿Unas respuestas o un último cigarrillo? Pero fumar mata, amigo, eso te lo aseguro. Bolas de Alcanfor, tráele a «labios calientes» un vaso de agua para que pueda ganarse nuestro afecto con unas palabras.

Bolas de Alcanfor trajo un vaso de agua y ayudó a Maurensig a beber. El hombre, que no dejaba de hacer gestos de dolor, tragó el agua y murmuró algo con el mismo desdén por la dicción que Quasimodo.

—Tiene... un piso franco... en Nueva York... No sé dónde... pero tiene uno.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

Por un instante, pareció que tener agua fresca en la boca le proporcionaba a Maurensig cierto alivio. Entonces, negó con la cabeza y tragó, incómodo.

—Hace un tiempo que no nos vemos... pero hablamos. Por teléfono.

—¿Cuándo?

—A mediados de noviembre, diría yo. No sé... ¿el 18?

—¿Qué te dijo?

Parecía que Maurensig estuviera sufriendo un terrible dolor de dientes y que cada respuesta fuera como si estuviera comiendo helado y el frío le llegara una y otra vez al nervio.

—Solo que se iba. A Nueva York.

—¿A hacer qué?

—Allí es donde... investiga... cuando está planeando algo. Un encargo. Allí investiga a las personas... a los objetivos... Si queréis dar con él... probad en la Biblioteca Pública de Nueva York. Puede... que lo encontréis... allí.

—¿Y por qué te llamó?

Maurensig tomó un poco de aire frío en el auto de fe en que se había convertido el interior de su boca. Había visto a un soldado meterse un cigarrillo en la boca cuando estaba en el ejército. El típico truco que hacías en una fiesta. Un truco que, evidentemente, tenías que aprender con un cigarrillo apagado. A Maurensig le resultó complicado imaginar que, por impresionar a unas fulanas en un bar, alguien estuviera dispuesto a sentir el tipo de dolor que estaba sintiendo él.

—Me dijo que iba a estar fuera un tiempo... y que su próximo trabajo... probablemente... sería el último.

—¡Por Dios! —musitó Johnny Rosselli—. ¡Por Dios, joder!

—¿Te dijo quién era la persona a la que iba a disparar?

—Nunca me cuenta nada; al menos, de eso. Solo hablamos de armas y municiones... de nada más... de miras.

—Pero esta vez no, ¿verdad?

—No. Dadme un poco más de agua, por favor.

Bolas de Alcanfor, que aún tenía el vaso en la mano, miró a Nimmo, que asintió. Maurensig se inclinó hacia el vaso como si se muriera de sed.

—¿Y qué le dijiste tú cuando te salió con eso de que este asunto de Nueva York podía ser el último?

—No, no es eso lo que dijo. Nueva York solo es un lugar seguro para él. Allí es donde planea el encargo. Luego, va a otro sitio a ejecutarlo. Miami. Dallas. Las Vegas. Donde sea.

—¿Palm Beach?

—Donde sea.

—Y qué le dijiste tú. Por teléfono.

—Le pregunté si es que se iba a retirar. Me dijo que tenía dinero suficiente... para vivir bien el resto de sus días... para salir del país... si era necesario. —Maurensig estaba llorando. Nimmo supuso que se debía al humo que había habido en el interior de su boca—. Dijo no sé qué de que los agentes de la ley le iban a poner muy difícil que se quedara por aquí. Que tendría que conseguir una nueva identidad. Chorradas así. Que mucha gente iba a ir a por él.

—¡Joder! ¡Joder! —exclamó Rosselli—. Parece que tenías razón, Jimmy. He de admitir que tenía dudas... pero ya no. Ese cabrón lo está planeando de verdad.

—Sí, pero ¿dónde? —preguntó Nimmo.

—Podría ser aquí... o en Nueva York... Según el programa, nuestro amigo va a volar a Nueva York el 2 de enero y se va a quedar allí un

par de días.

—Dime, Colt, ¿lo ves capaz de disparar a una persona desde una lancha a una distancia de... digamos... doscientos o trescientos metros?

Maurensig escupió sangre. Mientras se retorcía de dolor se había mordido la lengua y el interior de la boca con fuerza.

—Ese podría dispararle a lo que fuera. En el Chappo Flat Range, en el Campamento Pendleton... Jefferson tenía un dos tres seis de un máximo posible de dos cinco cero. Es la mayor puntuación de un soldado en el Primero de Marines. Es el mejor que he visto en la vida con un rifle. Ponle una bolsa en la cabeza y el tipo seguirá siendo como el puto Davy Crockett. Y eso es todo lo que sé. De verdad. Tenéis que creerme.

—No te queda otra —dijo con sorna Bolas de Alcanfor—, o vas a fumar otro cigarrito.

—A ver... que lo conozco, sí... pero no somos amigos. La gente como él no tiene amigos... Si no os cuento más es porque no sé más. No, al menos, desde que dejamos el ejército.

Nimmo encendió otro cigarrillo, algo que a Maurensig le gustó tan poco como a Winston Smith le habría gustado ver una rata en la habitación 101. Lo peor del mundo habría sido.

—Has dicho que en Nueva York, pero ¿podrías decirnos, más o menos, por dónde de Nueva York?

—No, de verdad que no.

Nimmo miró la punta encendida del cigarrillo como ido.

—¿Estás seguro? —Sopló la punta del cigarrillo con una actitud sádica.

—¡Segurísimo! ¡De verdad!

Nimmo volvió a coger a Maurensig por las fosas nasales y tiró hacia arriba, hacia los ojos con lágrimas, y acercó el cigarrillo a poco más de unos dos centímetros del molusco expuesto, gris y lleno de puntos rojos en el que se había convertido la lengua de Maurensig.

—¡Pues yo creo que estás mintiendo!

—¡Hay un pedazo de papel! —gritó Maurensig. Nimmo le soltó la nariz. Maurensig sacudió la cabeza y añadió—. ¡Son unos sitios a los que me recomendó que fuera si me pasaba por Nueva York! ¡Sitios a los que también iba él! ¡No sé más!

—¿Y dónde está ese papel?

—En el mostrador, en una guía que tengo de Estados Unidos. Allí está.

Nimmo fue al mostrador y, allí, junto a una escopeta semiautomática de calibre 12, vio un montón de libros. La guía de Estados Unidos estaba entre *Grant avanza hacia el sur* y *Calma en Appomattox*, ambos de Bruce Catton. En la sección que hablaba de la ciudad de Nueva York encontró un pedazo de papel doblado con los nombres y direcciones de restaurantes y clubes nocturnos, la mayoría de los cuales ya conocía. Chez Joie, en Broadway, en la zona oeste de High Bridge, era un garito de esos que cierra muy tarde y en el que las camareras llevan poca ropa y, si les das un dinero, te acompañan a casa y se quedan aún con menos. Un poco más al sur, también en Broadway, estaba el Prelude, era un sitio al que ibas a tomar unos cócteles antes de ir a cenar. Allí las chicas tenían más clase. Nimmo no había oído hablar de La Barraca, en la calle Cincuenta y uno Oeste, pero conocía el Basin Street East, en la calle Cuarenta y ocho, y el Five Spot, que estaba en la plaza Cooper. Ambos eran buenos sitios a los que ir a escuchar jazz. El Liborio, en la calle Ocho, era el mejor restaurante de la zona oeste, un sitio al que llevas a una chica para satisfacer tu interés por saber cómo son las prendas con clase... como, por ejemplo, la ropa interior de seda. A Nimmo le pareció que los gustos de Tom Jefferson no tenían nada de malo, dado que parecía que coincidieran bastante con los suyos.

De vuelta en la trastienda, Nimmo cogió a Maurensig por la nariz.

—Espero que no hayas intentado metérmela doblada, porque, de lo contrario, te aseguro que volveré y utilizaré tu entrepierna de cenicero. ¿Me has entendido, gordo?

—Te he dicho toda la verdad. Te lo juro.

—Rayo de Sol, vigílalo. Johnny. Alcanfor. —Nimmo hizo un gesto con la cabeza hacia la tienda—. Tenemos que hablar.

Una vez en la tienda, les dijo:

—No sé si matar a este tipo. La cuestión es que, si lo dejamos con vida, podría avisar a Jefferson.

—Ha dicho que no sabía cómo ponerse en contacto con él —comentó Bolas de Alcanfor—. Yo le he creído.

—Los teléfonos funcionan en dos direcciones, Alcanfor. Podría ser que Jefferson se pusiera en contacto con él y, entonces, este le advirtiera. Lo que no tengo claro es si es mejor que Jefferson sepa que vamos a por él o no. Si lo sabe, cabe la posibilidad de que piense que es mejor olvidarse de meterle un tiro a Kennedy. Pero, claro, por otro lado, podría ser que no consiguiéramos sino que se volviera más cuidadoso. Ahora mismo, la única ventaja que tenemos es que no sabe

que somos conscientes de lo que está planeando y que le seguimos la pista. Así, si enviáis a gente a Nueva York para vigilar los sitios de la lista de Maurensig, y la Biblioteca Pública, claro, puede que aparezca. En cuyo caso, vuestra gente le verá.

—No creo yo que hayan estado nunca en la Biblioteca Pública de Nueva York —comentó Rosselli como si pensase en alto—. En cualquier caso, los Gambino pueden encargarse de lo que pasa en Nueva York por nosotros.

—La cuestión es que, si lo espantamos, no se acercará a estos sitios ni aunque le den dinero. Puede que incluso se vaya de Nueva York y que no volvamos a tener oportunidad de dar con él.

—No me gusta que me tomen por idiota —soltó Rosselli—. A mi entender, dar con Jefferson es primordial. Todo lo demás vendrá rodado. No deberíamos correr ningún riesgo. No me vale con que lo asustemos y yo diría que a Momo tampoco. Tom Jefferson es un muerto que respira. —Señaló la trastienda con el pulgar—. Igual que ese... dado que podría estropearlo todo.

Nimmo se encogió de hombros y preguntó:

—¿Quién va a hacerlo?

—Este es mi territorio —apuntó Bolas de Alcanfor—. Dejad que sea yo quien se encargue. No es complicado. A unos veinte minutos en coche de aquí está el Loxahatchee. Allí hay un refugio de fauna natural, pero no es gran cosa si lo que te gusta es beber cerveza y ver la tele. Cincuenta mil hectáreas de hierba alta y pantanos. Hay serpientes y caimanes por todos los putos lados. No es un buen sitio al que ir sin transporte; podría uno ser incapaz de salir de allí en la vida; en especial, si te ve un caimán. Rayo y yo lo metemos en el maletero y lo llevamos allí por la noche, le pegamos un tiro en la sesera y se lo dejamos a las fieras. No tendréis que volver a preocuparos por Colt Maurensig.

—Muchas gracias, Alcanfor —dijo Rosselli.

—No hay por qué darlas. No solo nos dedicamos a las estafas. —Bolas de Alcanfor dejó a un lado su cara de rechazo a lo William Bendix y se rio con ganas de su propio chiste—. En cuanto hayamos acabado con eso, nos pondremos con lo de Kennedy. A vigilar. Por lo que me ha contado Lawford, puede que resulte interesante quedarse mirando. ¡Y que, además, he votado a ese tipo!, así que no me gustaría que le pasara nada... pese a que le pirre perseguir faldas más que a Errol Flynn interpretando el *Don Juan*.

—Así que le votaste. Entonces, está claro que eres parte de ese 0,1.

—¿Cómo dices?

—He hecho el cálculo. Votaron sesenta y ocho millones de estadounidenses. Kennedy ganó por ciento doce mil votos. Eso es el cero coma uno por ciento de los votos. —Nimmo sonrió—. Para que veas que se me dan bien las putas matemáticas.

16

LA PALABRA DE UN HOMBRE

Cuando Alex Goldman llegó al apartamento que Tom tenía junto al río, era la primera vez que ambos se veían desde la muerte de Mary Jefferson. Edith no estaba en casa; había ido a arreglarse el pelo al Beacon Beauty Salon de Broadway y Tom se alegraba. Goldman y él tenían mucho de qué hablar. Tom sirvió dos whiskies y esperó a que fuera Alex quien rompiera el hielo. Goldman miró a su alrededor, aquel apartamento grande y bien amueblado, con sus techos altos y las preciosas vistas del río. Luego, brindó por el lugar.

—Bonito sitio.

Tom asintió.

—Ah, claro, que es la primera vez que vienes.

—Tiene mucha clase. ¿De alquiler?

—Por supuesto.

—Es muy diferente de la casa de Miami.

—Muchas cosas son diferentes de lo de Miami.

Goldman le dio un sorbo a su whisky en silencio y rebuscó su pipa torpemente.

—¿Tenías que matarla? —le preguntó Tom.

—¿Y qué creías que iba a hacer?

—Dijiste que te encargarías de ella. Ni se me pasó por la cabeza que te referías a que la matarías.

—Y tú dijiste que tenían una cinta en la que aparecía con Kennedy —Goldman se encogió de hombros—. No creas que lo disfruté. Ahora bien, ¿qué alternativa pensabas que tenía? Estaba comprometida. Tú mismo lo dijiste. Estaban a punto de descubrirla y, por lo tanto, a ti. No podías correr el riesgo. No, al menos, teniendo en cuenta lo que hemos planeado para Navidad.

—Para después. Para el lunes día 9 de enero, para ser exactos.

—Cuando sea. —Goldman buscó la pipa y empezó a llenarla con tabaco—. Lo siento, Tom, de verdad... pero es que no había alternativa.

—¿Fue idea tuya o fueron los rusos los que te dijeron que lo hicieras?

—Tom, hice lo que tenía que hacer. No habría habido ninguna diferencia aunque se lo hubiera preguntado a ellos. El resultado habría sido el mismo y lo sabes muy bien. La chica me caía muy bien. ¡Me caía la hostia de bien, joder! —Goldman apuró su bebida y se sirvió otra—, pero hice lo que tenía que hacer.

Tom asintió con aire sombrío y se quedó mirando cómo Goldman se acercaba al ventanal con la nueva bebida. La vista de Nueva Jersey que había desde allí merecía la pena, la verdad.

—Igual que tuve que deshacerme del tipo aquel de México. ¡Joder, era amigo mío!, pero habían empezado a sospechar de él, y cuando descubrió lo que teníamos planeado para Kennedy... firmó su sentencia de muerte. Había que matarlo.

—Pensé que te la llevarías del país o algo así —insistió Tom—. Que le haríais un pasaporte nuevo. Puede que incluso mandarla a Rusia. Ella siempre quiso ir a la Unión Soviética.

—Ya te he dicho que no fue personal. —Goldman frunció el ceño —. Venga, Tom, ¿qué puedo decir que no te haya dicho ya?

Tom se encogió de hombros y encendió un cigarrillo.

—Además, Rusia no le habría gustado nada. A nadie le gusta Rusia. ¡Ni a los rusos les gusta!

Tom siguió fumando.

—Oye, Tom, ¿tienes algún problema conmigo? Porque no veo factible que podamos llevar a cabo esta labor juntos si tienes algún problema conmigo. —Alex le tendió la mano—. ¿Qué me dices?

Después de un buen rato, Tom se puso de pie y se la estrechó.

—No, no tengo ningún problema —masculló.

—¡Bien! Por cierto, ¿dónde está la mujer?

—¿Edith? En la peluquería.

—¿Cómo es?

—Buena. Lo hará bien.

Goldman asintió.

—López Ameijeiras habla maravillas de ella. He oído que, además, es muy guapa.

—Vamos a necesitar otra chica.

—¿Mismas características?

Tom asintió.

—¿Quieres que me encargue yo?

—No, Edith va a hablar con Ameijeiras. Dice que conoce a alguien

que encaja a la perfección. —Tom le dio una larga calada al cigarrillo y tiró el humo hacia la costa de Jersey—. Cree que la vas a matar cuando todo esto termine.

—¿Y quién le ha metido esa idea en la cabeza?

—Yo no. Fue Ameijeiras el que le contó lo de Mary.

Goldman chasqueó la lengua con fuerza.

—Será cabrón... ¿Por qué lo haría?

—Supongo que tiene ideas muy desfasadas acerca de la disciplina de partido.

—Eso parece.

—En cualquier caso, le dije que no tenías ninguna intención de asesinarla.

—Bien.

—Y se lo ha creído.

Goldman asintió.

—Porque es así, ¿no? No tienes intención de asesinarla cuando esto termine, ¿verdad?

—¡Claro que no!

Tom adelantó la mano.

—¿Me das tu palabra?

Goldman sonrió y le estrechó la mano.

—Claro, ¿por qué no? Te doy mi palabra.

17

DAR GRACIAS

En 1621, el capitán Miles Standish, líder de un grupo de fanáticos religiosos ingleses que creía a pies juntillas en la inminente llegada del Armagedón a Europa, invitó a una tribu local de algonquinos, los wampanoag, a cenar con ellos para celebrar la buena fortuna de que su comunidad de inmigrantes se hubiera establecido en Nueva Inglaterra. Como esto último tenía más que ver con la caridad de los indios que con el dios de los cristianos o con una mera casualidad, habría sido una grosería no pedírselo; en especial, teniendo en cuenta que eran los indios los que les proporcionaban la comida. Dos años después, cuando la situación de los habitantes de Nueva Inglaterra estaba mucho más segura, el sermón de Acción de Gracias de Mather el Viejo incluyó un agradecimiento especial a Dios Todopoderoso por la plaga de viruela que había acabado con la tribu de los wampanoag —que había sido su más inmediata benefactora.

Para estos indios, resultó que el Armagedón estaba más cerca de su hogar que de Europa y los estadounidenses dejaron de preocuparse por el fin del mundo —más o menos— hasta el 23 de septiembre de 1949, que fue el día en que la Joe 1, la primera bomba atómica soviética, explotó satisfactoriamente. Desde ese momento, y en especial desde el 29 de diciembre de 1955, cuando Bulganin anunció que la URSS había desarrollado un cohete capaz de lanzar la bomba H a seis mil quinientos kilómetros de distancia, es posible que Acción de Gracias haya tenido un significado mucho más relevante para los estadounidenses de lo que lo había tenido en los trescientos años anteriores, desde que los Padres Fundadores cruzaron el océano Atlántico.

No es que este día de fiesta, por tradición el último jueves de noviembre, haya perdido nunca su significado. La importancia de este día en el calendario estadounidense queda clara por el hecho de que la investidura de George Washington en el día de Acción de Gracias de 1789 fuera la primera investidura presidencial en Estados Unidos. El

discurso de esta investidura, que se había traspapelado durante ciento treinta y dos años pero que se redescubrió en 1921, no dice nada de los wampanoag, lo que es una pena. Tampoco es que diga nada de la comida familiar, del fútbol americano o del desfile de Acción de Gracias de Macy's patrocinado por la Lionel Corporation y los juguetes Ideal que Jimmy Nimmo, en su casa de las islas Keystone, seguía en la NBC.

Estaba solo. Aunque de mala gana, había admitido que seguir investigando durante un día de fiesta no iba a servir de mucho. Excepto, quizá, por un detalle.

Así, después de ver el desfile en su nueva televisión a color, seguido del partido —en el que los Green Bay Packers se enfrentaban a los Detroit Lions—, que acompañó de una cena precocinada, de echar una cabezadita en su sillón favorito durante un episodio de *Edge of Night* y de disfrutar del concierto de Leonard Bernstein y la Filarmónica de Nueva York en Berlín Occidental, seguido de un par de cervezas y de un sándwich durante el noticiario de las siete y *Bat Masterson*, Nimmo cogió el coche y volvió a Palm Beach.

Eran más de las once cuando llegó, pero, de acuerdo con la agenda de Jack Kennedy, llegaba con tiempo de sobra. Así que se tomó algo en el popular Bradley's Saloon —que estaba en la Royal Poinciana, cerca del canal interoceánico— antes de volver a conducir y cruzar el lago Worth hasta el aeropuerto de la zona oeste de Palm Beach. Aún tenía tiempo cuando se unió a la multitud de periodistas y admiradores que había allí reunidos para ver aterrizar a Kennedy, que venía del Aeropuerto Nacional de Washington. Nimmo quería comprobar si Tom Jefferson podría llegar a elegir aquel aeropuerto para atentar contra la vida del presidente electo.

Teniendo en cuenta que no había aviones a reacción, que todos eran aviones turbopropulsados, en su mayoría privados, no se trataba de un aeropuerto grande, por lo que no había mucho que ver: una pista de aterrizaje, un edificio para distribuir a los pasajeros y una torre de control aéreo. Nimmo decidió que el mejor sitio en el que ponerse sería aquel que era probable que eligiera Tom Jefferson y, con tanta gente y coches alrededor, imaginó que se trataría de un sitio elevado.

Subir al tejado del edificio del aeropuerto resultó bastante sencillo, y Nimmo podría haberse sentido aún más alarmado por el excelente potencial que tenía aquel sitio para un tirador de no ser por los dos agentes del Servicio Secreto con que se topó allí arriba. La mandíbula

cuadrada, el corte de pelo recto, el abrigo largo y abotonado y un calzado adecuado hacía que te dieras cuenta de lo que eran antes incluso de que te enseñaran su placa del Tesoro o pusieran en práctica su actitud de hermano mayor.

—¿Quién es usted? —le preguntó uno de los agentes—. No debería estar usted aquí.

Ambos hombres se acercaron rápidamente a Nimmo mientras, en algún punto del cielo púrpura, un avión empezaba su acercamiento final a la pista de aterrizaje.

—Pensaba que vería mejor desde aquí —les explicó Nimmo. Lo que pensó por dentro, en cambio, es que mandaría huevos que aquellos dos gilipollas lo detuvieran y lo interrogaran. Desde luego, daba la sensación de que tenían intención de registrarle—. Lo siento. No pretendía molestar a nadie. —Molestar puede que no, pero daño sí que pretendía hacer cuando le pegó un puñetazo tremendo en la nariz al primero de los agentes. El segundo fue a echar mano del arma, que estaba segura en una pistolera que controlaba con un elástico y que llevaba en la cinturilla de sus pantalones Goldenaire, pero, antes de que tocara siquiera su calibre 38, Nimmo le golpeó con todas sus fuerzas en la cabeza.

Nimmo dejó a ambos hombres tirados sobre el tejado, a oscuras, y bajó del edificio; al fin y al cabo, ya tenía respuesta para la pregunta que había venido a contestar: si podría efectuarse un disparo desde aquel punto elevado del aeropuerto. De vuelta en el asfalto, se mezcló con las doscientas personas que, a pesar de que fuera medianoche, se habían reunido allí para aplaudir al hombre del momento y para agitar sus banderines —«Bienvenido a Palm Beach» y, aunque un poco prematuro, «¡Le queremos, señor presidente!»—. Nimmo consultó su reloj y llegó a la conclusión de que el cuatrimotor que rodaba ruidosamente en dirección al edificio no podía ser el Convair de John Kennedy. Según el programa, su avión privado había salido de Washington a las ocho y media en punto y aquel era un vuelo que duraba cuatro horas. Los dos hombres que Nimmo tenía delante eran de esos que van a todas las convenciones, dos de esos legionarios del licor que saben todas las respuestas. Aquella no era la primera vez que le daban la bienvenida a Jack Kennedy al aeropuerto de Palm Beach.

—Ese es el avión de la prensa —comentó el que estaba más gordo y más sobrio, el más feo de aquellos dos demócratas cuya estúpida cara asnal le recordó por qué el símbolo del partido era un burro—. Ha salido de Washington más o menos al mismo tiempo que John,

pero tiene cuatro motores, ¿ves? Eso hace que sea más rápido que el *Caroline*, que es como el presidente llama a su bimotor. Es por su preciosa hija de dos años. Y por su propia madre. De hecho, son todos guapos, ¿no te parece? ¡Adoro a Jack! Aunque, bueno, yo diría que todo el mundo lo adora, ¿no? ¡Hasta los que no le votaron lo adoran!

Durante la disertación, Nimmo se apartó asqueado del aliento florido de aquel bocazas de Florida. Su conversación olía a pescado, a polenta y a patrañas.

—Eso mismo creo yo —convino Nimmo mientras hacía como que se sonaba la nariz.

El avión empezó a vomitar al cuarto poder y su equipaje y, luego, a repostar. Los dos charlatanes aquellos se tiraron veinticinco minutos hablando de las citas de gabinete que tenía Kennedy y de que se aproximaba un nuevo amanecer para el pueblo de Estados Unidos. Nimmo escuchó con atención, sin preocuparse por los dos agentes que había dejado inconscientes en el tejado. No solo estaba el tejado lo bastante oscuro como para que fueran a reconocerlo, sino que, además, los agentes del Servicio Secreto solían ser muy reservados con sus errores. Se preguntaba qué habrían dicho aquellos dos bocazas si les hubiera contado la mitad de lo que Bolas de Alcanfor le había explicado acerca de Jack Colchones, pero por fin se oyó otro avión y, a las doce y media, con la muchedumbre rugiendo con entusiasmo, aterrizó un aparato más pequeño.

Era la primera vez que Nimmo veía la cara cuprosa de Kennedy. Los ojos del policía vieron a un hombre caucásico de metro ochenta y entre setenta y cinco y ochenta kilos, con ojos código seis —azules—, el pelo código cuatro —castaño rojizo— y cuarenta y pocos años. Llevaba un traje gris azulado de dos botones, una corbata azul oscuro y una camisa blanca con finas líneas grises. A entender del policía, que no llevara sombrero hacía que el joven senador pareciera aún más joven; demasiado como para ser el presidente electo de Estados Unidos. Demasiado hasta para ser el Secretario de Prensa del presidente. De acuerdo con su avión privado, el traje de corte europeo, el moreno de Palm Beach y esa sonrisa de idiota, Nimmo habría dicho que Kennedy era el típico actor de serie B que haría de fiscal del distrito en uno de esos crudos melodramas de juicios: Dana Andrews hostigado por Lee J. Cobb. Solo que, en esta ocasión, no sonreía. Era evidente que algo iba mal. El senador Kennedy entró a toda prisa en el edificio del aeropuerto, sin apenas detenerse para recibir el aplauso de la multitud o para estrechar alguna de aquellas manos suplicantes.

—¿Qué coño le pasa? —preguntó uno de los bocazas—. ¡Que es fiesta! Debería haberse parado a decir hola y a desearnos un feliz día de Acción de Gracias. ¿Quién coño cree que lo ha llevado a la Casa Blanca?

—Seguro que si hubiera habido negros se habría parado. Ya sabes, para que le hicieran una foto dándole la mano a alguno. ¡Esa oportunidad no se la habría perdido!

—Es muy de noche —comentó el otro entre risas—, el negro no saldría en la foto. Sería como si Jack estuviera dándole la mano a dos ojos y una amplia sonrisa. Además, si eso es lo único que quiere, no tiene sino que ir a Montgomery y subir a un puto autobús. No puedo creer lo que acaba de hacer ¡en el puto Acción de Gracias!

Nimmo no prestó mucha atención a la decepción de aquellos dos. Por el contrario, se preguntó si la actitud de preocupación del senador se debería al incidente del tejado. Puede que el Servicio Secreto hubiera aconsejado a Kennedy que pusiera su culo a cubierto lo antes posible, por si acaso había por allí un loco con un arma.

Nimmo estaba planteándose volver a casa cuando Kennedy salió del edificio a toda prisa y fue hasta su avión, donde habló con uno de los pilotos durante un momento. Luego, recorrió los cincuenta o sesenta metros que había hasta el avión de la prensa y subió a él.

—Puede que Cronkite vaya en el avión —especuló uno de los charlatanes— y que quiera que lo entreviste.

Pero, unos pocos minutos después, el avión de la prensa acabó de repostar y encendió sus cuatro motores. A la una de la madrugada, el presidente electo volvía a estar en el aire y dejaba atrás a una gente confundida en el aún cálido suelo de la zona oeste de Palm Beach.

Nimmo condujo hasta Miami, se metió en la cama y se levantó tarde. Enseguida se enteró de que, poco después de que Kennedy hubiera salido de Washington, Jackie, que estaba cerca de dar a luz, había sufrido una hemorragia. Al parecer, la habían llevado al hospital Georgetown, donde había tenido un niño que le habían sacado por cesárea. Kennedy, sencillamente, había tomado el avión más rápido para volver a Washington y estar al lado de su esposa.

Una cosa le quedó clara a Nimmo: Jack Kennedy iba a pasar mucho menos tiempo en Palm Beach y mucho más en Washington de lo que todos habían creído.

Las siguientes dos semanas pasaron sin acción, sin pistas. Fue un

tiempo difícil para Jimmy Nimmo y para todo el que estaba implicado en la investigación. Un Sam Giancana que cada vez estaba más nervioso voló a Nueva York para arreglarlo todo con Carlo Gambino. Así, enviaron secuaces a tener vigilados todos los sitios que aparecían en la lista de Colt Maurensig y a algunos otros por si acaso Tom Jefferson decidía pasarse por allí: como el hotel Carlyle, en Madison Avenue, donde Jack Kennedy tenía un apartamento y donde, a veces, se reunía con Marilyn; o el apartamento de Joe Kennedy en el número 277 de Park Avenue; o el edificio que la familia Kennedy tenía en el número 230 de Park Avenue, donde, en la suite 953, el viejo Joe tenía las oficinas que habían hecho las veces de sede central de la campaña de su hijo durante las elecciones. No había nada en el programa que indicara que Kennedy estaba planeando siquiera visitar Nueva York antes de Año Nuevo, pero Giancana no quería dejar nada al azar.

«Además —había dicho—, el año que viene va a llegar antes de que nos demos cuenta y, después del 2 de enero, pasará allí casi dos semanas. A mí me parece que Nueva York es un sitio estupendo para asesinar a Jack Kennedy».

El único alivio para el gánster de Chicago, aunque ligero, fue una llamada de teléfono que recibió por parte de un Joe Kennedy claramente aterrado que, al darse cuenta de la gran cantidad de matones que habían empezado a rondar sus direcciones de Park Avenue, había llegado a la conclusión de que Frank Costello aún se la tenía jurada. Giancana, que era un viejo amigo y admirador de Costello, intentó tranquilizar a Joe el Contrabandista asegurándole que Costello estaba más o menos retirado después de que los genoveses le hubieran disparado en la cabeza hacía cuatro años. Pero el Contrabandista no las tenía todas consigo y, poco después, voló a Palm Beach para pasar el resto del mes.

No obstante, llegaron buenas noticias por otro lado, noticias por las que el jefe de Chicago se sintió muy agradecido y que celebró con una fiesta en Nueva Jersey para una veintena de mafiosos.

En noviembre de 1957, justo en mitad de las sesiones del Comité McClellan, la mafia había celebrado la mayor reunión de la historia de la Cosa Nostra en la finca de sesenta hectáreas que Joe Barbara tenía en Apalachin, Nueva York. La policía del estado de Nueva York y los agentes del Tesoro habían llevado a cabo una redada y habían arrestado a muchas de las figuras principales del crimen organizado, aunque unos pocos, incluido Sam Giancana, habían escapado. A los arrestados los habían citado para que se presentaran ante el Gran

Jurado para hablar de aquella reunión. La reunión, que había sido pacífica, se había celebrado para evitar una guerra después del atentado contra Costello y el asesinato de Albert Anastasia; aun así, nadie habló. Tal y como Johnny Rosselli le había explicado a Jimmy Nimmo, para aquellos hombres *omertà* era mucho más que una palabra. Como resultado de su negación a hacer nada más que acogerse a la Quinta Enmienda, a Russell Bufalino y a otros diecinueve los acusaron y los encerraron por obstrucción a la justicia. Los sentenciaron a penas de entre tres y cinco años y a cada uno de ellos le pusieron una fianza de diez mil dólares. Una vez fuera, apelaron y el 28 de noviembre de 1960 salió el juicio en la Corte de Apelaciones de Estados Unidos del Segundo Circuito, donde invalidaron la acusación de conspiración por falta de pruebas. Así, Giancana estaba que no cabía en sí de gozo.

Entretanto, la búsqueda de Tom Jefferson continuó poco a poco. Nimmo y Ianucci dieron con el Chevy Bel Air de Tom Jefferson en el Coches de Segunda Mano de Peter Rooney, en Tampa; y con su madre en el Hogar para Ancianos Elderflower, en Intercession, cerca de Orlando, en el condado de Osceola. Mildred Jefferson no tenía aún los setenta, pero no sabía ni en qué mes estaba ni quién había ganado las elecciones. Barbara Zioncheck, la enfermera a la que Nimmo le había dado los diez dólares y que, tras la promesa de otros diez, había aceptado llamar si alguien se acercaba a visitar a aquella mujer, prematuramente anciana, le había explicado que a Mildred ni la visitaban ni la visitarían. Sin embargo, como las facturas las pagaba el banco que Tom Jefferson tenía en Ciudad de México, se trataba de una posibilidad que había que tener en cuenta. Igual que el banco, que estaba vigilado ahora durante el horario de apertura por el mismo equipo de cubanos anticastristas que Jefferson había conocido cuando estaba allí.

Cuando Barbara Zioncheck rememoró la última conversación coherente que había mantenido con Mildred Jefferson, le pareció recordar que la mujer le había contado algo acerca de un tal Roberto, el padre de Tom Jefferson, que ahora vivía de continuo en Cuba. Nimmo salió de Intercession casi seguro de que seguir investigando aquel camino no tenía ningún sentido. Igual que la calle N, en Georgetown, que la policía local había cerrado al público —a todo el público, tanto a los que les deseaban lo mejor a la madre y al niño, como a los que le deseaban lo peor al padre.

Nimmo había supuesto que Kennedy permanecería mucho tiempo

en Georgetown, cerca de su esposa, que aún se estaba recuperando, pero enseguida se dio cuenta de que se había equivocado. Una de las amiguitas de Jack Kennedy, Judy Campbell, una muchacha de Los Ángeles que se parecía a Jackie, también era amiguita de Sam Giancana, a quien se la había presentado Frank Sinatra. Campbell le contó a Giancana que Kennedy la había invitado a pasar el primer fin de semana de diciembre en Palm Beach, donde se quedaría en el hotel Breakers, en una suite de cortesía que Kennedy llegaba a reservar durante semanas. Después de pasar dos o tres noches escabulléndose de La Guerida hasta la entrada trasera del Breakers —algo que hacía que Bolas de Alcanfor y Rayo de Sol estuvieran muy entretenidos—, el presidente electo volvió el 6 de diciembre a Washington para reunirse con el presidente Eisenhower. Luego volvió a Palm Beach, solo que esta vez estaba acompañado de Jackie y de sus dos hijos, Caroline y John. Fotografiados en la pista del aeropuerto de Palm Beach, lucían como una familia feliz que valía cien millones de dólares. Jackie, tan glamurosa como siempre, parecía haber descansado y no tener otras preocupaciones que las que afligen a una puérpera a la que acaban de hacerle una cesárea.

Eran las diez de la mañana de un sábado cuando Bolas de Alcanfor telefoneó al piso franco de Coral Gables.

—No lo tengo claro... pero es posible que haya un problema —le dijo a Nimmo—. Aquí hay un tipo en un coche con matrícula de Nuevo Hampshire que aparca un día sí y otro también delante de la casa de Kennedy. No es agente de la ley ni del Servicio Secreto y estoy bastante seguro de que Tom Jefferson tampoco es, a menos que me dieras una fotografía muy antigua. Este tipo es viejo, unos setenta, y tiene una pinta un poco rara. Va sin afeitar. Desde luego, no parece de Palm Beach. Lleva el coche lleno de polvo, como si hubiera estado conduciendo por todo el país, y lo único que hace es quedarse frente a la casa y mirarla, como si estuviera esperando algo o a alguien. Y me ha hecho pensar. Sé que no dijiste nada al respecto, pero ¿y si Jefferson tiene un cómplice? Ya sabes, un socio. No sé, dijiste que tenía un padre... que podría ser de la edad de este tipo. De una u otra forma, esto me da mala espina. No sé si deberías pasarte por aquí para echar una ojeada tú mismo.

Nimmo lo pensó un momento. No parecía el *modus operandi* de Tom Jefferson, pero ¿podía permitirse ignorar el olfato de un criminal

experimentado como Bolas de Alcanfor?

—¿Dónde está Kennedy ahora?

—En el campo de golf. Rayo de Sol le está echando una ojeada. Después, a Rayo de Sol le tocará estar en la lancha al otro lado de la casa.

—¿Tienes la matrícula del tipo ese?

Bolas de Alcanfor se la dio.

—Quédate ahí, que llego lo antes posible.

Nimmo llamó al Departamento de Vehículos Motorizados para que comprobaran la matrícula y para ver si el conductor tenía antecedentes. Luego, fue a Palm Beach. Llegó a la hora de la comida, pero antes de ir hasta el norte de la isla, a la casa de Kennedy, se detuvo frente a una cabina y llamó de nuevo al Departamento de Vehículos Motorizados. Resultó que el coche estaba registrado a nombre de Richard Paul Pavlick, de setenta y tres años, residente de Belmont, Nuevo Hampshire. Pavlick no tenía antecedentes, pero, de acuerdo con la Comisaría del Sheriff del Condado de Belknap, había estado internado en una institución mental de la zona. Lo más inquietante era que, al parecer, Pavlick había escrito a un abogado de por allí, a un tal Maurice P. Bois, amenazando con que iba a matar a Jack Kennedy. Bois había puesto al corriente a la policía que, no obstante, había llegado a la conclusión de que Pavlick, un cartero retirado, no era más que un cascarrabias inofensivo.

Bolas de Alcanfor estaba sentado en un Chrysler Imperial de color gris en la zona norte de Ocean Boulevard, unos cuarenta metros al norte de la casa de Kennedy. A las puertas del 1095 estaban los habituales admiradores, que albergaban la esperanza de ver a la glamurosa Jackie mientras desafiaban el calor, y los policías que los pastoreaban. Lo cierto es que en Palm Beach querían verla tanto a ella como a él. Nimmo aparcó junto a Bolas de Alcanfor y se subió al asiento del copiloto del Chrysler. Le dio la impresión de que el mafioso de Palm Beach tenía calor y estaba cansado y, desde luego, olía como si necesitara un baño. Bolas de Alcanfor señaló un Ford sucio que había aparcado a unos diez metros de donde estaban, en el lado opuesto del asfixiante bulevar.

—Es ese de ahí —le dijo a Nimmo mientras le acercaba los binoculares—. Se queda ahí sentado y observa, como el indio de un estanco. Me da escalofríos.

Nimmo se fijó mejor. Parecía que Pavlick no tuviera prisa por hacer nada ahora que ya había llegado desde Nuevo Hampshire. Tenía

los hombros redondeados, el pelo gris y llevaba gafas. Ahora que lo había visto con sus propios ojos, Nimmo se sintió inclinado a mostrarse de acuerdo con la policía de Nuevo Hampshire: el tipo, desde luego, parecía inofensivo.

—Es un tarado —comentó Nimmo—. He pedido que lo investiguen y, por lo visto, ha pasado un tiempo en un manicomio.

—Desde luego, solo un loco se quedaría ahí sentado con el calor que hace —señaló Bolas de Alcanfor intencionadamente.

—Por otro lado...

Justo cuando empezaba a decir aquello, oyeron que el Ford arrancaba y se incorporaba al tráfico poco a poco, en dirección sur, bulevar abajo.

—Yo diría que te ha oído —observó Nimmo—. Venga, síguele.

—¿Para qué? —objetó Bolas de Alcanfor—. ¿No es un puñetero chalado? —pero arrancó de todas formas y salió en persecución del Ford de Pavlick.

—Estaba pensando —le explicó Nimmo— que cabe la posibilidad de que la policía de Nuevo Hampshire no lo haya entendido bien. Es decir, ese sitio está a más de mil quinientos kilómetros de aquí y eso es una paliza en coche para cualquiera, en especial para alguien que tiene la cabeza como una jaula de grillos. Y otra cosa, está loco, pero es lo bastante inteligente como para estar perdiendo el tiempo sentado a la puerta de la casa que Kennedy tiene en Hyannis Port. Massachusetts está mucho más cerca de Belmont, Nuevo Hampshire. Yo creo que, si estuviera loco, sería allí adonde habría ido. No, este tipo sabía que Kennedy estaría aquí, en Palm Beach, porque lee el periódico. ¿Qué loco lee el periódico?

—Depende de cuál sea —comentó Bolas de Alcanfor—, pero vale, te entiendo. En cualquier caso, has sido tú el que ha dicho que estaba chalado. A mí me ha parecido desde el principio un tipo con la sangre fría suficiente como para pegarle un tiro al presidente electo desde el coche. Conozco bien a esa gente. Yo mismo he estado sentado en un coche así. Ya sé que estás pensando que no tengo pinta de ser lo bastante mayor como para haberme visto envuelto en mierdas de esas como las que salen en *Los Intocables*, pero es que empecé muy joven en esto.

Siguieron a Pavlick a través del lago Worth hasta uno de los muchos moteles de mala muerte que había a lo largo de la autopista Dixie, cerca del Southern Boulevard. Entre los moteles baratos había tiendas de plantas subtropicales, de miel, de cítricos y de recuerdos

cursis hechos con cocos, conchas y rodillas de ciprés. Si hubieran ido más al sur por la autopista Dixie, la carretera se habría llenado de carteles anunciando las virtudes de varios jardines selváticos, pueblos indios, manantiales de aguas minerales, granjas de caimanes y ranchos de leones. Aquella era una zona deprimida repleta de planes a medias y de sueños rotos, y con tantos carteles de neón anunciando habitaciones vacantes que era como si allí no hubiera más que cerebros vacíos y ausencia de pensamiento. Nimmo consideró improbable que nadie que estuviera intentando dar a su sanidad mental una oportunidad de recuperar el sentido fuera a elegir un sitio así. La sustancia y la expresión escapaban por la autopista Dixie como una brisa soplando por entre pinos australianos, con su color verde azulado, en dirección al vacío océano.

—Estoy convencido de que los agentes del Servicio Secreto que protegen a Jack Colchones se alojan en alguno de estos moteles de mierda —comentó Bolas de Alcanfor.

—Dios, pues no le deseo a nadie que le toque proteger a Kennedy, ¿eh?

Pavlick giró en el aparcamiento de un motel sin fachada, sin nombre, y, observado por Nimmo y Bolas de Alcanfor desde el otro lado de la autopista, salió como acartonado del coche, como si llevase sentado en él mucho más de lo recomendado.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Bolas de Alcanfor.

Nimmo, que se había fijado en que Pavlick no había cogido nada del coche y que había entrado en el motel, respondió:

—Uno de los dos deberíamos ir a echar una ojeada al coche, para ver si lleva un arma o algo.

Bolas de Alcanfor apagó el motor y echó el freno de mano.

—Como ya te dije la vez anterior, este es mi territorio, así que deja que yo me encargue. Si hay algún problema, conozco a todos los policías de la zona, pero a ti no te conocen y tampoco te deben nada. Supongo que entiendes a la perfección a qué me refiero. Además, de pequeño robaba coches. «Hurto mayor de vehículos» era lo único que sabía deletrear hasta que busqué «masturbación» en el diccionario. Ya te he dicho que empecé temprano.

Nimmo se encogió de hombros y Bolas de Alcanfor abrió la puerta y bajó del coche.

—Vale, como tú digas.

Bolas de Alcanfor cerró la puerta de golpe, abrió la de atrás, cogió su chaqueta y se la puso.

—Una mierda de coche como esa que conduce no es ningún problema —añadió—, pero me gusta llevar la chaqueta cuando hago algo así. En esta ciudad llegas a librarte de muchos marrones si tienes pinta respetable.

Su gran tamaño enfundado en un traje negro y que casi no moviera el cuerpo y los brazos mientras corría para cruzar la calle —apenas las piernas por debajo de las rodillas— hacían que pareciera más una bola de bolos rodando lentamente hacia el coche de Pavlick que alguien respetable. Fiel a la experiencia de la que había hablado, estaba dentro del coche en cuestión de segundos, mirando en la guantera, en el asiento de atrás y en el maletero con la inocencia de un viajante de Honor, Michigan.

En minutos estaba de vuelta con Nimmo en el Chrysler. Su ancha y sudorosa cara estaba iluminada por el miedo y la emoción.

—¡Desde luego, no hay duda de que está como una cabra! ¡El tipo conduce una bomba de aquí para allá, y no me refiero al puto Edsel! ¡Tiene el maletero lleno de dinamita y de varias latas de gasolina! ¡En el compartimento del conductor hay cables que salen por todos lados y una especie de interruptor debajo del salpicadero y yo diría que, como lo pulse, convertirá toda la calle en el puñetero Atolón Bikini! ¡Ese loco de las narices está dispuesto a hacerlo! Lo de matar a Kennedy.

—¿Dices que hay cables?

Bolas de Alcanfor se secó la cara con un pañuelo.

—Eso es. Hay detonadores de mecha, cables, cartuchos de dinamita... todo menos un reloj barato y el acento judío.

—¿Has tocado algo?

—¿Acaso tengo pinta de general japonés? Si me quisiera suicidar, me metería una sobredosis de conejo, ¡no me pondría a toquetear una bomba! —Nervioso, Bolas de Alcanfor encendió un cigarrillo—. ¿Qué vamos a hacer?

—Llamar al Servicio Secreto.

—¿Y por qué no a la poli?

—Porque involucrarían al FBI. ¿Quieres tirarte el fin de semana respondiendo preguntas?

—Pues, ahora que lo dices, no.

—Además, le debo un favor a uno de Washington. Tengo que hacer una llamada de larga distancia. ¿Te parece que recojamos mi coche y vayamos a tu casa?

Bolas de Alcanfor arrancó el motor y respondió:

—Va a ser un placer largarse de aquí.

—No lo entiendo —comentó Nimmo mientras apagaba la televisión que Bolas de Alcanfor tenía en un rincón de la sala de estar—, no han dicho nada ni de Pavlick ni de su bomba en las noticias de las once.

—Bah, olvídalo —dijo entre bostezos su anfitrión—. Es probable que aún le estén interrogando. Además, ya sabes cómo son con los de la prensa, prefieren que no tengan claro ni en qué año vivimos. Ven, que te enseño tu habitación.

La casa que Bolas de Alcanfor tenía en el lago Worth era modesta, parecida a las del cabo Cod, con cocina, sala de estar, dos dormitorios, un baño y un garaje abierto, y se encontraba en una zona similar a Levittown, con sus propiedades prefabricadas y uniformes. Era muy probable que Bolas de Alcanfor fuera el único hombre soltero de toda la calle.

La cama era cómoda, pero Nimmo apenas durmió. Cada media hora despertaba de su sueño ligero para recordar los detalles que le había dado a Murray Weintraub, preocupado porque no hubiera logrado transmitir al agente del Servicio Secreto la gravedad de la amenaza que suponía el antiguo cartero para el joven presidente electo. La cuarta o la quinta vez que se despertó, Nimmo se preguntó si su insistencia en no querer ponerse la medalla habría confundido a Weintraub o incluso le habría hecho sospechar.

«No lo entiendo —le había dicho Weintraub—. Pensaba que querías esta medalla... para volver a salir en la lista de Hoover».

«He cambiado de opinión. Prefiero seguir siendo anónimo».

«Los chivatazos anónimos tenemos que verificarlos antes de decidirnos a actuar, Jimmy, ya lo sabes».

«Ya he pensado en eso. Llama a la poli del condado de Belknap, Nuevo Hampshire. Allí conocen a un abogado que se llama Maurice P. Bois y que denunció a este personaje en su día. Él confirmará que Pavlick amenazó a Kennedy».

«Me vale».

«Tú no me metas».

«¿A qué vienen tantas reservas de repente? Puedo confiar en esto, ¿no?».

«Como si lo hubiera construido Frank Lloyd Wright, Murray. Digamos que, cuando lo he descubierto, estaba donde no tenía que estar, ¿vale?».

«El Jimmy de siempre».

«Si te das prisa, podrías dar con él aún en la habitación de su motel».

Nimmo se sentó en la cama y consultó el reloj. Eran las cinco y cincuenta y cinco del domingo. Ya habían pasado catorce horas desde que había informado de lo de Pavlick y la bomba que había en su coche. Lo normal sería que el Servicio Secreto ya hubiera filtrado algo a la prensa. Se levantó y fue a la sala de estar, encendió el radiofonógrafo Pilot Soloist y, en cuanto los tubos se calentaron, empezó a buscar en el dial algún boletín de noticias de las seis. Se sintió irritado y molesto al comprobar que las noticias seguían dominadas por lo sucedido en Argelia y en el Congo. ¡Como si a alguien le importara aquella mierda! No dijeron nada de la conspiración para matar a Jack Kennedy.

Nimmo no era de los que se quedaban sentados sin hacer nada. Se vistió a toda prisa, dejó a Bolas de Alcanfor roncando como un cortacésped y fue a su coche.

Desde la casa del lago Worth no había sino que seguir recta la autopista Dixie para llegar a la zona oeste de Palm Beach. El coche de Pavlick ya no estaba frente al motel, pero a Nimmo enseguida le quedó claro que su ausencia nada tenía que ver con el Servicio Secreto ni con ninguna otra agencia de la ley. Si hubiesen detenido a Pavlick, era muy probable que los artificieros hubieran clausurado el motel mientras investigaban su habitación, no fuera a ser que hubiera algún cartucho de dinamita o alguna trampa en una de esas Biblias de la editorial Gideon. Como poco, el sheriff del condado habría apostado a un par de policías en el aparcamiento. Estaba claro que algo había salido muy mal.

Nimmo consultó su reloj. Eran las seis y media, así que Jack Kennedy se estaría preparando para ir a misa de siete en St. Edward. De repente, Nimmo entendió el evidente plan de Pavlick, simple pero letal. Detonando el coche bomba delante de La Guerida podría conseguir, como mucho, herir al presidente electo; al fin y al cabo, la casa de Kennedy parecía lo bastante robusta como para soportar una detonación relativamente fuerte. La única manera segura de matarlo con una bomba sería que Pavlick estrellase su coche contra la limusina de Kennedy y, entonces, pulsar ese botón que tenía debajo del salpicadero. En cuestión de minutos, Kennedy subiría a la parte de atrás de su coche para recorrer el corto camino que había hasta la iglesia de St. Edward. No había tiempo para pararse a valorar mejor la

situación.

Nimmo pisó el acelerador a fondo y, acompañado del chirrido estridente de la goma caliente sobre el asfalto caliente, el Chevy Impala pegó un salto hacia delante como si lo persiguiera una manada de leones hambrientos. Nimmo, que conducía como si llegara tarde a las Indianápolis 500, giró hacia el este por Flagler Drive hasta el puente Royal Park para cruzar el lago Worth. El coche culebreó de lado a lado cuando giró a la izquierda en la vía Royal Palm, al sur de County Road. Casi a cien kilómetros por hora, dejó atrás otra iglesia —la de Bethesda Junto al Mar— maldiciéndose en alto por lo que cabía la posibilidad de que estuviera a punto de tener que hacer. Porque, ¿cómo coño impides que un coche choque con otro más que chocando tú con él primero? Y claro, no se trataba de un coche normal, ¡sino de uno lleno de dinamita! Tendría suerte si encontraban los suficientes pedazos de él como para llenar una caja de zapatos.

Cuando rodeó el Country Club de Palm Beach, que estaba al norte de Ocean Boulevard, Nimmo redujo ligeramente la velocidad. Eran las siete menos cuarto y ya había una limusina negra aparcada delante de La Guerida. Mientras pasaba, Nimmo vio perfectamente a Jack Kennedy saliendo por la puerta de roble a la calle, seguido de cerca por su hija Caroline y por Jackie, que llevaba a John, el recién nacido de la pareja. Acto seguido, Jimmy Nimmo vio el Ford cubierto de polvo de Pavlick, aparcado a entre treinta y cuarenta metros al norte de la casa. El Ford ya empezaba a moverse hacia delante, poco a poco, como un animal salvaje que acecha a su presa. No iba a ser necesario estrellarse contra él.

Nimmo aceleró de nuevo, giró el volante a la derecha y frenó en seco, lo que fue más que suficiente para que la parte trasera del Impala se moviera de lado a lado por la carretera como una cabina de peaje de color pastel y acabara bloqueando el camino del coche lleno de explosivos que conducía Pavlick.

El polvoriento Ford se detuvo de golpe y Richard Pavlick puso cara de sorpresa, como una liebre iluminada por los faros de un coche, al ver que el vehículo le bloqueaba la salida a Ocean Boulevard. Su opción de estrellarse contra la limusina de Kennedy había desaparecido. La sorpresa, no obstante, enseguida se convirtió en miedo al ver que el conductor, pistola en mano, salía del coche como por resorte y pegaba un salto hacia el capó del Ford. Por un instante, el hombre perdió el equilibrio y cayó al asfalto y se arañó las rodillas. Casi de inmediato, Pavlick empezó a dar marcha atrás para escapar de

Nimmo y para cuando el policía consiguió levantarse del suelo, el Ford había desaparecido. Nimmo volvió a su coche e intentó arrancar con la intención de perseguir al atacante, pero resultó que había ahogado el 8 en V del Impala.

Ahora que su coche bloqueaba la zona norte de Ocean Boulevard, la única manera que tenía Pavlick de llegar a St. Edward era ir hasta el norte de la isla y, después, bajar de nuevo hacia el sur por la orilla oeste del lago Worth, por Lake Way. Mientras tanto, treinta metros a la derecha de Nimmo y sin percatarse de lo que acababa de suceder realmente, Jack Kennedy y su escolta del Servicio Secreto acababan de salir en dirección a la iglesia y dejaban atrás a la familia del primero, que se despedía de él sin ser consciente, tampoco, de lo que había pasado.

Pasaron diez minutos antes de que Nimmo fuera capaz de arrancar el Impala. Condujo a toda prisa en dirección sur hasta St. Edward, pero no vio ni rastro del Ford de Pavlick. Aun así, se quedó allí sentado el tiempo suficiente para ver cómo Kennedy salía de la iglesia, confesado y absuelto, y subía de nuevo a la limusina. Nimmo siguió al inconsciente senador a La Guerida y, después, condujo hasta la casa de Bolas de Alcanfor, dando gracias al Dios Todopoderoso en el que ya no creía por haberles evitado a ambos —tanto a Jack Kennedy como a él— una muerte violenta.

Después de todo lo que había sucedido, a Nimmo le resultó increíble que Bolas de Alcanfor siguiera durmiendo en su suite Cellini. Era como si, durante algún paseo por las montañas de Catskill, el gánster se hubiera encontrado con una gente extraña vestida como los antiguos flamencos y jugando a los bolos y se hubiera empapado de su carácter holandés.

Nimmo realizó otra llamada a larga distancia a Washington para hablar una vez más con Murray Weintraub, al que le contó lo que acababa de suceder. Weintraub le juró una y otra vez que había pasado al Departamento de Investigación Preventiva la información que le había dado y que no tenía ni idea de qué había podido pasar para que no hubieran actuado. Una hora después, más o menos, Weintraub telefoneó a Nimmo para confirmarle que ya estaban buscando a Pavlick y que no tardarían mucho en arrestarlo. Lo que había sucedido en Palm Beach nada más recibir la señal de alerta roja original habría consternado al jefe del Servicio Secreto, un tal U. E. Baughman.

«No te lo vas a creer —empezó a contarle Weintraub—, pero, por

lo que parece, es como si el propio Jack Kennedy tuviera competencias sobre el jefe de su servicio de seguridad. Por lo visto, Kennedy dijo que se trataba de otra falsa alarma y que no era necesario sacar el asunto de quicio con algo que era común para los presidentes de Estados Unidos. La cuestión es que sabía que la alerta roja del Departamento de Investigación Preventiva habría impedido que saliera de casa anoche y eso era lo último que quería. Al parecer, en cuanto Jackie se fue a la cama, se escabulló por detrás y fue a la piscina de la vecina, de Florence Smith, a darse un bañito de medianoche. ¡Qué quieres que te diga, Jimmy! Estás tratando con un joven cachondo que no está preparado todavía para comportarse como el viejo Franklin Delano Roosevelt, Harry Truman o Dwight Eisenhower. En resumen, que es una puta pesadilla para los de seguridad. ¿Qué vas a hacer tú cuando el futuro presidente de Estados Unidos te dice que ignores las advertencias que le llegan de la Agencia de Comunicaciones de la Casa Blanca? ¿Recuerdas lo que te comenté, eso de que la política y la protección no encajan? Pues voy a cambiarlo. No es la política, es la promiscuidad. La promiscuidad y la protección no encajan. Como John Fitzgerald Kennedy siga por ese camino, va a acabar teniendo algún problema».

Nimmo escuchó atentamente a Weintraub y se mostró de acuerdo en que el Servicio Secreto tenía una tarea complicada entre manos. Cuatro días después, cuando estaba en Nueva York, decidió que no todo era culpa de Kennedy. Cuatro días. Eso fue lo que tardaron en detener a Richard Pavlick. Y no fueron los del Servicio Secreto los que lo hicieron. A Pavlick, que seguía conduciendo su coche por Palm Beach como si fuera tan inofensivo como una camioneta de los helados, lo arrestó un patrullero de la ciudad que lo había parado por pisar una línea continua.

18

HARVARD YARD

El lunes 12 de diciembre de 1960, Nueva Inglaterra sufrió la peor nevada en años: treinta y tres centímetros de nieve que hicieron que, durante un tiempo, toda la región se detuviera entre resbalones. En Cambridge, Massachusetts —que es la hermana pequeña e intelectual de Boston, aunque las dos ciudades están tan cerca que a menudo se las considera más bien gemelas—, los estudiantes de primer año salieron de sus dormitorios de Harvard Yard y empezaron una batalla de bolas inusualmente vigorosa.

Las batallas de bolas siempre habían sido un tema serio en Massachusetts. La Masacre de Boston de 1764 comenzó cuando los inexpertos soldados británicos fueron objeto de bolazos de nieve y hielo, a los que respondieron con bolas de mosquetes. En aquella fría mañana de diciembre de doscientos años después, en todo Harvard Yard solo había un símbolo de autoridad: el anciano portero de Johnson Gate, que tenía el cometido de ofrecer consejo a los visitantes y dirigir los vehículos, y que solía estar alerta para la Fuerza Policial de la Universidad de Harvard. En aquellos momentos el hombre se encontraba dentro de su pequeña caseta de color beis, que parecía más bien una garita, y se servía una taza de café caliente de un termo.

Harvard Yard casi siempre está abierto al público. Es habitual ver grupos de turistas pasar por delante de la estatua de John Harvard y escuchar por parte de su guía la vieja historieta de que no fue él quien fundó la universidad. En aquella mañana en particular, solo había un visitante en el cuadrángulo occidental del Yard, que había llegado recientemente de Nueva York y que no tardó en verse envuelto en una batalla gélida que, probablemente, fuera toda la acción que se había visto en la zona desde que George Washington estacionara allí algunas de sus tropas. Demostrando su buen humor, el visitante se implicó en la guerra a pesar de que, por lo menos, duplicaba en edad a la mayoría de los estudiantes —entre doscientos y trescientos—, que acompañaban la lucha de carreras, risas y gritos entre los olmos

americanos desprovistos de hojas y los maravillosos edificios del siglo XVIII.

A nadie de los que estuvieran observando la batalla de bolas de nieve a salvo desde una ventana se le habría pasado por alto que aquel hombre tenía mucha mejor puntería y elegía mucho mejor a quién disparar, dado que prácticamente todos sus misiles dejaban tocada o amoratada la cara de un joven y, muy probablemente, más fría que antes. Pocos se habrían fijado en su Nikon de treinta y cinco milímetros, una cámara que parecía cara, con su teleobjetivo Auto Nikkor, o en la grabadora Telectro que llevaba al hombro, a pesar de que eran muy pocos los turistas que se acercaban a Harvard con intención de prestar tanta atención a los tesoros arquitectónicos de la universidad.

Apenas unos minutos antes de unirse a la lucha, lo que le había llevado a dejar la cámara y la grabadora detrás de la estatua del criticado John Harvard, cerca de la escalinata del University Hall, la recepción de la universidad, que había sido su posición ventajosa, el forastero había centrado su interés en los dormitorios que constituían el primer cuadrángulo de la zona occidental de Harvard Yard, es decir: Matthews, Massachusetts Hall, Harvard Hall, Hollis y Stoughton. Aunque, a decir verdad, solo le interesaba uno de estos edificios, que, casi sin interrupciones por parte de las ramas de los olmos, disfrutaba de una estupenda vista de las escalinatas del University Hall: Hollis Hall.

Hollis, que parecía un duplicado de Stoughton y de Holworthy, las residencias que había en la zona norte del primer cuadrante, no tenía nada destacable. El Libro de Harvard te dirá que Hollis mide algo más de treinta y un metros de largo, trece de ancho y casi diez de alto. En ambas fachadas, la línea del tejado del edificio de cuatro plantas está rota por un frontón ornamental que tiene una ventana ornamental en el centro con una ventana circular a cada lado. En cualquier caso, eran las cuatro ventanas rectangulares que había en la zona sur del piso más alto las que aquel visitante solitario había estado fotografiando. Y no solo las ventanas, sino a los ocupantes de las habitaciones a las que estas pertenecían. Estos ocupantes habían llevado un suministro de bolas de nieve al cuarto piso de Hollis con la intención de lanzarlas desde las ventanas y el visitante había conseguido varias instantáneas buenas de los muchachos. No podría haberle pedido más a aquella primera visita a Harvard.

Cuando decidió abandonar la gélida refriega, el visitante recogió

sus caras pertenencias y, empapado pero riendo, volvió a su coche, una ranchera Rambler que había comprado en Norwood. Luego, agradecido de que hubiera tenido la claridad mental como para pagar sesenta y cinco dólares adicionales por unas ruedas para nieve, volvió al apartamento de tres habitaciones que había alquilado recientemente cerca de Center Street por ciento cincuenta dólares al mes.

Una vez en el vestíbulo, que tenía calefacción central, se quitó las botas y la ropa húmeda y las dejó en el cuarto de baño, cerca del depósito de agua caliente. Después, fue a la habitación de la colada, que él había convertido en un cuarto oscuro para revelar sus películas en blanco y negro y hacer algunas ampliaciones. Cuando las impresiones estaban secas, las disponía en la mesa de la cocina para que Alex Goldman y él las analizaran en detalle.

Tom Jefferson encendió un cigarrillo y comentó:

—Todas estas están tomadas desde las escaleras de University Hall, por donde Kennedy dejará el edificio después de reunirse con la Junta de Supervisores. A la izquierda del cuadrángulo se encuentra Grays, que está demasiado lejos para lo que tenemos en mente. También está este edificio de aspecto más gótico, que es Matthews. Allí tenemos muchas ventanas buenas entre las que elegir, pero no me gusta que haya tantos árboles. Todas esas ramas podrían estropear la visibilidad con suma facilidad. También está Massachusetts Hall, que tiene algunas ventanas buenas, pero allí es donde tiene su despacho el presidente de la universidad, por lo que es probable que por allí haya algún que otro agente del Servicio Secreto o polis entrando y saliendo. Además, no me gusta que esté tan cerca del balcón que se ve en las ventanas arqueadas de Harvard Hall, justo enfrente. O de ese pequeño campanario que hay en el tejado de Harvard Hall. Yo diría que esos dos son sitios en los que es probable que haya agentes del Servicio Secreto, y desde allí se vería perfectamente a un tirador apostado en una de las ventanas de Massachusetts.

—Estoy de acuerdo. Es muy probable que aposten a alguien con prismáticos en ese campanario.

—Saliendo de Harvard Yard por un segundo, al otro lado de Johnson Gate, tenemos la Primera Iglesia Unitaria. —Tom hizo una pausa—. ¿Qué coño es una iglesia «unitaria»?

—Tiene algo que ver con los números. Creo que no les va eso de la Santísima Trinidad o alguna mierda de esas, pero no estoy seguro. Recuerda que soy judío.

—Bueno, sea lo que sea, es probable que pudiéramos entrar en su torre y quitar la hoja de alguna de las ventanas. Aunque no parece un sitio muy cómodo. Con estas temperaturas, sugeriría que nos olvidemos de ese edificio.

—Hecho.

—También recomiendo que nos olvidemos por completo de Harvard Hall. Primero, porque lo utilizan para dar charlas y vender las entradas de los acontecimientos deportivos de Harvard, así que allí va a haber gente en todo momento; y, segundo, porque ambos coincidimos en que es muy probable que en el campanario haya algún agente. Eso nos deja Hollis, que es este de aquí, y Stoughton, que está entre Hollis y Holworthy. Holworthy está muy lejos, igual que Grays. Stoughton está bien, pero Hollis nos da más tiempo. En especial, si conseguimos acceder a alguna de estas ventanas del piso de arriba, las del lateral. Casi diez metros de altura y cuarenta y cinco hasta las escaleras de University Hall.

Tom señaló la fotografía de un edificio cuyo granito gris contrastaba con los ladrillos evidentemente rojos de todos los demás.

—Kennedy sale por esta puerta, a las escaleras de aquí, a la izquierda de la estatua de John Harvard. La cuestión es que, según Pitágoras, eso son cuarenta y cinco metros de distancia. —Señaló la balaustrada blanca que había en lo alto de la fachada de tres pisos de University Hall—. Imagina un par de agentes del Servicio Secreto aquí, en el tejado de University Hall. Tendrán una buena panorámica de todo el cuadrante cuando miren hacia abajo, pero no tanta de la zona sur del piso superior de Hollis cuando levanten la vista; cosa que tendrán que hacer. Hollis es un piso más alto que University Hall. Además, también es una ventaja que ninguna de estas cuatro ventanas se vea desde el campanario.

Tom quitó la fotografía de University Hall y la reemplazó con unas instantáneas más amplias del cuadrante occidental.

—Ya puestos, hay que decir que tenemos suerte de que no sean árboles de hoja perenne. Si lo fueran, no estaríamos teniendo esta conversación. Si fuera el otro lado de University Hall, en la zona este de Harvard Yard, tendríamos este problema, porque allí hay un pino justo enfrente de la capilla y otro más pequeño frente a Boylston Hall. —Tom le dio una calada al cigarrillo y se encogió de hombros—. Así que espero que la información de tus camaradas rusos sea buena. Seguro que el coche le dejará en la parte de atrás de University Hall pero saldrá por delante, ¿verdad? Porque es delante donde nosotros

estaremos.

—Eso es. A las diez y media de la mañana. El 9 de enero. Estará fuera del coche diez segundos como mucho antes de entrar en el edificio. No es mucho tiempo. No, al menos, comparado con el que pasará en la puerta delantera. Saldrá por allí a mediodía junto con los demás supervisores y darán un paseo por el Yard, luego irán a la plaza de Brattle Street. Tienen planeado comer en el nuevo Centro Dramático Loeb. Pues, si quiere dramatismo... se lo vamos a dar.

Tom asintió.

—Dependiendo del número de personas que haya en el Yard, yo diría que tardará entre tres y cuatro minutos en ir de University Hall a Johnson Gate. Durante tres cuartas partes de ese tiempo, lo veremos a la perfección desde Hollis.

—Tres o cuatro minutos... Eso es tiempo más que suficiente.

—Lo único que tienes que hacer es dar con la manera de que entremos en alguna de esas habitaciones de Hollis.

Alex Goldman le sonrió.

—Soy del FBI, ¿no? Joder, nadie se le pone chulo al FBI, en especial, un chaval de dieciocho años que acaba de salir del instituto. Tú tranquilo, paladín, y deja que sea yo quien hable. Después de casi cinco años con lo de las operaciones del COINTELPRO, me desayuno a los gilipollas.

El siguiente martes por la tarde, a eso de las cinco en punto, con traje oscuro y corbata por debajo de sus chubasqueros de hombre, Goldman y Tom condujeron por Massachusetts Avenue hasta Harvard en la ranchera Rambler. Aparcaron en la plaza Harvard, al lado del Viejo Cementerio, donde están enterrados los primeros colonos y los soldados revolucionarios —y los primeros ocho presidentes de la Universidad de Harvard—, caminaron por Peabody Street y cruzaron Johnson Gate dejando Harvard Hall a la izquierda. Una vez allí giraron por un camino del que habían retirado la nieve y se detuvieron frente a la cara sur de Hollis Hall durante un breve instante. Al ver que había luz en todas las ventanas del cuarto piso, rodearon el edificio y entraron como si nada por la primera de las dos entradas, llamada Hollis Sur. Inmediatamente a su izquierda había una escalera que, al igual que las paredes que la rodeaban, estaba pintada de blanco, así que daba la impresión de que un estudiante negligente hubiera dejado la puerta abierta y los elementos se

hubieran apoderado del interior de Hollis; y, ciertamente, el interior no resultaba muy cálido, ni siquiera con la puerta cerrada.

Ambos hombres subieron tres pisos de escaleras ignorando a un par de jóvenes con bolsas de tela verde —supuestamente llenas de libros— que, a su vez, los ignoraron a ellos. Había cinco puertas de madera sencillas en el último piso, cuatro de ellas numeradas y la otra, en la parte de atrás del edificio, que pertenecía a un cuarto de baño que en ese momento estaba libre. En algún sitio se oía un tocadiscos y a Elvis Presley cantando «Are You Lonesome Tonight?». Justo en lo alto de las escaleras, en la parte de atrás de Hollis, estaba la habitación 13. Al final del pasillo, a la izquierda, estaba la habitación 15. Las habitaciones 14 y 16 no tenían ventana lateral, por lo que apenas interesaban a Tom y a Goldman más allá de conocer los nombres de los dos ocupantes de cada una de ellas, escrito en un pedazo de papel que había pegado con cinta adhesiva a cada una de las puertas.

—Vale —empezó a decir Goldman—, en la habitación 13 tenemos a John McMurry y a Michael Salant, y en la 15, a Chub Farrell y a Torbert Winthrop. Son buenos nombres para estudiantes de la Liga de la Hiedra, la verdad. Tú dirás, paladín, ¿cuál de estas dos parejas de compañeros de habitación va a recibir una estupenda lección de la universidad de la vida?

—La de la 15.

—La de la 15. ¡El 15 es el número ganador de esta noche! —A continuación, llamó suavemente a la puerta—. No saben la suerte que tienen. —Ambos sacaron su identificación del FBI (ambas falsas de una de las operaciones para el COINTELPRO de Alex pero imposibles de diferenciar de una de verdad) y las levantaron para que el joven que acababa de abrir la puerta las viera—. FBI —masculló Goldman—. Soy el agente especial Christopher y este es el agente Rutter.

El estudiante abrió la boca y la cerró unas cuantas veces, como si hubiera estado comiendo mantequilla y quisiera escupirla antes de que se le derritiera. Era alto, pelirrojo y tenía las orejas grandes y la cara plana, como si acabara de caerse de lo alto de una iglesia. Por fin, tartamudeó:

—V-vaya.

Goldman sonrió.

—¿Podemos pasar un momento, hijo? —le preguntó.

—Claro —respondió el joven mientras se hacía a un lado educadamente como si estuviera en un salón de baile lleno de

debutantes—. ¡Adelante, por favor!

Tom y Goldman entraron en una grande pero confortable habitación de unos treinta metros cuadrados. Había una chimenea encendida que rugía y, a cada lado, una cama individual. También había dos cómodas, dos armarios, dos escritorios, dos librerías abarrotadas y dos sillas de lectura. Una enorme alfombra de Bujará con manchas cubría más o menos la mitad del antiguo e irregular suelo de madera.

—Chub. —El joven alto y pelirrojo cerró la puerta y, nervioso, empezó a cambiar el peso de una pierna a la otra como si se tratase de un oso bailarín, intentando captar la atención de su compañero, que estaba sentado a su escritorio y no había levantado la vista del libro que lo tenía absorbido—. Oye, Chub, levanta, que son del FBI.

—Sí, claro, del FBI —musitó el que estaba sentado, inmerso aún en la lectura—. Vete a cagar.

—Que no es broma, tío.

Chub se recostó en la silla, miró de lado, cansado, e hizo una segunda mirada rápida a lo Stan Laurel cuando vio a Goldman y a Tom y las placas, porque aún las llevaban en la mano.

—Por Dios, Torbert —exclamó a voz en cuello mientras se levantaba de un salto de la silla—, pero ¿qué has hecho?

—Sentimos mucho molestarles, caballeros —dijo Goldman con suavidad—. No se preocupen, que ninguno de los dos ha hecho nada. No se alarmen. Tan solo estamos llevando a cabo una comprobación de seguridad rutinaria debido a la visita que va a realizar el senador Kennedy a Harvard el mes que viene.

Chub Farrell frunció el ceño.

—¿Jack Kennedy va a venir a Harvard?

Tom rio con ironía y se acercó a las ventanas. Había cuatro, todas ellas de un metro de ancho y casi dos de altura, todas ellas con asientos de madera y persianas a juego. No había cortinas. Pisó con fuerza el suelo un par de veces y pasó el resto del tiempo mirando por las dos ventanas que daban directamente a Massachusetts Hall. Estas dos eran sus preferidas para apostarse con el rifle. Desde cualquiera de las dos se podía ver todo el cuadrángulo, incluidas las escaleras cubiertas de nieve de University Hall y unos cuantos metros de Johnson Gate.

El compañero de habitación de Chub, Torbert Winthrop, se le echó al cuello sin ganas:

—¿Es que no lees los periódicos? Jack Kennedy está en la Junta de

Supervisores de Harvard. Por eso viene. Para la reunión de enero.

—En efecto —dijo Goldman—. El nueve de enero, para ser precisos.

—Ah, ¿sí? ¿Y de qué se ocupan en esas reuniones?

—Pues tratan muchos temas. Como, por ejemplo, los informes del comité sobre el rendimiento del equipo de fútbol americano.

—¡Joder, no creo que les lleve mucho tiempo hablar de eso! —se burló Chub—. Ese equipo no vale para nada. ¿Qué más hay que decir al respecto? —Chub era más bajo que su desgarbado compañero de habitación, pero más guapo, con un pelito rubio más largo y esa piel pálida que dejaba claro que sería mejor que no pasara tanto tiempo en la Biblioteca Widener. Al igual que Torbert, Chub llevaba una sudadera de Harvard, camisa de algodón, pantalones grises de franela y unos zapatos de cuero de estilo inglés—. ¡Pero si juegan como si fueran de gelatina!

—La seguridad de la universidad —continuó Goldman sin molestarse por esta interrupción— está cooperando con el FBI y el Servicio Secreto para asegurarse de que la visita del mes que viene sale lo mejor posible. Porque no me cabe duda de que eso es lo que queremos todos, ¿verdad?

Goldman miró por la habitación con la intención de hacerse una idea rápida de cómo eran las dos personas con las que estaba tratando. Había un par de esquíes sobresaliendo por debajo de la cama de cada uno de los dos jóvenes y en las paredes había fotografías de chicas desnudas y de coches deportivos. En una esquina, encima de una caja de cerveza Knickerbocker, había una televisión Motorola y también tenían un pequeño árbol de navidad en cuya punta habían puesto una placa de sheriff de juguete. En el escritorio de Torbert había un ejemplar de *Atlantic Monthly*, una linterna, unas cuantas fotografías de su familia y una pipa de brezo nuevecita; mientras que el escritorio de Chub revelaba intereses tan católicos como la revista *Playboy*, el *Das Kapital* de Marx, un programa de la película *Ben Hur* y un ejemplar en francés del *Diarios íntimos* de Charles Baudelaire. Goldman consideró que Chub y Torbert parecían lo que eran: un par de jóvenes de buena educación con prisa por parecer viejos. Y eso estaba bien, porque les venía que ni pintado para lo que pretendían. Con lo que Tom tenía en mente para ellos, acababan de asegurarse una plaza en un DC-8 que volaba directo a la madurez.

—Por supuesto, no hay duda de que todo el mundo quiere que la visita de Kennedy sea un éxito —Torbert se mostró de acuerdo—,

ahora bien ¿en qué podemos ayudarles nosotros?

—¡Porque les ayudaremos en lo que haga falta! —añadió Chub.

—Seguro que comprenden que, a veces, tenemos que investigar a las personas para asegurarnos de que no son enemigas de la democracia.

Goldman cogió el ejemplar de *Das Kapital* y pasó las páginas con aire de desaprobación. Hacía mucho tiempo ya que lo había leído, por lo menos veinte años. Por aquella época todo parecía estar más claro, en los años treinta, cuando había decidido que la mejor manera de servir a la causa antifascista era trabajar para la Unión Soviética. Durante mucho tiempo, después de la guerra, cuando había descubierto la realidad acerca de la Rusia estalinista, había dudado de que hubiera elegido bien: conciencia política en vez de lealtad a la patria. Sin embargo, no hacía mucho había recuperado la fe comunista gracias a la revolución cubana y estaba decidido a impedir, por todos los medios que fueran necesarios, que las fuerzas del fascismo estadounidense destruyeran a Castro y su revolución popular. Aquellas eran las órdenes por parte de sus supervisores del KGB y, desde luego, tenía intención de cumplirlas; incluso aunque, de vez en cuando, las órdenes implicaran tener que matar a alguien. Fuera quien fuera.

Silenciar a Edith y a Anne, las dos chicas nicaragüenses, después de aquello sería muy duro. Mucho más que ordenarle a Tom que matara a un viejo amigo que había estado pensando en desertar del GRU en Ciudad de México. Aunque lo más duro de todo había sido matar a Mary Jefferson. A Goldman le caía bien aquella mujer e incluso su retorcida sensibilidad había considerado horrendo tener que asesinarla. Moralmente, en comparación con lo de Mary, planear el asesinato de John Kennedy no parecía más complicado que irse de pícnic.

Chub Farrell, que parecía nervioso por el interés que estaba mostrando el FBI en sus opciones de lectura, se puso rojo y comentó:

—Solo lo estoy leyendo, señor.

—Solo es un libro —apuntó Goldman.

—Lo estamos leyendo ambos, de hecho —añadió—. Es para la asignatura de Economía.

—Pero lo has comprado tú —le acusó Torbert.

—Muchas gracias, Tor —soltó Chub con ironía. Luego, se dirigió a Goldman—. Economía es una de las asignaturas de este curso. Es la única razón por la que lo estoy leyendo. No soy comunista. Ni siquiera me gusta la asignatura de Economía.

—La ciencia lúgubre, ¿eh? —Goldman dejó a Marx a un lado y, mientras pasaba las páginas de la *Playboy* que había en el escritorio de Chub, preguntó—: ¿Qué otras asignaturas tienen?

—Historia. Inglés. Francés. Francés es la que peor se me da.

Por un instante, los ojos de Goldman se detuvieron en un tributo pictórico a Marilyn. Luego, sonrió y les preguntó:

—¿En qué se van a licenciar, ustedes, en chicas?

—En Política, señor. Con énfasis en las relaciones internacionales.

Goldman se planteó comentar que en el Gobierno, en especial si lo dirigía Jack Kennedy, serían más importantes las relaciones sexuales, pero decidió no hacerlo. Dejó la revista y sacó un bloc de notas y un lápiz.

—¿Dónde vive, hijo? Cuando no está usted estudiando duro aquí.

—En Nueva York, señor.

—¿Dirección?

Chub le dio una dirección que sonaba muy exclusiva del Upper East Side de Nueva York.

—¿Y usted, hijo? —le preguntó a continuación a Torbert. La dirección de Torbert en Boston sonaba igual de patricia—. Díganme, ¿pueden confirmar el uno la buena disposición del otro?

—¡Por supuesto, señor! Fuimos juntos al colegio. A Choate.

—¿Cho-qué?

—Es un colegio episcopal de Wallingford, en Connecticut —explicó Torbert.

—Es el colegio al que fue Jack Kennedy —murmuró Tom.

—En efecto, señor.

—Y ahora son ambos hombrecitos de Harvard. —Goldman hizo como que estaba impresionado—. Resulta muy prometedor. ¡Quién sabe!, puede que en veinte años o así sean ustedes los que vengan a atender una reunión de la Junta de Supervisores. Sería estupendo, ¿verdad?

—Lo sería, señor. —Chub se mostró de acuerdo.

—Bueno, pues eso es todo por ahora —dijo Goldman—. Cabe la posibilidad de que el Servicio Secreto se pase cerca del gran día para comprobar el escenario.

—Eso es lo fácil —apuntó Tom.

—Las primeras comprobaciones nos las dejan a nosotros. Es probable que sus padres reciban una visita a lo largo de las vacaciones para comprobar que son ustedes quienes dicen que son. Ahora bien, tal y como les hemos dicho al principio, no tienen por qué

preocuparse. No es sino rutina. Por cierto, ¿cuándo se marchan ustedes de aquí para irse de vacaciones de Navidad?

—Las vacaciones de invierno empiezan el viernes 16 —respondió Torbert—. Ambos estaremos de vuelta el 2 de enero, para el período de Lectura Invernal.

Tom, que se había sentado en la ventana, se levantó y les preguntó inocentemente:

—¿Qué van a hacer en Navidades?

—Estudiar en casa.

—Sí, yo también.

—Los exámenes semestrales empiezan el 16 de enero.

—Nos quedaríamos aquí a estudiar si se pudiera, pero no se puede. No está permitido. Las vacaciones de Navidad son el único momento del curso en el que hay que abandonar el campus.

—Y no se puede venir. Los dormitorios están cerrados.

—Pues buena suerte con los exámenes —les deseó Goldman— y les agradezco tanto el tiempo que nos han dedicado como su cooperación. Ah, una cosa más, caballeros. Les agradecería que no comentaran esta visita con nadie. Y cuando digo nadie es nadie. No me refiero a Thold y a David, de la habitación 14, o a McMurry y Salant, de la 13, o a Boyd y a Costello, de la 16. A nadie. Ni a novias, ni a profesores. Ni siquiera a la seguridad de la universidad. En estos asuntos que afectan al presidente, o al presidente electo, nos hemos dado cuenta de que es mejor que nuestra implicación pase desapercibida, para que ninguna potencia extranjera o agencia enemiga descubra cómo tratamos estos asuntos. Debería hacerles firmar una orden ejecutiva que les exige confidencialidad y que prohíbe que lleven a cabo nada que pudiera dañar razonablemente la seguridad nacional. Ese es el procedimiento del FBI. Ahora bien, dado que son ustedes estudiantes de Harvard, no voy a hacer sino lo mismo que he hecho con sus compañeros, les voy a pedir que, por su honor, no hablen de este asunto. Ni siquiera el uno con el otro. ¿Entendido?

Exhibiendo el tipo de solemnidad que se reserva uno para el Gran Jurado o las investiduras presidenciales, los dos estudiantes de Harvard le dispensaron toda su atención y le hicieron un juramento solemne a Alex Goldman.

—Estupendo —les dijo mientras les estrechaba la mano—. Muy bien.

Tom abrió la puerta y salió en silencio al frío pasillo de color blanco. Siempre se había preguntado cómo sería estudiar en Harvard y

ahora ya lo sabía. No era sino un instituto con muchos zapatos buenos y mucha historia a sus espaldas. Goldman le siguió por el pasillo y bajaron por las escaleras.

—Me han parecido un par de muchachos bien educados —comentó.

—Sí, a mí también.

—E inteligentes.

—Siempre son inteligentes. ¿Sabías que Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau se alojaron en esta residencia?

—No. —Goldman se detuvo y miró la escalera que estaba pisando como si pudiera quedar allí cierta traza de la presencia poética de aquellos hombres—. Siempre me ha gustado Thoreau y, ahora que he visto dónde se alojó en Harvard, entiendo por qué quería irse a vivir solo a una cabaña en el lago Walden. No me haría ninguna gracia tener que compartir la habitación contigo, paladín. ¡Ni contigo ni con nadie, vamos!

Una vez fuera de Hollis Hall, se acercaron a las escaleras de University Hall y las subieron hasta la estatua de John Harvard. Se volvieron y se quedaron mirando el edificio del que venían. Durante uno o dos minutos, ambos hombres permanecieron en silencio, con la mirada fija en las luces que, sin trabas de ramas o farolas, se veían en las ventanas de la habitación 15. Por fin, Goldman miró a Tom y le preguntó:

—Dime, paladín, ¿qué te parece esa habitación?

Tom asintió deliberadamente, muy seguro de su respuesta.

—Perfecta. Sería imposible conseguir una localización mejor para hacerlo aunque fueras el mismísimo Alfred Hitchcock.

19

PASEO POR MANHATTAN

En cuanto se supo lo de la bomba rodante de Pavlick, el Servicio Secreto tomó Palm Beach como si se tratara de Lariat, Texas. Doblaron el número de agentes en La Guerida y en casi todos los sitios a los que era probable que fuera el senador Kennedy: agentes que en su vida habían visto el interior de una iglesia católica tuvieron que superar tres siglos de conservador protestantismo estadounidense y descubrieron que la Mujer Escarlata nada tenía que ver con las misas, ni siquiera con esas a las que asistía Jack Colchones; el ingente número de hombres con traje sobrio les estropeó el partido a muchísimas personas en el campo de golf; y en la playa privada de La Guerida pasó a haber no solo un cúter de los guardacostas, sino tres. A pesar de que lo arrestaran por merodear cerca del número 1095, en la zona norte de Ocean Boulevard, el lunes por la mañana, nadie se sintió más aliviado por esta mejora general de la seguridad del senador Kennedy que Bolas de Alcanfor. Aquello significaba que Nimmo podría darles libre tanto a él como a Rayo de Sol y que, por lo tanto, podrían volver a sus habituales y más evidentes actividades felonas.

El viernes 16 de diciembre, el día en que por fin detuvieron a Pavlick —que les contó a los periodistas que quería quitarle la vida «al señor Kennedy por la manera turbia en que ha ganado las elecciones. Su dinero ha comprado la Casa Blanca y la presidencia. Se me ocurrió la loca idea de que tenía que impedir que fuera presidente»—, Jimmy Nimmo voló a Nueva York con unas cuantas ideas dándole vueltas en la cabeza. Sin embargo, el viernes 16 de diciembre de 1960 no era un buen día para volar a Nueva York. Dos aviones entrantes —un United Air Lines DC-8 proveniente de Chicago y un Trans World Super Constellation que venía de Columbus, Ohio— chocaron sobre el puerto de la ciudad de Nueva York y murieron ciento veintisiete personas entre pasajeros y personal de cabina. El DC-8 cayó en Brooklyn y mató a cinco personas; el Super Constellation cayó en

Staten Island, a unos dieciséis o diecisiete kilómetros al suroeste. Hasta que no leyó el *New York Times* al día siguiente, Nimmo no fue consciente de que su avión había estado en el aire sobre Nueva York más o menos a esa misma hora.

A pesar del accidente, del frío y de la nieve temprana —que había formado una capa gruesa sobre Manhattan—, y de saber que era muy probable que fuera a tener que pasar las Navidades solo, Nimmo dio gracias al cielo por estar de vuelta en Nueva York. En vez de en una playa con vecindarios, estaba en una ciudad de verdad. De hecho, aquella era la mayor ciudad del mundo, un gran barco de piedra viviente, pero Nimmo, cuyo positivismo no tenía nada que envidiar al del libro más vendido del reverendo Norman Vincent Peale, confiaba —no, tenía fe, pero no en el dios de Abraham e Isaac y en Oral Roberts, sino en sí mismo— en que daría con Tom Jefferson en la vieja y buena Nueva York. Según su agenda, Kennedy dejaría Palm Beach el 2 de enero y volaría a Nueva York, donde, exceptuando los breves viajes a Washington y a Boston, pasaría las dos primeras semanas de enero. Ya solo quedaban treinta y cuatro días para la proclamación de John F. Kennedy como trigésimo quinto presidente de Estados Unidos. No es que se les estuviera acabando el tiempo, es que volaban en un coche de carreras.

Nueva York es todas las ciudades. La ciudad de la opinión. La ciudad del estilo. La ciudad financiera. La ciudad de la radio. La ciudad de la televisión. La ciudad de la cultura. La ciudad de los inmigrantes. Si, después de Copérnico, el punto de vista geocéntrico hubiera logrado persistir en algún lado a pesar del heliocentrismo, sería en Nueva York, que es el blanco de todas las miradas; en la isla de Manhattan, que es el rabo de perro que lleva la Estrella Polar. Lo raro era que Nueva York hubiera tenido que luchar tanto para convencer a las Naciones Unidas de que establecieran allí su sede central. Puede que París sea más bonita, pero le falta impacto. Puede que Londres sea más grande, pero no llega a abrumar. Roma será eterna, pero no estremece. Nueva York, en cambio, es su propio modelo, la expresión suprema de todo lo bueno y lo malo de la civilización contemporánea, signifique lo que signifique eso. Y en la ciudad, que es un logro extraordinario y no tiene nada de vulgar, el peatón es el rey; no es necesario ir montado en Pegaso para apreciar sus tesoros arquitectónicos o recorrer sus magníficas avenidas o sus ornamentadas

calles. Todo tipo de gothamitas nativos recorren Nueva York a pie: banqueros, abogados, publicistas, bibliotecarios, tenderos, camareros.

Y la policía. Nadie sabe más de caminar por las calles de Nueva York que un poli. Cinco años antes, como agente especial a cargo de la oficina del FBI de Nueva York, sita en la Tercera Avenida con la calle Sesenta y nueve, Jimmy Nimmo había caminado mucho por Manhattan. Consideraba que conocía el Upper East Side tan bien como a la persona que veía cada mañana en su espejito para afeitarse. Y Nimmo sabía que, incluso en invierno, con las calles secundarias llenas de diques de nieve sucia y gris, la mejor manera de dar con alguien en una ciudad tan grande como Nueva York era a pata. Lo único que tenía que hacer primero era vestirse para un clima algo más frío que una caja de conservas de frutas de Florida.

Así, llegó a Macy's, en la plaza Herald, para comprar algunas gangas en rebajas y salió de allí bien calentito. Por solo ochenta dólares se había hecho con un abrigo de lana británica valorado en sesenta pavos, un par de zapatos Hahn Ripple valorado en trece y unos guantes de piel de cerdo con bandas extensibles laterales valorados en siete. Además, llevaba su sombrero. En Nueva York, ir sin sombrero en invierno era como ese chiste que la gente contaba sobre Harry Truman: «¿Quieres una cerveza Truman? Ya sabes, de esa que solo tiene espuma en la cabeza». Errar es *trumano*, pero no llevar sombrero en los inviernos de Nueva York es una soberana estupidez.

Nimmo se alojaba en el Shelburne, en Lexington, porque ya se había alojado allí y porque estaba cerca de la Biblioteca Pública de Nueva York, donde empezaría frecuentemente la búsqueda de Tom Jefferson o, a veces, la acabaría. En ocasiones pensaba que estaba buscando el fantasma de una persona que ni siquiera había existido, ¡y eso que no creía en fantasmas! El hotel no era particularmente lujoso, si bien era bastante cómodo para las necesidades de soltero de Nimmo, dado que se encontraba por encima de la media de la ciudad en lo que a alojamiento provisional para ejecutivos recién trasladados se refiere. A pesar de lo cerca que se encontraba de las Naciones Unidas, nadie entendía cómo Dag Hammarskjöld, secretario general de las Naciones Unidas, había elegido el Shelburne —ya fuera para alojarse de forma provisional o de cualquier otra— para la delegación cubana en septiembre. Poco después de llegar, Nimmo le hizo un chiste acerca de Fidel Castro al señor Spatz, el gerente del hotel, que le confesó que prefería incendiar el hotel antes que volver a aceptar a ningún cliente cubano, fuera cual fuera su inclinación política.

La de Prometeo entregándole el fuego al ser humano era solo una de las historias que se contaban en los muchos murales que había en los techos y en las paredes de la Biblioteca Pública de Nueva York. Construida con mármol en estilo Beaux Arts y alrededor de dos patios interiores con una inmensa sala de lectura que ocupaba cinco mil metros cuadrados, la biblioteca abría de martes a sábado y de diez u once de la mañana a seis o siete y media de la tarde. La Declaración de Independencia manuscrita por el propio Thomas Jefferson era uno de los tesoros que se podían apreciar en la biblioteca, aunque Nimmo dudaba mucho que al tocayo asesino del presidente le gustara ir allí para ver algo tan hermoso como aquello. Desde luego, lo que había dicho Colt Maurensig, que Jefferson iba allí para investigar el trasfondo y la praxis de sus objetivos más relevantes, resultaba mucho más creíble.

En su día, el propio Nimmo había sido un visitante frecuente de la biblioteca, en especial en verano, cuando un paseo de veintisiete manzanas no le había resultado tan cansado como ahora. El cuartel general del FBI tenía una biblioteca, o algo similar, pero no era nada en comparación con los recursos que podía uno encontrar en el edificio de John Jacob Astor. De Hoover se decía que era impermeable a la cultura, fuera del tipo que fuera, y que su lectura preferida era el *Reader's Digest.* A Nimmo, sin embargo, le gustaban las bibliotecas —y esta en concreto— debido a su atmósfera de calma intelectual en la enorme sala de lectura de altísimo techo. Dado que a esas alturas ya se había hecho una mejor idea del carácter de Tom Jefferson, consideró que aquel sería el sitio que una persona como él elegiría de base de operaciones intelectual. Porque, además de con Rosselli y con Sorges, Nimmo había hablado con Orlando Bosch, con Irving Davidson y con Moe Dalitz. Incluso había hablado con un asesino a sueldo llamado Lucien Sarti, con quien Tom Jefferson había llevado a cabo un trabajo en Houston el año anterior.

En 1959, en Texas habían muerto asesinadas mil noventa y cuatro personas —el doble que en Nueva York, donde viven siete millones de personas más—, con Houston superando ligeramente a Dallas como capital estatal de los asesinatos. Lo mires como lo mires, Texas no es un estado para estar resentido con alguien —ni siquiera para llevarte mal— tal y como sin duda podrían atestiguar el odiado Lyndon B. Johnson y señora. Teniendo en cuenta la permisiva ley estatal sobre tenencia de armas y con lo indulgentes que son los jurados allí —a menos, claro está, que seas negro—, los texanos se sienten inclinados a

dispararte si lo consideran necesario. «Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer», reza la única entrada del *Diccionario Webster de citas texanas comunes*. En esta ocasión en particular, el segundo exportador de crudo más importante de Houston quería sacar permanentemente del negocio al mayor exportador de crudo de Houston y estaba dispuesto a pagar generosamente para lograrlo —que es como se hace todo en este pudiente estado.

«Aquel tipo estaba tan convencido de lo que quería que, para asegurarse, pagó a dos francotiradores —les había explicado Sarti, un asesino corso de nacimiento, a Nimmo y a Licio Montini—. Jefferson planeó cómo hacerlo. Nos encargaríamos de nuestro objetivo mediante un fuego cruzado. Yo estaría en lo alto del hotel Rice, mientras que él estaría en lo alto del edificio Gulf. ¡Puf! Fue sencillísimo. Disparamos al tipo en la calle principal, como en las películas del Oeste. Yo le alcancé en la garganta y Jefferson, en la nuca. Solo estuvimos en Houston un par de días. Menos de treinta y seis horas, a decir verdad. No puedo decir que llegara a conocerlo bien; lo único que tengo claro es que es un tirador excelente. El mejor que he conocido. Y que es un tipo callado. Le gusta leer. Siempre estaba leyendo. Y también le gusta jugar al golf, por lo que él mismo me dijo. A los *boules* también le gusta jugar. A los *boules* estadounidenses, ya sabe. Ah, y hay otra cosa: era noctámbulo; no dormía mucho. Se podría decir que era como un murciélago».

En Manhattan había veintiocho boleras y la mayoría de ellas abrían las veinticuatro horas del día. Nimmo no creía que tuviera ningún sentido visitarlas todas, por lo que intentó dar forma a una sencilla teoría de la probabilidad que esperaba poder demostrar con el tiempo. Chez Joie, el garito de estriptis que estaba el primero en la lista de Maurensig, se encontraba en el número 3740 de Broadway y el Prelude, en el 3219. Cerca de estos dos sitios había tres boleras: Pinewood Lanes, en la esquina oeste de la calle Ciento veinticinco; Harlem Lanes, que también estaba en la Ciento veinticinco, aunque un poco más lejos, cerca de la Séptima Avenida; y Lenox Lanes, que estaba en la Ciento cuarenta y seis. ¡Labor detectivesca! Una labor siniestra e inescrutable que aúna elementos muy dispares y hace que tengan sentido en una misma sociedad. ¡Imaginación! ¡Percepción! ¡Amplitud de miras! ¡Sentido común en su vertiente más exaltada! ¡Instinto! ¡Corazonadas!

En las dos semanas que quedaban para Año Nuevo, Nimmo se sumió en una rutina investigadora que estaba seguro de que daría

resultados. La perseverancia era una cualidad esencial para un detective, igual que la obstinación y la voluntad para alcanzar un propósito. Eran las mismas características que le ayudaron a ignorar las Navidades y, como corolario de estación tan jubilosa, lo solo que estaba. No es que él lo viera de esa manera. Nimmo sabía cuál era la diferencia entre la soledad y la separación, y se convenció de que estaba armado con el poder autosuficiente de la soledad. Era como Moisés cuando subió a la montaña, o como Jesucristo en el desierto, o como Lutero ayunando para acercarse más a su dios.

Y esa fue la razón por la que evitó llamar al puñado de viejos amigos que aún tenía en la ciudad y se mantuvo apartado de sus bares y restaurantes favoritos: el P. J. Bernstein's Delicatessen, en la Tercera, cerca de la Setenta y uno; el Café Hindenburg, en la calle Ochenta y seis Este; o el Red Hackle, en la Segunda Avenida, cerca de la calle Ochenta y ocho. Incluso se mantuvo alejado de los Baños Luxor, en la calle Cuarenta y seis Oeste, considerando que, cuando más se negara a sí mismo, más concentrado estaría en dar con Tom Jefferson y antes podría retomar su vida. Eso es lo que se decía. Y eso es lo que acabó creyendo. Olvidó que había aceptado el trabajo de Sam Giancana no solo por el dinero, sino para darle a su vida cierto significado. Recorrer las calles por la noche, buscar a alguien que quizá ni siquiera estuviera allí, pasar el tiempo, hablar consigo mismo —o con las cuatro paredes de la habitación de su hotel—, estar a solas con sus pensamientos, intercambiar unas pocas palabras de vez en cuando con completos desconocidos... aquella era su vida y no era más rara que la del Holandés Errante.

A diario se pasaba por la biblioteca y recorría la sala de lectura principal y la sala de las publicaciones periódicas. A veces se sentaba y leía un libro, o un periódico o una revista, pero, igual que en una galería de arte, siempre le interesaban más las personas que tenía alrededor, su aspecto estudioso, de amantes de los libros salidos de los Gainsborough, Reynolds, Titian, Holbein, Rembrandt y El Greco de la colección Frick. Pero la multitud no hace compañía y, a mediodía, Nimmo dejaba la biblioteca y se acercaba a uno de los dos restaurantes que había en la lista de Maurensig. Aquello no era precisamente lo duro del trabajo. El Liborio, que estaba en la Octava Avenida, entre la Cincuenta y dos y la Cincuenta y tres, era un excelente restaurante español. Le Vouvray, en la calle Cincuenta y cinco Este, era un restaurante francés igual de bueno, pero con el añadido de que la dueña, Yvette, que tenía un cuerpo de escándalo, no

tardó en tratar a Nimmo como si fuera un cliente de toda la vida. Después de comer, Nimmo solía volver al hotel para echar una cabezada.

A eso de las cinco volvía a la biblioteca alrededor de una hora o algo menos. Sobre las seis iba caminando hasta la calle Cincuenta y uno Oeste, hasta La Barraca, donde tomaba un par de martinis secos y escuchaba a un magnífico guitarrista de flamenco que tocaba allí, un tal Arnaldo Sevilla. A veces, incluso se quedaba a cenar, pero nunca si ya había ido al Liborio ese día; podía uno llegar a empacharse de exquisiteces si había comido paella o arroz con pollo. Los días que iba al Liborio se olvidaba de La Barraca y se llegaba al Basin Street East, en la Cuarenta y ocho, y cenaba allí. Servían comida china y no estaba tan buena, pero el jazz era de primera y allí llegó a ver a Johnnie Ray, a George Shearing y a Quincy Jones, pero nunca a Tom Jefferson. Nimmo siempre pensaba lo mismo cuando se marchaba de allí: si Jefferson era un verdadero aficionado al jazz, ¿cómo era posible que se perdiera al Príncipe de los Lamentos interpretando «Cry?». Puede que Johnnie Ray fuera marica y drogadicto, pero seguía siendo el mejor cantante del mundo después de Sinatra. O del negro ese que hacía versiones de Ray Charles y Count Basie, el inglesito ciego ese del que nunca había oído hablar pero que tan bueno le había parecido.

Entre las diez y las diez y media cogía un taxi hasta Broadway y probaba en el Prelude o en Chez Joie. Como es normal, prefería el Chez Joie porque había más que mirar, como, por ejemplo, a las camareras a medio vestir, en especial una con ciento diez de pecho que parecía un dibujo de Vargas. El sitio lo llevaba una tal Joie Dee, una mujer con la nariz chata y hueco entre las palas, una rubia lasciva de mediana edad que vestía solo con un poco más de ropa que las chicas que trabajaban para ella y a la que le encantaba la manera en que Nimmo movía dinero en su club, es decir, despreocupadamente. En la planta de arriba del Chez Joie había un bar al estilo de los Felices Noventa en el que las chicas casi no llevaban ropa y no tenían apenas escrúpulos respecto a con quien se sentaban. Arriba solo se podía subir si tenías la bendición de Joie, algo que el desprendido Nimmo no tardó en conseguir y con óleos sagrados, además. No había un gasto mínimo, pero Nimmo siempre pedía champán para Joie y las chicas y nunca se detenía mucho a comprobar la factura. Tenía la esperanza de que llegara la noche en que Joie le hubiera cogido el suficiente cariño como para que le enseñara la fotografía de Tom Jefferson que llevaba en la cartera.

Chez Joie cerraba a eso de la una y media de la noche. Unas cuantas veces se llevó a alguna de las chicas a jugar a los bolos o, si la muchacha tenía hambre, al restaurante La Luna, en la esquina entre la calle Ciento cuarenta y Broadway, donde podías pedir guiso de ternera hasta las cinco, o al Prelude, que estaba abierto hasta las cuatro y servía una excelente hamburguesa por un dólar veinticinco. Un par de noches antes de Navidad, incluso persuadió a una de las chicas, una joven alta, grande y rubia con aspecto de teutona que se llamaba Lisa, para que pasara la noche con él, pero la noche acabó rápida y poco satisfactoriamente cuando la pilló cogiéndole un billete de veinte del bolsillo del abrigo a pesar de que acababa de darle uno igual. En cualquier otro momento la habría abofeteado y habría pateado su hermoso culo hasta tirarla a la calle, pero aquella era la época de la buena voluntad para con los hombres y las mujeres... por mucho que fueran fulanas con cara de nazi que acababan de robarte; así que dejó que se fuera tras darle una única bofetada.

Lenox Lanes, que estaba en la calle Ciento cuarenta y seis Oeste, cerca de Lenox Avenue, no cerraba nunca. El sitio tenía treinta y cuatro pistas, todas de madera, un bar y una cafetería. Alquilar la pista costaba cincuenta y cinco centavos y alquilar los zapatos, cincuenta. Las bolas de la casa eran lo último, de plástico en vez de goma, y los bolos, que también eran de plástico, salían volando, aunque, por lo general, no los unos contra los otros. Nimmo obtenía muchos dieces. Había noches en que las pistas eran un caos, pero Nimmo solía jugar después de las ligas; además, sabía que el tipo que llevaba el lugar, Quinton Hindrew, se esforzaba al máximo. Nimmo estaba casi convencido de que Jefferson preferiría Lenox Lanes a Harlem Lanes, donde había papeles tirados en la zona de sentarse, hojas de control de ligas pasadas, las mesas estaban pegajosas y los cuartos de baño apestaban; o incluso a Pinewood Lanes, donde los bolos eran antiguos y apenas quedaba nada de ellos, por lo que no era tan fácil tumbarlos.

No es que Nimmo fuera un gran jugador, pero a Hannah, su exesposa, se le daba realmente bien. Cuando aún vivían juntos en el Bronx, en Aqueduct Avenue, cerca del Hospital Universitario Heights, donde ella trabajaba de matrona, acostumbraban a coger un autobús que cruzaba el río Harlem e iban a jugar a un sitio de Dyckman Street. Hannah era capaz de lanzar la bola tan recta que parecía que fuera por un riel. En Nochebuena, Nimmo fue al Dyckman Bowlway y también se acercó a su viejo vecindario, a su viejo apartamento; un

paseo sentimental que hizo que se sintiera más vacío que una canoa en el lecho seco de un río.

Nimmo jamás vio a Tom Jefferson en ninguno de estos lugares que visitaba. En un par de ocasiones fue a las direcciones de la familia Kennedy, tanto a la de Park como a la de Madison, y habló con los secuaces de la familia Gambino que vigilaban la puerta principal desde coches aparcados y les recordó que Jack Kennedy llegaría a Nueva York el 2 de enero, por lo que debían estar muy atentos. Les explicó que, cuanto más se acercara enero, más probable sería que Jefferson apareciera, pero algunos de ellos consideraban que su tediosa asignación no era sino una pérdida de tiempo. Con Nimmo sentado en la parte de atrás del Oldsmobile descapotable de color gris, los dos que vigilaban el Carlyle en Madison no mantuvieron en secreto su opinión de que Jack Kennedy era un *minghia*, que es como llaman los sicilianos a los gilipollas.

«Y no solo él —abundó el más mayor de los dos, un hombre con el pelo blanco, la frente arrugada y la mandíbula torcida que a Nimmo le trajo *Moby Dick* a la cabeza. Se llamaba Antimo Gelli y hablaba con voz ronca, como si ladrara, de tal manera que parecía que de su laringe fuera a salir de un momento a otro una nube de ceniza volcánica—. Él, el listillo de su hermano, el chupapollas de su padre... Toda la puta familia. Son todos una panda de gilipollas irlandeses. *Buttiga devilo*, a mí me la sopla que alguien le pegue un tiro a ese hijo de puta. *Te jura anima futa.* No es nuestro amigo. Momo se equivoca si piensa que puede hacer tratos con esos mierdas. Hágame caso. Estos cabrones no juegan de acuerdo con las mismas reglas que nosotros. Momo no es de Nueva York. No ha tenido que trabajar con Joe Kennedy. Ese tipo no tiene honor. Habría que preguntárselo a Longy Zwillman, si siguiera vivo. Longy era uno de los socios contrabandistas de los Kennedy en los años veinte, hasta que alguien la lio con un cargamento. Kennedy siempre creyó que había sido Longy, pero resultó que había sido otro tipo. La cuestión es que Longy se suicidó el año pasado porque se enfrentaba a una citación del Comité del Senado ese en el que estaban los chavales de Kennedy, ya sabe, trabajando para resarcir el resentimiento de su viejo. A eso me refería con lo de que no tienen honor. *Maronna mia*, si supiera que no me van a pillar, los mataría yo mismo; les rebanaría el pescuezo como a los pollos, ¿me ha entendido?».

«*E calma, Dio cane* —le dijo el otro secuaz al mafioso. Luego, se encogió de hombros como para disculparse con Nimmo y le dijo—: Lo

siento. No pretende ser irrespetuoso con Momo, pero es que Timo no está de buen humor estos días. Las Navidades le ponen de los nervios».

Nimmo se marchó pensando que Kennedy estaba muerto como su vida dependiera de gente como Antimo Gelli. No obstante, había un detalle interesante en lo que había dicho el hombre: si los Kennedy iban a valerse de la mafia para conseguir votos, para obtener dinero, para deshacerse de Castro, para lo que fuera, iban a tener que jugar de acuerdo con las reglas del crimen organizado y, al parecer, no estaba siendo así.

20

UNA EDUCACIÓN LIBERAL

El sábado 17 de diciembre, Chub Farrell cogió el tren de la Línea Roja hasta South Station, Boston, donde hizo trasbordo al expreso de las nueve de la mañana a Nueva York. El viaje duraba unas cuatro horas, e incluso en los asientos sin reserva había una vista maravillosa del campo de Nueva Inglaterra, que es especialmente bonito en invierno. Al igual que la mayoría de los jóvenes de su edad, a Chub nunca le había interesado mucho el campo y, después de haber leído en el periódico lo del accidente aéreo en Brooklyn, estaba intentando ponerse con Baudelaire.

Chub era un joven educado y caballeroso, e intentaba respetar la privacidad de la mujer que iba sentada a su lado, una belleza de piel oscura y el pelo caoba que andaría por los treinta y cinco y le recordaba a Sophia Loren en el *Playboy* de agosto. Era la mujer más arrebatadora que había visto jamás. Intentaba no mirar aquellas piernas fabulosas y sibilantes que, enfundadas en medias, la mujer no paraba de cruzar y descruzar. Intentaba no pararse a mirar cuando se rascaba uno de aquellos enormes pechos suyos. Intentó con todas sus fuerzas ignorar su perfume seductor, aquellas uñas tan bien cuidadas que llevaba y su sonrisa perfecta, que, sin duda, no le ponía sino por ser agradable, dado que las mujeres de su edad, mujeres tan bellas y sofisticadas, no se sentían atraídas por jóvenes como Chub Farrell; esas cosas solo pasaban en los libros y en las películas. Sin embargo, cuando le miró con aquellos fantásticos ojos de color violeta y le echó la sonrisa más maravillosa de todas las sonrisas que había visto, sintió que se le paraba el corazón y que su cerebro se vaciaba de todo pensamiento que no estuviera provocado por la más pura testosterona. Se quedó agradablemente sorprendido cuando la mujer, que se llamaba Edith, pareció que tuviera ganas de hablar con él, primero de Baudelaire y, después, un poco de todo. Así, para cuando el expreso llegó a Mystic, en Connecticut, que era como la mitad del camino hasta Grand Central Station, Chub estaba convencido de que, en

realidad, de lo que estaba a mitad de camino era del paraíso.

Edith le contó que era venezolana, del Curazao neerlandés, que estaba casada con un ejecutivo petrolero estadounidense y que, como este se encontraba en el mar del Norte, explorando nuevos depósitos de crudo, aquella era su primera Navidad sola en Nueva York.

Edith se tomaba su labor con cierto placer. La mujer disfrutaba del sexo —mucho—, en especial con los jóvenes, y como era improbable que a Chub fuera a pasarle nada malo —o a Torbert cuando fuera el momento de que Anne la confederada entrara en escena—, sintió, igual que Alex, que le estaba haciendo un favor a Chub al darle un tipo de educación que, a su entender, era mucho más relevante que Economía o Francés.

Dado que había terminado sus estudios en Suiza, el francés era uno de los varios idiomas que Edith hablaba con fluidez y, a medida que el tren iba llegando al final de su trayecto, le sugirió a Chub que podía darle clases de conversación en su apartamento de Riverside Drive a lo largo de las vacaciones de Navidad. Chub, que había estado temiendo que iba a pasar unas aburridas vacaciones en casa de sus padres en las que no iba a hacer otra cosa que estudiar, aceptó entusiasmado. Aunque estaba convencido de que lo único que iba a suceder era que estudiaran francés —¡y qué bien, porque el francés era la asignatura que peor llevaba!—, una pequeña parte de Chub empezó a albergar una fantasía libidinosa que llevaba a Edith a añadir a su currículo de Navidad unas lecciones de ese sexo del que tan necesitado estaba.

Respecto a esta inofensiva fantasía, Chub no se sintió nada decepcionado, y no tardó más que unos días en sentirse irremediablemente enamorado de Edith. Parte de ella sabía que le iba a romper el corazón, pero como era consciente de que a un jovencito de diecinueve años podían pasarle cosas terriblemente peores, no se paró a pensar mucho en ello. Que te rompan el corazón también te educa. La primera vez que Edith se acostó con Chub, que fue dos o tres días antes de Navidad, mantuvieron relaciones en varias ocasiones, después de lo cual el joven durmió ese sueño satisfactorio, engreído, que es corolario inevitable de la pérdida de la virginidad masculina. Mientras Chub dormitaba contento, Edith cogió sus llaves y se las entregó a Tom, que estaba esperando pacientemente y sin aparentes celos en la habitación de al lado a que la mujer ejecutara su parte del plan. La falta de sentimientos por parte de Tom fue una decepción para ella que, a su manera, y a pesar de que apenas sabía nada de quién y qué era él y de que era consciente de que él no la

amaba, se estaba enamorando. Aun así, una muestra de sentimientos habría estado bien.

Desde Riverside Drive, Tom llevó las llaves a All Over, un cerrajero abierto veinticuatro horas que había en Lexington, cerca de la calle Ochenta, y pidió que le hicieran tres juegos de llaves, tras lo que le devolvió los originales a Edith a tiempo para que las dejara en el bolsillo de Chub, que se fue del apartamento a eso de las once y media, a tiempo para estar en casa antes de medianoche, tal y como sus padres habían establecido.

Al día siguiente, Goldman, Tom y Edith se reunieron en el apartamento de Riverside Drive, donde admiraron la radio de onda corta que Tom había comprado para escuchar al Servicio Secreto cuando estuvieran en Boston. Después, Goldman voló a Ciudad de México para recibir algunas de las últimas órdenes de sus supervisores del KGB antes de volver a Miami, en Nochebuena, tras haberse recuperado, supuestamente, del episodio de cólera que, al parecer, le había mantenido todo aquel tiempo al sur de la frontera.

Edith y Tom pasaron el día de Navidad juntos antes de que él se marchara de Nueva York para ir a Cambridge. Intercambiaron regalos sencillos, disfrutaron de una deliciosa comida de Navidad que cocinó la propia Edith, fueron a dar un paseo por el río, vieron la tele y, después, hicieron el amor. Ninguno de los dos mencionó siquiera a Jack Kennedy, aunque, igual que aquella molesta canción de Bobby Vee acerca de una pelota de goma, lo tuvieron constantemente en la cabeza.

21

EL CONTRATIEMPO

La CIA tenía sus oficinas en alrededor de veinticinco edificios por todo Washington, con la mayoría de los departamentos situados en edificios de madera construidos durante la guerra en la orilla del Potomac que se conoce como Fondo Nublado, cerca del Espejo de Agua, que está enfrente del memorial a Lincoln. El cuartel general de la agencia era el antiguo complejo de la Oficina de Servicios Estratégicos, que estaba en el 2430 de la calle E y que comprendía cuatro edificios de ladrillo con columnas jónicas situados entre el Departamento de Estado y una pista de patinaje. Un poco más allá de la calle E había una fábrica de gas abandonada y una destilería que le daba a la atmósfera, húmeda de por sí, un fuerte olor a malta y a resaca mala. Pasarían otros diez meses antes de que los primeros empleados de la CIA se mudaran al nuevo «campus», al otro lado del Potomac, en Langley —un proyecto que parecía ser lo único que interesaba a Allen Dulles, el director de la CIA.

En una fría y ventosa mañana, un par de días antes de Navidad, el coronel Sheffield Edwards y Jim O'Connell dejaron el antiguo y deteriorado barracón naval de Ohio Avenue conocido como el Ojo, que era donde el JMARC tenía su «sala de guerra», y recorrieron el Polo Grounds en dirección al Espejo de Agua. Un helado y fuerte viento del oeste proveniente de la cuenca del río, a su derecha, inclinaba los cerezos y Edwards a punto estuvo de perder el sombrero. Justo delante de la cabaña destartalada conocida simplemente como «K», subieron a un Pontiac Start Chief azul oscuro de 1956, un sedán de cuatro puertas, y se dirigieron al norte por la calle Veintitrés, cruzando Virginia Avenue y Washington Circle. En la calle L giraron a la derecha y aparcaron cerca del restaurante Duke Zeibert's, donde planeaban comer después de reunirse en el Directorio de Planes.

El despacho de Richard Bissell estaba en la esquina del edificio y daba a la calle L. Era una estancia sin adornos, un poco dejada, con paredes de grandes tablones cubiertos de fieltro, el linóleo pelado, una

alfombra de Aubusson raída y, alrededor de una mesa de refectorio, una serie de sillas cojas compradas en una tienda de segunda mano. En una de las paredes había una enorme fotografía enmarcada de un yate de diecisiete metros de eslora llamado La Bruja Marina que era el orgullo de Bissell, y en una abarrotadísima librería había una serie de pilas de papel con piezas de coche a modo de pisapapeles.

El ocupante de aquel despacho y su ayudante eran lo que se conocía por «Fuente P», donde la pe hacía referencia a alguien que había sido profesor o que había asistido a alguna de las universidades de la Liga de la Hiedra. Richard Bissell cumplía con lo uno y con lo otro. Licenciado en Yale, había pasado la guerra dirigiendo la Junta de Transporte Marítimo, planeando las idas y venidas de los barcos mercantes estadounidenses. Después de eso, había dado clases durante un tiempo en el MIT, antes de que lo reclutara Averell Harriman para que le ayudara a diseñar y poner en marcha el Plan Marshall, allá por 1947. Corría 1953 cuando Bissell por fin se unió a la CIA, momento desde el que su ascenso había sido espectacular. Bissell, un tecnócrata que nada tenía de espía profesional, había desarrollado el programa U-2 antes de que lo designaran para el Directorio de Planes, donde sucedería a Frank Wisner como director del servicio clandestino de la CIA. Alto, de unos cincuenta años, con un traje cruzado de lana inglesa, una corbata de Yale, unas gafas con una montura muy ancha que parecía que no le encajaran bien en las orejas y una nariz grande con forma de trufa, Bissell parecía una versión delgada de Sydney Greenstreet e incluso hablaba como tal.

Tracy Barnes había ido al mismo colegio —Groton— y a la misma universidad que su jefe. Tenían la misma edad, pero Barnes, más atlético a simple vista, era un espía profesional. Durante la guerra se había unido a la Oficina de Servicios Estratégicos y había descendido en paracaídas a la Francia ocupada para llevar a cabo una misión por la que le habían otorgado la Estrella de Plata. Después de practicar la abogacía, la guerra de Corea lo había devuelto al servicio y, tras un periodo nada satisfactorio en la Junta de Estrategia Psicológica, se había encontrado trabajando para su viejo amigo del colegio como vicedirector de Actuación. Barnes, que era un hombre atractivo y de aspecto noble, con pómulos alpinos y nariz aguileña, que llevaba unas gafas con la montura de ámbar y una pajarita de Yale, parecía el indio más inteligente de la reserva.

Bissell y Barnes ya estaban sentados a la mesa, el uno junto al otro, cuando la secretaria del primero, Doris, hizo pasar a Edwards y a

O'Connell —de quienes era imposible decir otra cosa que no fuera que estaban cortados por el mismo patrón militar, como si fueran un rifle, un casco o una fiambrera de hojalata—. A Edwards y a O'Connell les seguían de cerca dos hombres más jóvenes.

—Sheff. Jim. Siéntense —les dijo Bissell indicándoles unas sillas en concreto—. Seguro que recuerdan a Jim Flannery y a John Bross de la última vez.

Edwards y O'Connell asintieron en silencio. Flannery, veterano de la Segunda Guerra Mundial, era el ayudante especial de Bissell, pero se parecía mucho más a Edwards. Bross, en cambio, antiguo compañero de clase de Bissell en Groton y, ahora, el oficial de Planificación del Directorio de Planes, era, sin lugar a duda, otra «Fuente P». Alice, la secretaria de Barnes, entró en último lugar con una bandeja con cafés y, después de un corto intercambio de mecheros para encender unos cigarrillos y de cotillear un poco acerca de Georgetown, la reunión empezó de golpe.

Bissell, que tenía en la mano un pequeño inhalador que de vez en cuando se metía en las fosas nasales como un pequeño cohete para limpiar sus problemáticos senos, se valió de su tono de patricio de Connecticut para poner orden:

—Sheff, para poner al día a John y a Jim, ¿por qué no nos cuenta la cadena de causalidad que nos ha traído aquí en esta fría y ventosa mañana?

Edwards asintió y se aclaró la garganta.

—Por supuesto, señor. A finales de octubre, el 31, para ser más precisos, en el hotel Riviera de Las Vegas, una chica de la limpieza entra en una de las suites del hotel y se encuentra con un complejo equipo de sonido: grabadoras, amplificadores, sintonizadores, altavoces y cajas de cintas Soundcraft. Empieza a quitarles el polvo a los muebles y a la grabadora y, sin darse cuenta, pulsa uno de los botones de la máquina, que se enciende; o, al menos, eso es lo que ella declaró. Bueno, sea como fuere, la cuestión es que oye a un hombre y a una mujer hablando de todo lo que se aman. Parece una conversación muy íntima, excepto porque es evidente que la ha grabado el caballero cuya suite está limpiando y cuyo nombre, de acuerdo con la lista de clientes de la limpiadora, es Arthur Balletti. El hombre de la cinta es Dan y la mujer se llama Phyllis. A la limpiadora todo esto le parece sospechoso, así que llama a la seguridad del hotel y estos, que piensan que alguien podría estar intentando chantajear al casino del hotel con esa tecnología sofisticada, llaman a la comisaría

del sheriff Lamb, que arresta a Balletti, un detective privado de la Miami de Florida. Los cargos son un tanto vagos, dado que pinchar la habitación y el teléfono de otra persona no es delito en Nevada. No obstante, cuando resulta que el hombre y la mujer a los que espiaban son Dan Rowan y Phyllis McGuire, no cabe duda de que al sheriff Lamb se le puede perdonar que arrestara primero a Balletti y, después, se pusiera a buscar un delito que imputarle.

Dan Rowan era una mitad del popular dúo de comediantes de Las Vegas Rowan & Martin, y Phyllis McGuire era un tercio del aún más popular trío de canto en estrecha armonía, las Hermanas McGuire. Estas últimas habían hecho en 1952 una exitosa audición para el programa de televisión *Arthur Godfrey's Talent Scouts* a la que no tardaron en seguirle una serie de discos exitosos. «Sincerely», escrito por Harvey Fuqua y Alan Freed, había sido el primer sencillo con el que habían vendido un millón de copias, allá por 1955. La canción había estado en el número uno durante diez semanas. No obstante, la canción que todos recordaban era, qué duda cabe, «Sugartime», que había sido un exitazo para las McGuire en 1958.

—Balletti llama a Jimmy Cantillon, un abogado de Los Ángeles, que telefonea a Johnny Rosselli, que arregla que un jugador profesional de la zona, un tal T. W. Richardson, se acerque a la comisaría y pague la fianza de mil dólares. Para ese momento, el sheriff ha decidido utilizar la ciudad de origen de Balletti y el Acta de Comunicaciones Federales de 1934 para poner el asunto en manos del FBI. Y esa, más o menos, es la versión oficial del asunto de la grabación de Dan Rowan y Phyllis McGuire. La verdad, no obstante, es un tanto diferente.

»Allá por 1958, las McGuire estaban saliendo en *The Phil Silvers Show*, en *The Red Skelton Show* y eran la atracción principal en Las Vegas, que es donde a Phyllis le presentaron a Frank Sinatra y a Sam Giancana. Valiéndome de un par de éxitos de las McGuire, "puede parecer una bobada" pero resulta que el viejo corazón de Sam Giancana empezó a hacer "tilín-tilín" cada vez que pensaba en Phyllis; y voy a hacerlo una tercera y última vez: "el turón solitario" empezó a hacerle regalos muy generosos a Phyllis: joyas, abrigos de piel, coches, un rancho en Las Vegas, un apartamento en Manhattan, otro en Beverly Hills, grandes inversiones en bonos y acciones, e incluso se hizo cargo de sus deudas de juego.

»Sam casi estaba contento... exceptuando un detalle, que sospechaba que Phyllis seguía viéndose con su antiguo amante, Dan

Rowan, con quien, aunque en secreto, estaba prometida. Así que Sam llama a nuestro viejo amigo Bob Maheu y este le promete enterarse de lo que está pasando en Las Vegas, de manera que a Sam Giancana le quede claro si Phyllis y Rowan siguen juntos. Le dice que va a pinchar la habitación de Dan Rowan y que le llevará todo lo que grabe.

»La cuestión es que esta pareja de desafortunados amantes actuaba en el hotel Riviera, que es propiedad del crimen organizado de Chicago. Y la cuestión es que en el Riviera no se hace nada sin el visto bueno de Chicago. Sin embargo, el miedo a Chicago es solo una de las razones que hicieron que Maheu decidiera no encargarse de grabar a Dan Rowan él mismo. Así, Maheu habló con un exagente del FBI, Edward Dubois, que tenía una agencia de detectives privados, pero no en Las Vegas, que habría sido lo normal, sino en Miami. Por cinco mil dólares, Dubois aceptó el trabajo y envió a Balletti para que se encargase de todo. Dubois y Balletti tenían mucha experiencia con este tipo de labores de grabación y a menudo contrataban a Bernie Spindel, que se puede considerar un pionero en el campo del cotilleo electrónico. Durante la guerra, Spindel trabajó mucho para la Oficina de Servicios Estratégicos. Después de la guerra, para quien trabajó mucho es para Jimmy Hoffa, al que aconsejó cómo defenderse de las escuchas, entre otras, de las del FBI y de las de Bobby Kennedy. Por lo que sabemos, en un primer momento solo estaban espiando a Bobby, pero resulta que también empezaron a grabar a Jack Kennedy.

»Evidentemente, para este momento, Bob Maheu ya estaba implicado en nuestro plan para asesinar a Castro.

La idea de utilizar a la mafia como bisagra en el asesinato del primer ministro de Cuba había sido de Bissell. Suya y de su vicedirector de Actuación. Tracy Barnes había hecho que fuera el coronel Sheffield Edwards, de la Oficina de Seguridad de la CIA, el que organizara el golpe. Edwards se había puesto en contacto con Jim O'Connell, su jefe de Operaciones, un exagente del FBI experto en contraespionaje que había trabajado con Maheu. O'Connell había subido a bordo a Maheu para que actuara de intermediario entre Rosselli y el coronel Edwards. Esta gente había apoyado la candidatura de Nixon a la presidencia porque percibía que Kennedy jamás llegaría a ponerse duro con lo de Cuba. De hecho, los planes para invadir la isla, con el nombre en clave JMARC, estaban terminados mucho antes de las elecciones, y Dulles y Bissell opinaban que el por entonces vicepresidente Nixon estaba más cualificado para darle el visto bueno presidencial al plan una vez todo estuviera

preparado. Así, cuando empezó a parecer que Kennedy iba a ganar, los valedores del JMARC empezaron a buscar un seguro.

—Después de que Kennedy saliera mejor parado que Nixon en el primero de los debates televisados —continuó Edwards—, la necesidad de asegurar que el JMARC seguía adelante empezó a parecer más urgente. Vimos el hecho de que Giancana le pidiera ayuda a Maheu para conocer la lealtad de su chica como una oportunidad, no solo para presionar a Giancana y que apoyara el asesinato de Castro, sino también para que utilizara a la mafia como elemento para presionar al propio Kennedy.

»El 31 de octubre no fue la seguridad del hotel Riviera la que llamó a la comisaría de policía, sino uno de los nuestros, y también fue uno de los nuestros el que le sugirió al sheriff Lamb que utilizara el hecho de que Balletti era de Miami y la prohibición del Acta de Comunicaciones Federales de este tipo de grabaciones para meter al FBI en el asunto, que ya estaba intentando, ilegalmente, pinchar a Giancana en Chicago. Lo teníamos pillado, pero la presión era casi imperceptible. Le dijimos a Giancana que podíamos hacer que cualquier cosa desapareciera en nombre de la seguridad nacional, incluso el FBI. Fue lo mismo que le dijimos a Bernie Spindel: "Ayúdanos a conseguir alguna de esas cintas que has grabado para tus amigos Hoffa y Giancana y te sacaremos de este lío con Dan Rowan en el que te has metido tú solito". Spindel se mostró de acuerdo y, diez días después de la redada de Halloween, entregó a los agentes de la Oficina de Seguridad copias de algunas de las grabaciones más sensacionalistas que había hecho de Kennedy con una serie de mujeres.

La Oficina de Seguridad formaba parte de la Directiva de Administración de la CIA, que era el departamento más grande de la agencia, y, cuando la mayor parte de la gente pensaba en la CIA como en esa organización que se oponía a otras agencias de espionaje, que pinchaba teléfonos, que organizaba limpiezas de seguridad para el personal del Gobierno, que se encargaba de los tránsfugas y que realizaba pruebas poligráficas, en realidad no sabía que era la Oficina de Seguridad, concretamente, la que se encargaba de todo eso.

—Dos o tres semanas después, la Oficina de Seguridad se puso a realizar las transcripciones de las cintas de los amoríos —les explicó Edwards— y pasaron otros quince días antes de que consiguiéramos leer todas las transcripciones. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que teníamos entre manos un problema adicional del tamaño de

Ralph. Presten atención, ahora, a la transcripción que tienen delante. La mayoría de las chicas tan solo querían tirarse a Kennedy, pero resulta que esta, además, quería hablar; y lo que es más importante, tenía preguntas y quería que el tipo se las respondiera.

Bissell volvió a respirar con fuerza su inhalador y, a continuación, utilizó esas hipérboles tan típicas en él:

—Todos los presidentes son putas. Cambian de idea como de calzoncillos, se venden a quienquiera que les vote. El propósito de esta reunión, sin embargo, no consiste en determinar cuánto se ha prostituido Jack Kennedy para conseguir que lo eligieran, sino, concretamente, con quién ha estado prostituyéndose... en su tiempo libre, por así decirlo. Como vino a decir Dorothy Parker, puedes conseguir que asciendan a capitán a una puta, pero nunca conseguirás que aprenda a pensar. Así que la pregunta que se nos presenta es hasta qué punto es capaz de pensar esta puta con la que lo grabaron *in fraganti*, teniendo en cuenta que el coronel Edwards ha hecho hincapié en que demuestra un interés mucho mayor en la política extranjera del presidente electo que en su destacable destreza sexual. En particular, en la referente a Fidel Castro y a Cuba.

»Si me permiten que generalice un momento, caballeros, las charlas poscoitales de la mayoría de las personas suelen ser mucho más rutinarias que la que nos ocupa. Llámenme antiguo, pero no me esperaría de una prostituta que acabo de conocer en un hotel o casino de Nevada y que acaba de proporcionarme placer oral que hable como Walter Cronkite; como, por ejemplo... página once, línea seis: "¿Crees que es posible que Estados Unidos invada Cuba en los próximos doce meses?", y en la página quince, línea doce: "¿Por qué no te deshaces de Castro? Podríais asesinarlo", y en la página dieciséis, línea diecinueve: "¿Pulsarías el botón si los rusos entraran en Berlín Occidental? ¿Serías capaz de vivir con ese peso en la conciencia?".

Bissell tiró la transcripción en la mesa, justo delante de él, y exclamó:

—Y por si eso no fuera lo bastante malo, va el tonto de los cojones y responde a todas las preguntas. Dios bendito... ¿por qué no sospechará con la misma facilidad con la que se le pone dura? —Volvió a utilizar el inhalador—. Bueno, Sheff, ¿cuál es el veredicto? ¿Quién coño es ella, y es una condenada espía?

Edwards respondió a Bissell rápidamente. Había quienes consideraban que Bissell era una persona fría, pero Edwards no era uno de ellos. Él sabía que el jefe del Directorio de Planes era cálido y

educado, y que esa frialdad lo único que hacía era esconder una tragedia personal: que uno de sus hijos, Will, era retrasado y que, por si fuera poco, habían tenido que internarlo recientemente. Edwards pensaba que algo así tenía que ser especialmente duro para alguien tan brillante intelectualmente como Richard Bissell. Si el jefe del Directorio de Planes tenía algún defecto eran su impaciencia y su tendencia a mostrarse prepotente.

—Pues, señor, se llama Mary Jefferson. Me corrijo, se llamaba. A Mary Jefferson la encontraron muerta unos días después de las elecciones y, aunque en un principio la policía no consideró que su muerte fuera sospechosa, ahora mismo creemos que la asesinaron. Hasta el día de su muerte, Mary Jefferson fue una comprometida trabajadora de campaña del Partido Demócrata en Miami, donde vivía con su esposo, Tom Jefferson. Era medio china, medio negra, jamaicana, y, hasta 1953, tuvo pasaporte británico. Su apellido de soltera era Swithenbank y su marido y ella se conocieron en Japón, después de que a él lo liberaran de un campo de prisioneros militares coreano. Mary había estado trabajando de camarera en un club nocturno de Tokio, pero antes de eso había sido camarera en Hong Kong... aunque cabe la posibilidad de que, en realidad, fuera prostituta.

»He hablado con los británicos de Jamaica y de Hong Kong y parece que, antes de llegar a Hong Kong, Mary Swithenbank era muy activa políticamente. Formaba parte del Partido Laborista de Jamaica y del Sindicato Industrial Bustamante, pero no hay ninguna prueba que indique que era comunista. Los británicos aseguran que no saben nada de lo que Mary hacía cuando estaba en Hong Kong, pero nuestro delegado allí, John Horton, dice que durante un tiempo fue novia de un tal Hugh Wilberforce, que trabajaba de secretario del gobernador británico en Hong Kong. En el 52, de pronto, Wilberforce dimitió del servicio extranjero sin explicación alguna; o, por lo menos, no se ha hecho pública ninguna explicación, y Horton dice que siempre sospechó que los británicos debían de haber encontrado algo en el pasado de Mary Swithenbank que había hecho que el cargo de Wilberforce se viera comprometido. En cualquier caso, fue después de esto cuando Mary Swithenbank dejó Hong Kong y se fue a Tokio.

—Esto empieza a oler mal —observó Barnes.

—Pues me temo que la cosa va a peor —apuntó Edwards—. Durante la guerra, Tom Jefferson fue francotirador de los marines y recibió varias condecoraciones. Después de la guerra, trabajó para la

Fábrica de Pepinillos.

—¡Válgame Dios —musitó Bissell—, ¿se refiere a que es uno de los nuestros?!

—No exactamente. Es, más bien, un autónomo. En 1947, con nuestra recomendación, llevó a cabo un trabajo para la organización del general Gehlen, en Austria. En el 48 hizo un trabajo para nosotros en Grecia. En el 49 hizo otro trabajo para nosotros como parte de la Operación BGFIEND en Albania. Luego estuvo lo de la guerra de Corea, claro. Llevó a cabo labores muy distinguidas antes de que lo capturaran. Después de Corea seguimos utilizándolo. Según tengo entendido, los franceses le pidieron que matara a alguien en Vietnam. Luego, en el 54, llevó a cabo un asesinato para nosotros en Uruguay. No tengo claro de quién se trataba. Un comunista. En cualquier caso, en el 57 asesinó a Carlos Armas, el presidente de Guatemala. Para entonces también trabajaba para el programa COINTELPRO del FBI. Aunque, principalmente, trabajaba para el crimen organizado. Hizo un par de trabajos en Cuba y...

—Un momento, Sheff —le cortó Bissell, cuyo ágil cerebro ya había pegado un salto hacia delante en la exposición de Edwards—, no irá a decirme que este Jefferson es el tipo que Giancana y Rosselli contrataron para cargarse a Castro, ¿verdad?

—Me temo que sí, señor.

—¡Por Dios, Sheff!

—Lo sé, señor —dijo Edwards, que había decidido no mencionar que su propio jefe de Operaciones, Jim O'Connell, se había reunido con Tom Jefferson en el hotel Fontainebleu de Miami junto con Maheu y Rosselli y había dado el visto bueno al encargo. En esta etapa tan delicada de la explicación, no le parecía necesario poner al tanto de ese detalle a Bissell.

—Y este es el tipo que ha desaparecido sin más, ¿verdad, Sheff? —le preguntó Jim Flannery.

—Eso es lo que parece —admitió Edwards incómodo.

—¿Cree usted que fue Tom Jefferson quien asesinó a su esposa? —preguntó Bissell.

—Por lo visto, la policía de Miami no lo considera un asesinato —respondió Edwards— y el forense corrobora la teoría. El forense firmó una muerte accidental. Sin embargo, nuestros amigos del Servicio Técnico nos explicarán, sin duda, que hay maneras de hacerlo para no dejar ni rastro. Jefferson es un profesional. Yo diría que hay muchas posibilidades de que él fuera el responsable, señor, pero no se me

ocurre cómo; y Rosselli y sus amigos no sueltan prenda al respecto. De hecho, no están diciendo nada de nada. Tengo la sensación de que están un poco avergonzados por este giro de los acontecimientos. Están muy preocupados por cómo están quedando ante nuestros ojos. Y lo que es igual de importante, creo que están preocupados por cómo van a quedar ante sus colegas del hampa. Me refiero a que este tipo les ha limpiado cien mil dólares, que era lo que iban a pagarle por el asesinato. Bueno, parte.

—Digamos que, en efecto, la asesinó —sugirió Bissell—. ¿Lo hizo porque había oído la cinta y descubrió que otro se la estaba tirando, teniendo en cuenta que, además, ese otro era Kennedy, o la asesinó porque oyó la cinta y pensó que cabía la posibilidad de que fuera una agente rusa, que es lo mismo que hemos pensado nosotros?

—El trasfondo de ella parece sugerir esto último —señaló Bross—, porque permítanme que dude que haya muchas sindicalistas que deciden acabar de putas. Y, además, está lo de los británicos.

—Lo más probable es que fuera una combinación de ambas razones —opinó Barnes, que consideraba que conocía a las mujeres—. ¿Que tenía celos?, seguro, pero no creo que eso, por sí solo, fuera razón suficiente. Ahora bien, si pensó que era una espía, pues... —se encogió de hombros.

—Hay otra posibilidad, señor —dijo Edwards—. Supongamos que el propio Jefferson es un agente ruso. Puede que mientras estaba en el campo de prisioneros coreanos los comunistas le sorbieran el seso.

—Sí —comentó rápidamente Bross—, como *En busca del candidato de Manchuria*.

—Esa novela es buenísima —apuntó Bissell.

—Que convirtieran a uno de los nuestros en uno de los suyos —siguió diciendo Edwards—. No sería el primero. Lo tuvieron encerrado seis meses. He hablado con el Grupo de Inteligencia Militar 111 de Miami. Al parecer, Jefferson fue uno de los primeros prisioneros que liberaron. En cuestión de semanas se casó con Mary Swithenbank y la trajo a Estados Unidos. Puede que ella fuera su supervisora. Puede que fuera una durmiente; ya me entienden, para meterse de lleno en la maquinaria política.

—Desde luego, es complicado estar más metida que eso en lo que andaba con el presidente de Estados Unidos —observó Barnes.

—Mientras ella se acuesta con el senador del Partido Demócrata, recogiendo información aquí y allí —empezó a teorizar Edwards—, Tom Jefferson vuelve a dedicarse a lo suyo. Trabaja para nosotros y

para el programa anticomunista del FBI. Ahí tuvo que obtener mucha información, ¡y de la buena! Cabría la posibilidad de que las personas que mató para nosotros y para los federales fueran gente de la que los rusos también se quería librar.

—Podría ser —dijo Bissell—. ¿No era Carlos Armas el tipo que pusimos en el poder en Guatemala para reemplazar a aquel otro comunista, a Jacobo Árbenz?

—Sí, señor —respondió O'Connell—. El problema fue que Armas era una persona de considerable honradez. Quiso erradicar los casinos de Guatemala y encerrar a Ted Lewin, nuestro delegado. Por eso dejamos que la mafia lo asesinara y pusimos a otro que lo reemplazara, a Miguel Ydigoras Fuentes.

—Si me lo permiten. —Edwards quería seguir con su teoría—. Supongamos que, cuando los comunistas se apoderaron de Cuba y nosotros empezamos a planear la Operación PLUTO, los jefes de Tom Jefferson decidieron utilizarlo como si fuera otra baza con la que colarse en la oposición estadounidense a Castro. Tampoco sería el primero de esos que tenemos. Supongamos que oyó la cinta...

—Pero ¿por qué iba a ser Rosselli tan gilipollas como para dejar que la oyera? —se opuso Bissell.

—Quizá fuera un error. Quizá Rosselli no supiera que la que salía en la cinta era la esposa de Tom Jefferson, quizá pensara que era Marilyn Monroe. Quizá Rosselli no parase de fardar de que tenía algo que iba a hacer que la Casa Blanca comiera en la mano de la mafia... y alguien intercambiara las cintas. O, por alguna razón, no se podía oír la de Marilyn. Puede que Tom Jefferson oyera la cinta y se diera cuenta de que, antes o después, en la Fábrica de Pepinillos iban a oírla también y a preguntarse por qué a Mary Jefferson le gustaba más hablar de política que de pollas y coños. Imagínenselo. Se habría dado cuenta de inmediato de que había quedado comprometida y de que había que silenciarla antes de que hablásemos con ella y la interrogáramos.

—¿Y por qué no quedarse con la cinta? —preguntó Barnes.

—¿Porque sabía que no era más que una copia? Como la nuestra.

Se hizo un largo silencio.

—Sheff... todo eso es mucho suponer —comentó Bissell—. No estoy diciendo que no crea que algo hay... pero ¿tiene alguna prueba que respalde su teoría?

—Pues la verdad, señor, es que no tengo fotografías de reconocimiento aéreo de ningún U-2 hechas a setenta mil pies sobre

Miami, si es a eso a lo que se refiere —respondió irónicamente.

—*Touché* —dijo Bissell entre risas—. ¿Pero?

—Pero creo que tengo ciertas pruebas circunstanciales que apoyan lo que he dicho.

Sheffield Edwards hizo una pausa para encender un cigarrillo y saborear aquel momento. Resultaba placentero que la Fuente P fuera por detrás en algo como aquello y tenerla atenta a todas y cada una de sus palabras. Sabía los chistes que hacían las Fuentes P acerca de la Oficina de Seguridad en sus fiestas del Club de la Coartada y eso que decían de que no había en la Oficina de Seguridad nadie que fuera capaz de leer un informe en silencio sin mover los labios. Que lo pensaran si querían, pero, de momento, no había tenido que leer ningún informe para llamar su atención. Puede que en general no fuera sino una conjetura, pero las conjeturas eran las piedras angulares del contraespionaje.

—Vamos, Sheff. —Bissell se mostró impaciente—. Lo que quiero son hechos. —Estaba citando a Charles Dickens, aunque no creía que nadie fuera a darse cuenta—. No les enseñes a estos muchachos nada que no sean hechos. Los hechos son lo único que importa en la vida. No plantes nada más y arranca de raíz todo el resto.

—De acuerdo, señor. Apenas unos días después de aceptar el encargo del AMTHUG por parte de Giancana, Jefferson se reunió con varios miembros de un grupo WH/4 de Miami. Exiliados cubanos que eran parte de la gran Operación PLUTO. A uno de ellos, un tipo llamado Húber Lanz, lo asesinaron ese mismo día. Lo encontraron estrangulado con una cuerda de guitarra en un cine de Miami Beach. Lanz había trabajado para el G2 hasta que los cubanos se dieron cuenta de que estaba de nuestra parte e intentaron arrestarlo. Lanz escapó por los pelos. Yo diría que Jefferson lo reconoció y lo mató antes de que pudiera acordarse de quién era e informar a los demás miembros del grupo. Desde entonces, a otros dos miembros de dicho grupo los han arrestado en Cuba, pero nadie sabe quién los traicionó y puso sobre aviso al G2. Uno de ellos está muerto y al otro, una mujer estadounidense, Genevieve Suarez, la han condenado a diez años de cárcel hace unos días. ¿Qué tal voy?

Bissell asintió y reconoció:

—Yo diría que va usted bien, Sheff. Está claro que hay que hablar con el tal Tom Jefferson.

—La mafia tiene a alguien coordinando sus esfuerzos por dar con él —comentó Edwards—. Se trata de un policía de Miami que es

exagente del FBI. Un tal James Nimmo. Creo que tienen grandes expectativas en él.

—Y, si da con Jefferson, ¿cuáles son sus órdenes?

—A la mafia no le gusta que se rían de ella —explicó O'Connell—, no sería de extrañar que le hubieran ordenado que lo matara.

—Eso sería una pena —dijo Barnes—, porque seguro que Jefferson puede contarnos un montón de cosas.

—¿Alguna idea, Sheff?

Edwards miró con intención a O'Connell y soltó:

—¿Jim el Grande?

O'Connell se removió incómodo y la silla crujió. Se rumoreaba que el presupuesto que manejaba el departamento de Bissell rondaba los cien millones de dólares, así que parecía absurdo que no gastaran unos pocos cientos de dólares en renovar el mobiliario de oficina.

—Como es probable que sepa, señor —empezó a decir—, la Oficina de Seguridad cuenta con mucha gente que trabajó para Hoover.

—O que Hoover despidió —resopló Barnes.

O'Connell sonrió levemente.

—Yo mismo estuve en el FBI durante un tiempo. Resulta que el COINTELPRO de Miami lo dirige un viejo amigo mío, un agente de la División de Actividades Especiales llamado Alex Goldman. Goldman se ha valido de Jefferson para llevar a cabo algún que otro asesinato en el pasado. Estoy bastante seguro de que ni la mafia ni el tal James Nimmo al que tienen intentando dar con Jefferson saben nada ni del COINTELPRO ni de Goldman, así que he pensado que podría hablar con él para ver si tiene alguna idea mejor que Nimmo para descubrir dónde podría estar Jefferson. Puede que incluso para pedirle que fuera a por él. Eso nos permitiría tomar la delantera y hacer que cualquier búsqueda que iniciásemos fuera más o menos legítima.

—¿Que los federales nos hagan el trabajo sucio? —Bissell asintió —. Desde luego, evitaría que siguiéramos teniendo contratiempos. Me gusta cómo suena, Jim.

—Como es evidente, tendría que ofrecerle algo a cambio.

Un diligente John Bross le apuntó a Bissell:

—Señor, tenemos ciertas líneas activas en el banco de los camioneros de Miami, el Miami National. Podríamos utilizar alguna de ellas para compensarle.

—Goldman opera al borde de su jurisdicción, señor, y le gusta ser creativo con sus operaciones. Innovador. A mí se me había ocurrido que los del Servicio Técnico le regalaran algo por Navidad.

—¿Un juguete? —Bissell asintió—. Buena idea, Jim, pero que sea él quien lo pida. No le sugiera nada. Puede que quiera que Papá Noel le traiga algo electrónico. Si ha oído hablar de ello, es probable que no se trate de alguno de los objetos de plata de la familia.

O'Connell asintió y, después, se recostó en la silla pensando en qué podría llegar a pedir alguien tan bien informado como Alex Goldman. Se le vinieron a la cabeza algunos de los cacharros que ideaban los del Servicio Técnico: maquinitas para hacer escuchas, puros envenenados, pañuelos tratados con bacterias letales, como el que le habían enviado al coronel Mahdawi de Irak... pero que se había extraviado en el correo. Ahora que las opciones de asesinar a Castro con un francotirador habían desaparecido prácticamente por completo, lo más probable era que fuera el Servicio Técnico el que tuviera que ingeniárselas para dar con la manera de asesinar al objetivo del AMTHUG.

Barnes consultó su reloj.

—¡Navidad —murmuró— y yo sin comprar un puñetero regalo!

—Yo ya estoy cansado de la Navidad —comentó Bross.

—Te das cuenta de que es Navidad cuando empiezas a ver los huevos de Pascua en las tiendas —dijo Barnes entre risas.

Bissell resopló con fuerza y sonó como cuando arrastras una mesa pesada por un suelo de madera.

—A los tenderos —declaró con amargura— habría que colgarlos.

Un par de días después de Navidad, a Jim O'Connell lo recogió en el Aeropuerto de Miami Ted Shackley, el delegado de Miami que dirigía el programa local del JMARC. Bissell había telefoneado a Shackley desde Washington y le había pedido que pusiera a O'Connell en contacto con Alex Goldman.

—Va a ser fácil —comentó Shackley mientras llevaba a O'Connell en coche al edificio que el FBI tenía en Biscayne Boulevard—; aunque, últimamente, dar con Goldman está siendo un poco más difícil, pero es que creo que ha estado enfermo.

—Habla como si lo conociera —observó O'Connell.

Shackley se encogió de hombros.

—Lo suficiente como para saber que es él quien está detrás de la mayoría de las persecuciones a rojos y de los subterfugios de esta ciudad. Yo diría que fue él quien inventó el concepto de «agente provocador». Si fuera necesario, ese tipo utilizaría a su abuela para

dar por el culo a los comunistas. Si quiere un consejo, vaya con cuidado. Es mejor no confiar a pies juntillas en él. En cualquier caso, le está esperando. Si puedo ayudarle en algo más mientras esté usted en Miami, dígamelo. No me gustaría que los barones pensaran que aquí no sabemos atarnos los cordones de los zapatos.

El edificio del FBI estaba en la zona norte de la carretera elevada Julia Tuttle y el despacho de Goldman estaba en la cuarta planta. Desde allí se veía la Bahía Vizcaína, que estaba del mismo azul que el de la insignia de la CIA, pero, por lo demás, se trataba de una estancia sin nada que destacar, excepto por el escritorio, en el que había todo lo necesario para disfrutar del placer de fumar: varias pipas Kaywoodie de madera en un soporte de cuero flanqueado por una bitácora de latón en miniatura que contenía cigarrillos y un encendedor extraíble, y también un cenicero de cristal grande como el tapacubos de un coche. En las estanterías tan solo había dos libros —*Los intelectuales*, de George B. de Huszar, y *La esencia del comunismo*, de Harry y Bonaro Overstreet— y una cámara de cine Bolex Rex que costaba ochocientos dólares y que O'Connell, un cinematógrafo aficionado, codició de inmediato. La Bolex lo tenía todo: embobinado automático, un sistema de lentes triple con sus correspondientes visores telescópicos, un fotómetro incorporado y, lo mejor de todo, un fantástico zum Pan Cinor.

Goldman era más delgado de lo que O'Connell recordaba, lo que hizo que, a su vez, le pareciera más alto. Y esa voz robusta de Nueva Orleans, que siempre había hecho que pareciera Burl Ives interpretando a Big Daddy, se había reducido, como quien dice, a un susurro, como si la hubieran cocinado en una sartén. Goldman se estaba recuperando de una fuerte gripe, pero la historia que le había dado al FBI para justificar sus varias ausencias de la oficina no era tan prosaica.

—He tenido cólera —respondió para explicarse ante la atenta ronda de preguntas de O'Connell acerca de su salud, que llegó después de que se hubieran felicitado por la época del año en la que estaban—. No ha sido muy fuerte, pero, aun así, ha sido lo suficientemente malo. Lo cogí cuando estuve en Ciudad de México. Toda Centroamérica está igual. He tardado más de un mes en recuperarme. ¿Alguna vez has tenido el cólera, Jim el Grande?

O'Connell recordó una «dosis de turista» que le había pillado en Guatemala y que le había parecido lo bastante mala como para considerarlo una simple diarrea y respondió:

—Creo que no.

—Te aseguro que, si lo hubieras tenido, lo sabrías. Lo realmente jodido son los calambres en el estómago. Y que apestas. Hasta que no tienes el cólera no sabes lo mala compañía que puedes llegar a ser.

—Bueno, y, ¿cómo te encuentras?

—Supongo que no demasiado mal. Dime, ¿en qué puedo ayudar a la CIA?

—Tom y Mary Jefferson. Me pregunto si podrías contarnos algo de ellos.

—Ella está muerta, eso te lo aseguro.

—Sí, hasta ahí llegamos. Nos gustaría mucho hablar con él... y con cierta urgencia.

—Esto no es oficial, ¿verdad?

—¿Ofiqué? —O'Connell esbozó una sonrisita—. Eso, ¿qué coño es? Con ese comité de Eisenhower ansioso por mantener bajo control a la CIA, últimamente, en la Oficina de Seguridad no nos interesa tanto el papeleo —O'Connell miró las baldas vacías y sonrió con suficiencia— y veo que tienes la misma forma de pensar que nosotros.

Goldman encendió una pipa y dijo:

—Tenemos que guardarlo todo en la cabeza, ¿eh? Hay que joderse, pero es el único lugar seguro que conozco. —Soltó un nimbo de humo que recorrió el despacho y, con la pipa sujeta entre sus decolorados dientes, como Popeye, se recostó en la silla y miró al techo unos instantes. Entonces, dijo—: Allá por el 54, el FBI de Miami recibió una carta anónima, muy probablemente de uno de los vecinos de Jefferson, porque resultaba que la señora Jefferson era medio china y, por lo tanto, había posibilidades de que fuera comunista. Estoy casi seguro de que esto fue en enero de aquel año y que, desde luego, fue antes de que Joe McCarthy permitiera que Ed Murrow lo dejara como un idiota en televisión. Quizá fuera realmente un idiota, pero esa es otra historia. No estábamos ya por aquel entonces en lo más alto del miedo al rojo, pero la caza de brujas continuaba y aún quedaban personalidades que había que enviar a la hoguera. Yo diría que aún faltaban unos meses para que a Oppenheimer le quitaran su autorización de seguridad.

»La carta que recibimos aquí era la típica literatura de Salem. Ya sabes a qué me refiero: que si Mary Jefferson era atea, que si era una Demócrata apasionada, que si era inteligente, que si pensaba que la discriminación de la vivienda contra la gente de color habría que proscribirla, que decía que tenía que haber viviendas reguladas por el

estado, que vestía mucho de rojo. Supuse que habría habido una de esas mañanas en las que salían todas a tomar café en la que Mary Jefferson se habría atrevido a decir lo que pensaba y además, ¡oh, casualidad!, habría llevado un pañuelo rojo. Parece extraño, pero hasta hace unos pocos años, algunas de estas cosas eran suficientes para levantar sospechas entre los ciudadanos de a pie y esta oficina recibía cientos de cartas como esta que te digo acerca de Mary Jefferson. Yo diría que el propio Hoover escribió varias.

»En esa época, mi cometido consistía en comprobar este tipo de denuncias, así que fui a casa de los Jefferson y me reuní con ambos. Ella era preciosa, inteligente y puede que un tanto liberal, pero tenía de comunista lo que Harry Truman, Dean Acheson, tú o yo. Ahora me acuerdo. Un par de días después de que fuera a visitarlos recibimos otra carta de la misma fuente, en esta ocasión avisándonos de que un personaje con aspecto sospechoso que llevaba un sombrero negro había estado en casa de los Jefferson. En la carta nos proporcionaban la matrícula de este espía ruso... que resultó ser la de mi coche. Hubo mucha gente que lo consideró muy divertido, te lo aseguro.

»Por todo esto, mi primera inclinación fue la de cerrar el caso, pero decidí controlarla un poco. Lo hice por dos razones, ninguna de ellas relacionada con que la considerara una amenaza para la seguridad nacional. La primera, que la mujer era preciosa y pensé que, por mucho que estuviera casada, cabía la posibilidad de que le pusiera cachonda que yo fuera del FBI. Albergaba una leve esperanza. La segunda, que quería mantener el contacto con él. ¿Por qué?, porque para aquel entonces ya lo había investigado y estaba al día de su pasado en el ejército y de que parte de lo que había hecho allí era información reservada. A lo largo de los siguientes meses llegué a conocerlo bastante bien y descubrí que se trataba de un francotirador con numerosas condecoraciones. Manejaba mucho dinero y no tenía otra fuente de ingresos obvia aparte de una agencia de detectives privados que llevaba desde un apartado de correos aquí, en Miami, y que no parecía que tuviera clientes, así que empecé a preguntarme si trabajaría para la CIA.

»Corría 1956. El programa de contraespionaje del FBI, el COINTELPRO, acababa de arrancar y van y me piden que me encargue de él aquí, en Miami. Al principio todo consistía en incordiar a aquellos que se consideraban subversivos. Arruinar carreras profesionales, mandar a la quiebra los negocios, inventarse historias, manchar reputaciones, joderle la vida a la gente... Ya sabes, el trabajo

rutinario de Inteligencia. Pero, entonces, al año siguiente recibimos una directiva secreta que venía de la mismísima Constitution Avenue para que nos pusiéramos duros, por lo que empecé a buscar gente que me ayudase.

»A principios del 58 decidimos matar a Ernesto Pereira. Era un amigo comunista de Jacobo Árbenz, el presidente guatemalteco depuesto, que sospechábamos que estaba reuniendo fondos para deshacerse del sudaca de derechas que fuera que habíais puesto vosotros al mando. Tom Jefferson hizo el trabajo para nosotros aquí mismo, en Miami.

O'Connell asintió, pero no dijo nada de que la CIA hubiera empleado a Jefferson más o menos en las mismas fechas para asesinar a Carlos Armas, el coronel del ejército que se había hecho con el puesto de Árbenz. Aquel era el monólogo de Goldman.

—Al año siguiente asesinó a un hombre de negocios indonesio, un amigo de Sukarno, que estaba vendiendo drogas a cambio de armas en Cayo Hueso. Desde entonces ha hecho un par de trabajos más para mí, por no mencionar que se ha convertido en una excelente fuente de información. Conté con él en Ciudad de México en octubre, cuando nos cargamos a un ruso que se llamaba Pavel Zaitsev. Zaitsev trabajaba para la embajada rusa en Washington, que, como bien sabrás, considera Florida parte de su jurisdicción consular... y de espionaje. Zaitsev entraba y salía de Miami como un puto pelícano. Volaba mucho a Cuba, pero no pasaba nada, estábamos atentos a sus idas y venidas. Ahora bien, cuando empezó a reunirse con los izquierdistas chilenos del Frente de Acción Popular aquí, en Miami, y también en Ciudad de México, decidimos deshacernos de él de forma permanente. Fue Tom el que se encargó de ello. Es un buen hombre.

»Fue entonces cuando me puse malo y, poco después, me enteré de que Mary había muerto y de que Tom había desaparecido. No era la primera vez, así que di por hecho que volvería cuando lo hubiera superado... pero resulta que tú has aparecido primero y, ahora que la Oficina de Seguridad de la CIA ha venido a verme, no tengo tan claro que vaya a volver. Bueno, Jim, mis cartas están sobre la mesa, así que creo que va siendo hora de que me enseñes las tuyas. ¿Qué está pasando?

O'Connell se encogió de hombros.

—Creemos que existe la posibilidad de que ambos trabajasen para los comunistas.

—¿Qué? Menuda chorrada. Yo mismo los investigué. Vale que a

ella nunca le cayera muy bien, pero me como el sombrero si era comunista. Y algunas de las personas que ha matado él... eran comunistas. ¿Cómo se entiende eso?

—Estuvo en un campo de prisioneros coreano. Creemos que existe la posibilidad de que lo hicieran de los suyos mientras estaba allí. Y ambos sabemos que matar a otros comunistas nunca ha sido un problema para los rusos; mira en Hungría. Además, recientemente ha habido una serie de traiciones en nuestra organización anticastrista local, unos agentes cubanos que han detenido en La Habana, y tiene toda la pinta de que fue Tom Jefferson quien los traicionó. Puede que sea del G2... puede que del KGB... No estamos seguros. Por eso queremos dar con él, para mantener una conversación.

—Bueno, sí, es medio cubano —admitió Goldman.

—Sí, pero ¿de cuál de las dos Cubas?

Goldman resopló por lo bajo y comentó con cierta retranca:

—¿Eso es todo lo que tenéis?

—¿Acaso no es suficiente?

—Como ya te he dicho, Tom era muy buen informante. Me contó lo del asesinato de Castro que habíais planeado con Rosselli.

—¿Te contó eso? ¿Y crees que se lo contaría a alguien más?

—Vamos, Jim, no me estás dando gran cosa. Si quieres que te ayude, vas a tener que darme algo más que «quizás» y «puedes».

—Vale: la mafia ha puesto a un tipo a seguir a Tom Jefferson. Es un policía local que se llama James Nimmo.

—¿El ayudante del superintendente de la policía?

—¿Lo conoces?

—No en persona, pero he oído hablar de él. Fue de los federales, ¿verdad? Como tú.

—No, como yo no. Él estuvo en la División de Actividades Especiales de Nueva York durante un tiempo. Fue un agente de la hostia hasta aquel día en que se emborrachó y pegó a no sé quién. Durante la guerra organizó una operación con Lansky y con Luciano, que es de donde viene esta conexión. Aunque es probable que hubiera estado conectado con ellos desde siempre. La mafia está poniendo a su alcance todos los medios con los que cuenta para que dé con Jefferson y, cuando lo encuentre, dudo mucho que la idea sea invitarle a comer. Rosselli y compañía se han tomado esto como algo muy personal. De hecho, querían arreglar el problema antes de que nos enteráramos de que existía un problema. Por no mencionar que tu amigo ha desaparecido con cien mil de sus dólares. Así que, ahora que nos

hemos enterado, queremos dar con Jefferson antes que Nimmo. Puede que incluso utilizarlo nosotros. Ponerlo de nuestro lado.

—¿Y por qué no habláis con Johnny Rosselli y le pedís que ate al perro?

—No tiene sentido si ya ha captado el rastro de Jefferson. Está claro que no es fácil dar con él, así que cabe la posibilidad de que Nimmo sea la mejor oportunidad que tengamos nosotros también de localizarlo. A menos que tengas tú alguna idea brillante, que es por lo que estoy aquí realmente.

Goldman inspeccionó su pipa y se acercó a la ventana.

—¿Dónde está Nimmo ahora?

—Eso es de lo poco que sabemos. Hace un mes dijo en el despacho que necesitaba tomarse un permiso personal. Luego, unos diez días antes de Navidad, les dijo que tenía que ir a Nueva York y que, en caso de que tuvieran que ponerse en contacto con él, lo encontrarían en el hotel Shelburne.

Goldman se volvió y se sentó en el alféizar.

—Yo diría que sí que ha captado el rastro. Tom acostumbra a ir mucho a Nueva York. Allí tiene un piso franco —Goldman suspiró mientras intentaba recordar—, aunque no tengo claro dónde. ¿Era en el Upper West Side o en el Upper East Side? Tengo el cerebro hecho mierda desde lo del cólera, pero me acordaré. En cuanto lo recuerde, te llamo.

—¿Crees que sigue confiando en ti?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—En ese caso, habíamos pensado que quizá seas tú quien debiera traérnoslo.

—¿Yo? ¿A vosotros? —Goldman se echó a reír, volvió a su escritorio y volcó el contenido de la pipa en el cenicero de cristal, que, por unos instantes, vibró como una campana—. Oye, que acabo de volver. Hasta hace unos días, lo que entraba por mi boca salía inmediatamente por mi ano... ¿y queréis que vaya a Nueva York para que dé con Jefferson antes que Nimmo?

—Si es allí donde está.

—Yo diría que sí, porque a Tom siempre le ha gustado Nueva York.

—Pues lo antes posible.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Me parece que no entiendo tu pregunta, Alex.

—Has dicho que la mafia está utilizando todos los recursos a su alcance. Ahora vosotros también queréis dar con él. Que si tiene cien

de los grandes. Que si os ha jodido el plan de matar a Castro. ¿Me lo estás contando todo?

—A menos que esté planeando matar a Papá Noel, te lo estoy contando todo. Y si queremos que lo hagas cuanto antes es porque no nos gusta que haya espías rusos de un lado para el otro del país, puede que descubriendo aquello que no deberían. Y yo diría que Rosselli se siente igual. Puede que pertenezca al crimen organizado, pero el tipo es un patriota.

—¿Con qué condiciones?

—Los gastos que tengas.

—Ya...

—Firmados sin escrutinio.

Goldman puso cara rara.

—¿Por sacaros las castañas del fuego? Eso sería lo mínimo.

—Era tu agente, Alex, pensaba que estarías contento de poder evitar que esto te salpicase.

—Sí, puede que esto pinte feo, pero puedo encargarme perfectamente de ello. Si su coartada incluye matar comunistas de mierda, yo diría que mucho no me voy a manchar, Jim.

—Vale —O'Connell encogió los hombros—, ¿qué pides?

Goldman sonrió.

—Ahora empezamos a entendernos. Mira, esta es una ciudad la hostia de rara. Tenemos todo tipo de escoria cubana, comunistas, chalados, negros, putos homosexuales... ¡joder, Jim, que la ciudad está llena de maricones!... y también tenemos radicales. ¡Aquí hay de todo! Se supone que tengo que joderles cuanto pueda, pero, como quien dice, lo único con lo que cuento es mi imaginación, y últimamente la noto un tanto cansada. Necesito nuevas formas de provocar a estas nenazas. Porque hay que animarlos un poco antes de que puedas ir a por ellos. Sus actitudes violentas, irracionales, incómodas... esa locura suya... hay que mejorarla un poco para tomar las acciones adecuadas contra ellos. Bueno, la cuestión es que he oído el rumor ese de que uno de los científicos locos que trabaja para vosotros en la División Química del Servicio Técnico ha dado con una droga para controlar la mente. No sé cómo se llama; algo he oído de «MKULTRA», pero nada más. Se me ocurre que me podrías conseguir un poco. La verdad es que sería todo un cambio frente a las cartas anónimas y a las grabaciones telefónicas.

—Esa mierda puede volverte loco —objetó O'Connell.

—En ese caso, parece justo el tipo de zumo que he estado

buscando. Algo que vuelva radicales a los radicales, que agite a los agitadores. Algo que los lleve a hacer eso que me sirva para meterlos en la cárcel, que es donde deberían estar todos.

—Tendré que hablarlo con Bissell, que también está interesado en eso del MKULTRA. Le pone cachondo todo lo científico y lo tecnológico, y, ahora que Jefferson nos la ha jugado con lo del asesinato de Castro, a Bissell se le han ocurrido todo tipo de ideas raras para encargarse del Gran Barbudo sin correr riesgos. El MKULTRA es una de ellas. —O'Connell se encogió de hombros—. Pero, bueno, no veo por qué no. De hecho, podría venirte muy bien... siempre que vayas a Nueva York. Uno de los sitios en los que lo están probando es en un burdel de Greenwich Village. Las prostitutas se lo proporcionan a sus clientes y los nuestros filman los resultados a través de un espejo polarizado. Me han contado que las películas que obtienen ¡son la leche!

Goldman asintió.

—Y una cosita más. Supongamos que doy con Tom Jefferson y supongamos que le persuado para que hable con vosotros. ¿Qué pasa luego?

—Nuestra delegación de Nueva York te proporcionará todo el apoyo que necesites, Alex.

—¿Y qué pasa con Nimmo? Imagina que no le hace ninguna gracia que lo saquen de la partida. Lo más probable es que Rosselli le haya ofrecido un buen dinero. No creo que vaya a apartarse sin más.

—Si se interpone en tu camino, encárgate de él. Sé discreto, pero toma una decisión ejecutiva.

—Es poli, Jim.

—Es un poli corrupto. Si es necesario, la delegación de Nueva York te ayudará a encargarte de la situación.

Goldman asintió y añadió:

—Año Nuevo en Nueva York, ¿eh? Seguro que será mejor que haber pasado Nochebuena sentado en un inodoro.

22

TRAS LA PISTA DE LOS ASESINOS

En cuanto Jim O'Connell, de la División de Seguridad de la CIA, dejó el cuartel general del FBI en Miami, Alex Goldman fue a casa y llamó a Tom Jefferson, que estaba en Cambridge. Le contó lo de que Giancana y Rosselli habían contratado a un poli de Miami que había sido agente del FBI para que diera con él y lo matara, y que la CIA ya se había dado cuenta de cuál había sido el propósito de Mary Jefferson al acostarse con Jack Kennedy.

—No tengo claro que sepan cuántas veces se lo folló, pero, como está muerta, están ansiosos por hablar contigo, paladín. Porque la cuestión es que todavía no saben una mierda. Creen que yo podría ser capaz de ayudarles a dar contigo antes de que Nimmo lo haga en nombre de la mafia debido a que has trabajado para mí en lo del COINTELPRO. Quieren que te entregue a la CIA. Como Nimmo está en Nueva York, yo diría que cabe la posibilidad de que el tipo te esté siguiendo el rastro.

—¿Qué rastro? Soy muy cuidadoso. Es imposible que me haya seguido hasta aquí.

—Sí, ya, pero algo sabe. A la mafia se le da muy bien dar con la gente. Voy a volar a Nueva York esta misma noche para ver si soy capaz de descubrir cuánto es lo que sabe. La buena noticia es que, al parecer, a la CIA le da igual retirar a Nimmo del tablero para siempre. No quieren que te pase nada. Resulta reconfortante, ¿no? Pues eso, que voy a intentar descubrir qué sabe, si es que sabe algo, y, después, lo mataré.

—Si lo haces, ¿no llegará la CIA a la conclusión de que conoces la manera de dar conmigo?

—No tiene por qué. Creo que voy a decirles que di con él y que me dijo que ya estabas muerto. Que te había matado. Al fin y al cabo, eso es lo que se supone que tiene que hacer. Giancana está cabreado contigo porque te quedaste su dinero, así, sin más. Y Rosselli. Están cabreados y, además, los has avergonzado. No quieren que nada les

estropee su idilio con la CIA, porque la CIA les quita al FBI de encima. Al FBI y a McClellan. O, al menos, eso es lo que piensan. Además, no es que vaya a pegarle un tiro en la nuca; no voy a ser tan evidente. Lo de los tiros te lo dejo a ti, paladín. No, el señor Nimmo va a tener un accidente. Le diré a O'Connell que había quedado con él, pero que no apareció. Tal y como lo voy a organizar, va a parecer que la mafia lo ha asesinado porque se estaba mostrando avaricioso. Porque quería mucha pasta para no contar lo de Castro y todo eso. Están paranoicos con el tema, te lo aseguro.

»Así que, paladín, tú relájate y déjaselo todo al tío Alex. Deja que haga mi parte. En realidad, si el tal Nimmo fuera tan bueno, estaría en Boston, ¿no? En cualquier caso, nada de esto importará después del 9 de enero. Tú ya no estarás en el país y podrás empezar a gastar ese dinerito que has estado ahorrando. La gente como Giancana, Rosselli, Nimmo, O'Connell, Kennedy... no serán más que un recuerdo negativo para ti. Te has ganado esas vacaciones. Y mucho más dinero, claro. Tú y yo, claro. Así que tranquilo. Nos vemos el 5 de enero, ¿vale?

—Vale. Y, oye, feliz año nuevo.

23

NOCTURNO

Después de pasar el día de Navidad solo en el Shelburne, a Nimmo empezaba a resultarle opresiva la falta de éxito. Giancana no dejaba de llamarle para recordarle lo que ya sabía, que la llegada de Kennedy a Nueva York era inminente. Gran parte del tiempo que pasaba fuera del hotel era para evitar tener que decirle a Giancana que no había avances. Era el momento de enseñar su mano.

En Lenox Lanes le tendió la fotografía de Tom Jefferson a Quinton Hindrew y le dijo que era un detective privado que trabajaba para una firma de abogados de Miami que estaban buscándole porque había recibido una herencia sustanciosa. Pero ni siquiera con aquel billete de dólar extra en su grasiento bolsillo hizo Hindrew nada más que negar con la cabeza y jurar rotundamente que no había visto en la vida al tipo de la foto. Y, claro, aquello fue suficiente para que Nimmo considerase que estaba mintiendo. Probó lo mismo con Joie Dee, pero con un billete de diez dólares, que se suponía que también era para muchas otras cosas. Joie comentó que Jefferson tenía una cara interesante porque era completamente simétrica, como una de esas manchas de tinta del test de Rorschach, y que no le recordaba ni a nada ni a nadie, pero que, si veía a alguien que se pareciera a él —¿de cuánto era la herencia?—, puede que se lo dijera a Nimmo, y que, agradecido, Jefferson se casara con ella, porque a ella le encantaría tener un marido rico. Luego, se echó a reír.

Nueva York era una ciudad muy diferente por la noche, pero, por grandes que fueran los prejuicios populares, era más fácil hablar con desconocidos por la noche que por el día. La gente tenía más tiempo. El dueño de la charcutería que abría veinticuatro horas al día dejaba de limpiar sus neveras para hablar del gabinete que estaba formando Kennedy. ¿De verdad estaba preparado Bobby para ser fiscal general? El panadero, que también abría veinticuatro horas, dejaba la bandeja de bagels recién hechos y te explicaba cuál era la razón por la que Penn State había derrotado a Oregón tan abrumadoramente en la

Liberty Bowl: Dick Hoak. Porque Hoak era y sería mejor mariscal de campo que Dave Grosz. Incluso un poli, que, irritado y girando su porra como si se tratase del bastón de un director de banda, podía decirte por el día que te apartaras, recorrería una manzana contigo por la noche para enseñarte dónde estaba la parada del IRT de la calle Sesenta y seis o, sencillamente, para darle al pico: Broadway ya no es la meca del teatro, sino del cine.

Nimmo hablaba con todos. Sabía que corría el riesgo de que al invisible oído de Tom Jefferson llegase el rumor de que lo andaba buscando y que eso lo asustara e hiciera que se escondiese, pero estaba desesperado. Giancana tenía razón, no quedaba mucho tiempo. Kennedy volaría a Nueva York el 2 de enero. De hecho, Nimmo estaba tan desesperado que se planteaba volver a Lenox Lanes y sacarle a golpes la información a Quinton Hindrew. La que fuera. Además, no creía que el hecho de que Jefferson decidiera esconderse fuera a marcar la diferencia. Era imposible estar más escondido de lo que ya estaba.

Era un riesgo que tenía que correr y que, por suerte para Quinton Hindrew, de repente, pareció que había merecido la pena correr. Un taxista que había fuera del Prelude reconoció a Jefferson de la fotografía que le enseñó Nimmo y aseguró que, justo antes de Navidad, lo había llevado de la barbería Reid's, en Lenox, a una tienda de electrónica de Broadway. En Broadway Radio, cerca de la calle Setenta y siete, el señor Lewis miró la fotografía de Jefferson y le dijo que, desde luego, alguien que se parecía mucho a aquel tipo había ido el día antes de Navidad y había comprado una radio.

—Pero no cualquier radio —empezó a explicarle el señor Lewis—, una Hallicrafter, que es, probablemente, el mejor receptor de onda corta que hay en el mercado. Tiene una banda de frecuencias que va desde la 15.50 kc a la 34 mc. Con esa amplitud puedes cotillear lo que se te antoje. Y una sofisticación así no es barata. El precio de venta al público es de ciento setenta y cinco dólares, pero yo puedo dejársela por ciento sesenta. —Al ver la incredulidad de Nimmo ante el hecho de que alguien estuviera dispuesto a pagar tantísimo dinero por una radio, el señor Lewis añadió—. Por veinticinco centavos puedo venderle un disco en el que se aprecia lo buena que es la radio.

Nimmo cogió el disco y miró la carátula de *El maravilloso mundo de la onda corta*, que estaba narrado por Alex Dreier, el de *Man on the Go*. El comentarista de radio y televisión decía: «¡Escuche estas grabaciones auténticas de acontecimientos impresionantes! ¡La voz del

presidente desde el espacio exterior! ¡La captura real de un criminal desesperado! ¡Un aficionado a la radio en Little America! ¡Barcos en el mar! ¡Una aeronave en acción!». Nimmo le entregó el cuarto de dólar, aunque, con solo leer la carátula, ya sabía por qué alguien iba a comprar una radio así. En cualquier caso, le pareció que la información que acababa de conseguir valía, por lo menos, esos veinticinco centavos. Sonrió. Parecía que estaba cambiando su suerte.

—El tipo tenía pasta. Dinero en efectivo.

—¿Le comentó para qué la compraba?

—Dijo que se estaba haciendo un regalo de Navidad, porque sabía que su esposa le iba a regalar calcetines y pañuelos.

—A mí me gusta que me regalen calcetines y pañuelos —confesó Nimmo, que sabía que no le iban a regalar nada, excepto, quizá, una llamada telefónica y puede que una postal por parte de su hija; y, muy probablemente, solo porque le había enviado un oso de peluche de FAO Schwarz a su nieto.

—En cualquier caso, le comenté que había tenido que portarse bien este año si Papá Noel le regalaba una Hallicrafter y él se rio y me dijo que, en efecto, había sido un chico muy bueno. Si usted me lo pregunta, señor, yo diría que no necesita ninguna herencia. Pagó en metálico. Billetes nuevos que sacó de un fajo tan gordo que parecía un libro de bolsillo.

—Ya sabe lo que se dice —dijo Nimmo después de darle las gracias al hombre por su ayuda—: a aquellos que tienen, más se les dará.

Nimmo también tenía algo ahora, algo casi tan bueno como calcetines y pañuelos: la certeza de que no estaba perdiendo el tiempo en Nueva York. Tom Jefferson estaba allí. Quizá, después de todo, fuera en Nueva York donde tenía planeado atentar. No era mucho, pero ahora que le habían dado esto, enseguida le dieron más. Puede que fuera el buen humor del que le había puesto aquel cambio, pero esa noche acabó en Chez Joie gastando aún más de lo habitual y, al ver tal muestra de largueza, Joie Dee se sintió inclinada a responder de igual manera.

—Déjame ver otra vez la fotografía —le dijo. Joie llevaba un cautivador vestido de red con algunas lentejuelas que no servían sino para asegurarse de que no te perdías los puntos más destacados de su voluptuosa figura. Nimmo se la entregó y dejó que la mujer representara un teatrillo para hacerle ver que ahora sí recordaba la cara, aunque era evidente que había sabido de quién se trataba desde el principio—. Oye... pues, ahora que la veo de nuevo, creo que sí que

me acuerdo de este tipo. Yo diría que, dos o tres veces al año, viene regularmente durante una semana o diez días. Luego, desaparece de nuevo. Me dijo que era una especie de vendedor, pero no parece de esos que van vendiéndote cepillos puerta por puerta, ni de los que se sientan a un escritorio a leer memorandos. Y no se apellida Jefferson, sino Van Buren. Martin Van Buren.

—¿Van Buren? —Nimmo frunció el ceño—. ¿Estás segura?

—Conozco bien a los presidentes de Estados Unidos. Mira, la gente que viene aquí se inventa todo tipo de nombres y dice que trabaja en esto o en aquello. Actores, doctores, productores de cine... De eso es de lo que más hay. Incluso vienen algunos que dicen que son detectives privados. Bueno, la cuestión es que Marty era callado, educado y generoso con su dinero, que es como a mí me gustan los hombres. No hablaba mucho. Había una chica que parecía su preferida: Summer McAllum. Summer era realmente guapa. A él le gustaba estar de fiesta con ella, y solo con ella. A muchos de los que venían aquí les pasaba lo mismo con Summer.

—¿Por qué hablas en pasado?

—Tuve que echarla a patadas. Primero fue una cosa... luego otra... Puede que por eso Marty no haya vuelto. ¡Y es una pena, porque era muy buen cliente! Si quisiera dar con él, sería con Summer con quien iría a hablar.

—¿Y sabes dónde puedo dar con ella?

—Alguien me dijo... alguien en quien considero que se puede confiar... que ahora trabaja por la zona sur del centro, en el Britania Café, que, si no me equivoco, está en la Octava Avenida con la calle Veintiocho. Es bailarina del vientre, no sé si me entiendes.

—Sí, sé a qué te refieres, pero ¿en qué la diferencia eso de lo que sucede aquí en el piso de arriba?

—Yo empleo camareras y azafatas, no rameras. Lo único que yo hago es pagarles para que hablen poco y lleven aún menos ropa. Si quieren irse de fiesta con un cliente, eso ya es cosa de ellas, yo ni pincho ni corto. El dinero es para ellas. La gente espera algo más de una chica en la Octava Avenida. Un veinte por ciento más.

Nimmo consultó su reloj y vio que hacía un buen rato que habían dado las doce.

—La mayoría de estos sitios estamos abiertos hasta las cuatro de la mañana —comentó Joie—. Dile que le envío saludos y que puede volver cuando quiera siempre que se haya reformado.

—¿A qué te refieres con eso?

—A esa reforma que ya no necesita una cucharilla en la mesa y una corbata alrededor del brazo. Aunque tú no te vas a dar cuenta. Summer parece la típica chica estadounidense, con las mejillas altas y rosadas, y con todo lo demás. Todo. A Summer no le falta de nada. Metro ochenta, pelirroja, con los ojos verdes del color de las esmeraldas, la piel de porcelana y curvas más impresionantes que las del Taj Mahal. Y siempre lleva guantes largos de color negro y fuma con una boquilla larga. Si todo esto te suena a la Ernie Kovacs del programa *Take a Good Look*, es porque vas a tener que andar con cuidado con las preguntas en la Octava. Ahora bien, no creo que pase nada porque preguntes por Summer. Con el frío que ha estado haciendo, la mayoría de los hombres lo hace.

Durante unas manzanas, hasta llegar a la Octava Avenida, Nimmo estuvo pensando que, antes o después, se iba a encontrar con Isabel Bigley, que hacía de sargento del Ejército de Salvación en *Guys and Dolls*. Aquel era un vecindario que pedía redención a gritos, pero había tanto ruido que era imposible que nadie se diera cuenta. La mayoría de los hombres que allí había —muchos eran marineros que iban a pasar en Nueva York unas pocas noches en las que aspiraban a beber mucha cerveza— tenían muñecas en la cabeza, aunque la suerte no tenía nada que ver con el tipo de mujeres que esperaban encontrar en la Octava. Y si alguna de aquellas chicas creía en Dios, se debía, únicamente, a que estaba impreso en un billete.

Las guías de viaje que se atrevían a mencionar a las chicas de la Octava se referían a ellas como «bailarinas del vientre». Y no era un mal eufemismo para referirse a lo que allí pasaba. En ciudades más orientadas a los automóviles, como era el caso de Dallas o de Los Ángeles, chicas con el corazón de oro conducían coches y eran conocidas, menos románticamente, como «chicas mecanizadas». Pero, al igual que casi todo el mundo en la ciudad de Nueva York, las fulanas de la Octava Avenida caminaban o, para ser más precisos, se contoneaban de una manera sinuosa, ostentosa, flexible, como en esa falaz épica bíblica en la que hablan de siete velos y una cabeza cortada. De ahí la referencia a Terpsícore. Muchos de los establecimientos que tanto ellas como su clientela frecuentaban —el Alí-Baba, el Las Mil y una Noches, el Jardines Egipcios, el Palacio Griego, el Estambul o el Puerto Said— querían hacer ver que tenían cierta relación con Oriente Medio, pero, en realidad, allí había muchas más bailarinas del vientre que shish kebabs y baklava.

Como no vio a ninguna pelirroja espectacular en el Britania,

Nimmo preguntó aquí y allí y lo enviaron a una heladería llamada Dial-a-Doll que estaba en la calle Nueve con la Veintinueve y cuya particularidad era que una red de teléfonos conectaba todas las mesas y, por lo tanto, a todos los muchachos con las muñecas. A Nimmo volvió a quedarle claro que su suerte estaba cambiando. En la parte de atrás de la heladería había sentada una joven ninfa que respondía a la descripción de Summer McAllum. La joven llevaba un vestido bombacho de color negro con flores de seda de color coñac y los guantes negros y largos de los que le habían hablado y que Nimmo consideró que, muy probablemente, se pusiera para esconder las marcas de agujas que tenía en los brazos. A pesar de su evidente atractivo, Summer tenía aspecto de cansada, como si el verano se estuviera acabando y el otoño estuviera a la vuelta de la esquina.

Nimmo se sentó a una mesa, pidió un café y una copa helada y, a continuación, llamó a Summer por teléfono. Segundos después la tenía sentada enfrente, con su pulida sonrisa y sujetando la boquilla del cigarrillo con tal sofisticación que uno podría haber creído que había terminado sus estudios en Suiza en vez de en Hoboken. Eran, le explicó entrecortadamente la mujer, diez dólares la hora o veinticinco por toda la noche, cantidad que Nimmo pagó pensando que la joven se relajaría más fácilmente si daba por hecho que ya había ganado lo de toda la noche y que, si estaba relajada, le resultaría más fácil hablar. Además, ahora que la había visto, ansiaba mantener relaciones sexuales con ella.

Cogieron un taxi y ella le dijo al taxista que los llevara al Village, en la esquina de Bleecker con Cornelia. El taxi los dejó cerca de una panadería que abría las veinticuatro horas del día —Hermanos Zampieri—. La puerta principal estaba cerrada, pero Summer llamó a la lateral y, después de decir algo en italiano, abrieron y le entregaron una bolsa de bollitos recién hechos a cambio de diez centavos.

—El desayuno —le explicó mientras lo llevaba hasta las escaleras de un edificio de arenisca roja de estilo federal.

—Parece un barrio agradable —dijo por decir Nimmo, que estaba nervioso.

—Por lo que a mí respecta, es el mar de los Sargazos —comentó ella mientras abría la puerta principal y lo llevaba por un pasillo mal iluminado que crujía aquí y allí y que parecía el pasillo de un clíper que transportase té—. Puede que parezca que está muy vivo, pero no es así. Esto es un desierto biológico y yo... yo no soy más que otro barco abandonado, a la deriva, atrapado por las malas hierbas

flotantes.

—Qué imagen tan bonita —dijo Nimmo mientras seguía la forma de yugo de Summer por el pasillo.

—Por aquí —le comentó con una sonrisa irónica—, «bonita» no es sino el nombre de uno de los cañones de Oregón.

La casa era un estudio, uno de esos pequeños apartamentos que habían sacado a partir del vestíbulo de aquel tipo de edificios, con una cama abatible Murphy, un cuarto de baño tan pequeño como una cubitera y una cocinita del tamaño y del color de un aguacate. Ahora bien, estaba limpio y resultaba confortable, y tenía dos ventanas de dos metros y medio de altura que daban al jardín que había detrás, una televisión y muchos libros. Cuando Summer se quitó los guantes, Nimmo vio las tiritas de los brazos y, como ella se fijó en que él se fijaba, se justificó diciendo que el gato la había arañado.

—¿Tienes gato?

—No creo que vayas a verlo —respondió ella al tiempo que miraba por la ventana y corría las cortinas—. Va y viene, que es lo mismo que hacen todos los hombres que traigo aquí.

A Nimmo le pareció que había un tinte de amargura en todo lo que decía la mujer, si bien no dejaba de sonreír mientras lo decía.

—Lo siento —dijo Nimmo.

—No te preocupes —le respondió ella mientras bajaba la Murphy —, así son las leyes de la física. Como la gravedad o la velocidad de la luz. Las cosas son como son. No hay otra manera de plantearse la vida. —Hizo una pausa—. ¿Quieres algo? ¿Algo de beber? ¿Dexamyl? — Nimmo negó con la cabeza—. Te ayuda a seguir. Ya sabes, para sacarle más rendimiento a tu dinero.

Nimmo siguió negando.

—Me arriesgaré.

Summer se quitó el vestido y, con cuidado, lo puso en una percha y lo guardó en un armario lleno de ropa. En cuestión de uno o dos segundos estaba desnuda y de pie lo bastante cerca de él como para que pudiera acariciar aquel buen culo como acariciarías los cuartos traseros de un magnífico caballo.

—Eres preciosa, eso está más claro que el agua.

—¿Cómo dices? —preguntó ella mientras se tapaba la vulva con la mano—. ¿Te refieres a esto? Pues... muchas gracias.

—Y tu nombre. Summer. Es un nombre precioso. ¿Cómo se te ocurrió?

—Como a la mayoría de las personas: tuve padres. Sin embargo,

llamarse Summer puede resultar cansado en invierno. Como en esa película de Laurel y Hardy. Ya sabes, esa en la que están tocando «The Good Old Summertime» con el contrabajo y el armonio en la nieve.

Nimmo sonrió y dijo:

—*Bajo cero*. Es muy buena. ¿Te gustan Laurel y Hardy?

—¿Dos hombres compartiendo una cama? ¡Claro! Por aquí es de lo más normal.

Nimmo puso su cara en el vientre de ella y comentó:

—Me resultaría imposible amar a alguien al que no le gustaran.

—Pues, dadas las circunstancias, yo diría que has tenido suerte, ¿no?

Cuando acabaron, no mucho después de que hubieran empezado, y estaban tumbados el uno junto al otro, ella le preguntó:

—¿Lo has disfrutado?

—Muchísimo. Gracias.

—Tú avísame cuando quieras volver a hacerlo.

—Debes de haberme confundido con un jovencito. Me gusta pensar que soy más como una obra de teatro que como una película: me temo que solo hago un pase por noche.

—¿Ni siquiera uno matinal?

—Ni siquiera un ensayo.

—Mira que te he dicho que tomaras el Dexamyl.

—Aunque sí que hay una cosa que podrías hacer por mí —le dijo él tanteándola—. Te llevarías otros veinticinco.

Summer levantó la cabeza del pecho de él, que no se había quitado la camiseta interior sin mangas.

—Mire, señor mío, conmigo solo es sexo. Nada de látigos, ni de cadenas, ni de enemas.

—Tranquila, que no voy por ahí.

—Entonces, ¿por dónde vas?

—Querría algo de información.

—¿Eres poli?

—¡No me jodas! Soy detective privado. Estoy intentando dar con un tipo.

—Pues, si tú eres detective privado, yo tengo que ser Nora Charles.

—Desde luego, serías una malísima Asta.

—Veinticinco, ¿eh? ¿De quién se trata?

—De Martin Van Buren.

—¿Marty? Hace tiempo que no le veo. ¿Está metido en algún lío?

—No, sus padres han muerto en un accidente de automóvil y le

han dejado un dinero.

—¡Vaya, pero qué suerte tienen algunos! —Summer se incorporó y encendió un cigarrillo—. Seguro que tú te llevas un porcentaje, ¿no? Como si fuera una tasa de recuperación. A ver, dime, ¿qué quieres saber?

—Todo lo que tú sepas.

—¿Por cinco billetes? ¿Es que no te has enterado? El coste de la vida ha subido muchísimo.

—Si incluyeras una dirección estoy seguro de que te caería algo más.

—No tengo claro que sea capaz de escribirte una dirección en un sobre, con su código postal y todo, pero, por cincuenta dólares, podría hacer lo siguiente mejor: llevarte allí. Aunque, habitualmente, Marty venía aquí, hubo una vez en que me llevó a su apartamento.

—¿Cuándo?

Summer se encogió de hombros.

—En verano, pero no te puedo especificar más. Tengo la sensación de que haya pasado muchísimo tiempo.

—¿Dónde?

—En Riverside Drive.

—Mucho no me estás diciendo. ¿Recuerdas la calle con la que se cruza o es que vas a seguir algunas huellas?

Pero Nimmo lo dijo sonriendo. Sentía el pecho hinchado de la emoción, igual que cuando Summer le había cogido el dedo y se lo había metido. Resultaba que aquella fulana callejera que no parecía que tuviera un pelo de tonta sabía dónde vivía Tom Jefferson. Empezaba a parecerle que el Año Nuevo iba a ser mucho mejor que Navidad.

—Estaba cerca del viaducto de la calle Noventa y seis. Yo diría que sería capaz de reconocer el edificio si lo viera. —Acabó el cigarrillo y lo apagó en un pequeño cenicero de cristal—. Bueno, ¿qué? ¿Hay trato?

—Hay trato. Te daré cincuenta además de los veinticinco que ya te he dado. La mitad por adelantado. El resto cuando me lleves hasta el edificio. Setenta y cinco dólares en total.

—Pero ¿tienes esos cincuenta?

Nimmo le dio otros cinco billetes del fajo que llevaba.

—Estupendo —dijo ella mientras le levantaba la camiseta y empezaba a darle besos en el pecho, en el estómago y, finalmente, en el pene. La joven levantó la cabeza y le preguntó—: ¿Te apetece que

lo convirtamos en cien?

Riverside Drive, con sus aceras arboladas, era una de las calles más encantadoras y largas de la ciudad. Entre la calle Setenta y dos y el Parque de Inwood Hill, que bordea el río Harlem y separa Manhattan del Bronx, Riverside Drive recorría algo más de quince kilómetros a lo largo de la orilla del Hudson. Gran parte de la elegancia y la dignidad que caracterizaban la calle cuando se construyó habían desaparecido, pero seguía rivalizando con la Quinta Avenida como una de las más maravillosas de la ciudad.

Esa mañana, Summer McAllum llevó a Nimmo a un sitio que quedaba un tanto al sur del viaducto de la calle Noventa y seis y a la calle Noventa y tres Oeste, donde, en una colina desde la que se veía el Parque Riverside, se encontraba la estatua de Juana de Arco.

—Ella es la razón por la que me acuerdo de dónde estaba —le explicó Summer—. Juana de Arco. Siempre me he sentido identificada con ella. Es que francés siempre fue mi asignatura preferida en el instituto. Además, cuando tenía quince años, estuve a punto de morir en el incendio de una casa. Solía venir mucho por aquí cuando trabajaba en Chez Joie. En el pedestal de la estatua hay fragmentos de la catedral de Reims y de la torre de Ruan. Son sitios de Francia que eran importantes para Juana.

Nimmo hizo que se interesaba por aquella estatua de aspecto gótico y por la carismática vida que inmortalizaba. La cuestión es que hacía muchísimo frío. Un viento gélido soplaba desde el Hudson y le empujaba a querer ponerle fin a aquella búsqueda cuanto antes. Por mucho que intentara imaginar el horror y la injusticia que había padecido aquella mujer, en aquel instante una enorme pila de madera ardiendo alrededor de una virgen de diecinueve años lo único que le transmitía era una atractiva calidez que no les iría nada mal ni a sus dedos ni a su nariz, que se le estaban congelando.

—Es aquel edificio de allí —dijo la joven mientras señalaba el otro lado de la calle—. El número 200. Ahora lo recuerdo. Y me parece que el apartamento estaba en el décimo piso, ahora bien, el número no lo sé. En cualquier caso, tenía una buena vista de las Palisades y eso quiere decir que da a Spry, claro.

Nimmo cogió a Summer por el brazo y cruzó la calle con ella. Mientras pasaban por delante del enorme edificio con el número 200 de Riverside Drive, miró al portero y se preguntó si Jefferson viviría

allí como el tercer presidente de Estados Unidos o como el octavo, o como algún otro. Quizá allí fuera Zachary Taylor. Teniendo en cuenta que Paul Ianucci había buscado su identidad en varios departamentos del Gobierno sin éxito, era probable que Tom Jefferson tampoco fuera su nombre real. Siguieron caminando en dirección norte por Riverside Drive y, luego, fueron hacia el este, hacia Broadway. En la tienda Adlo Book and Card que había en la esquina de la calle Ciento seis, Nimmo compró dos sobres grandes y dos ejemplares del *New Yorker*. Metió las revistas en los sobres, los cerró y escribió dos direcciones, una con el nombre del «señor T. Jefferson» y la otra con el del «señor M. Van Buren». Luego, volvieron al 200 de Riverside Drive y entraron en el edificio.

Nimmo pensó que bien podría haber sido su abuelo el que estuviera allí, en el pequeño refugio que era la mesa del portero. Y la impresión fue mayor todavía cuando recordó que, hasta que se jubiló, George Nimmo había sido portero del ya olvidado hotel Pabst, en la calle Cuarenta y dos. El hotel era ahora la torre del *New York Times*, alrededor de la cual, en cuestión de horas, se reuniría una multitud de parrandistas para darle la bienvenida al Año Nuevo.

Nimmo sacó las gafas y, con el bolígrafo en la mano, hizo una pequeña pantomima, como si fuera a completar las direcciones de los dos sobres marrones.

—Perdón —dijo con un acento centroeuropeo afectado del tipo que se oye a menudo en el Upper West Side, en sitios como el Eclair, una excelente pastelería vienesa que había en la calle Setenta y dos Oeste —, pero no recuerdo los números de cada uno de los apartamentos. ¿Podría ayudarme, por favor? ¿Qué número es el del señor Jefferson?

El anciano portero, un hombre pequeño con la cara ahumada, dejó el cigarrillo y frunció el ceño.

—¿Jefferson? No señor, aquí no vive nadie con ese apellido.

Durante unos instantes le distrajeron dos personas que salían del ascensor y se dirigían a la puerta. Saludó a una de ellas inclinando la cabeza y sonrió.

—Qué raro —dijo Nimmo—. Bueno, ¿y el número del señor Van Buren?

—Tampoco hay nadie que se apellide así, señor. Lo siento mucho.

—¿Está usted totalmente seguro?

El portero asintió con la cabeza.

—Hace once años que soy el portero de este edificio, señor. Conozco a todas las personas que viven en él.

—Pues es muy raro —comentó perplejo Nimmo y, educadamente, le mostró los dos sobres al portero—. Fíjese: Tom Jefferson y Martin Van Buren. ¿Ve? Sus nombres están escritos aquí.

—No es tan raro, señor. Estas direcciones pertenecen en realidad al número 210 de Riverside. Este es el 200.

—Ah, ¿sí?

—Sí, señor.

—¡Pero qué tonto soy! Siento mucho haberle hecho perder el tiempo.

Una vez fuera, Nimmo se enfrentó a Summer McAllum por la inexistencia de Van Buren.

—No pensarás que soy idiota, ¿verdad?

Summer negó con la cabeza.

—Te juro que era este edificio. Aunque no recuerdo que hubiera portero. Además, era tarde cuando vinimos, pasada la medianoche, así que no es que utilizara su apellido ni nada. No había ni siquiera un vigilante. Recuerdo que tomamos un ascensor sin ascensorista que nos llevó al décimo piso. Y recuerdo la estatua. Y el sitio al que me llevó a desayunar por la mañana.

—¿A desayunar? No me habías dicho nada de eso.

—Al Rosenblum, en Broadway. Me dio la sensación de que iba mucho por allí. Parecía que lo conocieran. Pero eso es todo lo que sé. De verdad. ¿Me das mis cincuenta pavos? Tengo frío y estoy cansada. Quiero irme a casa.

—¿Y perderte un nutritivo desayuno?

Rosenblum, una *delicatessen kosher*, estaba en Broadway, cerca de la calle Cien, era enorme y estaba llena de gente, la mayoría de ella gorda y mayor, que era, muy probablemente, la razón de que recordaran a alguien joven y bella como Summer McAllum.

—Me alegro de volver a verla —dijo el camarero, evidentemente enamorado—, señorita...

—Goldberg —respondió ella sin dudar—. Y este es mi jefe, el señor Meyer.

—Es un placer conocerle, señor Meyer —le saludó el camarero sin apenas quitarle los ojos de encima a Summer.

—Le he hablado de este sitio —le dijo ella animada—. Él es de los que prefiere el Stage o el Carnegie, ¿sabe?, pero le expliqué que este es un sitio muy agradable ¡y que el pastrami está buenísimo!

—Desde luego, a su otro amigo se lo parece —comentó el camarero.

—¿A quién?

—¿A quién?, pues al caballero con el que estuvo usted la vez anterior. ¿Cómo iba a olvidarlo? El señor con el que vino usted, Franklin Pierce.

—¡Ah, Frankie! —exclamó efusivamente Summer—. Claro, claro. Ya lo recuerdo. Fue él quien me trajo aquí, de hecho. Frankie es la persona de la que le estaba hablando, señor Meyer. ¿Y qué tal está Frankie? ¡Hace un siglo que no nos vemos!

—Pues estuvo aquí justo antes de Navidad, de camino a la biblioteca, diría yo.

—¡Qué pena que no coincidiéramos! Dígale que le envío saludos.

Después de que hubieran pedido el desayuno y de que el camarero por fin dejara en paz a Summer, Nimmo le dijo:

—Te has equivocado de vocación, cariño. Deberías trabajar para el FBI. Qué digo para el FBI, ¡para la CIA! Una preciosidad como tú, capaz de pensar tan rápido, sería una estupenda trampa para moscas.

—¡Puaj! —Summer puso mala cara—. ¡Odio las moscas! —Nimmo se puso de pie—. No te lo tomes como algo personal. ¿Adónde vas?

—Tengo que hacer una llamada cuanto antes.

Una vez en la cabina que había al fondo de la *delicatessen*, sin embargo, sus dedos recorrieron a toda prisa el listín de teléfonos hasta que su uña subrayaba a un F. Pierce en el 200 de Riverside Drive, apartamento 1010, Nueva York, Nueva York, teléfono RI 9-3359. Fue como si su número se le hubiera presentado solo. Cogió un librito de cerillas y garabateó en él la dirección y el número de teléfono.

—Parece que estés contento —observó la joven cuando Nimmo regresó.

El hombre se sentó, le pasó cincuenta dólares por debajo de la mesa y le dijo:

—Es que este va a ser un gran Año Nuevo.

24

ES UNA VIDA MARAVILLOSA

Después de pagar a Summer, Jimmy Nimmo volvió al hotel Shelburne para darse una ducha y cambiarse de ropa. Mientras se afeitaba, su cerebro fue probando varias versiones de su próximo proceder. Para cuando entró en la ducha, las posibilidades se habían reducido a que llegase al 200 de Riverside Drive pasada la medianoche, cuando, según Summer, el portero ya no estaba en su puesto, cogiera el ascensor sin ascensorista hasta el décimo piso, entrara en el apartamento de Franklin Pierce y, a punta de pistola, hiciera que el ocupante llamara a Johnny Rosselli por teléfono antes de esparcir sus sesos sobre la alfombra de un disparo. Nadie prestaría mucha atención al sonido de un disparo en Nochevieja, ni siquiera esa gente tan remilgada que vivía en Riverside Drive. Incluso sabía dónde encontrar a Rosselli. El gánster estaba planeando pasar la noche en La Ronde Supper Club del Fontainebleu, junto con Sam Levenson, Ben Novack y Dick Shawn. Nimmo pensaba que era posible que, con un calibre 38 contra la oreja, Jefferson se mostrara dispuesto a confesar cómo, cuándo y dónde planeaba asesinar a Jack Kennedy; aunque, para ese momento, Jimmy Nimmo sentía el suficiente respeto por el francotirador como para llegar a la conclusión de que se podía dar con un canto en los dientes si conseguía cruzar su puerta y matarlo de un disparo. Con un asesino profesional como Tom Jefferson era probable que lo mejor fuera hacerlo lo más sencillo posible.

Y si Jefferson no estaba en casa porque andaba celebrando el Año Nuevo, pues mejor que mejor. Lo esperaría dentro, se prepararía algo de beber y le pegaría un tiro en cuanto entrara por la puerta. Luego, lo ataría y le haría unas pocas preguntas; porque, tal y como él lo veía, conocer los detalles del plan de Jefferson sería como cauterizar el muñón que supondrían las dudas sangrantes que pudieran surgir tras la amputada vida de Jefferson; el tipo de dudas que hicieran que Giancana se olvidara de mostrarse agradecido y que le llevaran a no querer pagarle el resto del dinero. Un dinero que le iba a proporcionar

una excelente jubilación.

Nimmo salió de la ducha y se secó vigorosamente. Por primera vez en mucho tiempo, Duke Ellington volvía a tocar en su cabeza y, por la manera en la que el policía avanzó por la habitación para responder al teléfono, estaba claro que lo hacía acompañado de toda una *big band*.

Era la Casa del Estado de Massachusetts, situada en Boston, adonde Nimmo, haciéndose pasar por miembro del Departamento de Investigación Preventiva del Servicio Secreto, había llamado el día anterior para preguntar acerca de la Junta de Supervisores a la que era probable que Kennedy asistiera el 9 de enero. El viaje de Kennedy a Boston no había parecido muy relevante frente a su estancia en Nueva York, pero a Nimmo le había parecido necesario explorar todas y cada una de las posibilidades. La persona con la que había hablado, la señora Hichborn, se había mostrado muy categórica al decirle que no se llevaba a cabo ninguna Junta de Supervisores en la nueva Casa del Estado ni tampoco en la antigua, que era otro edificio diferente. Allí solo tenían la legislatura del estado, llamada en su día Cortes Generales de Massachusetts, y la Casa de los Representantes. Ahora, la señora Hichborn, que tenía un acento que le recordaba a Eleanor Roosevelt, le explicó que se había estado exprimiendo el cerebro para resolver el misterio que le había planteado el agente y que se había acercado a la oficina el sábado por la mañana porque creía que sabía lo que estaba pasando.

—Llevo trabajando aquí diecisiete años, agente Nimmo, y, a veces, al igual que Oliver Wendell Holmes, tiendo a pensar que la Casa del Estado de Massachussets es el centro del sistema solar, así que espero que me disculpe si no fui de mayor ayuda cuando telefoneó usted ayer. Anoche, pensando y pensando, le dije a mi esposo: «No puedo creer que el Servicio Secreto se haya inventado algo así. Tiene que haber una Junta de Supervisores en algún lugar de Boston». Bueno, pues resulta que Allen, mi esposo, trabaja en la Biblioteca Widener de la Universidad de Harvard y me comentó que hay una Junta de Supervisores en Harvard, cómo no, que es un órgano de gobierno de la universidad que lleva a cabo reuniones bimensuales en la sala de la facultad del University Hall. Y, claro, el senador Kennedy, que es antiguo alumno de Harvard, es, igual que los otros tres antiguos alumnos de Harvard que han sido presidentes de Estados Unidos, miembro de esa Junta de Supervisores. De hecho, lleva siéndolo desde 1957 y, según me contó Allen, lo eligieron con el mayor número de votos que ha obtenido jamás un candidato. Al parecer, sacó más del

setenta por ciento de los votos emitidos por los exalumnos de Harvard de todo el mundo.

»Según se dice, el senador Kennedy se toma sus obligaciones administrativas muy en serio. La siguiente reunión de la Junta de Supervisores de Harvard es a las diez y media del 9 de enero. Si el senador viene a la Casa del Estado, y no está claro que vaya a venir, no será hasta bien entrada la tarde, probablemente a eso de las cinco y media, momento en que dará un discurso para los doscientos ochenta miembros de las Cortes Generales. Si es que viene, seguro que de alguna manera lo honran, claro está, dado que será su primer discurso formal desde su elección, el 8 de noviembre.

Cuando la señora Hichborn acabó de hablar y Nimmo le había dado las gracias por acercarse a la oficina un sábado por la mañana para ofrecerle aquella información y se había disculpado por haber cometido un fallo tan elemental, se vistió, salió a toda prisa del hotel y casi echó a correr camino de la biblioteca pública, donde un bibliotecario le ayudó a dar con un libro que hablase de la universidad estadounidense.

El viejo University Hall de Harvard, donde se iba a reunir la Junta de Supervisores, estaba en Harvard Yard, que comprendía dos enormes cuadrángulos de césped y árboles rodeados de varios dormitorios para alumnos. Con solo ver una fotografía de Harvard Yard, Nimmo supo todo lo que tenía que saber acerca de dónde estaba planeando Tom Jefferson asesinar a John F. Kennedy. Con la fachada del University Hall a la vista de entre trescientas y cuatrocientas ventanas, por no mencionar los diez tejados y el campanario, sería necesario un ejército de agentes del Servicio Secreto para que el sitio resultara seguro para el presidente electo. Harvard Yard parecía el campo de tiro de un francotirador y John F. Kennedy iba a ser una diana. Sí, había numerosos edificios altos y ventanas en Park Avenue, pero, en Nueva York, Kennedy saldría de un edificio y entraría en una limusina en un abrir y cerrar de ojos hasta para un francotirador. Allí no había muchas posibilidades de hacer un buen disparo. Lo de la Universidad de Harvard, no obstante, sería como el triunfo acordado de un general romano. Sin duda, Kennedy querría disfrutar del momento. Sin duda, querría estrechar manos, puede que incluso hablar con algunos estudiantes. Los universitarios eran gente indisciplinada la mayoría de las veces. ¿Cómo iba a lidiar con ellos el Servicio Secreto? Harvard era el sitio en el que Jefferson iba a hacerlo.

—Disculpe, ¿el señor Nimmo?

Nimmo levantó la vista del libro que estaba examinando y vio la cara de un tipo bastante grande con el pelo canoso y cortado al rape y con una chaqueta de estilo polar de color marrón, forrada de borrego y con capucha, y con una gran cremallera completamente abierta que dejaba a la vista un traje de tres piezas a cuadros verdes y grises.

—¿Quién quiere saberlo?

El hombre se quitó el sombrero y, sonriendo, movió la cabeza de lado a lado.

—Le estaba esperando en la recepción de su hotel, señor, pero, como ha salido usted escopeteado, he de reconocer que me ha pillado por sorpresa. Por suerte he conseguido ver que entraba usted aquí, pero, luego, le he perdido. —El hombre sacó una cartera que abrió para que Nimmo pudiera inspeccionarla—. Soy Goldman, señor. Del FBI. Albergaba la esperanza de mantener una conversación tranquila con usted.

—Pues no hay sitio más tranquilo que este en toda Nueva York.

Goldman miró a su alrededor, incómodo, como si no estuviera interesado en el libro sobre Harvard que Nimmo tenía en las manos.

—Quizá... —empezó a decir entre susurros— este sitio sea demasiado tranquilo. Las bibliotecas tienen algo que hace que uno no quiera hablar libremente. ¿Qué me dice si le propongo que crucemos la calle y tomemos un café?

Nimmo consultó su reloj como una persona que se está preparando para una carrera. Eran las once y media y no tenía ningún sitio especial al que ir, pero lo último que necesitaba en aquel momento en que estaba tan cerca de dar con Tom Jefferson era acabar en las oficinas del FBI, en la esquina de la Tercera Avenida con la calle Sesenta y nueve, respondiendo a un montón de preguntas raras. Así que hizo un gesto de dolor y respondió:

—Me temo que he quedado para comer.

—Venga, por favor. Usted ha sido del FBI. Sabe cómo es esto. Solo serán unos minutos y, después, le dejaré en paz.

—De acuerdo. —Nimmo cerró el libro. Si solo iban a ser unos minutos... Aquello no podía ser muy complicado si lo único que Goldman le pedía eran unos minutos. Mientras seguía al corpulento agente del FBI hasta el exterior de la sala de lectura, le dijo—: Aunque me gustaría saber de qué se trata.

—¡Claro, claro! —le respondió Goldman mientras se subía la cremallera del abrigo polar para protegerse del último día frío de 1960—. Vayamos a Grand Central, ¿le parece? —le sugirió al tiempo

que cogía la calle Cuarenta y dos abajo.

Una vez dentro de la estación, cruzaron el cavernoso vestíbulo principal con su techo zodiacal y se fueron alejando de las tres ventanas gigantescas en dirección a la primera cafetería que vieron. Goldman se llevó un cigarrillo a la boca y señaló una mesa vacía.

—Siéntese, que voy a por los cafés.

Uno o dos minutos después, volvió con los cafés y con el cigarrillo aún sin encender en la comisura de la boca, que llevaba torcida. Parecía que se hubiera olvidado de quitarse el termómetro. Goldman puso una taza de café con cuidado delante de Nimmo y, después, haciendo mucho ruido, como si llevara mucho tiempo de pie, se derrumbó enfrente y le dio un trago a su café como si se sintiese agradecido.

—Es difícil seguirle la pista, Nimmo.

—¿Qué ha pasado con el «señor»?

Goldman sonrió.

—Bueno, ya estamos aquí, ¿no? Ya podemos dejarnos de todas esas chorradas e ir directos al grano.

—Lo estoy deseando —comentó Nimmo sin perder la paciencia.

—Pues la verdad es que —empezó a decir Goldman como haciéndose el interesante— esto va de muchas cosas. —Empezó a buscar un mechero en sus muchos bolsillos y Nimmo decidió que la mejor manera de que la conversación avanzara era que Goldman empezara a fumar, así que le tendió su librito de cerillas—. ¡Muchas gracias! —Encendió el cigarrillo, exhaló una nube de humo y le devolvió las cerillas a Nimmo al tiempo que entornaba los ojos para protegerse del humo y quizá, para observarle mejor—. Le tienen que ir bien las cosas desde que dejó la Agencia. —Señaló las cerillas con la cabeza—. El Liborio... Tiene amigos en Riverside Drive... Se aloja en el Shelburne... Veo que el abrigo es nuevo... Lleva unos magníficos guantes... ¡Sí, señor, le tienen que estar yendo muy bien!

—No se le pasa a usted una, ¿eh, agente Goldman? —soltó Nimmo mientras guardaba con cuidado en el bolsillo el librito de cerillas en el que había escrito la dirección de Tom Jefferson durante el desayuno en el Rosenblum.

—¿A mí? —Goldman sonrió con cordialidad—. No, no, ¡a mí se me pasan muchas! En nuestro trabajo a todos se nos pasa algo, ¿verdad? Son gajes del oficio.

—Si usted lo dice. Bueno, ¿a qué viene todo esto?

—Es por Johnny Rosselli. Hace mucho tiempo que intentamos

echarle mano.

—¿Y qué le hace pensar que yo puedo ayudarles?

—Usted lo conoce, ¿verdad?

Nimmo le dio un sorbo al café y le sorprendió lo bueno que estaba.

—Lo conozco, sí. Es complicado tener un puesto con cierta responsabilidad cívica en Miami y no coincidir con Johnny Rosselli de vez en cuando.

—¿Y a Rafael Gener? «Macho» Gener para sus amigos. ¿Alguna vez ha coincidido con él?

—Ni siquiera he oído hablar de él.

—Es un amigo cubano de Rosselli. ¿Y con Judy Campbell? Ha coincidido con ella?

—He oído hablar de ella, sí, pero jamás he tenido el placer de conocer a la señora.

—No importa. Es en Rosselli en quien estamos interesados. ¿Sabía usted que juega al golf con Joe Kennedy?

—Ya sabe usted más que yo.

—Es posible. ¿Y lo de las mujeres?

—¿Qué pasa con ellas?

—Me refiero a que, ¿cree que Rosselli podría ser mariquita?

Nimmo sonrió sin darse cuenta.

—¿Mariquita? No. Las únicas veces que lo he visto siempre estaba rodeado de varias mujeres. Tengo entendido que mantiene una relación con una actriz. Ann Corcoran. Y, antes de eso, me informaron de que estuvo casado con otra actriz de cine... June Lang.

—Sí, pero eso fue hace veinte años. —Goldman arrugó la nariz—. Además, aquello solo duró... ¿cuánto, año y medio?

—Ya le he dicho que sabe usted más que yo. Me gustaría ayudarle, agente Goldman, pero, si soy franco con usted, la sexualidad de Johnny Rosselli es un misterio para mí. —Nimmo le dio otro sorbo al café y sonrió. Por un instante le había preocupado que los federales y su gente de exteriores fueran a hacerle unas preguntas más raras, pero la idea de que estuvieran investigando la vida sexual de Rosselli le daba ganas de echarse a reír.

—¿Alguna vez ha estado en su apartamento de Los Ángeles?

—Y vuelta la burra al trigo. Ni siquiera sabía que tuviera un apartamento en Los Ángeles.

—En el 1259 de Crescent Heights Avenue. Cerca del Strip.

Nimmo negó con la cabeza.

—¿Le sorprendería que le dijera que, algunos fines de semana,

cuando está en Los Ángeles, Rosselli lleva a su casa a chicos de un orfelinato católico cercano para que naden en la piscina?

A Nimmo se le escapó una risotada.

—Sí, la verdad es que me sorprendería. No sabía yo que fuera muy católico.

—No es por ahí por donde voy.

—Sé por dónde va.

—Mire, Nimmo, Rosselli es un delincuente, pero es muy difícil pillar a ese hijo de puta, a ese mafioso. Por ello, igual que cogimos a Capone, no por mafioso, sino por evasión de impuestos, estamos intentando pillar a Rosselli por mariposón. Pensaba que usted podría arrojar cierta luz sobre si estas mujeres con las que le ha visto, en realidad, son de atrezo. Ya sabe, chicas de pega para que parezca un hombretón frente a sus amiguitos de la mafia. Esos tipos desdeñan a los maricones. ¿Se imagina a uno de esos cabronazos mafiosos follándose a un mariquita?

—No, la verdad es que jamás me he parado a pensar en ello.

—Los bajos fondos son cosa de hombres. Es un mundo muy retorcido, sí, pero desde luego, no es un mundo de maricas.

—Mire —empezó a decir Nimmo con una sonrisa—, el tipo es italiano. Viste bien. Se pone colonia. Es educado. Se podría decir que es refinado para ser mafioso. Tiene muy buenos modales. Creo que incluso es bueno con su madre; que le envía dinero a Boston. Ahora bien, nada de eso lo convierte en marica. Yo diría que Rosselli preferiría contárselo todo a Bobby Kennedy antes de permitir que el FBI lo acusara de pederastia.

—¿A Bobby Kennedy? Ese también es maricón.

Nimmo se rio a carcajadas. No se reía tanto y tan a gusto desde que estaba en Nueva York. Bobby Kennedy maricón. Goldman era más divertido que Milton Berle y Jack Benny y, desde luego, más original.

—¿Le parece divertido?

—Me lo parece, sí. —Nimmo le dio otro sorbo al café, se recostó en la silla y sacó un cigarrillo—. Bobby Kennedy maricón.

—Lo cierto es que un poco gracioso sí que es, ¿eh? —dijo Goldman sonriendo—. Tengo que reconocer que me lo he inventado.

En ese momento, Nimmo había empezado a pensar que Goldman parecía un buen tipo. Tenía una cara grande y agradable, que no era la cara que debería tener uno en el FBI. A Hoover no le gustaban los que sonreían. En una ocasión, Nimmo había oído cómo el director le decía a Richard Hood, por aquel entonces director de la delegación de

Los Ángeles, que despidiera a un agente porque sonreía demasiado. Y ahora ahí estaba uno de los hombres de Hoover —la sexualidad de Hoover sí que estaba en entredicho— intentando descubrir si Johnny Rosselli era homosexual. Resultaba muy divertido, sí.

—¿Por qué no le pregunta a Hoover si tiene él algún dato sobre la homosexualidad de Rosselli? —sugirió Nimmo de cachondeo—. O puede que él conozca la manera de pillar a Rosselli con los pantalones bajados. Puede que hasta se presentara voluntario para poner el culo de cebo. Ya sabe, como una trampa para moscas.

Nimmo encendió una cerilla con la uña del pulgar y vio cómo se convertía en una pequeña flor amarilla. Todo le parecía bien desde que había descubierto la dirección de Tom Jefferson y dónde y cuándo tenía planeado asesinar a Kennedy; hasta las cerillas a las que daba vida.

Sonriendo ampliamente, como si llevase puesta la máscara de un chamán piel roja que había visto en una ocasión en el Museo de Historia Natural, Goldman dijo:

—Sí, puede que se lo pida a ese viejo maricón.

—Esa es la idea, agente Goldman. Goldman. ¿Es un apellido judío?

—¿Le supone algún problema?

—Nooo. Podría ser peor. Podría ser usted una maricona de mierda, como Hoover.

—Intentaré recordarlo en la próxima Pascua Judía.

Nimmo se rio.

—Hágalo.

—Parece que esté usted de muy buen humor.

—¡Es Nochevieja! ¿Por qué no iba a estarlo? He tenido unas Navidades de mierda, la verdad, pero 1961 se presenta maravilloso.

—Me alegro de que así sea.

Nimmo apuró el café y le dio una calada profunda y sin prisa al cigarrillo. Luego, soltó el humo y se quedó mirando cómo este se alejaba rizado de su cara. Ahora que sabía que lo que Goldman quería era información acerca de la vida sexual de Rosselli, ya no tenía prisa.

Con una sonrisa irónica, comentó:

—De hecho, anoche mantuve relaciones sexuales, que es, sin duda, lo que explica por qué me siento tan bien. ¡Y con la mujer más atractiva que he visto en la vida! De verdad, ¡qué bonita es! Se llama Summer. Sé que suena cursi, pero a esas mujeres les gusta ponerse nombres rústicos. ¡Qué pelo! Tiene un pelo fantástico. Del color de aquella luz. —Señaló, por encima del hombro de Goldman, la luz que

inundaba el vestíbulo principal de la estación—. ¿De buen humor? ¡Joder, pero si me siento como si no pisara el suelo!

—Sí, tiene ese efecto —dijo Goldman, que aún sonreía ampliamente—. Lo de mantener relaciones sexuales. —Sin embargo, parecía que los intensos ojos verdes del agente del FBI pretendieran quemar la cara de Nimmo, como si aún sintiera curiosidad por algo.

—Tengo la impresión de que aún hay algo importante que quiere preguntarme, amigo.

—Sí, tengo una pregunta más.

—¿Solo una? ¡Dios, adónde va a llegar el FBI! ¡La pregunta única! Pues venga, pregunte.

—Es sobre Tom Jefferson.

—¿Está seguro de que se refiere a él y no a Franklin Pierce? —se burló Nimmo—. O a Martin Van Buren. Dios mío, no sé... —Nimmo sacó un nombre del aire moteado de polvo; de hecho, pareció que intentaba extraerlo físicamente—. ¿Millard Fillmore? —Se rio con ganas—. ¿Rutherford Hayes?

—¿Quién más sabe dónde vive en Nueva York? —preguntó Goldman sin perder la compostura.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Sabe ya la mafia dónde está?

Nimmo se sorprendió muchísimo cuando se oyó decir:

—No, solo yo. —Al pensar en la pregunta más detalladamente, sintió que, en realidad, tampoco importaba tanto que la hubiera respondido con franqueza—. Lo he descubierto esta misma mañana —suspiró—. Él y yo vamos a celebrar la Nochevieja juntos.

—¿Una fiesta?

—Sí, podríamos llamarlo así, pero solo vamos a asistir él y yo. No hay más invitados. Ni siquiera usted. Tom y yo vamos a entrar en el Año Nuevo con un ¡pum! Un «pum» muy ruidoso, pero no me preocupa. Sí, señor, vamos a pintar de rojo toda la estancia. —Nimmo frunció el ceño—. Y, ya que hablamos de colores, menudo traje que lleva, muchacho.

—Le gusta, ¿eh?

—Es maravilloso. ¿Qué coño de tela es esa?

—Es lana inglesa. ¡Me costó ochenta pavos!

—Joder, por esa pasta se podría haber comprado usted uno nuevo —bromeó Nimmo—. No, está claro que este cuesta cada centavo que pagó por él. De verdad... es increíble. ¡Es que se puede ver cada fibra!

—¿Y lo de Harvard? ¿Es allí adonde va a ir Tom Jefferson cuando

se marche de Nueva York?

—¿Harvard?

—El libro que estaba leyendo en la biblioteca.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo! Es que el otro forma parte de la Junta de Supervisores. Estaba en el baño cuando, al igual que Arquímedes, he pensado de repente: «¡Eureka! ¡He dado con ello!».

En la cafetería todo el mundo miró a uno y otro lado para ver quién había gritado a voz en cuello.

—Y he salido a todo correr del hotel, he venido a la biblioteca y he encontrado el libro adecuado y, de pronto, he tenido tan claro como el agua que iba a ser en la Universidad de Harvard.

—Tiene que ser un tipo listo ese Tom Jefferson.

Goldman se levantó y se puso el abrigo polar. A Nimmo le resultó más alto. Y el abrigo polar ya no era marrón, sino dorado, así que a Nimmo le pareció como si, al igual que Hércules, Goldman se estuviera poniendo la piel de un león. Luego, ayudó a Nimmo a levantarse.

—Venga, que es hora de irse.

—¿Vamos a algún lado?

—Todos vamos a algún lado. —Para que los clientes de paso de la cafetería se quedaran más tranquilos, miró a su alrededor y comentó —: Es solo que ha empezado a celebrar el Año Nuevo un poco antes de tiempo. No se preocupen.

—¡Feliz Año Nuevo! —gritó Nimmo.

Goldman lo fue guiando hasta el vestíbulo de la estación.

—¿Se encuentra usted bien? Porque está un poco histérico.

—¿Histérico? —Nimmo sonrió—. Nunca me había sentido mejor en la vida. ¡Dios mío... pero mire este sitio! ¡Jamás me había fijado bien en la estación! ¡Es fantástica!

—¿Grand Central? Fantástica, le doy toda la razón. Antes sí que sabían cómo construir.

—Y así es como es en realidad. Así es como tienes que verla. Siempre. En un día como este. Con el sol entrando por los altos ventanales y cayendo sobre el mármol amarillo del suelo. —Nimmo se soltó con fuerza del brazo de Goldman—. Fíjese en eso... es una escalera gigante que sube directamente al cielo. Si Jacob, el hijo de Isaac, estuviera aquí, subiría por esa escalera para hablar con Dios. ¡Por supuesto que lo haría! ¡Pero fíjese! Sí... Así es como tuvo que ser. Así es como tuvo que suceder. Para Jacob. Una escalera de fiera luz solar. Mire que he debido de estar mil veces en esta estación... y nunca

la había visto. Es más que suficiente para hacerte creer.

—¿En qué?

—En Dios, ¿en qué va a ser? ¡En todo! En que existe el paraíso. —Nimmo miraba el techo, con las constelaciones del zodíaco iluminadas. Le parecían muy diferentes a cuando había entrado en la estación, hacía una media hora. Si es que realmente era una estación el sitio en el que estaba. Porque, de pronto, pensó que, un edificio así, hecho de oro y lleno de luz, tenía que ser una especie de templo en el que a los elegidos les desvelaban secretos que no todo el mundo alcanzaba a conocer. ¿Por qué si no podía verlos él mientras los demás caminaban de aquí para allí con algo tan poco trascendente como un tren en la cabeza? El lugar era inspirador y, al mismo tiempo, le daba una lección de humildad. Se sentía agradecido de que, de entre tanta gente, hubiera sido a él a quien le estuvieran dando el privilegio de ver una maravilla así. Nimmo sacudió la cabeza pasmado y susurró—: Este sitio es una de las maravillas del mundo.

—No, amigo, este sitio no es tan maravilloso como algunos de los lugares que puede visitar uno en Nueva York. ¡Aún no ha visto nada!

Goldman guio a Nimmo hasta fuera, hasta la calle Cuarenta y dos, donde, de inmediato, la innumerable cantidad de taxis amarillos y aquella barahúnda humana le parecieron dignos de risa. A Nimmo todo le parecía salido de una película de dibujos: exagerado, con trazos gordos, policromático, ridículo... tan ridículo que casi le producía pavor. Por un instante, Nimmo se dio cuenta de cómo tenía que ser estar loco; tan chalado como el propio Bugs Bunny. Cara a cara con tanta y tan incesante extrañeza, con un mundo tan intenso que, a su entender, tendría que ser el profeta Elías o Daniel para soportarlo... se sintió al borde de padecer un ataque de pánico. Era capaz de ver que había gran belleza en todo lo que le rodeaba, que todo tenía un significado ardoroso, pero tan imperiosa se le mostraba la realidad, tan espiritual y material al mismo tiempo, que sintió que aquello estaba a punto de sobrepasarle.

Nimmo cogió con fuerza el brazo de Goldman y se dejó guiar poco a poco por la Quinta Avenida. Había sido capaz de ver la belleza de cuanto le rodeaba... pero ahora empezaba a darse cuenta de que todo podía llegar a ser demasiado bello, que los sentimientos podían llegar a ser demasiado profundos y que la comprensión podía llegar a abrumar al cerebro humano y dejarlo patas arriba, como un maremoto a un barquito. Puede que un santo o un chamán indio fueran capaces de sacar beneficio de aquella revelación, pero Nimmo sintió que le

hacía pequeño y se consideró un buzón de correos al lado de un rascacielos.

Para ese momento Nimmo ya había empezado a darse cuenta de que le estaba pasando algo raro y sintió miedo.

—¿Qué me sucede? —preguntó—. Creo que me estoy volviendo loco.

—A mí no me lo parece —observó Goldman con frialdad.

—Y usted parece exactamente lo que tendría que parecer... solo que es usted más de lo que es. Es como si pudiera verle por dentro. Como si fuera capaz de ver lo que le hace real. ¿Quién coño te crees?

—Tienes razón—le respondió Goldman—, por dentro soy diferente. Por dentro soy de verdad. Ahora bien, sé quién soy. ¿Podrías decir tú lo mismo?

—No, yo no sé quién soy. —Nimmo negaba con la cabeza—. ¿Dónde estamos?

—En la calle Treinta y cuatro con la Quinta. En el Empire State. Con ciento dos pisos de altura, es el edificio más alto del mundo. Lo que es por mí, puedes preferir la gran pirámide de Keops o el Coloso de Rodas. Puedes preferir, incluso, Grand Central. Ahora bien, Jimmy, esto sí que es la leche. Aquí es donde empieza la vida eterna. Mira. Mira ahí arriba.

Nimmo siguió la línea que marcaba el enorme brazo de Goldman hasta su plateada mano y, después, hasta la punta de diamante en que se había convertido su dedo índice, que señalaba hacia el cielo.

—Por ahí es por donde se llega a las estrellas —le explicó con cautela—. Cómo brilla, ¿eh? ¿No hace que sientas esperanza? ¿No te dan ganas de ascender? Mira a tu alrededor, Jimmy. Es hora de despedirse y yo estoy aquí para ayudarte a que lo hagas. Estoy aquí para ayudarte. ¿Y sabes por qué, Jimmy?

—¿Por qué?

—Porque soy tu ángel de la guarda. He venido para ayudarte a llegar hasta Jesús, Jimmy. No estás perdiendo la cabeza. ¡En absoluto! Lo que pasa es que tu cerebro se está expandiendo. Estás saliendo de tu viejo cuerpo y preparándote para el nuevo. Un cuerpo celestial. Tú ya no eres como estas personas. Estás cambiando. Es como ese momento en que la oruga se convierte en mariposa. Y, si lo ves todo diferente, es porque ya hay un pedazo de cielo ardiendo en tu interior. ¿Lo notas? Te está llamando, como un faro. Eso es lo que me ha indicado que era el momento de que viniera a buscarte. Se podría decir que soy una especie de conductor, Jimmy. Estoy aquí para

conducirte sano y salvo hasta el cielo. Estás empezando a darte cuenta, ¿no es así? Y, si no sabes qué es lo que tienes que hacer para llegar allí, yo te lo voy a enseñar. Ahora bien, Jimmy, tienes que desearlo. Tienes que desearlo con todas tus fuerzas. Y tienes que confiar en mí. Tienes que entregarte. Jesús no quiere a la gente que se acerca a él con dudas. Tan solo quiere a quienes creen realmente en él.

Goldman movió la cabeza de lado a lado y sonrió. Le pareció que aquello era como hablarle a James Stewart. Nunca se había visto en el papel de Clarence, el ángel guardián de George Bailey, pero le parecía que, en general, no lo estaba haciendo nada mal. Claro que la intención era muy diferente. Lo que él pretendía era persuadir a Nimmo de que su maravillosa vida había terminado y de que una aún más maravillosa, la eterna, estaba a punto de comenzar. Le parecía viable. Sin embargo, fue otra película la que se le vino a la cabeza mientras intentaba convencer a Nimmo para que entrara en el Empire State con él y subiese hasta el observatorio de la planta ochenta y seis: *King Kong*, si bien no estaba pensando en implantar esa imagen en el cerebro de Nimmo, que estaba fuertemente medicado. Además, no había manera de salir del observatorio de la planta 102, que estaba completamente cerrado.

En la planta ochenta y seis había pocas personas y, rodeadas como estaban de algunas de las mejores vistas de la ciudad, ninguna de ellas les prestó la más mínima atención a Goldman y a Nimmo. Extendiéndose en dirección sur, hacia el Centro Financiero, Manhattan parecía un cementerio gigante. El Edificio Flatiron, en la calle Veintitrés, donde se cruzaban Broadway y la Quinta Avenida, no parecía más grande que una pastilla para la tos. En la zona noreste, parecía que el Edificio Chrysler estuviera tan cerca que pudieras tocarlo. El Parque Bryant, justo enfrente de la Biblioteca Pública de Nueva York, brillaba tan verde como una esmeralda. Goldman llevó a Nimmo hasta la zona occidental del frío y ventoso observatorio, que estaba desierta. A nadie le interesaba una pobre vista del río Hudson, de los ferrocarriles de Long Island y del tejado del Macy's, que estaba en la plaza Herald.

En la cafetería de Grand Central, Goldman había echado en la taza de Nimmo una solución acuosa que contenía ochenta microgramos de dietilamida de ácido lisérgico, que era el doble de la dosis que el químico de la CIA de la casa de putas de Horatio Street le había recomendado como dosis segura máxima. Aquel químico le había

parecido más un beatnik y un chuloputas que un científico, con su pelito largo, el jersey de cuello vuelto, los zapatos de gamuza y los pantalones de pana, pero claro, tampoco es que tuviera que parecerse a Bela Lugosi o a Boris Karloff.

«No tenemos claro cómo funciona —le había dicho el joven químico mientras le tendía la bolsita de muestras que contenía el suministro de LSD que Washington le había ordenado que entregase a Goldman—. Creemos que priva al cerebro de la glucosa, lo que explicaría por qué los místicos que llevan a cabo largos ayunos tienen más probabilidades de vivir experiencias alucinógenas. Cuanto más LSD tomas, menos azúcar recibe tu cerebro y más fuertes y duraderas son las alucinaciones. En cualquier caso, funcione como funcione, es una droga muy potente y hay que utilizarla con moderación. Hace unos años, uno de nuestros propios físicos, Frank Olsen, tomó setenta microgramos con una copa de Cointreau, eso es casi el doble de lo que se considera seguro en la actualidad, y, ocho días después, se tiró por la ventana de la décima planta de un hotel aquí mismo, en Nueva York capital».

«¿En serio? —Goldman se había mostrado impresionado—. ¿De qué hotel?».

«Del Statler».

«No me extraña. El Statler es un hotel horrible. Yo también me habría tirado por la puta ventana si hubiera tenido que pasar ocho días allí».

«No bromee con eso, que este producto es dinamita».

«Vale, no hay que mezclarlo con Cointreau. ¿Qué más? ¿Hace lo que se supone que hace, controla el cerebro?».

«Te vuelve más sugestionable. Me refiero a que, dependiendo de quién esté allí para afectar tu interpretación de las percepciones o de las alucinaciones que estés sufriendo, puedes tener una buena experiencia o una realmente mala. En dosis más grandes, los sujetos tienden a volverse paranoicos. Es ahí donde el LSD se torna realmente peligroso; y no solo para el sujeto, también para aquellos que le rodean. Uno de nuestros sujetos de estudio mató a una prostituta metiéndole una sábana por la garganta porque pensó que era una serpiente gigante que intentaba tragárselo. Ahora bien, para responder más concretamente a su pregunta, no, no controla el cerebro. Albergábamos la esperanza de que convirtiera a la gente en robots humanos, pero no lo consigue. Lo que hace es joderte bien. Y, si tomas el suficiente, te jode bien y para siempre».

Nimmo miraba el inconmensurable azul en que se había convertido el cielo, que estaba vivo... que respiraba... mientras que el sol era el fuego del purgatorio... y vio una luz divina brillando en todo su esplendor. Al lado del cielo, el mundo parecía una masa informe de cemento gris, precario, como un diente podrido en una boca llena de dientes muertos, y parecía que la única manera de escapar de los horrores infernales que había en el pozo que se abría por debajo de sus enormes pies —del miedo y del desconcierto, del prosaico caos de las calles— era pasar al otro lado de la valla que protegía el paraíso y abrazarlo, tal y como Goldman le había sugerido.

—Tengo que irme —le dijo Goldman—, porque he de ponerme al otro lado de la valla para cogerte. Para sujetarte en caso de que te golpees con el alfeizar cuando saltes. No me vas a ver, pero sabrás que estoy ahí. Lo único que tienes que hacer es subir a lo alto de la valla del paraíso que tienes delante y, luego, volar como yo, como el ángel en el que estás a punto de convertirte. Piénsalo, Jimmy. No me digas que no es un pensamiento maravilloso. Piensa en lo maravilloso que va a ser que te conviertas en un ángel. No a todo el mundo le dan la oportunidad, Jimmy, pero tú eres uno de los elegidos.

—Como un gusano que se convierte en una mariposa —repitió Nimmo como si fuera bobo.

—¡Eso es! No me decepciones, Jimmy. Puedes hacerlo. Puedes llegar volando hasta donde está Dios, Jimmy. Vas a volar como un puñetero ángel.

Goldman se alejó y cogió el ascensor hasta la planta baja. Le daba igual si Jimmy Nimmo se tiraba del Empire State o no. Le daba igual que consiguiera bajar con vida del observatorio del piso ochenta y seis. El cerebro de aquel hombre estaba tan afectado por el ácido que el tipo acabaría delante de un camión, tirándose a las vías frente a un tren o ahogándose en el parque. La experiencia de Frank Olsen después de tomar setenta microgramos había durado ocho días. A Nimmo le había administrado ochenta. Por supuesto, todo era posible. Aquel tipo podía ser la persona más afortunada del mundo y acabar en un hospital con apenas una pierna rota pero, para cuando se recuperara, sería demasiado tarde para que matara a nadie en nombre de Johnny Rosselli o de Sam Giancana. Tom Jefferson estaba a salvo. Nadie iba a interferir con él.

En la Quinta Avenida, Goldman se subió a un taxi y le pidió al taxista que le llevara al número 200 de Riverside Drive. Fueron en dirección oeste por la calle Cuarenta y dos y, para cuando llegaron a

Times Square, Goldman había empezado a canturrear «Auld Lang Syne».

25

HOLLIS 15

La veinteava vez que Chub le hacía el amor a Edith, el joven empezó a considerar que estaba pillándole el tranquillo. Por fin. No había que apresurarse, pero tampoco había que tardar una eternidad, que era algo que la irritaba. Edith le decía que la práctica hace al maestro. La noche anterior a Nochevieja iba a ser la última que pasasen juntos —o, por lo menos, eso era lo que Chub creía—, así que les dijo a sus padres que iba a pasar la noche con un viejo compañero de Choate y que no le esperaran de vuelta hasta el sábado por la mañana.

Prácticamente recién llegado al apartamento, Edith le hizo una mamada; la primera que le hacían en la vida. La mujer quería asegurarse de que tenía toda su atención. Luego, le comentó la gran idea que se le había ocurrido. Le contó que tenía una preciosa cabaña para ir a esquiar en Franconia, en Nuevo Hampshire, que estaba a unos ciento cincuenta kilómetros al norte de Boston. Ella y su amiga Anne —esa a la que iba a visitar cuando había conocido a Chub en el tren— estaban pensando en ir allí en coche la noche del viernes día 6 y pasar todo el fin de semana esquiando. ¿No sería maravilloso que Chub las acompañara? Y no solo Chub, también Torbert, su compañero de habitación, de quien tanto le había hablado. Seguro que a Anne le encantaba Torbert, tal y como Chub le encantaba a Edith.

Chub tenía muchas ganas de ir, pero comentó que Torbert y él tenían diez días de exámenes que empezaban el 16 de enero. En respuesta a esto, Edith señaló que el francés de Chub había mejorado muchísimo y que, sin duda, podía hacer lo mismo por Torbert. Incluso le sugirió que ellos podían estudiar por la mañana y esquiar con Anne y con ella por la tarde. No todo es trabajo en la vida.

A Chub aquello le pareció una gran idea, tanto que llamó a Torbert de inmediato y le contó lo de la invitación de Edith y Anne. Al principio, Torbert estaba tan preocupado por los exámenes de enero como lo había estado Chub, pero Edith insistió en hablar con él y, poco después, tenía al joven comiendo en su mano. No necesitó sino

decirle lo guapa que era Anne, que hacía poco que había roto con su pareja y que estaba pasando unas malas Navidades y necesitaba divertirse un poco. Además, su amiga era un cerebrito que había estudiado Económicas en Yale. Finalmente, tras aceptar la condición que les puso Anne de que ni Chub ni él les podían decir nada a sus padres, Torbert se mostró de acuerdo en ir.

Después de realizar todos los preparativos, Edith y Chub se acostaron y ella le realizó otra felación por si acaso.

Por la mañana se despertaron temprano y, durante el desayuno, Edith comentó:

—Y, entonces, ¿cuándo vuelves a Harvard, cariño?

—Las vacaciones de invierno terminan el 2 de enero, que es lunes. Mi idea es coger un tren a Boston a primera hora de la tarde, por lo que debería estar en Harvard a eso de las siete.

—Prométeme que me llamarás en cuanto llegues.

—¡Te lo prometo! Te llamaré cada noche, si quieres.

—Quiero. —Edith encendió un Newport y dijo—: Supongo que, como vive en Boston, Torbert llegará antes que tú.

—Pues, a decir verdad, él tiene planeado llegar a eso de las nueve. Ese día tiene visita de unos familiares europeos. —Chub le besó la mano—. ¿Seguro que estás ocupada esta noche, Edith?

—Sí... Ya te dije que tenía que ir a un cotillón de fin de año que celebra un amigo de mi marido. Ahí no te puedo llevar... y, si no voy, cuando mi marido me llame desde Inglaterra va a querer saber dónde estuve. Pero... ¿sabes qué? ¡Que podríamos pasar el día juntos! Podemos ir de compras al centro y te compraré algo bonito para cuando vuelvas a Harvard. Algo con lo que te acuerdes de mí.

—No pienso olvidarte en la vida, Edith. —Chub sonrió.

—Da igual. Me gustaría regalarte algo.

Se pusieron el abrigo y bajaron en el ascensor hasta el vestíbulo, donde había un tipo con acento extraño hablando con Gil, el portero.

—Qué raro —dijo el hombre—. Bueno, ¿y el número del señor Van Buren?

—Tampoco hay nadie que se apellide así, señor. Lo siento mucho.

—¿Está usted totalmente seguro?

El portero siguió sacudiendo la cabeza.

—Hace once años que soy el portero de este edificio, señor. Conozco a todas las personas que viven en él.

—Pues es muy raro.

Chub no prestó atención al diálogo, pero Edith era una agente

entrenada y se fijó atentamente en el desconocido. Durante uno o dos segundos incluso escuchó lo que estaba diciendo. Si hubiera llegado al vestíbulo uno o dos segundos antes, o si se hubiera marchado uno o dos después, es probable que hubiera oído pronunciar a aquel hombre el nombre de Tom Jefferson y que, por ende, hubiera actuado de manera diferente. No obstante, solo oyó el apellido Van Buren y, por lo tanto, como no vio ninguna conexión obvia entre el octavo presidente de Estados Unidos y el decimocuarto, que era con el nombre con el que Tom vivía en el apartamento de Riverside Drive, siguió su camino. Había demasiados raritos en Nueva York como para sospechar de todos.

Esa tarde noche, cuando volvió, se encontró a Goldman viendo las noticias de las siete en la RCA. Se fijó en la cara del desconocido que aparecía en la televisión y recordó de inmediato la primera y la única vez que lo había visto. El reportero contaba cómo al hombre de la fotografía, identificado como James Bywater Nimmo, asistente del superintendente de la policía de Miami y exagente especial del FBI, lo habían llevado de urgencias al hospital St Lukes Roosevelt de Manhattan después de que, al parecer, se hubiera prendido fuego en Central Park. Varios testigos describían cómo el hombre se había rociado con gasolina antes de encender una cerilla y echársela sobre la ropa empapada. A pesar de los esfuerzos de los médicos por salvarle la vida, Nimmo había fallecido a las cuatro de esa misma tarde.

—¡Era él! —susurró Edith.

Goldman, que estaba impresionado porque Nimmo hubiera sido capaz de bajar del Empire Estate y llegar a Central Park, musitó:

—*Ognennyi Angel* —que era como se decía en ruso *El ángel de fuego*, una ópera escrita por Prokófiev y una de las preferidas de Goldman—. Hay que joderse.

—¡Lo conozco! —exclamó Edith—. Ese hombre estaba en el vestíbulo esta mañana. Estaba intentando entregarle un sobre a alguien que no vivía aquí. Dios mío, Alex, que han dicho que es del FBI. ¿Crees que saben algo de lo nuestro?

Goldman se levantó del sofá y quitó el volumen de la televisión. No quería apagarla, que *Perry Mason* empezaba en unos minutos y era uno de sus programas favoritos. Y después salía Richard Boone en *Revólver a la orden*, una serie que también era de su agrado. A Goldman no le gustaba celebrar Nochevieja; era una época del año que siempre lo ponía melancólico.

Prudentemente, comentó:

—No, Edith, no es eso lo que han dicho. Han dicho que fue del FBI, que es muy diferente. Y no, no creo que sepan nada de nosotros.

—¡Pero ha estado aquí, Alex! —insistió Edith, cuyo tono de voz empezaba a transmitir alarma—. ¡Te juro que era él!

—No, si te creo. De hecho, estoy seguro de que era él, pero no era a ti a quien andaba buscando. Sé perfectamente lo que sabía y, te lo aseguro, no era mucho.

—¿Y cómo es posible que lo sepas?

—Porque soy yo quien lo ha matado. Bueno, no he sido yo quien ha encendido la cerilla, pero, indirectamente, yo he sido el responsable.

Goldman consultó su reloj y, luego, brevemente, le explicó a la mujer tanto como creía que debía saber.

Edith se levantó y se acercó a la ventana. Miró hacia abajo, la costa de Nueva Jersey. Las pocas luces eléctricas que alcanzaba a ver allí parecían escritura celestial en la pared ennegrecida del universo. Como si Dios estuviera intentando decirle algo.

Goldman se puso de pie y apoyó las manos en los delgados hombros de ella.

—Tranquila. Si cada uno hace lo que tiene que hacer, todo saldrá bien. No podemos dudar de la legitimidad de lo que estamos haciendo. Si hubieras visto las noticias anteriores, sabrías que Raúl Roa, el ministro de Exteriores cubano, ha pedido una reunión inmediata con el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Ha dicho lo que el KGB y el G2 llevan diciendo tanto tiempo: que Estados Unidos va a invadir Cuba en menos de tres semanas. Edith, atiéndeme. Nosotros somos los únicos que podemos evitar que esto suceda. Tú, Anne, Tom y yo.

—Pero ¿servirá de algo? ¿Detendrá la invasión? Yo no estoy tan segura, Alex.

Goldman se encogió de hombros.

—Si quieres que te sea sincero, no tengo ni idea. No obstante, una orden es una orden. Además, no podemos quedarnos de brazos cruzados. Ya han intentado asesinar a Fidel en varias ocasiones y no creas que van a parar. Que hayamos arrestado a unos pocos de los cabecillas de La Habana no cambia nada. Seguirán intentándolo.

Edith asintió.

—Sí, supongo que sí.

—¡Pues claro que sí! —Goldman arrugó la frente—. ¡Y me pone enfermo! ¿Sabes lo que ha respondido James Haggerty, secretario de

Prensa de la Casa Blanca, a las acusaciones de Raúl Roa? «Chorradas». Chorradas. Y eso es lo que te respondería también a ti si intentaras hablarle de lo justa que es la revolución cubana; si le contaras que la gente es más feliz ahora que cuando eran Batista y la mafia quienes gobernaban Cuba. «Chorradas», te respondería. Y, Edith, si le explicaras lo malvada que es la familia Somoza y que el pueblo de Nicaragua quiere liberarse de esos cabrones, te miraría a los ojos y repetiría esa misma palabra. ¿Recuerdas lo que dijo Roosevelt de Anastasio Somoza? Pues dijo: «Puede que sea un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta». Haggerty, Roosevelt, Kennedy... son todos iguales, Edith. Miran a la gente de Centroamérica y dicen «Chorradas». —Goldman suspiró—. ¿Chorradas? En este país sí que hay chorras y chorradas.

En Año Nuevo, un frente noreste dejó más de cinco centímetros de lluvia por metro cuadrado en la zona sur de Nueva Inglaterra, lo que provocó pequeñas inundaciones y cubrió los estados del norte con cinco centímetros de nieve. No es que a Tom le importase mucho el clima. Pasó la tarde en el cine Astor, que estaba en Boylston Street, donde vio *Espartaco*. En Nochevieja había visto *El Álamo* en el cine Gary. Al parecer, la revolución se estaba poniendo de moda en Hollywood, aunque fueran películas de romanos o John Wayne luchando para obtener la libertad de los texanos contra la tiranía del Imperio mexicano. Lo curioso era que, sin embargo, no parecía que nada de aquello tuviera influencia en la consciencia popular estadounidense en relación con la revuelta popular que había tenido lugar en Cuba.

Tom no creía que pudiera haber un ejemplo más evidente de la revolución comunista en todo menos en el nombre, que en la historia de la revuelta de los esclavos. Dalton Trumbo, el guionista, había sido uno de los «Diez de Hollywood» incluidos en la lista negra en la década de los cuarenta bajo sospecha de ser comunista. Tal y como Tom lo veía, resultaba muy obvio que Espartaco era el arquetipo leninista. No era casualidad que, después de la Gran Guerra, los comunistas se hubieran llamado a sí mismos «espartaquistas». Y había momentos durante la película en los que no le habría sorprendido ver a Kirk Douglas agitando una bandera roja y a Tony Curtis leyendo a Marx y a Engels. Resultaba muy extraño el miedo y el desprecio que existía hacia el comunismo. Los estadounidenses parecían haber

olvidado que, de no ser por los sacrificios de la Unión Soviética —habían muerto diez soldados del Ejército Rojo por cada uno de los de la Alianza que habían caído—, toda Europa y Asia, y cabe la posibilidad de que también América, estarían en ese momento en manos de las fuerzas del Eje fascista. Tom aceptaba que el comunismo tenía mucho de malo, al menos, tal y como se practicaba en la Unión Soviética, pero no tenía por qué pasar lo mismo en Cuba. Ni en Estados Unidos.

Al leer los periódicos, Tom tenía la sensación de que Estados Unidos se estaba preparando para ir a la guerra contra Cuba. Hasta el *Boston Globe* estaba lleno de propaganda anticastrista. El lunes 2 de enero, la primera plana tenía el titular «Se instaura en Cuba un aterrador estado policial» y, durante el resto de la semana, el *Globe* incluyó una serie de artículos de Anne Davies titulados «Dentro de la Cuba de Fidel Castro» que, en opinión de Tom, no eran más que un catálogo de todo lo peor del país. Era como si no importara lo más mínimo que la revolución hubiera traído muchas otras cosas buenas y que ya hubiera habido antes muchas otras malas. Si era cubano, se daba por hecho que era malo.

Ese mismo lunes, más o menos a la hora de comer, Tom cargó la ranchera con una bolsa de esquí Blizzard y dos grandes bolsas de tela verde parecidas a las que llevaban los estudiantes de Harvard. El tiempo había mejorado, aunque también hacía más frío, con la temperatura esforzándose por subir de los –6 ºC. El aire de Cambridge era húmedo y estaba lleno del olor a árboles de Navidad en llamas.

Tom condujo en dirección oeste por Massachusetts Avenue y aparcó cerca de la imponente Johnson Gate. Allí ya había unos cuantos padres enfrascados en la misma tarea que él: llevar a los dormitorios las cajas y el equipaje de sus hijos, que regresaban a Harvard después de las vacaciones de Navidad. Vestido como una persona respetable, con abrigo y sombrero, con una corbata de Yale y una pipa firmemente sujeta entre los dientes, Tom tenía la sensación de que se parecía tanto como era posible a Spencer Tracy con su cárdigan, que era a quien le recordaban los padres que estaban ayudando a sus hijos a volver a la residencia. Aun así, este era uno de los puntos comprometidos del plan. Si alguien le ponía en cuestión, se vería obligado a salir del paso convenciéndole con su labia, algo que se podría complicar —a diferencia de cuando mostraba su identificación del FBI—. No obstante, resultó que el hecho de que alguien lo pusiera en cuestión habría sido incluso más sencillo que que

alguien se prestara a ayudarle.

Como pudo, cargado, Tom cruzó la puerta de Hollis Sur y se encontró frente a un hombre que tenía más o menos la misma edad que él y que, a excepción de la corbata de Yale, iba vestido de manera similar.

—Hola —le saludó el hombre—. ¿Puedo ayudarle con eso?

—No se moleste, que mi hijo debe de andar por aquí. No se moleste, de verdad.

—¡Oh, no es molestia! —El hombre parecía tan pulcro como un dentista de Salt Lake City—. Ya está —comentó mientras echaba mano a una de las bolsas verdes de Tom—. Ya llevo yo una de estas. —A continuación, tras coger la bolsa, le tendió la mano—. Por cierto, soy Buckner Wallingford. Mi hijo, Buck, está en la habitación número 1.

Tom se esforzó porque su cara, que estaba helada, mostrase una sonrisa y estrechó la mano de Buckner Wallingford.

—Yo soy Chub Farrell —dijo él con la esperanza de que aquellos dos hombres no se conocieran—. Mi hijo, Chub, está en la habitación 15. Me temo que es arriba del todo, pero no se preocupe, de verdad, que puedo arreglármelas.

Pero Buck Wallingford ya iba camino de las escaleras, quejándose cordialmente de los jóvenes y de cuánto equipaje llevaban a la residencia. También comentó que creía que iba a nevar más. En lo alto de las escaleras, Buckner Wallingford dejó la bolsa verde en el suelo y señaló con la cabeza la bolsa de esquí que Tom llevaba al hombro.

—¿Dónde esquía su chico?

—En Franconia —respondió Tom—. Se lo presentaría, si supiera dónde narices anda. ¿Chub? ¿Estás por ahí?

Esperaron en silencio un instante y Tom se encogió de hombros como avergonzado.

—Lo más probable es que esté en la habitación de un amigo —comentó Buckner Wallingford, que empezó a bajar las escaleras—. Bueno, será mejor que vaya a buscar yo también a Buck, que seguro que necesita dinero.

—¡Sí, como todos!

—¡Ha sido un placer, Chub!

—¡Lo mismo digo! Muchas gracias por la ayuda. ¡Me ha ahorrado un infarto!

—¡No hay por qué darlas!

Aliviado, Tom se quedó mirando cómo Buckner Wallingford desaparecía de la vista. Segundos después, introdujo una de sus llaves

en la cerradura de Hollis 15. La llave entró con facilidad, pero no giró, lo que aterró a Tom. A toda prisa, sacó la llave y aceitó ligeramente el paletón con una latita que llevaba en el abrigo junto con una lima, justo por si pasaba aquello. Luego volvió a intentarlo, solo que, en esta ocasión, tiró de la puerta para probar y esta se abrió con un fuerte «¡clac!». En cuestión de segundos, metió las bolsas del suelo del pasillo al suelo del vestíbulo y cerró la puerta con llave.

Tom volvió a respirar aliviado. En la habitación hacía frío. Casi tanto como fuera de Hollis, pero Tom estaba empapado en sudor. Se sentó en una de las sillas de lectura para rehacerse y repasó la topografía de la habitación. Desde que había llegado a Cambridge, Tom había leído varios libros acerca de Harvard y había descubierto que la mayoría de las residencias para estudiantes de primero que había en el Yard eran anteriores a la revolución. Hollis Hall lo habían construido en 1763, más o menos cuando la mayoría de los estadounidenses que se hacían llamar estadounidenses se estaban burlando de la Ley del Sello, y Tom no pudo evitar preguntarse qué habrían pensado de la lucha por la libertad de Cuba gente como George Washington o Benjamin Franklin, por no mencionar a su tocayo.

Se echó hacia delante y descorrió la cremallera de la bolsa de esquí, que se aguantaba recta gracias a un par de maderas de metro ochenta de largo con las que pretendía esconder que la bolsa, en realidad, lo que contenía no eran esquíes, sino un rifle Winchester del calibre 30, negro mate y con una mira Unertl. Tom partió las maderas en pedazos más pequeños y las metió en la bolsa de esquí una vez sacado el rifle. Después, con guantes, cogió el arma y fue a uno de los armarios. Los dos eran grandes armarios de caoba que parecía que llevaran en Hollis desde la época de Thoreau. En lo alto del armario que había elegido había un hueco de unos cinco centímetros entre la madera y la pared que se iba estrechando hasta unos dos centímetros a la altura del rodapié. Tom guardó el rifle en ese hueco, con el cañón por delante y dejando que el arma fuera deslizándose poco a poco después. Luego, pegó la cabeza a la pared y miró por la rendija, pero el rifle era prácticamente invisible.

A continuación, abrió la cuerda con la que se cerraba una de las dos bolsas de tela verde y apartó todo aquello con lo que escondía la Hallicrafter de onda corta que había comprado en Nueva York. Tras dar con la frecuencia que el Servicio Secreto utilizase para sus micrófonos, Alex Goldman y él, teniendo en cuenta que el primero

estaba familiarizado con los códigos presidenciales, podrían seguir con facilidad el itinerario del senador desde su entrada a Harvard Yard hasta su salida. Sin embargo, esconder la radio, que era del tamaño de una caja de zapatos, no iba a ser tan sencillo. Por eso había traído la segunda bolsa de tela verde con un berbiquí, una palanca, un destornillador, una sierra de arco y una lata de pulimento para suelo de madera.

Durante la visita de reconocimiento que Goldman y él habían hecho de Hollis 15, Tom se había dado cuenta de que había unas tablas sueltas en el suelo, un suelo antiguo e irregular. Apartó la alfombra para investigar mejor dicha zona. Le costó muy poco sacar dos de las tablas sueltas con la palanca, lo que dejó a la vista un espacio entre las vigas suficiente para esconder la radio, la bolsa de esquí, los pedazos de madera, las herramientas y, ya puestos, incluso el rifle. Tom casi se arrepintió de no haber inspeccionado aquel hueco antes de haber escondido el arma detrás del armario. Para acabar, volvió a colocar las tablas, pero con tornillos en vez de con clavos para que fuera más silencioso quitarlas y ponerlas. Sin embargo, no las atornilló mucho por si acaso Chub o Torbert notaban algo diferente cuando caminasen por la habitación. Luego, cubrió la cabeza de los tornillos con pulimento como para hacer ver que nadie los había sacado. Y, por último, volvió a poner bien la alfombra. No se marchó de Hollis 15 hasta que no le dio la sensación de que todo parecía que estuviera como antes.

Los cuatro días siguientes pasaron despacio para Tom. A diario, Edith llamaba desde el apartamento de Cambridge para informar de sus conversaciones con Chub Farrell. Tom creía firmemente que si Chub, o Torbert, daban con lo que había escondido detrás del armario de Hollis 15, el joven se lo contaría a la mujer que amaba.

Volvió al cine, a ver *Whisky y gloria*, que le encantaba, y *Éxodo*, que no le gustaba nada. También veía mucha televisión; las noticias, por lo general, pero también basura como *Maverick*, *Mister Ed*, *Látigo* y *Ruta 66*. Solo *Eyewitness to History* le parecía que mereciera la pena. A menudo salía a comer por Cambridge, normalmente al Coach Grille, que estaba en Harvard Square y que era su favorito. Acabó de leer *Matar un ruiseñor*, de Harper Lee, y empezó *Advise and Consent*, de Allen Drury. Sin embargo, lo que más leía eran los periódicos y lo que más veía en la televisión eran las noticias. El lunes 2 de enero, que era

cuando empezaba el semestre de Harvard, el presidente Eisenhower ordenó una alerta militar debido a la situación en Laos, pero Tom se preguntó si no sería una mera cortina de humo para tapar la invasión de Cuba, una idea que fue cogiendo más peso en su cabeza cuando, por la tarde del día siguiente, Ike anunció que rompía las relaciones diplomáticas con el país sudamericano.

«Hay un límite —declaró el presidente mientras ponía punto final al lazo de sesenta años entre ambos países— a las faltas de respeto que puede soportar Estados Unidos y es un límite al que ya se ha llegado».

Tom no daba crédito. La guerra con Cuba parecía inminente. Para el jueves, los funcionarios estadounidenses estaban advirtiendo a Cuba no solo de que pretendían mantener su base naval en Guantánamo, sino de que los cubanos tendrían que deponer a Fidel Castro si querían que las relaciones entre Cuba y Estados Unidos se recuperaran. Esto era una respuesta a los acercamientos diplomáticos por parte de Cuba al presidente electo John Fitzgerald Kennedy.

Ese mismo jueves por la noche, Alex Goldman llegó en un vuelo desde Nueva York y, después de una cena tardía, Tom y él se fueron directos a la cama.

A la mañana siguiente, casi que lo primero que hicieron Tom y él fue mirar la sección de clasificados del *Globe* en busca de un mensaje en clave que les indicaría si la misión seguía adelante o no. Goldman miró todas las páginas con atención hasta que dio con un anuncio que contenía el código operativo del G2 para Jack Kennedy, que era «tienda submarina». Lo estudió con detenimiento y encontró lo que estaba buscando: «Debido a una enfermedad, sacrifiquen a tienda submarina en siete días. MI 3-5042». El número de teléfono de Boston era falso, solo lo ponían para que el anuncio no pareciera tan sospechoso.

—Aquí está —comentó Goldman—, tenemos el visto bueno.

Tom asintió.

—Con lo que sucedió el martes, no lo he dudado ni por un instante.

—No pinta bien la cosa, ¿eh? —Goldman se mostró de acuerdo—. Por lo menos, el tiempo está mejorando. Yo diría que esos chicos van a poder esquiar de maravilla este fin de semana.

—Será mejor que lo disfruten —remarcó Tom—, porque, en un par de meses, a esos dos podrían reclutarlos y enviarlos a la guerra.

Edith y su amiga Anne llegaron de Nueva York a la hora de comer. Anne era más joven que Edith y todavía más bonita. También era

miembro del G2, el servicio de inteligencia cubano. Tom les dio instrucciones mientras Goldman escuchaba.

—¿Están listos los chicos?

—Chub me llamó anoche —empezó a explicar Edith—. Decir que ambos están ansiosos por ir sería quedarse corto.

—Cuando lleguéis a Franconia, llamadnos. No tenemos pensado entrar en su habitación hasta la madrugada del domingo, pero, después de eso, me temo que no podréis poneros en contacto con nosotros a menos que vayáis a Harvard Yard y os quedéis debajo de nuestra ventana.

—No se lo van a contar a sus padres, así que no van a recibir ningún mensaje que nos los vaya a arrebatar. Oficialmente, el plan es dejar Franconia a eso de las ocho de la mañana el lunes. Solo que el coche no va a arrancar.

—¿Cómo pretendéis deshabilitar el coche?

—Dejaré las luces encendidas toda la noche. El coche lo guardaremos en un garaje, así que dudo mucho que nadie vaya a darse cuenta. Aunque, por si acaso, también voy a quitar el brazo del rotor.

—¿Alguno de los dos sabe algo de coches?

—Chub no tiene carné. Torbert tiene coche, pero Chub dice que no sabe ni cambiar una bujía.

—Buena chica. Hagáis lo que hagáis, es importantísimo que no lleguen a Cambridge antes de la una de la tarde del lunes. ¿Eso está claro?

Edith asintió.

—Así que aseguraos de que se lo pasan bien. Anne, ¿tienes algún problema con eso? Vas a tener que acostarte con Torbert.

—Lo sé, señor. Edith me ha contado lo que hay que hacer.

—No quiero ni riñas de enamorados ni nada por el estilo. Uno de esos chicos coge un autobús para volver a Boston y estamos jodidos. Quiero que pongáis en práctica todas vuestras armas de mujer. Y, si es necesario, les administráis un sedante.

Edith asintió de nuevo.

—Cuando volváis a Cambridge —siguió Tom— podréis descansar un poco y, después, Alex os llevará en coche a Logan. Cogeréis los tres un avión a Miami y, una vez allí, os iréis cada uno por vuestro lado.

—Será un placer —comentó Goldman.

—¿Y tú? —le preguntó Edith.

—Yo cogeré un tren para volver a Nueva York y desde allí me iré a

Ciudad de México. Es mejor que no viajemos juntos. Buena suerte a ambas.

—Y a vosotros —dijeron las dos mujeres.

Tom las acompañó al coche y se despidió de Edith con un beso. No fue una gran despedida, pero es que tampoco había sido una gran relación; apenas un acuerdo que incluía sexo de vez en cuando. Aunque, a ese respecto, era muy probable que no se diferenciase de muchos matrimonios.

—Si tienes oportunidad, ven a verme a Nicaragua —le dijo Edith.

—Me encantaría.

—Y... ten cuidado, Tom.

—Y tú, Edith.

—Qué chavales tan afortunados —comentó Goldman, después de que Edith y Anne se hubieran marchado camino de recoger a los chicos en Hollis—. Ya me gustaría a mí ir con ellas.

—¡Y a mí! Me encanta esquiar.

Eran las siete cuando el teléfono sonó en el apartamento de Cambridge, más o menos la misma hora en la que Kennedy estaba subiendo al *Caroline* en Palm Beach para volar a Washington. Era Edith para avisar de que habían llegado bien a Franconia.

—¿Algún problema? —preguntó Goldman—. ¿Qué tal le ha caído Anne a Torbert?

—De maravilla. No creo haber visto nunca a un chico enamorarse tan rápido.

—Es habitual cuando tienes dieciocho años —bromeó Goldman—, te enamoras con la misma facilidad que apuras una Coca-Cola o haces un globo con el chicle. Y tampoco suele durar mucho más. Llamadme si hay algún dilema de juventud para el que necesitéis consejo. De lo contrario, hablaremos mañana a la misma hora. ¡Y disfruta del esquí!

—Lo haré si es que tengo oportunidad, porque yo diría que Chub tiene otro deporte en mente.

Llegó el sábado y resultó que la mañana era más cálida, con una temperatura de unos diez grados, más parecida a la de un día de primavera que a la de uno de mediados de invierno. En Cambridge, la nieve empezó a derretirse y, para última hora de la mañana, se veía la hierba de nuevo. Tom comentó que hacía el tiempo perfecto para dar

un paseo presidencial.

—Esperemos que siga así el lunes —dijo Goldman.

El *Boston Globe* publicó los detalles de la visita de Jack Kennedy a Boston. Tom y Goldman estudiaron el artículo en profundidad por si acaso había algo que se les había pasado por alto. El *Globe* informaba de que los agentes del Servicio Secreto habían inspeccionado la Casa del Estado por seguridad la noche anterior: «Todos y cada uno de los pasos que dé Kennedy, desde el momento en que entre en la Casa del Estado hasta que la abandone, están cuidadosamente trazados por los agentes del Servicio Secreto». Pero, casi como si Harvard estuviera considerado un sitio más seguro que Beacon Hill, el periódico decía que el nivel de seguridad iba a ser bajo en el campus: «Será el Servicio Secreto quien se ocupe de su seguridad, pero la policía universitaria ya ha empezado a planear cómo protegerlo de los estudiantes, que, entre otras restricciones, no podrán permanecer junto a la estatua de John Harvard, situada en la entrada de University Hall».

—¿Protegerlo de los estudiantes? —Alex Goldman se mostró desdeñoso—. ¿En qué coño están pensando? ¿De verdad creen que prohibir que cuatro chavales se suban a una puta estatua va a impedir que a Kennedy le peguen un tiro? Ay, Dios... esa gente debe de ser idiota. Es en la Casa del Estado donde estaría más seguro que en ningún otro lado. ¡Pero si al tipo van a dejarle dar un paseo al aire libre, por amor de Dios!

Por otro lado, a ninguno de los dos se les pasó que en la misma edición aparecía un reportaje sobre La Habana que explicaba que en la costa de la capital, justo en el malecón, se iban a desplegar tropas, baterías antitanque y una serie de baterías antiaéreas checas de cuatro cañones.

—¿Qué opinas de esto? —le preguntó Alex a Tom.

—Opino que ojalá fuera ya lunes.

Durante el sábado por la tarde, Tom y Alex cogieron las cámaras y, haciéndose pasar por turistas, dieron un paseo por Harvard Yard, pero atentos a Massachusetts Hall dado que una de las últimas ediciones del periódico decía que el FBI se iba a reunir allí con el jefe de policía de Cambridge y con el jefe de la seguridad de Harvard para coordinar las medidas de seguridad de aquella parte de la visita del presidente electo —la primera de Kennedy a su ciudad natal desde que ganara las elecciones en noviembre—. Sin embargo, allí no había ni rastro ni de agentes uniformados ni de nadie que pareciera del Servicio Secreto.

—Me alegro de que no tengan que protegerme a mí —soltó Tom—.

Bobos de los cojones...

Ninguno de los dos comió mucho aquel día; como tenían planeado pasar casi treinta y seis horas metidos en Hollis 15 y la habitación no tenía lavabo, querían vaciar el estómago y el intestino tanto como fuera posible. Pasaron gran parte de la tarde noche viendo la televisión, conscientes de que Jack Kennedy estaba ya más cerca de ellos, puesto que, a esas horas, estaría volando de Washington a Nueva York en su avión privado. En menos de veinticuatro horas, ese mismo avión aterrizaría en el aeropuerto de Logan, en Boston, y un convoy llevaría al presidente electo a su apartamento de Beacon Hill, en el 122 de Bowdoin Street.

A eso de la una de la madrugada, ambos hombres se vistieron con traje y corbata y con un abrigo cálido. A continuación, cogieron un par de bolsas pequeñas y salieron a la calle, donde les recibió una noche fría. Una suave ráfaga de viento del suroeste levantó un poco de nieve frente a ellos justo cuando empezaban el paseo de algo más de un kilómetro por Harvard Street y la Massachusetts Avenue. Las calles estaban tan desiertas que resultaba surrealista. Era como si todo Cambridge se hubiera escondido en algún refugio antinuclear. Goldman comentó el tema.

—Puede que dentro de poco vayan a tener que hacerlo —dijo Tom —. He leído en el periódico que el estado de Massachusetts está construyendo un refugio que va a costar dos millones de dólares. Ahora bien, en la vida entraría yo en uno de esos mausoleos. Cuando caiga una bomba, quiero estar en la calle, tan cerca de la zona de impacto como sea posible. Así será más rápido. Como si te pegaran un tiro en la cabeza.

En Massachusetts Avenue pasaron frente a la puerta principal de Widener, que llevaba hasta la biblioteca epónima. La puerta estaba cerrada en aquel momento, pero sería por allí, por Widener, por donde entraría en el campus el coche de Kennedy el lunes por la mañana. Goldman y Tom pasaron por la puerta más pequeña, la que estaba cerca de Boylston Hall, que, al igual que Johnson Gate, casi siempre estaba abierta. Entraron por el cuadrante este de Harvard Yard e hicieron una pausa delante de la puerta trasera de University Hall, donde el presidente de la Junta de Supervisores de Harvard recibiría a Jack Kennedy. Luego llegaron al cuadrante oeste, con Weld —la residencia de primer curso en la que se había alojado el propio Kennedy en su día— a la izquierda. Cruzaron rápido el cuadrante en dirección a Hollis y, aún sin ver a nadie, abrieron la puerta de Hollis

Sur y entraron.

Esperaron durante varios segundos, conteniendo el aliento, con el corazón latiéndoles a toda velocidad, a oscuras. Todo estaba en silencio. La única restricción que había en una residencia de primer curso era que no se podía hacer ruido después de la una de la madrugada. Un minuto después empezaron a subir las escaleras y, cuando llegaban al segundo piso, oyeron por encima de ellos una puerta que se abría y a alguien que salía fumando un cigarrillo, muy probablemente camino del baño. Tom Jefferson y Alex Goldman se quedaron inmóviles para evitar que la escalera crujiera mientras el joven, que tarareaba el exitazo «Last Dance» de Floyd Cramer, orinaba con tanta fuerza que el eco recorría toda la escalera. Después de minuto y medio, oyeron cómo tiraba de la cadena y volvía a su habitación. Goldman reemprendió el ascenso y Tom, con el corazón en la boca, le siguió. Poco después, tras haber conseguido superar la rígida cerradura de la puerta, ambos se encontraron, por fin, dentro de Hollis 15.

—De momento va bien —susurró Tom mientras cerraba la puerta con cuidado.

Goldman se quitó los zapatos, avanzó en calcetines hasta la cama de Chub y se sentó en ella.

—Sí, yo también diría que mal, desde luego, no va.

Tom se tumbó en la cama de Torbert y cerró los ojos.

—¿Qué haces? —le susurró Goldman.

—Voy a dormir un poco. Lo de montar el equipo puede esperar hasta la mañana.

—¿Qué ha pasado con tu habitual insomnio?

—Yo diría que esta noche voy a dormir bien, pero no me preguntes por qué.

—Qué frío eres, paladín. Frío de cojones.

—De eso nada, lo que pasa es que estoy cansado.

El domingo amaneció mucho más frío, pero no encendieron la chimenea. Vieron la televisión con el volumen muy bajito y orinaron en botellas de cerveza que tenían planeado vaciar por la ventana una vez hubiera oscurecido. Apenas intercambiaban unas pocas palabras y se movían por la habitación sin zapatos para que nadie los oyera, no fueran a pensar que Chub o Torbert habían vuelto a casa. En una ocasión llamaron a la puerta, pero poco después oyeron una voz que

decía a gritos desde la otra punta del pasillo: «¡Se han ido a esquiar el fin de semana con un par de chatis!», frase que provocó un «¡Cabrones con suerte!» por parte del que había tocado.

A primera hora de la tarde del domingo, Tom sacó el rifle de detrás del armario y, por costumbre, lo limpió con cuidado y con guantes para no dejar ninguna huella. El Winchester era un arma muy fría, una de esas que solo se podían encontrar en las madrigueras olvidadas de la mano de Dios que había por Corea del Norte, y Tom quería que siguiera siendo así. Hasta el número de serie lo habían borrado.

Mantuvieron las persianas bajadas por si acaso algún residente de Hollis Sur levantaba la vista desde el Yard y veía movimiento, aunque, en general, permanecieron tumbados en la cama, esperando a que pasara el tiempo. A lo largo del día, ambos empezaron a sentir una especie de nudo en el estómago que tenía tanto de nervios como de hambre. Solo Tom estaba acostumbrado a este tipo de espera. La paciencia era una cualidad esencial para un francotirador. En una ocasión, en el Pacífico Sur, había estado acechando a un francotirador japonés durante cuatro días, hasta que finalmente lo había abatido. Sin embargo, nunca había sentido una tensión tan palpable como esta. Casi era insoportable.

A las seis de la tarde ya estaba oscuro y Goldman levantó las persianas para admitir la luz que hubiera en el Yard. La luna estaba en su último cuarto, por lo que no iluminaba apenas y era el apagado brillo de sodio de unas pocas farolas que había en el cuadrante este y algunas de las ventanas del Massachusetts Hall, que estaba enfrente, lo poco que se veía. Fueron bebiendo café de un termo y comiendo un poco de chocolate, pero para las nueve de la noche el café estaba frío y el chocolate, casi terminado.

A las diez en punto, Goldman se puso unos auriculares, los conectó a la Hallicrafter y empezó a dar caza a la longitud de onda del Servicio Secreto. Mientras tanto, Tom cambiaba de canal en la televisión en blanco y negro en busca de boletines de noticias. Si Jack Kennedy seguía el programa, su avión aterrizaría en Logan. Como no encontró nada en la tele, intentó imaginar la escena. Las principales figuras políticas de Massachusetts estaban allí para dar la bienvenida al joven senador: el gobernador John Volpe, el vicegobernador Edward McLaughlin hijo, el alcalde Collins, el comisario de Seguridad Pública Henry Goguen, el sheriff Howard Fitzpatrick y el secretario estatal de los demócratas John Lynch. Puede que, si eran capaces de aguantar el gélido frío, hubiera algunos admiradores. Los irlandeses de

Boston eran muy rudos, sí, pero Tom, temblando a pesar del abrigo, pensó que serían idiotas si iban. No hacía noche para que la pasara a la intemperie ni un muñeco de nieve.

A las diez y media, Goldman anunció:

—Ha aterrizado. El avión de Kennedy acaba de tomar tierra en Logan. Ya está aquí, Tom. El presidente electo está en Boston.

26

EL DISPARO

Exactamente a las ocho en punto de la mañana del lunes 9 de enero de 1961, George Thomas, el corpulento mayordomo negro de Jack Kennedy, llamó suavemente a la puerta de la suite 36, en el número 122 de Bowdoin Street. Llevaba sirviendo a Kennedy catorce años, desde que Arthur Krock, un viejo amigo de Joe, se lo «enviara» para que cuidara del congresista, que es lo que era Kennedy en aquel momento.

—Gracias, George, estoy despierto.

George se volvió. Ante él tenía a John McNally y a Ken O'Donnell, que eran dos de los ayudantes presidenciales de Kennedy. Detrás de ellos había un hombre calvo con la bandeja del desayuno. George asintió y los cuatro entraron al dormitorio del senador.

O'Donnell, otro irlandés de Boston, comentó:

—Senador, ¿se acuerda usted de Joe Murphy, el supervisor del edificio? Es la señora Murphy la que suele prepararle el desayuno habitualmente.

Kennedy se incorporó, aún adormilado, mientras George descorría las cortinas. La multitud que había en la calle se alborotó ligeramente al ver movimiento en la ventana.

—Por supuesto —respondió Kennedy—. ¿Qué tal está, Joe? Pase, pase. ¿Y qué tal está la señora Murphy?

—No muy bien, señor.

—No sabe cuánto lo siento, Joe.

—Me temo que esta mañana no ha podido hacerle el desayuno, así que se lo he preparado yo. Dos huevos pasados por agua cuatro minutos, una tostada y café, como siempre.

—Muy amable, Joe. Se lo agradezco mucho.

Murphy dejó la bandeja con cuidado sobre la cama.

—Es un placer, señor. Y querría decirle, en nombre de todos los que trabajamos en el edificio, que estamos muy orgullosos de usted, señor, y que nos encanta que vuelva a estar en Boston.

—Yo también me alegro de estar de vuelta, Joe. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

—Bueno, señor, yo ya me marcho. Disfrute del desayuno.

Mientras Murphy salía del dormitorio, George miró a la calle. El apartamento de Kennedy estaba en el tercer piso, dos por encima de una barbería. El senador tenía aquel apartamento casi el mismo tiempo que a George.

—Hoy hace frío, senador —le indicó George—, pero hay mucha gente esperándole. Yo diría que unas quinientas personas.

Kennedy le dio un sorbo al café y puso mala cara.

—¡Qué me vas a contar!, me han tenido despierto la mayor parte de la puta noche. Además, había olvidado lo blanda que es esta cama. Me duele la espalda más que al diablo los cojones. Gracias a Dios, mañana por la noche estaremos de vuelta en el Carlyle y podré dormir un poco, joder.

O'Donnell, al que le dolía un poco la cabeza después de haber estado tomando whiskies con seis agentes del Servicio Secreto en el Old Brattle Tavern esa noche, leyó un titular del *Globe* de esa mañana y, después, le tendió el periódico a su jefe.

—«El presidente electo vuelve a casa durante un día. Una muchedumbre aterida saluda a Kennedy».

—Lo de «aterida» es muy acertado —comentó McNally—. ¡Ahí fuera hace un frío que pela! ¡Hoy es un día típico de Boston!

Kennedy miró la primera plana, pero se fijó en otra noticia. Con una sonrisa burlona, leyó:

—«El presidente electo ansía hablarle al pueblo del peligro soviético». —Se echó a reír—. Por amor de Dios, ¿qué coño piensan que he estado haciendo, silbar «Dixie»? Dios bendito... —Tiró el periódico a un lado y comió uno de los huevos, parte de la tostada y bebió todo el café sin aparente muestra de disfrute—. Espero que la señora Murphy se mejore pronto —comentó mientras salía de la cama en calzoncillos—, no me gustaría tener que padecer muchos desayunos como este.

Mientras Kennedy se duchaba y se afeitaba, George abrió una caja negra de la Marina con los cantos de latón y sacó la camisa azul celeste que iba a llevar su jefe ese día. También sacó un traje azul oscuro de dos botones —los hombres estadounidenses solían preferir los de tres—, una corbata de lana de color azul marino, unos calcetines negros y unos zapatos negros de cordones.

—¿Qué tal le fue anoche con el juez? —preguntó O'Donnell.

—¿Con Frank Morrissey? ¡Joder, pensaba que no se iba! ¡Nunca habría imaginado cuánto pimpla el tipo! Kenny, en cuanto al discurso de esta noche, ¿qué tal suena esto? «De aquellos a los que se les ha dado mucho, se espera mucho». No suena desproporcionado, como si estuviera sacado del *Almanaque del Pobre Richard*, ¿verdad?

—¿Qué ha pasado con lo de la ciudad de la colina? —preguntó O'Donnell—. Aquello me gustaba.

Entre el personal, la palabra de O'Donnell era ley. Si a él no le gustaba algo, hasta Kennedy se sentía inclinado a planteárselo.

—Sigue estando, pero eso es de John Winthrop, no mío. He pensado poner algo mío en algún lado. «De aquellos a los que se les ha dado mucho, se espera mucho —repitió Kennedy, representando la frase en esta ocasión—, y cuando en el futuro la Corte Suprema de la Historia nos juzgue y determine si en nuestro breve periodo de servicio hemos cumplido con nuestras responsabilidades para con el Estado...», etcétera. ¿Qué tal?

McNally asintió.

—Suena bien, señor.

—Por Dios, menos mal que solo tengo que hablar durante quince minutos. Creo que me estoy resfriando.

Cuando Kennedy acabó de vestirse, se sentó para hablar de la agenda del día con O'Donnell, McNally y Dave Powers —otro de los ayudantes del presidente, que también era irlandés de Boston—. Había quienes pensaban que Powers y O'Donnell eran iguales, dos hermanastras irlandesas de mierda para Jack la Cenicienta.

—Los coches llegan a las diez —explicó O'Donnell—. Cuatro. Irá usted en el tercero. Llegaremos a Harvard a eso de las diez y media. He hablado con Devereaux Josephs, presidente de la Junta de Supervisores, y no cree que esa parte de la reunión vaya a durar más de una hora y cuarto.

—¿Es académico? No lo recuerdo.

—No, señor, yo diría que es agente de seguros.

—Un licenciado de Harvard que vende seguros —musitó Kennedy —. No me vendría mal uno, visto el vuelo de anoche. ¿Os fijasteis en las alas cuando aterrizamos? ¡Estaban cubiertas de hielo!

—Más o menos a mediodía saldrá usted de University Hall, recorrerá Harvard Yard y comerá en el nuevo Centro Dramático Loeb.

—¡Ese sitio parece un puto acuario! —se quejó Kennedy—, y odio el teatro tanto como el béisbol.

—Sobre las dos, los coches nos llevarán a casa de Arthur

Schlesinger, que está en Irving Street. Por cierto, estos horarios dependen de cuánto tráfico se produzca alrededor de usted, señor. Aproximadamente a las tres iremos al MIT.

—Eso es para escuchar el informe de mi equipo de trabajo sobre los impuestos, ¿verdad?

—Así es, señor. Después de eso, tiene usted una reunión con el presidente del MIT, el doctor Julius Stratton, a las cinco menos cuarto. A las cinco y veinticinco volvemos a Beacon Hill, a la Casa del Estado, donde Ed McLaughlin le recibirá debajo del arco. Desde allí iremos al despacho del gobernador, donde Volpe y una selección de representantes y senadores le felicitarán.

Kennedy suspiró, aparentemente cansado.

—¿Y ya está? —sonrió.

—Sí, señor. A propósito, según el *Globe*, será usted el primer presidente o presidente electo que se dirija a la Legislatura de Massachusetts desde Taft, en 1912.

—¿Taft? —A Kennedy no le gustó nada aquello—. El peor presidente del siglo.

—Sí, señor —dijo O'Donnell esbozando una sonrisa—. A las siete en punto volaremos de vuelta a Nueva York.

—¡Y ni un minuto antes, por lo que parece! Después de un día así va a haber que divertirse un poco, ¿eh, Dave?

—Sí, señor, es un día duro el de hoy. ¡Es como volver a estar en campaña!

—Bueno, si sobrevivimos a aquello, supongo que sobreviviremos también a esto.

A las diez menos diez, el Servicio Secreto llamó desde el vestíbulo para decir que los coches de Boston Ford esperaban fuera.

George Thomas miró a su jefe y le preguntó si quería abrigo y sombrero.

—La gente que le espera fuera es lo único cálido de la mañana, señor —le dijo—. Y, además, no olvide que va a dar un paseo.

—George, ¿cuándo me has visto llevar sombrero? Y, en cuanto al abrigo, ¿quién lo necesita cuando tiene uno al Servicio Secreto para mantenerlo caliente?

En el pequeño ascensor, camino de un vestíbulo que no era mucho más grande, Kennedy le comentó a O'Donnell:

—Kenny, ayúdame a hacer memoria. La vieja chalada que tengo por vecina. Esa a la que le di la mano anoche. Soy incapaz de recordar su nombre.

O'Donnell pasó unas páginas que tenía en su portapapeles.

—Mary Jenkins —dijo finalmente—. Es maestra.

—¿Y el que me ha preparado el desayuno?

—Joe Murphy.

Tanto Murphy como Mary Jenkins estaban en el vestíbulo, esperando para verle marchar, tal y como Kennedy había imaginado. Los acompañaban Leo Sullivan, comisionado de policía; Charlie Hoare, su secretario; Howard Fitzpatrick, sheriff del condado de Middlesex; y una falange de agentes del Servicio Secreto. Kennedy estrechó unas cuantas manos, flanqueado por los agentes, salió y saludó a la multitud, que lo recibió con vítores. Agitó la mano y sonrió hasta que lo metieron en el coche que le esperaba.

—¡Dios bendito —empezó a decir mientras cerraban la puerta—, George estaba en lo cierto, hace un frío de tres pares de pelotas! Yo diría que he estado demasiado tiempo en Palm Beach, Dave. Eso es lo que pasa, que no estoy aclimatado todavía.

El convoy de cuatro coches se dirigió por Joy Street hacia Cambridge Street y hasta Storrow Drive después, una ruta que estaba fuertemente vigilada por la Comisión del Distrito Metropolitano de Boston y, tras cruzar el puente Longfellow, también por la policía de Cambridge. Una vez en Harvard, el convoy entró en el campus por la verja principal de Widener, en Massachusetts Avenue, y avanzó por el cuadrángulo este del Yard, que ya estaba lleno de estudiantes ansiosos por ver al exalumno más famoso de la universidad.

—Esto casi resulta embarazoso —comentó Kennedy mientras soltaba una risita—. No fui un buen estudiante cuando estuve aquí. La natación era lo que mejor se me daba.

Cuando Kennedy salió del coche se oyó una enorme ovación y un hombre se le acercó, lo cogió del codo y le estrechó la mano, lo que causó una alarma momentánea. El hombre le dijo que era irlandés, que se llamaba Patrick Shea y que estaba jubilado de la policía de Cambridge.

—Esta es mi hija, señor —siguió orgulloso.

—Es un placer conocerlos —dijo Kennedy con una sonrisa antes de subir los escalones de la parte de atrás de University Hall para saludar a Nathan Pusey, el presidente de Harvard, y a Devereaux Josephs. Mientras tanto, la considerable multitud había empezado a cantar:

—¡Que hable! ¡Que hable!

Kennedy se volvió y levantó las manos para pedir silencio. Cuando lo obtuvo, dijo:

—¡He venido para hablar de sus notas con el doctor Pusey y les aseguro que protegeré sus intereses!

Sin embargo, sus palabras se las llevó el viento —un viento extremadamente frío— y solo los que estaban más cerca de las escaleras le oyeron y se rieron. Sin dejar de sonreír, Kennedy le dio la espalda a la multitud, les estrechó la mano a Pusey y a Josephs, se volvió para despedirse de los congregados y entró en University Hall.

En Hollis 15, Tom Jefferson y Alex Goldman oyeron los vítores a través de la ventana abierta y vieron la multitud de estudiantes que avanzaban por el cuadrante oeste y doblando la esquina de University Hall, que era donde estaba entrando Kennedy. Había cientos de estudiantes, puede que casi un millar, y su número iba en aumento. En cuanto Kennedy estuvo dentro de University Hall, empezaron a congregarse en el cuadrante oeste, delante del edificio. No los había solo de Harvard. Había unas cuantas chicas de Radcliffe, a las que era fácil identificar por el llamativo jersey de colores rojo y amarillo, y muchos otros, que llevaban carteles en los que decía «Bienvenido, Jack», eran de la Universidad de Boston y del MIT. Cerca del University Hall, en Weld, el edificio de aspecto gótico en el que había residido en su día el presidente electo, habían colgado una pancarta en una de las ventanas del tercer piso en la que se leía: «Jack, Weld es un barrio deprimido».

—¿Qué será lo que los deprime? —preguntó Tom—. Pobrecitos niños ricos.

—No jodas, yo también me deprimiría si tuviera que vivir allí —soltó Goldman—. Ese sitio se parece más a una penitenciaría que a una residencia universitaria.

—Tampoco es que esto sea el Plaza.

Con la ventana completamente abierta ahora, en la habitación hacía muchísimo frío. Goldman se echó el vaho en las manos en un vano intento de calentárselas. A diferencia de a Tom, no se le había ocurrido llevar guantes. Como no era él quien tenía que andar con el rifle, no le habían parecido necesarios, pero ahora se arrepentía. Envuelto en una de las mantas de la cama de Chub, se sentó junto a la radio de onda corta para escuchar al Servicio Secreto. Había dos longitudes de onda presidenciales: el canal Baker, que salía de un coche de control del convoy presidencial y que servía para mantener en contacto a Kennedy con Washington; y el canal Charlie, el enlace

de radio entre el coche presidencial y los agentes del Servicio Secreto que estaban dentro de University Hall. Era con la frecuencia Charlie con la que Goldman estaba enfrascado.

Tom apartó la mesa que había colocado junto a la ventana, en la que había estado tumbado en posición de tiro, pero sin el rifle, y se sentó en el suelo junto a Goldman. En un momento dado, cogió el arma y, nervioso, inspeccionó el cielo azul por la mira telescópica. Al cabo de un rato, preguntó:

—¿De verdad vamos a hacer esto?

—Por supuesto que vamos a hacerlo.

—Tan solo quería oírtelo decir, porque, ya que estamos aquí... bueno, ya sabes... —Tom se encogió de hombros.

—Sé adónde quieres llegar, paladín.

—Supongo.

—Y estás loco. Una orden es una orden, ya lo sabes.

Tom corrió el cerrojo del rifle, avistó una paloma en lo alto de un olmo y apretó el gatillo. No había bala en la cámara. Asintió.

—Yo, lo que tú digas, Alex. Tengo claro que solo soy el que aprieta el gatillo.

—Pues no lo parece.

Tom volvió a encogerse de hombros inocentemente.

—Solo era que, ya que estamos aquí... Es lo único que he dicho.

—¿Sabes cuál es tu problema, Tom?

—A ver.

—Que piensas demasiado. —Goldman movió la cabeza de lado a lado.

Tom volvió a descorrer el cerrojo del rifle y a disparar sin bala.

Aunque el arma estuviera descargada, aquello aportó un ligero olor a aceite de armas y a cordita al fresco aire de la habitación, como si hubiera disparado una bala invisible.

—Y deja de jugar con el puñetero rifle, que me estás poniendo nervioso.

—Pues tranquilízate.

Tom encendió un cigarrillo. Ahora que tenían la ventana abierta, ya no le preocupaba que los demás estudiantes del último piso de Hollis Sur fueran a oler su tabaco. Además, no se oía nada por el pasillo. Todo el mundo estaba en el Yard.

—¿Que me tranquilice? —repitió Goldman como burlándose—. Igual es que no has visto la de policía que hay ahí abajo.

—La he visto. Tampoco es tanta como pensaba. Ni tanta como va a

ser necesaria. Entiendo de multitudes. Las estudio. Trabajo con ellas. Las utilizo. Las multitudes son mi cobertura. Cuando has hecho tantos trabajos como yo, acabas sabiendo lo que hará una muchedumbre cuando ve a alguien famoso o cuando oye un disparo. Y, te lo aseguro, ahí no hay policía suficiente para todos los chavales que han venido. Deben de ser unos dos mil, así que olvídate de la poli. Cuando llegue el momento, tendrán todos tanto trabajo cuidando del culo de Kennedy que nadie nos prestará atención.

Goldman sonrió.

—Sí, vale, tienes razón.

—Por supuesto. Tú concéntrate en el canal Charlie, que quiero estar preparado para cuando Kennedy salga por la puerta delantera. ¿De acuerdo?

—No te preocupes por mí —insistió Goldman. Escuchó con atención las voces que sonaban en su oído durante un momento y comentó—: Me pregunto qué estará pasando en ese salón ahora mismo.

—Es una reunión a puerta cerrada. Los procedimientos son secretos. La prensa no puede entrar.

—Lo sé, pero me pregunto de qué estarán hablando.

—Yo creo que están puteados con él. No ha parado de robarles los mejores cerebros de Harvard para su puñetero gabinete. Dave Bell, McGeorge Bundy, Archibald Cox. Y es muy probable que vayan a tener que dimitir de la universidad.

—Pensaba que esta gente podía tomarse un año libre. Un año sabático, ¿no?

—Ajá... pero Kennedy les ha pedido que se queden los cuatro años y Harvard solo proporciona un año de permiso a sus profesores. He estado leyendo al respecto. Ya verás, Alex, se van a quedar con un palmo de narices.

La reunión de enero de la Junta de Supervisores de Harvard se llevaba a cabo en el salón de la facultad, que estaba en el segundo piso de University Hall. Había treinta supervisores en total y se elegían cinco anualmente para que lo fueran durante un periodo de seis años. John Kennedy, miembro de la promoción de Harvard de 1940, era el miembro más joven de la junta, que incluía exalumnos de todas las condiciones sociales: desde montañeros a obispos. En una tarima que se elevaba quince centímetros por encima del cuerpo principal de

supervisores —entre los que estaba Kennedy—, sentados a una enorme mesa redonda hecha de caoba filipina y escudriñados por los retratos de otros exalumnos de Harvard —como Charles Eliot o Henry Longfellow—, cinco miembros *ex officio* del consejo se sentaban de cara a los demás. Estos cinco eran Nathan Pusey, Paul Cabot, David Bailey, James Reynolds y Devereaux Josephs que, como presidente de la junta, logró el orden en la sala con un sencillo:

—¿Comenzamos?

A continuación, el presidente de la Universidad de Harvard, Nathan Pusey, se puso de pie para leer el informe anual del estado de la universidad. Pusey aseguró a los supervisores que había llegado un momento de la historia de la nación en el que el Gobierno y las universidades iban a tener que trabajar juntos.

—Juntos, tenemos que pensar cuál es la mejor manera de que esa relación sea lo más fructífera posible y andar con cuidado a cada paso del camino para proporcionar salvaguardas adecuadas para los intereses autónomos y legítimos de esta relación, y para mantenerlos.

En el texto que había preparado, Pusey solo hacía referencia al presidente electo en una ocasión, cuando hablaba del constante ir y venir de los oficiales de instrucción de Harvard.

—Este proceso natural —dijo— puede que haya tenido recientemente un poco más ayuda de Washington de la que, egoístamente, nos gustaría.

Jack Kennedy sonrió como avergonzado cuando, por un momento, todo el mundo se le quedó mirando; aunque no se arrepentía de haber llamado a esos hombres para que formaran parte de su gabinete. El país necesitaba gente del calibre de Bundy, Bell o Cox más que Harvard. ¡Y él también los necesitaba, maldita sea! ¿Qué mejor manera había de parecer un gran presidente de Estados Unidos que rodeándose de grandes cerebros, de los mejores?

Pusey, que a Kennedy le parecía que se daba un aire al supervisor del edificio de Bowdoin Street, solo que con más pelo, estuvo hablando durante casi media hora. Después, hubo votaciones sobre nombramientos, títulos honorarios y los reglamentos de la Corporación Harvard, compuesta por siete miembros. Kennedy disfrutaba de pertenecer a aquella junta, pero, al mismo tiempo, se alegró de que le hubieran permitido no asistir a los dos comités anteriores de los departamentos de Ciencia Militar y Astronomía. Y también se alegró de que fuera a dejar la reunión antes del informe del departamento de Química. La química le aburría aún más que la

astronomía. Incluso reuniones rutinarias de la junta podían llegar a durar todo el día y, si había una cosa que Jack Kennedy odiaba, eran las reuniones que se alargaban y se alargaban. Cuando por fin estuviera en la Casa Blanca, iba a hacer que ninguna reunión durara más de una hora. La vida era demasiado corta como para pasarla escuchando palabras huecas.

A escondidas, consultó su reloj y vio que casi era mediodía. «Solo un poco más», se dijo a sí mismo mientras se preguntaba cuántos estudiantes habría a esas alturas en el cuadrante oeste de Harvard Yard. Desde luego, por el ruido que hacían, parecía que fueran muchos. Esperó que todo saliera bien.

En general, a Jack Kennedy no le gustaban las multitudes. Lo que más odiaba era que le tocaran, como el imbécil ese de la policía de Cambridge y su hija. Para él, la privacidad y el espacio personal eran muy importantes. Era capaz de sonreír, de estrechar manos y de hacer unos pocos chistes, pero eso era todo. Desde lo que le había pasado a Lyndon en Dallas, cuando la gente les había escupido a él y a la dama Bird, miraba con recelo los grandes grupos de gente y prefería ir en coche a caminar. Y, en el caso de los estudiantes, no había manera de saber de qué eran capaces. Tenía la sensación de que hacía toda una vida que se había alojado en Weld, pero recordaba que, como miembro del Club Spee y del Hasty Pudding, él mismo había llegado a comportarse como un salvaje.

Por fin terminó la reunión y Kennedy buscó con la mirada a John McNally y, a continuación, a sus agentes del Servicio Secreto. A estos últimos los llamaba jocosamente «Liga de la Hiedra», porque la mayoría de ellos eran, precisamente, todo lo contrario: rudos hijos de puta. A veces eran demasiado cautelosos con su seguridad, como cuando habían intentado detener al pobre memo de Joe Murphy, que no pretendía entrar en el apartamento sino para hacerle el desayuno. ¿Qué amenaza podías suponer para el futuro presidente de Estados Unidos armado con dos huevos pasados por agua?

Se levantó, se entregó a los automáticos apretones de manos y permitió que dos agentes se lo llevaran poco a poco hacia la puerta. Mientras miraba a su alrededor, sonriendo —siempre sonriendo—, se fijó en el retrato de Longfellow y, aunque no sabía por qué, excepto, quizá, porque había pensado en robarle algo de *El salmo de la vida* para su discurso a la Legislatura Estatal, se encontró recordando una estrofa en particular de dicho texto: «La vida de los grandes hombres nos recuerda a todos / Que todos podemos hacer que nuestra vida sea

sublime / Y, al marchar, dejar por detrás de nosotros / Huella en las arenas del tiempo». Aquella estrofa le gustaba mucho.

Empezaron a bajar las escaleras. Pusey le estaba diciendo no sé qué de preparar a más gente de Harvard para puestos de responsabilidad política, a lo que Kennedy le respondió que, desde luego, a él mismo no le habría venido nada mal. En ese momento se abrió la puerta delantera de University Hall y el presidente electo salió del edificio y sintió el frío de golpe. Deslumbrado momentáneamente por el sol de mediodía, que relucía por encima de los tejados de Hollis y Stoughton, y aturullado por el rugido de la multitud que había allí reunida, parpadeó una y otra vez y bajó las escaleras vacilante.

Tom Jefferson, que estaba tumbado en un escritorio de Hollis 15, utilizando las persianas como cobertura y con el cañón del rifle apoyado en una de las almohadas de Chub Farrell, apuntó a la figura que salía por la puerta delantera de University Hall. En cuestión de segundos presionó la culata del rifle con fuerza contra el hombro, tensó los músculos de la parte superior del brazo y curvó ligeramente el índice alrededor del gatillo.

La imagen de la mira estaba clara. La cara atractiva, sonriente y bronceada de Kennedy ocupaba casi todo el visor. Tom realizó una inhalación y una exhalación profundas, como siempre hacía, y vio que el punto de mira se movía ligeramente en el puente de la nariz de Kennedy. Aflojó un poco el gatillo. Volvió a apretarlo, hasta justo antes del punto de no retorno. Mantenía el cuerpo completamente quieto, con el punto de mira en la diana. Aguantó la respiración, sin esfuerzo, y apretó el gatillo, intentando ignorar en todo momento el curioso zumbido que sonaba, cosquilleante, en la habitación, como si se tratase del ruido de un enorme grillo mecánico.

El percutor del Winchester hizo un «¡clic!» inofensivo. Tom se sorprendió por un instante al no sentir el habitual retroceso que presagiaba la muerte de la víctima. Calmado, corrió el cerrojo para realizar un segundo disparo y comentó:

—Espero que uno de los dos la lleve cargada. No me gustaría haber hecho todo esto para nada.

—Tú no pares hasta que yo te lo diga.

Alex Goldman enfocó a Tom con la cámara de cine Bolex Rex dieciséis milímetros mientras el tirador apretaba el gatillo de un rifle vacío.

—Lo que usted diga, señor De Mille —murmuró Tom mientras corría el cerrojo una vez más—, pero no me hagas un primer plano, que este no es mi mejor perfil.

Goldman pulsó el botón del potente zum de la Bolex, lo que catapultó la imagen con suavidad por encima de la cabeza de Tom, del cañón del rifle y de la cabeza de casi tres mil estudiantes que, gritando, voceando, empujándose, rompieron el cordón de seguridad y se lanzaron, entusiasmados, hacia el futuro presidente.

—Precioso —murmuró Goldman—. Qué gran plano. Esto es cine en estado puro.

El hombre tenía una toma excelente de la expresión de desconcierto del joven senador y de las caras de susto de los agentes del Servicio Secreto que intentaban abrirse paso a codazos entre la gente para llegar a Kennedy. La escena resultaba tal pandemonio a través del visor que Goldman pensó que daba la sensación de que Tom hubiera disparado de verdad a la cabeza de Kennedy.

El rifle hizo un «clic» inofensivo una tercera vez.

—Van ya tres veces en el centro de la frente —informó Tom—. Si el rifle estuviera cargado, Jack Kennedy estaría más muerto que muerto. Es una pena que no lo esté.

Goldman fue alejando la imagen de Kennedy hasta pasar por la ventana de Hollis 15 y enfocar de nuevo a Tom siguiendo el camino de Kennedy por el Yard. Dejó de filmar y giró el mecanismo de la Bolex a toda prisa. Completamente enrollada, permitía realizar una toma de entre veinte y treinta segundos.

—Aparta la cabeza de la mira un momento —le pidió Goldman a Tom. Este hizo lo que se le pedía y dejó que Goldman rodara a través de la mira Unertl—. Vale, ahora corre el cerrojo. —Tom corrió el cerrojo. Goldman rodó un primer plano del gatillo mientras Tom lo apretaba una vez más—. Lo habrías hecho, ¿verdad? —le preguntó entre risas—. Le habrías disparado de verdad, ¿no? Estás loco, hijo de puta.

—Ya sabes lo que se dice: de perdidos... al río. Además, se folló a mi esposa, ¿no? Si esa no es una buena razón para matar a una persona, ya me dirás tú. ¿Cuánto tiempo voy a tener que seguir haciendo esto? Empiezo a sentirme idiota.

—¿Quién dirige la película, eh? ¿Tú o yo? Una toma más, ¿vale? —Goldman rebobinó la cámara de nuevo.

Tom corrió el cerrojo una cuarta vez y apuntó a la parte superior de la oreja de Kennedy durante un segundo; luego, al nudo de su

corbata de lana azul.

—Desconoce por completo la suerte que tiene —comentó el francotirador mientras apretaba el gatillo una vez más—. Sí, señor Kennedy, ha sido usted hoy un hijo de puta afortunado.

—Vale, es suficiente. Yo diría que, a estas alturas, ya debo de tener entre dos y tres minutos de metraje.

Tom dejó el rifle en el suelo, bajó del escritorio y soltó un gemido de cansancio.

—¡Dios!, yo diría que es peor hacerlo así que de verdad. Me siento vulnerable haciendo esto sin munición. ¡Como si estuviera desnudo!

—Que no tengamos balas es la única manera de garantizar que no nos sienten en la silla si nos cogen —dijo Goldman al tiempo que se apoyaba en el escritorio para tomar un último plano de la nuca de Jack Kennedy mientras el Servicio Secreto lo escoltaba por una entrada lateral del Massachusetts Hall, que estaba enfrente, para escapar de los estudiantes en un dramático cambio de planes—. Fíjate qué desbarajuste. Otra gran cagada del Servicio Secreto.

Tom volvió a dejar el rifle detrás del armario y, una vez más, se aseguró de que era imposible verlo.

—Es la primera vez que me pagan por no volarle la cabeza a alguien —remarcó.

—Te olvidas de lo de Castro. Te quedaste con la pasta de Giancana. En cualquier caso, creo que deberías estar orgulloso de ti mismo.

—¿Eso por qué lo dices? Esto podría ser fatal para mi reputación.

—Si este plan funciona, podríamos impedir una guerra. —Goldman acabó de grabar y metió la gran Bolex en su caja de cuero—. Venga, recojamos esto lo antes posible y larguémonos mientras aún hay gente ahí abajo.

Goldman levantó las tablas para guardar la radio, mientras que Tom arrastró el escritorio hasta su posición original y volvió a poner los libros y los papeles tal y como estaban en un principio. Goldman atornilló las tablas y volvió a taparlas con la alfombra. Luego, hicieron las camas. Para acabar, ambos se acercaron a la puerta y examinaron Hollis 15.

—Las persianas —soltó Goldman, que se acercó a cerrarlas.

Afuera, el grueso de los estudiantes estaba agrupado delante de Massachusetts Hall vociferando:

—¡Que salga Jack! ¡Que salga Jack!

—Todo parece igual que estaba cuando entramos —dijo Tom—, espartano.

—A mí también me lo parece —dijo Goldman, que abrió la puerta.

Fuera, en Harvard Yard, aún reinaba el caos. Mientras los estudiantes entonaban cánticos una y otra vez para que Kennedy saliera y diera un discurso, los agentes del Servicio Secreto acercaban tres coches por la hierba hasta la parte delantera de Massachusetts Hall desde el camino de cemento que daba a la puerta principal.

Goldman sacó la Bolex una vez más, la rebobinó, comprobó la exposición y la velocidad y se abrió paso por entre la multitud con la intención de hacer una última toma, en este caso, de la salida de Kennedy. Tom le siguió gritando:

—Pero ¿qué haces? ¡Larguémonos de aquí cuanto antes, joder!

Dos vehículos flanquearon la limusina de Kennedy, que estaba aparcada junto a la puerta del edificio. Una triple línea de policías empezó a rodear los coches.

—¿Que qué hago? —respondió Goldman mientras buscaba un buen plano de la multitud y de los coches y de la policía que aparecían en el visor—. ¡Ruedo una película, por amor de Dios, y, para hacerlo bien, tienes que construirla alrededor de un guion! ¡Tienes que mantener el interés en la historia mezclando escenas largas y escenas cortas! ¡Para conseguir ese toque a lo Lubitsch tienes que llevar a la gente a tu idea central! ¡Tienes que utilizar una gran variedad de tomas para crear suspense! ¡Para que el público te siga!

Se oyó una gran ovación y Goldman acercó la imagen a la puerta principal mientras Kennedy y sus agentes salían a toda prisa del edificio y entraban en los coches.

—¡Ese es mi chico! —dijo Goldman sonriendo.

El hombre mantuvo la toma y siguió la escena con el zum cuando, poco después, los cuatro coches fueron saliendo por Johnson Gate a Massachusett Avenue. Finalmente, el convoy de Kennedy estaba de camino al Centro Dramático Loeb, que se encontraba en Brattle Street. Goldman consultó su reloj: la una en punto.

—Pues sí —añadió—, todo lo que ruedas tiene que estar conectado con el argumento. El problema de la mayoría de las películas es que la gente se olvida de contar una historia. No obstante, eso es lo más importante. La historia lo es todo.

Cuando estuvieron a salvo en el apartamento de Center Street, Tom preparó café caliente y sándwiches para ambos y, mientras Alex revelaba la película, vio *The Guiding Light* por la televisión. Durante un

rato incluso cerró los ojos y echó una cabezada. Estaba agotado. El asesinato de pega había sido tan cansado como si lo hubieran llevado a cabo de verdad. ¡Más incluso! La sensación de decepción era tan grande que había momentos en los que le costaba sobrellevarla. Además, aquello no había acabado aún. Ni de cerca.

Aproximadamente una hora más tarde, a eso de las dos y media, Alex salió del cuarto oscuro con un pequeño carrete de cinta revelada en la mano.

—¡Aquí está! —anunció triunfante—. ¡La estampida de hoy!

Tom se puso de pie, cogió el carrete e inspeccionó parte de entre los doce y quince metros de película de dieciséis milímetros que Alex había rodado con la Bolex Rex y por los que tanto habían arriesgado.

—¿Cuándo podremos verla? —preguntó, pero Goldman ya estaba desenrollando una pantalla de un metro.

—No va a haber mejor momento que este. Ahora bien, tienes que comprender que este pequeño clásico del cine está sin editar. El laboratorio tendrá que hacer una copia antes de que podamos cortarlo en pedazos.

Tom apagó la televisión. Goldman colocó la película en un proyector Bell & Howell, corrió las cortinas y, luego, se sentó en el sofá. Ambos vieron el cortometraje varias veces y Goldman no dejó de hacer comentarios favorables sobre su trabajo de cámara.

—Hay que reconocer que ha quedado realmente bien —declaró—. ¡Parece que sea yo el puñetero Alfred Hitchcock! Buena iluminación... buen encuadre... ¡y no es porque yo lo diga! Es una cámara de la hostia la Bolex. Ojalá tuviera sonido.

—Eso ya lo hablamos y coincidimos en que la Fairchild era demasiado complicada.

—El color está bien. Kennedy y tú dais muy bien en cámara. Sabía que él era fotogénico, pero tú también sales muy bien. Quizá debieras haber sido artista de cine. Desde luego, hay que reconocer que la presencia la tienes.

—Es por el rifle. Las armas te dan un algo especial. —Tom encendió un cigarrillo—. Pero ¿y qué me dices de ti? Tú también has equivocado el camino. Cuando vuelvas a Miami podrías dedicarte a rodar películas pornográficas.

—Sí, podría. —Goldman miró su reloj de pulsera luminoso—. Y, hablando de pelis porno, ¿dónde demonios están esas dos? Pensaba que a estas horas ya habrían llegado. Tenemos que coger un avión.

—Ya llegarán. Tú tranquilo, que aún queda mucho tiempo.

—Vale, vale. ¿Quieres ver la peli otra vez?

—Vela tú, que yo voy a echar una meada.

Tom fue hacia el cuarto de baño, pero, a mitad de camino, cuando iba por el pasillo, se metió en la habitación de Alex y rebuscó a toda prisa en los bolsillos de su abrigo y en su maletín. En vez de los tres billetes para Miami solo encontró uno, a nombre de Alex Goldman. También encontró una Walther automática con silenciador. Desde luego, Goldman no tenía planeado llevar a Edith y a Anne a Miami. A Tom le pareció que lo que Goldman tenía planeado era dispararles en el coche, muy probablemente en el aparcamiento de Logan.

Tom volvió a la sala y se quedó en la parte de atrás de la estancia, en las sombras, viendo la parpadeante película.

—Si de verdad lo hubieras hecho —empezó a decir Alex—, si de verdad hubieras realizado el disparo, yo diría que esta se convertiría en la película más famosa de la historia.

—Sí, yo también lo creo.

—Me pregunto si habríamos logrado salir de allí en caso de haberle matado.

—Por supuesto. ¿Con todos esos estudiantes? Habríamos sido como lo que el viento se llevó. —Tom hizo una pausa—. ¿Cuándo vas a llevarla a Tampa?

—Le dije a Ameijeiras que se la entregaría pasado mañana.

—Alex —Tom procedió con cuidado—, vas a cuidar de esas dos muchachas, ¿verdad? Te vas a asegurar de que están bien cuando lleguen a Miami.

—Por supuesto que voy a encargarme de ellas.

Tom hizo una pausa.

—Eso es lo que me temía —musitó.

—¿Hum?

—Creo que la película voy a llevarla yo a Tampa, Alex.

—¿Cómo has dicho, paladín?

La película acabó y Alex se volvió para mirar a Tom con aquella luz blanca del proyector Bell & Howell, pero se encontró con el silenciador de su propia automática.

—Por Dios, Tom, ¿a qué viene esto? —le preguntó Alex sonriendo.

Pero Tom no respondió. ¿Qué iba a decir? ¿Era por venganza? ¿O era por otra razón? Una precaución necesaria. Puede que, si lo analizaba bien, hubiera un poco de ambas.

—Dios mío, Tom, ¿qué es lo que pretendes?

—Ya sabes que estoy dispuesto a todo, como en *Revólver a la orden*

—respondió Tom justo antes de disparar dos tiros muy seguidos.

La primera bala alcanzó a Goldman en la garganta, justo debajo de la nuez, y, mientras el impacto giraba su cuerpo hacia el sofá, el segundo disparo le alcanzó en la espalda, entre los omoplatos. Por un momento, dio la sensación de que Alex Goldman estaba demasiado sorprendido como para moverse. Tenía la boca abierta, a medio camino de pronunciar una palabra, y, después, poco a poco, se deslizó en silencio hasta el suelo y allí permaneció muy quieto.

Tom se inclinó sobre el cuerpo y presionó el cuello ensangrentado de Goldman con dos dedos en busca de pulso. Como encontró latido, aunque débil, se puso de pie y disparó al hombre a la nuca a quemarropa.

Tres disparos: uno por Mary, otro por Edith y otro por Anne. Tom suspiró y tiró el arma en el sofá, que estaba salpicado de sangre.

—Lo siento, Alex, pero creo que es mejor que sea yo quien lleve a las muchachas al aeropuerto. Por si acaso. Me gusta Edith; me gusta mucho, la verdad, y no quiero que le pase nada malo. No quiero que le pase nada como lo que le pasó a Mary.

27

EL MEMORANDO DE CUBA

Cinco días después, Raúl Roa, el ministro de Exteriores cubano, envió un pequeño paquete al presidente electo de Estados Unidos a la Casa Blanca, a Washington. En el paquete había un corto memorando escrito personalmente por Roa y unas «muestras probatorias», que era como se refería a ellas en el memorando. Igual que siempre, el Servicio Secreto se quedó el paquete para examinarlo y, después, destruyó todo su contenido, incluyendo el memorando. Un segundo paquete idéntico, enviado a Dean Rusk, el nuevo secretario de Estado, sufrió el mismo final a manos de la misma gente, que estaba muy avergonzada. A Allen Dulles, de la Agencia Central de Inteligencia, le enviaron un tercer paquete idéntico al primero que interceptó, rutinariamente, la División de Seguridad. El paquete acabó en el escritorio del coronel Sheffield Edwards que, después de comprobar su contenido, envió a una serie de agentes, incluido Jim O'Connell, a la Universidad de Harvard.

O'Connell informó a Washington en la tarde noche del 19 de enero. En cuanto Edwards escuchó el informe de su subordinado, telefoneó a Richard Bissell a su casa, en el Parque Cleveland, cerca de la catedral de Washington, pero le dijeron que el señor y la señora Bissell habían salido a la Gala Previa a la Toma de Posesión, un espectáculo de variedades que se celebraba en el Armory y que dirigía Frank Sinatra. Edwards llamó al Armory y esperó varios minutos mientras uno de los ayudantes de Bissell intentaba dar con él. Durante ese tiempo casi oyó todo el «Give Him the Oo-La-La» de Ethel Merman, que había sonado en todas las galas de Washington y fiestas de Georgetown a las que Edwards había asistido. Por fin Bissell se puso al teléfono y al oír lo que Edwards tenía que decirle organizó una reunión en su despacho a las ocho de la mañana del día siguiente.

Esa noche cayeron veinte centímetros de nieve en Washington, lo que convirtió el conducir en algo prácticamente imposible. A las siete de la mañana del 20 de enero de 1961, mientras Edwards avanzaba

muy despacio por la traicionera carretera que llevaba de su casa al despacho de Bissell, que estaba en la calle L, tres mil soldados se afanaban ya con quitanieves y palas excavadoras para cargar toneladas y toneladas de nieve en setecientos camiones del Ejército en un esfuerzo por poner en marcha la capital. El cielo estaba azul y el sol brillaba, pero hacía un frío inusual hasta para Washington, donde no es normal ver temperaturas de –10 ºC. No obstante, este no era frío suficiente para impedir que hubiera miles de personas en el Mall, de la Casa Blanca al memorial de Lincoln; personas que estaban allí para ver cómo John F. Kennedy se convertía en el trigésimo quinto presidente de Estados Unidos. Muchas de esas personas habían pasado la noche a la intemperie y estaban tan decididas a presenciar la inauguración que algunas de ellas incluso habían encendido hogueras. Conduciendo por la nieve y dejando atrás estos fuegos y a la multitud de personas tapadas con mantas y con aspecto de indigentes, Washington casi parecía primitivo, como si un repentino ataque nuclear hubiera devuelto al país a la Edad de Piedra. Aquello sirvió para que Edwards se sintiera raro e incómodo, como si todo a su alrededor se estuviera desencolando.

Eran las siete y media de la mañana cuando Edwards llegó al despacho de Bissell. O'Connell ya estaba allí, igual que Doris Mirage, la secretaria de Bissell, y, juntos, habían preparado el proyector cinematográfico y la pantalla abatible. Poco a poco fueron llegando los demás: Barnes y Bross, cansados aún por la fiesta de la noche anterior; Flannery después; y, por fin, el propio Bissell, que no parecía que se hubiera quedado en la gala hasta que se había marchado Kennedy, a las tres de la madrugada.

Edwards se hizo cargo de la reunión de inmediato. Explicó las circunstancias en las que había llegado el paquete y que a Allen Dulles aún no le habían contado cuál era el contenido. También añadió que estaba al tanto de que el Servicio Secreto había interceptado dos paquetes idénticos que, según su fuente en el Departamento de Estado, había destruido sin miramientos. A continuación, Edwards procedió a leer el memorando cubano:

> Desde enero de 1959 y la derrota de la dictadura de Batista, el pueblo democrático de Cuba ha sufrido una campaña vil, criminal e injusta con el objetivo de derrocar la República Popular. En los dos años de existencia de la república cubana, el Gobierno de Estados Unidos y sus agencias de seguridad han permitido, tramado, animado y ejecutado varios intentos de asesinato contra el primer ministro de Cuba, el doctor Fidel Pino Santos Castro. El pueblo cubano no

está compuesto por salvajes ni por criminales, sino por la gente más sensible del mundo y tan solo queremos vivir en paz con nuestros vecinos, Estados Unidos de América. El propio doctor Castro cree que nada ni nadie puede hacer descarrilar la revolución y que su muerte solo serviría para reforzar la resolución de los cubanos por vivir como ellos quieren, no como se le antoja al Gobierno de los Estados Unidos. En cualquier caso, el pueblo cubano adora al doctor Castro y en el nombre de la paz, de la libertad y de las leyes internacionales le pide que cesen de inmediato todos los intentos de asesinar al Líder Máximo, o, de lo contrario, el presidente John F. Kennedy también morirá asesinado. De hecho, ya estaría muerto si no fuera por la buena voluntad del Primer Ministro y el tan noble pueblo de Cuba, tal y como dejan claro las muestras probatorias que acompañan a estas palabras. Si la actual campaña de agresión homicida contra nuestro Primer Ministro o el Gobierno de la isla continúa, no les quepa duda de que esa buena voluntad desaparecerá. Es decir, que el presidente John F. Kennedy no será tan afortunado una segunda vez. Vean la película y tengan presente lo cerca que ha estado de morir y, después, consideren con cuidado si quieren que vuelva a encontrarse en esa situación. Este memorando no es una amenaza, sino que pretende hacernos pensar y recordar. La salud y la felicidad del presidente Kennedy, que nosotros le deseamos de corazón, está en sus manos.

Atentamente,
Raúl Roa, ministro de Exteriores de Cuba

Edwards dejó a un lado el «memorando cubano», que es como habían acabado llamando todos al documento, y le hizo un asentimiento de cabeza a O'Connell, que se puso de pie y, corriendo las cortinas, hizo que la fuerte luz del sol dejara de inundar la estancia. Con la habitación a oscuras, Edwards puso en marcha el proyector Wollensak y se acomodaron todos para ver en silencio la película de Alex Goldman.

Cuando acabó el pase hubo un largo silencio hasta que Bissell dijo:

—Jim, por favor, ¿podríamos verla de nuevo?

O'Connell descorrió las cortinas y, mientras rebobinaba la película de dieciséis milímetros, Edwards aprovechó para decir:

—A la película le acompañaba esto, una bala del calibre 30 con un acelerador que los francotiradores utilizan para conseguir que las balas adquieran mucha más velocidad. También había un ejemplar del *Boston Globe* que describía la visita de Kennedy el día 9 de enero a la Universidad de Harvard, que es donde se rodó la película. Hemos conseguido identificar el lugar desde el que está rodada la película como la residencia universitaria Hollis Hall. El agente O'Connell la visitó ayer y, durante la búsqueda en la habitación número 15, encontró un rifle Winchester del calibre 30 que estaba escondido

detrás de un armario y que creemos que es el rifle que aparece en la película. Los dos estudiantes que ocupan dicha habitación no estuvieron en Harvard el fin de semana anterior a la visita de Kennedy ni tampoco la mañana de la susodicha visita. Les hemos interrogado y tienen coartadas sólidas y, aunque algunos de los hechos que les afectan hay que analizarlos todavía, estamos prácticamente seguros de que no tuvieron nada que ver en la trama para asesinar... o, mejor dicho, para no asesinar al presidente Kennedy.

»Estamos casi seguros de que la persona que aparece en la película es Tom Jefferson. A Alex Goldman, el agente del FBI que enviamos para que diera con Jefferson y nos lo trajera lo encontraron muerto en un apartamento de Cambridge hace unos días. Lo más probable es que fuera Jefferson quien lo asesinó. La conexión habla por sí misma. No obstante, la identidad del cámara sigue siendo un misterio. ¿Listo, Jim?

O'Connell asintió y volvió a correr las cortinas. Luego, puso en marcha el proyector.

Esta vez, mientras veía la película, Bissell comentó:

—¿Podría ser falsa la cinta, Sheff? Este tipo de cintas también se pueden trucar, ¿no?

—Yo también lo pensé, señor, así que le pedí a un experto del Servicio Técnico que la examinase. Después de analizarla, me explicó que, a pesar de que era evidente que la película estaba editada, no tiene características anómalas que le lleven a pensar que está trucada. No hay errores de alineación, no hay inconsistencia en las sombras del suelo, no hay anomalías de magnificación, nada. La película es completamente real, señor.

—En cuyo caso —empezó a decir Bissell entre suspiros— los cubanos habrían podido hacerlo con facilidad. Matar al presidente, me refiero.

—Filmarlo y hacerlo son dos cosas muy diferentes —objetó Tracy Barnes—. Para realizar el disparo se necesitan huevos.

—No creo que a estos dos les falten huevos precisamente —dijo Bissell—. Aunque los habrían matado sin lugar a duda si el Servicio Secreto hubiera estado haciendo bien su trabajo.

—Pero como es evidente que no era el caso, está claro por qué se deshicieron de la película y del memorando —apuntó Flannery—. ¿Está seguro de que el presidente no ha visto la película, Sheff?

—Bastante seguro.

La película se acabó una segunda vez. O'Connell volvió a abrir las

cortinas y volvió a su asiento. Recordaba la cara de asombro de Chub Farrell y Torbert Winthrop cuando encontró el rifle en su habitación de Hollis Hall y sonrió. Estaban aterrados. Y era muy probable que siguieran estándolo.

—Interesante —musitó Bissell, que consultó su reloj—. En menos de cuatro horas, John F. Kennedy tomará posesión de su cargo de presidente de Estados Unidos, pero está claro que bien podría haber sido a Lyndon Johnson a quien estuviéramos nombrando presidente esta mañana.

—Esa sí que sería buena —comentó alguien—. Tener a Lyndon B. Johnson en la Casa Blanca sería como tener a John Wayne a cargo de la política de Exteriores.

—Sería mejor que Kennedy —dijo otro.

—Quiero que sepan —empezó a explicar Bissell— que, anoche, el presidente Kennedy vino a decirme que sucederé a Allen Dulles como director de la CIA.

—¡Felicidades, señor! —le dijeron Barnes y Bross.

—Dadas las circunstancias, yo diría que es un poco pronto para felicitaciones. Como es evidente, me siento leal a la persona, pero, a un tiempo, ahora mismo tengo que pensar en esta agencia. Así que la pregunta es, ¿qué hago con esta información? ¿La considero una comunicación interna y la mantengo en secreto en esta agencia o se la revelo al presidente y a sus asesores de seguridad? ¿Qué piensan ustedes?

—Si se lo decimos al presidente, es muy probable que tenga impacto en el proyecto JMARC —opinó Barnes—. Ahora mismo, Kennedy está de acuerdo con los planes para invadir Cuba y deshacernos de Castro, pero no se puede saber lo que pasaría si se le informa de esto. Al fin y al cabo, es un ser humano. Si fuera a mí a quien le apuntaban con el rifle es muy probable que cambiara de opinión y dijera: «Bueno, pues dejémosles en paz. Por mucho que sea comunista, Castro podría haberme matado y no lo hizo. Lo único digno que podría hacer un caballero sería poner fin al programa AMTHUG». Yo creo que lo cancelaría todo, señor. Incluso la invasión. Todo. ¿Y dónde nos dejaría a nosotros eso? Porque un Directorio de Planes sin planes... no se puede considerar un directorio.

—Opino igual —dijo Bissell—. Además, si el Servicio Secreto ya se ha deshecho de esta información porque demuestra su incompetencia, yo creo que este asunto no es responsabilidad nuestra. Lo cierto es que esto era cosa suya, no nuestra, y ellos se han deshecho de las pruebas.

Si decimos algo nosotros, vamos a molestar a todo el mundo.

—Pero tampoco podemos ignorarlo —comentó Bross—. ¿Qué pasa con la seguridad del presidente? Si seguimos adelante con los planes de invadir Cuba y volvemos a poner en marcha otro intento de asesinato de Castro, ellos podrían ser fieles a su palabra y asesinar a nuestro presidente. ¿Qué haríamos entonces?

—No, no podemos ignorarlo sin más —dijo Bissell— y no vamos a hacerlo. Hablaré con Gerald Behn, que está en la Casa Blanca. A ver si él puede espabilar a su gente del Servicio Secreto y quitarle de la cabeza al presidente eso de los paseítos por Harvard Yard y sitios por el estilo. Que se aseguren de que, a partir de ahora, solo va en la limusina presidencial. Conozco a Gerald, y mucho me equivocaría si no hubiera trazado algún plan así ya. No obstante, que yo le hable del tema podría animarle a ir un poco más allá. Puede que lo que se necesite en el Servicio Secreto sea sangre nueva. Nuevos procedimientos. Algunos de los agentes son tan viejos como yo. Aunque tampoco creo que tengamos que estar alarmados en exceso, John. Tal y como ha dicho Tracy, disparar de verdad es muy diferente de hacer una película al respecto. Ahora bien, tengo que admitir que, después de ver la película y de saber cómo lo han llevado todo a cabo, siento que debemos respetar al Servicio de Inteligencia cubano. Ha sido una operación muy habilidosa. Demuestra lo que se puede hacer con un par de huevos y con unos pocos conocimientos, ¿eh, Sheff?

—Sí, señor, demuestra lo que se puede hacer.

A Sam Giancana también le interesó lo que se podía hacer cuando, menos de tres meses después de que Kennedy tomara posesión del cargo, Johnny Rosselli se reunió con el gánster de Chicago para contarle lo que había descubierto sobre el golpe contra el presidente que no se había llevado a cabo a partir de las conversaciones que había mantenido en Washington y en Las Vegas con O'Connell y Maheu.

—Al parecer, Jefferson tuvo a Kennedy en la mira telescópica —dijo Rosselli—. Por lo visto, en la película llega a apretar el gatillo tres o cuatro veces antes de que la cámara acerque la imagen a la cabeza del presidente. Como si se tratara de una bala. Me han dicho que la película estaba muy bien hecha.

—Me encantaría verla —admitió Giancana—. Jefferson los tiene bien puestos. Siempre lo he pensado. Si estuviera aquí, creo que le

estrecharía la mano. Qué pena que no lo hiciera de verdad, ¿eh?

—Así es, porque, ahora mismo, la cosa ha cambiado mucho —admitió Rosselli.

Estaban sentados en una cabaña que había junto a la piscina, en el hotel Fontainebleu, en Miami. Giancana había ido a la ciudad para ver a Phyllis McGuire y a sus hermanas actuar el 3 de abril en el Cavalcade Theater, que tenía una capacidad para cuatro mil personas. Sin embargo, los planes para volar a Nueva Orleans al día siguiente para tener una reunión con Carlos Marcello, jefe de la mafia local, había tenido que cancelarlos debido al arresto de este y a su deportación a Guatemala. Giancana aún estaba muy impactado por lo que le había sucedido al otro gánster.

—¡Ese cabrón de Kennedy...! —gritó Giancana echando humo—. En vez de dejarnos en paz, que es lo que se suponía que iba a hacer, Bobby no ha dejado de sumar pesos pesados al Departamento de Justicia y a la sección de crimen organizado. Ahora tiene cuatro veces más abogados que antes en el departamento, en comparación con el año pasado ¡y Bobby ahí, dirigiéndolo todo! Silberling. He oído que es quien ha hecho la lista en la que aparecemos todos. Supuestamente. Y Carlos Marcello estaba arriba del todo.

Rosselli movió la cabeza de lado a lado.

—Marcello saldrá de esta. Ya verás. Ha sido una deportación ilegal. Que el Departamento de Justicia haya hecho algo así ha sido un escándalo. —Le dio un sorbo a su Smirnoff con hielo—. Sus abogados lucharán en los juzgados y vencerán. Igual que venciste tú la otra vez.

—Sí... pero ¿quién va a ser el siguiente paciente ambulatorio? ¿Tú? Porque yo nací en Chicago, pero ¿tú, Johnny Sacco? Como descubran que tu certificado de nacimiento es una falsificación y dónde naciste realmente, estos cabrones podrían intentar deportarte a Italia.

—Te lo aseguro, Sam, llevo varios días dándole vueltas al tema.

—Es que no sé... No sé... Creía que teníamos un trato con ese irlandés de mierda, ¡pero mira! ¿Qué dice Frank al respecto?

—Oh, Frank está muy avergonzado. Cree que estás enfadado con él.

—Así que tiene cargo de conciencia, ¿eh? Ahora me dice esto, ahora me dice lo otro... Me asegura que ha hablado con Bobby, ahora que no, que ha hablado con Jack... No sé qué creer.

—Para ser sinceros, Momo, yo diría que Frank tampoco lo sabe, pero así es la gente del mundo del espectáculo. Son montones de mierda. Dicen una cosa y hacen la otra. Son unos ilusos. La mayoría

de ellos viven en un mundo de fantasía. Fíjate en Marilyn. Se cree que camina sobre las aguas. Frank sigue pensando que puede ser embajador. ¡Joder!, pero si es el único que lo piensa. Los de la Liga de la Hiedra no permitirían en la vida que Jack hiciera algo así. Irán a tu Gala Previa a la Toma de Posesión, pero te joderán bien antes de llegar a casa. Así es esa gente. Te follan como a una puta y se piran. Esa gente promete y promete, pero solo hasta que te la mete.

—¿Y tú, Johnny? —preguntó Giancana—. Fíjate, tanto trabajar para la CIA y ahora los federales están intentando darte por el saco. Y todo por haber intervenido el teléfono de Dan Rowan.

A Rosselli le había llegado que el FBI estaba a punto de reabrir un caso sobre su nacionalidad que llevaba años en un cajón.

—¿Es eso justo? —exclamó Giancana.

—Adoro Estados Unidos, Sam. Se ha portado bien conmigo. Yo tan solo intentaba devolverles un poco, ¿comprendes?

—Tendríamos que habernos decantado por el trato con Nixon.

—Nosotros siempre hemos sido demócratas, Momo.

—Sí, pero Nixon se viste por los pies. En él se puede confiar. Cuando Nixon hace un trato, se ciñe a él. Como nosotros. La próxima vez, deberíamos apoyar a Nixon.

—Creo que, después de todo, Jefferson tendría que haber matado a Kennedy. Por lo menos, ¡no nos encontraríamos en esta situación!

—Qué razón tienes. ¿Todavía están convencidos de llevar adelante la chorrada esa de la invasión?

—Convencidísimos. Algo he oído del 17 de abril. En un punto del sur de la costa, la bahía de Cochinos.

—Y, teniendo en cuenta lo que ha pasado con Carlos, ¿siguen esperando que asesinemos a Castro por ellos? ¿Así, sin más? ¿Cómo si nada hubiera pasado?

—Se supone que no lo sabemos, pero toda la invasión esta de los cojones se fundamenta en eso. Tony Varona, un médico que conozco, va a envenenarle.

Giancana hizo una pausa y encendió un cigarrillo.

—No. Se acabó —dijo un instante después—. Es de eso de lo que quería hablarte. Dile al matasanos ese que lo deje.

—¿Y eso?

—Acabo de decidirlo. Se terminó, Johnny. Punto final. ¿Me has entendido? La mierda esta de Castro... nos desmarcamos.

Rosselli sabía que era mejor no discutir con Sam Giancana.

—Lo que tú digas, Sam.

—¿Por qué íbamos a ayudarles, Johnny, si ellos no nos ayudan a nosotros?

—Aunque de mala gana, no me queda otra que mostrarme de acuerdo contigo. Es muy probable que tengas razón.

—¡Por supuesto que tengo razón! —Giancana se rio con amargura —. Asegúrate de que al médico ese le queda bien claro. Se acabaron las apuestas. ¡A la mierda la CIA! ¡Que le jodan a Jack Kennedy!

—Entendido, Sam. Se lo diré. Si es lo que quieres...

Giancana se echó a reír de nuevo.

—Es lo que quiero, sí. Lo decidí anoche, a decir verdad, después de lo que le hicieron a Carlos. Ya verás la sorpresa que se van a llevar cuando vean que no hemos atentado contra Castro.

—Desde luego, va a ser la mayor que se haya llevado el mujeriego del presidente. Es muy probable que le vaya a tocar los cojones. A ver si se presenta a la reelección cuando la haya cagado con esto. — Rosselli sonrió mientras se lo imaginaba—. ¿Sabes, Sam?, esta nueva perspectiva empieza a gustarme mucho.

—Pero no se lo digas, que no quiero estropearles la sorpresa. Tú sigue entreteniéndolos, que eso es lo que mejor se te da.

—¡Claro, claro! Como tú quieras, Sam. Además, esa invasión está condenada al fracaso. ¡Pero si solo van a enviar unos mil quinientos hombres!

—¿Solo? ¡Dios bendito! Putos irlandeses. ¿Qué creen que pueden hacer con tan pocos soldados?

—Y la mayoría son cubanos. No hay un solo marine entre ellos. Kennedy da por hecho que el asesinato de Castro y la arribada de tropas provocarán una revuelta en todo el país.

—¿Y tienen apoyo aéreo?

—Depende del asesinato de Castro. Si no hay cadáver, no hay bombas.

—Pues pobres los de infantería... Suena a que va a ser una masacre.

—¿Y qué más da? ¡Pero si son proxenetas y traficantes! Gente imbécil y machista. La mayoría de ellos solo sabe utilizar la navaja automática.

—Estupendo, porque eso hará que Kennedy sea muy impopular entre la comunidad cubana.

—Ya te digo, Momo. Su nombre no va a valer una mierda, te lo aseguro. Es muy probable que no se atreva a pisar Florida nunca más.

—Aun así, los Kennedy deben de sentirse muy arropados en la

Casa Blanca.

—¿A qué te refieres?

—Al hecho de que hayan vuelto a ordenar el asesinato de Castro. ¿Acaso no les preocupa el memorando de Cuba?

—Es que no saben nada al respecto, Momo. ¿No te lo he dicho? Los del Servicio Secreto no le han comentado nada porque sabían que iban a quedar como un puñado de inútiles y la CIA tampoco ha dicho nada porque ha considerado que no era asunto suyo y porque no quería que Kennedy se echara atrás con lo de la bahía de Cochinos.

Giancana se echó a reír.

—Será una broma —dijo.

—No, no, en absoluto.

—En ese caso, puede que, después de todo, en efecto, la vida sea justa.

—¿A qué te refieres?

—Piénsalo. ¿En quién coño pueden confiar? No pueden confiar en la CIA. No pueden confiar en el Servicio Secreto. ¿En quién entonces... en Hoover? —Giancana negó con la cabeza—. ¡Ni por el forro! No pueden confiar en nadie. Ni siquiera en su viejo, en Joe el Contrabandista. Porque nadie confía en ese cabrón.

—Acabas de acertar en la diana.

—Como Tom Jefferson. Él también acertó en la diana. Y justo en el centro. O estuvo a punto. Estuvo a punto y consiguió huir. La palabra esa tuya con uve, Johnny.

—Viabilidad.

—¡Eso! Hizo que vieran que era viable. Que vieran que se puede hacer; si es que necesitas hacerlo, claro. Demostró que es posible.

Rosselli sonrió y dijo:

—Momo, esto es Estados Unidos. Aquí todo es posible. Todo. Además... siempre hay una próxima vez.

PHILIP KERR
BERNIE GUNTHER

1. Violetas de Marzo

Berlín, 1936. En pleno auge del poder de Hitler, Bernie Gunther es un detective privado que ha dejado atrás su pasado en el cuerpo de policía. Un empresario le encarga la búsqueda de un collar de diamantes que está manchado de sangre. La investigación pronto se desvela como algo más que un simple robo. Hay redes muy poderosas que extienden sus tentáculos por todas partes.

2. Pálido criminal

Un asesino en serie anda suelto por las calles de Berlín. Es 1938 y Reinhard Heydrich obliga al detective privado Bernie Gunther a colaborar con la policía para atrapar al peligroso criminal. Desgraciadamente, son tiempos oscuros durante el apogeo del nazismo y la caza va a superar todas las expectativas de maldad que se pudieran esperar.

3. Réquiem alemán

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, el corazón de Europa se convierte en un escenario en el que se va a desarrollar la Guerra Fría. Bernie Gunther acepta un caso que lo va a sumergir en un mundo que se mueve entre las atrocidades cometidas en la guerra y las luchas por el poder de los servicios de inteligencia de las nuevas potencias mundiales.

4. Unos por otros

Alemania en 1949 se ha convertido en un caos. Bernie Gunther ha dejado atrás el peligroso Berlín y poco a poco intenta asentarse como detective privado en Múnich. Ha recibido el encargo de una mujer de seguir el rastro de su marido. Un trabajo aparentemente sencillo que se complica porque el hombre buscado es un escurridizo criminal de guerra.

5. Una llama misteriosa

Tras haber sido acusado falsamente de ser un criminal de guerra, Bernie Gunther tiene la posibilidad de escapar a Buenos Aires. Allí se ha cometido el brutal asesinato de una chica. La policía tiene pocas pistas y recurren al detective berlinés para resolver el caso. Puede que alguno de los alemanes emigrados a Argentina tras la guerra esté detrás de ello.

6. Si los muertos no resucitan (Premio RBA de Novela Policiaca 2009)

En 1934 ya se notan los cambios que se han producido tras el ascenso de los nazis al poder. Por entonces, Bernie Gunther ha abandonado la policía y es detective del famoso hotel Adlon, en Berlín. Mientras trabaja allí se asocia con una periodista estadounidense para investigar la profunda corrupción que avanza imparable hasta las altas esferas del gobierno alemán.

7. Gris de campaña

Harto de espiar a un mafioso en la isla de Cuba, Bernie Gunther decide huir de la isla y poner rumbo a Florida. Pero la fuga sale mal y es detenido. Es 1954, y el destino no parece estar de parte del investigador. Le van a hacer una propuesta que no va a poder rechazar: ingresar en una prisión alemana y localizar a un criminal de guerra francés. Si renuncia o fracasa le puede costar la vida.

8. Praga mortal

A mediados de la Segunda Guerra Mundial, Bernie Gunther recibe la orden de dejar todo lo que está haciendo en su trabajo y dirigirse a Checoslovaquia. Su destino final es la casa de campo que el mando nazi Reinhard Heydrich tiene en Praga. Allí, Gunther tiene que pasar un fin de semana que, por culpa de un asesinato, se va a convertir en un peligroso desafío.

9. Un hombre sin aliento

Después de la derrota en Stalingrado, en 1943, la moral de los alemanes es baja. Los altos mandos del ejército nazi saben que hay que recuperar la confianza como sea. Una oportunidad aparece cuando se oyen rumores de que el ejército soviético cometió atrocidades contra el ejército polaco en el bosque de Katyn. Así que Bernie Gunther es obligado a desplazarse hasta allí para reunir las pruebas que demuestren la maldad del enemigo.

10. La dama de Zagreb

Cuando Joseph Goebbels da una orden directa no se le puede decir que no. Y, para su desgracia, Bernie Gunther lo sabe mejor que nadie. Esta vez las circunstancias lo obligan a viajar primero a Yugoslavia, donde los nazis croatas dan a la palabra «crueldad» una nueva dimensión. Pero no todo van a ser penalidades para Gunther. Va a conocer a toda una estrella de cine.

11. El otro lado del silencio

En 1956, Bernie Gunther vive en la Riviera francesa, donde el pasado de la guerra lo alcanza de la mano de un antiguo oficial nazi. Además, ha sido invitado a Villa Mauresque por el célebre escritor William Somerset Maugham, quien está siendo chantajeado y necesita ayuda. No sabe si es algo personal o está siendo víctima del espionaje internacional.

12. Azul de Prusia

El pasado vuelve para atormentar a Bernie Gunther. Corre el año 1956, y el general de la Stasi Erich Mielke quiere obligar al antiguo detective a asesinar a una mujer. Es una misión suicida y Gunther lo sabe. La única opción que le queda es huir. Durante su fuga, rememora un asesinato que tuvo que resolver en Baviera en 1939. En la mismísima residencia de montaña de Hitler.

13. Laberinto griego

En 1957, Bernie Gunther trabaja en una compañía de seguros de Múnich. La empresa le acaba de pedir que se desplace a Grecia para investigar la reclamación de un cliente alemán. Se ha hundido un barco y hay que determinar si se trata de un accidente o no. Cuando Gunther descubre que la embarcación perteneció a un judío deportado a Auschwitz, sabe que el pasado más tenebroso de Europa vuelve a cruzarse en su camino.

14. Metrópolis

Corre el año 1928. Berlín vive sus últimos días de locura, libertad y miseria, mientras la sombra del nazismo empieza a extenderse por el país. Bernie Gunther es un joven policía de Antivicio que acaba de ser reclutado para formar parte del equipo de Homicidios. Su primer caso consiste en investigar los asesinatos de cuatro prostitutas a las que les han arrancado el cuero cabelludo. Pronto aparece un quinto cadáver.

PHILIP KERR
SCOTT MANSON

1. Mercado de invierno

Scott Manson es el segundo entrenador de un equipo de élite de la liga inglesa. No solo entrena, sino que también evita y resuelve problemas. Ahora se va a enfrentar a uno de los retos más importantes de su carrera profesional: han asesinado al técnico estrella del equipo y hay que encontrar al culpable cuanto antes. Y como máximo responsable deportivo, Scott deberá hacer lo mejor para el equipo.

2. La mano de Dios

El equipo londinense entrenado por Scott Manson disputa un partido crucial en Atenas contra el Olimpiacos. La derrota sería una mala noticia, pero desde luego no la peor. Durante el encuentro, una de las estrellas del equipo cae fulminada sobre el césped. ¿Ha sido un ataque al corazón o se trata de algo más turbio? Si Manson quiere seguir adelante con la temporada tendrá que averiguar lo que ha pasado. De lo contrario, puede perder algo más que un jugador.

3. Falso nueve

Jérôme Dumas, una joven estrella futbolística mundial, ha desaparecido sin dejar rastro. ¿Ha huido, lo han secuestrado o ha muerto? Scott Manson, exfutbolista y técnico de élite, también ha demostrado una gran habilidad como investigador. Como una pequeña incursión en el fútbol chino no ha salido bien, Manson acepta el trabajo de buscar a esa joven promesa. Puede que sea la única persona del mundo capaz de encontrarla.

OTROS TÍTULOS DE PHILIP KERR

Esaú

El descubrimiento de un cráneo en una recóndita cueva del Himalaya va a cambiar la vida del alpinista Jack Furness. Al regresar a Estados Unidos, se lo regala a una amiga íntima, Stella Swift, una paleoantropóloga que de inmediato se da cuenta de la importancia del hallazgo. Comienza así una investigación que los llevará de nuevo a Nepal para encontrar más evidencias que pueden revolucionar el mundo científico.

La paz de Hitler

En otoño de 1943, Hitler ya sabe que no puede ganar la guerra. También lo saben bien estadounidenses, británicos y soviéticos, por lo que comienza una compleja partida en la que está en juego el destino político de las grandes naciones. A este escenario se ve arrastrado Willard Mayer, un profesor de filosofía que es reclutado por Roosevelt y que se verá envuelto en una trama que jamás hubiera podido imaginar.

El francotirador

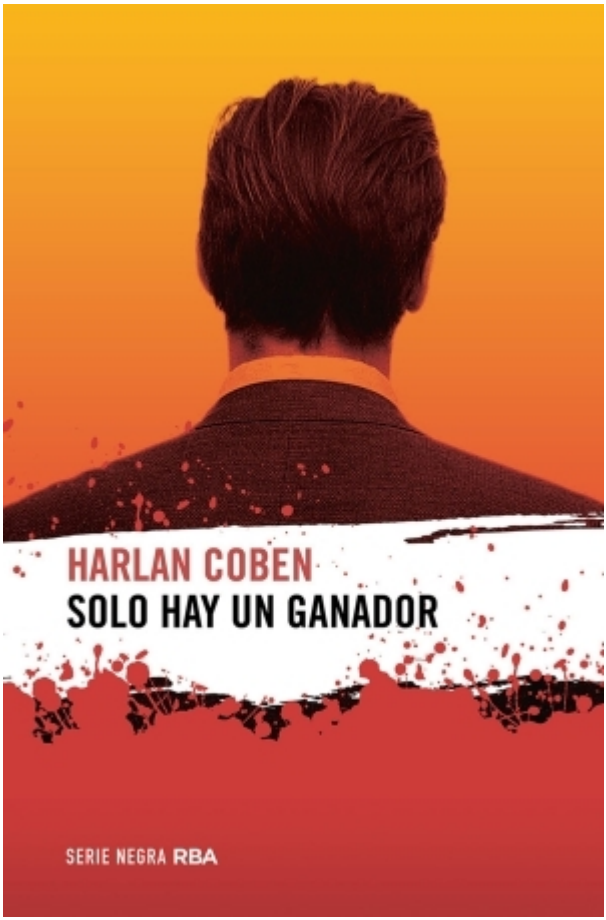
1960. El veterano de guerra Tom Jefferson se gana la vida matando por encargo. Y es el mejor en lo suyo. Por eso, el crimen organizado y la CIA le encargan el asesinato de Fidel Castro, que acaba de convertirse en el presidente de Cuba. Sin embargo, un casual descubrimiento de Jefferson lo cambia todo.

Plegarias

En menos de seis meses se han producido tres muertes de personas famosas que, por un motivo u otro, irritaban a los creyentes más conservadores de diversas religiones. Cuando un escritor ateo sufre una extraña crisis que está a punto de acabar con él, el agente del FBI Gil Martins intenta descubrir una pauta que relacione todos esos hechos. No tarda en sumergirse en un mundo mucho más tenebroso de lo que parece desde fuera.

El arte del crimen

John Houston es el escritor más famoso del mundo. Es tan prolífico que es imposible que escriba él solo todas sus novelas. Por eso, tenía hasta ahora un grupo de negros literarios que desarrollaban sus ideas. Después de decidir que este lucrativo sistema de producción tenía que acabar, la esposa de Houston es asesinada en su lujoso piso de Mónaco. El problema es que él es el principal sospechoso y tendrá que averiguar la verdad de lo sucedido.


HARLAN COBEN
SOLO HAY UN GANADOR
SERIE NEGRA RBA

Solo hay un ganador

Coben, Harlan
9788411323529
432 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

"Yo llegaré a donde no llegue la ley".

Hace más de veinte años robaron un Vermeer y un Picasso a la familia Lockwood. Poco después, Patricia Lockwood fue secuestrada y su padre, asesinado. Ella pudo escapar tras cinco meses de cautiverio, pero los responsables del robo y del secuestro nunca aparecieron. El tiempo acabó enterrando estos episodios traumáticos hasta ahora.

En lo más alto de un edificio de Manhattan acaban de encontrar un cadáver, el cuadro de Vermeer y una maleta que perteneció a Windsor Horne Lockwood III, o Win, como le llaman sus amigos. Win, el primo de Patricia, tiene dinero, inteligencia, frialdad y un particular sentido de la justicia. Se enfreta a una situación delicada en la que el honor de su familia puede verse salpicado, pero él no es de los que perdonan, ni de los que esperan a que otros resuelvan sus problemas.

Cómpralo y empieza a leer

ROBERT D.
KAPLAN

LA MENTALIDAD TRÁGICA

SOBRE EL MIEDO,
EL DESTINO Y
LA PESADA CARGA
DEL PODER

RBA

La mentalidad trágica

Kaplan, Robert D.
9788411323574
208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La tragedia define los límites de la naturaleza humana y de los acontecimientos mundiales.

Tras una larga experiencia como periodista internacional, corresponsal de guerra e influyente asesor de altos organismos estadounidenses, Robert D. Kaplan está convencido de que se precisa algo más que conocimientos geopolíticos para comprender cómo actúan los individuos y cómo deciden los gobernantes. Para él, las claves para entender el espíritu humano y los entresijos de la política internacional nos las da la tragedia. En su máxima expresión, Shakespeare y los trágicos griegos nos muestran, entre otras muchas cosas, las consecuencias imprevisibles que acarrean las decisiones difíciles, el enfrentamiento entre orden y caos, la convivencia con el miedo y la lucha constante que determina el destino de las personas.

Obra breve pero extraordinariamente rica en ideas y propuestas, *La mentalidad trágica* es una profunda reflexión sobre la tragedia política hecha desde la experiencia vivida en primera persona a la que se añade el conocimiento de los clásicos.

Cómpralo y empieza a leer

BILL BRYSON

Una breve historia de casi todo

RBA

Una breve historia de casi todo

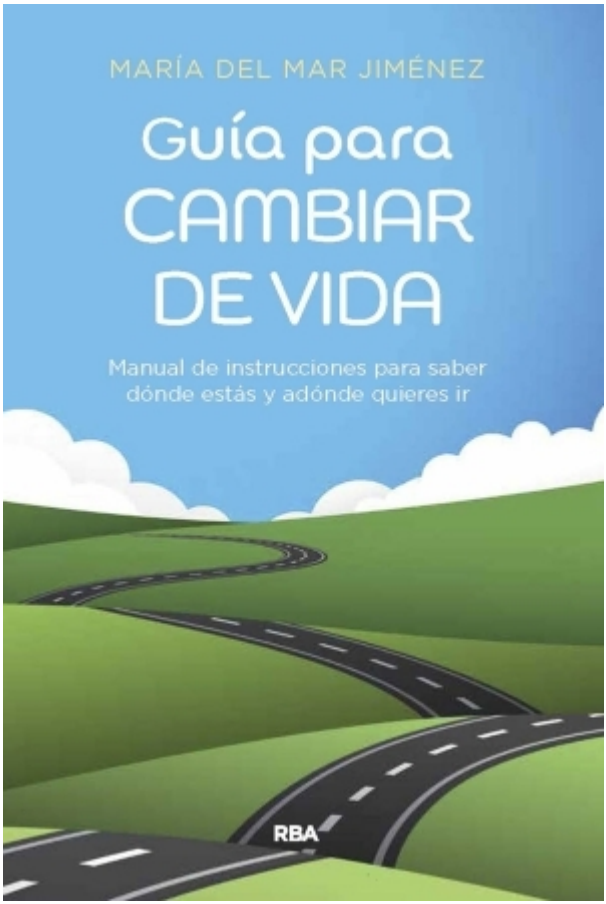
Bryson, Bill
9788411323680
640 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Puede un solo libro convertirse en la perfecta introducción para adentrarse en disciplinas tan dispares como la astronomía, la geología, la física, la química y la biología? ¿Puede un trabajo de divulgación científica ofrecer razonamientos y datos precisos, y al mismo tiempo ser tremendamente entretenido? ¿Puede una única obra narrar la historia de los grandes descubrimientos de la ciencia y contarnos también divertidas anécdotas relacionadas con estos extraordinarios logros y con los hombres que los alcanzaron? *Una breve historia de casi todo* es, sin lugar a dudas, ese libro y mucho más.

Viajero empedernido y divulgador brillante y entusiasta, Bill Bryson nos propone un fascinante recorrido por la historia del universo que nos rodea y los conocimientos que nos han llevado a comprenderlo un poco mejor. Con una curiosidad innata, una prosa fluida y una admirable capacidad de síntesis, Bryson logra explicar en *Una breve historia de casi todo* los grandes acontecimientos y las razones fundamentales que han llevado al cosmos, a nuestro planeta y a todos los seres vivos a ser como son.

Cómpralo y empieza a leer


MARÍA DEL MAR JIMÉNEZ
Guía para
CAMBIAR
DE VIDA
Manual de instrucciones para saber
dónde estás y adónde quieres ir
RBA

Guía para cambiar de vida

Jiménez, María del Mar
9788411323536
336 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tu buena vida te está esperando

¿Quieres emprender un cambio de vida, pero no tienes claro si tu sueño es viable, te paralizan los miedos y no sabes por dónde empezar? Tanto si quieres dejar la oficina e irte a vivir al campo, como si deseas dar la vuelta al mundo en un velero o, simplemente, hacer ajustes en tu estilo de vida, ¡no necesitas ganar la lotería para ponerte a ello! Este libro te acompaña en el proceso de tomar decisiones. A partir de una auditoría de tu vida y de tus deseos, te ayuda a contemplar los escenarios posibles, fijar prioridades, trazar metas realistas y diseñar un plan de acción. Y con los ejercicios del Cuaderno de ruta, descubrirás, paso a paso, el mejor modo de cambiar de vida, el camino hacia tu Buena Vida.

Cómpralo y empieza a leer

PHILIP KERR

Esaú

SERIE NEGRA RBA

Esaú

Kerr, Philip
9788411320214
448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un violento alud en uno de los picos más peligrosos del Himalaya acaba con la vida de los miembros de una expedición. Tan solo se salva Jack Furness, a quien la nieve ha arrastrado a una inmensa cavidad de la montaña. Allí descubre un extraño cráneo de homínido que decide llevarse como recuerdo. De vuelta en casa, se lo regala a Stella Swift, una paleoantropóloga de la Universidad de California, quien advierte de inmediato que se trata de un hallazgo revolucionario. Pero no basta con estudiar esos huesos. Ha llegado la hora de viajar al Himalaya para encontrar más evidencias que asombren al mundo.

Cómpralo y empieza a leer